

47 3on^a Juvie.



BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA.



OBRAS DE CHATEAUBRIAND.

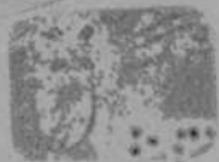
ESTUDIOS HISTÓRICOS.

TOMO I.

MADRID: 1850.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
CALLE DE SANTA TERESA, NÚM. 8.**





CONDICIONES DE SUSCRICION.



Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Principe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicacion.

ESTUDIOS HISTORICOS,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

NUEVA EDICION ESPAÑOLA.

TOMO I.

MADRID, 1850.

MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

BOU ET. VIZCARRA

DE CRISTÓBAL COLÓN

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

TOMO I

MADRID, 1938

LIBRERÍA EL NISIBI

CALLE DE SAN JUAN, N.º 8

ADVERTENCIA.

MARZO 1834.

«Para no perder de vista la carrera del mundo, acordaos que en este tiempo (caída del romano imperio)
«habia historiadores que, como yo, en medio de las ruinas de lo presente, revolvan los archivos de lo pasado, que redactaban los anales de las antiguas revoluciones entre el ruido confuso de las nuevas: tanto ellos como yo, teniendo por mesa en el edificio que amenaza ruina, la piedra que cae a nuestros pies, y esperando la que debe aplastar nuestras cabezas.»

(Estudio sexto, segunda parte.)

Por todo lo que me resta de vida no quisiera volver á parar á los diez y ocho meses que acaban de fenecer. No podrá nadie formarse una idea de la violencia que me ha poseido; me he visto obligado á separar mi espíritu por espacio de diez, doce y quince horas al dia de todo aquello que acontecia alrededor mio, para entregarme puerilmente á la composicion de una obra, cu-

yas líneas tal vez no leerá nadie. ¿Quién querrá leer cuatro gruesos volúmenes, cuando nos causa pena leer un folletín de una gaceta? Estando escribiendo la historia antigua, la moderna llamaba á mi puerta; en vano yo le gritaba: «Espera, luego estoy contigo.» Ella pasaba entre los estampidos del cañón, llevándose tres generaciones de reyes.

Felizmente, el tiempo concuerda con la naturaleza de estos estudios. Caen las cruces, y son perseguidos los sacerdotes: trátase de la cruz y de los sacerdotes en todas las páginas de mi narración: son desterrados los Capetos, y publico una historia en que los Capetos ocupan ocho siglos. El más largo y último trabajo de mi vida, el que me ha costado más pesquisas, desvelos y años, en el que he desenvuelto más ideas y hechos, aparece cuando no puede hallar lectores: es como si lo arrojase en un abismo, adonde va á sepultarse con los escombros que le acompañan. Cuando una sociedad se compone y descompone; cuando se cifra en ella la existencia particular y general; cuando no estamos seguros de lo que puede suceder en una hora, ¿quién pasa cuidado de saber lo que hace, dice y piensa su vecino? ¿Acaso es oportuno hablar de Nerón, de Constantino, de Juliano, de los apóstoles, de los mártires, de los padres de la iglesia, de los godos, de los hunos, de los vándalos, de los francos, de Clovis, de Carlo-Magno, de Hugo Capeto y Enrique IV, y presentar el naufragio del antiguo mundo, cuando nos hallamos en el naufragio del mundo moderno?

¿No es una especie de desvarío y de debilidad de espíritu ocuparse de las letras en tales momentos? Así es en verdad; pero este desvarío no es de mi cerebro, proviene de los antecedentes de mi mala fortuna. Si yo no hubiese hecho tantos sacrificios por las libertades de mi país, no me hubiese visto obligado á contraer nuevos empeños, que acaban de cumplirse en circunstancias doblemente fatales para mí: no debo suspender una publicacion de que no soy dueño; necesario es, pues, coronar con el último esfuerzo todos mis sacrificios. Nunca autor alguno se ha visto en semejante situacion: gracias á Dios ha llegado á su término, y solo me resta sentarme sobre las ruinas, y despreciar esta vida que desdeñaba en mi juventud.

Después de quejas tan naturales, y que involuntariamente se me han escapado, consuelame un pensamiento: comencé mi carrera literaria con una obra en que pintaba al cristianismo bajo sus relaciones poéticas y morales, y le doy fin con un escrito, en que considero la misma religion bajo sus relaciones filosóficas é históricas: di principio á mi carrera política con la Restauracion, y la concluyo con la Restauracion. Causame una secreta delicia el observarme de este modo consecuente conmigo mismo. Las grandes líneas de mi existencia no se han torcido; si á semejanza de los demas hombres no me he parecido en los detalles, perdónese á la fragilidad humana. He amado y tenido por sagrados los principios que establecen la sociedad: el público me hará la justicia de reconocer que mis

obras respiran el amor sincero á la libertad: he apreciado el honor y la gloria de mi patria, y superior á la envidia, he prestado mi tributo de admiracion á todos los talentos de todos los partidos. ¿El ardor de la polémica me habrá inflamado demasiado? Confieso que me arrepiento, y rindo justicia al mérito que haya desconocido. Quiero dejar el mundo como amigo.

PREFACIO.

Herodoto principia su historia declarando los motivos que le impulsaron á semejante tarea; Tácito da cuenta de las razones que han puesto en su mano la pluma. Aunque carezco del talento de tales historiadores, puedo imitar su ejemplo; puedo decir como el primero, que escribo por la gloria de mi patria, y porque he visto las desgracias de los hombres. Mas libre que el segundo, ni amo, ni temo á los tiranos. Por otra parte, aislado sobre la tierra, no esperando nada de mis trabajos, me hallo en la posición mas favorable para ser independiente como escritor, porque habito ya con las generaciones cuyas sombras he evocado.

Las sociedades antiguas perecen, y salen de sus ruinas las sociedades nuevas: leyes, costumbres, usos, trages, opiniones, y hasta los principios mismos, todo ha variado. Se ha verificado una grande revolucion, y otra mayor se prepara: la Francia debe recomponer sus anales para ponerlos en armonía con los progresos de la inteligencia. Y en esta necesidad de reconstruir la obra sobre un plan nuevo, ¿dónde hemos de buscar los materiales? ¿Cuáles son los trabajos ejecutados antes de nuestra época? ¿Qué debe alabarse ó vituperarse en los escritores de la antigua escuela histórica? ¿Ha de seguirse enteramente la nueva escuela, y cuáles son los autores mas notables de ella? ¿Todo es verdad en las teorías religiosas, filosóficas y políticas

del momento? Ved aquí lo que me propongo examinar en este prólogo. Hace ya muchos años que yo trabajaba una historia de Francia, de la cual solamente presentarán la esposicion estos estudios, ofreciendo las vistas generales y los despojos. Falta mi vida para mi obra: en la senda en que el tiempo me detiene, enseño con el dedo á los jóvenes viajeros las piedras que tenia reunidas, y el sitio ó parage en que queria levantar mi edificio.

ORIGEN COMUN DE LOS PUEBLOS DE EUROPA. DOCUMENTOS E HISTORIAS ESTRANGERAS QUE DEBEN CONSULTARSE PARA ESCRIBIR LA HISTORIA DE FRANCIA.

De otra manera que nosotros concibieron los antiguos la historia, mirándola siempre como una simple enseñanza, y bajo este punto de vista, Aristóteles la coloca en un rango inferior á la poesia: daban poca importancia á la verdad material: con tal que hubiese un hecho verdadero ó falso que contar, y que este hecho ofreciese un grande espectáculo, ó una leccion de moral ó de política, esto bastaba. Libres de las inmensas lecturas que abrumaban igualmente la imaginacion y la memoria, tenian pocos documentos que consultar: sus citas son raras, y cuando se refieren á alguna autoridad, no presentan una exacta indicacion. Herodoto se contenta con anunciar en su primer libro titulado *Clio*, que escribe segun la historia de los persas y fenicios: y en su segundo libro, que se titula *Euterpe*, habla siguiendo á los sacerdotes egipcios, que le leyeron sus anales. Reproduce un verso de la *Iliada*, un pasage de la *Odisea*, un fragmento de Eschiles, y ni Herodoto ni sus oyentes de los juegos olímpicos necesitan mas autoridades. No se encuentra en Tucídides una sola cita: únicamente hace mencion de algunos cantos populares.

Tito-Livio nunca se afianza en textos; los autores, los historiadores refieren, es su modo de explicarse. En su tercera década recuerda los dichos de Cintio Alimento, prisionero de Anibal, y de Coelio y Valerio en la guerra Púnica.

Tácito es quien cita las autoridades con menos razones, mas no por eso son numerosas. Cuéntanse trece nominales, que son: en el primer libro de los Anales refiere á Plinio, historiador de las guerras de Germania; en el libro cuarto á las memorias de Agripina, madre de Neron, obra, cuya pérdida nunca lloraremos bastante; en el libro décimotercio, á Flavio Rustico, Plinio el historiador, y Cluvio; en el décimocuarto á Cluvio; en el décimoquinto á Plinio. En el tercer libro de las Historias, Tácito nombra á Messala y á Plinio, y remite los lectores á las *Memorias* que tenia en las manos: en el cuarto libro se refiere á los sacerdotes egipcios: en las *Costumbres de los germanos*, escribe un verso de Virgilio alterándolo. Muchas veces dice: «Los historiadores, de aquellos tiempos cuentan, *temporum illorum scriptores prodiderunt;*» y esplica su sistema declarando que solo refiere el nombre de los autores cuando están discordes entre sí. Asi, dos citas vagas en Herodoto, una en Tucidides, dos ó tres en Tito-Livio, y trece en Tácito, forman el cuerpo de las autoridades de estos historiadores. Algunos biógrafos como Suetonio, y principalmente Plutarco, leyeron mas *Memorias*; pero las citas numerosas se reservaban á los compiladores, como Plinio el naturalista, Ateneo, Macrobio, y San Clemente de Alejandria en sus *Strómatas*.

Los que han formado los anales de la antigüedad no admiten en sus relaciones la pintura de diferentes ramos de administracion: las ciencias, las artes, la educación pública eran desterradas de los dominios de la historia; Clio marchaba ligeramente, libre del equipage ponderoso que hoy dia arrastra consigo. El historiador se convertia con frecuencia en un viagero, que cuenta lo que ha visto. Al presente la historia es una enciclopedia que todo lo abarca, desde la astronomía hasta la química; desde la ciencia de la hacienda, hasta el arte de las manufacturas; desde el conocimiento de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, hasta la economía política; desde el estudio de las leyes eclesiásticas, civiles y criminales hasta el de las leyes políticas. El historiador moderno se deja llevar en la narracion de una escena de costumbres y de pasiones, á lo mejor le interrumpe una contribucion;

otro impuesto reclama su critica, y prestánle materia la guerra, la navegacion y el comercio. ¿Cómo se fabricaban entonces las armas? ¿De dónde se proveian de madera para la construccion? ¿Cuánto valia la libra de pimienta? Todo está perdido, si el autor, no observando que el año comenzaba en Pascua, le ha datado de 1.º de enero. ¿Y quién se fia de su palabra si ha equivocado la página de una cita ó anotado mal la edicion? La sociedad queda desconocida si se ignora el color de los calzones de un rey, ó el valor de un marco de plata. El historiador ha de saber, no solamente lo que pasa en su patria, sino tambien en las naciones vecinas, y al través de estos detalles ha de dominar su pensamiento, y servirle de guía una idea filosófica. Ved aqui los inconvenientes de la historia moderna, y son tales que quizás nos impedirán el que tengamos nunca historiadores como Tucídides, Tito-Livio y Tácito; mas no podemos evitar estos inconvenientes, y es preciso sujetarse á ellos.

El escritor destinado á pintarnos un dia el gran cuadro de nuestra historia, no se limitará á indagar el origen de donde provienen inmediatamente los francos y los franceses; estudiará los primeros siglos de las sociedades que rodean la Francia, porque los pueblos nuevos de diversas comarcas, como los niños de distintos países, tienen entre sí la semejanza comun que les da la naturaleza, y porque estos pueblos nativos de un corto número de familias aliadas, conservan en su adolescencia el sello de los rasgos maternales.

La historia entera de las naciones en el órden sucesivo de su edad, se contiene en cuatro especies de documentos; las poesias, las leyes, las crónicas que refieren los hechos generales, las memorias que pintan las costumbres y la vida privada. Los hombres primeramente cantan y despues escriben.

No poseemos los Barditos que mandó recoger Carlo-Magno; solamente nos resta una oda en honor de la victoria que Luis, hijo de Luis el Balbuciente, consiguió en 881 contra los normandos, mas el monge de Saint Gall y Ermold el Negro han adoptado en sus escritos el gusto de la cancion germánica.

La mitología y las poesías escandinavas; los Edda y los Sagas, los cantos de los scaldas que nos han conservado Snorron, Saxon el Gramático, Adan de Breme y las crónicas anglo-sajonas; los Nibelungos, aunque de una fecha mas reciente, suplen nuestras pérdidas: se verá el uso que de ellos he hecho al trazar la historia de las costumbres bárbaras. En cuanto lo que concierne á las lenguas, los evangelios godos de Ulphilas son un precioso tesoro.

Por lo que mira al Mediodía de la Francia, monsieur Renouard ha rehabilitado la antigua lengua romana, y sacando á la luz las poesías escritas ó cantadas en aquella lengua, ha prestado un servicio grande.

Mr. Fauriel, á quien debemos la traduccion de los cantos populares de la Grecia, manifestará en la formacion de la lengua romana los vestigios de las tres mas antiguas lenguas de la Galia, que todavía se hablan al presente, la una en Escocia, la otra en el pais de Gales, y la tercera en la tierra de los vascongados. Ha distinguido un poema sobre las guerras de los árabes de España, y de los cristianos de la Occitania, cuyo héroe es un príncipe aquitano que se llama Walter. ¿No será Waifre? Varios cantos recuerdan las rebeliones de diversos gefes del Mediodía de la Francia contra los monarcas carlovigianos, lo cual viene á probar mas y mas, que las hostilidades de Cárlos Martel, de Pepino, y de Carlo-Magno contra los príncipes de Aquitania, se fundaron en una enemistad de raza; porque los descendientes de los merovigianos reinaban mas allá del Loira. Tenemos esperanzas de que Mr. Fauriel formará una historia de los bárbaros en las provincias meridionales de la Francia: objeto digno de su gran saber y talentos.

No es bastante analizar las leyes Sálica, Ripuaría y Gombetta al estudiar las leyes bárbaras; deben considerarse como capitulos de un mismo código nacional las leyes lombardas, alemanas, bávaras, rusas (estas no son sino el derecho sueco), anglo-sajonas y gálicas; con las últimas pueden reconstruirse muchas partes del primitivo edificio galo. Todas estas leyes se han impreso ó separadamente, ó en las diferentes colecciones de los historiadores de Francia, de Italia, de Alemania y de Inglaterra. El

padre Canciano coleccionó en Venecia en 1781 *Barbarum leges antiquae*, en cinco volúmenes en folio; excelente coleccion, que debe ocupar nuestras bibliotecas: alli se halla la traduccion italiana de las *Juntas del reino de Jerusalem*, y diversos trozos inéditos. Asegúrase que no tardaremos en tener las *Juntas* enteras, publicadas por el manuscrito encontrado con las traducciones greco-bárbaras ó italianas de 1490: trabaja en ello la academia de las Inscripciones. La coleccion de los dos textos de la ley Sálica, de la que existen diez y ocho ó veinte manuscritos conocidos, coleccion hecha por Mr. Wiarda, es estimable; bueno será no perderla de vista. Mas resta todavía Bignon, el doctor en esta materia; como Baluze, que es siempre el hombre de las *Ordenanzas* y de las *Fórmulas*.

Despues de las poesias y de las leyes no se consultará sin fruto, por lo tocante á los seis primeros siglos de los tiempos bárbaros, á los historiadores de Rusia, de Polonia, de Suecia y de Alemania, aunque generalmente hayan escrito con posterioridad á los nuestros.

El analista ruso mas antiguo es Nestor, monge de Kioff. Fundóse la monarquía rusa hácia la mitad del siglo IX, y Kioff fué su primera capital despues del año 882; á fines del siglo X, Kioff y toda la vieja Rusia abrazaron el cristianismo, y Nestor redactó en eslavon su obra por el año 1073. Ha traducido esta obra en aleman Scherer, y la ha comentado Schloezer; no existe, empero, ninguna version francesa ó latina, y únicamente se encuentran algunas notas sacadas de Nestor en la traduccion francesa de la historia de Karomsine. Constantino, Cedreno, Zonaro, y otros escritores de la Bizantina, han sido imitados por Nestor, ha copiado en su texto muchos lugares de estos escritores; nos ha conservado *estensamente* dos documentos preciosos de la historia de Rusia, y los tratados de paz de Olez y de Igor con la corte de Constantinopla. Aun los mismos griegos no tenían conocimiento de la existencia de estos datos, porque son de la mas estéril época de sus anales, del año 813 al año 950.

Lo crónica de Nestor concluye en el año 1096: Nestor es, segun la opinion de Schloezer, la primera, la única

fuente, ó al menos la fuente principal para la historia del Norte escandinavo; hasta él aquellos países eran para los historiadores *terra incognita*. En uno de los continuadores de Nestor se halla el mas antiguo código de las leyes rusas, llamado la *Verdad rusa*, ó el *Derecho ruso*, que tiene su origen de las leyes escandinavas. Los primeros soberanos de la Rusia vinieron de la Escandinavia, llamados por la voluntad de las poblaciones rusas. Para convencerse de que el derecho ruso es de origen escandinavo, basta compararle con la legislacion sueca, cuyos fragmentos mas auténticos se han conservado. Una obra bastante rara en el dia, impresa en Avo ó en Upsal, *De jure svecorum, gothorumque vetusto*, presenta el texto original del derecho ruso, y muchas veces no puede entenderse el texto ruso, sin la ayuda del texto sueco.

El trabajo que debe consultarse sobre los historiadores y la literatura eslavo-rusa, es el de Kohl, *Introductio ad histor. litter. Slav.*

Los historiadores de los otros pueblos de origen eslavo escribieron mas tarde que Nestor, y tambien mas tarde que su primer continuador, porque Nestor escribió entre el año 1056 y el año 1116, y el historiador de Praga Cosme murió en el año 1125.

Martin Gallus, analista de Polonia, debe colocarse entre 1109 y 1136: Helmold, cuya obra sirve de manantial á la historia de los pueblos de la edad media de Alemania, y principalmente á la de los eslavos, escribió en Lubeck, hácia el año 1170, la *Chronica Slavorum*.

Adan de Breme es casi contemporáneo de Nestor, y es útil para la historia de Dinamarca; otro analista tan concienzudo como Nestor, y algunos años mas antiguo que éste, pues murió el año 1018, es Difmar, obispo de Merseburgo; escribió cosas concernientes á Alemania.

Encuéntranse reunidos todos los documentos de la historia de Germania en la coleccion de historias alemanas que da á luz en Hanovre el sábio Paertz, bajo los auspicios del baron de Stein. Mr. Paertz ha frecuentado el gabinete de nuestros manuscritos, y ha registrado los archivos del Vaticano para formar la narracion de la edad media de Alemania.

Ha salido á luz pública el primer volúmen en fóllo de esta coleccion; el segundo y el tercero deben publicarse luego. Semejante coleccion hará inútiles las conocidas hasta el presente, bajo la denominacion de *Scriptores rerum Germanicarum*: falta saber si podrá pasarse sin la coleccion de *Leibnitz*, de *Scriptores rerum Brunsvicensium*. Leibnitz, genio universal, presintió la importancia de sus tareas para la mitología de los eslavos y de los germanos, y tambien para la lengua de estos pueblos; en uno de sus prefacios se leen sobre la historia de la edad media, ideas que los modernos apreciadores de nuestro tiempo no han hecho mas que reproducir muchas veces bajo diversas figuras.

La historia de Suecia de *Dalen* es una compilacion bastante completa, pero poco critica, y la de *Rühs* es la mas apreciada. La nueva coleccion de que se han publicado ya dos volúmenes, es de *Geyer*: poseemos dos gruesos tomos en fóllo de *Lagerbring*, formados de materiales históricos y legislativos sobre la Suecia.

No debe despreciarse la historia de Dinamarca de *Mallet*: la introduccion relativa á la mitología y á las poesías del Norte es interesante, aunque despues se han hecho progresos en la lengua, y descubrimientos en las fábulas de los escandinavos.

Saxo-Grammaticus es el Nestor de Dinamarca, como *Snorron* es el Herodoto del Norte: este pais posee tambien una coleccion de *scriptores*.

En cuanto á la historia de Polonia, ademas de *Martin Gallus*, tenemos á *Vicente Kadlubeck*, obispo de Cracovia, quien murió en 1223. El obispo *Dlugosh* compiló los anales de su pais hácia la mitad y á fines del siglo XV, tomando sus narraciones, como confiesa él mismo, de las tradiciones populares.

Por órden de Nicolás I se procede en Rusia á la reunion de los documentos eslavos y otros titulos de tan vasto imperio. La Lusacia y la Baviera principian sus colecciones; y la sociedad formada en Francfort se ocupa sin descanso del descubrimiento y de la publicacion de los diplomas y papeles propios de la Alemania.

Estas son las riquezas que nos ofrece el Norte de Eu-

ropa. Sin embargo, no abusemos, como se acostumbra, de los orígenes escandinavos, eslavos y tudescos. En el día parece que toda nuestra historia se encierra en Alemania, que solo allí se hallan nuestras antigüedades, y los hombres que las han conocido. Los cuarenta años de nuestra revolución han cortado los estudios en Francia, mientras que han continuado en las universidades germánicas: los alemanes nos han ganado una parte del tiempo que les llevábamos de ventaja; mas si en el derecho, en la filología y en la filosofía nos han aventajado en el tiempo en que escribo, están todavía muy lejos de llegar en la historia al punto donde nos encontrábamos al estallar nuestras revueltas y trastornos.

Hagamos justicia á los sábios de Alemania; pero no olvidemos que los pueblos septentrionales son como *pueblos* mas nuevos que nosotros de muchos siglos; que nuestros manuscritos se remontan mucho mas alto que los suyos; que los inmensos trabajos de los benedictinos de San Mauro y de San Vannes comenzaron mucho antes sus trabajos históricos que los profesores de Gottinga, de Jena, de Bonn, de Dresde, de Weimar, de Brunswick, de Berlin, de Viena, de Presburgo, etc.; que los literatos franceses, superiores en la claridad y la precision á los literatos del Rhin, los aventajan tambien en la solidez y en la universalidad de las indagaciones.

Los alemanes solo verdaderamente nos aventajan en la *codificación*: á mas los grandes legistas Cujas, Domat, Dumoulin y Pothier son franceses. Tienen nuestros vecinos sobre el origen de las naciones bárbaras algunos particulares conocimientos debidos á las lenguas que se usan en Dalmacia, Hungría, Servia, Bohemia, Polonia, etc.; pero un juicio recto no debe dar la mayor importancia á esos estudios, que acaban degenerando en una metafísica de gramática, que tanto mas maravillosa aparece, cuanto está mas rodeada de tinieblas.

Filosóficamente hablando, será un progreso considerable para la ciencia el que por el estudio del sanscrito y de los diferentes dialectos indios, chinos, tártaros, se consiga estender las fórmulas por medio de las cuales se descubre el mecanismo general del language humano; pero *históri-*

camente hablando es dudoso que resulten de ahí muchas luces. Al sistema de los orígenes comunes por las raíces del *logos*, se opondrá siempre con suceso el *sinchronismo* ó la espontaneidad del verbo, como del pensamiento en los diversos tiempos y diferentes naciones.

Si pasamos de Alemania á Inglaterra, nos será muy provechoso recorrer las poesías anglo-sajonas, gálicas, escocesas, irlandesas, con el objeto de adquirirnos un conocimiento general de la infancia de una sociedad bárbara; mas no por eso deberemos convertirlas en pruebas, porque la vanidad de un cantor ha confundido de tal suerte los cantos escritos fuera del tiempo con los cantos originales, que apenas se pueden distinguir.

Por lo que respecta á las leyes, dije ya que sería útil consultar las anglo-sajonas y gálicas. Las actas de Rymer, continuadas por Roberto Sanderson, son un buen repertorio; mas no comienzan hasta el año 1101, saltan de repente del año 1103 al año 1137, y continúan de este modo con blancos de diez, quince y veinte años hasta el siglo XIII, en que se multiplican los documentos. Esta colección, por importante que sea, es muy inferior á la de las ordenanzas de nuestros reyes, y otras recopilaciones que deben seguir á las tales ordenanzas: hállanse allí las materias confundidas, y son incoherentes; no las preceden los admirables prefacios con que los De Laurieres, los Secousse, los Vilevault, los Bréquigny, enriquecieron su trabajo, y que son tratados completos del derecho francés. Le Clerc y Rapin han dado, sin embargo, en el tomo décimo de las actas de Rymer un compendio histórico árido, pero útil, de los veinte tomos de la edición de Lóndres de 1745.

En los historiadores primitivos de Inglaterra, el analista francés puede buscar con fruto los tres Jildas, la historia eclesiástica de Bede, y en los bajos siglos los cronistas, poetas ó prosistas de la raza normanda. Las traducciones anglo-sajonas hechas del latín por Alfredo el Grande, las leyes de este príncipe publicadas por Guillermo Lombard, su testamento con las notas de Manning, enseñan algunos hechos curiosos. Alfredo quiso insertar dos periplos escandinavos del Báltico, de Other Noruego, y de Wulfstan Danés, en su traducción anglo-sajona de Orose: esto es

sin duda lo mas auténtico por lo que pertenece al mar interior, en cuyas riberas se habian acantonado los bárbaros que debian marchar á la conquista de los civilizados habitantes de las playas del Mediterraneo.

Existen muchas colecciones de los historiadores ingleses, mas sin órden: repitense tambien, porque en aquel país de la libertad, el gobierno nada hace, sino los particulares, que todo lo emprenden. Debemos añadir á la coleccion de Heidelberg (1587), la coleccion de Frankfurt (1601) y los diez autores de la coleccion de Selden (Londres 1632: tendremos entonces poco mas ó menos cuanto hay relativo á las costumbres comunes de Inglaterra y de Francia: la reunion de los antiguos historiadores ingleses, escoceses, irlandeses y normandos de Camden, no vale tanto como su *Britannia descriptio*, que es la que debe estudiarse por los origenes romanos y bárbaros. El genio de los normandos guarda suma armonia con el nuestro, y se manifiesta principalmente en el *Doomsdayboock*, cuyo documento de un valor inestimable, se imprimió en 1783 por órden del parlamento de Inglaterra. Le completaremos consultando el catálogo general del clero de Inglaterra y del país de Gales, que mandó trabajar Eduardo II en 1291: el manuscrito de este catálogo se encuentra en las bibliotecas de Oxford. El principado de Gales, los condados de Northumberland, de Cumberland, de Westmoreland y de Durham, faltan en el *Doomsdayboock*, cuya estadística ofrece el detalle de las tierras cultivadas, habitadas ó desiertas de la Gran-Bretaña, el número de los habitantes libres ó siervos, y hasta el de los ganados y de las colmenas de abejas. En el *Doomsdayboock* se designan toscamente las ciudades y las abadías.

No olvidemos consultar los mapas de la edad media; no solo porque son útiles para la geografía histórica, sino tambien porque con el auxilio de los nombres propios de los lugares se descubren los origenes de los pueblos. En el periplo de Wulfstan, por ejemplo, la isla de Bornholm se llama *Burjen-da land*, y en la obra histórica de Snorron *Heims-Kringla*, se decia por los escandinavos *Borgundarholm*: ved aqui la patria de los burgundos ó bourguignonés. No estrujando demasiado estas indicaciones, se saca de

ellas un buen partido; pero es necesario no figurarse, como algunos autores alemanes, que una tribu de francos toma el nombre de Salii, porque acampaba en las orillas de Saale, en Franconia. El sábio Marini ha sido empleado en Roma por el gobierno inglés en la coleccion de las cartas de los papas, y otros documentos relativos á la historia de la Gran Bretaña desde el año 1216.

Portugal y España ofrecen distinta clase de documentos. Las lenguas que se hablaban en el Mediodia de la Galla, antes que estas lenguas hubiesen sido usurpadas por el habitante de Picardia ó el francés wallon, se hablaban en Cataluña, en las márgenes de Ebro, y se estendian detrás de los vascongados por los valles de Asturias hasta las Lusitanias. Los poemas primitivos del Cid, y los romances de la misma época, las antiguas leyes marítimas de Barcelona, la relacion de la expedicion de los catalanes á Morea, deben leerse con la pluma en la mano por el historiador francés, que al presente hallará nuevas ilustraciones en las *Antigüedades del derecho marítimo*, obra erudita de Mr. Pardessus, y en la *Crónica* en griego-bárbaro de las *guerras de los franceses en Romania y en Morea*, publicada por Mr. Buchon, á quien se deben tan útiles ediciones.

Alfonso I, rey de Castilla, llamado el Sábío, dejó en español antiguo un cuerpo de legislacion, que debe consultarse. Alfonso se remonta frecuentemente á las leyes primeras, y reina un tono de candor y de virtud en la exposicion de sus instituciones, que hace á este rey de Castilla contemporáneo digno de San Luis.

Entre los cronistas españoles debe buscarse á Idacio por la pintura que hace de las costumbres de los suevos y de los godos, y de los estragos de estos pueblos en las Españas y en las Galias; aunque mas noticias se encuentran en Isidoro de Sevilla, posterior á Idacio cerca de ciento y cincuenta años. Ha de leerse principalmente en Isidoro el fin de su crónica despues del año 500 de Jesucristo, su historia de los reyes godos, vándalos y suevos, su libro de las etimologías, su regia para los monges de Andalucia, y sus obras de gramática. En la coleccion de los historiadores españoles en cuatro volúmenes en fólío, no se ha seguido el orden cronológico de los autores: entre los mate-

riales en bruto de la historia de España, brilla el trabajo de los escritores modernos, y particularmente la *Historia de rebus hispanicis*, de Mariana. Los primeros libros de esta historia son excelentes, sobre todo en la version española. Deben recorrerse doscientas páginas en las antigüedades lusitanianas de Resend.

Pasando de España á Italia, se halla la civilizacion que jamás ha perecido en la tierra natal de los romanos. Sin embargo, el reinado de Odoacro, el de los godos y el de los lombardos han dejado documentos en los cuales se ve impresa la huella de los barbaros. Solamente las colecciones de Muratori ofrecen una abundante cosecha. Pero hemos sido negligentes en abrir, cuando podíamos, dos fuentes, el Escorial y el Vaticano, cuya abundancia hubiese renovado una parte de la historia moderna. Júzguese por un hecho casi enteramente ignorado: hay costumbre de tener un registro secreto, en el cual está apuntado hora por hora todo lo que dice, hace y ordena un papa durante su pontificado. Semejante diario es un tesoro.

ARCHIVOS FRANCESES.

Hablemos de aquellas cosas que nos pertenecen, y demos á conocer nuestras riquezas propias. Rindamos primero un brillante homenaje á la escuela de los benedictinos, que nunca será reemplazada: sino fuese yo extranjero en el suelo que me ha visto nacer, si tuviese el derecho de proponer alguna cosa, me atreveria á solicitar el restablecimiento de una orden que tantos servicios rindió á la literatura. Quisiera que reviviese la congregacion de San Mauro y de San Vannes en la abadia de San Dionisio, á la sombra de la iglesia de Dagoberto, cerca de las tumbas cuyas cenizas se arrojaron al viento en los instantes en que se dispersaba el polvo del tesoro de los documentos antiguos; los hijos de una libertad sin ley, y por consiguiente sin madre, no necesitaban sino bibliotecas y tumbas vacias.

Las empresas literarias que debian durar siglos, re-

querian una sociedad de hombres consagrados á la soledad, libres de los embarazos materiales de la existencia, instruyendo á su lado á los discípulos jóvenes, herederos de su hábito y de su sabiduría. Estas doctas generaciones encadenadas al pie de los altares, renunciaban en el altar las pasiones del mundo, encerraban candorosamente la vida entera en sus estudios, semejantes á los obreros sepultados en las minas de oro, que envían á la tierra las riquezas de que ellos no han de gozar. ¡Gloria á Mabillon, á Montfaucon, á Martène, á Ruinart, á Bouquet, á Dachery, á Vaissette, á Lobineau, á Calmet, á Ceillier, á Labat, á Clemencet y á sus reverendos hermanos, cuyas obras son todavía el abundante manantial en que bebemos todos mientras existimos, no obstante que afectamos desdeñarlos! No había hermano lego de los que desenterraban en un libro de difuntos el diploma pulverulento que le indicaba don Bouquet ó don Mabillon, que no fuese mil veces mas instruido que lá mayor parte de los que se consagran hoy día como yo á escribir la historia, á medir desde la cumbre de nuestra ignorancia aquellos grandes cerebros que todo lo abrazaban, aquella especie de contemporáneos de los padres de la iglesia, hombres del tiempo de los godos y las viejas abadías, que parecia haber escrito ellos mismos los pergaminos que descifraban. ¿Dónde está la colección de los historiadores de Francia? ¿Dónde se hallan otros mil trabajos gigantescos? ¿Quién acabará esos monumentos en torno de los cuales no se descubren sino los restos carcomidos de los andamios de donde han desaparecido los obreros?

La de los benedictinos no era la única corporacion sabia que se empleaba en nuestras antigüedades: habia en las otras órdenes religiosas émulos y rivales suyos: debemos á los jesuitas la colección de los hagiógrafos que tomó el nombre del literato que la comenzó. ¿Qué ignoraba el padre Hardouin mi compatriota, no obstante que algunas veces su espíritu era algo singular? No debé pasarse en olvido al padre Labbe, que suministró el plan y la lista de los autores de la Bizantina, y que publicó los ocho primeros volúmenes de la edición de los Concilios. El padre Petau se ha hecho el oráculo de la cronologia, y el

padre Sirmoad ha dado á la luz del dia la noticia de las dignidades de las Galias y las obras de Sidonio Apolinar, etc.

Los sacerdotes del Oratorio cuentan en su órden á Carlos Lecointe, autor de los *Annales Ecclesiastici Francorum*, continuados por Jerardo Dubois y por Julio Lorient, sus cohermanos. Debemos á Santiago le Long la *Biblioteca histórica de la Francia*, corregida y aumentada por Fevret de Fonttete, etc.

La magistratura parlamentaria con el canciller á su cabeza, era un cuerpo letrado que ordenaba los trabajos, y no se desdeñaba de poner mano en ellos; así lo observaremos cuando indicaré los manuscritos que han de consultarse, y las empresas suspendidas por la accion revolucionaria.

La academia de las Inscripciones trabajaba por su parte en el registro de nuestros antiguos monumentos; he contado en sus Memorias mas de doscientos cincuenta y siete articulos sobre todos los puntos litigables de nuestra arqueología. Hallábanse los miembros de esta ilustre academia encargados de varios trabajos considerables, que se ejecutaban con el curso de las luces de diversas sociedades, bajo la proteccion del gobierno. Mas dichosa que la congregacion de San Mauro, la academia de las Inscripciones existe todavia y ve á su cabeza á sus venerables gefes los Dacier, Sacy, los Quatremery de Quincy, sábios de raza, como los Bignon, los Valois, los Sainte-Marthe, cuyos compañeros siguen siendo entre nosotros los fieles intérpretes de todas las antigüedades.

Despues de estos tres grandes cuerpos de benedictinos, de magistrados y de académicos, vienen los hombres aislados, como los Du-Cange, los Bergier, los Leboeuf, los Bullet, los Descamps y tantos otros: sus exactas disertaciones han arrojado la mas viva luz sobre los puntos oscuros de nuestros orígenes. Seria un trabajo inútil manifestar lo que debe escogerse en estos autores. ¡Qué profundidad de ciencia hay en Du Cange! Ciertamente pasma.

Recomiendo principalmente á nuestros historiadores futuros la lectura mas detenida de los concilios, de los

anales particulares de las provincias, de los hábitos de estas mismas provincias tanto latinos como galos; porque allí mezclada con las vidas de los santos se encuentra la verdadera historia de Francia en los ocho primeros siglos de nuestra monarquía.

Y sin embargo estos materiales impresos, cuyo número confunde la imaginación, no son sino una parte de los documentos que deben consultarse: los archivos, el gabinete ó el tesoro de pergaminos, las listas y registros del parlamento, los manuscritos de la biblioteca pública y las demás bibliotecas, deben ocuparnos. No siempre pueden buscarse los hechos en ediciones cómodas; necesitase ver con los propios ojos, lo que puede llamarse la fisonomía de los tiempos, los diplomas que tocaron la mano de Cárlo-Magno y la de San Luis, la forma exterior de los documentos, el papiro, el pergamino, la tinta, la letra, los sellos, las viñetas; necesitase en fin, manejar los siglos y respirar su polvo. Entonces como un viajero en regiones desconocidas, se vuelve con un diario escrito en los mismos lugares, y un cartapacio lleno de dibujos sacados de la naturaleza.

En una nota sustancial Mr. Champollion-Figeac, ha dado ilustraciones que debo reproducir.

«Propusieronse, ya hace largo tiempo, reunir en una sola colección general todos los documentos auténticos relativos á la historia de Francia. Colbert y d'Aguesseau pusieron los primeros cimientos de esta colección. El establecimiento en 1759 del *Depósito de legislación*, conjunto metódico de todas las leyes del reino que ascendió á mas de trescientas mil piezas, y que debe existir todavía sea en la chancillería ó sea en los reales archivos, conducía, como una de sus dependencias naturales, á la reunion de todos los monumentos históricos, que fuese posible descubrir; y Luis XV ordenó esta reunion en 1762 en el ministerio de Mr Bertin. Los decretos de 8 de octubre del consejo de 1763, y de 18 de enero de 1764, arreglaron el orden del trabajo y de los gastos, reclamando el celo y el concurso de todos los sábios en este tan grande objeto de utilidad pública: establecieron en 1779 conferencias muy propias para regularizar tantos y tan honrosos esfuerzos, escitaronlos mas y

mas con nuevas disposiciones añadidas á las precedentes en 1781 en el ministerio de Mr. de Maurepas, y aumentaron en 1783 por influencia de Mr. d'Ormesson, los fondos destinados á los gastos del gabinete. Mr. de Calonne propuso en 1785 nuevos medios de emulacion que fueron generalmente útiles, y asocióse el clero en 1786, añadiendo á los fondos concedidos por el rey un suplemento tomado de los gastos que dedicaba á la historia de la iglesia. Los estados de las provincias imitaron tan generoso ejemplo: las órdenes de Mr. de Calonne procuraron en 1787 el curso de todos los intendentes; y la organizacion del trabajo sábiamente centralizado en las manos del historiografo de Francia: Moreau, bajo la autoridad del ministerio volvió todos estos esfuerzos propicios y fructuosos. Los hombres instruidos de todos los países ansiaban el honor de concurrir á la obra: el rey honraba su afan y recompensaba sus mas notables servicios con gracias de todas clases. La congregacion de San Mauro y la de San Vannes habian derramado sus mas hábiles obreros por todos los puntos de Francia donde se podian hacer indagaciones: los documentos llegaban con abundancia, todo parecia asegurar la próxima publicacion del Rymer francés, mejor concebido, mas útil que el de Inglaterra: un decreto del consejo de 10 de octubre de 1788, aseguraba tan precioso resultado á la historia de Francia, y la impresion del volumen primero que contenia los instrumentos de la primera raza, hacia rápidos adelantos cuando sobrevino la revolucion. Un decreto de 14 de agosto de 1890 ordenó la traslacion de todos los documentos históricos á la biblioteca real; quejáronse luego, y suprimiéronse en seguida los fondos especiales que le estaban destinados, y ha sido necesario olvidar por espacio de treinta y seis años los venerables archivos de la monarquía francesa.

«Las tareas de Baluze, Du Cange, Dupuy, d'Achery, Martene y Mabillon, habian probado bastante que existia á mas del tesoro de los documentos de la corona, una multitud de manuscritos de sumo interés y á veces de grande importancia para la historia y el derecho público del reino. Compréndese á primera vista la insuficiencia relativa de las dos obras emprendidas por orden del rey,

la coleccion de ordenanzas y la de los historiadores de Francia: la última, segun su plan sábiamente concebido, era puramente histórica, no admitia los actos de la administracion general emanados de la régia autoridad; y la primera no abrazaba mas que las ordenanzas de los reyes de la tercera raza. Habia, pues, á pesar de los capitulares de Baluze, inmensos blancos en los tiempos que habian trascurrido desde el origen de la monarquia hasta el advenimiento de los Capetos. Solo podian llenarse con esa multitud de documentos y de actas de todas clases depositadas, ó mas generalmente olvidadas, en los numerosos archivos de las ciudades, de las iglesias, de los monasterios, de las compañías judiciarias y de las casas de los grandes. Tratábase de reconstruir por su testimonio los anales verídicos y completos de la Francia, y con su reunion un depósito comun, crear un centro perpétuo para todas las indagaciones ordenadas por el gobierno, ó emprendidas por los particulares.

«Este plan no asustó por su estension á los que le habian concebido ni á la autoridad que debia asegurar su cumplimiento. Mas el trabajo sobre los documentos y diplomas de la historia de Francia, comprendia dos partes distintas, aunque estrechamente enlazadas entre si: 1.º La tabla general de los documentos impresos. Mr. de Bréquigny se encargó de redactarla, y publicó tres volúmenes en folio, comenzando por una carta del papa Pio I al obispo de Viena, que se reputa del año 142 ó bien 166, y concluyendo en el reinado de Luis VII en 1179: interrumpióse la impresion del cuarto volúmen en la página 568 que llegaba al año 1218: se han conservado algunas colecciones de buenas hojas. 2.º La reunion mas numerosa que fuese posible, sea de escritos originales publicados ó ineditos, sea de copias fieles de todos los documentos é instrumentos históricos no publicados: uniéronse los inventarios de un gran número de archivos, muchos cartularios, y el despojo de los de la biblioteca del rey, los registros de los señores, las colecciones de piezas formadas por particulares, los papeles dejados por sábios cuyos trabajos eran análogos á la naturaleza del depósito; en fin, algunas obras manuscritas que interesa-

ban á la historia de Francia, y que nunca se ha descuidado salvar de la dispersion: tal es el magnífico manuscrito sobre vitela que contiene el proceso de Juana de Arc, conocido con el nombre de *Manuscrito d'Urfé*.

«El objeto final de la empresa se hallaba fijado desde su origen mismo en el pensamiento de los que la dirigian; mas para tocar este blanco, á mas de su celo y de sus luces, les era preciso el socorro del tiempo, y este les faltó. Habíase dado á entender que la coleccion general de tales diplomas podria un dia publicarse completa: el rey habia hecho concebir en 1782 tan lisonjera esperanza al mundo sábio, y algunos años despues el primer volumen de la coleccion de documentos, y los dos tomos de cartas del papa Inocencio III, el mas hábil jurisconsulto de su siglo, y que no tuvo menos influencia en los negocios de Francia que en los de otros estados de la cristiandad, estaban ya en prensa: el primero por los desvelos de Mr. de Bréquigny, y los otros dos por los de Mr. Du Theil, que habia recogido en Roma los materiales. El depósito mismo tomaba una consistencia que acrecentaba su utilidad: venia á ser el centro de los grandes trabajos históricos que darán eterno honor á las letras francesas, y preciosos modelos á los pueblos celosos de su propia nombradia. Veníase á beber alli al mismo tiempo, en la coleccion de las ordenanzas, la coleccion de los historiadores de Francia, el arte de verificar las fechas, y la nueva coleccion de los concilios: época siempre memorable de nuestra historia literaria, en que bajo la misma proteccion, y por solo el efecto de la magnificencia real, las prensas francesas producian á la vez las cuatro grandes colecciones cuyo mérito igualaba su estension; y casi en los propios dias la *Gallia christiana*, la coleccion de documentos, las cartas históricas de los papas, la tabla cronológica de los documentos impresos, la historia literaria de Francia y las historias particulares de las provincias por los benedictinos; el glosario francés de Saint-Pelaye y Mouchet, el Froissard completo de Mr. Dacier, las noticias y extractos de los manuscritos, y las memorias de la academia de las bellas letras, que han fundado y propagado por el mundo sábio os mas sólidos principios de la erudicion clásica. Estas

prosperidades literarias, brillaban con todo su esplendor en 1786; y en 1791 no quedaba ya sino el doloroso recuerdo de tantas empresas gloriosas.

Hablá de la suspension de estos trabajos Mr. Champollion; pero no espresa la causa inmediata de ella: procuraré espresarla.

Condorcet subió á la tribuna de la Asamblea nacional en 19 de junio de 1792, y pronúnció el discurso que sigue:

«Hoy es el aniversario de aquel dia memorable en que la Asamblea constituyente, destruyendo la nobleza, puso la última mano al edificio de la igualdad política. Celosos imitadores de tan bello ejemplo, la habeis perseguido hasta en los depósitos que sirven de refugio á su incorregible vanidad. En este dia, y en la capital de Francia, la razon reducé á cenizas á los pies de la estatua de Luis XIV los inmensos volúmenes que testifican el orgullo de esa casta. Todavía restan mas vestigios en las bibliotecas públicas, en el tribunal de cuentas, en los cabildos, y en las casas de los genealogistas: necesario es envolver tales depósitos en la comun destruccion. No consentireis, sin duda que se conserve á espensas de la nacion esa ridicula esperanza que parece amenazar la igualdad: trátase de combatir la mas ridicula, pero la mas incurable de las pasiones. En estos momentos aun medita el proyecto de dos cámaras, ó de una distincion á los grandes propietarios, tan favorable á los hombres que no ocultan ya cuanto pesa la igualdad sobre su nulidad personal.

«Propongo en su consecuencia decretar, que los departamentos quedan autorizados para quemar los títulos que se encuentran en los diversos depósitos.»

La Asamblea, despues de haber declarado la urgencia adoptó unánimemente el proyecto de Condorcet, que acababa de decir en las últimas frases de su discurso lo mismo que hoy dia se repite, porque no hacemos mas que su parodia.

El 22 de febrero de 1793 se mandaron quemar en la plaza de las Picas trescientos cuarenta y siete volúmenes, y treinta y nueve cajas

Condorcet, á pesar de todos sus afanes, no se sentía tan seguro de la igualdad, que no tuviese la precaucion de llevar habitualmente consigo una buena dosis de veneno.

En 1793 el ministro Rolland escribió á los conservadores de la biblioteca, prescribiéndoles que entregasen los manuscritos, respondieron que estaban prontos á obedecer, pero tomaronse la libertad de observar humildemente, que era necesario tambien destruir el arte de verificar las fechas y el diccionario de Moreri, como emponzoñados con un gran número de artículos semejantes á aquellos de que se quería purgar con tanta razon á la tierra. Mas tarde el tribunal de salud pública ordenó que se quitasen las armas de Francia de las cubiertas de los libros de la biblioteca; y para llevar á cabo la empresa, ajustóse el negocio con un vándalo por un millon y quinientos treinta mil francos. Cortaban el escudo de Francia con un sacabocado y ponían en su lugar un retazo de tafílete; y cuando las armas se habian estampado en una hoja del tomo, la arrancaban. ¿No se podría ahora volver á emprender tan bella operacion?

Denunciaron el gabinete de medallas, y destinaron las de oro y de plata á la casa de moneda para que se fundiese: el abate Barthelemy se dirigió á Aumont, amigo de Danton, que hizo anular el decreto, porque Danton solo hacia fundir á los hombres. Un cómico de la legua, que despues fué guarda-almacén, solicitó el empleo de conservador de manuscritos, y preguntado si los sabia leer, respondió: «Sin duda ninguna» A libras fueron vendidos manuscritos preciosos para uso de los especieros; otros enviados á Metz, sirvieron para cartuchos. Nuestros cañones se cargaron con nuestra antigua gloria: todos los tiros alcanzaron, y resultó nuestra nueva gloria.

La república aristocrática del Directorio procedió de muy distinto modo que la república democrática de la convencion: mandó corregir en Racine, Bossuet y Massillon cuanto tenia sabor á religion y á realismo. Hombres de mérito se consagraron á estas tareas filosóficas, y llegó á su fin el trabajo empleado en las correcciones de Racine: yo no sé quien lo hizo.

Puede ser que no nos ciegue al presente el estúpido

furor de un sábio de la Convencion, ni la ingenua animosidad de un ciudadano del Directorio; pero ¿amamos mas lo pasado? ¿Nos tomaremos tambien el trabajo de corregir al pobre Racine, que hubiera podido hacer alguna cosa, si Boileau no le hubiese echado á perder el gusto, y si hubiese nacido en nuestro tiempo, puesto que tenia facultades de ingenio?

Y por tanto, ya que únicamente nos convencen los hechos debemos reconocer que lo pasado es un hecho, un hecho que nada puede destruir; mientras que lo futuro, que nos es tan caro, no existe. Hay para un pueblo millones de millones de sucesos futuros posibles; de todos estos sucesos, uno solo se realizará, y quizás el menos previsto. Si lo pasado no es nada, ¿qué es el porvenir sino una sombra en las márgenes del Leteo, que quizás no aparecerá nunca en este mundo? Vivimos entre la nada y una quimera.

De la edicion comenzada de los catálogos de los manuscritos, y de la impresion de estos documentos, epistolas y escritos, solo se escaparon algunos ejemplares, como acabamos de leer en la noticia de Mr. Champollion: el resto pereció en las boticas. A los volúmenes impresos y publicados por Bréquigny y de La Porte du Theil, *Diplomata, Chartæ, Epistolæ et alia documenta ad res francicas spectantia*, preceden prolegómenos donde se cuenta la historia de la empresa acometida, y donde se halla lo que se necesita saber sobre los documentos contenidos en esos volúmenes.

Las pruebas materiales de la falsedad de un acto son bastante fáciles de distinguir cuando se ha estudiado la caligrafía, y los benedictinos dieron para ello buenos avisos. Mas existen tambien evidencias internas que deben igualmente decidir á los analistas jóvenes; por ejemplo, solo nos restan seis diplomas reales de Khlowigh (Clodoveo), y de los seis diplomas uno solo es integramente auténtico. Comparad el estilo y el modo con que están escritas tales piezas: léese debajo del acto de fundacion del monasterio de San Pedro de Sens: *Ego Chlodeveus, in Dei nomine, rex Francorum, manu propria signavi et suscripsi*: como si Khlowigh hablase en latin, escribiese en latin, firmase en la-

tin, y desfigurando su nombre con la ortografía latina. Despues de su pretendida firma vienen las firmas tambien ilegibles de Clotilde, de los cuatro hijos del rey, de su hija, del arzobispo de Reims, etc.

El auténtico diploma es una carta dictada, endorsada á Euspicio y á Maximino: Khlowigh les concede el lugar llamado Miçy, y todo lo que es de real dominio entre el Loira y el Loiret. Principia la carta de este modo: *Clodoveus Francorum rex, vir inluster*, y concluye con estas palabras: *ita fiat ut ego Clodoveus volui*. Bajo se lee solamente *Eusebius Episcopus confirmavi*. Ved al Señor: un obispo traduce con toda la simplicidad sálica: *fiat, ego volui*.

El *Glosario* de Saint-Pelaye y de Bréquigny, continuado por Mouchet, se compone de cincuenta y seis volúmenes en folio, de los que únicamente se han impreso dos: solo se han salvado tres ejemplares de la edicion, los restantes están manuscritos. Cada tomo contiene cuatrocientas ó quinientas columnas, y de cuatrocientos á ochocientos artículos: es un repertorio compuesto á semejanza del plan seguido en el *Glosario latino* de Du Canges, y en el *Glosario del derecho francés* de Derieres; traduce muchas veces los artículos del primero añadiéndolos á su obra. La edad media entera se halla por orden alfabético en esta inmensa coleccion.

Los reyes de Francia que nos mantenian en una ignorancia crasa para mejor oprimirnos, los reyes que hubieran debido nacer todos á la vez en nuestros dias, para aprender á menospreciarse á si mismos y á sus siglos, tenían sin embargo la mania de favorecer las letras: hábales ocurrido sin saber por qué la idea de formar esas grandes colecciones de diplomas. Montagu, secretario y tesorero de los manuscritos en el reinado de Carlos V, había comenzado, ó por mejor decir continuado el catálogo general de los documentos históricos; y nos dice que sus predecesores se habian visto obligados á dejar sus investigaciones por falta de metálico para seguir las. Enrique II mandó abrir el tesoro de los manuscritos á Juan Du Tillet, escribano del parlamento, el hombre mas instruido en nuestras antigüedades que hasta el dia se ha visto, quien había concebido en casi todas sus partes el vasto plan llevado á

cabo en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, con el apoyo del gobierno, el estímulo del clero y los desvelos de los grandes cuerpos letrados de Francia.

«Habiendo con sumo trabajo y gasto, dice Du Tillet al rey, compulsado ininidad de registros de vuestro parlamento, investigado las librerías y títulos de muchas iglesias, me pongo á escribir en forma de historia, y por el órden de los reinados, las querellas de esta tercera linea reinante con sus vecinos, el dominio de la corona por provincias, las leyes y ordenanzas desde la Sálica por volúmenes y reinados, y en coleccion separada lo que pertenece á las personas y casas reales, y la forma antigua del gobierno de los tres estados, y el órden de justicia del mismo reino, con las mudanzas en él acaecidas.»

Du Tillet pone despues de sus colecciones *los inventarios* de los documentos como pruebas é ilustraciones: un ejemplo manifestará su exactitud: «Promesa de Eleonora, reina de Inglaterra, de prestar homenaje al rey Felipe de los ducados de Guyena y condado de Poitou en julio de 1134. En el tesoro, caja *inglesa* C, y bolsa no numerada.»

Los *inventarios* de Du Tillet, son el modelo de los catálogos modernos de documentos.

Despues de Tillet, Pedro Pithou y Marquardo Freher formaron el plan de una coleccion de los historiadores de Francia; plan que comenzó á ejecutar Andres Duchesne, justamente llamado *el padre de nuestra historia*: su hijo Francisco continuó la obra, que debe constar de catorce volúmenes, y que cuenta ya cinco impresos. Colbert confió á una asamblea de sábios el cuidado de seguir tan ventajosa empresa, cuyos sábios eran nada menos que Lecoite, Du Cange, Wion d'Herouval, Adriano de Valois, Juan Gallois y Baluze. Du Cange propuso una distribucion diferente á la de Duchesne con la insercion de las piezas nuevamente descubiertas.

El arzobispo de Reims Carlos Mauricio Letellier volvió á emprender el proyecto bajo el patrocinio de su hermano Louvois, y quiso encargar á Don Mabillon de la direccion de los trabajos. El canciller d'Aguesseau formó en 1717 dos sociedades de literatos para que se ocupasen en la co-

lección de Duchesne: quedan un plan de Du Cange, notas del abate Gallois, una memoria del abate Thuilleries, observaciones del abate Grand, cuyo plan, notas, memoria y observaciones han contribuido poderosamente á la confección de *Rerum gallicarum et franciscarum scriptores*, de Don Bouquet, Lancelot, Lebœuf, Secousse, Gibert, Fonce-magne y Saint-Pelaye conferenciaban sobre estas investigaciones en casa de Mr. d'Argenson, del canceller de Lamoignon, ó de Mr. de Malesherbes, su hijo: série de nombres, contando desde Andrés Duchesne, que podemos oponer á los nombres mas ilustres de Europa.

Deseamos que venga un tiempo, y que no esté lejos, en que vuelvan á emprenderse estos trabajos paralizados por la barbarie revolucionaria, y que se acaben de catalogar los manuscritos de la biblioteca (no sé si debo decir real ó nacional) que yacen miserablemente desconocidos. Asi podrian encontrarse no solo documentos de las antigüedades de los francos, sino tambien de la antigüedad griega y latina. Los autores cuyas obras no poseemos, ó que poseemos mutiladas, existian todavia en el décimo, undécimo y duodécimo siglos: quizás se haya libertado de las manos de los Condorcet de la edad media un ejemplar de Tácito, de Tito-Livio, de Menandro ó de Sófocles. Deseamos que mejore la suerte de los hombres dignos de honores que vigilan los depósitos de la ciencia, que succumben bajo el peso de un trabajo que cada dia acrecientan, y se multipliquen los libros y los lectores; y deseamos que se aumente el número de los discípulos de la escuela de manuscritos. Cuando los Dacier y los Vanpraet, cuando los sábios venerables que nos restan habrán pasado de esos sepulcros de los tiempos, llamados bibliotecas, á su propia tumba, ¿quién descifrára nuestros anales? ¿La patria de Mabillon sufrirá la degradacion de ir á buscar á Alemania intérpretes de nuestros diplomas? ¿Será preciso que un germánico Champollion venga á leer en nuestros monumentos el lenguaje de nuestros padres muerto para nosotros? Por fin, nuestros deseos son que nadie se obstine en agrandar la fábrica de la biblioteca sobre el terreno en que actualmente existe, y que se adopte el hermoso plan de un diestro arquitecto, para reunir el templo de la cien-

cia al palacio del Louvre: estos son los últimos votos de un francés.

ESCRITORES DE LA HISTORIA GENERAL Y DE LA HISTORIA CRÍTICA DE FRANCIA ANTERIORES A LA REVOLUCION.

Duros son los juicios que en el día se forman respecto de los escritores que han trabajado en nuestros anales antes de la revolución. Supongamos que se hubiese de dar principio á nuestra historia general; que nos viésemos en la precisión de sacarla de los manuscritos ó de los documentos impresos; que fuese necesario desembrollar la cronología, discutir los hechos, establecer los reinados, etc., yo me atrevo á sostener que á pesar de nuestra sabiduría innata, y todos nuestros conocimientos adquiridos, solamente podríamos formar tres tomos. ¿Cuántos de nosotros podríamos descifrar una línea de documentos originales, cuantos podríamos leerlos ni aun con el auxilio de los *alfabetos*, del *método*, y de los *fac-simile* que insertan en su *Re diplomática* Mabillon y otros? Tenemos demasiada impaciencia de sacar á luz del día nuestros pensamientos, y desdenamos demasiado á los que nos han precedido, para humillarnos á hacer el modesto papel de anticuarios de libros y cartularios. Si leyésemos, tendríamos menos tiempo para escribir y defraudaríamos de nuestras producciones á la posteridad: y por grande que sea nuestro justo orgullo, me atreveré á suplicar á nuestra supremacía, que no rompa tan pronto las muletas con que se arrastra con las alas plegadas. Cuando con datos muy correctos y hechos muy exactos, impresos en buen francés y en caracteres muy legibles, componemos á nuestro placer nuevas historias, prestemos homenaje á aquellos espíritus oscuros, á cuyos trabajos nos basta unir los harapos de nuestro ingenio para admirar al universo.

Du Haillan, Belleforest, de Serres y Dupleix han trabajado los primeros en la historia general de Francia: Du Haillan sabe mucho y cosas muy curiosas; tiene fuego, y divierte su independencia nobiliaria. En su dedicatoria á Enrique IV, dice: «No he querido ser lisonjero ni cortesano, sino historiador verdadero: he querido pintar las facciones

mas deformes á la par de las mas hermosas, y hablar osada y libremente de todo.... He impugnado muchos puntos que apoya la comun opinion de los hombres, como la venida de Faraon á las Galias, la institucion de la ley Sálica, etc.»

Belleforest es difuso, pero su compilacion de las antiguas crónicas pone en camino de descubrir muchas rarezas: Du Haillan le critica en uno de sus prólogos. «No pertenezco al número de esos atrevidos é ignorantes escritores, que abortan todos los dias libros, y que hacen *espesos bosques (forets)*.» Alusion al apellido de Belleforest.

Juan de Serres era protestante: no hay fidelidad en sus citas, ni verdad en su cronologia; el estilo está recargado de figuras y de metáforas. De Serres era sin embargo un sábio; Pasquier y d'Aubigné le han criticado con demasiada dureza.

Dupleix procede con método; es el primer historiador francés, con Viguier que anotó en el márgen las autoridades: antes de la obra clásica de Adriano de Valois ninguno habia escedido á Dupleix en la historia de las dos primeras razas, sino Fauchet.

No hablaré de Aubigné, aunque bien lo merece; porque se encerró como De Thou en un periodo particular: la misma razon me hace omitir á Juan Laboureur: ninguno ha remontado el estilo histórico á tan alto punto como este último escritor.

Despues de los cuatro primeros autores de nuestra historia general encontramos á Mézeray, Varillas, Cordemoy, Legendre, Daniel, Velly, Villaret y Garnier.

Nunca volverán á escribirse tan correctamente algunas partes de nuestra historia como pintó Mézeray varios reinados; el compendio es superior á su grande historia, aunque haya discursos cortados al estilo de Corneille. Las vidas de las reinas son frecuentemente modelos de sencillez. En cuanto á la falta de lectura achacada á Mézeray, han corregido muchos de sus defectos el abate Laboureur, Launoy, Dirois y el padre Griffet. Mézeray fué mordaz; nada iguala la libertad de sus juicios: lástima es que su ejecutor testamentario arrojase á las llamas su historia de la Gabela. Amelot de la Houssaye dice que Mézeray ha dejado en sus escritos *una imágen bastante viva de la anti-*

qua libertad. Menage echa en rostro á este autor que *carece de frases*; Mézeray ha dicho: *al fin de la segunda raza el reino estaba sujeto á las leyes de los feudos, gobernándose mas como un gran feudo que como una monarquía.* Cuanto se ha dicho despues sobre los tiempos feudales, no es sino el comentario de este destello del genio.

Luis de Cordemoy publicó despues la *Historia de Francia* que habia escrito Geraud de Cordemoy su padre: Cordemoy era, como Bossuet, cartesiano; su exacto trabajo es el primero en que se conoce la presencia del método filósofo.

El abate Le Gendre introdujo en la historia general la pintura de las costumbres y de los trages; innovacion feliz que abre un camino nuevo á la historia. Le Gendre, adulador de Luis el Grande, en sus ensayos sobre el reinado de este monarca, juzga con franqueza la época restante.

Mucho se ha gritado contra Varillas calificándole de novelesco, y sin embargo no es tan embustero como se ha propalado. Versado en la lectura de los originales, habíala perdido de vista; mas hallábase poseído de la manía mas particular que pueda imaginarse: traslada los actos de un personaje á otro, cuando este personaje tiene en siglos distintos homónimos ó semejantes; podria yo citar ejemplos curiosos.

Despues de la obra del padre Daniel no es ya necesario escribir la historia militar de Francia. En fin, sin hablar del *Compendio cronológico*, harto elogiado del presidente Henault, y de los *Ensayos históricos* tan cacareados de Voltaire, el largo trabajo de Velly, de Villaret y Garnier, es de sumo valor. No eran sin duda unos ingenios los tres últimos escritores; mas ¿dónde se halla el ingenio? Solo en nuestro siglo, en que corre las calles al salir de las mantillas como un polluelo que rompe su cáscara. A falta de este primer don del cielo que nos estaba exclusivamente reservado, hallábase en los historiadores que acabo de nombrar una lectura concienzuda, páginas escritas con limpieza, y juicios exactos. Es verdad que estos historiadores equivocan la fisonomía de los siglos, mas no siempre.

Por lo que pertenece á las dos primeras razas, preciso es confesarlo, Velly es algunas veces ridiculo; pero pintaba segun el gusto de su tiempo. Khlwigh ó Clovis, en nuestros anales anti-revolucionarios, aseméjase á Luis XIV, y Luis XIV á Hugo Capeto. Tenian en la cabeza el tipo de una grave monarquia siempre la misma, marchando en cuadro con tres órdenes y un parlamento con sus largas ropas; de aqui nace la monotonia de las narraciones, y la uniformidad de las costumbres que hace insípida la lectura de nuestra historia general: los historiadores eran entonces hombres de gabinete que nunca habian visto ni manejado los negocios.

Mas si nosotros descubrimos los hechos con otra claridad, no creamos que esto proviene de la sola fuerza de nuestra inteligencia: hemos llegado despues de la caida de la monarquia; medimos en tierra al coloso roto, y le encontramos proporciones distintas de las que parecia tener cuando estaba en pie. Colocados en otro punto de la perspectiva, tomamos por un progreso del espíritu humano el simple resultado de los acontecimientos, el desórden ó la desaparicion de los objetos. El viagero que huella con sus plantas las ruinas de Tebas, ¿es acaso el egipcio que se detenia debajo de una de las cien puertas de la ciudad de Faraon?

Lo que principalmente nos incomoda en el dia al leer nuestra historia pasada, es el no reconocernos en ella: la Francia se ha convertido en republicana y plebeya, de real y aristocrática que era. Con el espíritu de igualdad que nos domina irritanos la presencia esclusiva de algunos nobles en nuestros fastos: nosotros nos preguntamos si no valemos mas que tales gentes, ó si nuestros padres clasificaron bien los destinos de nuestra patria. Una reflexion debia tranquilizarnos. ¿Quién de nosotros sobrevivirá á su tiempo? ¿Sabemos como se llamaban los miles de soldados que ganaron las grandes batallas del ejército popular? Sepultáronlos á la vista de sus compañeros muertos un momento despues á su lado; y los generales, que quizás no tuvieron parte alguna en el éxito, vinieron á ser los legitimos herederos de los hijos oscuros del honor y de la gloria. Una nacion solo tiene un nombre; sus individuos plebeyos ó

patricios no son conocidos sino por algunos de sus vecinos, ora los persiga ó los halague la fortuna.

Por lo que toca á las libertades, una observacion análoga se presenta: los historiadores del décimo sétimo siglo no las comprendian como nosotros; no carecian de imparcialidad, ni de independencia, ni de arrojo; mas carecian de las nociones generales de las cosas que el tiempo y la revolucion han desenvuelto. La historia hace progresos que no alcanzan otras partes de la inteligencia literaria. La lengua cuando ha llegado á su madurez permanece en tal estado ó se corrompe: pueden componerse los versos de otro modo que Racine, pero nunca mejor: la poesia tiene sus lindes en los limites del idioma en que se escribe ó canta. Mas la historia sin corromperse muda de carácter con las edades, porque se compone de los hechos adquiridos y de las verdades encontradas; porque reforma sus juicios con la esperiencia; porque siendo el reflejo de las costumbres y de las opiniones del hombre, es susceptible de la perfeccion misma de la especie humana. En lo fisico la sociedad con los descubrimientos modernos no es ya la sociedad sin estos descubrimientos; en lo moral la sociedad con las ideas agrandadas, como se han agrandado en nuestros dias, no es ya la sociedad sin tales ideas: el Nilo en su nacimiento, no es el Nilo desembocando en el mar. En una palabra, los historiadores del siglo XIV no han creado nada, únicamente tienen un mundo nuevo delante de los ojos, y este mundo nuevo les sirve de escala rectificada para medir el mundo antiguo.

Hago de este modo justicia á los sugetos eminentes que han tratado de nuestra historia general antes de la revolucion, y paso á decir con la misma imparcialidad, que no debemos tomarlos por guias. No es preciso recurrir á los originales, porque esos escritores los leian de otro modo, y con otro espíritu que nosotros: no buscaban las cosas que nosotros buscamos, ni las veian: desechaban precisamente lo que nosotros recogemos con ansia. No elegian, por ejemplo, en las obras de los padres de la iglesia sino lo que pertenece al dogma y á la doctrina del cristianismo: las costumbres, los usos, las ideas, no les parecian de ninguna importancia: una historia nueva y entera yace ocul-

ta y encerrada en los escritos de los santos padres, y los presentes *Estudios* indicarán el camino. Nada sabemos de la civilización griega y romana del quinto, sexto y séptimo siglos, ni de la barbarie de los destructores del mundo romano, que no se haya sacado de los escritores eclesiásticos de aquella época.

En cuanto á nuestros propios monumentos faltanos hacer descubrimientos de la misma naturaleza. Antes de nuestra revuelta se indagaba en los manuscritos lo que guardaba relación con los sacerdotes, los nobles y los reyes: nosotros no nos cuidamos sino de lo que mira á los pueblos y á las transformaciones sociales, que también ha quedado sepultado y envuelto en los manuscritos.

Los escritores anti-revolucionarios de la historia crítica de Francia, son tan numerosos, que es imposible indicarlos todos: nos contentaremos con notar algunos que son los maestros de la escuela.

La *Historia del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias*, es una obra sólida, frecuentemente atacada y nunca destruida ni aun por Montesquieu, que por otra parte tenía escasos conocimientos en las cosas de los francos: se roba al abate Dubos sin confesar el hurto, y sería más leal el declararlo.

Lo propio sucede con el abate Gourcy: su pequeña *Disertación sobre el estado de las personas en Francia bajo la primera y la segunda raza*, disertación coronada por la academia de las inscripciones, tiene un método, una claridad y una sabiduría no vulgares. Cuanto se escribe ahora sobre el mismo objeto, se copia en parte del excelente trabajo de Gourcy: razón tienen en no rehacer una obra tan bien escrita; mas debían advertirlo, para que las alabanzas se tributasen al que las merece. Existen hombres que están en posesión de ser guías de los demás. Pagi será la eterna lumbrera de los fastos consulares: Tillemont es el maestro más seguro de los hechos y de los datos de la historia de los emperadores: Gibbon se une á él y se extravía, y cae cuando finaliza la obra de Tillemont: Saint-Marc ha desenmarañado el caos de los negocios italianos desde el siglo V hasta el XII. No hacemos mérito de su *Compendio cronológico* cuando nos ocupamos de este pe-

riodo de la historia; justo seria sin embargo, tanto mas, cuanto mas yerros se cometen sino se sigue á Saint-Marc, que siguió á Sigonius y á Muratori.

Las *Observaciones* del abate de Mably están escritas en un tono de arrogancia y de fatuidad, que las equivocaria con las obras de los talentos de nuestra época, si la debilidad no acompañase á la hinchazon. No obstante tanta soberbia, no se encuentran en Mably sino ideas mutiladas, una suma pretension de fuerza de espíritu, y el deseo de espresar grandes pensamientos en breves palabras; y en efecto, las voces escasean, pero aun mas las ideas. Leed en este autor afectado algunos pasages sobre la trasfusión de las propiedades, pues merecen ser leidos.

Boulainvilliers ha conocido exactamente la naturaleza aristocrática de la antigua constitucion francesa, mas comete muchos absurdos al hablar de la nobleza: por otra parte, es demasiado corto para que su instruccion indemnice del vicio de su sistema.

De los anteriores detalles resulta que han de distinguirse dos escuelas históricas antes de la época de la revolucion: la escuela del siglo XVII y la escuela del siglo XVIII: la una erudita y religiosa, la otra critica y filosófica: en la primera los benedictinos reunian los hechos, y Bossuet los anunciaba á la tierra: en la segunda los enciclopedistas criticaban los hechos, y Voltaire los entregaba á las disputas del mundo. Fundaba la Inglaterra cerca de nosotros su escuela exacta. mucho mas libre que la nuestra de preocupaciones anti-religiosas. Nuestra moderna escuela del siglo XIX puede llamarse igualmente escuela política; es tambien filosófica, pero de otra manera que la del siglo XVIII. Hablemos sobre este punto.

ESCUELA HISTORICA MODERNA DE FRANCIA.

La escuela moderna se divide en dos sistemas principales: segun el primero, debe escribirse la historia sin reflexiones; debe consistir en el simple relato de los acontecimientos y pintura de costumbres; debe presentar una pintura ingénuo, variada, llena de episodios, dejando que el lector, segun la naturaleza de su espíritu, saque las con-

secuencias de los principios, y estracte las verdades generales de las verdades particulares. Esto es lo que llamamos historia *descriptiva*, en oposicion á la historia filosófica del último siglo.

En el segundo sistema cuéntanse los hechos generales, suprimiendo una parte de los detalles, sustituyendo la historia de la especie á la del individuo, y permaneciendo impassible delante de las catástrofes mas trágicas. Tal es la historia *fatalista*, ó el *fatalismo* aplicado á la historia.

Voy á esponer mis dudas sobre ambos sistemas.

La historia descriptiva, contenida en sus últimos límites, ¿no participa demasiado de la naturaleza de las memorias? Los pensamientos filosóficos, empleados sóbriamente, ¿no son necesarios para comunicar á la historia su gravedad, para hacerle pronunciar los decretos que pertenecen á este postrero y supremo tribunal? En el grado de civilizacion á que hemos llegado, ¿la historia de la especie puede separarse enteramente de la historia del individuo? Las verdades eternas, bases de la sociedad humana, ¿han de perderse en cuadros que no representen sino las costumbres privadas?

Hay en el hombre dos hombres; el hombre de su siglo y el hombre de todos los siglos: el pintor grande debe sacar principalmente la semejanza del postrero. Al presente se da quizás demasiado valor á la semejanza, ó por mejor decir, á la copia de la fisonomia de cada época. Puede ser que en la historia, como en las artes, representemos mejor que en otro tiempo las costumbres, los interiores, y todo el material de la sociedad; pero una figura de Rafael, con el fondo descuidado y fragantes anacronismos, ¿no borraré siempre esas perfecciones de segundo orden? Cuando se representaban los personajes de Racine con pelucas á la moda de Luis XIV, no por eso se sentian los espectadores menos admirados ó conmovidos. ¿Por qué? Porque veian *al hombre* en vez de *á los hombres*.

Jamais Iphigénie en Aulide inmolée
 N'a coûté tant de pleurs à la Grèce assemblée,
 Que, dans l'hereux spectacle à nos yeux étalé,
 N'en à fait sous son nom verser la Champmeslé.

Mr. de Barante se ha elevado por encima de estas dificultades con la superioridad de su talento, y porque no ha ocultado del todo la *especie*; pero temo que haya estraviado á sus imitadores.

Ved aqui lo que me parece verdadero en el sistema de la historia descriptiva: la historia no es una obra de filosofia, sino un cuadro: debe unirse á la narracion la representacion del objeto; es decir, que á la vez se ha de dibujar y pintar; deben ponerse en boca de los personajes el lenguaje y los sentimientos de su tiempo, y no mirarlos al través de nuestras propias opiniones, causa principal de la alteracion de los hechos. Si tomando por regla nuestras creencias sobre la libertad, la igualdad, la religion, y sobre todos los principios politicos aplicamos esta regla al antiguo orden de cosas, falsificamos la verdad, y exigimos de los hombres que vivian bajo un régimen distinto, opiniones de que no tenian la misma idea. Nada era tan malo como nosotros pensamos; el sacerdote, el noble, el vecino de una ciudad, el vasallo, tenian de lo justo y de lo injusto nociones distintas á las nuestras: era aquel otro mundo, un mundo sin duda que se acercaba menos que el presente á los principios generales de la naturaleza, pero no carecia de grandeza ni de fuerza; asi se ve por sus actos y su duracion. No nos apresuremos tanto á despreciar lo pasado, ¿quién sabe si la sociedad presente, que nos parece superior, y que lo es en efecto bajo muchos puntos de vista á la antigua sociedad, parecerá á nuestros nietos en el trascurso de dos ó tres siglos, lo que á nosotros parece la sociedad de dos siglos antes? ¿Nos alegraremos en el sepulcro de que nos juzguen las generaciones futuras con el mismo rigor con que juzgamos á nuestros abuelos? La bondad y sinceridad de la historia descriptiva, consisten en que pinta los tiempos tales como son en sí.

El otro sistema histórico moderno, el sistema fatalista, presenta segun mi opinion, mas graves inconvenientes, porque separa la moral de la accion humana: asi considerada, tendré ocasion en su caso de combatirla cuando hable de los escritores de talento que la han adoptado. Me contentaré con decir ahora que el sistema que olvida al individuo para ocuparse de la *especie*, cae en el extremo

opuesto al sistema de la historia descriptiva. Anular enteramente al *individuo*, no concederle mas que la posicion de un guarismo colocado en la série de un número, es disputarle el valor *absoluto* que posee independientemente de su valor *relativo*. Del mismo modo que el siglo influye sobre el hombre, el hombre influye sobre el siglo; y si el hombre es el representante de las ideas del tiempo, tambien el tiempo es el representante de las ideas del hombre.

El segundo sistema de la historia moderna presenta su lado de verdad como el primero. Es cierto que en el día no debe omitirse la historia de la *especie*; que existen realmente revoluciones inevitables, porque obran y se cumplen en los ánimos antes de estallar fuera de ellos, y que la historia de la *humanidad*, de la sociedad *general*, de la civilizacion *universal*, no debe disfrazarse con la historia de la *individualidad social*, por los acontecimientos *particulares* de un siglo y de un país. La perfeccion consistirá en maridar los tres sistemas; la historia filosófica, la historia particular y la historia general: en admitir las reflexiones, los cuadros, los grandes resultados de la civilizacion, desechando de los tres sistemas lo exclusivo y sofisticado.

Sobre todo, aunque es muy útil profesar principios fijos al tomar la pluma, es para mí una cuestion ociosa el preguntar cómo ha de escribirse la historia: cada historiador la escribe segun su propio genio: el uno cuenta bien los hechos, el otro los pinta mejor: este es sentencioso, aquel indiferente ó patético, incrédulo ó religioso: todos los modos son buenos, con tal de que sean verdaderos. Unir la gravedad de la historia con el interés de la memoria, ser á la vez un Tucídides, un Plutarco, Tácito, Suetonio, Bossuet y Froissard, y cimentar su trabajo en los principios generales de la moderna escuela, es un verdadero prodigio. Pero ¿a quién ha concedido el cielo este conjunto de talentos, de los cuales bastaria uno solo para la gloria de muchos hombres? Escribirá, pues, cada cual como ve y como siente; solamente se puede exigir del historiador el conocimiento de los hechos, la imparcialidad de los juicios, y el estilo perfecto, si le es posible.

ESCUELA HISTORICA DE ALEMANIA. FILOSOFIA DE LA HISTORIA. LA HISTORIA EN INGLATERRA Y EN ITALIA.

Próxima á nosotros, mientras establecíamos nuestra escuela política, funda la Alemania nuevas doctrinas, y nos aventaja en las elevadas regiones de la inteligencia. Mezcla la filosofía con la historia: no esa filosofía del siglo XVIII, que consiste en espedir fallos morales y anti-religiosos, sino la que mira á la esencia de los séres, que penetrando la corteza del mundo sensible, busca debajo de ella alguna cosa mas real y mas viva, causa de los fenómenos sociales.

Descubrir las leyes que rigen la especie humana, tomar por base de los trabajos las tres ó cuatro grandes tradiciones estendidas por todos los pueblos de la tierra: reconstruir la sociedad sobre tales tradiciones, del mismo modo que se restaura un monumento que amenaza arruinarse; seguir el desarrollo de las ideas y de las instituciones en esta sociedad; señalar sus trasformaciones; inquirir por medio de la historia si existe en la sociedad un movimiento natural que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, haga adivinar la llegada de tal ó tal revolución, como se anuncia la reaparición de los cometas cuyas curvas se han calculado, son verdaderamente intereses inmensos. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Que ha venido á hacer aqui bajo? ¿Cuál es su destino? ¿Los archivos del mundo suministran respuestas á estas preguntas? ¿Encuétrase en cada origen nacional una era religiosa? ¿De esta era se pasa á una era heroica? ¿Y de esta era heroica á una edad social? ¿Y de esta edad social á una edad llamada propiamente humana? ¿De esta edad humana á una edad filosófica? ¿No falta nunca un Homero que cante en todos los países en distintas lenguas y en la infancia de los pueblos? Alemania se divide en dos partidos al tratar de estas cuestiones: el partido filosófico-histórico y el partido histórico.

El partido filosófico-histórico, á cuya cabeza asoma Mr. Hegel, pretende que el alma universal se manifiesta

en la humanidad de cuatro modos: el uno sustancial idéntico, inmovible; se le encuentra en Oriente: el otro individual, variado, activo; se ve en la Grecia: el tercero se compone de los dos primeros en una lucha perpetua; reside en Roma: y el cuarto saliendo de la lucha del tercero para poner en armonía lo que era distinto, existe en las naciones que tienen origen germánico.

Así el Oriente, Grecia, Roma y Germania ofrecen las cuatro formas y los cuatro principios históricos de la sociedad. Cada masa grande de pueblos colocados en sus categorías geográficas, saca de estas posiciones diversas la naturaleza de su genio, el caracter de las leyes, y el género de acontecimientos de su vida social.

El partido histórico busca los hechos y rechaza las fórmulas filosóficas. Mr. Niebuhr, su ilustre gefe, cuya reciente pérdida llora el mundo literario, ha compuesto la historia romana que precedió á Roma; mas no ha dado una idea por base á su gigantesco monumento. Mr. de Savigny que continúa la historia del derecho romano desde la edad poética hasta la edad filosófica á que hemos llegado, no busca el principio abstracto que parece haber dado á este derecho una especie de eternidad.

La escuela filosófico-histórica de nuestros vecinos procede como se ve, por la *síntesis* , y la escuela puramente histórica por el *analisis* : tales son los dos métodos naturalmente aplicables á la *idea* y á la *forma* . La escuela filosófica sostiene que el espíritu humano crea el hecho: la escuela histórica dice que el hecho pone en movimiento al espíritu humano: la última escuela reconoce el encadenamiento de la Providencia en el orden de los acontecimientos. Las dos escuelas toman en Alemania el nombre de sistema racional y de sistema sobrenatural.

Unidas á las dos escuelas históricas marchan dos escuelas teológicas, que se juntan á las dos primeras según sus diversas afinidades. Ambas escuelas teológicas son cristianas; mas la una hace salir el cristianismo de la razón pura, y la otra de la revelación. En este país, en que los estudios profundos se estienden tan lejos, ninguno ha imaginado que el carecer la sociedad de las ideas cristianas, sea una prueba de los progresos de la civilización.

Las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, por Herder, son demasiado célebres para traerlas á la memoria: un pasaje de la introduccion de Mr. Quinet bastará para darlas á conocer.

«La historia en su principio como en su fin es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra el mundo que lo encadena, el triunfo de lo infinito sobre lo finito, la manumision del espíritu, el reinado del alma; el día en que la libertad faltase al mundo, detendria su paso la historia. Impelido por una mano invisible, el género humano no solo ha roto el sello del universo y una carrera desconocida hasta entonces, sino que triunfa de sí mismo, se retira de sus propios caminos, y mudando incessantemente de formas y de ídolos atestigua en cada esfuerzo que el universo le embaraza y le sujeta. En vano el Oriente que se adormece en la fe de sus símbolos, juzga haberle encadenado con tan misteriosos lazos: en la ribera opuesta se levanta un pueblo nuevo, que se reirá de sus enigmas, y lo ahogará en despertando. En vano la personalidad romana lo ha absorbido todo para devorarlo en medio del silencio del imperio, ¿es una ilusion falaz, un engaño poético, ese susurro que sale de los bosques del Norte, y que no es ni el sacudimiento de las hojas, ni el chillido del águila, ni el mugido de las bestias feroces? Asi cautivo en los límites del mundo, lo infinito se agita para encontrar salida; y la humanidad que lo ha recogido dominada como de un vértigo, va caminando en presencia del universo mudo, de ruinas en ruinas, sin encontrar donde detenerse. Parece á un viajero acosado, lleno de fastidio y separado de sus hogares: salido de la India antes del día, apenas ha reposado en el recinto de Babilonia, destruye á Babilonia; y quedando sin abrigo huye á los persas, á los medos, á la tierra de Egipto. Un siglo, una hora, y destroza á Palmira, á Ecbatana y á Memphis; y derrocando siempre el asilo donde se ha abrigado, abandona á los lidios por los helenos, á los helenos por los etruscos, á los etruscos por los romanos, á los romanos por los getas, á los getas por... ¿y que sé yo quienes siguen? ¡Qué ciega precipitacion! ¿Quién le estrecha? ¿Cómo no teme desfallecer antes de la llegada? ¡Ah! si en la antigua epopeya

seguimos de mar en mar el destino errante de Ulises hasta su isla querida, ¿quién nos dirá cuando se acabarán las aventuras de este extraño viajero, y cuando verá á lo lejos humeando los techos de su Iliaca?

«Así nosotros tocamos los primeros lindes de la historia. Dejamos los fenómenos físicos para penetrar en el laberinto de los revoluciones que marcan la vida de la humanidad. Adios, dulces y apacibles retiros, eterno reposo, frescura é inocencia de los cuadros: el aire que vamos á respirar es devorador, el terreno que hollamos con las plantas está manchado de sangre, y los objetos vacilan en él con perpetua inestabilidad: ¿dónde fijar los ojos? El menor grano de arena levantado por los vientos encierra mas motivos de duracion que la fortuna de Roma ó de Esparta. En tan solitario albergue sé que existe un riachuelo cuyo dulce murmullo, serpentina corriente y vivas armonías esceden en antigüedad los recuerdos de Nestor y los anales de Babilonia. Hoy dia, como en los tiempos de Plinio y de Columelo, el jacinto crece en las Galias, la vincapervinca en Iliria, y la maya en las ruinas de Numancia; y mientras que en torno de ellas las ciudades han cambiado dueños y nombres; mientras que muchas han entrado en el dominio de la nada, y que las civilizaciones han chocado entre sí y se han destruido, las pacíficas generaciones de estas flores han atravesado las edades, y se han sucedido una á otra hasta nosotros, frescas y risueñas como las auroras de las batallas

«Esta permanencia del mundo material no escitará, pues, aquí sino vanos pesares, y su imponente masa ¿servirá solo para enseñarnos lo efimero y tumultuoso de la sucesion de las civilizaciones? ¡Dios no lo quiera! Por el contrario, refléjase en el sistema entero de las acciones humanas y marca en ellas el profundo carácter de la paz y de la serenidad. Cuando se ha establecido que las vicisitudes de la historia no se originan de un vano capricho de las voluntades, sino que tienen sus fundamentos en las entrañas mismas del universo, que son el resultado mas elevado, y que es una condicion del mundo el que nazca en una época tal forma de civilizacion, tal movimiento de progresion; que estos diversos fenómenos guardan armo-

nia con el dominio entero de la naturaleza, y participan de su carácter como todas las especies de producción terrestre: se ha dicho que las acciones humanas se presentan como un nuevo reinado que cuenta sus armonías, sus contrastes y su esfera determinada.»

Así se espresa Herder por el órgano de su elocuente intérprete.

A mas de eso, estos nobles sistemas aplicados á la historia no son tan nuevos como parecen. Un hombre apaciblemente dormido durante siglo y medio en el polvo, acaba de resucitar reclamando su emplazada gloria: habia pasado delante á su época, y cuando ha llegado la era de las ideas que representaba, estas han llamado á su tumba para despertarle: quiero hablar de Vico.

En su obra de la *Ciencia nueva*, Vico, dejando á un lado la historia particular de los pueblos, puso los fundamentos á la historia general de la especie humana.

«Delinear la historia universal y eterna, dice Mr. Michelet en su traduccion abreviada y en su analisis preciso y bien concebido del sistema de Vico; delinear la historia universal y eterna que nace con el tiempo bajo la forma de historias particulares; describir el círculo ideal en cuyo ámbito gira el mundo real, ese es el objeto de la *Ciencia nueva*; es á un tiempo mismo la filosofia y la historia de la humanidad.

«Deduce su unidad de la religion, principio productor y conservador de la sociedad. Hasta aqui no se habia hablado sino de la teología natural: la *Ciencia nueva* es una teología social, una demostracion histórica de la Providencia, una historia de los decretos con que sin saberlo los hombres, y muchas veces á pesar de ellos, ha gobernado la gran ciudad del género humano. ¿Quién no sentirá un placer divino en este cuerpo mortal, al contemplar el mundo de las naciones tan variadas en caractéres, en tiempos, en lugares, y con la uniformidad de las ideas divinas?»

Segun Vico, los fundadores de la sociedad fueron los gigantes ó los ciclopes. Los gigantes no tenian leyes ni Dios: retumbó el trueno, se horrorizaron, y reconocieron una potencia superior á la suya; origen de la idolatría, que nació de la credulidad, y no de la impostura. La idolatría

fué necesaria al mundo, dice Vico; porque domó con el terror de la religion el orgullo de la fuerza, y preparó por medio de la religion de los sentidos la religion de la razon, y en seguida la de la fe. Esta fué la primera edad, la edad poética de las sociedades, en que todas las leyes eran religiosas. Vico, para desembarazarse de las cuestiones teológicas, deja aparte al pueblo de Dios, como único; depositario de la verdadera tradicion, y raciocina libremente sobre todo lo restante.

Con la religion comienza la sociedad; los primeros padres de familia fueron los primeros sacerdotes, los primeros reyes, los *patriarcas* (padres y príncipes).

Este gobierno de familia es cruel, absoluto; el padre tiene derecho de vida y de muerte sobre sus hijos, del mismo modo que su vida y su muerte están sometidas á Dios, que lo ha criado, y á quien ha oido entre el estrépito del rayo. De alli vienen los sacrificios humanos, los ritos, las ceremonias religiosas; ley primitiva de la especie humana, ley que se prolonga hasta el derecho civil, sucesor de esta primera ley.

No tardaron los salvages que habian permanecido en la promiscuidad de bienes y de mugeres, y en la anarquía que era su consecuencia, en refugiarse á las alturas de los fuertes, en las cumbres en que las primeras familias se habian reunido bajo el gobierno de los padres de familia ó de los *héroes*.

Los refugiados fueron los esclavos de sus defensores: no gozaron de ninguna de las prerogativas de los *héroes*, y particularmente del matrimonio religioso ó solemne, que fundó la sociedad doméstica; mas los refugiados se multiplicaron, y apetecieron una parte de las tierras que cultivaban. En todos los puntos donde los *héroes* no fueron bastante poderosos para conservar la totalidad de los bienes, cedieron con ciertas condiciones las tierras á sus antiguos esclavos. Tal fué la primera ley agraria, el origen de las clientelas y de los feudos.

Entonces tuvo principio la ciudad. Los padres de familia compusieron la clase de los *nobles*, de los *patricios*; los refugiados vinieron á ser la clase de los *plebeyos*, *jornaleros*, *clientes*, *vasallos*; no tenian derechos políticos; ni

poseían mas gozes que los terrenos que los nobles les habían concedido.

Las ciudades heroicas gobernáronse todas aristocráticamente, y eran guerreras en su esencia. Los habitantes de estas ciudades, bandidos ó piratas por fuera, estaban eternamente divididos dentro.

Poco á poco las sociedades aristocráticas se trasforman con el crecimiento de la parte democrática, en repúblicas populares. Los estados populares se corrompen; el pueblo que primero había pedido solo la igualdad, quiere dominar á su vez: sobreviene la anarquía, y obliga al pueblo á abrigarse bajo el dominio de uno solo. La necesidad del orden funda la monarquía, como la necesidad de la libertad había fundado la aristocracia, y la necesidad de la igualdad la democracia.

«Si la monarquía no contiene la corrupcion del pueblo, este pueblo, dice Vico, se hace esclavo de una nacion mejor, que lo somete con las armas y lo salva sometiéndolo, porque ambas son leyes naturales: *el que no sepa gobernarse obedecerá: y los mejores tendrán el imperio del mundo.*» Máxima controvertible.

La parte verdaderamente nueva del sistema de Vico, es aquella en que introduce la historia del derecho civil en la historia del derecho político. Había dirigido sus estudios por esta parte; sus primeros ensayos de jurisprudencia y de etimología latina, son sin duda sus mejores obras. Demuestra que la jurisprudencia varia segun la forma de los gobiernos, los cuales derivan de las costumbres: observa que la primera ley de la sociedad, ley enteramente religiosa, penetra y se prolonga en el orden civil al través de las revoluciones y de las mudanzas políticas. Ninguno había observado antes de él que si la jurisprudencia de los romanos se hallaba rodeada de solemnidades y de misterios, era porque dimanaba del antiguo derecho religioso, y porque sus misterios eran una impostura, un medio de dominacion inventado por los sacerdotes y por los nobles. En Roma los actos llamados por escelencia *actos legitimos*, iban acompañados de ritos sagrados: para que los matrimonios y los testamentos se llamasen *justos*, esto es, suponiendo los derechos del orden político el mas

elevado, habian de legalizarse con sagradas ceremonias.

Esta bella observacion de Vico puede aplicarse á nuestra misma sociedad; el cristianismo que la fundó aparte, en medio de la sociedad pagana de Roma y de Grecia ó entre los pueblos bárbaros, la sometió á la ley religiosa. El matrimonio y la sepultura no fueron *solemnes y legitimos* entre los fieles hasta que fueron cristianamente autorizados: el bautismo convirtió en *solemne y legitimo* el nacimiento, como la estremauncion consagro la muerte. Los siete sacramentos de la iglesia fueron actos civiles de la primera sociedad cristiana.

Tal es el sistema de Vico; sistema en que se reconoce un hombre de un gran entendimiento; mas un hombre dominado por la imaginacion, y que mezcla á las verdades nuevas los juegos del espíritu que no pueden aprobar la historia, la razon y la sana lógica. Sus ideas sobre la idolatria, útil en concepto suyo á los hombres, no pueden sostenerse: cuando se trata de Hércules, de Hermes, de Homero, de Esopo, de Rómulo, no de los individuos, sino del tipo ideal de las costumbres y de las ideas de una época, raciocina visiblemente contra las operaciones naturales del espíritu humano. El salvaje *personifica* los árboles, las flores, las rocas; pero no *alegoriza* los tiempos. Cuando Vico dice que los hombres recobraron la estatura anti-diluviana, volviendo al estado de salvages despues del diluvio, va contra la buena fisica; el hombre en el estado *bestial*, como los demas animales, es mezquino: la sociedad en los hombres, y el estado doméstico en los animales capaces de educacion, desarrollan en el mas alto grado la naturaleza.

Vico falla ademas con demasiada ligereza la cuestion sobre la palabra humana: supone que se perdió despues del diluvio, y que hubo una época de mudez para el género humano, que llegado este caso, no hubiera sido mas que una especie de familia de monos. ¿La palabra se ha concedido al hombre con el pensamiento? ¿Ha dimanado de ella como el fruto que nace de la flor? ¿La palabra por el contrario ha sido revelada? Inmensa cuestion que Vico ha resuelto con un rasgo de pluma, y que el rigor de la historia no permite adoptar como un hecho incontestable.

En nuestra época un escritor francés ha renovado mejorándola, una parte del sistema de Vico. La filosofía de Mr. Ballanche es una teosofía cristiana. Según este filósofo, una ley general de la Providencia dirige el conjunto de los destinos humanos, desde el principio hasta el fin. Esta ley general no es más que el desarrollo de dos dogmas generales, la prescripción y la rehabilitación: dogmas que se encuentran en todas las tradiciones generales de la humanidad, y que son el mismo cristianismo. El sentimiento vivo de ambos dogmas produce una sicología que explica las facultades humanas, dando cuenta de la naturaleza íntima del hombre, y que se revela en la contestura de las lenguas antiguas. El hombre durante su laboriosa carrera busca sin descanso el camino de la prescripción á la rehabilitación, para llegar á la unidad perdida.

Mr. Ballanche ha querido que penetrase el genio histórico en la región que ha precedido á la historia: su Orfeo reasume los quince siglos de la humanidad anteriores á los tiempos históricos.

En seguida ha reducido los cinco primeros siglos de la historia romana á una síntesis, que es á un mismo tiempo una trilogía poética y una sincología de la humanidad.

No puedo dar á conocer mejor la *Paliguesia social*, que copiando este pasaje de un excelente extracto de Mr. Desmousseaux de Giveré, hombre en cuyo entendimiento se notan los distintos caracteres que se dan á conocer al instante en el orden literario ó político (1).

«Preguntando sucesivamente á los libros santos, á las

(1) Este extracto apareció en el diario de los Debates de 27 de junio de 1830. Mr. Desmousseaux de Giveré, agregado á mi embajada de Londres, era mi segundo secretario de embajada en Roma. De todos los diplomáticos jóvenes es el único que dió su dimisión cuando Mr. de Polignac se encargó del ministerio de Negocios estrangeros, y se retiró conmigo, y á mi pesar. Deseaba volver á entrar en el servicio despues de los dias de julio, y han sido preferidos á él sujetos nuevos en la carrera, ó que no habian contraido otro mérito que el de haber sido colocados cerca de los embajadores mas opuestos á las libertades constitucionales de la Francia. Nuestro cuerpo diplomático no era verdaderamente bastante rico (y lo conozco á fondo) para despreciar los servicios de un hombre como Mr. de Giveré, cuando queria hacer el sacrificio de adherirse á un ministerio tan deplorable.

poesias primitivas, á la historia, Mr. Ballanche ha deducido de sus respuestas concordes una analogía perfecta entre el principio revelado y el racional; y ved aquí entero el pensamiento *palingenésico*. Cree que la ley que preside á los progresos de la humanidad, ora se la contemple en la esfera religiosa, ora se la estudie en la esfera filosófica, es una. El título que debia grabarse en el frontispicio de sus obras completas, para anunciar la idea fundamental, debia, pues, ser este: *Identidad del dogma de la proscripción y de la rehabilitación del género humano con la ley filosófica de la perfectibilidad*.

«Las Escrituras nos manifiestan al *hombre* sucumbiendo en la prueba de la obediencia: despues iniciado por su misma caída en el conocimiento del bien y del mal, y mas tarde espianado su error con la sangre de una víctima inocente y voluntaria. El hombre de las Escrituras á un mismo tiempo Adán, el pueblo judío y el género humano. El hijo de Dios, viniendo á la tierra para morir en ella, ofrece una triple espianación: por María, su madre, es hijo de Adán, hijo de David, *hijo del hombre*, es decir, criatura del primer pecador, hijo del pueblo elegido, hijo del género humano. Hay, pues, en el sentido místico identidad entre el hombre, la nación y la humanidad entera. Para estas tres unidades vivas, de naturaleza semejante, aunque de un orden distinto, existen tres grados necesarios antes de llegar á la perfección, de que depende la salud, á saber: la prueba, la iniciación y la espianación.

«Pues bien: por todas partes en las creencias de los pueblos, por todas partes en los cantos de los poetas, por todas partes en los recuerdos de la historia, la *mitología* cristiana se reproduce.

«En los tiempos fabulosos Prometeo arrebató el fuego del cielo, é iniciado en el secreto de los dioses espia su temeridad en los tormentos. En los tiempos heróicos Orfeo, iniciador de los pueblos, pierde segunda vez á Euridice porque ha querido sorprender el secreto de los infiernos. En los tiempos históricos Bruto, despues de haber consultado el oráculo, liberta á los patricios de la autoridad de los reyes, y la sangre generosa de Lucrecia corre

en espacion. Mas tarde, su padre sacrifica á Virginia, víctima pura, cuya muerte consagra la emancipacion de la plebe; es decir, la iniciacion de un pueblo en la libertad. En estos hechos elegidos á la aventura entre otros mil análogos, reconócese enteramente la prueba que ha de sufrirse, el enigma que ha de adivinarse, y el sacrificio de una víctima inocente; tres grandes rasgos de la mitología cristiana.

«Inquirir, restaurar y enlazar las partes desfiguradas de la idea á la vez una y triple, es únicamente el lado material de un gran trabajo, la tarea de la erudicion y de la ciencia; mas haber aplicado á los fenómenos de la vida de las naciones el dogma cristiano, haber encontrado en cada pueblo el *hombre* de que habla la Escritura, es obra de la inspiracion religiosa, y al propio tiempo del pensamiento filosófico.»

Vista la historia desde tal elevacion, no conviene á todas las inteligencias; mas los mismos que se complacen en las lecturas fáciles, hallarán un encanto particular en la *Palinesia social* de Mr. Ballanche. El estilo elegante y sonoro despierta pensamientos consoladores y puros: parece que se vean los secretos de la conciencia tranquila y serena del autor, como la pacífica y misteriosa luz de su imaginacion. Su genio teosófico no nos deja nada que envidiar á la Alemania y á la Italia. No sé si Vico, Herder y Mr. Ballanche, aplicando sus fórmulas á la historia, confunden ó no los asuntos y los géneros diversos; pero no cabe duda en que engrandecen al hombre, y es muy útil que el historiador se haya formado una idea elevada de la especie humana, para que escriba con mas nobleza de sus derechos y de sus libertades.

Mientras que se acrecentaba el movimiento de los espiritus en Francia y en Alemania, la Gran Bretaña permanecía estacionaria. La escuela de Edimburgo ha hecho progresar los estudios filosóficos: los *Ensayos de filosofia moral* de Dugald Stward han sido traducidos por Mr. Jouffroy, profesor jóven, que comienza á destruir con su lógica clara y poderosa los sistemas que infatúan el espíritu del día. Mas bajo el concepto histórico, como Inglaterra goza hace mucho tiempo de considerables franquicias, y

como el goce de estos fueros ha contribuido tanto á su prosperidad, á su paz y á su gloria, los escritores no han considerado los hechos bajo el punto de vista de un porvenir mas feliz. La libertad aristocrática ha dominado hasta ahora las libertades reales y populares en Westminster, ha vaciado las ideas en un molde uniforme, de que han procurado no separarse, cuya tendencia se observa hasta en los escritores economistas de la Gran Bretaña, que disfrazan el impuesto, el crédito, la propiedad de todos los géneros en el sentido de las instituciones actuales de su país.

Mas por la influencia creciente de la industria, por la importacion de los principios del continente, se forma actualmente en los tres reinos unidos una clase de hombres, cuyas ideas no son *inglesas*: distinguese muy bien estas ideas por su *color* en los libros, en los discursos de la cámara de los lores y en la cámara de los comunes, y pronto ó tarde destruirán la constitucion de 1688. El primer paso dado en el nuevo camino ha sido la emancipacion de la Irlanda católica, el segundo será su reforma parlamentaria: entonces la vieja Inglaterra tendrá sus revoluciones, y su historia se renovará.

En estos últimos tiempos se ha hecho notable la *Historia de Inglaterra* por el doctor Lingard, que no por eso nos dispensa de leer los historiadores de las dos antiguas escuelas wigh y tory. Grande escándalo ha causado el que un sacerdote católico é inglés haya encontrado culpable á Carlos I, y que solo haya condenado la forma en la ejecucion de este príncipe.

La Inglaterra no era rica en memorias, mas comienzan á multiplicarse: paréceme que Mr. Hallam ha sido mas feliz en su *Historia constitucional de Inglaterra*, que en su *Europa en la edad media*.

Al estampido de la conmocion europea habia salido de sus viejos templos el genio de Italia: ahora ha regresado el genio á sus ruinas, segura morada para las grandezas que han caido, para la gloria perseguida y los talentos desgraciados. La historia de los *Estados Unidos* por Botta no puede ser desechada por la patria de Villani, de Bentivoglio, de Gianone, de Dávila, de Guicciardino y de Ma-

quiavelo. Por lo que respeta á la historia antigua, los italianos serán siempre nuestros maestros, porque ellos forman la continuación, y se han familiarizado con su lengua y sus monumentos.

Dije que el genio de Italia habia vuelto á sus ruinas; él es el que me toma la mano, y me obliga á retractarme.

AUTORES FRANCESES QUE HAN ESCRITO LA HISTORIA DESPUES DE LA REVOLUCION, MEMORIAS, TRADUCCIONES Y PUBLICACIONES. TEATRO. NOVELAS HISTORICAS. POESIA. ESCRITORES QUE HAN FUNDADO NUESTRA NUEVA ESCUELA HISTORICA.

Del exámen de los principios de la moderna historia, considerados segun sus sistemas en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, pasamos al exámen de los historiadores de esta escuela entre nosotros.

Los escritores franceses que se han ocupado de la historia despues de la revolucion, han seguido rumbos opuestos; los unos han permanecido fieles á las tradiciones de la escuela antigua, los otros se han entregado á la escuela nueva, descriptiva y fatalista.

Mr. Villemain, que propende por el buen gusto de su estilo á la escuela antigua, y por las ideas á la nueva, nos ha dado una historia completa de Cromwell. Ocultándose detrás de los acontecimientos, y dejándoles hablar, ha sabido con mucho arte colocarlos en el punto de vista conveniente, para que produjesen grande efecto. Un asunto del mayor interés ocupa ahora al autor. Si he de juzgar por los fragmentos de la *Vida de Gregorio VII*, que he tenido la fortuna de oír leer, el público debe esperar una de las mejores obras históricas que se han publicado hace mucho tiempo. Además, como cito con frecuencia los trabajos de Mr. Villemain en estos *Estudios*, para no caer en repeticiones escuso aqui los elogios que se hallan en otra parte.

Mr. Daunou pertenecia á la congregacion religiosa de donde salieron Lecointe y Lelong, y no ha desmentido su docto origen: es uno de los mas sábios continuadores de

la *Historia literaria de Francia*. En sus diversas memorias hállase materia abundante para la instruccion. Debe leerse con prevencion lo que dice contra los soberanos pontífices cuando juzga un papa del siglo X por las ideas del siglo XVIII: Mr. Daunou parece poco favorable á la escuela moderna.

Mr. de Saint-Martin, que sigue igualmente las antiguas huellas, ha dado por su conocimiento de la lengua armenia una viva luz en la historia de los persas.

En la *Teoria del poder civil y religioso* de Mr. de Bonald, brilla el ingenio, pero causa sentimiento el reconocer cuan lejos de nosotros están ya las ideas de esta teoria. ¡Con qué rapidéz nos arrastra el tiempo! La obra de Mr. de Bonald es como las pirámides, palacios de la muerte, que no sirven al navegante del Nilo sino para medir el camino que ha andado por el agua.

No sé donde colocar á Mr. Dulaure: fué conocido antes de la revolucion, durante su curso y despues de ella. Sus *Descripciones de las curiosidades y de los contornos de Paris*, sus *Singularidades históricas*, su *Historia critica de la nobleza*, abundan en hechos escogidos con esmero. Sin embargo, pertenecen á la sátira histórica, y no á la historia: siempre se puede enseñar el reverso de una sociedad. Debe leerse en Mr. Dulaure el *Suplemento á los crímenes del antiguo tribunal (comité) de gobierno*, impreso en 1793.

Malte-Brun, en su *Geografía* ha explicado con mucha sagacidad é instruccion algunos orígenes de los bárbaros.

El trabajo de Mr. de Montlosier sobre el feudalismo, está lleno de ideas nuevas, espresadas en un estilo independiente que sabe á la edad media. Si los antiguos señores de castillos hubiesen sabido hacer con una pluma otra cosa que una cruz, hubieran escrito como el autor; pero sus ojos no hubieran penetrado tanto.

Mr. Lacrosette ha trazado la historia de nuestros dias con juicio, claridad y energía. Ha abrazado el noble partido de la virtud contra el crimen, y detesta en la revolucion todo lo que no es libertad: actor en las escenas revolucionarias, ha arrostrado en las calles de Paris las metra-

lladas de un poder mas dichoso que el que acaba de espirar. Tenemos hoy dia muchos hombres que saben escribir cincuenta páginas, y algunos un tomo (no muy abultado), con singular talento; pero hombres capaces de componer y de coordinar una obra estendida, de abrazar un sistema, de sostenerlo con arte é interés durante el curso de muchos volúmenes, hay muy pocos: requiérese para ello una fuerza de juicio, un aliento tan vigoroso, una abundancia de diction, y tanto estudio, que cada dia disminuyen por grados. El folleto y el artículo de un periódico parecen el termómetro que señala la medida y el límite de nuestro espíritu.

La produccion de Mr. Lemontey sobre Luis XIV presenta el reinado de este principe bajo un punto de claridad enteramente nueva. Juzgo, sin embargo, haber hecho á propósito de esta obra una observacion necesaria al hablar del reinado del gran rey.

Mr. Mazure ha dejado escrita con negligencia una historia que cambia, bajo muchos aspectos, cuanto sabíamos de Jacobo II, y del papel que desempeñó Luis XIV en la catástrofe del principe inglés. No hemos hecho justicia á Mr. Mazure: descúbrense en su trabajo noticias que solo alli se encuentran, y su origen se oculta ó se pasa en silencio.

Una muger que no tiene rival nos ha dado en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion francesa*, una idea de la altura á que hubiera podido remontarse, si hubiese aplicado su espíritu á la historia. Vese impreso en las *Consideraciones* un vivo sentimiento de gloria y de libertad. Cuando el autor hablando del abatimiento del tercer estado en la antigua monarquía, lo muestra al mundo en la apertura de los estado generales, clama con Corneille: «Entonces nos levantamos;» ¡qué cita tan elocuente! Mas madama de Staël aborrece á los tiranos y el opresor de la libertad, por elevada que sea su posicion, no halla en ella simpatías.

Debe leerse en las *Consideraciones* lo que cuenta de Mirabeau. «Era tribuno por cálculo, aristocrático por gusto, y hablando de Coligny, añadía: *Que, entre paréntesis,*

era mi primo: tanto buscaba la ocasion de recordar que era noble. Despues de mi muerte, añadia, los facciosos se dividirán los despojos de la monarquía.» Madama de Staël finaliza de esta suerte su interesante narracion de Mirabeau: «Repréndome el espresar mi dolor por un carácter tan poco digno de estimacion; mas su talento es tan raro, y desgraciadamente es tan probable, que no volveremos á ver otro semejante en el curso de nuestra vida, que no podemos dejar de suspirar cuando la muerte encierra bajo sus puertas de bronce, á un hombre, en otro tiempo tan elocuente, tan animado; finalmente, con tan fuerte posesion de vida.»

Estas reflexiones pueden aplicarse á madama de Staël, mudando las primeras palabras, cuya circunstancia las hace mas dolorosas. Nunca nos arrepentiremos de *manifestar sentimiento* por el carácter de esta muger ilustre, porque no ha existido ninguno mas digno que el suyo. La noble independencia de madama de Staël le valió el destierro, y las persecuciones que aceleraron su muerte. Bonaparte aprendió, y Bonaparte debió haberlo sabido, que el ingenio es el único rey á quien no se encadena á un carro de victoria.

Como última prueba del talento eminente de madama de Staël, no puedo negarme á copiar este párrafo sobre la catástrofe de Robespierre: «Vióse á este hombre que habia firmado por espacio de mas de un año un número increíble de sentencias de muerte, tendido, todo sangriento, sobre la mesa misma en que habia escrito su nombre bajo las funestas sentencias. Tenia la quijada herida de un tiro de pistola, y no podia hablar para defenderse, el mismo que tanto habia hablado para proscribir.»

No lloraremos bastante el prematuro fin de madama de Staël: su talento crecia, su estilo se perfeccionaba, y á medida que la juventud pesaba menos sobre su vida, rompía la cubierta su pensamiento, y tomaba las alas de la inmortalidad.

Con el título modesto: *De la consagracion de los reyes de Francia, y de las relaciones de esta ceremonia con la constitucion del estado en las diferentes edades de la monarquía*, Mr. Clausel de Coussergues ha escrito un volúmen

que no perecerá: los amantes de la claridad y de los hechos bien clasificados, sin pretension y sin fraseología quedarán satisfechos de su trabajo.

Mr. Fióvée ha encerrado en el estrecho cuadro de un folleto intitulado: *De las opiniones y de los intereses*, muchas ideas nuevas y descubrimientos ingeniosos sobre nuestra historia.

He hablado en otra parte de la *Historia de las Cruzadas*, y me contentaré con decir aqui, que las traducciones y los extractos de los analistas de las cruzadas, tanto orientales como occidentales, añadidas como pruebas á las nuevas ediciones, componen una coleccion en extremo recomendable. Mr. Michaud en su *Historia*, se ha trasladado al sitio de la escena: último cruzado, ha ido al sepulcro en que yo creí haber depuesto para siempre mi baston de peregrino.

La *Historia de Polonia anterior y del reinado del rey Juan Sobieski* de Mr. Salvandy, es una obra grave y bien escrita. «Sobieski fué, dice el historiador, aquel cuyo formidable brazo puso los límites que no debía traspasar ya la dominacion de los osmanlis. Delante de sus victorias vino á quebrantar su furor la última invasion de los bárbaros, hasta entonces siempre indomable y amenazadora: desde aquel tiempo hasta el dia solo ha ido retirando sus olas..... Soldado y príncipe, pasó los dias en el perpétuo sacrificio de sus inclinaciones, de sus afectos, de su fortuna, de su vida, á los intereses de la Polonia. Pareciase á un campeon infatigable ocupado en defenderla: sus esfuerzos para conservar sus leyes y sus fronteras, son prodigiosos, y esta pasion dominó toda su existencia. Logró domar á los enemigos que tenian la república de los Jajelones oprimida é invadida por todas partes, y lo logró mas fácilmente que vencer á los enemigos interiores. En seguida espiró, y rota esta poderosa palanca, la Polonia puso tambien en cierto modo el pie en el sepulcro; pues no debia ya en el reinado de los sucesores de Juan III sino acabar de morir.»

En toda la obra se sostiene tan noble estilo: el autor observa la influencia que la Francia del siglo XVII ejercia sobre los destinos de Europa. Como si todos los hom-

bres grandes debiesen salir entonces de la corte del gran rey, Sobieski habia sido mosquetero al servicio de Luis XIV. La *Historia de la anarquia de Polonia* por Rulhieres, sigue, por decirlo así, á la historia de Mr. Salvandy; no es necesario añadir á estos dos monumentos, ni el apéndice de Mr. Ferrand, ni el que Mr Dauncou ha sustituido al trabajo de Mr. Ferrand; mas deben añadirse los curiosos y picantes folletos de Mr. de Pradt.

La *Historia de los franceses de los diversos estados* por Mr. Monteil, supone grandes estudios. Mr. Monteil y Mr. Capefigue pertenecen al reducido número de los jóvenes instruidos que no escriben en el día hasta despues de haber leído, y hubieran sido dignos discípulos de la escuela benedictina. Pero han estraviado á Mr. Monteil el gusto del siglo, y el funesto ejemplo dado por el abate Barthelemy: la forma romántica con que el autor de la *Historia de los franceses* ha envuelto sus estudios, la perjudica; y se le debe rogar en nombre de su propia sabiduría, y de su verdadero mérito, que la borre de las futuras ediciones de su escrito.

El éxito que ha tenido la *Historia de la campaña de Rusia*, es una prueba de que no se necesita para interesar al lector colocarse en un sistema. Narraciones animadas, brillante colorido, y escenas puestas á la vista del lector en todo su movimiento y con toda su vida, son las cualidades que pertenecen á todas las escuelas, y que harán inmortal la obra de Mr. de Segur.

Las *Vidas de los capitanes franceses de la edad media* por Mr. Mazas, no se deben pasar en olvido. El autor ha querido contar la verdad exacta; ha visitado el teatro donde brillaron los guerrreros cuyas hazañas pinta, y ha seguido en los matorrales de mi pobre patria las huellas de Du Guesclin. Me acuerdo que comencé mis primeros estudios en el desconocido colegio de la oscura ciudad, donde descansaba el corazón del buen condestable: estudié el latín, griego, y hebreo cerca de aquel corazón que siempre habia hablado francés, lengua que el mio no ha olvidado. Mr. Mazas cree haber encontrado el punto del paso de Eduardo III en Blanque-Taque: quisiera que hubiese declarado si el vado es todavía practicable, ó si se encon-

tró perdido en el mar frente á frente de Crotoy, segun la general opinion.

Olvido sin duda, con harto pesar mio, muchos escritores que merecerán que recuerde sus obras; mas los límites de un prólogo no me permiten estenderme. El público reproducirá los nombres que se escapen á mi memoria, y les hará la justicia que yo desearia poder rendirles.

El tiempo en que vivimos ha debido necesariamente suministrar numerosos materiales á las *Memorias*. Apenas hay uno que no haya llegado á ser, al menos por espacio de veinte y cuatro horas, un personage, y que no se crea obligado á dar cuenta al mundo de la influencia que ha ejercido en el universo: todos los que han saltado del cuarto del portero á la antesala, que de la antesala se han deslizado al salon, y que del salon se han arrastrado al gabinete del ministro; todos los que han escuchado en las puertas, quieren referir como han recibido en el estómago el ultraje que tenia otro objeto. En seguida las admiraciones, las mendicidades doradas, las virtuosas traiciones, las igualdades llevando su placa, órdenes y colores de lacayo, y las libertades atadas al cordon de la campanilla, vienen á dar esplendor á su lealtad, á su honor, á su independencia. El uno se cree obligado á contar, como penetrado todavia de las últimas muestras de la confianza de su dueño, y sintiendo aun el dolor de sus abrazos, ha jurado obediencia á otro señor: os dirá que no ha engañado sino por mejor engañar: otro os explicará como aprobaba en alta voz lo que en voz baja detestaba, y como compeñia las ruinas bajo las cuales no ha tenido valor para sepultarse. A estas memorias tristemente verdaderas, únense las memorias mas tristemente falsas; fábrica en que la vida de un hombre se vende á varas, en que el obrero por el precio de una comida frugal arroja lodo al rostro de la fama, que han entregado á su famélica necesidad.

Consuélase uno, sin embargo, encontrando en este caos de bajeza y de ignominia algunos escritos exactos, cuyos autores se sujetan á reproducir sinceramente lo que han visto y experimentado. El trabajo de tales escritores debe

considerarse como un precioso depósito de noticias históricas: Mrs. de Las Cases y Gourgaud merecen crédito cuando hablan del prisionero de Santa Elena.

Mr. Carrel no sólo ha publicado la *Historia de la contrarrevolucion de Inglaterra en el reinado de Carlos II y de Jacobo II*, historia escrita con esa sencillez varonil que agrada más que todo, sino que al analizar algunas obras sobre España, ha dado él mismo una noticia incomparable. Nótese allí una manera firme, un paso decidido, franqueza y arrojo en el estilo, y unas observaciones escritas á la luz del fuego del campo de batalla y de las estrellas de un cielo enemigo, entre el combate de la tarde y el que debe volver á comenzar á la diana. *La narracion de un bravo veterano*, dice Gaspar de Tavannes, *es distinta de los cuentos del que nunca ha tenido las manos bañadas en sangre de sus fieros enemigos en las llanuras armadas*. Encuéntrase en Mr. Carrel una opinion fija que no le impide escuchar la opinion agena y ser justo con todos. Si el simple soldado sin instruccion, sin medios de fijar sus pensamientos interesa en la relacion de los asaltos que ha dado, de los paises que ha vencido; el hombre de educacion y de mérito, convertido en soldado voluntario de una causa que ama, tiene otros estímulos para inspirar sus sentimientos á las almas de aquellos á quienes se dirige. Figurémonos un francés errante por las montañas de España, pidiendo á los pastores, cuya libertad cree defender, una hospitalidad guerrera, en esta intimidad de una vida de aventuras y de peligros sorprenderá el secreto de las costumbres, y pondrá delante de vuestra vista una sociedad que ningun otro historiador habrá sabido pintaros. He atravesado la España, he observado á esos árabes cristianos á quienes la libertad politica es tan indiferente porque gozan de la independencía individual, y no he encontrado el pueblo que he visto sino en las descripciones de monsieur Carrel.

El autor traza rápidamente el cuadro de la guerra de Cataluña en 1823, pinta el arrojó de Mina y la marcha de este hábil gefe por las montañas. Los que diseminados por las tormentas de nuestra patria, hemos llevado la mochila y el fusil en defensa de nuestra propia opinion por causas

estrañas, experimentamos la ternura del soldado y del infortunio, leyendo esta historia tan bien contada y que parece ser la nuestra.

«Las pasiones que han hecho la guerra á España, dice Mr. Carrel, están ahora bastante borradas para prometerme que inspiraré interés mostrando en medio de las montañas de Cataluña, con el antiguo uniforme francés, soldados de todas las naciones, arrastrados por el ascendiente de un gran carácter, marchando donde este los conducía, sufriendo y batiéndose sin esperanza de ser elogiados, ni de cambiar la faz de las cosas, aunque hiciesen prodigios de valor en el estado desesperado de su causa; no teniendo mas perspectiva que un fin miserable en medio de un país sublevado contra ellos; ó la muerte en las esplanadas si escapaban de la del campo de batalla. Tal fué durante largos días la situación de los que, partidos de Barcelona algun tiempo antes de la capitulación de esta plaza, fueron á sucumbir con Pachiarotti delante de Figueras, después de cuarenta y ocho horas de una lucha cuyo encarnizamiento probó que eran franceses los que peleaban de uno y otro lado. El combate debía acabar con el exterminio del último de los que, en medio de la Europa de 1823, habian osado ondear la bandera tricolor en la punta de sus banderas, y adornar sus morriónes con la cucarda de Fleury y de Zurich.... Poco importa el destino de algunos hombres en semejantes acontecimientos; pero ¡cuántos sucesos habian sido necesarios para que estos hombres de todas las partes de Europa se volviesen á encontrar, soldados antiguos del mismo capitan, y viniesen á un país que no conocian á defender una causa que era la suya.... Las cosas en sus continuas y fatales transformaciones, no arrastran con ellas todas las inteligencias: no doman todos los caracteres con igual facilidad, ni cuidan de todos los intereses: necesario es entenderlo, y perdonar en algun modo las protestas que se elevan en favor de lo pasado. Cuando espira una época, rómpese el molde, y basta á la providencia que no pueda rehacerse; mas es hermoso contemplar algunas veces los pedazos que quedan en tierra.»

He rayado las últimas líneas, porque el hombre que las ha escrito simpatiza con los que tienen fé en la Pro-

videncia, que respetan la religion de lo pasado, y que clavan tambien los ojos en las ruinas.

Los tiempos en que existimos son tan altamente históricos, que imprimen su sello en todos los géneros de trabajo. Publicanse viejos manuscritos, y se traducen antiguas crónicas. A Mr. Guizot debemos la *Coleccion de memorias relativas á la historia de Francia despues de la fundacion de la monarquía francesa hasta el siglo XIII*. Ignoro si las versiones de nuestros anales latinos, al paso que favorecen la historia, perjudicarán al historiador: de temer es que abriendo el santuario de hechos á los ignorantes é incapaces, nos veamos rodeados de Tílos-Livios y Tucídides á espensas de algun librero. No sucede así con la publicacion de los originales: nunca alabaremos bastante al marqués de Fortia de habernos dado el texto de los *Anales de Hainaut* por Jacobo de Guise. Tambien deben darse gracias á Mr. Buchon por la edicion de su *Froissard* y de sus demas crónicas Mr. Crapelet, Mr. Pluquet, Mr. Meon, Mr. Barriere han dado pruebas de su amor á la ciencia: el primero ha publicado la historia del castellano de Coucy, el segundo la novela de Bon, el tercero la de Renard, y el cuarto las memorias de Lomenie. Estas memorias contienen anécdotas sobre los últimos momentos de Mazarin, y acaban de dar á conocer los personages que Mr. el marqués de Saint-Aulaire ha puesto en escena con tanto éxito en su *Historia de la Fronda* (1).

Todo toma al presente la forma de la historia: la polémica, el teatro, las novelas, las poesia. Si leemos el *Richelieu* de Mr. Victor Hugo, conoceremos lo que un ingenio original es capaz de inventar siguiendo un camino que no conocieron Corneille y Racine. La Escocia ve resucitada su edad media en las célebres invenciones de Walter Scott; y el Nuevo Mundo, que no posee mas antigüedades que sus bosques, sus salvages y su libertad antigua como la tierra, encuentra en Mr. Cooper el pintor de sus antigüedades. No nos hemos quedado atrás en este nuevo género de literatura; un sinnumero de hombres de talento nos han

(1) Nombre de un partido que tomó las armas contra la córte en la minoria de Luis XIV. (Ed. E.)

dado cuadros pintados con el colorido de la historia. No es posible que traiga á la memoria tantas obras; pero en este momento tengo dos delante de los ojos: la una de Mr. Merimée representa las costumbres en la época de Saint-Barthelemy; la otra de Mr. Latouche ofrece á nuestra vista una de las sangrientas reacciones de la contra-revolucion napolitana. Estas pinturas vivas harán de dia en dia mas difícil la tarea del historiador. En el décimotercio siglo la caballeria histórica produjo la caballeria romántica, que marcha al igual de la primera: en nuestro tiempo la historia verdadera tendrá su historia fingida, que le robará su esplendor ó la seguirá como su sombra.

Con el título sencillo de *Cancionero* se ha presentado en la escena uno de los mayores poetas que ha producido el suelo de Francia: con un talento que participa de la vena de La Fontaine y de Horacio, canta cuando quiere con la misma facilidad con que Tácito escribia:

Vous avez vu tomber la gloire
 D'un Iliou trop insulté,
 Qui prit l'autel de la Victoire,
 Pour l'autel de la Liberté.
 Vingt nations ont poussé de Thersite
 Jusqu'en nos murs le char injurieux.
 Ah! sans regrets mon âme, partez vite;
 En souriant, remontez dans les cieux.
 Cherchez au-dessus des orages,
 Tant de François morts à propos
 Qui, se dérobant aux outrages,
 Ont au ciel porté leurs drapeaux.
 Pour conjureur la foudre qu'on irrité,
 Unissez-vous à tous ces demi-dieux:
 Ah! sans regrets, mon âme, partez vite, etc.
 Un conquérant, dans sa fortune altière,
 Se fit un jeu desceptres et des lois,
 Et de ses pieas on peut voir la poussière.
 Empreinte encor sur le bandeau des rois.

Suele el vate no ser tan feliz cuando pinta á los reyes sentados en el trono, principalmente cuando trata del mo-

marca de Yvetot. Comunmente Mr. de Beranger tiene por demonio familiar una de esas musas que lloran riendo, y cuyas alas dilata y remonta el infortunio.

Los fundadores de nuestra escuela moderna histórica reclaman ya toda nuestra atencion.

Ya dije que Mr. de Barante habia creado la escuela descriptiva, y he dado cuenta al público de la *Historia de los duques de Borgoña*, cuya opinion consigné en el tomo veinte y uno de sus *Obras completas*. Recorriendo ahora su nueva carrera, poco importan á Mr. de Barante los elogios literarios; sin embargo, séame permitido manifestar mi sentimiento por la no aparicion de la *Historia del parlamento* que nos habia ofrecido. Quizás la continuará si alguna vez se ve libre de los negocios: las letras son la esperanza para entrar en la vida pública, y el reposo cuando se sale de ella.

Mrs. Thiers y Mignet son los gefes de la escuela fatalista, y Mrs. Thierry, Guizot y Sismondi los grandes reformadores de nuestra historia general: me ocuparé primeramente de los postreros.

Enlazando por los hechos la historia de Adriano de Valois á las observaciones de Mrs. Thierry, Guizot y Sismondi, no queda casi nada que decir por lo que toca á la primera y á la segunda raza de nuestros reyes.

Las *Cartas* de Mr. Thierry sobre la *historia de Francia*, obra escelente, vuelven á un tiempo, desfigurado por nuestra escuela antigua, su verdadero carácter. Mr. Thierry, como todos los hombres concienzudos, y que están dotados de un talento verdadero y progresivo, ha corregido lo que le ha parecido dudoso en las primeras ediciones de su hermosa y sábia *Historia de las conquista de Inglaterra*, y en sus *Cartas sobre la historia de Francia*. Ha modificado varias opiniones, porque la esperiencia ha venido á revisar los juicios demasiado absolutos: nunca sentiremos bastante el exceso de trabajo que ha privado de la vista á Mr. Thierry. Confio que dictará largo tiempo á sus amigos para consuelo de sus admiradores (en cuyo número quiero que me cuente el primero), las páginas de nuestros anales; y la historia tendrá su Homero comola poesía. Todavía tendré ocasion de hablar de Mr. Thierry en este

prólogo, del mismo modo que he sido dichoso en poderle citar, y en apoyarme en su autoridad en mis *Estudios históricos*.

El curso de historia de Mr. Guizot por lo respectivo á la segunda raza, es de un mérito elevado, podré no convenir con el docto profesor en algunos detalles; mas ha distinguido con una razon ilustrada las causas generales de la descomposicion y de la recomposicion del orden social en los siglos VIII y IX. Hallanse igualmente curiosas lecciones sobre la literatura civil y religiosa, y una multitud de cosas exactas, bien observadas y escritas con imparcialidad. Mr. Guizot ha sido reemplazado en su cátedra por uno de los escritores jóvenes de nuestra época, que se ha anunciado en Francia con el mayor brillo, Mr. Saint-Marc Girardin: ¡tan inagotable en talentos es nuestra patria!

Mr. Sismondi, conocido por su *Historia de las repúblicas italianas*, es un estrangero de mérito que se ha consagrado á nuestra historia por su honrosa aficion á nosotros. Demasiado preocupado quizás con las ideas modernas, ha juzgado lo pasado por lo presente, y estimulado por la acrimonia filosófica, natural sin duda, ha tratado severamente á algunos hombres y reinados; mas ha penetrado de los primeros el partido que los pueblos pueden sacar hasta de sus crímenes: las inmensas tareas de este sábio analista deben leerse con precaucion y estudiarse con fruto.

Estando de acuerdo con los escritores que acabo de citar sobre la mayor parte de los hechos que han rectificado en nuestros historiadores de la antigua escuela, tales como la semejanza que dichos historiadores establecian entre los francos y los franceses, la pretendida exencion de los comunes por Luis el Grueso, etc.; no lo estoy, sin embargo, en otros puntos en que difiero de la opinion de mis maestros.

La inexorable historia rechaza los sistemas mas ingeniosos cuando no se fundan en documentos auténticos.

Se habla como del descubrimiento mas importante de la escuela moderna, de una *segunda invasion de los francos*; esto es, de una invasion de los francos de Austra-

sia en el reino de los francos de Neustria, invasion á que se atribuye la causa del elevamiento de la segunda raza.

Necesarios son en mi opinion fundamentos mas sólidos que las conjeturas para admitir tan grande novedad. ¿Infiérese de los pasages inéditos, de los documentos, de los diplomas desconocidos hasta el dia? No: nada positivo se ha citado en apoyo de una asercion cuyas pruebas mudarian los tres primeros siglos de nuestra historia: vémonos, pues, precisados á indagar en que apariencia de verdad se funda un hecho que debian recordar todas las crónicas. ¡Qué! ¿Se habrá descubierto de repente en el siglo XIX una segunda invasion de los francos sin que ninguno haya oido hablar de ella antes de esta época? ¿Ni los benedictinos, ni los sábios de la academia de las inscripciones, ni unos hombres como Tillet, Duchesne, Baluze, Bignon, Adriano de Valois, ni todos los historiadores de Francia, por diversas que hayan sido sus opiniones y sus doctrinas, ni los criticos como Scalijer, Du Plessis, Bullet, Bayle, Se-cousse, Jibert, Freret, Lebœuf, ni los publicistas como Bodin, Mably, Montesquieu, habrian rastreado luz alguna? Semejante circunstancia me haria dudar por sí sola aun cuando ninguna seguridad tuviese, como no tengo, en mis propias facultades. Hace, sin embargo, treinta años que leo con la pluma en la mano los documentos de nuestra historia, y no he descubierto el menor vestigio de un acontecimiento que debia haber producido tan grande revolucion.

Pronto siempre á reconocer la superioridad de los otros y mi propia debilidad, cediendo quizás con demasiada ligereza á los consejos y las criticas, he disputado conmigo mismo para convencerme de una cosa que los hechos me negaban. Pepino de Heristal, duque de Austrasia, al frente del ejército austrasiano derrotó á Thierry III, rey de Neustria, y se apoderó de su autoridad con el nombre de mayordomo de palacio en el año 690. ¿Es esto lo que se ha calificado de segunda invasion de los francos?

Mas despues del establecimiento de los francos en las Galias, desde Clovis hasta Pepino, gefe de la segunda raza, los reinos de los francos se habian hostilizado sin cesar

mútualmente, efecto inevitable del repartimiento de la sucesion real, que se reprodujo en los descendientes de Carlo-Magno. Asi se habian formado y desaparecido á su vez los reinos de Metz, de Soissons, de Orleans, de Paris, de Borgoña, de Aquitania. Recelo que se haya calificado de segunda invasion de los francos alguna otra guerra civil entre las tribus francas.

A mas, no me parece demostrado que los francos de Austrasia fuesen mas numerosos, y hubiesen conservado mejor el carácter sálico que los francos de Neustria. Los francos neustrasianos no se estendian mas allá del Loira: el pais que se tendia á la otra parte del rio reconocia apenas su autoridad, y veíanse obligados á llevar alli sus armas; y el mismo Mr. Thierry cita un ejemplo de los estragos que á su paso cometian en aquel terreno. ¿Qué mayor aliciente presentaban al valor y á las costumbres de los francos las ciudades galo-romanas situadas entre el Somme, el Sena y el Loira, que las que cubrian las riberas del Mosa, del Moselle y del Rhin? Paris era una ciudad miserable, mientras que Colonia, Tréveris, Mayencia, Spira, Estrasburgo y Worms eran ciudades famosas por los monumentos con que las habian condecorado sus antiguos señores. Segun Mr. Guizot, los francos fueron propietarios mas pronto en la Austrasia que en la Neustria; alli se encuentran, en opinion del autor, sus habitaciones mas notables, que despues se convirtieron en castillos. La observacion es exacta, mas estos castillos no eran obra de los francos. Los últimos emperadores habian permitido á los súbditos y á los ciudadanos romanos que fortificasen sus domicilios particulares: las casas fuertes de la Austrasia no eran mas que propiedades antiguamente dadas á los soldados veteranos de las legiones, encargados de la defensa de las riberas del Rhin, del Mosa y del Moselle, de donde habian tomado el nombre de *ripuaries*. Los francos de la Neustria no estaban mas enervados, ni eran menos bravos que sus compatriotas: no descubrimos en la historia diferencia alguna entre un franco de Soissons, de Paris y de Orleans, y un franco de Metz, de Mayencia y Colonia. Los francos neustrasianos y los francos austrasianos fueron los que vencieron á los árabes en Tours y

á los sajones en Germania, bajo el reinado de Pepino y de Cárlos Martel. Los reyes ó gefes de la Neustria hablaban la lengua germánica, como los reyes ó gefes de la Austrasia: los pueblos solo diferian en el idioma.

Es digno de observarse, por fin, que Cárlos, duque de la Lorena baja, y tío de Luis V, habiendo rendido el homenaje de su ducado á Othon, emperador, fué juzgado indigno de gobernar los francos; y Cárlos era de la raza de Carlo-Magno. Los francos, austrasianos, pues, habrian renegado de la raza que levantaron sobre el escudo, y habrian escogido un rey entre los francos neustrasianos vencidos, para sustituirle á un gefe salido de los francos austrasianos vencedores.

Tales son mis dudas, y ellas esplican por qué admitiendo relativamente á las dos primeras razas la mayor parte de las opiniones de la escuela moderna, he desechado la segunda invasion de los francos. Estoy persuadido que los hombres instruidos, de cuyo convencimiento no participo en este punto, examinarán con mas detencion un hecho tan grave. Quizás á su turno me darán en rostro con mi atrevimiento, cuando me vean dudar sobre el significado que se da á la palabra *franco*, y no tener seguridad de que haya existido jamás una *línea* de pueblos germánicos conocidos con el nombre de *francos*, á causa de su *confederacion*.

Pasemos á los escritores de la escuela moderna del sistema fatalista.

Llaman principalmente la atencion dos de estos escritores: unidos entre si por el triple lazo de la amistad, de la opinion y del talento, se han partido la narracion de los fastos revolucionarios. Mr. Mignet ha encerrado en una obra breve y filosófica los sucesos que Mr. Thiers ha entendido bajo mas dilatada forma. Hallanse en el primero una multitud de rasgos tales como este: «Las revoluciones que ocupan á muchos gefes, entréganse á uno solo.»—«En revolucion todo depende de la primera negativa y de la primera lucha.»—«Para que se verifique pacíficamente una innovacion, preciso es que no encuentre oposiciones; porque si no en vez de reformadores sábios y moderados, solo se ven reformadores estremados é inflexibles... Con

una mano combaten defendiendo su dominio, y con la otra fundan su sistema para consolidarlo.»

El retrato de Danton está trazado con mucha superioridad. «Danton, dice el autor, era revolucionario agigantado. Danton, á quien se ha dado el nombre del Mirabeau del pueblo, tenia mucha semejanza con aquel tribuno de las clases elevadas... Este poderoso demagogo presentaba una mezcla de vicios y de cualidades contrarias. Aunque se hubiese vendido á la córte, no era, sin embargo, vil, porque pertenecia al número de los caractéres que elevan hasta la bajeza..... La revolucion era á sus ojos un juego en que el vencedor, si la necesitaba, ganaba la vida del vencido.» La lucha de Robespierre contra Camilo Desmoulins y Danton representase con sumo interés, y el historiador interpola su narracion con los discursos y las palabras de aquellos hombres de sangre. Danton en el momento de perecer pesaba asi sus destinos: «Mas quiero ser guillotinado que guillotinado: mi vida no vale la pena, y la humanidad me fastidia.» Aconsejábanle que partiese: «¡Partir! ¿Puede uno acaso llevarse la patria en la suela del zapato?» Metido dentro del calabozo en donde habia estado Hebert, decia: «En tal época instituí el tribunal revolucionario: pido perdon á Dios y á los hombres, pues no era mi intencion que fuese el azote del género humano.» Interrogado por el presidente Dumas, respondió: «Soy Danton, tengo treinta y cinco años, mi mansion será pronto la nada.» Sentenciado gritó: «Arrastro tras mí á Robespierre; Robespierre me seguirá.» Aqui el terror ha pasado á la narracion del historiador.

El autor, hablando de la muerte de Robespierre, dice: «Hombre de faccion, preciso es que pereciese en los cadalsos como los conquistadores en la guerra.» Aqui brilla la elocuencia aplicada á la razon.

Mr. Mignet ha trazado un bellissimo diseño, y Mr. Thiers ha pintado el cuadro. Voy á poner delante de los ojos de mis lectores la muerte de Mirabeau y la de Luis XVI; tanto mas, cuanto que no teniendo el autor que pintar personajes plebeyos, admira sin embargo: La verdad de su conviccion y de su talento le arrastran mas que la seduccion de su sistema. Conozco que si tuviese que hablar

como historiador de Mirabeau y de Luis XVI, seria mas severo que Mr. Thiers: preguntaria si todos los vicios del primero pertenecian á un gran político, y si todas las virtudes del segundo eran las de un gran monarca. «Mirabeau, dice el autor, y no es posible decirlo mejor; Mirabeau en esta ocasion fué admirado principalmente por su audacia; nunca habia subyugado tan imperiosamente á la Asamblea. Pero acercábase su fin, y aquellos eran sus últimos triunfos.

La filosofia y el humor festivo se dividieron sus postreros instantes. Pálido y con los ojos hundidos en extremo, parecia otro distinto en la tribuna, y acometianle continuos desfallecimientos. Los escesos del placer y del trabajo, y las emociones de la tribuna, habian gastado en poco tiempo aquella existencia tan fuerte.

«Por última vez habló despues de cinco interrupciones, y salió fatigado para no volver á presentarse mas: el lecho de muerte le recibió, y solamente lo restituyó al panteon. Habia exigido de Cabanis que no llamase mas médicos, y, sin embargo, no le obedeció: hallaron sus amigos á la muerte que se acercaba y que se habia apoderado ya de los pies; porque la cabeza fué la última que atacó, como si la naturaleza hubiera querido que brillase su ingenio hasta el último instante. Un pueblo inmenso se apiñaba en torno de su morada, y embarazaba todas las salidas en el mas profundo silencio.

Mirabeau mandó abrir las ventanas. Amigo mio, dijo á Cabanis, hoy moriré: ya no nos queda que hacer sino cubrirme de perfumes, coronarme de flores, rodearme de músicas para entrar apaciblemente en el sueño eterno. De tiempo en tiempo los dolores agudos interrumpian estos discursos tan nobles y tan tranquilos. Me habeis prometido, dijo á sus amigos, ahorrarme inútiles padecimientos, y así hablando pidió con instancia ópio; y habiéndose lo negado, lo exigió con su acostumbrada violencia. Entonces, para satisfacerle, le engañaron y le presentaron una copa, persuadiéndole que contenia ópio. Asíola, tragose la bebida que creia mortal, y pareció contento: un instante despues espiró. Era el 20 de abril de 1791.

La Asamblea interrumpió sus tareas, se mandó el luto general, y preparáronse magníficas exequias. Pidióse que algunos diputados acompañasen el cadáver. Todos iremos, gritaron. La iglesia de Santa Genoveva se erigió en panteón con este letrero, que ya no existe en el momento en que escribo.

«A los hombres grandes la patria reconocida.»

Se ha vuelto á poner la inscripcion: ¿y durará? ¿Quién sabe lo que encierra el porvenir? ¿Quién conoce á los hombres grandes y quién los juzga? No quiero proseguir mas allá de la losa del sepulcro; cuando la muerte ha aplicado su mano al rostro del hombre, no queda ya lugar para el insulto: mas las pasiones políticas son menos escrupulosas, y si la revolucion llega á durar algunos años, no queda gloria que esté segura en la tumba. Comparando la narracion de Mr. Thiers con la de Mad. de Stael, percibense los secretos del talento.

Pasemos á la muerte de Luis XVI. La inocencia de la víctima, apoderándose del ingenio del autor, le domina, y se reproduce toda entera en estas elocuentes palabras:

«En París reinaba un profundo estupor: la audacia del nuevo gobierno habia producido el efecto ordinario que la fuerza produce en las masas: hábilas paralizado y reducido al silencio. El consejo ejecutivo estaba encargado de la dolorosa mision de hacer cumplir la sentencia. Hallábanse todos los ministros reunidos en las salas de sus sesiones llenos de consternacion: resonaban los tambores en la capital, y todos los ciudadanos á quienes la obligacion no llamaba á figurar en tan terrible jornada ocultábanse en sus casas. Veíanse cerradas las puertas y las ventanas, y cada cual esperaba en su recinto el triste acontecimiento. A las ocho el rey salió del Temple: precedian al coche los oficiales de gendarmes, á quienes confundian la piedad y la resignacion de la víctima. Una multitud armada formaba la carrerra y el coche caminaba lentamente en medio del silencio universal. Habiase dejado un espacio vacío alrededor del cadalso, que rodeaban los cañones; y el vil populacho, pronto siempre á ul-

trajar al ingenio, á la virtud y al infortunio, situábase detras de las filas de los federados, y él solo daba señales exteriores de satisfaccion.»

Las campañas de Italia forman en la obra de monsieur Thiers un episodio aparte, que bastaria por si solo para señalar al autor un rango elevado entre los historiadores.

Cuando los discipulos carecen, como sucede con frecuencia, del talento de sus maestros, juzgan escederles en mérito exajerando sus principios. Ha aparecido una escasa secta de *teoristas del terror*, cuyo único objeto es justificar los excesos revolucionarios: especie de arquitectos con el esqueleto y cabeza de un muerto, como los que se han encontrado en las catacumbas de Roma. Tan pronto los degüellos son concepciones ingeniosas, tan pronto son dramas terribles, cuya grandeza encubre su sangrienta crueldad. Convierten los acontecimientos en personajes: no os dicen «admirad á Marat,» sino «admirad sus obras;» el homicida no es digno de elogios, pero el homicidio es sobrehumano. Los miembros de las sociedades revolucionarias fueron enhorabuena asesinos públicos, pero sus asesinatos son sublimes, examinados los grandes resultados que produjeron. Los hombres no son nada: las cosas lo son todo, y á las cosas no se las debe culpar. En otro tiempo decíamos: «detestad al crimen y perdonad al criminal;» si damos crédito á los parodistas de monsieur Thiers y Mignet; la máxima está espresada al revés, y es necesario decir: «detestad al criminal y perdonad. . . . ¿qué digo yo perdonad? amad, venerad el crimen.»

Fuerza es que el historiador, segun este sistema, cuente las mas grandes atrocidades sin indignacion, y hable de las mas elevadas virtudes sin amor; que con una mirada indiferente considere la sociedad como sometida á ciertas leyes irresistibles, de suerte que cada cosa acontezca, como debe acontecer, inevitablemente. El inocente ó el hombre de talento debe morir, no porque sea inocente ú hombre de talento, sino porque su muerte es necesaria, y porque su vida sirva de obstáculo á un hecho general colocado en la série de los acontecimien-

tos. En tal caso la muerte no es nada; es un accidente mas ó menos patético: era preciso que este individuo desapareciese para el progreso de tal cosa, para el cumplimiento de tal verdad.

Hállanse mil detestables errores en este sistema.

Introduciendo la fatalidad en los acontecimientos humanos, careceríamos de la ventaja de trasladar á la historia el interés de la fatalidad trágica. Cuando en la escena un personaje es víctima de su inexorable destino; cuando perece á pesar de sus virtudes, un no sé qué terrible resulta de este resorte puesto en movimiento por el poeta. Pero si figuramos á la sociedad como una especie de máquina que se mueve ciegamente en virtud de leyes físicas ocultas; si decimos que una revolucion se verifica, solo porque debe verificarse; que bajo las ruedas de su carro, como bajo las del carro del ídolo indiano, quedan reducidos á polvo inocentes y culpables; que la indiferencia ó la piedad son una misma cosa á los objetos del vicio y de la virtud, esta fatalidad del objeto, esta imparcialidad del hombre será efecto del embrutecimiento, y no trágica. Semejante nivel histórico, lejos de manifestar vigor, no descubre sino la impotencia del que lo emplea en los hechos. Me atrevo á asegurar que los dos historiadores que han producido tan detestables émulos, eran muy superiores á la opinion cuyo gérmen se ha creído encontrar en sus obras.

No, si separamos la verdad moral de las acciones humanas, falta la regla para juzgar tales acciones; si separamos las verdades morales de las verdades políticas, carecen estas de fundamento y no hay ya razon alguna para preferir la libertad á la esclavitud, el órden á la anarquía. ¡*Mi interés!* respondereis. ¿Quién os ha dicho que es *mi interés* el órden y la libertad? ¿Y si amo el poder como tantos revolucionarios? Será mi interés si limito mis deseos; pero si no me contento con ser un ciudadano pobre y oscuro; ¿á nombre de qué ley me obligareis á doblarme bajo el yugo de vuestras ideas?—A nombre de la fuerza.—¿Y si soy mas fuerte?—Destruyendo la verdad moral me restituís al estado de la naturaleza; todo me es permitido; y os contradecís á vosotros mismos cuando con el objeto de refrenarme me

hablais de ciertas necesidades que no conozco. Mi regla es mi brazo: lo habeis desencadenado, lo estenderé para robar ó herir segun lo exijan mi ambicion ó mi odio.

Gracias al cielo no es cierto que un crimen sea jamás útil; que la injusticia sea jamás necesaria. No decimos que si en las revoluciones un hombre inocente ó ilustre, contrario por espíritu á estas mismas revoluciones, no hubiese perecido, hubiera paralizado su curso: que el todo no debe sacrificarse á la parte. Sin duda este hombre virtuoso ó de talento hubiera podido amortiguar el movimiento; pero la injusticia ó el crimen ejecutados en su persona, retardan mil veces mas este movimiento. El recuerdo de los excesos revolucionarios ha sido y es entre nosotros el mas grande obstáculo al establecimiento de la libertad.

Si omitiendo los bienes que la revolucion ha hecho, los privilegios que ha destruido, y las libertades á que ha dado nacimiento en la Francia, trazamos la historia de la revolucion por sus crímenes sin añadir una sola palabra, una sola reflexion al texto espresando totalmente los horrores propalados y cometidos en Paris y en las provincias, por cuatro años continuos; esta cabeza de Medusa hará retroceder de siglo en siglo al género humano hasta el último punto de la esclavitud: aterrada la imaginacion no podrá creer que en semejantes crímenes se ocultará la menor apariencia de bien. Tan extraño error es, pues, este, como el de ensalzar tales excesos por hacer amable la revolucion. El año 1793 y sus males no produjeron la libertad: aquel tiempo de anarquia originó solo el despotismo militar, y el despotismo duraria aun, si el que habia hecho cómplice suyo á la gloria, hubiera mostrado moderacion en los placeres de la victoria. El régimen constitucional salió de las entrañas del año 1789: hemos llegado despues de tantos estravios al extremo del camino; ¡mas cuántos viageros han tenido que suspender en él su curso!

Todo cuanto ha podido hacer la violencia, hubiéralo podido ejecutar la ley: el pueblo que tiene la fuerza para proscribir, tiene la fuerza para obligar á la obediencia sin proscribir. Si alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretesto del bien público, ved aqui á lo que os

conduce aquella: hoy sois los mas fuertes, peleais por la libertad, la igualdad, la tolerancia; mañana sereis los mas débiles, y os acometerán en nombre de la esclavitud, de la desigualdad, del fanatismo. ¿Qué responderéis? Serviais de obstáculo á lo que se quiere; ha sido necesario haceros desaparecer: fatal necesidad sin duda, pero por fin necesidad: estos son vuestros principios, sufrid su consecuencia. Mario derramaba la sangre en nombre de la democracia; Sila en nombre de la aristocracia; á Antonio, Lepido y Augusto pareció útil cercenar las cabezas que no odiaban todavía la libertad romana. No condenemos á los asesinos de Saint-Barthelemy; veíanse obligados, á pesar suyo sin duda, á obrar asi para conseguir sus fines.

Solamente perecieron seis mil víctimas, dicen, por orden de los tribunales revolucionarios. ¡Y es poco! tomemos las cosas desde su origen.

El primer número del *Boletín de las leyes* contiene el decreto por el que se instituyó el *Tribunal revolucionario*; consérvase tal decreto al frente de esta coleccion, no para hacer uso de él supongo, en tiempo ni ocasion alguna, sino como una inscripcion terrible grabada en la fachada del templo de las leyes, para aterrar al legislador, é inspirarle horror á la justicia. Declara el decreto que el único castigo aplicado por el *tribunal revolucionario*, es la pena de muerte. El artículo 9.º autoriza á todo ciudadano para prender y conducir ante los *magistrados* á los *conspiradores* y á los *contra-revolucionarios*; el artículo 13.º dispensa de pruebas de testigos, y el artículo 16.º priva de defensor á los *conspiradores*. Este tribunal no tenia apelacion.

He aqui la base sobre que es necesario sentar nuestra admiracion: ¡honor á la equidad revolucionaria! ¡honor á la justicia de las cavernas! Ahora examinemos los actos que procedian de su justicia. El republicano Prudhomme que no odiaba la revolucion, y que escribió cuando la sangre no habia perdido aun su calor, nos ha dejado seis volúmenes de detalles. Dos de estos volúmenes están consagrados á un diccionario, donde se halla inscripto cada *criminal* por orden alfabético, con su *nombre*, *apellido*, *edad*, *patria*, *calidad*, *domicilio*, *profesion*, *fecha* y *causa de*

su sentencia, dia y sitio de la ejecucion. Encuéntranse entre los guillotizados 18,613 victimas repartidas de este modo.

Nobles	1278
Señoras, <i>idem</i>	750
Mugeres de labradores y artesanos.	1467
Religiosas	330
Sacerdotes	1135
Plebeyos de distintos estados	13633
TOTAL	18613

Mugeres muertas por consecuencia de abortos.	3400
Mugeres embarazadas y en partos	348
Mugeres muertas en la Vandée.	15000
Niños <i>idem</i>	22000
Muertos en la Vandée.	900000

Victimas en el proconsulado de Carrier en Nantes. 32000

Niños fusilados	500
<i>Idem</i> ahogados	1500
Mugeres fusiladas	264
<i>Idem</i> ahogadas	500
Sacerdotes fusilados.	300
<i>Idem</i> ahogados	460
Nobles ahogados	1400
Artesanos <i>idem</i>	5300
Victimas de Lyon	31000

No comprendemos en este cuadro los asesinatos en Versalles, en los Carmelitas, los de la Abadía, los de la nevera de Avignon, los fusilados de Tolon y de Marsella, despues de los sitios de ambas ciudades, ni el degüello de la ciudad provenzal de Bedoin, cuya poblacion pereció toda entera.

Instaláronse en Francia en cumplimiento de la ley sobre sospechosos de 21 de setiembre de 1793, mas de cincuenta mil sociedades revolucionarias. Segun el cálculo

de Cambon, individuo de la Convencion, costaban anualmente quinientos noventa y un millones, que les estaban señalados. Cada miembro de estas sociedades recibia tres francos diarios, y su número ascendia á quinientos cuarenta mil: esto es, quinientos cuarenta mil acusadores tenían derecho de condenar á muerte. Contábanse solo en Paris setenta sociedades revolucionarias; y cada una de estas tenia su cárcel para detener á los sospechosos.

Decis que únicamente los nobles, los clérigos los religiosos figuran en los registros mortuorios; si únicamente se tratase de tales gentes, el terror seria verdaderamente una virtud: ¡canalla! ¡raza estúpida! Mas perecieron diez y ocho mil novecientos veinte y tres individuos de diversos estados, no nobles; dos mil doscientas treinta y seis esposas de labradores ó artesanos; dos mil niños guillotizados y fusilados, y en Burdeos guillotinaban por el crimen de *negociantismo*. ¡Las mugeres! ¿Conoceis algun país, alguna época, alguna nacion del mundo, alguna proscripcion política, en la que no hayan estado libres del verdugo las mugeres, si esceptuamos varios hechos aislados de Roma en tiempo de los emperadores, de Inglaterra en el de Enrique VIII, la reina María y Jacobo II? El terror únicamente ha presentado al universo el infame y despiadado espectáculo del asesinato jurídico de las mugeres y de los niños en masa.

El girondino Riouffe, prisionero con Vergniaux, con madama Rolland y con otros amigos en la Consergeria, cuenta lo que sigue en sus *Memorias de un detenido*. «Las mugeres mas lindas y de edad mas tierna, las mas interesantes caian confundidas en este abismo (la Abadía) del que salian para ir á docenas á inundar de sangre el caldoso.

«Hubiérase dicho que el gobierno estaba en manos de unos hombres depravados, que no contentos con insultar al sexo hermoso con sus infames apetitos, le profesaban todavia un odio implacable. Jóvenes embarazadas, jóvenes recién paridas y que permanecian aun en aquel estado de debilidad y de palidez, consiguiente al extraordinario padecimiento de la naturaleza que respetáran los pueblos mas salvajes; jóvenes en cuyas venas habiase suspendido

de repente el curso del primer alimento del niño, á causa del horror, ó á causa de haberles arrebatado los hijos de su seno, lloraban día y noche sepultadas en este abismo. Conducíanlas de calabozo en calabozo, cargadas sus débiles manos con indignos hierros; y aun veíanse algunas con argollas al cuello. Llegaban unas exánimes y en brazos de los criados de los carceleros, que se reían de ellas; y otras estupefactas y casi imbéciles. Hacia los últimos meses, sobre todo antes del 9 termidor, reinaba aquí una actividad infernal; crugían de día y de noche los cerrojos: llegaban por la tarde sesenta personas para poblar el cadalso: réemplazábanlas al día siguiente cien mas, á las que aguardaba despues igual suerte.

«Catorce lindas doncellas de Verdum, de un candor puro, y que tenían todas las maneras de unas vírgenes consagradas á una fiesta pública, fueron conducidas al patíbulo. Desaparecieron de una vez, y fueron sacrificadas en su primavera: el patio donde yacian las jóvenes, presentaba al otro día de su muerte el aspecto de un jardín despojado de sus flores por la tormenta. Nunca observé en nosotros desesperacion igual á la que escitó semejante atrocidad.

«Murieron tambien juntas veinte mugeres de Poitou, la mayor parte pobres: pareceme ver todavia á aquellas desgraciadas victimas; pareceme verlas tendidas en el patio de la Conserjería postradas de cansancio á causa del largo camino, y durmiendo sobre el empedrado.....En el momento de salir para el suplicio, arrancaron de brazos de una de estas desdichadas un niño á quien alimentaba, y que en aquel instante bebia una leche cuyo manantial iba á secar el verdugo. ¡Oh agudos gritos del amor maternal! ¡Gritos sin efecto.....! Algunas mugeres murieron en la carreta, y sus cadáveres fueron guillotínados. ¡Cuántas ví conducidas á la muerte algunos días antes del 9 termidor! Habíanlas declarado embarazadas... Y estos son los hombres, los franceses de quienes sus mas elocuentes filósofos predicán por espacio de sesenta años la humanidad y la tolerancia. . . . Habían ya profundizado en la plaza de San Antonio un acueducto inmenso por donde debia correr la sangre. Preciso es de-

cirlo, por mas horroroso que sea, ponian todos los dias en cubos la sangre humana, y en el momento de la ejecucion ocupábanse cuatro hombres en vaciarlos en el acueducto.

«Descendian al tribunal á las tres de la tarde estas largas procesiones de víctimas, y atravesaban lentamente por bajo de anchurosas bóvedas, por medio de los presos que se colocaban en fila con ánsia sin igual para verlas pasar. Yo vi caminar á la muerte con el mismo porte con que caminaban en otro tiempo á las ceremonias públicas, á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de París, y á treinta y tres del parlamento de Tolosa: yo vi marchar con paso reposado y firme á treinta asentistas; los veinte y cinco primeros, comerciantes de Sedan, lamentábanse al acercarse su fin, de diez mil jornaleros que dejaban sin trabajo. Yo vi á aquel *Baysser, terror de los rebeldes de la Vandée*, y el mas hermoso soldado que ha tenido la Francia; yo vi á todos aquellos generales á quienes la victoria acababa de cubrir de laureles, que habian cambiado de repente en ramas de ciprés; yo vi por último á tantos militares jóvenes tan aguerridos y vigorosos. . . . caminaban en silencio. . . . sa'ian únicamente morir.»

Prudhomme completa este cuadro:

«La mision de Le Bon en los departamentos que lindan con el Norte, puede compararse á la aparicion de aquellas negras furias tan temidas en los tiempos del paganismo. . . .»

En los dias de regocijo colocábase la orquesta al lado del cadalso: Le Bon decia á las doncellas que se hallaban allí: «Seguid la voz de la naturaleza, entregaos, abando-naos á los brazos de vuestros amantes. . . .»

«Los niños á quienes habia corrompido componian su guardia, y eran los espías de sus padres. Tenian algunas pequeñas guillotinas, con las cuales se acostumbraban á dar la muerte á los pajaritos y á los ratones.» Sabemos que Le Bon despues de haber abusado de una muger que se le habia entregado para salvar á su marido, asesinó á este infeliz ante los ojos de la desventurada esposa, á la que únicamente quedó el horror de su sacrificio: atrocidad comun entonces, y Prudhomme dice que no podia contar su número.

Carrier se distinguió en Nantes. «Cerca de ochenta mugeres sacadas del depósito y conducidas al sitio de la carnicería, fueron aquí fusiladas: despojáronlas en seguida de sus ropas, y los cuerpos desnudos permanecieron diseminados por espacio de tres dias.

«Condujeron al propio tiempo para fusilarlos á quinientos niños de ambos sexos, de los que el mayor número apenas rayaba en los catorce años. Nunca hubo espectáculo alguno mas tierno y horroroso; la pequeñez de los cuerpos puso á muchísimos al abrigo de los tiros: desataron sus lazos, derramáronse por los batallones de sus verdugos buscando un refugio en sus piernas, á las que se abrazaron fuertemente alzando hacia ellos el rostro en el que estaban pintados la inocencia y el horror. Nada causó impresion en sus asesinos, que los sacrificaron á sus pies.»

Ahogamientos en Nantes.

«Colocaron á bordo de las gabarras á muchísimas mugeres, embarazadas la mayor parte, y otras con sus hijos en brazos. . . . Las inocentes caricias, la sonrisa de las tiernas víctimas, escitaban en el alma de sus llorosas madres un sentimiento que acaba de despedazar sus entrañas: ¡corresponden con viveza á tan sensibles cariños pensando que es por la última vez!!! Una de ellas acababa de dar á luz un hijo en la playa, y sus verdugos le concedieron apenas el tiempo necesario para terminar este doloroso trance de la naturaleza: adelantáronse los asesinos, amontonáronlas en las gabarras, y despues de haberlas desnudado á la clara luz del dia, atáronlas las manos á la espalda. Resonaron por todas partes los gritos mas penetrantes, las mas amargas reprensiones de las desgraciadas madres contra sus asesinos: Fouquet, Robin y Lamberty les respondian con golpes de sable y la tímida belleza, ocupada en ocultar su desnudez á los monstruos que la ultrajaban, vuélvese temblando á mirar á su compañera desfigurada por la sangre, y que ya vacilante entre la muerte y la vida exhala el último suspiro á sus pies. Suena la señal: los carpinteros con un golpe de hacha quitan las troneras, y sumérgelas el mar para siempre.»

:

¡Aquí teneis el objeto de vuestros himnos! ¡Millares de ejecuciones en menos de tres años, en virtud de una ley que privaba á los acusados de testigos, de defensores y de apelacion! ¿Os acordais que la memoria de una sola sentencia inicua (la de Sócrates) ha atravesado veinte siglos, para afrontar á los jueces y á los verdugos? Para entonar el canto triunfal era preciso esperar á lo menos que los padres y las madres, las mugeres y los niños, los hermanos y las hermanas de las victimas hubiesen muerto; mas aun viven en Francia. Mugeres, aldeanos, negociantes, magistrados, paisanos, soldados, generales, inmensa mayoria plebeya sobre la cual cayó el terror, ¿querreis prestar nuevo pábulo á tan maravilloso espectáculo?

Dicen: una revolucion es una batalla: ¡comparacion inexacta! En un campo de batalla se recibe la muerte dándola: ambas partes tienen las armas en la mano. El verdugo combate sin peligro: empuña la soga ó la cuchilla, y le entregan maniatado al enemigo. No se que nunca se haya dado el nombre de combate á lo que pasó entre Luis XVI, las doncellas de Verdum, Bailly, Andrés Chenier, el anciano Malesherbes y el verdugo. El ladrón que me espera al estremo de un bosque, juega al menos su vida contra la mia; pero el revolucionario que despues de haberse vendido ya á la córte, ya al partido republicano, envia desde el seno de la disolucion los carros llenos de mugeres á la plaza donde está el cadalso, ¿qué riesgo puede tener con tan débiles adversarios?

Los prodigios de nuestros soldados no fueron obra del terror: produjolos el espiritu militar de los franceses, que se despertará siempre al son de la trompeta. No fueron los comisarios de la Convencion y las guillotinas, por consecuencia de las victorias, los que restablecieron la disciplina en los ejércitos, sino los ejércitos restablecieron el órden en Francia.

La imposibilidad de que se repitan tan malhadados tiempos, es la prueba de que no tenían cosa alguna de superior que pueda renacer. Los tumultos, las matanzas populares pertenecen á todos los siglos, á todos los paises; pero una organizacion completa de asesinatos llamados legales, de tribunales sentenciando á muerte en todas las

ciudades, de asesinos asociados despojando á sus víctimas y conduciéndolas casi sin guardia al patíbulo, no tendrá nunca igual. Ahora resistiríanse los ciudadanos uno á uno: cada cual se defendería en su casa, en el campo, en la cárcel, y hasta en el cadalso. El terror no fué invención de algunos gigantes: fué sencillamente una enfermedad moral, una peste. Un médico lleno de entusiasmo por su arte decía todo regocijado. «Hemos encontrado la lepra.» No podemos decir otro tanto del terror. No enseñemos al pueblo á amar los crímenes: no queramos pasar por una nación de ogros, que lame con delicia como el león sus sangrientadas quijadas. El sistema del terror llevado al extremo, no es otra cosa que la conquista conseguida por el estermínio; pues no es posible nunca consumir todos los holocaustos con tanta presteza, que el horror que inspiran no subleve hasta á los atizadores de las hogueras.

La propia admiración que conceden al terror, prodígana á los terroristas con igual sinrazón: los que los han tratado de cerca saben que la mayor parte de estos eran unos miserables, cuya capacidad mental estaba ceñida á límites muy regulares; héroes del miedo asesinaban con el temor de ser asesinados. Lejos de haber formado esos designios profundos que se les suponen en el día, caminaban á ciegas, juguetes de su embriaguez y de los acontecimientos. Se ha dado el nombre de inteligencia á los instintos materiales: se ha forjado la teoría despues de la práctica; se ha deducido la poética del poema. Si alguno de aquellos estúpidos diablos han mezclado casualmente ciertas prendas á sus vicios, estos dones estériles parecíanse á los frutos que se desprenden de la rama, y se pudren al pié del árbol que los ha producido. Un verdadero terrorista es un hombre mutilado, privado como el eunuco de la facultad de amar y de reproducirse; y han querido que fuese obra del ingenio su impotencia misma.

Que durante la fiebre revolucionaria se encontrasen atroces calumniadores engordados con sangre, como esas inmundas sabandijas que pululan en los muladares; que hechiceras mas obscenas que las de Macbet bailasen en torno del caldero donde hervían los miembros desgarrados de la Francia, puede pasar; pero que se hallen en el

dia hombres que en una sociedad pacífica y bien ordenada se constituyan los mejores apologistas de tan brutales orgías; hombres que inciensen y coronan con flores la cubeta donde caían las cabezas con corona ó con gorro colorado; hombres que enseñan la lógica del homicidio, que se hacen maestros en el arte del asesinato como hay profesores de esgrima; ved aquí lo que no es fácil entender.

Desconfiemos de este movimiento del amor propio que nos hace creer la superioridad de nuestro espíritu, la fortaleza de nuestra alma, porque miramos á sangre fría las más espantosas catástrofes: el verdugo maneja los troncos palpitantes de las víctimas sin conmoverse; ¿prueba esto la firmeza de su carácter y la sublimidad de su inteligencia? Cuando el más vil de los pueblos, cuando los romanos del tiempo del imperio corrían al espectáculo de los gladiadores; cuando se degollaban veinte mil prisioneros para divertir á un Neron cercado de prostitutas todas desnudas, ¿no estaba allí el terror en alto grado? ¿La palabra trocará la naturaleza del hecho? ¿Deberemos hallar horrible en nombre de la tiranía, lo que hallábamos admirable en nombre de la libertad?

Colocar la fatalidad en la historia es huir el trabajo de pensar, ahorrarse la pena de indagar la causa de los acontecimientos. Mas fácil es demostrar como el extravío de los principios de la moral y de la justicia ha producido desgracias, y como estos infortunios han originado libertades en cambio á la moral y á la justicia. Hay sin duda en esto menos dificultades que en poner la sociedad bajo de gruesas manos de almirez, que reducen á masa ó á polvo las cosas y los hombres: falta solo soltar la presa de las pasiones, y principiarán las manos de almirez á levantarse y á volver á caer. En cuanto á mí ningún entusiasmo siento por una segur. Vi clavar las cabezas en la punta de una pica, é insisto en que semejante espectáculo es horroroso. Encontré á algunos de esos grandes talentos que hacían pasear las cabezas, y puedo decir que no hay cosa más limitada que ellos: el mundo los dirigía, y juzgaban dirigir el mundo. Conoci á uno de los más famosos revolucionarios, hombre ligero, hablador, de poco espíritu, y que careciendo de valor á todo trance, carecía mucho más de él

en los peligros. No me intimidan los desolladores de carne humana; en vano me diran que de sus fábricas de podredumbre y de carne sacan excelentes ingredientes de los esqueletos con arte molidos: obreros de cadáveres, por mas que pulvericeis la muerte, no hareis nunca brotar un germen de libertad, un grano de virtud, una chispa de ingenio.

Que los teoristas del terror guarden, pues, donde quieran su fanatismo por la cuchilla, que les sugiere dos ó tres palabras inesplicables, *necesidad*, *movimiento*, *fuerza progresiva*, bajo las cuales ocultan la vaciedad de sus pensamientos: no los volveré á leer. Pero leeré una y mil veces á los dos historiadores á quienes han tomado con tanto desacierto por guias, y cuyo talento me hará olvidar á sus despreciables y salvages imitadores.

Por último, un autor á quien la libertad debe mucho; el último orador de las generaciones constitucionales que espiran, un hombre cuya reciente muerte aumenta su autoridad, Mr. Benjamin Constant, ha combatido antes que yo á los dogmatizantes del terror. Necesario es leer todo entero en sus *Misceláneas de literatura y de política*, el artículo de que voy á copiar un pasage. «El terror no ha producido bien alguno. A su lado ha existido lo que era necesario á todo gobierno, lo que hubiera existido sin él, lo que corrompió y emponzoñó mezclándose. . . .

«Este régimen abominable no ha preparado, como dicen, el pueblo á la libertad; le ha preparado á sufrir un yugo cualquiera: ha encorvado las cabezas, degradando el espíritu, marchitando los corazones: ha sido útil durante su existencia á los amigos de la anarquia, y su memoria sirve ahora á los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la raza humana. . . .

«No hubiera refrescado tan funestas memorias sino hubiera pensado que interesaba á la Francia, cualquiera que sea en adelante su destino, no confundir lo que es digno de admiracion con lo que es digno de horror. Justificar el régimen de 1793, pintar los crímenes y el delirio como una necesidad que pesa sobre los pueblos cuantas veces procuran ser libres, es perjudicar á una causa sagrada, mas

que podian perjudicarle los ataques de sus enemigos mas fuertes.

«Distinguid, pues, cuidadosamente las épocas y los actos; deprimid lo que siempre será culpable: no recurrais á una metafisica abstracta y sutil, para alegar por excusa de las maldades una irresistible fatalidad que no existe; no rehuséis en vuestros juicios toda autoridad, ni en vuestros homenajes escluyais al valor.»

Un pensamiento debe consolarnos: el régimen del terror no renacerá, no solo porque nadie se someteria á él como he dicho, sino tambien porque han desaparecido las causas y las circunstancias que lo produjeron. En 1793 habia que echar en tierra el inmenso edificio de lo pasado y hacer la conquista de las ideas, de las instituciones, de las propiedades. Fácil es conocer como un sistema de muerte, aplicado como la palanca á la demolicion de un monumento colosal, pudo dar la fuerza necesaria á los espíritus perversos; mas ahora todo está por tierra: ideas, instituciones, propiedades. ¿De qué se trata al presente? De una forma política mas ó menos republicana, de abolir ó decretar ciertas leyes, de reemplazar unos hombres con otros. Pues para tan superficiales resultados, á los que no se opone resistencia alguna colectiva, resultados que no atacan clase alguna particular de la sociedad, no es necesario introducir en una nacion el asesinato ordenado. No se persuade el terror *á priori*: el terror no fué el resultado de un plan combinado y anunciado de antemano; vino poco á poco con los acontecimientos; principió por los asesinatos particulares y desordenados de 1789, 1790, 1791 y 1792, para llegar á los asesinatos públicos y regulares de 1793. No sabian de antemano los terroristas, que eran tales. Nuestros terroristas teóricos nos decian: «Oid: nosotros somos terroristas barbados ó sin barba. Vamos á poner en práctica un terror soberbio. Acercaos, y os cortaremos la cabeza. ¡Somos hombres enérgicos! Nuestro fuerte es el genio.» Sin embargo, si por la prueba y honor del engaño desafiamos esos parodistas del terror y terroristas de melodrama, capaces de asesinaros, serán incapaces de mantener en su mano tres dias los instrumentos de muerte que habian de caer sobre su cabeza.

Llegó ya el tiempo de dar cuenta de mis propios *Estudios*. He espresado en el *prólogo* las razones por las cuales no será leída mi obra, y las causas por las cuales pierdo el último trabajo de mi vida; pero por fin, si en algun momento robado á las catástrofes del día, si en los breves intervalos de quietud que separan los acontecimientos en las revoluciones, algunos hombres singularesse ocupan de mis investigaciones, les ahorraré la pena de pasar adelante. Despues que uno haya recorrido el fin de mi *prólogo*, podrá decir, si quiere, que ha leído mi obra, aprobarla y combatirla sin haberla leído, si por casualidad le pasase por la cabeza ocuparse de una controversia literaria.

He dado á la primera parte de mi trabajo el título de *Estudios Históricos*, dejándole al mismo tiempo el de *Discursos* que primero habia elegido. Imagino que el título de *Estudios* se acomoda mas con la modestia de mi tarea, que me presta mas libertad para hablar de varios asuntos que lienden al asunto principal, y no me obliga á sostener de continuo mi estilo en la altura del *discurso*.

En la introduccion espongo mi sistema, y defino las tres verdades que son el fundamento del orden social: la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independenciam del espíritu del hombre, la verdad política ó la libertad. Opino que todos los hechos históricos nacen del choque, de la division ó de la alianza de estas tres verdades. Adopto por verdad religiosa la verdad cristiana, no como Bossuet, baciendo del cristianismo un círculo inflexible, sino un círculo que se estiende á medida que las luces y la libertad se desarrollan. El cristianismo ha tenido varias épocas: la moral ó evangélica, la de los mártires, la metafísica ó teológica, la política, y ha llegado á su época filosófica.

El mundo moderno tiene su nacimiento al pie de la cruz. Las naciones modernas se componen de los tres pueblos pagano, cristiano y bárbaro; de ahí la necesidad para conocerlas bien, de remontarse á su origen; de ahí la obli-

gacion del historiador de tomar los hechos desde el tiempo de Augusto, en que comienzan juntamente el imperio romano, el cristianismo y los primeros movimientos de los bárbaros.

Esto es, la historia del imperio romano unida á la historia del cristianismo, que en el interior atacó la sociedad pagana mientras los bárbaros la asediaban por de fuera; é historia de las invasiones sucesivas de los bárbaros, distinguiendo dos principales, la una cuando los bárbaros no habian todavía recibido la fé, y la otra cuando eran ya cristianos.

Síguense los principales vicios de la antigua sociedad, que estaba fundada sobre dos abominaciones: el politeismo y la esclavitud. El politeismo falsificando la verdad religiosa, la unidad de Dios, falsificaba todas las verdades morales, y la esclavitud corrompia todas las verdades políticas.

Filosofía de los paganos: doctrinas que comunicó al cristianismo, y doctrinas que el cristianismo recibió de ella. Los filósofos griegos sacaron la filosofía de los templos y la encerraron en las escuelas: los sacerdotes cristianos sacaron la filosofía de las escuelas, y la estendieron por todos los hombres.

El politeismo se encontró en el reinado de Juliano en la misma situacion en que se halla el cristianismo en nuestros dias, con la diferencia de que al presente no existe un culto que pueda reemplazar al cristianismo, y en tiempo de Juliano estaba el cristianismo dispuesto á sustituir á la religion antigua. Inútiles fueron los esfuerzos de Juliano para hacer retrogradar su siglo: el tiempo no retrocede, y el mas fiero campeon no podria obligarle á que diese un paso atrás. Conversion de Constantino, destruccion de los templos. La verdad política comienza á entrar en la sociedad con la moral cristiana y con las instituciones de los bárbaros. Entre las grandes mudanzas que obró en el órden social el cristianismo, debemos señalar principalmente la *emancipacion de las mugeres*, no obstante que todavía no la ha completado la ley, y el *principio de la igualdad humana*, desconocido de la antigüedad politeista.

Hemos colocado dos siglos demasiado bajo los orígenes

de nuestra sociedad: Constantino, que reemplazó el gran patriarcado por una nobleza titulada, y que cambió con sus demas instituciones la naturaleza de la sociedad latina, es el verdadero fundador del realismo moderno en los usos que conservó de los romanos.

Entre las monarquías bárbaras y el imperio puramente latino-romano, hubo un imperio romano-bárbaro que duró cerca de un siglo antes de la deposicion de Augustulo. Los historiadores no han hecho esta observacion que explica por qué en el momento de la fundacion de los reinos bárbaros, nada pareció cambiado en el mundo: con mas ó menos infortunios siempre eran los mismos hombres y las mismas costumbres.

Al llegar atravesando los hechos á la ereccion del reino de Italia por Odoacro, y á la del reino de los francos por Clovis, hago alto, y presento separadamente los tres grandes cuadros de las costumbres, de las leyes y de la religion de los paganos, de los cristianos y de los bárbaros.

Concentracion de todas las filosofias y de todas las religiones en el Asia hebraica, persa y griega. Escuela famosa de los profetas. Sistemas filosóficos. Heregias judaicas y griegas: afinidades de los sistemas filosóficos y de las heregias. La heregia mantuvo la independenciam del espíritu humano, y fué favorable á la verdad filosófica.

Aqui se terminan los *Estudios Históricos*, y adopto un nuevo título para continuar mi proyecto.

He indicado que mi primer plan era escribir unos *Discursos históricos* desde el establecimiento del cristianismo (pasando por el imperio romano, las razas merovingiana y carlovigiana, y la raza de Capeto), hasta el reinado de Felipe VI, llamado de Valois. En este reinado proponíame componer la historia de Francia propiamente dicha, conduciéndola hasta la revolucion; y unicamente me habia empeñado en la coleccion de mis *Obras*, á publicar los *Discursos históricos*. Viendo que la vida huye de mí sin permitirme cumplir mis planes, me he determinado á satisfacer á aquellos de mis lectores que han manifestado el deseo de conocer mi sistema entero sobre la historia de nuestra patria. En su consecuencia trazo un *Análisis razonado* de la historia de las dos primeras razas, y de una

parte de la tercera. Cuando llego á la época en que ha de comenzar mi historia propiamente dicha, interpongo algunos fragmentos de los reinados de Felipe de Valois y del rey Juan, sobre todo las batallas de Grece y de Poitiers, teniendo cuidado de llenar los blancos con sumarios. Después de estos dos reinados vuelvo al *Análisis razonado*, y lo continuo hasta la muerte de Luis XVI.

Los *Estudios* ó *Discursos históricos* muy estensos que comprenden desde Augusto hasta Augustulo, descubren en la profundidad de los fundamentos la intencion que tenia de elevar un suntuoso edificio; me ha faltado el tiempo, y no he podido edificar sobre los cimientos que habia hundido en la tierra sino una especie de tienda de tablas ó de lienzo, pintada con tosco pincel, representando bien ó mal el monumento proyectado, y adornada con algunos miembros de arquitectura esculpidos separadamente conforme mis primeros dibujos. Sea los que fuere, voy á explicar los lineamientos de mi plan; ó hablando de otro modo, de mi *Análisis razonado*.

En cuanto á las dos primeras razas adopto generalmente las ideas de la *escuela moderna*: no trasformo los francos en franceses, y veo á la sociedad romana subsistiendo casi toda entera bajo el dominio de los bárbaros hasta el fin de la segunda raza. Sigo el sistema de Mr. Thierry en cuanto á los nombres propios de la primera, y aun de la segunda estirpe; porque en efecto, nada fija mejor el momento de la metamorfosis de los francos en franceses, que las alteraciones sobrevenidas en los nombres. Mas no he usado en los nombres francos de la misma ortografía que el autor de las *Cartas sobre la historia de Francia*, no escribiendo, por ejemplo, *Khlodowig* ó *Chlodowig*, en vez de *Clovis*, procurando de este modo no herir los hábitos de nuestros ojos y de nuestro oido. La primera sílaba de Clovis queda *Klo*: escribiendo *Chlo*, la pronunciacion francesa obligaria á decir *Chelo*: añado *h* á la *g*, como en el aleman, y ablandando la *g*, se comprende como el *gh* ha podido mudarse en *s*. No insisto mas en la ortografía, ya se verá.

Ademas, justifican mi ortografía los cronistas latinos, germánicos y franceses antiguos: Du Tillet, y principal-

mente Chantereau Lefebvre, han intentado suavizar algunos nombres, y paréceme útil que semejante reforma pase por fin á nuestra historia. Hago tal declaracion, no obstante que he sido débil por lo que respecta á Carlo-Magno, pues no he podido decidirme á escribir Karlos el Grande, escepto cuando he citado al monge de Saint-Gall. ¿Qué queréis? No hay poder contra la gloria, y cuando esta ha formado un nombre, fuerza es adoptarlo aunque lo haya pronunciado mal. Los griegos eran grandes corruptores de la verdad silábica: su oído poético y delicado, sin embarrasarse con la exactitud histórica, acomodaba por fuerza los nombres bárbaros con la eufonia. Del mismo modo escribo Carlos Martel en vez de Karlos Marteau; es absolutamente lo mismo en la antigua lengua, y confio que no me criticarán el que siga la costumbre de decir Carlos Martel.

Habia dado principio á numerosas indagaciones sobre los galos; mas habiendo salido á la luz pública la obra de Mr. Amadeo Thierry, he abandonado mi trabajo, porque el destino de ambos hermanos es instruirme y desalentarme.

Mas si me he sometido á las felices innovaciones de la escuela moderna, tambien combató algunos de sus sentimientos. No puedo admitir, por ejemplo, que los francos fuesen una especie de salvajes semejantes á aquellos con quienes he vivido en América, porque los hechos repelen el supuesto. Desecho igualmente la segunda invasion de los francos, que habria sentado en el solio á los carlovigianos, y mas arriba espresé los motivos de mi incredulidad. En cuanto á la escuela antigua, le niego su doctrina de la herencia de los reyes de la primera y de la segunda raza, y defiendo que la eleccion reinaba en todas partes, y que no podia existir usurpacion donde dominaba la eleccion. Paso mas adelante; siento que la *herencia* es una cosa nueva en las sucesiones soberanas; que la ignoró la antigüedad europea, y que esta herencia no comenzó hasta Hugo Capeto, en el siglo X, por la razon que indicaré brevemente.

La antigüedad romano-bárbara espiró hácia el fin de la segunda raza, y entonces se verificó una de las gran-

des trasformaciones del género humano con el establecimiento del feudalismo. La edad media fué obra de la religion cristiana, mezclada al temperamento de los bárbaros y á las instituciones germánicas.

Antes de entrar en el *análisis razonado* de los reinados de la tercera raza, demuestro cual era la comunidad cristiana, y cual era la constitucion de la iglesia cristiana, dos cosas distintas una de otra. Pruebo que la iglesia cristiana era una monarquia electiva, representativa, republicana, fundada sobre el principio de la mas completa igualdad; que la inmensa mayoria de los bienes de la iglesia pertenecia á la parte plebeya de las naciones; que una abadía no era sino una casa romana; que el papa, frecuentemente salido de las últimas clases sociales, era el tribuno y el mandatario de las libertades de los hombres; y que solo en calidad de único representante de una verdad política oprimida, tenia la mision y la calidad de juzgar y de deponer los reyes. Digo que en esta época en que el pueblo desapareció, el pueblo se hizo sacerdote, y conservó bajo este disfraz el uso y la soberania de sus derechos: esta es la era política del cristianismo. El cristianismo debió penetrar en el estado, y apoderarse del poder temporal, cuando todas las luces se concentraron en el clero. La libertad es cristiana.

Se ve por la anterior esposicion, que mis ideas sobre el cristianismo difieren de las del abate de Lamennais. El primero pretende reducir los pueblos á una servidumbre comun, dominada por la teocracia: el segundo parece llamar los pueblos, salvo error por parte mia, á una independencia general bajo la propia dominacion teocrática. Del mismo modo que mi ilustre compatriota pido la emancipacion de los hombres, y exijo tambien á su ejemplo la manumision del clero, como se verá en estos *Estudios*; mas no creo que el papismo debe ser una especie de poder dictatorial, sosteniéndose sobre las futuras repúblicas. A mi modo de ver el cristianismo se hizo político en la edad media por una necesidad rigurosa; cuando las naciones hubieron perdido sus derechos, la religion que entonces era la única ilustrada y poderosa, vino á ser la depositaria. Al presente que los pueblos recobran sus derechos,

el papismo abdicará naturalmente las funciones temporales, y resignará la tutela de su gran pupilo llegado á mayor edad. Deponiendo la autoridad política con que justamente se vió investido en los dias de opresion y de barbarie, el clero entrará en las vias de la primitiva iglesia, cuando tenga que combatir la falsa religion, la falsa moral, y las falsas doctrinas filosóficas. Pienso que la edad política del cristianismo espira; que su edad filosófica comienza; que el papismo no será en adelante sino el manantial puro en que se conservará el principio de la fé tomada en el sentido mas racional y mas estendido. La unidad católica se personificará en un gefe venerable representando en su persona á Cristo; es decir, las verdades de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del hombre. ¡Sea el soberano pontifice siempre el conservador de estas verdades, cerca de las reliquias de San Pedro y de San Pablo! Dejemos en la cristiana Roma que el pueblo entero caiga arrodillado á los pies de un anciano besando su mano. ¿No se conforma este espectáculo con tantas ruinas? ¿En qué se opone á nuestra filosofia? el papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.

La verda t religiosa no será destruida, porque las verdades no se pierden: se la puede desfigurar, abandonar, negar en algunos momentos de sofismas y de orgullo por los que no creyendo ya en el Hijo del Hombre, son los discípulos ingratos de la nueva sinagoga. Para mi no hay cosa alguna mejor que una institucion consagrada á la custodia de esa verdad de esperanza, en que se refrescan los espiritus como en la fuente de agua viva de que habla Isaías. Las antipatías entre las diversas comuniones no existen ya: los hijos de Cristo, de cualquier rama que vengan, se han apiñado al pie del Calvario, tronco materno de la familia. Los desórdenes y la ambicion de la córte romana han cesado, y no han quedado en el Vaticano sino la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica: con algunas concesiones de una y otra parte no tardarán en ponerse de acuerdo. Repetiré lo que he dicho ya en esta obra: para arrojar un nuevo brillo, el cristianismo solo aguarda un ingenio superior que venga

á tiempo á ocupar su destino (1). La religion cristiana entra en una era nueva, y como las instituciones y las costumbres sufre la tercera trasformacion. Deja de ser politica, y pasa á ser filosófica, sin perder su carácter divino; su círculo flexible se estiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz señala siempre su inmovible centro.

Con la tercera raza se constituye el feudalismo, y en el reinado de Felipe I aparece la edad media en la energia de su juventud, con el alma enteramente religiosa, el cuerpo enteramente bárbaro, y el entendimiento tan vigoroso como los brazos. La herencia y el derecho de primogenitura establecieronse en la persona de Hugo Capeto, con la ceremonia de la consagracion. La consagracion, ó la eleccion religiosa, ha usurpado la eleccion politica: presento las pruebas de este hecho, que ningun historiador, al menos que yo sepa, habia sentado.

Los francos se convierten en franceses bajo los primeros reyes de la tercera raza.

Han existido cuatro monarquias contando desde Hugo Capeto hasta Luis XVI: la monarquia puramente feudal y de los grandes pares; la monarquia de los estados, llamados despues estados generales; la monarquia parlamentaria en las intermisiones de los estados, y la monarquia absoluta que se pierde en la monarquia constitucional.

Incidencia de estas diversas monarquias, ó grandes acontecimientos que las acompañan: emancipacion de los comunes, cruzadas, etc.

La monarquia feudal era una verdadera república aristocrática federativa; ó por mejor decir, una democracia noble, porque en esta aristocracia no habia pueblo, y por consiguiente ni vasallos ni esclavos. El nombre de *pueblo* no se halla en aquella época en las crónicas, porque efectivamente el pueblo no existia. El pueblo principió á renacer en el reinado de Luis el Grueso, en las ciudades con los vecinos y en los campos con los esclavos emancipados,

(1) Despues de escritas estas líneas, el cardenal Capellari ha sido nombrado papa: es hombre de vasta ciencia y de eminente virtud, y que conoce su siglo: mas ¿no ha llegado tarde? Formé ardientes votos por esta eleccion en el anterior conclave.

y con la recomposicion sucesiva de las propiedades cortas y medianas.

Esposicion del feudalismo. ¿Qué era el feudo? El feudo era la mezcla de la propiedad y de la soberanía. La propiedad tomó el carácter del propietario, é hizose conquistadora: el poder, la justicia y la nobleza fueron unidas á la posesion de las tierras, causa primera de la larga duracion del reino feudal. Pruebas y esplicaciones con este motivo.

El feudo y el alodio eran el combate y la coexistencia de la propiedad segun la sociedad antigua, y tambien de la propiedad segun la sociedad moderna. El mundo feudal fué un mundo militar en el que todo reposó, como en un campo entre los siervos y los soldados, bajo la subordinacion y los empeños del honor.

En el reinado del feudalismo la esclavitud germánica reemplazó á la esclavitud romana. La servidumbre ocupó el lugar de la esclavitud; este fué el primer paso de la emancipacion de la raza humana, y ¡cosa rara! se debió al feudalismo. El siervo convertido en vasallo no fué ya sino un soldado armado, y las armas libertan á los que las empuñan. De la servidumbre se pasó al salario, y el salario se modificará todavía, porque no es una libertad completa.

No emancipó los comunes Luis, llamado el Gordo, como ha asegurado tan largo tiempo la antigua escuela histórica; pero el movimiento insurreccional general de los comunes en el undécimo siglo que ha notado la escuela moderna, debe admitirse con restriccion: en este punto la tal escuela se ha dejado llevar del espíritu de sistema.

Las cruzadas recompusieron los grandes ejércitos modernos, descompuestos por los acontecimientos del feudalismo.

La caballeria no tiene su origen en las cruzadas: los novelistas que la remontan al tiempo de Carlo-Magno, no han faltado á la verdad histórica como se cree. La caballería comenzó á un mismo tiempo entre los moros y entre los cristianos, á fines del siglo VIII. El autor del poema de Antar, y el monge de Saint-Gall que escribían uno y otro las hazañas de los paladines moros y cristianos, Car-

lo-Magno y Araon-al-Racheld eran contemporáneos. Pruebas de la antigüedad de la caballería; las costumbres, los combates, las armas, las artes, los monumentos y la arquitectura.

No hubo una caballería colectiva, sino una caballería individual. La caballería histórica ha dado nacimiento á la caballería romántica, y esta caballería romántica que marchó con la caballería histórica, dió á los tiempos medios un carácter de imaginación y de fábula que es muy esencial distinguir.

La monarquía de los estados cuyo origen sube al reinado de San Luis; aunque no se fija la fecha hasta el de Felipe el Hermoso, nunca entró en las costumbres de Francia; fué siempre débil, porque las dos primeras órdenes, el clero y la nobleza tenían constituciones particulares y miraban con desprecio la constitucion comun. El tercer estado llamado unicamente para votar los impuestos, no atendía sino á unirse á la corona para defenderse de las otras dos órdenes. La monarquía parlamentaria debilitaba tambien los estados, usurpándoles sus funciones y sus poderes. Finalmente, el reino no formaba entonces sino un cuerpo homogéneo; tenia los estados de provincia, y la autoridad de los estados de la lengua d'Oyl era desconocida á treinta leguas de Paris.

Cuadro general de la edad media en el momento en que la rama de Valois subió al trono. Vida prodigiosa de esta edad: educacion, costumbres privadas, artes, etc. Modo independiente y vigoroso de imitar y apropiarse los clásicos. Poblacion y aspecto de la Francia en la edad media: cubrian su suelo muchos miles de monumentos.

Admirable arquitectura gótica: su historia: pudo tener su origen en la Persia. Nació del neo-griego asiático introducido en Europa á un mismo tiempo por dos religiones y por tres caminos distintos: en España por los moros, en Italia por los griegos; en Francia, en Inglaterra, y en Alemania por las cruzadas.

Aqui abandono el *analisis razonado* para ocuparme de la historia.—Reinados de Valois: Cambios sociales verificados en estos reinados. Los pueblos se nacionalizan: la

Gran Bretaña se separa de la Francia, convirtiéndose en su rival y enemiga, y forma su constitucion estableciendo sus libertades.

Fragmentos de los reinados de Felipe VI y de Juan su hijo: guerra de la Bretaña: Francia invadida y desolada: batalla de Creci y de Poitiers. La alta y primera nobleza pierde las tres grandes batallas de Creci, de Poitiers y d'Azincourt, y perece casi toda entera. Aparece una segunda nobleza que libra á la Francia de los ingleses, y se manifiesta por última vez en Ivry. El ejército plebeyo ó nacional comienza en el reinado de Carlos VII: se aumenta: y la pólvora cambiando la naturaleza de las armas, contribuye á destruir la importancia militar de la nobleza, que concluye por dar oficiales al ejército cuyas filas llenaba en otro tiempo. Si el sistema de las guardias nacionales se generaliza, destruirá el ejército permanente: volveremos á los levantamientos en masa de la edad media, y el llamamiento á los plebeyos sustituirá al llamamiento á los nobles.

En la época de las guerras de Eduardo III, el color nacional francés era el rojo, y el color nacional inglés el blanco. Eduardo tomó el rojo como rey de Francia, nosotros desechamos este color convertido en enemigo. El tratado de Brétigny no mutiló la Francia como se ha creído: Felipe casi nada cedió de las provincias de la corona, y no hubo sino señores particulares que mudaron de soberano; cuyo hecho no podría compararse de modo alguno con el desmembramiento de la Francia homogénea del día.

¿Por qué no se hallan en nuestra historia sino unos cien nombres históricos? Por qué los cronistas de la monarquía feudal únicamente escribieron la historia del ducado de Paris, y los escritores de la monarquía absoluta solo nos guardaron la historia de la corte.

Concluido el reinado de Felipe de Valois, dejo la *historia* y vuelvo á mi *análisis razonado*.

Cuadro de los infortunios de Francia durante el cautiverio del rey Juan: Carlos V y Du Guesclin aparecen juntos, nacidos el uno para el otro: intimidad de sus destinos.

París se transforma en 1357 en una especie de democracia antigua, en medio del feudalismo. Famosos estados de aquella época. Carlos el Malo, rey de Navarra: sus designios contra el rey Juan. Sujetar á juicio á un soberano, no es idea que pertenece al tiempo en que vivimos: pruebas históricas de que la aristocracia y la teocracia han juzgado y condenado los reyes mucho tiempo antes que la democracia haya imitado su ejemplo. Artículo notable, generalmente ignorado, del testamento de Carlo-Magno, cuyo artículo supone que el hijo y el nieto de este excelente príncipe y hombre grande, aunque eran reyes, podían ser judicialmente pelados, mutilados y condenados á muerte.

El levantamiento de los paisanos, los furiosos de los siervos contra los señores, la existencia de las grandes compañías, fueron desgracias que sin embargo engendraron al ejército nacional. Los movimientos de los hombres rústicos en la edad media, no indicaban sino la independencia del individuo buscando luz á falta de la libertad de la especie.

Carlos el Sábio, médico de paciencia, con la mano aplicada al corazón de la Francia, y sintiendo volverle la vida, hablaba como dueño: ordenaba al príncipe Negro que compareciese á su tribunal, enviaba un ugiere á prender al vencedor de Poitiers, y á presentar una hazaña á la gloria.

Calamidades del reinado de Carlos VI, reinado que pasó entre la aparición de un fantasma y la de una pastora. ¿Quién fué la doncella? Tres grandes poetas la han cantado: Shakespeare, Voltaire y Schiller.

Carlos VII. La monarquía feudal se descompuso en el reinado de este monarca, y no quedaron ya sino sus hábitos. Mudanzas capitales: ejército permanente é impuesto no votado, los dos ejes de la monarquía absoluta, formación del consejo de estado, y separación de este consejo del parlamento y de los estados generales. Desde el punto á que la sociedad había llegado en el reinado de Carlos VII, podía dirigirse á la monarquía libre ó á la monarquía absoluta: distinguese con claridad el punto de intersección y de enlace de los dos caminos; mas la libertad

hizo alto, y dejó marchar al poder. La causa fué que despues de la confusion de las guerras civiles y estrangeras, y despues de los desórdenes del feudalismo, la tendencia de los objetos se inclinaba á la unidad del principio gubernativo. La monarquía en ascenso debia remontarse al mas alto grado de su poder: necesario era que al aplastar la tirania de la aristocracia, comenzase á hacer sentir la suya antes que la libertad reinase á su turno. Asi se sucedieron en Francia en un órden regular la aristocracia, la monarquía y la república: y habiendo abusado del poder la nobleza, el realismo y el pueblo, consintieron por fin en vivir en paz bajo un gobierno compuesto de los tres elementos.

Luis XI ensayó la monarquía absoluta sobre el cadáver palpitante del feudalismo. Este personage colocado en los limites de la edad media y de los tiempos modernos, nacido en una época social en que nada estaba acabado y todo principiado, tuvo una forma monstruosa, indeterminada, particular suya; y que participaba de las dos tiranías entre las cuales aparecia. Sus costumbres, sus ideas, su política: justificacion de la postrera.

Asi que Luis XI desapareció, acabaron de desplomarse las ruinas de la Europa feudal: Constantinopla fué tomada: las letras renacen: invéntase la imprenta: la América en el tiempo de su descubrimiento: presiéntese la grandeza de la casa de Austria por el matrimonio de la heredera de Borgoña con la familia imperial: Enrique VII, Leon X, Carlos V, Lutero con las reformas no están lejanos entre sí: hallámonos en el borde de un nuevo universo.

El punto mas elevado de la monarquía de los tres estados se encuentra en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII. Carlos VIII se casó con Ana, heredera del ducado de Bretaña. Guerras de Italia. Desde que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena aristocrática, pudieron marchar fuera de su país á la cabeza de la nacion.

Luis XII contrajo matrimonio con la viuda de Carlos VIII, y la Bretaña fué el último gran feudo que volvió á la corona. La monarquía feudal que comenzó con el desmembramiento sucesivo de las provincias del reino,

concluyó con la reunion sucesiva de estas provincias al reino, como los rios que saliendo del mar vuelven al mismo á sepultarse.

Sucesos del reinado de Francisco I. No se encuentra el original del billete *todo se ha perdido menos el honor*; pero Francia que lo hubiera escrito, lo tiene por auténtico. Transformacion social de Europa.

El descubrimiento de América, verificado en el reinado de Carlos VIII en 1492, produjo una revolucion en el comercio, la propiedad y las rentas del mundo antiguo. La introduccion del oro de Méjico y del Perú rebajó el precio de los metales, elevó el de los géneros y manufacturas, pasó á otras manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, cuya primera idea habian dado los lombardos y los judios. Con los capitalistas nacieron la poblacion industriosa y la constitucion artificial de los fondos públicos. Una vez entrada en este camino, la sociedad se renovó bajo el punto de vista de la hacienda, como se habia renovado moral y políticamente.

A las aventuras de las cruzadas sucedieron las aventuras de ultramar, de distinta importancia: el globo se engrandeció, comenzó el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercantil creció con toda la estension de un océano sin riberas. El limitado mar interior del mundo antiguo, no fué ya sino una pila de agua de corto interés, cuando las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con cuatro años de diferencia, Carlos V triunfaba de Montezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavia.

Hay épocas en que la sociedad se renueva, en que las catástrofes imprevistas, las cualidades felices ó desgraciadas, los descubrimientos inesperados, determinan un cambio preparado de antemano en el gobierno, las leyes y las costumbres.

Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII confundieron los pueblos, y las ideas se multiplicaron.

Cuando Bayardo adquiria el alto renombre que sus proezas le granjeaban, adquirialo en medio de la Italia

moderna, de la Italia, que gozaba entonces de toda la frescura de la civilizacion renovada; cuando Bramante y Miguel Angel fabricaban los palacios, aquellos palacios cuyas paredes se veian cubiertas de cuadros recientemente salidos de las manos de los mas grandes maestros, en la época en que se desenterraban las estatuas y los monumentos de la antigüedad. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde fines del reinado de Carlos VII, desterraron el resto de las milicias feudales, y los bravos de todos los paises encontraronse en estas tropas disciplinadas. Los infieles á quienes iban á buscar los caballeros con San Luis al fondo de la Palestina, dueños de Constantinopla, y convertidos en aliados nuestros, intervenian en nuestra política.

Todo cambió en Francia, hasta los vestidos se alteraron, é hizose una mezcla única de las viejas y nuevas costumbres. La hermana de Francisco I, el mismo Francisco I, que componia versos tan bien como Marot, Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de Memorias, escribieron la lengua naciente con espíritu, primor y naturalidad. Emprendieron con ardor el estudio de los clásicos, y de las leyes romanas y la erudicion general; las artes adquirieron un grado de perfeccion que despues no han escedido en época alguna. La pintura, brillante en Italia, fué trasplantada á nuestros bosques y á nuestros castillos góticos, que vieron sus torrecillas y sus almenas coronadas con los órdenes de Grecia. Ana de Montmorency que rezaba sus padres nuestros; adornaba á Ecouen con obras maestras: el Primado embellecia á Fontainebleau; y Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazon de Leon, asistia á la muerte de Leonardo de Vinci, y recibia el último suspiro de este grande pintor. Ademas, el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban para saquear á Roma; aquel condestable que habia de morir de una bala de cañon, disparado quizás por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder y la vida de un antiguo y grande vasallo de la corona.

La reforma es el acontecimiento mas grande de esta época: la reforma despertó las ideas de la antigua igual-

dad, é indujo al hombre á enriquecerse, á indagar y á aprender: fué, propiamente hablando, la verdad filosófica, que revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa. La reforma contribuyó poderosamente á transformar una sociedad de todo punto militar, en una sociedad civil é industriosa: este bien es inmenso; mas este bien iba mezclado con muchos males, y la imparcialidad histórica no permite callarlo.

El cristianismo comenzó entre los hombres por clases plebeyas, pobres é ignorantes: Jesucristo llamó á los pequeños, y corrieron á su Maestro: la fé penetró poco á poco en las clases elevadas, y sentóse por fin en el trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal: la religion llamada católica, partió desde el punto mas bajo para llegar á la cumbre social: hemos visto que el papismo era el tribunal de los pueblos en la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; introdujose en la cabeza del estado, en los principes y los nobles, en los sacerdotes y los magistrados, en los sábios y los literatos, y descendió lentamente á las condiciones inferiores: los sellos de ambos orígenes se han mantenido distintos en las dos comuniones.

La comunión reformada no ha sido nunca tan popular como la comunión católica: de estirpe de principes y de patricios no simpatiza con la muchedumbre. Justo y moral el protestantismo, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad proviene mas de la razon que de la ternura: viste al que está desnudo, mas no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, mas no vive, no llora con ella en sus mas abyectos retretes; consuela al infortunio, mas no le compadece.

Comparacion del sacerdote católico y del ministro protestante. La reforma resucitó el fanatismo que se apagaba. Reduciendo la imaginacion las facultades del hombre, corta las alas al ingenio y no puede volar: Goëthe y Schiller no han aparecido hasta que el protestantismo, abjurando su espíritu seco y lúgubre, se ha acercado á las artes y á los objetos de la religion católica. Esta ha cubierto el mundo con sus monumentos: á ella se debe la arquitect-

tura gótica, que rivaliza en los detalles, y que eclipsa en la grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos hace que nació el protestantismo; tiene mucho poder en la Inglaterra, en Alemania, en América; practícanlo millones de hombres: ¿y qué ha levantado? Solo puede enseñarnos las ruinas que ha amontonado, y entre las cuales ha plantado varios jardines ó establecido algunas manufacturas.

Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo desdeña lo pasado para establecer una sociedad sin raíces. Confesando por padre á un monje alemán del siglo XVI, la reforma renunció la magnífica genealogía que remonta al católico por una serie de santos y de hombres grandes, hasta llegar á Jesucristo, de allí hasta los patriarcas y hasta la cuna del universo. El siglo protestante negó desde el primer día su parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo de otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando no era ya necesario defenderla.

Si la reforma encogía al ingenio en la elocuencia, la poesía y las artes, también comprimía los corazones valerosos en la guerra; porque el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo había producido los caballeros; el protestantismo formó capitanes bravos y virtuosos, pero sin entusiasmo: de su seno nunca hubiera salido Du Guesclin, La Hire y Bayardo.

Se ha dicho que el protestantismo había sido favorable á la libertad política, había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un dueño: la Suecia, la Prusia, la Sajonia permanecen bajo el poder de la monarquía absoluta, y en Dinamarca reina un despotismo legal. El protestantismo no triunfó en los países republicanos: no logró invadir á Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una iglesia secreta que cayó; éranle contrarios las artes y el hermoso sol de Mediodía. En Suiza

únicamente se llevó la palma en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun allí por medio de la efusion de sangre. Los cantones populares ó democráticos Schwit, Ury y Underwald, cuna de la libertad helvética, lo rechazaron. En Inglaterra no fué el vehículo de la constitucion, formada antes del siglo XVI en el regazo de la fé católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, el parlamento habia ya juzgado y depuesto los reyes, y los tres poderes eran distintos: el impuesto no se cobraba, ni se levantaba el ejército sin el consentimiento de los lores y de los comunes; habiase encontrado, y marchaba ya, la monarquía representativa; y el tiempo, la civilizacion y las luces, siempre en aumento, hubieran añadido los resortes que todavía faltaban á la máquina, del mismo modo bajo la influencia del culto católico, que bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de obtener la estension de sus libertades por el hundimiento de la religion de sus padres, que nunca el senado de Tiberio se mostró tan vil como el parlamento de Enrique VIII; pues este parlamento llegó á decretar que la sola voluntad del tirano fundador de la iglesia anglicana, tenia fuerza de ley. ¿Fué la Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el cetro de Maria? Lo cierto es que el protestantismo en nada alteró las instituciones; donde encontró una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas como en Inglaterra y en Suiza, las adoptó, y donde halló gobiernos militares como en el Norte de Europa, se acomodó con ellos, y aun los hizo mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república plebeya de los Estados Unidos, no ha debido su emancipacion al protestantismo, porque no son las guerras religiosas las que las han libertado, sino que se sublevaron contra la opresion de la madre patria, protestante como ellas. El Marylan, estado católico, hizo causa comun con los otros estados, y al presente la mayor parte de los estados de Oeste son católicos: los progresos de la comunión romana en este pais de libertad, aventajan las demas creencias; mientras que las restantes comuniones permanecen en una profunda indiferencia. Finalmente, despues de la grande

república de las colonias inglesas protestantes, se han levantado las repúblicas de las colonias españolas católicas, y ciertamente que estas, para lograr su independencia, han tenido que vencer obstáculos superiores á los de las colonias anglo-americanas, acomodadas al gobierno representativo antes de haber roto el débil lazo que las unia al seno materno.

Una sola república y algunas ciudades libres se han formado en Europa con la ayuda del protestantismo: la república de Holanda y las ciudades Anseáticas; mas debemos notar que la Holanda pertenecía á los comunes industriosos de los Países Bajos, que por espacio de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales, aunque eran tan celosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria no pudieron apagar en Bélgica el espíritu de independencia, y los sacerdotes católicos son los que también en el día la han vuelto al estado republicano.

Pruebas y manifestacion de estos hechos, hasta aqui desconocidos ó desfigurados. Despues de tales pruebas, observo que en mis investigaciones no hablo de los protestantes, sino por lo que mira al tiempo pasado: mejorados en el día, no son ya lo que eran en la época de Lutero, de Enrique VIII y de Calvino, y han ganado tanto, como perdido los católicos.

El reinado de los segundos Valois despues de Francisco I, hasta Enrique III, el San Barthelemy, la liga, y las disensiones civiles, forman la época del terror aristocrático y religioso, que dió origen á la monarquía absoluta de los Borbones, así como el despotismo militar de Bonaparte salió del reino del terror popular y político. Despues de la liga cayó la libertad, porque los acontecimientos pasados que pusieron al frente á los Guisas, detuvieron el porvenir.

Hechos y personajes de aquella época. El día de San Barthelemy: Carlos IX: muerte de este príncipe: su arrepentimiento. Carlos IX habia dicho á Ronsard en versos cuya naturalidad y elegancia debia haber imitado Ronsard:

Tous deux également nous portons des couronnes;
Mais, roi, je la rezois; poëte, tu la donnes.

¡Dichoso este príncipe si no hubiera recibido una diadema dos veces manchada con su propia sangre y con la de los franceses! Ornamento molesto de su cabeza para adormecerla en la almohada de la muerte.

El cuerpo de Carlos IX fué trasladado sin pompa á San Dionisio, acompañado por algunos archeros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara, y por Brantome, relatador cínico, que retrataba los vicios de los grandes, como se toman las señales del rostro de los muertos.

Enrique III: la liga: durante la liga el pueblo no adelantaba en sus negocios, y hallábase á la cola de los grandes: no habia formado un gobierno aparte, sino adoptado lo que existia; únicamente se hacia servir por el parlamento, y habia trasformado sus curas en tribunales. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba tomar lo que de derecho pertenecia al pueblo y á los Diez y Seis.

Quisieron entregarse los Países Bajos á Enrique III, que los rehusó; y la Francia, por un destino constante, perdió tambien la ocasion de estender sus fronteras á las riberas del Rhin.

Jornada de las Barricadas. La historia viva ha repetido estos hechos de la historia muerta, tan famosa en otro tiempo. ¿Qué son en efecto la jornada de las Barricadas y la del mismo San Barthelemy, despues de las grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de los asesinatos del 2, 3 y 4 de setiembre del mismo año, del asesinato de Luis XVI, de su hermana, de su esposa, y finalmente de todo el reinado del terror? Y mientras me ocupaba yo de estas barricadas que echaron de Paris á un rey, otras barricadas hacian desaparecer en breves horas tres generaciones de reyes. La historia no aguarda al historiador; traza una línea, y se lleva un mundo.

La jornada de las Barricadas nada produjo, porque no fué el movimiento de un pueblo que ansía conquistar su

libertad, porque la independencia política no era todavía una necesidad común. El duque de Guisa no procuraba un levantamiento para el bien de todos: codiciaba una corona, despreciaba a los habitantes de París, aunque los acariciaba, y no se atrevía á fiarse enteramente de ellos. Trabajábase tan débilmente dentro del círculo de las nuevas ideas, que su familia había escrito folletos probando que descendía de Lothero, duque de Lorena, y que los Capetos eran unos usurpadores, y los Loreneses los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea carlovigiana. La fábula llegaba tarde. Los Guisas representaban lo pasado; luchaban por un interés personal contra los hugonotes, revolucionarios de la época que representaban lo futuro, y con lo pasado no se hacen las revoluciones; sino las contra-revoluciones.

Todo se verificaba, pues, sin el convencimiento de las doctrinas políticas, sin esa fé en la independencia que todo lo hunde. Había materia para revueltas, y no para transformaciones, porque el edificio ni estaba bastante sólido, ni bastante destruido: el instinto de la libertad no se había todavía convertido en instinto de razón; los elementos del orden social fermentaban en las tinieblas del caos: la creación principiaba, pero aun no se había hecho la luz.

La misma insuficiencia se notaba en los hombres: no eran bastante completos, ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir una mudanza radical en el estado. En la jornada de las Barricadas Enrique III y el duque de Guisa fueron inferiores á su posición: faltó al uno el corazón, y al otro el crimen.

En la conducta del duque de Guisa hubo mas orgullo que audacia, mas presuncion que ingenio, mas desprecio al monarca que ardor contra el realismo. Intrigaba á caballo como Catarina en su lecho: libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su época, no sacaba del trato de las mugeres sino un cuerpo debilitado y pasiones gastadas. A sus espaldas estaban la religion y la nacion; y las puñaladas fueron el desenlace de una tragedia que parecía deber concluir con batallas, con la caída del trono, y el cambio de una raza.

La jornada de las Barricadas tan infructuosa, se tuvo,

sin embargo, á mucho honor por su partido. «¡Qué milagros se han verificado con la ayuda de Dios en el espacio de diez y ocho meses! ¿Quién puede hablar de la jornada de las Barricadas sin suma admiracion al ver á un pueblo grande que nunca ha salido de las puertas de la ciudad con las armas en la mano, habiendo encontrado al abrir sus tiendas á los escuadrones reales armados y formados en las plazas mas espaciosas y fuertes de la ciudad, formar sus barricadas con tanta presteza, que rechazó los escuadrones hasta el Louvre sin efusion de sangre?» (*Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa*).

La semejanza de los elogios y de las palabras que leemos todos los dias, da únicamente valor á este pasage, olvidado en un foleto de la liga.

Se ha pintado tantas veces el carácter de Catarina de Médicis, que no presenta ya sino un lugar comun muy usado. Una sola observacion falta hacer: Catarina era italiana, hija de una familia de comerciantes, y fué elevada al principado en una república: habíase familiarizado con las tempestades populares, con las facciones, con las intrigas, con los venenos y con las puñaladas, y por consiguiente ni tenia ni podia tener ninguna de las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa; ese ceño de los grandes, ese desprecio á sus inferiores, esas pretensiones al derecho divino, y esa sed del poder absoluto, mientras que era el monopolio de una raza. Ni conocia nuestras leyes, ni se cuidaba de ello; ocupábase de que la corona pasase á su hija. Incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo, en su cualidad de incrédula no profesaba odio alguno á los protestantes, y solo por política los hizo asesinar. Finalmente, si la seguimos en todos sus pasos, conoceremos que nunca vió en el dilatado reino de que era soberana, sino una Florencia engrandecida, los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un cuartel de su ciudad natal contra otro cuartel, y la querrela de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Chatillons.

Detalles circunstanciados del asesinato de Balafredo en Blois. La reunion de los protestantes y de los católicos despues de este asesinato hizo abortar la libertad. Jacobo

Clemente. Muerte de Enrique III. Cuadro general de los hombres y de las costumbres en el reinado de los últimos Valois, é historia de sus costumbres por los folletos de aquella época. Disolucion, crueldad, asesinatos pagados, mugeres, cortejos, protestantes, magistrados. La prensa ó las ideas, representan por vez primera un papel importante en los negocios humanos. Defensa posible de los Valois. Su siglo es el verdadero siglo de las artes, y no el de Luis XIV. El mismo Enrique IV no fué tan magnifico y tan noble como los príncipes de quienes recibió la corona. A todos eclipsaron los Guisas, verdaderos monarcas de aquellos tiempos.

Con los Borbones principia la monarquía absoluta. Enrique IV era ingrato y fanfarron, prometia mucho y cumplia poco; pero su valor, su entendimiento despejado, sus dichos felices y algunas veces magnánimos, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, de viveza y de fuego, sus aventuras, y hasta sus amores, le immortalizarán. Su fin trágico ha contribuido en gran manera á su fama: desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria.

Nos hemos formado una idea falsa del modo como subieron al trono los Borbones: el vencedor de Ivry no ascendió al solio con botas y espuelas al salir de la batalla: capituló con sus enemigos, y sus amigos no tuvieron muchas veces mas recompensa que el honor de haber participado de sus reveses. Detalles sobre este punto.

¿Quiénes eran los Diez y seis, tribunal de salud pública de la liga? Procesiones durante el sitio de París. Descripción del hambre. Enrique IV abjura: no podía hacer otra cosa para reinar. ¿Creia? Enrique IV iba á llevar la guerra á los Países Bajos, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes. Tales hombres se levantan súbitamente y se abisman luego en los suplicios: ningun acontecimiento los precede ni los sigue: aislados de todo, hallanse suspendidos en este mundo de solo su puñal: participan de la existencia y de las propiedades de la cuchilla, y solo se les entreve un momento al brillo del golpe que descargan. Ravallac estaba muy cerca de Jacobo Clemente; es un he-

cho único en la historia el que el último rey de una familia, y el primer rey de otra, hayan sido asesinados del mismo modo, por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su corte, y en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á ambos asesinos; mas el uno inmoló un príncipe católico, y el otro á un príncipe que creía protestante. Clemente fué el instrumento de la ambicion personal. Ravailiac, como Louvel, el instrumento ciego de una opinion.

Las guerras civiles-religiosas del siglo XVI duraron treinta y nueve años: engendraron la matanza de San Barthelemy, derramaron la sangre de mas de dos millones de franceses, y devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual: produjeron el secuestro y los bienes de la iglesia y de los particulares, dieron muerte violenta á dos reyes, á Enrique III y á Enrique IV, y comenzaron el proceso criminal del primero de estos monarcas. ¿Qué mas ha hecho la revolucion? La verdad religiosa, una vez falsificada, no se entrega á menos excesos que la verdad política, cuando ha traspasado sus lindes.

La monarquía de los estados espira en el reinado de Luis XIII, y la monarquía parlamentaria muere con la Fronde. El primer voto de los comunes de Francia cuando fueron llamados á los estados por Felipe el Hermoso para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, estaba concebido en estos términos: «Que se digne el rey nuestro señor conservar la soberana franquicia de su reino; que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra fuera de Dios.» El último voto de los comunes á los estados de 1614 decia asi:

«Rogamos al rey ordene que los señores estén obligados á emancipar en sus feudos á todos los esclavos.»

Asi, el primer voto del tercer estado al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es una reclamacion por la libertad del rey, y su postrer voto en el instante en que entra en la esclavitud de la monarquía absoluta, una reclamacion á favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer bien y morir mejor. He dicho por qué no pudo establecerse en Francia la monarquía de los estados.

Richelieu subió al ministerio, debió la fortuna á sus artificios, y al orgullo su gloria.

Todas las libertades mueren á un mismo tiempo, la libertad política en los estados, la libertad religiosa con la toma de la Rochelle; porque la fuerza de los hugonotes quedó destruida, y el edicto de Nantes fué la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria pereció á su turno con la creacion de la academia francesa: altanera córte de lo clásico, que mandó comparecer en su pressncia como primer real genio de Corneille. Racine vino despues á imponer á las letras el despotismo de sus obras, como Luis XIV el yugo de su grandeza á la política. Bajo la opresion del entusiasmo, Chapelain, Coras, Leclerc, Saint-Amand sostuvieron en vano en sus perseguidas obras la independendencia de la lengua y del pensamiento: espiraron por la libertad de hablar mal, bajo los versos de Boileau, apelando de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Razon tuvieron de reclamar contra la estrechez de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales; mas hicieron muy mal en ser detestables poetas.

En el reinado de Luis XIII solo se descubre un objeto y un hombre, Richelieu. Preséntase como la monarquía absoluta personificada, que viene á dar la muerte á la antigua monarquía aristocrática. Este genio del despotismo se desvaneció y dejó en su lugar á Luis XIV encargado de sus plenos poderes.

La monarquía parlamentaria, sobreviviendo á la monarquía de los estados, llegó en la menor edad de Luis XIV á la falta de poder: tuvo sus guerras: batiéronse en su honor: sus decretos servian de taco á sus cañones: en su reinado de un momento, tuvo por magistrado á Mateo Molé, por prelado al cardenal de Retz, por heroína á la duquesa de Longueville, por héroe popular á un hijo de un bastardo de Enrique IV, y por generales á Condé y á Turenna. Mas esta monarquía neutra, que no era ni la monarquía absoluta ni la monarquía templada de los estados; que aparecia en medio de la una y de la otra; que no querria ni la servidumbre ni la libertad; que no aspiraba sino á la caída de un ministro sutil y diestro; esta monarquía.

seguida de algunos príncipes inquietos y facciosos, pasó pronto. Luis XIV, llegado á mayor edad, entró en el parlamento con un látigo, cetro y símbolo de la monarquía absoluta, y los franceses fueron amarrados para ciento y cincuenta años.

Después de la comedia de Mazarino, representábase la tragedia de Carlos I. Las guerras parlamentarias de la Gran-Bretaña, fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa que espiraba; las querellas de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa ya moribunda. La Inglaterra pasó á la libertad con frente severa, la Francia al despotismo riéndose.

El siglo de Luis XIV fué el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil lumbreras de gloria que elevaba en torno suyo una corte de hombres grandes.

Luis XIV, como Napoleon, cada uno con la diferencia de su tiempo y de su genio, sustituyeron el orden á la libertad.

La monarquía absoluta de Luis XIV era una sociedad, un hecho motivado por los hechos anteriores, era inevitable. El pueblo desapareció de nuevo como en tiempo del feudalismo; mas ya estaba creado, existía, dormía, y se despertó á su tiempo: durante su letargo tuvo hermosos ensueños en el reinado de Luis el Grande. No se vió excluido ni de la alta administracion ni del mando de los ejércitos.

Cuando la lucha de la aristocracia con la corona se terminó, comenzó la lucha de la democracia con la misma corona. El realismo, que habia favorecido al pueblo con el fin de desembarazarse de los grandes, conoció que habia elevado otro rival menos quisquilloso, pero mas formidable. Empeñóse entonces el combate sobre el terreno de la igualdad, principio vital de la democracia. Existió la monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la antigua libertad aristocrática habia muerto, y la igualdad democrática vivia apenas: en la ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y la otra todavia en germen, reinó el despotismo, y no podia reinar otra cosa.

El feudalismo ó la monarquía militar noble perdió sus

principales batallas; pero los estrangeros no pudieron guardar las provincias que habian ocupado en nuestra patria: fueron arrojados de ellas sucesivamente: el imperio ó la monarquía militar plebeya hizo conquistas inmensas; mas vióse forzada á abandonarlas, y nuestros soldados retirándose atrajeron dos veces con ellos á Paris á los estrangeros: la monarquía real absoluta no fué lejos á buscar los combates; pero nos quedó el fruto de sus victorias, y nuestra independencía se sostiene aun en el círculo de murallas que trazó en torno de nosotros. ¿A qué se debe? al espíritu positivo del gran rey y á la duracion del reinado de aquel príncipe. Luis buscó el modo de dar á nuestro territorio sus confines naturales. En los papeles de su administracion se hallaron planes para retirar la frontera de la Francia hasta el Rhin, y apoderarse del Egipto. Existe una memoria de Leibnitz sobre esto. Si Luis hubiese salido con su intento, hoy dia no tendríamos causas de guerras estrangeras.

Mal lado de Luis XIV. Cuando cesó de vivir quisieron usurparle en provecho suyo la dignidad de la nacion.

Este príncipe causó un daño irreparable á su familia: la educacion oriental que estableció para sus hijos, la separacion completa de los hijos del trono de los hijos de la patria, hizo al heredero de la corona extraño al espíritu del siglo, y á los pueblos sobre los cuales habia de reinar. Enrique IV corria con los niños de los paisanos de Bearne con los pies desnudos y la cabeza descubierta por aquellas montañas: el gobernador que mostraba al jóven Luis XIV la muchedumbre reunida bajo las ventanas de palacio, le decia: «Señor, todo ese pueblo es vuestro.» Su dicho esplica los tiempos, los hombres y los destinos.

La vieja monarquía feudal habia atravesado seis siglos y medio con sus libertades aristocráticas, para venir á caer á los pies del hijo trigésimo de Hugo Capeto. ¿Cuánto duró el estado formado por Luis XIV? Ciento y cuarenta años. Despues que descendió á la tumba aquel monarca, no se descubrieron ya sino dos monumentos de la monarquía absoluta: la almohada de los desórdenes de Luis XV, y el tajo de Luis XVI.

Luis XV respiró en su cuna el aire infecto de la re-
gencia; dotado de un carácter indeciso, y de la mas insu-
perable de las pasiones, se halló cargado con el peso de
una monarquía absoluta, y su espíritu no le sirvió sino
para ver sus vicios y sus defectos como una antorcha en
un abismo.

Hechos y costumbres de aquel tiempo. El duque de
Choiseul, madama de Pompadour, madama de Barry. Las
grandes señoras de la corte se escandalizaron con el favor
de la última: parecióles que Luis XV faltaba á lo que debía
á su nacimiento, haciéndoles la injuria de no escoger sus
cortesanas de entre ellas. La desventurada de Barry vivió
bastante para pagar en el cadalso la debilidad de su vida,
y luchar con el verdugo enfrente de las *Calceteras*: parcas
ébricas y viles á quienes podia saborear la sangre de Maria
Antonieta, pero que debieron haber respetado la de la se-
ñorita Lange.

Por vez primera se lee el nombre de Washington en la
narracion de un oscuro combate dado en los bosques cer-
ca del fuerte de Duquesne, entre algunos salvages y algu-
nos franceses é ingleses en 1754. ¿Qué guarda de Versa-
lles, qué proveedor del *Parque de los Ciervos*, qué corte-
sano sobre todo ó académico hubiera querido en aquella
época trocar su nombre por el de este propietario ameri-
cano? En el mismo tiempo el hijo que debía un dia tender
su mano compasiva á Washington, acababa de nacer.
¿Cuántas esperanzas encerraba aquella cuna! Era la de
Luis XVI.

El reinado de Luis XV es la época mas deplorable de
nuestra historia; cuando se buscan los personajes de ella
vémonos reducidos á pisar las antesalas del duque de Choi-
seul, las guardaropias de Pompadour y las de Barry,
nombres que no sabemos como elevar á la dignidad de la
historia. La sociedad entera se descompuso: los hombres
de estado se convirtieron en hombres de letras, los litera-
tos en diplomáticos, los grandes señores en banqueros, y
los asentistas en grandes señores. Las modas eran tan ri-
dículas como de mal gusto las artes; pintábanse pastoras
con tontillo, en los salones donde los coroneles bordaban.
Todo era desórden en los entendimientos y en las costum-

bres, señal segura de una próxima revolucion. Reinaban en la sociedad las puerilidades como en la sociedad romana en el momento de la invasion de los bárbaros: en vez de componer versos en los claustros, componianse en los tocadores, y con una quarteta se hacia uno famoso.

Seria señalar causas demasiado débiles á la revolucion el buscarlas en aquella vida de los hombres de inmensa fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unida á los golpes de estado contra el parlamento, y á las cóleras del despotismo en decrepitud. Semejante degeneracion de la Francia contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debia encontrar la revolucion; mas no era la causa eficiente de la revolucion, sino la causa auxiliatoria.

Seis siglos hacia que la civilizacion marchaba, y se habian destruido una multitud de preocupaciones, y destrerrado mil instituciones opresivas. La Francia habia recogido sucesivamente parte de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento comunal, del impulso de las cruzadas, del establecimiento de los estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del largo cisma, de los descubrimientos del siglo XVI, de la reforma, de la independenciam del pensamiento durante las turbulencias de la liga y las disensiones de la Fronda, de los escritos de algunos osados ingenios, de la emancipacion de los Países-Bajos, y de la revolucion de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estas memorias bajo la monarquia absoluta de Luis XIV: la libertad durmió, mas no degeneró; y la vieja libertad, como la vieja nobleza, ha recobrado sus derechos tomando su espada. Las generaciones de cuerpo y las del entendimiento conservan el carácter de su origen distinto: cuanto produce el cuerpo muere á semejanza suya, cuanto produce el espíritu, no perece como el espíritu mismo. Todavía no se han engendrado todas las ideas, pero cuando nacen es para vivir sin fin, y se convierten en tesoro comun de la naturaleza humana.

Tocamos la época en que se acercaba la aparicion de la libertad moderna, hija de la razon, que debia reemplazar á la antigua libertad, hija de las costumbres. Sucedió

que la corrupcion de la regencia y del siglo de Luis XV, no logró destruir los principios de la libertad que nosotros hemos recogido, porque la libertad no tiene su origen en la inocencia del corazon, sino en las luces del entendimiento.

En el siglo XVIII guardaron silencio los negocios para dejar libre el campo de batalla a las ideas: sesenta años de un degradante reposo, dieron al pensamiento la ocasion de desarrollarse, de ascender y descender por las diversas clases de la sociedad, desde el cortesano que habita en palacio, hasta el morador de la cabaña. Las costumbres así debilitadas encontráronse en un estado propio, como acabo de observar, para no ofrecer resistencia al espíritu, como suelen hacerlo cuando son jóvenes y vigorosas.

Luis XVI dió principio a la aplicacion de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas y los enciclopedistas. Aquel principe honrado restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de los protestantes. Finalmente, el auxilio que prestó a la revolucion americana, socorro injusto segun el derecho privado de las naciones, pero útil a la especie humana en general, acabó de desarrollar en Francia los gérmenes de la libertad. La monarquía parlamentaria, despertada al fin por la monarquía absoluta, llamó a la monarquía de los estados, que salió a su vez de la tumba para transmitir sus derechos hereditarios a la monarquía constitucional: el rey mártir salió del mundo. El gran imperio eristiano de los franceses, debe, pues, colocarse entre la pila bautismal de Clovis y el cadalso de Luis XVI: la misma religion se halla de pié en las dos barreras que señalan ambos extremos del dilatado palenque. «Fiero sicambro, inclina el cuello, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba a Clovis el bautismo de agua. «Hijo de San Luis, subid al cielo,» dijo el sacerdote que asistía a Luis XVI en el bautismo de sangre.

«Entonces se sumergió el mundo antiguo. Cuando las olas de la anarquía se retiraron, presentóse Napoleon en las puertas de un universo nuevo, como los gigantes que

la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad, mostrándose a la tierra después del diluvio.

Así conduco al pie de la cruz desde el pie del cadalso de Luis XVI, las tres verdades que son el fundamento del orden social: la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del entendimiento del hombre, y la verdad política ó la libertad. Procuro demostrar que el espíritu humano sigue una línea progresiva en la civilización, aun cuando á veces parece retrogradar. El hombre tiende á una perfección indefinida: faltale aun mucho para remontarse á las sublimes alturas de donde las tradiciones religiosas y primitivas de todos los pueblos nos enseñan que cayó; mas no cesa de trepar á la escarpada punta de ese desconocido Sinai, en cuya cima verá á Dios. La sociedad caminando adelante verifica las transformaciones generales, y hemos llegado á uno de esos grandes cambios de la especie humana.

Los hijos de Adán no son mas que una familia que camina al propio objeto. Los hechos ocurridos en las naciones situadas lejos de nosotros en el globo y en los siglos; los hechos que en otro tiempo no despertaban en nosotros sino el instinto de la oscuridad, nos interesan al presente como asuntos propios, y que han sucedido en vida de nuestros ancianos padres. Para conservarnos tal libertad, tal verdad, tal idea, tal descubrimiento, se hizo un pueblo exterminar; para añadir un talento de oro ó un óbolo, á la masa comun del tesoro humano, sufrió un individuo todos los males. Dejaremos á nuestro turno los acontecimientos que hayamos adquirido, á los que nos seguirán aqui bajo: en medio de las sociedades que perecen incessantemente, una sociedad vive inmortal: los hombres caen, el hombre permanece en pie, enriquecido con los tesoros que le han trasmitado sus antecesores, coronado con las luces adquiridas, adornado con los presentes de las edades, gigante que crece siempre, siempre, siempre, y cuya frente, remontándose á los cielos, no parará hasta la altura del trono del Eterno.

Y ved aqui cómo sin abandonar la verdad cristiana, y me hallo de acuerdo con la filosofía de mi siglo y con la escuela moderna histórica. Podrán algunos no conformar

se con mi opinion ; pero deberán reconocer que lejos de atascar mi entendimiento en los carriles de lo pasado, trazo sendas libres: ¡dichoso yo si la historia como la política me es acreedora á la rectificacion de algunos errores!

Ademas, ni en mi sistema religioso me separo de mi tiempo como creerian los entendimientos poco reflexivos. Dicen que el cristianismo ha pasado: ¿ha pasado? si: en la calle donde hundimos una cruz, para nosotros dos ó tres vecinos, para el corro en que declaramos desde lo alto de nuestra superioridad que no nos entienden, que no pueden entendernos, que por poco atrasada que esté una generacion, es incapaz de seguir el vuelo de nuestro ingenio, y de entrar en el movimiento del universo. Gracias á tanto talento, adivinamos lo que no sabemos; echamos una mirada de águila sobre los siglos; sin necesidad de antorcha penetramos en la noche de lo pasado, y el porvenir se ve iluminado para nosotros con fuegos que hacen pestañear los débiles ojos de nuestros padres. Enhorabuena: pero á pesar de esto, y salvo el respeto debido á nuestra superioridad, el cristianismo no ha pasado: acaba de emancipar la Grecia, y de dar la libertad á los Países Bajos; y se ha batido valerosamente en Polonia. El clero católico ha roto á nuestra vista las cadenas de Irlanda, y el mismo clero ha libertado las colonias españolas, y las ha convertido en repúblicas. El catolicismo, como llevo dicho, hace rápidos progresos en los Estados Unidos, y toda Europa bárbara ó civilizada se inscribe en las diferentes comuniones de la forma evangélica. Si fuese posible otra invasion en el mundo civilizado, ¿quién lo invadiria? Soldados que ayunarian, orarian y moririan en nombre de Cristo. La filosofía de Alemania, tan sabia, tan ilustrada, y con la cual me conformo, es cristiana. Paréceme suma pobreza el no tomar en cuenta, al menos como un hecho, el pensamiento cristiano que vive todavía en tantos millones de hombres, en las cuatro partes del mundo; ese pensamiento que se encuentra en Kamtschatka y en los arenales de la Tebaida, en la cumbre de los Alpes, del Cáucaso y de las cordilleras; y aun me parece mas pobre el persuadirse que este pensamiento no existe ya, porque ha desertado de nuestro débil cerebro.

Pueden citarse dos hombres á quienes el siglo no desechará: salidos de sus entrañas, sus talentos y sus principios reciben alabanzas, inciensos y admiracion de la edad presente: ambos hombres marchan á la cabeza de todas las opiniones politicas, y de todas las doctrinas literarias nuevas. Escuchemos á lord Byron y á Mr. Benjamin Constant sobre las ideas religiosas.

«No soy enemigo de la religion, todo lo contrario; y en prueba educo á mi hija natural bajo la fé de un catolicismo riguroso en un convento de la Romania, porque pienso que cuando el hombre tiene religion, nunca tiene bastante, y porque de dia en dia pienso mas ventajosamente de la doctrina católica.» (*Memorias del lord Byron*, tomo V. pág. 172.)

Durante su destierro en Alemania en tiempo del gobierno imperial, Mr. Benjamin Constant, ocupose en escribir su obra sobre la religion. Da cuenta á uno de sus amigos (1) de su trabajo en una carta autógrafa que tengo á la vista. Copiaré un pasaje muy notable de la referida carta.

HARDENBERG, 11 de octubre de 1811.

«He continuado trabajando lo mejor que he podido en medio de tantas ideas tristes. Confio que dentro de pocos dias veré por vez primera redactada en su totalidad mi *Historia del politeismo*. He renovado el plan y las dos terceras partes de los capitulos. Necesario era para coordinar el órden que tenia en la cabeza, y que juzgo haber conseguido; necesario ha sido tambien, porque, como usted sabe, no soy ya aquel filósofo intrépido que nada encuentra mas allá de la tierra, y tan contento de este mundo, que se regocija de que no haya otro. Mi obra es una prueba singular de lo que dice *Bacon*, que el principio de los conocimientos conduce al ateismo, y la perfeccion de los conocimientos á la religion. Profundizando positivamente los hechos, reuniéndolos de todas partes, y luchando con-

(1) Mr. Hochet, al presente secretario general del consejo de Estado.

tra las dificultades sin número que se oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder á las ideas religiosas. Ciertamente que lo he hecho de buena fé, porque cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun ahora mis hábitos y mis memorias son filosóficas, y definiendo palmo á palmo el terreno que la religion me ha reconquistado. Requiere igualmente un sacrificio del amor propio; porque imagino que es difícil escudarse con una lógica mas exacta que la empleada por mí para atacar las opiniones de este género. Mi libro no tenia absolutamente mas defecto que estar escrito en sentido opuesto á lo que al presente me parece verdadero y bueno, y hubiera obtenido indudablemente un triunfo de partido. Otro feliz resultado hubiera tambien podido lograr, si con algunas ligeras indicaciones hubiese adoptado el plan que mas agradaria ahora: un sistema de ateismo para las gentes de rango; un manifiesto contra los sacerdotes, y el todo combinado con la narracion conveniente para el pueblo de ciertas fábulas, narracion que satisface al propio tiempo al poder y á la vanidad.»

Consiento en pasar plaza de espíritu retrógrado con Herder, con la escuela filosófica originaria de Alemania, y finalmente con Mr. Benjamin Constant y lord Byron.

Atormenta en el dia á la sociedad la necesidad de la creencia que en todas partes se manifiesta. En vano se pretende satisfacer la ambicion de los espíritus, esforzándose en fanatizarlos con la verdad material que tambien los engaña, puesto que en el raciocinio se cambia en abstraccion. Semejante entusiasmo, y tan efimero, no conduce lejos á la juventud, porque ni puede librarse de la tristeza que la abruma, ni llenar el vacío que ha dejado la falta de la fé. No se admira largo tiempo un puñado de lodo con sentidos, aunque este lodo se componga de espíritu y de materia, y forme la pretendida unidad humana, cuyo sistema de los griegos, renovado es todavia el ensueño de una secta budhista. ¡Qué miserable seria esta vida de un dia si solo fuese el conocimiento de la nada!

Tal es la série de ideas y de hechos que se encuentran en los presentes *Estudios históricos*. No ignoro que con este analisis despojo mi trabajo del primer atractivo de

la curiosidad. Si tuviese la esperanza de que me leyesen, hubiera procurado no privarme del medio mas seguro de triunfo; mas carezco de tal esperanza. Mi extracto, aunque parezca demasiado largo, me deja al menos el camino de dar á conocer las verdades que he creído útiles, y que permanecerán sepultadas en las dilatadas páginas de estos volúmenes. Como autor me equivoco; como hombre tengo razon. Cuando hemos vivido mucho, padecido mucho, hemos aprendido tambien mucho: á fuerza de velar de noche y de trabajar de dia, de volver penosamente el arado ó la vela, los labradores ancianos y los marineros viejos aprenden á conocer el cielo y á pronosticar las tempestades.

Solo me resta dar gracias á las personas que me han ilustrado con sus trabajos ó con sus consejos.

Debo á la finura y á las bondades del baron de Bunsen, ministro de S. M. el rey de Prusia en Roma, un excelente extracto de los *Nibelungos*, que se hallará en el tomo segundo de estos *Estudios*. El sábio Mr. de Bunsen era el amigo del gran historiador Niebuhr: mas dichoso que yo, huella todavia aquellas ruinas donde yo esperaba restituir á la tierra, imágen por imágen, mi arcilla, en retorno de alguna estátua desenterrada.

El conde de Tourguéneff, antiguo ministro de Instrucción pública en Rusia, hombre de universales conocimientos, se ha dignado comunicarme noticias sobre las historias de Polonia, de Rusia y de Alemania.

Para disipar mis dudas relativas á algunos puntos de la filosofia de los padres de la iglesia, me he dirigido á Mr. Cousin, y he conocido que el verdadero sábio es siempre accesible.

Mis conversaciones instructivas con Mr. Dubois, mi compatriotá, me han ilustrado sobre los sistemas religiosos de Oriente. Al hablar de los hombres que hacen honor á mi tierra natal, he observado que la Bretaña contaba ahora al abate de Lamennais: si Mr. Dubois publica la obra que escribe sobre el origen del cristianismo, tendré un nuevo motivo para felicitar á mi patria.

He debido á Mr. Pouqueville curiosas noticias y muy

necesarias á mi trabajo y he seguido sin temor de extravíame al que fué mi primer guía en los campos de Esparta. Ambos visitamos las ruinas de Grecia cuando todavía no las esclarecía mas que su pasada gloria: ambos formamos votos por la causa de nuestros antiguos huéspedes, y quizás no sin fruto; porque cuando leo en el *Childe-Harold* de lord Byron algunos pasages de mi *Itinerario*, concibo la esperanza de que con el auxilio de este inmortal intérprete no se perderán de todo punto mis palabras á favor de un pueblo desventurado.

Puede leerse con utilidad la disertacion con que Mr. Lenorman ha querido enriquecer mi obra. Mr. Lenormant ha recorrido el Egipto con Mr. Champollion: ha leído las inscripciones en aquellos monumentos mudos de los siglos, que hablan en sus desiertos. No se dirá mas de las pirámides.

Vingt siècles descendus dans l'éternelle nuit
Y sont sans mouvement, sans lumière et sans bruit.

Los antiguos han atribuido constantemente al Oriente el origen de las religiones griegas, y sobre tal base, combatida sin embargo en nuestros dias, ha apoyado Mr. Creuzet su gran obra de las *Religiones de la antigüedad*. Despues de publicado este libro, el estudio religioso de la antigüedad ha hecho progresos, y descúbrese de dia en dia los secretos de la Persia y de la India. El ensayo sobre la religion de la Arcadia de que se ocupa Mr. Lenormant, comprenderá el paso de las tradiciones orientales á Grecia, en su forma mas pura y menos alterada. El sábio arqueólogo Panofka une su trabajo al de Mr. Lenormant.

Mr. Ampère, hijo del ilustre académico á quien la ciencia debe los descubrimientos que el mundo sábio admira, me ha enseñado con suma complacencia sus traducciones y estudios escandinavos. Estos estudios son el extracto de una grande obra á que Mr. Ampère ha consagrado sus ocios, obra que será la historia de la poesia de los diversos pueblos, de la poesia tomada en la esencia misma de la palabra, y como la parte mas real y ciertamente mas viva de la inteligencia humana. Mr. Lenormant y Mr. Ampère

pertenece el uno y el otro á la juventud reflexiva que custodia ahora á la hija de nuestros infortunios y esclava de nuestra gloria, á la libertad ¡Ojalá la guarde como debe!

He tomado sobre las escuelas de Alemania notas instructivas de Mr. Barchoux, apresurándome á aprovecharme de ellas.

He encontrado en los directores de nuestras bibliotecas y de nuestros archivos nacionales, la urbanidad, la complacencia que nunca se cansa, y que los hace tan apreciados á los ojos de sus compatriotas y de los extranjeros.

Finalmente, Mr. Daniello ha escudriñado los manuscritos, los libros, los pasajes que le he indicado en el curso de mi trabajo; le debo este testimonio público; y al separarme de él y del resto del mundo, me atrevo á recomendarlo al que necesite la ayuda de un literato instruido y laborioso.

Ahora pues, ¿qué me falta decir? Nada absolutamente. Me resta dar el último adiós que la bondad de nuestros autores galos rendía al lector en sus prólogos. Su ejemplo imitaré. Mis antiguos vínculos con el público justificarán esta intimidad. Así, dirigiéndome á la Francia nueva: «Adiós, amigo lector. A tí te quedan la juventud, un largo porvenir, y todo lo que rodea una existencia naciente; á mí me quedan horas marchitas y arrugadas, un tiempo pasado en lugar de un porvenir, y la soledad que rodea la existencia que acaba. *Tú, lector, vale, et juvantes aut certe volentem, ama.*»



perrocan el uno y el otro a la juventud reflexiva que
 cuestiona sobre a la luz de nuestras informaciones y actitudes
 de nuestra época a la libertad (dada la guerra como
 debe).

He tomado sobre las copias de Alemania, notas in-
 troductorias de Mr. Barbon, que presentamos a aprovechar
 me de ellas.

He encontrado en las directores de nuestras bibliotecas
 y de nuestros archivos nacionales la necesidad de com-
 placencia que nunca se cansa y que los hace tan apre-
 cisados a los ojos de sus compatriotas y de los extranjeros.

Finalmente Mr. Danieff ha escudriñado los manus-
 critos latinos, los pasajes que se ha indicado en el cur-
 so de mi trabajo; le debo este testimonio público y al sepa-
 rarme de él y del resto del mundo, me atrevo a recomen-
 darte al que necesite la ayuda de un literato instruido y
 laborioso.

Ahora pues, que me falta decir? Nada absolutamente.
 Me resta dar el último adiós que la bondad de nuestros
 autores quiere leerla al lector en sus palabras. Su ejemplo
 imitaré. Mis antiguos rivales con el público instruirán
 esta intimidad. Así dirigiéndome a la Francia nueva;
 «Adios, amigo lector. A ti le quedan la juventud, un largo
 porvenir y todo lo que rodea una existencia nacional; á
 mí me quedan horas marchitas y arrugadas, un tiempo
 pasado en lugar de un porvenir y la soledad que rodea la
 existencia que acaba. Ya, lector, que el instante está ex-
 te volviendo, vengas»

ESTUDIO PRIMERO

PRIMER DISCURSO,

SOBRE LA CAIDA

DEL IMPERIO ROMANO,

EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS

DEL CRISTIANISMO,

Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.

ESPOSICION.

Tres verdades constituyen el fundamento del edificio social, á saber: la verdad religiosa, la verdad filosófica y política.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestado por un culto.

La verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales.

El orden y la libertad forman la verdad política:

el orden es la soberanía ejercida por el poder, y el derecho de los pueblos es la libertad.

Cuanto una ciudad está menos desarrollada, mas confusas son tales verdades; en la ciudad imperfecta combaten entre sí, mas jamás se destruyen: los hechos de la historia nacen de su combinacion con los espíritus, pasiones, errores y acontecimientos. Entre el estruendo ó el silencio de las naciones, en medio de la profundidad de las edades, de los extravíos de la civilizacion ó de las tinieblas de la barbarie, óyese siempre una voz solitaria que proclama las tres verdades fundamentales, cuyo constante uso y completo conocimiento producirán la perfeccion de la sociedad.

Esta sociedad, que parece retrogradar algunas veces, no cesa de marchar adelante. La civilizacion no describe un círculo perfecto, ni se mueve en línea recta: es en la tierra como el navío en el mar, que combatido por la tempestad bordea, vuelve á su curso, impélenle las olas mas allá del punto de donde ha partido; pero en fin á fuerza de tiempo encuentra vientos favorables, gana de dia en dia leguas en el verdadero camino, y llega por fin al puerto hácia donde habia desplegado sus velas.

Examinando las tres verdades sociales en el orden inverso, y comenzando por la verdad política, dejemos aparte las antiguas nociones del tiempo pasado.

La libertad no existe esclusivamente en la república donde los publicistas de los dos últimos siglos la habian desterrado, siguiendo á los publicistas antiguos. Las tres divisiones del gobierno, monarquía, aristocracia y democracia, son puerilidades de escuela cuando envuelven el goce de la libertad: la libertad puede encontrarse en cualquiera de estas formas, del mismo modo que puede verse escluida en ellas. No hay sino una constitucion real para todos los estados: la libertad, no importa en qué forma.

La libertad es de derecho natural, y no de derecho político, como se ha afirmado con tanta inexactitud: el hombre la ha recibido al nacer con el nombre de independencia individual. Consecuentemente, y por derivacion de tales principios, la libertad existe en porciones iguales en las tres formas de gobierno. Ningun príncipe, ninguna asamblea podria daros lo que no le pertenece, ni arrebatáros lo que es vuestro.

Dedúcese tambien de aqui que la soberanía no es ni de derecho divino ni de derecho popular: la soberanía es el orden ejercido por la fuerza; esto es, por el poder admitido en el estado. El rey es soberano en la monarquía, el cuerpo aristocratico en la aristocracia, y el pueblo en la democracia: y estos poderes no tienen autoridad para comunicar la soberanía á otro objeto fuera de ellos, porque alli no hay rey, ni aristocrata, ni pueblo que puedan destronarse.

Propuestos tales principios, el historiador no deberá ya preferir á otra la forma monárquica ó la forma republicana: libre de todo sistema político, no debe profesar ódio ni amor á los pueblos ni á los reyes; debe juzgarlos conforme á los siglos en que vivieron, no aplicando por fuerza á sus costumbres teoría alguna, no suponiéndoles ideas que no tenían ni podían tener, cuando cada uno de por si y todos juntos yacian en un estado igual de infancia, de sencillez y de ignorancia.

Es la libertad un principio que no se pierde nunca; porque si se pierde, la sociedad política se disolveria; pero frecuentemente los hombres usurpan la libertad. En Roma poseyeronla primero los reyes, heredaronla despues los patricios, de los patricios pasó á los plebeyos, y cuando abandonó á estos, se alistó en el ejército: corrompidas y destrozadas las legiones, volviéronle la espalda, y refugióse en los tribunales.

y hasta en el palacio del príncipe, entre los eunucos, saltando de allí al clero cristiano.

Las revoluciones no tienen mas que un motivo y un blanco: el goce de la libertad por un individuo, ó por algunos individuos, ó por todos.

Cuando la libertad se conquista en provecho de un hombre, llámase despotismo, que consiste en la servidumbre de todos y la libertad de uno solo: cuando es conquistada por muchos, es la aristocracia; y cuando la conquistan todos, tiene el nombre de democracia, que es la opresion de todos por todos; porque entonces reina la confusion del poder y de la libertad, del gobernante y del gobernado.

Entre los antiguos la libertad era una religion que tenia sus altares y sus sacrificios. Bruto le inmoló sus hijos: Codro le sacrificó la vida y el cetro: era austera, rústica, intolerante, capaz de las mas grandes virtudes, como todas las creencias fuertes, como la fé.

Entre los modernos la libertad es la razon: existe sin entusiasmo; es amada, porque conviene á todos; á los reyes, cuya corona asegura ordenando el poder, y á los pueblos, porque no necesitan precipitarse en las revoluciones para encontrar lo que poseen.

Vengamos á la verdad filosófica.

La verdad filosófica, á la que la libertad política protege, le comunica nueva fuerza; remonta las ideas teóricas á la cima de los rangos sociales, y estiende las ideas prácticas en la clase laboriosa.

La verdad filosófica no es otra cosa que la independencia del espíritu del hombre: tiende á descubrir, á perfeccionar las tres ciencias que le competen: la ciencia intelectual, la ciencia moral y la ciencia natural: esta consiste en el exámen de la constitucion de la naturaleza, desde el estudio de las leyes que rigen los mundos, hasta las que hacen vegetar el tallo de la yerba, y mover al insecto.

Mas la verdad filosófica, lanzándose en lo futuro, se ha hallado en contradiccion con la verdad religiosa que está enlazada con lo pasado, porque participa de la inmovilidad de su principio eterno. Hablo aqui de la verdad religiosa mal comprendida, porque no tardaré en demostrar que la verdad religiosa del cristianismo, vuelta á su sencillez, no es enemiga de la verdad filosófica.

De la antigua lucha de la verdad filosófica con la verdad política y la verdad religiosa, nace una inmensa série de hechos. Entre los griegos y los romanos la verdad filosófica minó el culto nacional, y se estrelló contra el órden moral y el órden político: en las repúblicas combatió en vano esa libertad servida por los esclavos, libertad privilegiada, egoista, esclusiva, que no veía enemigos sino fuera de la patria: en los imperios la verdad filosófica se dejó corromper por el poder, é ignoró las primeras nociones de la moral universal.

Semejante verdad ha producido en el mundo moderno acontecimientos y catástrofes de todas clases: la independencia del espíritu del hombre, tan pronto manifestada por el levantamiento de los pueblos, tan pronto por las heregías, irritó la verdad religiosa que oscurecía la ignorancia. De aqui las guerras civiles, las proscripciones, el acrecentamiento del poder temporal de los sacerdotes, y del despotismo de los reyes. La verdad religiosa se adormeció, y la verdad filosófica se aprovechó de su sueño; contaba la historia, deslizábase á las leyes civiles, intervenia en las leyes políticas, atacaba indirectamente la verdad religiosa, reprendiendo al clero su avaricia, su ambicion y sus costumbres; combatia directamente el órden establecido, haciendo hasta á la sombra de los claustros esos descubrimientos que debian producir una revolucion general. La imprenta se convirtió en agente principal

de las ideas, hasta entonces desprovistas de órganos inteligibles á la muchedumbre. Entonces la verdad filosófica, reconociéndose por primera vez potencia popular, se arrojó sobre la verdad religiosa que estuvo á punto de ahogarse.

Al presente la verdad filosófica no está ya en guerra con la verdad religiosa y la verdad política: la libertad moderna sin esclavos, sin intolerancia, es una libertad que coincide con la verdad filosófica; de suerte que la independencia del espíritu humano, hostil en los tiempos antiguos á la sociedad religiosa y política, la ayuda y la sostiene en el día. Las luces propagadas componen ahora los anales particulares de los pueblos, los anales generales de los hombres: el escritor debe en adelante hacer marchar de frente la historia de la especie, y la historia del individuo.

Pasemos á la verdad religiosa, á saber: el conocimiento de un Dios único, manifestado por un culto.

Esta verdad ha sido hasta ahora el principal movimiento de la especie humana: encuéntrase en el principio de todas las sociedades; fué la primera ley; envuelve en sí misma la verdad filosófica y la verdad política: no tardaron los hombres á alterarla.

La verdad filosófica conservó por medio de las iniciaciones las luces religiosas que destruía con sus doctrinas especulativas. Los platónicos y los estóicos crearon algunos hombres contemplativos, ingeniosos, morales y virtuosos; pero no tardaron sus escuelas en captar la irrisión: burláronse de los peripatéticos que se entregaban á las ciencias naturales; rehusaron habitar la ciudad pedida á Galieno para gobernarla según las leyes de Platon. Los filósofos, ó tolerando el culto de su siglo, ó deseando guiar los pueblos con las ideas abstractas, cayeron en los errores comunes, sin superioridad ninguna sobre la multitud. Ignoraban lo que abraza todas las verdades, el cristianismo: este

nos induce á hablar de la verdad religiosa conforme á los pueblos modernos civilizados; de esa verdad, que ha sido el resorte de la mayor parte de los acontecimientos ocurridos desde el nacimiento de Jesucristo hasta nuestros días.

El cristianismo, cuya era no comenzó hasta la mitad de los tiempos, vió la luz en la infancia del mundo. El hombre recientemente creado, pecó por orgullo, y fué castigado: abusó de las luces de su sabiduría, y quedó condenado á las tinieblas de la tumba. Dios habia criado la vida, el hombre creó la muerte, y la muerte llegó á ser la única necesidad del hombre.

Pero puede espíarse toda falta: ofreceráse en sacrificio un holocausto divino; rescatado el hombre, tornará á aspirar á sus fines inmortales.

Tal es el fundamento del cristianismo. Al resplandor de su sistema, descórrese el velo de los humanos misterios: el mal moral y el mal físico quedan explicados: ya no nos vemos obligados á negar la existencia de Dios y la del alma, para ilustrar las dificultades por las leyes de la materia que nada ilustran, y que son mas incomprendibles que las de la inteligencia.

Las obligaciones de la especie por la falta del individuo, tienden á elevados fines, que destruyen su aparente injusticia. Estar encadenado al bien en castigo de la primera rebelion, es una de las grandezas del hombre; trabajando juntos los hijos de Adán en perfeccionarse para libertarse de la falta de su padre comun, ¿no llegarán por último á la regeneracion de su raza? Sin la comunidad de obligaciones de la familia, ¿dónde tendrían su origen nuestra simpatía ó nuestra antipatía, á las resoluciones generosas ó á las acciones perversas? ¿Qué nos importaría el vicio y la virtud, distantes tres mil años ó tres mil leguas de nosotros? ¿Y siempre nos son indiferentes? ¿No vemos que nos interesan, nos conmueven, nos afectan cual

si tuvieran con nosotros alguna cosa comun en lo personal ó en lo intelectual?

La posteridad de Adan dividióse en dos ramas: la rama segunda, la de Abel, conservó la historia de la caída y de la redencion prometida; la otra, con el primer homicida, olvidó su memoria, guardando no obstante los usos que consagraban una verdad olvidada. Hállase en todas las naciones establecido el sacrificio humano, como si hubiesen conocido todos la necesidad de redimirse; pero no se bastaban á sí mismos para su rescate. Establecieron una libacion de perpétua sangre; dilatáronla la guerra y la ley; el hombre se abrogó sobre la vida del hombre un derecho de que carecia; derecho que tuvo su origen en la idea confusa de la expiacion y del rescate religioso. Verificada la redencion con el sacrificio de Jesucristo, debieron haber olvidado la pena de muerte: y perpetuáronla solamente por una especie de crimen legal. Cristo habia dicho en un sentido absoluto: *no matarás*.

Bossuet ha señalado la verdad religiosa como fundamento de todo, y ha colocado los hechos en torno de esta verdad única con una incomparable magestad. Cuanto ha sucedido en el universo es el cumplimiento de la palabra de Dios: la historia de los hombres no es para el obispo de Meaux sino la historia de un hombre, el primer hijo de las generaciones formado por la mano del Criador, animado por su soplo, hombre caído, hombre redimido con su raza, y capaz desde entonces de remontarse á la altura y al rango de que cayó. Bossuet desdeña los documentos de la tierra, y busca en el cielo sus titulos. ¿Qué le importa el imperio del mundo, *presente de ningun precio*, como dice él mismo? Si alguna parcialidad muestra, es por el mundo eterno: escribiendo al pie de la cruz, cubre los pueblos con el signo de salud, del mismo modo que sujeta los acontecimientos al dominio de su genio.

Entre Adán y Jesucristo, entre la cuna del mundo colocada en la cumbre del Paraíso terrenal y la cruz levantada en el Gólgota, hormiguan las naciones abismadas en la idolatría, degeneradas por la caducidad del padre de la familia. Véanse retratadas en pocas pinceladas con sus vicios y virtudes, sus artes y su barbarie; de suerte que unas naciones que no existen ya, preséntanse á nuestros ojos: el nuevo Ezequiel anima los áridos esqueletos, y vuelven á cobrar la vida. Pero en medio de estas naciones distínguese un reducido pueblo que perpetúa la tradición sagrada, y deja oír de tiempo en tiempo palabras proféticas. Aparece el Mesías; la raza vendida tiene fin; comienza la raza segunda; Pedro trae á Roma los poderes de Jesucristo, y renúévase allí el universo.

Adoptamos el sistema histórico de este grande hombre, pero con una notable rectificación: Bossuet encerró los acontecimientos en un círculo rigoroso como su ingenio; todo se halla encadenado en un cristianismo inflexible. La existencia de tan temible arco, por donde el género humano da vueltas siempre sin progresar y sin perfeccionarse, es por fortuna un error formidable.

La sociedad es un deseo de Dios: por Jesucristo cumplió Dios este deseo, según Bossuet; pero el cristianismo no es un círculo determinado, sino por el contrario, un círculo que se agranda á medida que la civilización se dilata: no comprime, no ahoga ciencia alguna, ni libertad alguna.

El dogma que nos enseña que el hombre degradado volverá á encontrar sus fines gloriosos, ofrece un sentido espiritual y un sentido temporal; por el primero, el alma aparecerá delante de Dios limpia de la mancha original; por el segundo, el hombre recobrará las luces que había perdido entregándose á sus pasiones, causa de su caída. Nada cede por fuerza á mi

sistema, ó por mejor decir, al sistema de Bossuet rectificado: el sistema es el que cede á los acontecimientos, y el que envuelve á la sociedad dejándole la libertad de acción.

El cristianismo divide la historia del género humano en dos partes distintas: desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo, la sociedad de los esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí, y con la desigualdad social del hombre y de la mujer; y desde el nacimiento de Jesucristo hasta nuestros días, la sociedad con la igualdad de los hombres entre sí, con la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó al menos sin el principio de la esclavitud.

La historia de la sociedad moderna tiene, pues, verdaderamente su origen al pie de la cruz. Para conocerla bien, es necesario observar en qué difiere desde su nacimiento esta sociedad de la sociedad pagana; como aquella la descompuso; qué nuevos pueblos se mezclaron á los cristianos para precipitar el poder romano, para trastornar el orden religioso y político del mundo antiguo.

Si se considera el cristianismo en todo el rigor de la ortodoxia, haciendo de la religion católica el complemento de toda la sociedad, ¿qué espectáculo mas magnífico que el principio y establecimiento de esta religion?

Ved todo lo que á primera vista se descubre.

A medida que cayó el politeísmo, y que se propagó la revelación, fueron mejor conocidos los deberes de la familia y los derechos del hombre; pero el imperio de los Césares fué condenado abiertamente, y recibió las semillas de la verdadera religion, solo porque no pereciese todo en el naufragio. Los discípulos de Jesucristo que prepararon á la sociedad un camino de salud interior, facilitáronle otro en lo exterior; fue-

ron á buscar á lo lejos á los herederos del mundo romano para desarmarlos.

Hallábase este mundo demasiado corrompido, demasiado lleno de vicios, de crueldades, de injusticias, demasiado encantado con sus falsos dioses y con sus espectáculos, para que pudiera el cristianismo regenerarle de todo punto. Una religion nueva necesitaba pueblos nuevos; era preciso á la inocencia del Evangelio la inocencia de los hombres rústicos; á una fé sencilla corazones sencillos como esta fé.

Cumplióronse las resoluciones divinas. Roma, que no veía en sus fronteras sino soledades, juzgó no debía tener cosa alguna; y sin embargo, el Todopoderoso, reunió en aquellos campos desiertos el ejército de las naciones. Mas de cuatrocientos años fueron necesarios para reunir tan innumerable ejército, aunque los bárbaros, impelidos como las olas del mar, se precipitaron á carrera tendida. Condújolos un instinto milagroso: cuando carecian de guías, servíanles de tales las fieras de los bosques. Oyeron una voz en los cielos que los llamaba de Septentrion y del Mediodia, de Poniente y de Levante. ¿Quiénes fueron? Solo Dios sabe sus verdaderos nombres. Tan desconocidos como los desiertos de donde salian, ignoraban de donde venian, pero sabian adonde se encaminaban: marchaban al Capitolio, convocados, segun decian, á la destruccion del imperio romano, como á un banquete.

La Escandinavia, nombrada la fábrica de las naciones, fué desde luego llamada á abastecer estos pueblos: los cimbrios atravesaron los primeros el Báltico, y aparecieron en las Galias y en la Italia, como la vanguardia del ejército de esterminacion.

Un pueblo que ha dado su nombre á la barbárie misma, y que sin embargo no tardó en civilizarse, los godos salieron de la Escandinavia despues de los cimbrios, á quienes habian arrojado. Estos intrépidos bár-

baros multiplicáronse en su marcha; reuniéronseles por alianza ó por conquista los bastarnos, los venedas, los sarigas, los roxalanos, los eslavos y los alanos: los eslavos estendiéronse detrás de los godos en las llanuras de la Polonia y de la Moscovia, y los alanos ocuparon las tierras baldías entre el Volga y el Tanais.

Al acercarse á las fronteras romanas, los alemanes, que son quizás una parte de los suevos de Tácito, ó una confederacion de *toda especie de hombres*, colocáronse delante de los godos, y juntáronse á los germanos propiamente dichos, que coronaban las riberas del Rhin. Hallábanse entre aquellos en el alto Rhin las naciones de origen galo, y en el Rhin bajo, las tribus germánicas, que unidas para conservar su independencia, llamábanse francos. Esta gran division, pues, de soldados del Dios vivo, compuesta de las cuatro líneas de los eslavos, de los godos, de los alemanes, de los germanos con todas sus amalgamas de nombres y de razas, apoyaba su ala izquierda en el mar Negro, su ala derecha en el mar Báltico, y tenia á su frente el Rhin y el Danubio, débil barrera del imperio romano.

El mismo brazo que levantaba las naciones del Polo, arrojaba las hordas de los tártaros de las fronteras de la China convocados á la cita (4). Mientras que Neron derramaba la primera sangre cristiana en Roma, los ascendientes de Atila caminaban silenciosamente por los bosques; venian á ocupar la parte oriental del imperio, no estando por un lado separados de los godos sino por la lengua Meotida, y teniendo por el otro á los persas, á quienes habian casi subyu-

(4) Segun el sistema de Deguignes y las indagaciones modernas, los hunos eran de origen finno. Véase á Klapproth, *Cuadros históricos del Asia*, y á Mr. Saint-Martin en sus sábias notas á la *Historia del bajo imperio*, por Lebeau.

gado. Los persas continuaban la cadena con los árabes ó sarracenos del Asia, quienes daban en Africa la mano á las tribus errantes de Bargah y de Sahara, y estos á los moros del Atlas, acabando de cerrar en un círculo de pueblos vengadores, á los dioses que habian invadido el cielo, y á los romanos que habian oprimido la tierra.

Tal se presenta el cristianismo en los cuatro primeros siglos de nuestra era, cuando le contemplamos convencidos de su origen divino; pero si sacudiendo por un instante el yugo de la fé, nos colocamos en otro punto de vista, mudarase la perspectiva sin perder nada de su grandeza.

Ya sea un producto de la civilizacion y de la sabiduria de las edades, un trabajo de los siglos, una elaboracion de la moral y de la inteligencia, un compuesto de diversas doctrinas, de diversos sistemas metafisicos y astronómicos, envolviendo el todo en un símbolo para herir con mas fuerza al vulgo; ya sea la idea religiosa innata, que despues de haber errado de altar en altar, de sacerdote en sacerdote, tomó por último carne; ya sea la mas pura de las fábulas mitológicas, ó el eclecticismo de los grandes progresos de la filosofia en la India, en la Persia, en la Judea, en el Egipto, en la Etiopía, en la Grecia y en las Galias; ya una especie de cristianismo universal que existiese antes del cristianismo judaico, y mas allá del cual no descubrimos sino la esencia misma de la filosofia; ya sea lo que mas plazca á cada uno para remontarse sobre la simple fé, lo que se califica en la apariencia de superioridad de luces, de razon y de talento; no por eso es menos cierto que el cristianismo, aun desnaturalizándose asi, interpretado y alegorizado, es la revolucion mas asombrosa que ha acontecido entre los hombres.

El libro de la historia moderna no será inteligible

para vosotros, si no considerais el cristianismo ó como una revelacion que ha obrado una trasformacion social, ó como un progreso natural del espiritu humano hacia la civilizacion universal: sistema teocrático, sistema filosófico, ó el uno y el otro juntos, puede solo iniciaros en el secreto de la nueva sociedad.

Defender la opinion del siglo pasado de que la religion evangélica es una supersticion judaica, que se unió á las calamidades de la invasion de los bárbaros; que esta supersticion destruyó el culto poético, las artes, las virtudes de la antigüedad; que precipitó los hombres en las tinieblas de la ignorancia; que se opuso á la restauracion de las luces, y causó todos los males de las naciones, es medir dimensiones colosales con la mas corta escala, es cerrar los ojos al hecho dominador de toda aquella época. El siglo filosófico en que vivimos no puede entender la ligereza de juicio, las pinturas superficiales de la edad que nos ha precedido. Una religion que ha cubierto el mundo de sus instituciones y de sus monumentos; una religion que ha sido el regazo y el molde en que se formó y pulió nuestra sociedad entera, ¿no ha tenido otros fines, otros medios de accion que la prosperidad de un convento, las riquezas del clero, los privilegios de una abadia, los cánones de un concilio, ó la ambicion de un papa?

Los resultados del cristianismo son tan extraordinarios, filosóficamente hablando, como teológicamente: decidid vosotros entre la eleccion de los prodigios.

Desde luego el cristianismo filosófico es la religion intelectual sustituida á la religion material, el culto de la idea reemplazando al de la forma; de aqui se origina un orden diferente en el mundo de los pensamientos, un modo distinto de deducir y de practicar la verdad religiosa. Asi es que podeis observar que por todas partes donde el cristianismo ha encontrado una

religion material, ha triunfado al punto de ella, mientras que ha penetrado con lentitud en los países donde dominaban religiones de naturaleza espiritual como ella: en la India se entrega á largos combates metafísicos, semejantes á los que produjo contra las herejías ó contra las escuelas de la Grecia.

Todo cambia con el cristianismo, á no ser que se considere siempre como un acontecimiento humano: la esclavitud cesó de ser el derecho comun, la muger obtuvo su rango en la vida civil y social; la igualdad, principio desconocido de los antiguos, fué proclamada. La prostitucion legal, la esposicion de los niños, el asesinato autorizado en los juegos públicos y en la familia, la arbitrariedad en el suplicio de los condenados á penas, desaparecieron sucesivamente de los códigos y de las costumbres. Los hombres abandonaron la civilizacion pueril, corrompida, falsa y privada de la sociedad antigua, y entraron en el camino de la civilizacion razonable, moral, verdadera y general de la sociedad moderna: pasaron de los dioses á Dios.

La historia no presenta sino un ejemplo solo de la trasformacion completa de la religion de un pueblo dominador y civilizado: y tal ejemplo único, hállase en el establecimiento del cristianismo sobre las ruinas de la idolatria, de que estaba infestado el imperio romano. Aun considerado bajo esta sola relacion, ¿qué entendimiento que sea un poco reflexivo no procurará indagar tal fenómeno? El cristianismo no vino á la sociedad, ni Jesucristo se presenta á las almas como un ladrón: apareció en la mitad del dia, en medio de todas las luces, en el mas alto período de la grandeza de los latinos: no quiso persuadir á las hordas de los bosques (ya las convencerá cuando sea necesario): dirigióse á los vencedores del mundo, á la antigua civilizacion de la Judea, de Egipto, de la Grecia y de la Italia. En menos de tres siglos llevóse á cabo la con-

quista, y el cristianismo traspasó los límites del imperio romano. La causa eficiente del suceso rápido que logró el cristianismo, fué el componerse de la mas alta y de la mas abstracta filosofía con relacion á la naturaleza divina, y de la mas perfecta moral con relacion á la naturaleza humana: estos dos objetos nunca se habian encontrado reunidos en una misma religion; de suerte que esta religion convino á las escuelas especulativas y contemplativas, cuyas iniciaciones reemplazaba, á la muchedumbre ilustrada cuyas costumbres corregía, y á la poblacion bárbara, porque su sencillez la encantaba y templaba su fogosidad.

Si el dogma de la unidad de Dios ha podido reemplazar los absurdos del politeismo; es decir, si una verdad ha ocupado el lugar de una fábula, ¿quién no ve que estando mal colocada la piedra angular del edificio social, las leyes, materiales levantados sobre tal piedra, han debido parecerse á la sustancia elemental de su nuevo fundamento?

¿Cómo se verificó? ¿Cuál fué la lucha de las dos religiones? ¿Qué se prestaron una á otra? ¿de qué se despojaron? ¿Cómo pasó el cristianismo de su siglo heroico á su siglo de inteligencia, del tiempo de sus denodados mártires al tiempo de sus grandes ingenios? ¿Cómo triunfó de los verdugos y de los filósofos? ¿Cómo penetró á la vez todos los entendimientos, todos los usos, todas las costumbres, todas las artes, todas las ciencias, todas las leyes criminales, civiles y políticas?

¿Cómo se dividieron ambos sexos los cargos en la accion general? ¿Cuál fué la influencia de las mugeres en el establecimiento del cristianismo? ¿No se debió á las controversias religiosas, y á la necesidad en que los fieles se hallan de defenderse, la libertad de la palabra escrita, siendo el imperio del mundo el precio ofrecido al pensamiento victorioso?

¿Cuál fué en el reinado de Constantino el efecto del advenimiento de la monarquía de la iglesia, que debe distinguirse de la república cristiana? ¿qué produjo el movimiento reaccionario del paganismo en el de Juliano? ¿qué sucedió despues de la trasposicion completa de los dos cultos en el de Teodosio? ¿qué analogía tenian las heregías del cristianismo con las diversas sectas de la filosofía? Dejando aparte el perjuicio que causaron, ¿las heregías no sirvieron para prevenir la completa barbárie, manteniendo despierta la facultad mas sutil del espíritu, en medio de las edades mas groseras?

¿El principio de las instituciones modernas no va unido al reinado de Constantino, cinco siglos antes de lo que ordinariamente se supone? ¿El imperio de Occidente fué destruido por una invasion súbita de los bárbaros, ó sucumbió á los bárbaros ya cristianos y romanos? ¿Cuál era el estado de la propiedad en el momento de la caída del imperio de Occidente? La gran propiedad se fundó con la conquista y la barbárie, y se descompuso con la ley y la civilización: ¿cuál ha sido, pues, el movimiento de esta propiedad, y cómo ha mudado sucesivamente el estado de las personas? Todas estas cuestiones y otras muchas que se desarrollarán en el curso de los presentes estudios, no se han examinado todavía bastante.

En la historia que comienza al pie de la cruz, y que se estiende hasta nuestros dias, se han de disipar grandes errores, establecer muchas verdades, y hacer mucha justicia. En el imperio del cristianismo la lucha de la inteligencia y de la legitimidad contra la ignorancia y la usurpacion, cesó por grados: la verdad política se descubrió y fijó: el gobierno representativo que Tácito mira como una hermosa quimera, se hizo posible; y las ciencias que habian permanecido casi estacionarias, recibieron un movimiento rápido de es-

te espíritu de innovación, que favoreció la destrucción del mundo antiguo. El cristianismo mismo, pacificándose después de haber atravesado los siglos de superstición y de fuerza, viene á ser en las naciones nuevas la perfección de la sociedad.

Fue calumniado sin embargo: pintáronle á Marco Aurelio como una facción, á sus sucesores como una escuela de perversidad: con el tiempo la hipocresía desfiguró algunas veces la obra de la verdad: pretendieron hacer fanático, perseguidor, enemigo de las letras y de las artes, enemigo de la libertad, al que es todo tolerancia, caridad, libertad, y lumbrera del ingenio. Lejos de hacer retrogradar á las ciencias, el cristianismo, desembrollando el caos de nuestra era, ha manifestado que la raza humana, que los antiguos creían llegada á su virilidad, estaba aun en la cuna. El cristianismo crece y marcha con el tiempo: es una luz cuando se mezcla á las facultades del entendimiento, y un sentimiento cuando se une á los movimientos del alma: moderador de los pueblos y de los reyes, solo combate los excesos del poder de cualquier parte que vengan; y sobre la moral evangélica, razón superior, se apoya la razón natural en su ascension á la cúspide elevada que todavía no ha tocado. Gracias á su moral hemos aprendido que la civilización no despoja al hombre de la independencia, y que existe una libertad hija de las luces, del mismo modo que existe una libertad que debe su origen á las costumbres.

Apenas habian aparecido los bárbaros en las fronteras del imperio, cuando el cristianismo se manifestó en su seno. La coincidencia de ambos acontecimientos, la combinación de la fuerza intelectual y de la fuerza material para la destrucción del mundo pagano, es un hecho á que va enlazado el origen de la historia moderna, antes no percibido. Invasiones pron-

tamente rechazadas, una religion desconocida difundiéndose entre los esclavos, ¿habian de fijar las miradas de los señores de la tierra? ¿Podian adivinar los filósofos que comenzaba una revolucion general? Y sin embargo alteraban tambien las antiguas ideas, conmovian la creencia, y la destruian en las clases superiores de lo sociedad, en la época en que el cristianismo minaba los cimientos de esa creencia, de esas ideas en las clases inferiores. La filosofía y el cristianismo atacando el antiguo órden del universo por los dos extremos, marchando el uno hácia el otro, dispersando á sus adversarios, encontráronse frente á frente despues de la victoria. Ambos contendientes habian tomado alguna cosa el uno del otro en el asalto contra el enemigo comun: habianse cedido los hombres y la doctrinas: mas cuando á la mitad del siglo IV fué necesario no dividir, sino reasumir el imperio de la opinion, el cristianismo, aunque habia llegado al trono, se halló al mismo tiempo revestido de la fuerza popular, y la filosofía solo se veia armada con el poder de los tiranos. Juliano dió el último combate, y quedó vencido. Rompiendo en todas partes las barreras, las hordas de los bosques corrieron á bautizarse á los anfiteatros regados en otro tiempo con la sangre de los mártires. El cristianismo era entonces democrático entre la muchedumbre romana, entre los grandes talentos emancipados, y entre las tribus salvages: el género humano volvia á la libertad por medio de la moral y de la barbárie.

— Este es el cuadro que debe trazarse antes de entrar en la historia particular de nuestros padres: procuraré pintaros estos tres mundos confusamente co-existentes: el mundo pagano ó el mundo antiguo, el mundo cristiano, el mundo bárbaro: especie de trinidad social de que se ha formado la sociedad única que cubre al presente la tierra civilizada.

Reasumamos la oposicion del sistema que me ha parecido mas acomodado á las luces del tiempo presente, y que á mi entender concilia mejor nuestras dos escuelas históricas. Parto del principio de la escuela antigua, para llegar á la consecuencia de la escuela moderna; como no es posible destruir lo pasado ni lo futuro, me coloco entre ambos, no concediendo la preeminencia ni al hecho sobre la idea, ni á la idea sobre el hecho.

He investigado los principios de que proceden los hechos; estos principios son la verdad religiosa, la verdad filosófica con sus tres ramas, la verdad política.

La verdad política no es mas que el orden y la libertad, sean cuales fueren las formas.

La verdad filosófica es la independencia del entendimiento del hombre: esta combatió en otro tiempo la verdad política, y principalmente la verdad religiosa: aunque principio de destruccion en la antigua sociedad, es principio de duracion en la sociedad moderna, porque se halla de acuerdo con la verdad política y con la verdad religiosa perfeccionadas.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único manifestado por medio del culto. El verdadero culto es el que esplica mejor la naturaleza de la Divinidad y la del hombre: por esta sola razon el cristianismo es la religion verdadera.

Ora le miremos con los ojos de la fé, ora con los de la filosofia, el cristianismo renovó la faz del mundo.

El cristianismo no es el círculo inflexible de Bossuet; es un círculo que se agranda á medida que la sociedad se desarrolla: ni comprime ni ahoga las ideas, ni tampoco se opone á las luces ni á la libertad.

Tal es el esqueleto que voy á cubrir de carne. Para introducirnos en el laberinto de la historia mo-

derna, he puesto en vuestras manos los hilos que deben guiaros: la predicacion del Evangelio, ó la iniciacion general de los hombres en la verdad intelectual y en la verdad moral; la venida de los bárbaros.

Deben distinguirse dos grandes invasiones de estos pueblos: la primera comenzó en el reinado de Decio, y se detuvo en el de Aurelio, en cuya época los bárbaros, casi todos paganos, se arrojaron como enemigos sobre el imperio: la segunda invasion se verificó en el reinado de Valentiniano y de Valente, y entonces convertidos en parte al cristianismo, los bárbaros entraron en el mundo civilizado como suplicantes, huéspedes ó aliados de los Césares. Llamados por espacio de tres siglos por la debilidad del estado y por las facciones, y prestando su defensa á los diversos pretendientes al imperio, batiéronse los unos contra los otros segun la voluntad de los señores que los pagaban y que ellos destruyeron: tan pronto alistados en las legiones de que eran gefes ó soldados, tan pronto esclavos, tan pronto dispersos en colonias militares, tomaban posesion de la tierra con la espada y con el arado. Sin embargo, rara vez labraban los campos, y siempre contra su voluntad: pues para abonar los sulcos, pareciales mas fácil verter la sangre de un romano, que derramar su sudor.

Es preciso saber en donde existia el imperio cuando llegaron las dos invasiones generales de estos pueblos antepasados nuestros; pueblos que no estaban marcados en las geografias: habitaban la otra parte de los limites del universo conocido de Estrabon, de Plinio, de Tolomeo, pais ignorado; fué preciso colocarlos en los mapas, cuando Alarico y Genserico escribieron sus nombres en el Capitolio.

DISCURSO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE JULIO CESAR HASTA DECIO Ó DECIVS.

Después de haber predicado Jesucristo su Evangelio, deja su cruz sobre la tierra: este es el monumento de la civilización moderna. Del pie de esta cruz plantada en Jerusalem salen doce legisladores, pobres, desnudos, apoyados en un báculo, para ilustrar á las naciones, y renovar los reinos.

Las leyes de Licurgo no habían sostenido á Esparta, ni la religión de Numa había conservado la virtud de Roma mas allá de algunos centenares de años; y un pescador enviado por un carpintero estableció en el Capitolio el imperio que ha durado ya diez y ocho siglos, que, según sus profecías, nunca debe perecer.

Después de largo tiempo, la republicana Roma había repudiado la libertad, para convertirse en concubina de los tiranos: la grandeza de su primer divorcio al menos le ha servido de excusa. César es el hombre mas perfecto de la historia, porque reúne el triple

talento de político, escritor y guerrero. Desgraciadamente César estaba corrompido como su siglo: si hubiese nacido en tiempo de las costumbres, hubiera sido el rival de Cincinato y de Fabricio, porque reasumía todas las especies de poder. Mas cuando apareció en Roma, la virtud había pasado, y no encontró mas que la gloria: siguióla á falta de mejor guía.

Augusto, heredero de César, no pertenecía á esa primera raza de hombres que hacen las revoluciones, sino á la clase secundaria que se aprovecha de ellas, y que corona con destreza el edificio cuyos cimientos ha colocado una mano mas fuerte; reunia á la vez la habilidad y la medianía necesarias al mantenimiento de los públicos negocios, que se destruyen del mismo modo con una completa ignorancia, que con una grande superioridad.

El terror que Augusto habia inspirado primero le fué útil: los partidos callaron temblando, y cuando vieron al usurpador haciendo que el senado legitimase su autoridad (1), conservando la paz, no persi-

(1) Hæc cum Cæsar ita recitasset, mire senatorum animi affecti sunt. Fuerunt pauci qui ejus animum intelligerent ideoque adstipularentur; reliqui aut suspicabantur quo hæc concilia dicta essent, aut fidem iis habebant. Horum alteri artificium in occultanda callide sua sententia Cæsaris admirabantur; alteri hoc ejus propositum; alteri ægre ejus versutiam; alteri pœnitentiam captæ reipublicæ procurationis ferebant: jam enim extiterant qui popularem reipublicæ formam, ut turbulentam odissent ac mutationem ejus approbant, Cæsarisque imperio delectarentur.... pro inde cum frequenter etiam dicenti adhuc acclamassent, ubi peroravit, multis omnes eum verbis precati sunt, ut solus imperii summam generet: multisque quibus id ei persuaderent adductis argumentis tandem eo compulerent ut principatum solus obtineret. (Dionis., *Hist. rom.*, lib. LIII, edit Joannis Luenclavii, pág. 502 et 503).

guiendo á ninguno, nombrando sucesor suyo en el consulado á un antiguo amigo de Bruto, reconciliáronse con sus cadenas. El artificioso emperador afectaba las formas republicanas; consultaba á Agrippa, á Mecenas, y quizás á Virgilio (1), sobre el restablecimiento de la libertad el mismo tiempo que invadía todos los poderes (2); se hacia investir con el poder legislativo (3), é instituía la guardia pretoriana (4). Atrá-

(1) Ad quam deliberationem quum Agrippam Mœcena-temque adhibisset (nam cum his de omnibus arcanis suis communicare solebat) prior in han sententiam Agrippa locutus est. (Dionis., *Hist. rom.*; lib. LII, pág. 463, edit. Joannis Luenclavii).

In qua re diversæ sententiæ consultos habuit, Mœcena-tem et Agrippam. ... quare Augusti animus hinc ferebatur et illinc..... Rogavit igitur Maronem an conferat privato homini se in sua republica tirannum facere. (Pág. ultim. *Vitæ Virgilio* tributa Donato, edit. 1699, a P. Ruæo. Parisiis).

(2) In hunc modum pugna navalis facta est 4 nonas Septembris. Id a me non frustra commemoratum est: dies annotare alioquin non solito: sed quod ab ea die primum Cæsar solus rerum potitus est, imperiique ejus recensio præcise ab ea sumitur. (Dionis. Cassi, *Hist. rom.*, lib. LI, pág. 442, edit. Joannis Luenclavii).

Hoc autem anno (ab Urbe condita 735) vere iterum penes unum hominem summa tolius reipublicæ esse cœpit. Quamquam armorum deponendorum, resque omnes senatus populi-que potestati tradendi concilium Cæsar agitaverit. (Ibid., lib. LII, pág. 463; lib. LIII, pág. 474, 544, num. 2, pág. 40).

(3) Quod principi placuit, legis habet vigorem: utpote cum lege regia quæ de imperio ejus lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat. (Ulpian, lib. I, *Princ., etc., de Constit. princip.*)

(4) Certum numerum partim in urbis, partim in sui custodiam allegit, dimissa Calaguritanorum manu quam usque ad devictum Antonium, item Germanorum quam usque ad cladem variantam, inter armigeros circa se habuerat. (Suet., *in Vita Aug.*).

jose las musas para que aplacasen á la historia, y el mundo ha perdonado al amigo de Horacio.

Augusto fijó los límites del imperio romano de este modo (1):

Al Norte el Rhin y el Danubio,

Al Oriente el Eufrates:

Al Mediodía el alto Egipto; los desiertos de Africa y el monte Atlas;

Al Occidente los mares de la España y de las Gálias. Trajano subyugó la Dacia al Norte del Danubio (2), la Mesopotamia y la Armenia al Este del Eu-

(1) Termini igitur finesque imperii romani sub Augusto erant: ab oriente Euphrates; á meridie Nili cataractæ, et deserta Africae et mons Atlas; ab occidente Oceanus; ab septentrione Danubius et Rhenus (Juste Leips. *de Magn. rom.*, lib. I, cap. III, Antuerpiæ, 1637, 6 tom. in fol.; tom. III, pág. 379).

Retenti fines, seu dati imperio romano (en el reinado de Claudio): Mesopotamia per orientem, Rhenus Danubiusque ad septentrionem. et a meridie Mauri acceperere provinciis. (Aur. Vict., *Hist. abbrev.*, part. II, cap. IV: Suet., *Hist. rom.*, vol. II, pág. 427).

Hadrianus gloriæ Trajani certum est indivisse, qui ei suscepit in imperio; sponte propria reductis exercitibus, Armeniam, Mesopotamiam et Assyriam concessit, et inter romanos et parthos medium Euphratem esse voluit. (Sext. Ruf., *Brev.*; Suet., *Hist. rom.*, vol. II, pág. 466).

(2) Romani imperii, quod post Augustum defensum magis fuerat, quam nobiliter ampliatum, fines longe lateque diffudit: urbens trans Rhenum in Germania reparavit: Daciam, Decibalo victo, subegit, provincia trans Danubium facta in his agris quos nunc Teciphalí, et Netophali, et Thembirgi habent. Ea provincia decies centena millia passuum in circuito tenuit. Armeniam, quam occupaverunt Parthi, recepit, Parthamasire occiso, qui eam tenebat. Albanis regem dedit. Iberonem regem, et Sauromatarum, et Bosphoranorum, et Arabum, et Osdrœnorum, et Colchorum, in fidem accepit. Cor-

frates; mas Adriano abandonó estas últimas conquistas. Agricola, en el reinado de Domiciano, acabó de someter la Gran Bretaña (1) hasta los dos golfos entre Dunbritton y Edimburgo.

En los reinados de Augusto y de Tiberio el imperio mantenía veinte y cinco legiones (2), que llegaron

duenos, Marcomedos occupavit: et Anthemusium, magnam Pessidis regionem; Seleuciam et Ctesiphontem, Babylonem et Messenios vicit ac tenuit: usque ad fines et mare Rubrum accepit: atque ibi tres provincias fecit, Armeniam, Assyriam, Mesopotamiam, cum his gentibus, quæ Madenam attingunt. Arabiam postea in provinciæ formam redegit: in mari Rubro classem instituit; ut per eam Imbriæ fines vastaret. (Eutrop., lib. VIII, cap. II et III. Lugduni Batavorum, 1762, in 8.º página 360 et seq.)

Trajanus, qui post Augustum romanæ reipublicæ movit lacertos, Armeniam recepit a Parthis. Sublato diademate, regi Armeniæ majoris regnum ademit. Albanis regem dedit. Iberos, Bosphoranos. Colchos, in fidem romanæ ditionis accepit. Saracenorum loca et Arabum occupavit. Corduenos et Mercomedos obtinuit, Anthemusiam, optimam Persidis regionem, Seleuciamque et Ctesiphontem ac Babyloniam accepit et tenuit. Usque ad Indiæ fines post Alexandrum accepit. In mari Rubro classem instituit. (Sext. Ruf., *Brev.*; Suet. *Hist. rom.*, vol. II, pág. 463).

(1) Quarta æstas obtinendis, quæ percurrerat, insumpta. Ac, si virtus exercituum et romani nominis gloria pateretur, inventus in ipsa Britannia terminus. (Tac., *Agrip.*, cap. XXIII: Suet., *Hist. rom.* vol. III, pág. 366).

Britanniæ situm populosque multis scriptoribus numeratos, non in comparationem curæ ingenive referam; sed quia tunc primum perdomita est. (Tac., *Agrip.*, cap. X; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 369).

(2) Sed præcipuum robur Rhenum juxta, commune in Germanos Gallosque subsidium, octo legiones erant. Hispaniæ recens perdomitæ, tribus habebantur. Mauros Juba rex acceperat donum populi romani. Cætera Africæ per duas legiones: parique numero Ægyptus. Dehinc initio ab Syria us-

á treinta en el reinado de Adriano (1). El número de soldados que componia una legion no fué siempre el mismo; fijándolo en doce mil quinientos hombres hallaremos que defendian tan vasto estado en tiempo de los primeros emperadores, trescientos veinte y dos mil y quinientos, y despues trescientos setenta y cinco mil hombres. Seis mil ochocientos treinta y un romanos propiamente llamados, y cinco mil seiscientos sesenta y nueve aliados ó extranjeros, formaban el completo de una legion; y bajo el yugo de la tiranía no era ya Roma sino las provincias las que suministraban los romanos. Los celtiberos fueron las primeras tropas asalariadas que se introdujeron en las legiones (2). Roma habia combatido en favor de la libertad,

que ad flumen Euphratem, quantum ingenti terrarum fines ambitur, quatuor legionibus coercita: accolis Ibero Albanoque et aliis regibus, qui magnitudine nostra proteguntur adversum externa imperia. Et Thraciam Rhoemetalces ac liberi Cotys; ripamque Danubii legionum in Pannonia, ducere in Mœsa attinebant: totidem apud Dalmatiam locatis, quæ positu regionis a tergo illis, ac, si repentinum auxilium Italia posceret, haud procul accirentur. (Tac. *Ann.* lib. IV, cap. V; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 485).

Alebantur eo tempore legiones civium Romanorum XXIII, aut, quem alii numerum ponunt, XXV. (Dion., lib. LV, cap. XXIII, Stramburgi, 4752, fol., pág. 794).

(1) Arguentibus amicis quod (Favonius) male cederet Hadriano, de verbo quod idonei auctores usurpassent, risum iudicundissimum movit. Ait enim: «Non recte suadetis, familiares, qui non patimini me illum doctiorem omnibus credere, qui habet triginta legiones.» (Spart., in *Hadrian.*, cap. XV; Suet., *Hist. rom.*, vol. II, pág. 284).

Sub Augusto et Tiberio vigintiquinque legiones fuerunt, ex Dione et Tacito: quin postea tamen auxerint, vix dubitu, et sub Trajano atque Hadriano certum fuisse triginta, aut et supra (Lips., *de Magnit. rom.*, lib. I, cap. IV. Antuerpiæ, 4637, fol., tom. III, pág. 379).

(2) In modo ejus anni in Hispania ad memoriam insigne

y confió á hombres mercenarios el cuidado de defender su esclavitud.

Diez y seis legiones guarnecian el Rhin y el Danubio (1), dos estaban acantonadas en la Dacia, tres en la Mesia, cuatro en la Pannonia, una en la Norica, una en la Rhecía, tres en la alta y dos en la baja Germania, ocupando tres legiones la Bretaña; y ocho le-

est, quod mercenarium militem in castris neminem ante, quam tum Celtiberos, Romani habuerunt. (Tit. Liv., lib. XXIV, cap. XLIX. Lugduni Batavorum et Amstelodami, 1740, in 4.º tom. III, pág. 934).

(1) Había allí veinte y ocho legiones en tiempo de Augusto, cuya distribución puede verse en el pasaje de Tácito, después se alteró el número y el destino.

Sed hæc ita sub Augusto; ut tamen tetigi creverunt, et primum Claudius imperator, Britannia domita, legiones in ea tres locavit, manseruntque. Tum Vespasianus duas etiam in Cappadocia: et Trajanus deinde in Dacia duas. Just. Lips., *de Magnit. rom.* lib. I, cap. IV, Antuerpiæ 1637, fol., tomo III, pág. 379).

En el reinado de Alejandro Severo restaban solamente diez y nueve de las veinte y ocho de Augusto, habiéndose disuelto ó reunido las otras, como dice Dion; mas los sucesores de Augusto añadieron otras á las anteriores.

Alebantur eo tempore (Augusti ævo) legiones civium romanorum XXIII, aut, quem alii numerum ponunt, quinque et viginti: nostro tempore solæ novem decim ex iis restant: nempe secunda legio Augusta, cujus in superiori Britannia sunt Hyberna, tres tertix, una in Phoenicia, Gallica nomine; altera in Arabia, Cyrenaica dicta legio; tertia Augusta, in Numidia: quarta Scythica, in Syria: quinta Macedonica, in Dacia: sexta duæ, una inferiori Britannia, Vietrix; altera in Judeæ: Ferrata: septima in Mysia superiore, Claudiana præcipue nuncupata: octava Augusta, in Germania superiore, decima utraque gemina, cum quæ in Pannonia superiore, tum quæ in Judeæ posita est: undecima in Mysia inferiore, Claudiana cognomento (hæc duæ legiones a Claudio sunt nominatæ, quod adversus eum in seditione Camilli non rebe-

giones, de las que seis moraban en Siria y dos en Capadocia, bastaban para asegurar la tranquilidad de Oriente. Egipto, Africa y España se mantenian en paz sujeta cada una á la policia de una legion. Diez y seis mil hombres de cohortes de la ciudad y de guardias pretorianas (1), protegian en Italia el doble monumen-

tllassent); duodecima in Cappadocia, Fulminifera: decimater-
tia gemina in Dacia: decimaquarta gemina in Pannonia su-
periore: decimaquinta Apollinaris in Cappadocia: vicesima
Valeria et Victrix, in Britannia superiore versantes: quam
vicesimam, ut mihi videtur, eandem cum ea legione, cui pa-
riter nomen est vicesimæ, et cui Hyberna in superiore sunt
Germania (quamvis non ab omnibus Valeria dicatur, neque
hodie id nomen retineat), Augustus acceptam servavit. Hæ
itaque legionis Augusti supersunt, reliquis aut omnino dis-
persatis, aut ab ipso Augusto, et aliis imperatoribus, inter
cæteras legiones acmixtis, unde Geminarum appellatio tracta
putatur.—Ac quoniam quidem semel de legionibus dicere
cœpi, lubet reliquas etiam superstites, ab aliis imperatori-
bus deiceps lectas, hoc loco referre, ut qui de his cognosce-
re cupit, uno omnia loco facilius percipiat. Nero legionem
primam, Italicam nuncupatam, instituit in inferiori Mysia
hyemantem: Galba primam Adjutricem, in inferiori Panno-
nia, septiman in Hispania: Vespasianus secundam Adjutri-
cem, in Pannonia inferiori, quartam in Syria Harsam: Do-
mitianus primam Minensiam, in Germania inferiori: Traja-
nus secundam Ægyptiam, et trigesimam Germanicam, qui-
bus a suo nomine imposuit Marcus Antonius secundam
in Norico tertiam in Rhætia: quæ etiam Italicæ vocantur Se-
verus Parthicas primam et tertiam in Mesopotamia, secun-
damque Mediam in Italia. Nostro itaque tempore tot sunt
legiones civium præter urbanos et prætorianos: sub Augusto
autem seu XXIII, seu XXV ictæ alebantur, ac multæ etiam
aliæ auxiliariæ, equitum peditumque et classiariorum, qua
non certus numerus mihi non constat. (Dion., lib. LV, cap.
XXIII et LIV, Hamburgi; 1752, fol., pág. 794 et seq.)

(1) Decies item mille prætoriani milites in decem divisi
cohortes: ultro præsidiani, ad sex millia, in quatuor cohortes

to de la libertad y de la servidumbre, el Capitolio y el palacio de los Césares.

Tres flotas, la primera en Ravenna, la segunda en Misena, la tercera en Frejus, vigilaban la seguridad del Mediterráneo Oriental y Occidental (1), la cuarta armada dominaba el Océano, entre la Bretaña y las Galias; la quinta cubría el Ponto-Euxino, y veíanse estacionadas en el Rhin y en el Danubio (2) barcas

distributi. (Dion., lib. LV, cap. XXIV. Hamburgi, 1752, fol., pág. 797).

Totidem (legionibus), apud Dalmatiam locatis, quæ positi regionis á tergo illis, ac si repentinum auxilium Italia posceret, haud procul accirentur; quamquam incederet urbem proprius miles, tres urbanæ, novem prætoriarum cohortes. Etruria ferme Umbriaque delectæ, aut vetere Latio, et coloniis antiquitus romanis. (Tac., *Ann.*, lib. IV, cap. V; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 485).

Aumentáronse en el reinado de Vitelio.

Insuper confusus, prævitate vel ambitu, ordo militiæ. Sedecim prætoriarum, quatuor urbanæ cohortes scribebantur, quæ singula millia iuesent. (Tac., *Hist.*, lib. II, cap. XCIII; Suet., *Hist. rom.* vol. III, pág. 344).

(1) Ex militaribus copiis legiones et auxilia provinciatiim distribuit: classem Miseni, et alteram Ravennæ, ad tutelam superi et inferi maris, collocavit. (Suet., *Aug.* cap. XLIX; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 30).

Italiam utroque mari duæ classes, Misenum apud et Ravennam, proximumque Galliæ littus rastratæ naves præsidebant, quas actiaca victoria captas Augustus in oppidum Foro-Julienense miserat, valido cum regimine. (Tac., *Ann.* lib. IV, cap. V; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 185).

Apud Misenum ergo et Ravennam singulæ legiones cum classibus stabant, ne longius á tutela urbis abscederent: et cum ratio postulasset, sine mora, sine circuito ad omnes mundi partes navigio pervenirent. (Veget., lib. IV, cap. XXXI, *Vesaliæ Clivorum*, 1670, 8, pág. 133).

(2) Igitur digressus castellis Vannius, funditur prælio; quamquam rebus adversis laudatus quod et pugnam manu

coronadas de soldados, tal era la fuerza regular del imperio. Esta fuerza, acrecentada gradualmente, no se elevaba sin embargo mas allá de cuatrocientos cincuenta mil hombres, en el momento en que millares de bárbaros se preparaban para atacarla. Verdad es que todo romano se reputaba soldado, y que en ciertas ocasiones recurriase á los levantamientos extraordinarios conocidos con el nombre de *conjuracion* ó de *evocacion*, y ejecutados por los *conquistadores* (1). Enarbolábanse en caso de *tumulto* dos banderas en el Capitolio, una colorada para reunir á los de á pie, y otra azul para reunir á los caballeros.

Una linea de puestos fortificados principalmente en las márgenes del Rhin y del Danubio, en ciertos puntos de las murallas, y las fábricas de armas situadas á una distancia conveniente, completaban el sistema defensivo de los romanos. Mudóse este sistema poco despues del reinado de Augusto hasta el de Decio, añadiendo únicamente á la defensa lo que la experiencia habia demostrado ser útil.

En el reinado de Augusto encendióse la guerra de la Germania, en que Varo perdió sus legiones.

Cuando Augusto entraba en su duodécimo consulado, y Cayo César era declarado principe de la juventud, ¿qué sucedió en un rincon de Judea?

«Hacia este tiempo publicóse un edicto de César

capescit, et corpore adverso vulnera excepit. Cæterum ad classem in Danubio opperientem perfugit. (Tac. *Ann.*, lib. XII, cap. XXX; Suet., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 224).

Nam per Rheni quidem ripam quinquaginta amplius castella direxit, Bonnam et Geconiam cum pontibus junxit, classibusque firmavit. (Hor., lib. IV, cap. XII; Suet., *Hist. rom.* vol. II, pág. 51).

(1) *Qui rempublicam salvam esse vult, me sequatur*, decía el cónsul. *Tumultus quasi timor multus, vel a tumeo*. Cic., *Phil.*

Augusto mandando formar el padron de los habitantes de toda la tierra.

«José partió tambien de la ciudad de Nazareth, que está en Galilea, y vino á Judea á la ciudad de David, llamada Bethelcem, porque era de la casa y familia de David;

«Para hacerse empadronar con Maria, su esposa, que estaba preñada.

«Mientras permanecían alli, cumpliöse el tiempo en que debia parir. -

«Y dió á luz su hijo primogénito, y habiéndole puesto los pañales, le acostó en un peñebre, porque no quedaba sitio para ellos en la posada.

«Había en los contornos pastores que pasaban la noche en los campos haciendo por turno guardia á su gaudado.

«Y súbitamente se les presentó un ángel del Señor, y viéronse cercados de una luz divina que les llenó de miedo.

«Entonces el ángel les dijo: No temais, que vengo á daros una nueva que será para todo el pueblo objeto de suma alegría.

«En este día, y en la ciudad de David, os ha nacido un salvador, que es Cristo.»

Semejantes prodigios no fueron conocidos de la corte de Augusto donde Virgilio cantaba á otro niño: las ficciones de su musa no igualaban la pompa de la realidad, de que eran testigos algunos pastores. ¡Un niño de condicion servil, de estirpe menospreciada, nacido en un establo en Bethelcem, era un singular dueño del mundo, y hubiera causado suma admiracion á Roma su nombre! Y sin embargo, contando desde el nacimiento de este niño, se muda la cronología y señala el primer año de la era moderna (1).

(1) La verdadera cronología coloca el nacimiento de Jo-

Tiberio, sucesor de Augusto, no se tomó el trabajo de seducir á los romanos; oprimiéndolos francamente y los obligó á que le agradeciesen la servidumbre. En él tiene principio la serie de monstruos nacidos de la corrupcion romana.

El primero en el orden de los tiempos fué tambien el mas hábil: todo degenera, hasta la tiranía, y tras los tiranos activos vienen los tiranos holgazanes.

Tiberio estendió el crimen de lesa magestad que habia inventado Augusto. Convirtiéndose este crimen en una ley de rentas, de donde nació la raza de los delatores, nueva especie de magistratura que Domiciano declaró sagrada bajo la justicia de los verdugos (1).

Tiberio sacrificó los derechos del pueblo á los senadores, y las personas de los senadores al pueblo; porque el pueblo pobre é ignorante no tenia fuerza sino en sus derechos, y porque los senadores ricos é instruidos no deducian su poder sino de su valor personal.

Tiberio unia á sus demas defectos el de las almas

sucristo en 25 de diciembre del año de Roma 734, año vigésimo séptimo del reinado de Augusto; pero la era comun lo cuenta, como lo he observado, en el año 734 de la fundacion de Roma.

(1) *Legem majestatis reduxerat: cui nomen apud veteris idem, sed alia in judicium veniebant. Si quis proditione exercitum aut plebem seditionibus denique, male gesta republica majestatem populi romani minuisset. Facta arguebantur, dicta impune erant. Primus Augustus cognitionem de famosis libellis specie legis ejus tractavit, commotus Cassii Severilibidine, qua viros feminasque illustres, procacibus scriptis diffamaverat. Mox Tiberius, consultante Pompeio Macro priore: *an judicia majestatis redlerentur? Exercendas leges esse.* respondit. (Tac., *Ann.*, lib. I, cap. LXXII, pág. 428 et 429, edit. 1715, a Christ. Hauffio Leipsick.—*Cod.*, lib. IX, tit. VIII, *Ad legem Julian majestatis.*—*Digest.* eodem.)*

pequeñas, el odio á los servicios que le habian prestado, y los celos del mérito: el talento inquieta á la tiranía; débil, ella le teme como una potencia; fuerte, le odia como á la libertad.

Las costumbres de Tiberio eran dignas del resto de su vida; mas guardábase silencio sobre sus costumbres, porque llamaba á los crimenes en auxilio de sus vicios, y el terror sofocaba el desprecio.

La guerra de los germanos continuó en el reinado de este príncipe dando motivo á las victorias de Germánico, las cuales prepararon el veneno con que debia espirlas. Los triunfos de Germánico le costaron la vida, y murió desu gloria, si es permitido hablar así.

El año en que su viuda, la primera Agripina, despues de prolongados padecimientos fué á reunirsele en la tumba, el Hijo del Hombre acababa su mision, despues de haber dado á los pueblos, la religion, la moral y la libertad en el momento en que espiraban en la tierra.

«Sin embargo, la madre de Jesus, y la hermana de su madre, María esposa de Cleofás, y María Magdalena, estaban cerca de la cruz.

«Habiendo visto Jesus á su madre, y cerca de ella al discípulo que amaba, dijo á su madre: Muger, mira á tu hijo.

«Despues dijo al discípulo: Mira á tu madre. Y desde aquel momento el discípulo la tuvo por suya.

«Sabiendo despues Jesus que todo se habia cumplido; para que tambien se cumpliese una *palabra* de la Escritura, dijo: Tengo sed.

«Y como hubiese un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon una esponja, y cercándola de hisopo la acercaron á sus labios.

«Habiendo Jesus bebido el vinagre, dijo: Todo se ha cumplido: é inclinando la cabeza exhaló el espíritu.»

En esta narracion no se encuentran el language y las ideas de los historiadores griegos y romanos; penetramos en regiones desconocidas. Dos mundos enteramente diversos se presentan aqui á la vez: Jesucristo en la cruz, y Tiberio en Caprea.

La publicacion del Evangelio comenzó el dia de Pentecostés del mismo año. Tuvo principio la iglesia de Jerusalem, y se eligieron los siete diáconos: Esteban, Filipino, Prochoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás (1). El primer martir fué San Esteban (2): Simon el mago inventó la primera heregia (3), á la que siguió la de Apolonio de Thiana. Saulo, de perseguidor que era, se convirtió en apóstol de los gentiles con el grande nombre de Paulo. Pilatos envió á Roma las actas del proceso del hijo de María: Tiberio propuso al senado colocar á Jesucristo en el número de los dioses (4). Y la historia romana ha ignorado estos hechos.

(1) Et elegerunt Stephanum, virum plenum fide et spiritu sancto, et Philippum, et Prochorum, et Nicanorem, et Timonem, et Parmenam, et Nicolaum advenam Antiochenum. (*Act. apost. V. S.*, pág. 289. Lion, 1684).

(2) Et lapidabant Stephanum invocantem et dicentem: «Domine Jesu, suscipe spiritum meum.»

(3) Simon nimirum quidam Samaritanus, in vico cui Gitthon nomen est, natus sub Claudio Cæsare... propter magicas quas exhibuit virtutes deus habitus, et statua apud eos veluti deus honoratur; quæ statua in amne Tiberi, inter duos pontes est erecta, latinam hanc habens inscriptionem: *Simoni deo sancto*; ac Samaritani prope omnes, ex aliis nationibus etiam perpauca, illum quasi primum deum esse confidentes, adorant quoque. (*Juff., Mart. Apol.*, tomo II, página 69).

(4) Pilato de christianorum dogmate ad Tiberium referente, Tiberius retulit ad senatum, ut inter cætera sacra reciperetur. Verum, cum ex consultu patrum christianos eliminari Urbe placuisset, Tiberius post edictum, accusatoribus

Después de Tiberio, un loco y un imbécil, Calígula y Claudio, levantáronse con el imperio, que caminaba entonces sí por solo y á su arbitrio segun lo habia montado su predecesor, con la servidumbre y la tiranía.

Debemos hacer justicia á Claudio; no queria el poder: oculto detrás de una puerta mientras el tumulto que siguió al asesinato de Cayo, un soldado le descubrió y le saludó con el nombre de emperador (1). Claudio consternado solamente pedia la vida: diéronle el imperio, y lloraba cuando le hacian ese don.

En el reinado de Claudio comenzó la conquista de la Gran Bretaña; y como habia nacido en Lion el emperador, introdujo los galos en el senado.

Los judíos perseguidos en Alejandria enviaron á Calígula por diputado á Filon. Herodes Antipas (2) y

christianorum comminatus est mortem, scribit Tertullianus in *Apologetico*. (Euseb., *Cæs.*, *Chron.*, An. Dom. XXXVIII. —Bale).

(1) Neque multo post, rumore cædis exterritus, processit ad solarium proximum, interque prætenta foribus vela se abdidit: latentem discurrens forte gregarius miles, animadversis pedibus, e studio sciscitandi quisnam esset, agnovit, extractumque, et præ metu ad genua sibi accidentem, imperatorem salutavit. (*Vita Claudii*, cap. II, pág. 202, edit. de 1764, per Ophelot de la Pausse. Parisiis).

(2) Anno Domini 38, regnante Calígula, Herodes Lugdunum Galliæ nuttitur in exilium (Joseph. 18-14).

Intea Tiberius duobus et virginti circiter annis sui principatus exactis, vivendi finem fecit: postquam Cæsus imperium suscepit: et continuo Judæorum principatum tradidit. Agrippæ simul et Philippi ac Lysana: tetrarchias, cum quibus et Paulo post Herodis eidem pariter contulit. Ipsum vero Herodem qui vel in Jhoannis nece auctor extiterat, vel in passione Domini interfuerat: multis excruciatum modis, æterno damnat exilio; sicut Josephus in his quæ supra inseruimus

Pilatós fueran reelegados en las Galias. Cornelio es el primer soldado romano que recibió la fé cristiana.

Con la fundación de las siete iglesias del Asia Menor, acrecentóse el número de los discípulos del Evangelio; y estos discípulos del Evangelio recibieron en Antioquía por vez primera el nombre de *cristianos* (1). Pedro, encarcelado en Jerusalem por Herodes Agrippa, recobró milagrosamente la libertad. Este príncipe de una nueva especie, cuyos sucesores eran llamados á ocupar el solio de los Césares, entró en Roma (2) con el báculo pastoral en la mano el segun-

scribit. (Euseb., Cæs., *Historia.*, lib. II, pág. 482, edit 1559. Basileæ, per Henricum Petri, in 4).

Ved el pasage que trae Eusebio en el lugar indicado, según Niceforo y Josefo. (*Antiq. Jud.*)

In tantas et tam graves calamitates ut fertur, incurrit, ut necessitate adductus, sibi propria manu mortem consciceret, suorumque ipse scelerum vindex existeret. Euseb., *Hist. eccl.*, lib. II, cap. VII.

(1) Et annum totum conversati sunt ibi in ecclesia; et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiæ discipuli christiani. (*Act. Apostolor.*, cap. X, vers. 26, pág. 293. Lugduni, 1684).

(2) Continuo namque in ipsis Claudii temporibus, clementia divinæ Providentiæ probatissimum omnium apostolorum, et maximum fidei, magnificentia et virtutis merito primum principem Petrum, ad urbem Romanam velut adversum humani generis communem perniciem repugnaturum deducit, ducem quemdam et magistrum militiæ suæ, scientem divina prelia gerere, et virtutum castraductare, iste adveniens ex orientis partibus, ut cœlestis quidam negotiator, mercimonia divini luminis, si quis sit comparare paratus, advexit, et salutaris prædicationis verbo primus in urbe Roma Evangelii sui clavibus januam regni cœlestis aperuit. (Euseb., Cæs., *Eccless. Hist.*, lib. II, pág. 487, edit. Basileæ, per Henric. Petri, 1559, in 4.^o).

Petrus Apostolus, natione Galileus, christianorum ponti-

do año del reinado de Claudio. Antes de derramarse por la tierra para anunciar al Mesías, los apóstoles compusieron en Jerusalem el símbolo de la fé. El código de los cristianos, que habia de ser despues la ley del mundo, no estaba escrito: Jesucristo no escribió nada; siete apóstoles nos han dejado sus obras, y existen otras cuyo nombre se ignora. Y la doctrina de estos hombres desconocidos ha recorrido la tierra. Juan sembró su enseñanza en el Asia Menor, y llevó consigo á María, que el Salvador le habia legado desde lo alto de la cruz: encaminóse Felipe á la alta Asia, Andrés á los escitas, Tomás á los partos, y hasta á las Indias, donde Bartolomé llevó el Evangelio de San Mateo, escrito antes que los demas Evangelios. Simon predicó en Persia, Matías en Etiopia, Pablo en Grecia; Marcos, discípulo de Pedro, redactó su Evangelio en Roma, y Pedro envió misioneros á Sicilia, á Italia, á las Galias y á las costas de Africa. San Pablo llegaba á Efeso cuando moria Claudio, y catequizó por sí mismo en Provenza y en las Españas.

Sabemos por las Epístolas de este apóstol que los primeros cristianos y las primeras cristianas en Roma, fueron Epenitas, María, Andrónico, Junia, Ampliato, Urbano, Stachys y Apeles. Pablo saluda también á los fieles de la casa de Aristóbulo y á los de la casa de Narciso (1), el célebre favorito de Claudio. Semejantes nombres son oscuros, y no se hallaban en los documentos suministrados á Tácito, pero es sin duda

lex, cum primum Antiochenam Ecclesiam fundasset, Romam proficiscitur, ubi Evangelium prædicans viginti quinque annis ejus urbis episcopus perseverat. (Euseb. Cæsaris Chronicon, don Hieronimo interprete. Ann. Dom. 44, pág. 77, edit. Basilæ, per Henric. Petri, 1559).

(1) *Salutate eos qui sunt ex Narcissi domo, qui sunt in Domino. Ep. XVI, B. Pauli, ad Romanos, vers. 11).*

muy prodigioso observar, desde el punto á que hemos llegado, al mundo cristiano comenzando desconocido en la casa de un liberto, que la historia ha creído debía inscribir en sus fastos.

A la manera que todos los conquistadores han sido Alejandro, todos los tiranos han heredado también el nombre de Neron. No conocemos la razón por qué este príncipe ha gozado de tan insigne honra, porque no fué ni mas cruel que Tiberio, ni mas insensato que Calígula, ni mas licencioso que Eliogábalo; quizás será por la muerte que dió á su madre; y porque fué el primero que persiguió á los cristianos. Puede ser también que su entusiasmo por las artes diese á su tiranía un carácter de ridiculez que sirviese para hacerlo notable. El hermoso cielo de Bayas y las fiestas, eran el teatro donde Neron prefería ostentar sus maldades.

Los senadores que le condenaron á muerte probaronle que un artista no vive en todas partes, como tenía costumbre de decir cantando al son del laud (1). Los esclavos que juzgaron á su dueño caído, no osaron atacarle cuando aun se sostenía en pie, y dejaron vivir al tirano, hiriendo solo al histrion.

El incendio de Roma, del que acusaron á los cristianos confundiéndolos con los judíos, produjo la primera persecución: clavaban á los mártires en la cruz como á su *Maestro*, ó cubiertos con pieles de fieras entregábanlos á los perros para que los devorasen, ó los vestían con túnicas impregnadas de pez, á las que prendían fuego (2): la materia fundida caía al suelo juntamente con la sangre. Las primeras hogueras de

(1) Prædictum a mathematicis Neroni olim erat: fore ut quandoque destitueretur. Unde vox ejus celeberrima.

(Suet. in Vit. Neronis).

(2) Pone Tigellium, tæda lucebis in illa,

la fé alumbraban las fiestas nocturnas que Neron daba en sus jardines, y á la luz de sus llamas conducia los carros.

Pablo acusado delante de Felix y delante de Festo, vino á Roma, donde predicó el Evangelio con Pedro (1).

La heregia de los nicolaitas habia tomado su nombre de Nicolás, uno de los siete diáconos primeros. San Jacobo, obispo de la iglesia judía, habia padecido el martirio: la guerra de Judea comenzaba bajo el dominio de Sexto Galo, y los cristianos habianse retirado de Jerusalem.

Apolonio de Thiana que desembarcó, segun decia, en la capital del mundo para ver que animal era un tirano (2), fué expulsado con los otros filósofos. Pedro y Pablo, encerrados en la prision Mamertina, al pie del Capitolio, fueron sentenciados á muerte: cortaron

Qua stantes ardent: qui fixo gutture fumant
Et lacum media sulcum deducit arena.

(Juv., *Sat.* I, vers. 139).

Afflicti periculis christiani. (Suet. *in vita Neronis*, p. 251, cap. XVI).

Nero, quæsitissimis pœnis adfecit, quos per flagitia invisos, vulgus *christianos* appellabat.

Et pereuntibus addita ludibria, ut ferarum tergis confecti, laniatu canum interirent, aut crucibus affixi, aut flammandi, atque ubi defecisset dies, in usum nocturni luminis uterentur. (Tacit., *Annal.*, lib. XV, edit. de Barbou).

(1) Cum autem venissemus Romam, permissum est. Paulo manere sibimet cum custodiente se milite. (*Act. Apost.*, cap. XXVIII, vers. 16).

Mansit autem biennio in suo conducto: et suscipiebat omnes qui ingrediebantur ad eum.

Prædicans regnum Dei, et docens quæ sunt de Domino Jesuchisto, cum omni fiducia, sine prohibitione.

(2) Præterea tantum qui peragraverim terrarum, quantum antea mortalium nemo, belluasque viderim arabicas, in-

la cabeza á San Pablo como ciudadano romano, cerca de las aguas Salviannas, en un sitio ahora desierto, donde se ven tres fuentes, á alguna distancia de la basílica llamada San Pablo, estramuros, que un incendio destruyó en el momento mismo de la muerte de Pio VII. Pedro, reputado judío y de condicion vil, fue crucificado cabeza abajo en el monte Janículo, y enterrado á lo largo de la via Aurelia, cerca del templo de Apolo (1): allí se levanta en el dia el palacio del Vaticano y la iglesia de San Pedro, que compite en grandeza con las mas imponentes ruinas de Roma. Neron no sabia sin duda el nombre de los dos malhechores de baja estirpe condenados por los dos magistrados, los cuales, despues de Jesucristo, eran los fundadores de una religion nueva, de una nueva sociedad, de un poder que continuaria la eternidad de la ciudad de Rómulo.

Lino, de quien se trata en las Epístolas de San

dicasque varii generis; hæc tamen bellua quam tyrannum vulgò vocant, neque quot capita habeat novi, neque utrum curvis unguibus serratisque sit dentibus.

(Philost., *in Vit. Ap. Tyan*).

(1) Paulum proinde Romæ eo regnante securi percussum, et Petrum etiam suffixum cruci, historiarum monumentis praditum est: quin etiam insignis ac testata Petri ac Pauli inscriptio, quæ in cœmenteris Romæ ad hoc usque tempus manet, hujus ei gestæ fidem facit: usque hæc ita se habere confirmat itidem vir ecclesiasticus, Cæsus nomine, qui Zephyrini pontificis romani temporibus vixit, inque disputatione escriptis prodita....!

Ego, inquit, apostolorum trophea perspicue possum ostendere: nam si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam quæ Ostiensis dicitur, te conferre, trophea eorum qui istam ecclesiam suo sermone et virtute stabiliverunt, invenies. Porro Dionysius, corinthiorum episcopus, illos ambos martyrium eodem tempore pertulisse, sic ad romanos scribens commemorat: Petrum et Paulum, qui romanos et corinthios primum

Pablo, sucedió á San Pedro, y San Clemente ó San Cleto á San Lino.

El pueblo romano amó á Neron, y creyó reencontrarlo despues de su muerte en los impostores: algunos cristianos creyeron que Neron era el Ante-Cristo y que volveria á aparecer al fin de los siglos (1): aguardábale el mundo pagano para sus delicias, y el mundo cristiano para sus pruebas.

Todavía reinaba Neron cuando San Marcos fundó la iglesia de Alejandria, que principiò por los terapeutas, secta judia entregada á la vida contemplativa (2),

in ecclesiam Christi inseruerunt, prudenti quadam admonitioni impulsi, in unum locum conclusistis.... Nam ambo.... eodem tempore pariter martyrium subierunt. (Eusebii, *Hist. ecclesiast.*, lib. II, pág. 49).

Petrus ad extremum cum Rómæ versaretur, capite deorsum statuto, sic enim perpeti cupiebat cruci suffixus est.... Quid attinet de Paulo dicere.... Neroni summam rerum administrante, martyrio occubuit. Ista ab Origine ad verbum tertio tomo commentariorum quos scripsit in genesim revera commemorata sunt. (*Ibid.*, lib. III, cap. I, pág. 54).

Petrus ad terram capite verso cruci affixus est in Vaticano, juxta viam triumphalem sepultus.... Paulus vero gladio animadversus et via Ostiensis sepultus (Baron., *Martyr.*, página 289).

(1) Nero.... Dignus extitit qui persecutionem in christianos primus inciperet, nescio an postremos exlerit: si quidem opinione multorum receptum sit, ipsum Ante-Christum venturum. (Sulpitii Severi, *Sacra Hist.*, lib. II, pág. 95, edict. Elzeviriana; Lugduni Batavorum, anno 1643).

Cæterum cum ab eo de fine sæculi quæremus, ait nobis (S. Martinus), Neronem et Ante-Christum prius esse venturos; Neronem in occidentali plaga regibus subactis decem, imperatorem persecutionem autem ab eo hætenus exercendam, ut idola gentium coli cogat. (Sulpitii Severi, *Dialog.* II, pag. 306, edit., ead).

(2) Aiunt Marcum primum in Ægyptum trajecisse.... Atque tanta hominum et mulierum fidem christianam ample-

y que fué el primer modelo de las órdenes monásticas cristianas. Los terapeutas diferian de los esenios, que solamente se veian en Palestina, y que vivian en comun con el trabajo de sus manos. La escuela filosófica de Alejandría mezcló tambien sus doctrinas á las del cristianismo; sutilizó la sencillez evangélica, y produjo famosas heregias.

La muerte de Neron causó una revolucion en el estado: la eleccion pasó á las legiones, y la constitucion se hizo militar. Hasta entonces la dignidad imperial se habia conservado en la familia de Augusto por una especie de derecho de sucesion: es verdad que el senado y los pretorianos habian añadido mas ó menos fuerza á este derecho; pero en fin la eleccion se habia concentrado á la ciudad eterna, y á la sangre del primero de los césares. Usurpada por las legiones produjo mudanzas esenciales, multiplicó las guerras civiles, y por lo mismo las causas de destruccion; y el ejército nombrando á su señor, y no recibéndolo ya de la voluntad de los senadores y de los dioses, no tardó en menospreciar su obra. Los bárbaros introducidos en el ejército se acostumbraron á hacer emperadores, y cuando se cansaron de dar el dominio del mundo, lo reservaron para sí.

En el despotismo hereditario hállanse prendas de reposo para los hombres, mas cuando envejecen pier-

xantium ex prima aggressionem et conatu, pergrave in primis, sanctum et severum ejus vivendi exemplum ibi cogebatur multitudo, ut Philo ipse eorum studia, exercitationes, mores, frequentes congressus, communem inter ipsos victus rationem suis scriptis persequi, operæ pretium existimaret.... Apud nos, id est monachi.... appellati sunt.... Ab Hebrais, ut videtur, ducebant originem. Propterea per multa vetera instituta propius ad judeorum consuetudinem accedentia observabant. (Euseb. *Hist. eccles.*, lib. II, página 29).

de su aspereza. En el despotismo electivo cada gefe se levanta á la soberanía con la fuerza del primer nacido de su raza, y entrégase á la opresion con todo el ardor de un recién entronizado en el poder; siempre permanece el tirano en su vigor electivo, mientras que la nación que no se renueva, queda en su servidumbre hereditaria. Y como el imperio romano ocupaba el mundo conocido, y como el emperador podia ser elegido en todas partes, de ahí la diversidad de las tiranías, segun que el señor era originario de Africa, de Europa ó de Asia. Las variedades de opresion diseminadas al presente por los diversos climas, con la eleccion se reunian en la púrpura, donde cada candidato llegaba con su propio carácter y las costumbres de su pais.

Seyano, que aprovechándose de la celosa vejez de Tiberio habia emponzoñado á Druso, ocasionado la desgracia, y por consiguiente la muerte de Agripina y de sus dos hijos mayores, no quitó la vida al hijo tercero de Germánico. Este fué Cayo-Calígula: Claudio su tio, hermano de Germánico, proclamado emperador por los pretorianos, y principalmente por los germanos de la guardia, tuvo de Mesalina al desventurado Británico. Agripina, hermana de Calígula, é hija de la primera Agripina, esposa de Germánico, se casó en segundas nupcias con su tio Claudio, y le hizo adoptar á Neron, que habia tenido de su primer matrimonio con Domicio-Ahenobarbo. Neron, encumbrado al imperio despues de haberse deshecho de Británico, se vió obligado á privarse de la existencia, y con él se estinguió la familia de Augusto. No obstante los vicios y los crímenes que le han hecho execrable, tenia esta familia ciertas maneras llenas de elevacion y de delicadeza, que dan el ejercicio del poder, la costumbre de las riquezas, y los recuerdos de una línea histórica. La casa de Julio pretendia descender por un lado de

Eneas por los reyes de Alba, y por otro de Clauso el sabino y de todos los Claudios, sus orgullosos descendientes.

Galba, que ocupó breves instantes el puesto de Neron, pertenecía tambien a la aristocracia; mas tras éste viene una nueva clase de príncipes. Cuantas veces se verifica un gran cambio en la constitucion del estado, las antiguas familias desaparecen, ó bien porque se agoten y estingan realmente, ó bien porque obedeciendo ó resistiendo al nuevo poder, desaparezcan por el desprecio que acompaña á su sumision, ó por el olvido que sigue á su fiereza. El despotismo era aristocrático con la eleccion del senado, y se hizo democrático con la eleccion de las tropas.

En el año primero del reinado de Neron notaremos el nacimiento de Tácito; este hombre apareció despues de los tiranos para castigarlos, como el remordimiento sigue al crimen. Tito-Livio murió en tiempo de Tiberio: Tito-Livio y Tácito se dividieron la pintura de las virtudes y vicios de los romanos; los vicios mencionados por el primero fueron tan inútiles como las lecciones dadas por el segundo.

Durante el reinado de Neron sublevóse la Gran Bretaña, y quedó arruinada: removiéronse los partos, y contúvolos Corbulon; los germanos permanecieron tranquilos, á escepcion de los frisonos y de los ansibaros, que quisieron ocupar á lo largo del Rhin el pais que los romanos dejaban inculto. El anciano gefe de los ansibaros, rechazado por el general romano, gritó: «No puede faltarnos tierra para vivir ó para morir en ella (1).» Debemos contar á los ansibaros en el número de nuestros antepasados, porque despues formaron

(1) Deesse nobis terra in qua vivamus, in qua moriamur non potest. (Tacit., *Annal.*, lib, XIII, pág. 236. Apud Barbou, Parisiis, 1779).

parte de la liga de los francos. Galba, Othon y Vite-
lio pasaron rápidamente, teniendo apenas tiempo para
ocultarse bajo el manto imperial. Galba había dicho á
Pison, en el hermoso discurso que pone en su boca
Tácito, que la eleccion reemplazaria para el pueblo
romano la libertad, y esta libertad no fué mas que la
decision de la fuerza.

Algunas palabras de Galba son dignas de la anti-
gua Roma cuya sangre conservaba. Los legionarios
solicitaban una nueva gratificacion, y les respondió:
«Yo elijo los soldados y no los compro (1).»

Othon acababa de sublevar á los pretorianos, y un
soldado se presentó á Galba con la espada desnuda,
asegurando que había muerto á Othon. «¿Quién te lo
ha mandado?» dijo el viejo emperador (2).

Asesinaron á Galba en la plaza pública: rodeado
de los sediciosos á quienes había sublevado Othon,
alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: «Herid,
si mi muerte es útil al pueblo romano.» Cayó su ca-
beza, que estaba calva, y un soldado para llevarla [se
vió precisado á envolverla en un pedazo de tela (3).
Esta cabeza debió haber aconsejado mejor á un anciano
de sesenta y tres años: ¿valia la pena de ceñir con
la corona una frente despojada?

Othon había deseado el imperio; lo había querido
en el acto, no como un poder, sino como un placer.

(1) *Legere se militem, non emere consuesso, (Sueton. in Vit. Galb).*

(2) *¿Quo auctore? (Id. ibid.).*

(3) Suetonio añade varias circunstancias á esta relacion.

Jugulatus est ad lacum Curtii, ac relictus ita uti erat, donec gregarius miles, á frumentatione rediens abjecto onere caput et amputavit: et quoniam capillo præ calvitie arripere non poterat, in gremium abdidit mox inserto per os pollice ad Othonem detulit. (Suet., in Vit. Galb. pág. 298 et 299).

Demasiado voluptuoso para reinar, demasiado débil para vivir, tuvo bastante valor para morir. Habiendo sido batidos sus soldados por las legiones de Vitelio, acostóse, durmió bien, atravesóse con su puñal al despertarse (1), y espiró lentamente, sin haber leído el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y sin romperse las entrañas. Pero Caton murió con la libertad, y Othon no dejaba sino el poderío.

Vitelio, que no se dió á conocer sino por sus excesos en la mesa, y cuyo primer monumento era un plato (2); Vitelio, sucesor de Othon, arrojó á los pretorianos que se habian declarado en contra suya. No tardó en atacarle Primo, vencedor en nombre de Vespasiano; batiéronse en Roma: los ilirios, los galos, los germanos legionarios matáronse en medio de los festines, de las prostituciones y de los bailes.

Vitelio huyó con su cocinero y con su panadero, y habiendo entrado en palacio lo encontró desierto; dominado por el terror corrió á ocultarse en el cuarto de un portero, cerca del cual estaban los perros, que le mordieron (3). Atrancó la puerta del cuarto con la

(1) *Posthæc, sedata siti gelidæ aquæ potione, arripuit duos pugiones, et explorata utriusque acie, cum alterum pulvino subdidisset, foribus adopertis, arctissimo somno quievit: et circa lucem demum espergefactus, uno setrajicit ictu infra lævam papillam.* (Suet., *in Vit. Othonis*, pág. 308).

(2) *Hanc (cœnam fratris), quoque superavit dedicatione patriæ, quam ob immensam magnitudinem, Clypeum Minerwæ, dictitabat.* (Suet., *in Vit. Aul. Vitell.* pág. 517).

Hanc patinam, cum fietilis esse non posset propter magnitudinem, argenteam fecit: eaque diu permansit, veluti res diis consecrata, quosque Adrianus eandem conspicatus, conflari jussit. (Dion., *Hist. rom. de Vitell.*, lib. LXV, página 735).

(3) *Confugitque in cellulam janitoris, religatus pro foribus cane.* (Suet., *in vit. Aul. Vitell.*, pag. 321).

Vitellius, sordido attritoque sagulo amictus, se abdit in

cama y el colchon del portero; los soldados llegaron, y habiendo descubierto al emperador, arrancáronle de su asilo. Arrastraron á Vitelio medio desnudo á lo largo de la via Sacra, con las manos ligadas á la espalda, una cuerda atada al cuello, el vestido despedazado, y los cabellos hacia arriba. Su rostro encendido con el vino, su grueso vientre, su paso vacilante como el de un Sileno (1), fueron otros tantos objetos de insultos y de risas. Llamáronle incendiario, gloton, ébrio: arrojáronle inmundicias; pusieronle una espada en el pecho con la punta en la barba, para obligarle á levantar la cabeza que bajaba de vergüenza; precisáronle á mirar sus estatuas derribadas, cuyas inscripciones decian que habia nacido para la ventura y la concordia de los romanos (2). Finalmente, des-

obscurum locum ubi canes alebantur: sed investigatus inventusque, pannis obsitus et sanguine perfusus quod eum canes læsserant, deprehenditur. (Dion., *Hist. rom.* libro LXVI.

(1) Religatis post terga manibus, injecto cervicibus laqueo, veste discissa, seminudus in Forum tractus est, inter magna rerum verborumque ludibria, per totum viæ sacræ spatium, reducto coma capite, seu noxi solent, atque etiam mento mucrone gladii subjecto ut visendam præberet faciem neve submitteret; quibusdam stercore et cæno incessantibus, aliis *incendiarium et palinarium* vociferantibus, parte vulgi etiam corporis vitia ex probante: erat enim in eo enormis proceritas, facies rubida plerumque ex vinolentia, venter obsessus, alterum femur subdebile. (Suet., *in vit. Aul. Vitell.* pág. 322).

(2) Vitellium infestis mucronibus, coactum, modo erigere os et offerre contumeliis, nunc cadentes statuas suas, plerumque rostra, aut Galbæ occissi locum contueri. (Tacit., *Hist. lib. IV*, pág. 476, edit. de Barbou).

Statuæ equestres cum plurifariam ei ponerentur... laurea religiosissime circumdederat. (Suet., *in vit. Vitell.*)
Solutum a latere pugionem, consuli primum deinde, illo

pues de haberle llenado de ultrajes y de heridas, quitaronle la vida, arrojando su cuerpo al Tiber, y plantando su cabeza en la punta de una pica. Vitelio se sentó en el imperio que habia tomado por un banquete, y sus convidados le forzaron á acabar el festin en las Jemonias.

Los sármatas roxolanos fueron batidos durante el corto reinado de Othon. Mientras que Vespasiano atacaba á Vitelio, los dácios acometieron la Mesia, y los rechazó Mucio; y Civil sublevó á los bátavos y á los germanos aliados de Civil, que insultaron las fronteras romanas.

La muerte de Vitelio suspendió el curso de tan ignominiosas adversidades. Ochenta años de felicidad, interrumpidos únicamente con el reinado de Domiciano, tuvieron principio en la elevacion de Vespasiano. Se ha mirado este periodo como aquel en que mas venturoso fué el género humano; cierto seria, si la dignidad y la independencia de las naciones no tuviesen parte alguna en sus felicidades.

Los primeros tiranos de Roma distinguiéronse cada uno por un vicio particular, para que se formase juicio de lo que es capaz de soportar la sociedad sin disolverse: los buenos príncipes que sucedieron á los tiranos, brillaron cada cual con una virtud distinta, para que se conociese la insuficiencia de las cualidades personales para la existencia de los pueblos, cuando estas cualidades se hallan separadas de las instituciones.

Cuantos méritos diversos pueden imaginarse, resplandecieron en la cabeza del imperio, y los que por recusante, magistratibus ac mox singulis senatoribus porrigens, nullo recipiente quasi in æde Concordiæ positurus abscessit: sed quibusdam aclamantibus *ipsum esse concordiam*, rediit: nec solum se retinere ferrum affirmavit, verum etiam Concordiæ recipero cognomen. (Suet., *ib.*)

seian tales méritos podían emprenderlo todo sin que les sujetasen traba alguna; porque herederos del poder absoluto, eran dueños de emplear para obrar el bien la arbitrariedad, ejercida antes para el mal. ¿Qué produjo el despotismo de la virtud? ¿restableció la libertad? ¿preservó el imperio de su caída? No. El género humano ni se mejoró ni cambió. La firmeza reinó con Vespasiano, la dulzura con Tito, la generosidad con Nerva, la grandeza con Trajano, las artes con Adriano, la piedad con Antonino, y finalmente la filosofía subió al trono con Marco Aurelio, y el cumplimiento de este sueño de los sábios no produjo bien alguno sólido. Así sucede cuando todo emana de la voluntad y no de las leyes, porque entonces nada hay estable ni aun posible; y así aconteció, porque el paganismo, sobreviviendo á la edad poética, y no teniendo ya la juventud y la austeridad republicana, trasformaba los hombres en un rebaño de niños viejos, sin razón y sin inocencia.

Existían en el imperio cristianos oscuros, perseguidos por el mismo Marco Aurelio, y conseguían con una religion menospreciada lo que no podía lograr la filosofía ataviada con el cetro: corregían las costumbres, y fundaban una sociedad que aun dura.

Vespasiano puso fin á la guerra de Civilis, y á la revuelta que originó la interesante aventura de Eponina, cuya gala no debe pasarse en silencio en una historia de los franceses.

Tito, que pertenecía al número escaso de los hombres á quienes la prosperidad hace mejores, no se vió obligado á sostener exteriormente el honor del imperio; solo tuvo que combatir las pasiones, y las venció, siendo la delicia del género humano. Se ha dudado de su constancia en la virtud, en el caso de que se hubiese prologado su vida (1): ¿y por qué se ha de ca-

(1) Dion., pág. 754.

lumnar la nada, de un porvenir tan vano que no ha existido?

Aplicáronse á Tito y á Vespasiano las profecías que anunciaban á los conquistadores venidos de la Judea (1). El Mesías debía ser un príncipe de paz; por consecuencia Vespasiano mandó edificar en Roma, y consagrar á la Paz eterna, un templo que vió siempre la guerra, y cuyos cimientos descarnados en el día, apenas han resistido á los embates del tiempo. El verdadero príncipe de paz era el rey del nuevo pueblo, que crecía y se multiplicaba en las catacumbas, al pie del mundo antiguo, por encima del cual pasaba.

San Clemente escribía á los corintios invitándolos á la concordia. Cuenta que San Pedro había llevado con paciencia sus padecimientos muchas veces; que San Pablo había sido azotado con varas, apedreado y arrojado á las fieras (2) *en siete ocasiones distintas*. Explica el orden del ministerio eclesiástico, las obligaciones, los oficios, las solemnidades; Dios ha enviado á Jesucristo, Jesucristo á los apóstoles, y los apóstoles han establecido á los obispos y á los diáconos.

La religion acrecentó sus fuerzas en los reinados de Vespasiano y de Tito, por el cumplimiento de uno de los oráculos escritos en los libros santos. Jerusalem pereció.

La guerra de Judea había comenzado en tiempo de Neron. Contóse la multitud de judíos que se halló

(1) Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potirentur: quæ ambages Vespasianum ac Titum prædixerant. (Tacit., *Hist.*, lib. V, capitulo XIII).

(2) Petrus non unum aut alterum, sed plures labores sustulit.... Paulus propter æmulationem in vincula septies coniectus, verberibus cæsus, lapidatus, patientiæ præmium reportavit. (Clementis *ad corinth. epist.*, pág. 8).

en Jerusalem el año 66 de Jesucristo en la fiesta de los ácidos por el número de las víctimas pascales, que ascendieron á doscientas cincuenta y seis mil quinientas las inmoladas (1).

Diez y á veces veinte convidados se reunian para comer un cordero, lo que da, á diez solamente, dos millones quinientos cincuenta y seis mil asistentes purificados.

Los prodigios anunciaron la destruccion del templo: habiase oido una voz que decia : *Salgamos de aquí*. Jesus, hijo de Anano, corriendo en torno de las murallas de la ciudad sitiada, habia gritado: ¡*Desgracia! Desgracia sobre la ciudad! Desgracia sobre el templo! Desgracia sobre el pueblo! Desgracia sobre mí mismo!* (2) Hambre, peste y guerra civil dentro de la ciudad, y fuera de ella los soldados romanos crucificando á cuantos querian escaparse, basta el estremo de faltar las cruces y el sitio donde colocarlas, formaban el horroroso cuadro. Abrian á los fugitivos para buscar en sus entrañas el oro que se habian tragado. Arrojaron á los fosos por encima de las murallas seiscientos mil cadáveres de pobres: trocábanse las casas en sepulturas, y cuando estaban llenas cerraban las puertas. Tito, despues de haberse apoderado de la fortaleza Antonia, atacó el templo el 17 de junio del año 70 de Jesucristo, dia en que el sacrificio perpétuo habia cesado, á falta de manos consagradas que lo

(1) Hostiarum quidem ducenta et quinquaginta sex millia et quingentas numeravere. (Joseph., *Bell. Jud.*, lib. VII, cap. XVII, pág. 960).

(2) Vocem audiero, quæ diceret: : *Migremus hinc*. Supra murum enim, circumiens iterum: «¡Væ, væ! civitati, ac fano, ac populo.» voce maxima clamitabat: cum autem ad extremum addidit: *¡Væ etiam mihi!* lapis tormento missus eum, statim peremit, animamque adhuc omnia, illa gementem dimissit. (Joseph., *de Bello Jud.*, lib. VII, pág. 96).

ofreciesen. María, hija de Eleazar, asó á su hijo y se lo comió (1) en la ciudad donde otra María habia sepultado á su hijo. Jesucristo habia dicho á las mugeres de Jerusalem despues del profeta: «Día vendrá en que direis: dichosas las entrañas estériles y los pechos que no han dado de mamar.»

Ardió el templo el 8 de agosto de este año 70, siendo en seguida incendiada la parte baja de la ciudad, y la alta tomada por asalto. Tito mandó arruinar los restos del templo y de la ciudad, escepto tres torres, y paseó su carro por las ruinas: la grandeza del botín fué tanta, que el precio del oro bajó una mitad en Siria. Un millon y cien mil judíos murieron durante el sitio, y noventa y siete mil fueron vendidos (2): apenas se encontraban compradores para tan vil rebaño. En las fiestas del nacimiento de Domiciano, en la del aniversario del advenimiento de Vespasiano al imperio en 24 de octubre del año 70, y 1.º de julio del 71, muchos miles de judíos perecieron por el fuego ó por las fieras, ó á manos unos de otros como gladiadores. En Roma Tito y su padre triunfaron de la Judea; y Juan y Simon, gefes de los judíos de Jerusalem, entraron encadenados detrás del carro triunfal. Las medallas acuñadas en memoria de aquel suceso, representan una muger envuelta en su manto, sentada al pie de una palmera, con la cabeza apo-

(1) Mulier quædam..... Maria nomine de Vico Vetezobra..... vi animi de necessitate compulsa..... raptoque filio quem latentem habebat.... occidit coctumque medium comedit ad opertumque reliquum servabit. (Joseph., lib. VII, cap. VIII, pág. 954 et 953).

(2) Et captivorum quidem omnium qui toto bello comprehensi sunt, nonaginta et septem millia comprehensus est numerus, mortuorum vero per omne tempus obsidionis undecies centum millia. (Joseph., *de Bell. Jud.*, lib. VII, cap. XVII).

yada en la mano, y esta inscripcion: *Judea cautiva.*

Los cristianos hallaban en las catástrofes mas motivos de admiracion que la muchedumbre pagana; no se habian cumplido tres años desde que San Pedro habia sido sepultado en el Vaticano; San Juan, que habia visto llorar á Jesucristo en Jerusalem, vivia, y quizás segun algunas tradiciones habitaba todavia la tierra la madre del Hijo del Hombre, porque aun no se habia verificado su asuncion, dejando en el sepulcro en vez de cenizas su ropa virginal ó un maná del cielo (1).

Dispersáronse los judíos, y testigos vivos de la palabra viva, subsistieron por un milagro perpétuo en medio de las naciones. Estrangeros en todas partes, esclavos en su propio país, vieron hundirse el templo, del que no queda piedra sobre piedra, como han visto mis ojos. Una parte de su poblacion encadenada, vino á levantar en Roma el otro monumento en que debian morir los cristianos. El cincel esculpió en un arco de triunfo que todavia se admira, los ornamentos que brillaban en las pompas de Salomon, y cuya forma ignorariamos á no ser por este acaso: el orgullo del príncipe romano, y el talento del artista griego, no dudaban que suministraban una prueba mas de la grandeza de la nacion vencida y de su misterioso destino. Todo habia de servir, la gloria y las ruinas para hacer eterna la memoria del pueblo que formó Moisés, y que vió nacer á Jesucristo.

El Capitolio incendiado en los desórdenes que señalaron el fin de Vitelio, era presa de las llamas casi en el momento mismo en que ardía el templo de Jerusalem. Domiciano hizo despues la dedicacion del

(1) Plurimi asseverant quia in sepulchro ejus, non nisi manna invenitur quod scaturire cernitur. (*De Assumpt. B. Mariae sermo tributus divo Hieronymo: t. IX, pág. 67.*)

nuevo Capitolio; el altar de la servidumbre reemplazó al de la libertad, y hubo tambien la desgracia de no poder restablecer la imágen famosa del perro, cuyos custodios respondian de ella con la vida. Gastáronse sesenta millones únicamente en dorar el edificio: Júpiter, decia Marcial (1), vendiendo el Olimpo entero, no hubiera podido pagar la vigésima parte de esta suma. El Dios de los judíos habia pronunciado la destruccion de su templo, y Juliano procuró vanamente reedificarlo.

La grande peste, y la erupcion del Vesubio que costó la vida a Plinio el naturalista, pertenecen á esta época (2).

Ebion, Cerinto, Menandro, discípulos de Simon, iban predicando sus heregias: desterraron nuevamente de Roma á los filósofos: eran estos Eufrates, tirio, amigo primero, y despues adversario de Apolonio de Thiana; Demetrio el cinico, Artemidoro, Damis el pitagórico, Epicteto el estóico, Luciano el epicúreo, Diógenes el jóven, cinico, Heras y Dion de Prusia: únicamente Mursionio halló gracia con Vespasiano.

(1) Quantum jam superis, Caesar, coeloque dedisti,

Si repetas et creditor esse velis:

Grandis in aetereo licet aetio fiat Olimpo.

Coganturque dei vendere quidquid habent:

Conturbabit Atlas, et non erit uncia tota,

Decidat tecum qua pater ipse deum.

Pro capitolinis, quid enim tibi solvere templis,

¿Quid pro Tarpeio frondis honore potero?

¿Quid pro culminibus geminis materna tonantis?

Pallida praetereo; res agit illa tuas.

¿Quid loquar Alcidem, Phœbumque, piosque Laconas,

Addita quid Latio flavia templa polo?

Expectes et sustineas, Auguste, necesse est:

Nam tibi quod selvat, non habet arca Jovis.

(Mart., lib. IX, *Epigr.* IV).

(2) Plin lib. XXXIV cap. VII.

El papa Clemente acabó de gobernar la iglesia el año 77 de Jesueristo, dejando vacía la cátedra que ocupó San Anacleto ó Cleto, para evitar un cisma (1). Atribúyense á San Clemente las obras mas antiguas despues de los libros canónicos.

Jamás hubo hermanos mas desemejantes que Domiciano y Tito. En el reinado de Domiciano las tribus del Norte, impelidas quizás por el gran cuerpo de los godos que se acercaba, moviéronse en las fronteras del imperio. Batieron á Domiciano en Germania los cuados y los marcomanos, y compró la paz de Decabaló, gefe de los dácios, pagándole una especie de tributo anual. Aprovecháronse los bárbaros de este primer ejemplo de debilidad, y segun los tiempos y las circunstancias continuaron vendiendo á los emperadores una paz, cuyo precio les servia en el acto para volver á comenzar la guerra.

Domiciano vencido, no por eso dejó de decretarse los honores del triunfo, y tomó con razon el sobrenombre de *Dácico*. Dió juegos, consagró estatuas, y arrastróse tras la gloria en que otros emperadores se habian precipitado.

Sus armas fueron mas felices en la Gran Bretaña: Agrícola batió á los caledonios, y su flota dió la vuelta á la isla por el Septentrion.

El imperio recibió un golpe funesto con el aumento de la paga á los soldados; creció su influencia ya harto considerable; el gobierno degeneró en república militar, porque es preciso que la libertad indestructible en su esencia se encuentre en alguna parte.

Domiciano persiguió á los filósofos (2), á quienes

(1) *Acceptit impositionem manuum episcopatus, et eo recutato remoratus est (dicit enim in una epistola sua; secedo, ab eo, erigatur populus Dei). Cletus constituitur. (Epiphanius contra hæreses, cap. VI.*

(2) *Philosophia autem, adeo perterrita est, ut, habitu*

se confundia con los cristianos, que se retiraron al extremo de las Galias, en los desiertos de Libia y entre los escitas. Apolonio, interrogado por Domiciano, mostró arrojo y rústica franqueza.

En todas partes comenzó á verse la sucesion de los obispos: en Alejandria Abilio sucedió á San Marcos; en Roma, San Evaristo á San Cleto; Alejandro I ó Sixto I á San Evaristo. Al fin de su reinado Domiciano se lanzó contra los fieles. El apóstol San Juan, retirado á la isla de Patmos, tuvo una vision: Flavio Clemente, cónsul y primo hermano del emperador, que destinaba los dos hijos de Clemente al imperio, habia abrazado la fé, y fué decapitado. El Evangelio habia progresos en las clases elevadas de la sociedad.

Asesinado Domiciano, apareció Nerva para abolir el crimen de lesa magestad (1), castigar á los delatores, y llamar á Trajano á la púrpura: tres beneficios que le han grangeado el reconocimiento de los hombres.

En el reinado de Trajano llegó el imperio al mas alto punto de prosperidad y de poder: este admirable príncipe no tuvo mas que la debilidad de los grandes corazones; amó demasiado la gloria. Vencedor de Decibalo, redujo la Dácia á provincia, cuya conquista, que fué un objeto de triunfo, debió haber sido un motivo de luto, porque destruyó el último pueblo que separaba los godos de los romanos. Trajano llevó la guerra á Oriente, dió un rey á los partos, tomó á Suze y Ctsiphon, sometió la Armenia, la Mesopotamia y la Asiria, descendió al golfo Pérsico, vió el mar de las Indias, se apoderó de un puerto en las costas de Ara-

mutato, alii in extreman Galliam aufugerent, alii in Lybiæ Scythique deserta. (Euseb., *Chron.*, ann 92; Philost., *Vit. Apol.*, lib. VII, cap. IV).

(1) Claudio habia intentado esta abolicion.

bia, y despues murió: su sucesor, ó bien por prudencia ó por celos, abandonó sus conquistas.

Debemos colocar en el último año del primer siglo de la era cristiana la muerte de San Juan en Efeso, que en sus postreras cartas se daba á sí mismo el nombre de *anciano* ó *sacerdote*, de la palabra griega *presbiteros*. «Hijos míos, amaos los unos á los otros;» tales eran sus únicas instrucciones: habia sido testigo de la pasion sesenta y seis años antes. San Judas, San Bernabé, San Ignacio, San Policarpo, se daban á conocer por sus doctrinas. Las sucesiones de los obispos se verificaban con mas abundancia y publicidad: Ignacio y Heron en Antioquia, Cerdon y Primino en Alejandria, se sucedieron mutuamente. Tras el papa Evaristo vinieron Alejandro, Sixto y Telesforo mártir.

Los cristianos padecieron en el reinado de Trajano, no precisamente como cristianos, sino como individuos de las sociedades secretas. Una carta de Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, fija la época en que los cristianos comienzan á aparecer en la historia general: «Han presentado un libelo sin nombre del autor, que contiene los nombres de muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses conmigo, y ofrecian incienso y vino á vuestra imágen que espresamente habia mandado traer con las estátuas de los dioses; y á mas que maldecian al Cristo, he creído que debia soltarlos, porque dicen que es imposible obligar á estos actos á los que son verdaderamente cristianos... Ved aqui á lo que afirmaban se reducía su falta ó error: acostumbraban reunirse al nacer el dia, antes de la salida del sol, y entonar juntos en dos coros un cántico en honor del Cristo como de un dios: que se obligaban por juramento á no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios, á no faltar á su palabra, y á no negar un depósito; en seguida se retiraban volviendo á reunirse despues,

para asistir á una comida parca y sencilla, y que aun esto se habian abstenido de verificarlo despues de mi bando, en el que siguiendo vuestras órdenes prohibí las reuniones... El asunto me ha parecido digno de consultarlo, principalmente á causa del número de los acusados, porque corren peligro muchas personas de todas las edades, sexos y condiciones. Esta supersticion ha infestado no solamente las ciudades, sino tambien las aldeas y la campiña, y me parece que podemos contenerla y curarla. Al menos es constante que vuelven á verse frecuentados los templos casi abandonados, que se vuelven á celebrar los sacrificios solemnes despues de una grande interrupcion, y á vender en todas partes victimas que ya pocos compraban, de donde puede facilmente deducirse la multitud de los que se corregirán si se abre la puerta al arrepentimiento.»

El universo cristiano ha desmentido por espacio de largo tiempo las esperanzas de Plinio. ¡Mas qué rápido y admirable progreso! ¡Los templos abandonados! ¡No habia ya quien comprase las victimas! ¡Y apenas habia espirado el evangelista San Juan!

Trajano, en su respuesta al gobernador, le previno que no debian buscarse los cristianos; pero que si los denunciaban y convencian, era necesario castigarlos; que en cuanto á los libelos sin nombre de autor, no podian suministrar materia á las acusaciones, y que perseguirlos seria un ejemplo muy pernicioso é indigno del siglo de Trajano (1).

La historia ofrece pocos documentos mas memorables que esta correspondencia de uno de los últimos

(1) Eus. III, cap. XXXIII; Plin., lib. X, *epist.* XCVII et XCVIII. Tertuliano ha demostrado muy bien las contradicciones é injusticias en que abundan la narracion y la decision de Trajano.

escritores clásicos de Roma, y de uno de los mayores príncipes que honraron el imperio, por lo que mira al estado de los primeros cristianos.

Adriano mantuvo la paz comprándola de los bárbaros, acaso porque su predecesor había juzgado más honroso emplear igual suma en hacerles la guerra. Envidioso naturalmente de la gloria, no perdonó á Apolodoro el arquitecto del mismo modo que á Trajano el emperador. Viagero coronado, gran administrador, amigo de las artes cuyo genio renovó, visitó los lugares célebres de su imperio; y la historia ha hecho notar que evitó pasar á Itálica, su oscura patria. Persiguió á sus amigos, salió del mundo divirtiéndose con su alma (1), y dejando á los romanos, dignos del regalo, un dios más, Antinoo.

Este príncipe había creado una divinidad, y pensó que no le abrirían las puertas del Olimpo; mucho costó á Antonia obtener para él la apoteosis con que los señores del mundo prolongaban la ilusión de su poderío.

Las heregias se multiplicaban, y habían aparecido Saturnino, Basilio, Carpócras y los gnósticos. Iba en aumento la calumnia contra los cristianos que ocupaban fuertemente al gobierno y á la opinión pública. El pueblo los acusaba de sacrificar niños, de beber sangre, de comer carne humana, de hacer en sus asambleas secretas que los perros apagasen las antorchas, y de unirse en las sombras casualmente como las bestias.

Los filósofos por su parte atacaban el judaismo y el cristianismo, mirando al primero como fuente del segundo. Entonces los fieles comenzaron á escribir y á defenderse: Cuadrato, obispo de Atenas, presentó su apología á Adriano, y Aristides, también ateniense,

(1) Animabula vagula, blandula, etc.

publicó otro elogio, logrando que Adriano mandase suspender la persecucion. Eusebio nos ha conservado la carta que escribió á Minucio Fondato, procónsul de Asia (1). «Si alguno acusa á los cristianos, decia, y prueba que quebrantan las leyes, juzgadlos segun el delito, y si los calumnian, castigad al calumniador.»

Adriano estableció colonos en Jerusalem, y levantó entre sus ruinas una ciudad llamada Elia-Capitolina, y los judios reunidos en la nueva ciudad se sublevaron otra vez, y fueron esterminados. La Judea se convirtió en una soledad: prohibióse á los diseminados israelitas entrar en Jerusalem y mirarla de lejos; ¡tan invencible era su amor á Sion! Colocaron en el Santo Sepulcro el ídolo de Júpiter, y levantaron en el Calvario una Venus de mármol, plantando un bosque en Bethleem, y profanando el pesebre en que habia nacido Jesus, albergue de inocencia, con la dedicacion á Adonis (2).

La herogía de Valentin, el martirio de Santa Sinforsosa y sus siete hijos en Tívoli para la consagracion de los jardines y de los palacios de Adriano, terminaron por lo que mira á los cristianos el reinado del emperador.

Antonino fué el mas amado de todos los emperadores, y el mas respetado de los pueblos vecinos al

(1) Eus. IV, *Hist.*, cap. VIII et IX.

(2) Ab. Adriani temporibus usque ad imperium Constantini, per annos circiter centum octoginta, in loco resurrectionis simulacrum Jovis in crucis rupe, statua ex marmore Veneris a gentibus possita colebatur, existimantibus persecutionis auctoribus quia tollerent nobis fidem resurrectionis et crucis, si loca sancta per idola polluisent....

Bethleem nunc nostram lucus inumbrabat Thamus, in est Adonidis, et in specu ubi quondam Christus parvulus vagiit, Veneris amasius plangebatur. (Hier., *ad Paulinum*, página 402, Bale 4557).

imperio. Justo en extremo, tuvo alguna semejanza con Numa; y su carácter compasivo le hizo mas propio para el gobierno que habian sido Tito y Trajano: la ciencia de las leyes debe ir unida á la de la religion.

Presentáronse en el reinado de Antonino los dos heresiarcas Marcion y Apeles: Justino, filósofo cristiano, publicó su primera apologia dirigida al emperador, al senado y al pueblo romano: habló de los misterios sin disfraz. Santa Felicitas confesó á Cristo con sus hijos.

Marco Aurelio amaba la paz por carácter y por filosofia, y no obstante tuvo que sostener numerosas guerras con los bárbaros. Los cuados, que se perdieron en la liga con los francos, amenazaron á Italia con una irrupcion: los marcomanos, ó por mejor decir, una confederacion de los pueblos germanos, atacados por los godos y otros pueblos que pasaban sobre ellos, procuráronse establecimientos en el imperio. Habíanse aprovechado del momento en que las legiones romanas se ocupaban en defender el Oriente contra los partos; acercábase la grande invasion, y el mundo comenzaba á agitarse. Habiendo Marco Aurelio asociado al imperio á su hermano adoptivo Marco Verro, rechazó en su compañía á los agresores, y quedaron vencidos los marcomanos y los cuados. Por consecuencia de la guerra devolvieron á los romanos cien mil prisioneros, y las colonias de bárbaros que se habian formado en Dacia, Panonia, ambas Germanias, y hasta Ravenna en Italia. Levantáronse estas, y enseñaron á los romanos lo que debian temer de semejantes colonos. Cien mil prisioneros devueltos suponen ya en las naciones septentrionales un poder y una regularidad en el gobierno, en que no se ha fijado bastante la atencion.

Las artes y las letras arrojaron su último resplandor en los reinados de Trajano, de Adriano, de Anto-

nino y de Marco Aurelio; este es el segundo siglo de la literatura latina, en el que debemos estudiar los conocimientos que suministró el genio moribundo de la Grecia sometida á los romanos, porque entonces aparecieron Tácito, los dos Plinius, Suetonio, Floro, Sexto Empírico, Plutarco, Ptolomeo, Arriano, Pausanias, Apiano, Marco-Aurelio y Epicteto, el uno emperador y esclavo el otro; y finalmente, Luciano, que se rió de los filósofos y de los dioses.

Marco Aurelio murió sin haber podido terminar completamente la guerra de los bárbaros, y despues de haberse visto obligado á sofocar la revuelta de las colonias militares. Dejó el imperio á Commodo su hijo, error de la naturaleza, que la filosofia debió haber precavido.

Si los romanos debieron por largo tiempo las victorias de sus armas á la disciplina, á la organizacion de las legiones, á la superioridad del arte militar; debiérontos tambien á la necesidad en que se hallaba el legionario de combatir en todos los climas, de alimentarse con todas las sustancias, y de endurecerse con prolongadas y penosas marchas. Los pueblos de la Europa moderna, esceptuando á la nacion francesa en las últimas conquistas de su postrera revolucion; los pueblos de la Europa moderna, divididos en pequeños estados, han combatido casi siempre contra sus vecinos, ó sobre el suelo paterno á corta distancia de sus hogares. Mas el imperio romano encerraba en su seno al mundo conocido; sus soldados pasaban de las riberas del Danubio y del Rhin á las del Eufrates y del Nilo, de las montañas de la Caledonia, de la Helvecia y de Cantabria á la cadena del Cáucaso, del Taur y del Atlas, de los mares de Grecia á las arenas de la Arabia y á los campos de los numidas. Empréndense al presente largos y peligrosos viages en los países que las legiones recorrieron para mudar la guarni-

cion; y las empresas de ultramar, que tan célebres hicieron á las cruzadas, no eran para los romanos sino el movimiento de un cuerpo de tropas que salido de la Batavia, se dirigia á relevar una guardia á Jerusalem. El general que se trasladaba á terrenos tan distintos, y que forzado á emplear los recursos de cada sitio, se servia del camello y del elefante debajo de las palmeras, y del asno y del caballo debajo de las encinas, acrecentaba su esperiencia y su ingenio con el vuelo de las águilas.

El mundo romano no ofrecia un aspecto uniforme: los pueblos subyugados habian conservado sus costumbres, sus trages, su idioma, sus dioses indigenas, sus leyes locales; por fuera no se conocia la dominacion estrangera sino por los caminos militares, los campos atrincherados, los acueductos, los puentes, los anfiteatros, los arcos de triunfo, las inscripciones latinas grabadas en los monumentos de las repúblicas y de los reinos incorporados al imperio; en el interior la administracion civil, fiscal y militar, los prefectos y los procónsules, las municipalidades y los senados, la ley general que dominaba las justicias particulares, anunciaban un dueño comun. Los romanos no habian impuesto á la tierra domada sino sus armas, su código y sus juegos.

Marco Aurelio, estóico, no amaba á los discípulos de la cruz por una especie de rivalidad de secta. «Debemos estar dispuestos siempre á morir, decia en una de sus máximas, en virtud del juicio propio, y no por el capricho de una pura obstinacion como los cristianos.» Hubo muchos mártires en su reinado; Policarpo en Esmirna, Justino en Roma, despues de haber publicado su segunda apología, los confesores de Viena y de Lion, á cuya cabeza brillaba Pothino, anciano que pasaba de noventa años, y á quien sucedió en la cathedra de Lion, Ireneo.

En esta época los apologistas como Athenágoras, cambiaron de lenguaje, y de acusados se convirtieron en acusadores; defendiendo el culto del verdadero Dios atacaron al de los ídolos. Por otra parte, los magistrados no fueron los únicos promovedores de las persecuciones; los pueblos las pidieron: el levantamiento de las masas en Viena, en Lion, en Autun, multiplicó las víctimas en las Galias (1), lo que prueba que los cristianos no eran ya una secta limitada á algunos iniciados, sino hombres numerosos que amenazaban el antiguo orden social, que armaban contra ellos los viejos intereses y las antiguas preocupaciones. La legion Fulminante se componia en parte de discipulos de la nueva religion, y á ella se debió la victoria conseguida en 174 contra los sármatas, los cuados y los marcomanos, victoria trazada en los bajos relieves de la columna Antonina; y segun Eusebio, Marco Aurelio reconoció que debia el triunfo á las preces de los soldados de Cristo (2).

El Evangelio habia adelantado tanto, que Meliton, obispo de Sardis en Asia, decia á Marco Aurelio en una demanda: «Se persigue ahora á los servidores

(1) (Epistolarum verba eorum citabo): Servi Jesu Christi, qui Viennam et Lugdunum Galliæ incolunt, fratribus in Asia et Phrygia..... pax, gloria a Deo Patre..... Magnitudinem afflictionis qui hoc loco ingravescit, ingens gentilium odium, contra sanctos incitatum..... neque exprimi, neque comprehendi possunt..... Ac primum cruciamenta quæ confertim erant, et tanquam cumulo a multitudine in illos coarervata..... Vociferationes, plagas, violentos tractus, dilacerationes, lapidum projectiones, carceres, et quidquid denique ab agresti et furiosa multitudine contra nos, velut contra hostes et inimicos, fieri solet. (Euseb., *Hist. eccles.*, lib. IV, cap. I, pág. 102).

(2) Eadem historia apud gentiles scriptores, qui longe a nostra religione dissentiunt..... Nostrorum etiam Apollina-

de Dios... Nuestra filosofía se había esparcido antes entre los bárbaros; vuestros pueblos en el reinado de Augusto recibieron la luz, que produjo la dicha de vuestro imperio (1).»

El rey de los bretones, tributario de los romanos, escribió el año 470 al papa Eleuterio, sucesor de Sotero, pidiéndole misioneros, los cuales sembraron la fe en las poblaciones británicas, como el monje Agustín que, enviado por Gregorio el Grande, predicó después el Evangelio á los sajones vencedores de los de Bretaña.

Tenia Marco Aurelio harta moderación para que se abandonase enteramente al espíritu de aborrecimiento de que estaban animadas las escuelas filosóficas, y escribió el año décimo de su reinado á la comunidad del pueblo del Asia Menor, reunida en Efeso, una carta de tolerancia. Iba mas allá que sus antecesores, porque decía: «Si un cristiano es atacado en calidad de cristiano, absolved al acusado, aunque le convenzan de ser cristiano, y perseguid al acusador (2).» Mas era difícil que la ley luchase contra la superstición y la filosofía, unidas contra naturaleza para destruir al enemigo común.

rius qui affirmat legionem, cujus precibus miraculum edebatur, latino sermone *Fulmineam*, usque ab illo tempore appellatam: illudque nomen rei eventum scite exprimens, ab Aurelio Cæsare ei tributum. (Euseb., *Hist. eccles.*, lib. V, pág. 93).

(1) Multo magis te obsecramus, ne tam aperto latrocinio nos spoliari permittas.... Divina quam excolimus religio antea inter barbaros insigniter viguit: quæ cum apud gentes tuas, præclaro et eximio Augusti regno.... floreret, ipsi imperio quo potiris, cum primis fausto ac felice præsidio fuit. (Euseb., *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XXV, pág. 108 et 109).

(2) *Chron. Alex.*; Euseb., *Hist.*, IV, cap. XIII.

Los marcionitas, los montanistas, los marcosianos, introdujeron nueva confusion en la fé.

Con Marco Aurelio espiró la época de la felicidad de los romanos bajo la autoridad imperial, y comen-zaron de nuevo los horrorosos tiempos que no cesaron ya hasta la trasformacion de la sociedad. Para pintar su historia basta un solo rasgo. Commodo y sus sucesores hasta Constantino perecieron casi todos de muerte violenta. Cuando Marco Aurelio hubo desaparecido, los romanos recayeron con tanto ardor en la abyeccion, que se les hubiera podido tener por hombres vueltos de nuevo á la libertad, y solo se habian desembarazado de las virtudes de sus antiguos señores.

Son dignos de observarse los efectos del poder absoluto sobre el corazon humano.

Ni aun vino al pensamiento de los buenos príncipes que gobernaron el mundo romano, el dudar de la legalidad de su poder, y restituir al pueblo los derechos que le habian quitado.

El mismo poder absoluto alteró la razon de los malos príncipes: Neron, Caligula, Domiciano, Commodo, fueron verdaderos insensatos; para no aterrar demasiado á la tierra, el cielo dió la locura á sus crímenes como una especie de inocencia.

Habiendo encontrado Commodo á un hombre de extraordinaria corpulencia, le partió en dos para probar su fuerza y gozar del placer de ver esparcidas las entrañas de la victima (1). Llamábase Hércules; queria que Roma variase el nombre, y tomase el suyo, y vergonzosas medallas han perpetuado la memoria de semejante capricho. Commodo pereció por la indiscre-

(1) Obtusi oneris pinguem hominem medio ventre dissectuit ut ejus intestina subito funderentur. (*Hist. Aug.*, página 128).

ción de un niño, por el veneno que le dió una de sus concubinas, y por la mano de un atleta, que ahogándole acabó lo que el veneno habia comenzado (1).

En el reinado de Commodo apareció una nueva raza de destructores, los sarracenos, tan funestos al imperio de Oriente.

Pertinaz sucedió á Commodo mostrándose digno del poder: su ambicion era de aquellas que inspira el convencimiento del ingenio que se posee, y no la envidia de los talentos que no pueden conseguirse. El nuevo emperador mandó pedir á los bárbaros el tributo que habian cobrado, y lo devolvieron: paso vigoroso era este, pero los antecesores de Pertinaz, inmolando á su debilidad ó á sus vicios la dignidad y la independencia romana, habian causado un daño irreparable. ¿Era posible rescatar el honor de un estado que iba á venderse en público pregon?

Pertinaz era un soldado rigido, y los pretorianos le asesinaron: propúsose el imperio al que mas ofrecia, y hubo dos ropavejeros del despotismo que se disputaron los harapos de Tiberio. Didio Juliano logró la victoria sobre su competidor en una subasta de mil y doscientas dracmas (2). Los pretorianos entregaron la

(1) *Erat autem Commodo pusio quidam..... sumpto in manus, qui supra lectulum jacebat. libello, foras processit..... incidit in Marciam..... quæ libellum pueri manu aufert..... Agnita Commodi manu..... ubi se primam peti intellexit..... electum accersit..... placitum rem veneno agi..... cum evomisset..... veriti illi..... Narcisso cuidam, audaci strenuoque adolescenti, persuasserunt ut Commodum in cubiculo strangularet. (Herodian., *Vit Commod.* lib. I, pág. 91 et 92).*

(2) *Sed simul ad superiora vicena sestertia, altera quina adjecisset, camque summam magno edito clamore in manibus ostendisset. (Dion., *Hist. rom.*, lib. LXIII, pág. 835).*

Sane cum vicena quina millia militibus promississet, tricena dedit. (Hist. Aug., pág. 61).

mercancía de ciento veinte millones de hombres á Didio, que no pudiendo pagar el precio de la adjudicación (1), se vió amenazado de muerte por deudas. En otro tiempo el senado habia proclamado la venta de un pedazo de territorio de la república, que era el sitio en que acampó Anibal.

El senado de Didio se sintió sin embargo avergonzado, llenándose de pavor, principalmente cuando supo el levantamiento de las legiones que habian elegido tres emperadores. Diéronse prisá á reparar la baja-za con la crueldad, y al cabo de sesenta y seis dias depusieron á Didio, y le condenaron á muerte. «¿Qué crimen he cometido?» decia llorando (2). El desgracia-do no habia tenido tiempo para aprender los usos de la tiranía, é ignoraba que haber comprado el imperio, y no haber quitado la vida á nadie, era una contra-dicción que hacia su reinado imposible: hombre co-mun no conocia su crimen.

No sabemos por qué Roma se avergonzó de la elevacion de Didio Juliano, á no ser por uno de aquellos movimientos de dignidad natural que se experimen-tan algunas veces en medio de la abyección. Dionisio en Corinto decia á los que le insultaba: «He sido sin embargo rey.» Un pueblo degenerado que nunca sa-

Præterea militibus singulis, plus multo argenti daturum quam petere auderent, aut accepturos speraverant, neque in dando moram futuram. (Herodian., lib. II, pág. 430 et 431).

(1) Sed spes militum sefellerat, nec implere fidem promissorum poterat. (Herod., lib. II, pág. 434).

(2) Is imbellem miserumque senem. ... inter foedissimas complorationes trucidavit. (Herod., lib. II, pág. 470).

Nihilque dixit percussoribus, nisi: ¿Quid ergo pecavi? ¿Quem interfeci? (Dion., lib. LXXIV, pág. 839).

Missi tamen a senatu quorum cura per militem gregarium in palatio idem Julianus occisus est, fidem Cæsaris implorans, hoc est Severi. (Hist. Aug., pág. 63).

bia pasar sin señores, cuando podia nombrar uno, llamó al imperio á Pescenio Niger, que mandaba en Oriente, mas las legiones de Iliria habian elegido á Sétimo Severo, y las legiones britanicas á Clodio Albino. Entonces se encendieron nuevamente las guerras civiles: Severo quedó vencedor de Niger en tres combates en Asia, siendo igualmente dichoso contra Albino en la batalla de Lion (1). Bajo el pretesto de castigar á los partidarios del último, condenó á muerte á un gran número de senadores. Las fortunas de las familias del senado eran enormes, y no se conseguia estinguirlas con el impuesto mal entendido; el crimen de lesa magestad se habia inventado como una ley de hacienda, porque envolvía la confiscacion de bienes. Se ve á algunos principes anunciando al subir al imperio, que no harán morir á algun senador, lo que equivalia á declarar que no impondrian nuevas cuotas.

Habia nacido Severo en Leptis, sobre la costa africana: el gefe de los romanos hablaba el idioma de Anibal. Tenia la crueldad y fé púnica, y en cierto modo no le faltaba grandeza. Como Vitelio, abolió las guardias pretorianas; despues las restableció y aumentó, formándolas de los mejores soldados de las legiones de Iliria: hasta entonces solamente se habian admitido en este cuerpo hombres sacados de Italia, de España y del Nórico, provincias reunidas mucho tiempo al imperio. Los bárbaros se acercaban mas al trono; los veremos elevarse al rango de favoritos y ministros, para llegar á ser emperadores.

Severo obligó á los senadores á colocar á Commodo en la clase de los dioses: «¡Que bien están en su boca las dificultades! ¿valen acaso mas que ese tirano?» In-

(1) Dion., lib. LXXIV; Herod., lib. VII; Spart. *Hist.*, página 33).

teresaba á Severo no permitir la degradacion de Commodo, puesto que intentaba entregar el mundo á Caracalla. Los emperadores procuraban por el camino de la asociacion, y con los titulos de Augusto y de César, hacer la púrpura hereditaria, mas dos cuerpos, el ejército y el senado, oponian obstáculos: en uno de estos cuerpos existia el hecho, en el otro el derecho: y el hecho y el derecho que con tanta frecuencia se combaten, entendiáanse entre sí para gozar lo que se habian apropiado despojando al pueblo romano.

Después de haber triunfado de los partos, Severo al fin de su vida pasó á la Gran Bretaña, batió á los caledonios, y levantó para contenerlos la muralla que lleva su nombre: á esta época pertenece la ficcion de Fingal.

Habiase casado el emperador con Julia Domna, nacida en Emeso de Siria, muger que reunia la belleza y las gracias con la instruccion y el arrojo, y tuvo de ella dos hijos, Caracalla y Geta, que se profesaron odio desde la infancia. Caracalla, ansioso de reinar, intentó deshacerse de su padre, cuando se hallaba éste empeñado en la guerra de la Caledonia. Severo, habiendo entrado en su tienda se acostó, puso una espada á su lado, y mandó llamar á su hijo, «Si quieres matarme, le dijo, toma esa espada, ó manda á Papiniano aqui presente que me ahorque; él te obedecera, porque te nombro emperador (1).»

Algun tiempo después Severo, enfermo en York, y conociendo su muerte cercana, dijo: «Todo lo he sido, y nada vale (2).» Habiéndose acercado el oficial de

(1) Si me cupis, inquit Severus, interficere, hic me interfice. Quod si id recusas aut limes tua manu facere, adest tibi Papinianus præfectus, cui jubere potest ut me interficiat: nam is tibi quidquid præceperis, propter ea quod sis imperator, efficiet. (Dion., *Hist. rom.*, lib. LXXVI, pág. 868).

(2) Omnia fui, et nihil expedit. (Aurel. Vit.)

guardia á su lecho, dióle por santo: «Trabajemos(4).» y pasó al eterno descanso.

Los reinados de Commodo, de Pertinax, de Juliano y de Severo, vieron brillar la elocuencia de los primeros padres de la iglesia: entre los padres griegos descuella San Clemente de Alejandria, cuyas obras tituladas el *Maestro* y los *Estrómatas*, están llenas de hechos curiosos: entre los padres latinos, Tertuliano es el Bossuet de Africa. San Ireneo, aunque escribió en griego, declara en su tratado contra las heregias, que como habitaba entre los celtas, y se veia precisado á hablar y á oír una lengua bárbara, no debian exigirsele las bellezas y el artificio del estilo. Enseñanos que el Evangelio se habia divulgado ya por todo el mundo, cita las iglesias de Germania, de la Galia, de España, de Oriente, de Egipto, de Libia, alumbradas, dice, con una misma fé, como con un sol mismo (2). Nombra á los doce obispos que se sucedieron en Roma desde Pedro hasta Eleuterio: afirma que habia conocido él mismo á Policarpio, á quien los apóstoles crearon obispo de Esmirna, el cual Policarpio habia hablado con muchos discípulos que vieron á Jesucristo (3). Este es uno de los testimonios mas formales de la tradición.

Por este tiempo Panteno, gefe de la escuela cris-

(1) Laboremus. (*Hist. Aug.*, pág. 364).

(2) Etenim Ecclesia..... per universum orbem usque ad extremos terræ fines dispersa..... Ac neque hæ quæ in Germaniis sitæ sunt ecclesie, aliter credunt aut aliter tradunt, nec quæ in Hispaniis, aut Galliis, aut in Oriente, aut in Egipto, aut in Africa, aut in Mediterraneis orbis regionibus sedem habent. Verum ut sol hic a Deo conditus, in universo mundo unus atque idem est. (S. Iræn., lib. I, cap. X, *contra hæreses*, pág. 49).

(3) Et Polycarpus autem, non solum ab apostolis edoctus et conversatus cum multis, ex iis qui Dominum nostrum vide-

tiana de Alejandría, predicó la fé á las naciones orientales, penetró en las Indias, y encontró á los cristianos en posesion de Evangelio de San Mateo, escrito en lengua hebraica, cuya iglesia lo habia adquirido del apóstol Bartolomé (1).

Vemos por los libros de Tertuliano á su muger, que las alianzas entre los cristianos y los paganos eran frecuentes, mas segun el orador eran los peores de los paganos los que se casaban con cristianas, y las cristianas mas débiles las que se enlazaban con los paganos (2). Su tratado derrama mucha luz sobre la vida doméstica de las familias de ambas religiones.

El número de los discípulos del Evangelio se aumentó mucho en Roma en el reinado de Commodo, principalmente entre las familias nobles y ricas. Apolonio, senador instruido en las letras y en la filosofia, habia abrazado el nuevo culto; y denunciado por uno de sus siervos, sufrió el esclavo el suplicio de la cruz en virtud del edicto de Marco Aurelio, que prohibia acusar á los cristianos en calidad de tales (3). Mas Apolonio fué condenado á su vez á perder la cabeza, porque el cristiano que comparecia delante de los tribunales, sed etiam ab apostolis in Asia, etc. (S. Iræn., *contra hæreses*, lib. III, cap. III, núm. 4).

(1) Pantenus ille, quem ad indos devexisse diximus, ubi (ut fertur) evangelium Mattæi quod ante ejus adventum ibi fuerat receptum, in manibus quorundam qui in illis locis Christum profitebantur, reperit: quibus Bartholomæum unum ex Apostolis prædicasse; allisque Mathæi evangelium, litteris hebraicis scriptum, reliquisse. (Euseb., *Hist. eccles.*, lib. V, pág. 93).

(2) Igitur cum quædam istis diebus nuptias de ecclesia tolleret..... (Tert. lib. II, cap. II, pág. 467).

Solis pejoribus placet nomen christianum..... Pleræque genere nobilis... cum mediocribus..... ad licentiam conjunguntur. (*Ibid.*, cap. VIII, pág. 471).

(3) Euseb., in *Chron.*, ann. 491.

nales, y que no negaba su creencia, era castigado con la muerte. Apolonio pronunció en pleno senado una apología completa de la religión.

El papa Eleuterio murió, y sucedióle Victor, que gobernó la iglesia de Roma por espacio de doce años.

El emperador Severo amó al principio á los cristianos, y confió la educación de su hijo mayor á uno de ellos, llamado Próculo; protegió á los miembros del senado convertidos á la fe; pero mudó de dictámen con el tiempo, y provocó una persecucion general, en la que perecieron Perpétua, Felicidad y San Ireneo, con una multitud de su pueblo. Tertuliano escribió la elocuente y célebre apología en que se explicaba así: «Somos hijos de ayer, y llenamos vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el palacio, el senado, el foro; solo os dejamos vuestros templos (1).» Publicó su *Exortacion á los mártires*, sus tratados de los *Espectáculos*, de la *Idolatria*, del *Adorno de las mugeres*, y su libro de las *Prescripciones*; escrito admirable, que sirvió de modelo á Bossuet en su obra clásica de las *Variaciones*. Tertuliano cayó en la heregia de los montanistas, que convenia á la severidad de su genio. Orígenes aparecia entonces.

Durante la persecucion de Severo, los cristianos procuraron ponerse al abrigo de sus verdugos mediante el dinero, y continuó esta costumbre.

Muerto Severo, reinó Caracalla con su hermano Geta, á quien no tardó en hacer asesinar en los brazos de su madre. Nos ha quedado un dicho de Papiniano: invitado por el emperador á hacer la apología del asesinato de Geta, el jurisconsulto, menos complaciente que el filósofo Séneca, respondió: «Mas fácil es cometer un parricidio que justificarlo (2).»

(1) *Sola relinquimus templa*, Tert., *Apolog.*)

(2) Non tam facile parricidium excusari quam posse fieri, (*Hist. Aug.* pág. 88).

Con Caracalla volvieron á aparecer en el trono la depravacion y la crueldad; hubo asesinatos en Roma, en las Galias y en Alejandria. Llamóse primero este emperador Bassiano, del nombre de su abuelo, sacerdote del Sol en Fenicia: y mudó su primer nombre por orden de Severo en el de Marco Aurelio Antonino. Los vicios de Caracalla contrastando con las virtudes, bajo cuyo patrocinio intentaban ponerle, sirvieron solo para hacerle mas odioso. El desprecio del pueblo convirtió sobrenombres tan gloriosos en el nombre de *Caracalla*, tomado de un vestido galo con que afectaba vestirse el hijo de Severo.

Su padre habia conmovido los cimientos del estado, introduciendo los bárbaros en la guardia pretoriana: Caracalla completó el daño, estendiendo el derecho de ciudadano á todos los vasallos: quedó degradada la nobleza de la sangre romana; y por una especie de igualdad democrática, el súbdito, fuese bárbaro ó romano, fué admitido al concurso de la tiranía. Poco á poco borráronse las distinciones de ciudades libres, de colonias, de derecho latino ó de derecho italico. En teoría era esto un bien, y en la práctica un mal: la cuestion no versaba sobre la libertad, sino sobre la plata; tratábase, no de libertar las masas, sino de hacer pagar á los individuos como *ciudadanos*, la vigésima parte de los legados y de las herencias, de que estaban exentos como *vasallos*. Perdiéronse los antiguos hábitos y la homogeneidad de la raza, y trocóse la fuerza de las costumbres contra la uniformidad de la administracion (1).

Caracalla tuvo como tantos otros, la pasion de imitar á Alejandro: los émulos del héroe olvidaban que

(1) El edicto de Caracalla, ó un edicto que se le parece, se atribuye por algunos glosadores á Marco Aurelio: he seguido la opinion que apoyan un gran número de autoridades.

la lanza del macedonio dió nacimiento á mas ciudades que destruyó. En las riberas del Rhin y del Danubio Caracalla encontró casualmente dos pueblos nuevos, los *godos* y los *alemanes*. Amaba á los bárbaros, y pretendien tambien que en sus conferencias privadas descubria el secreto de la debilidad del imperio, secreto que le habia ya revelado su espada.

Habiendo pasado á Asia Caracalla, visitó las ruinas de Troya. Para honrar y recordar la memoria de Aquiles, á quien queria parecerse, quiso llorar la muerte de un amigo; en su consecuencia dieron un veneno á Festo, liberto á quien amaba tiernamente, y despues le levantaron una fúnebre hoguera. Y como Aquiles, el mas hermoso de los griegos, cortó su rubia cabellera para arrojarla á la hoguera de Patroclo; Caracalla feo, de escasa estatura y disforme, se arrancó dos ó tres cabellos que los escesos le habian dejado, escitando la risa de los soldados, que le veian buscando y hallando apenas en su frente la materia del sacrificio por el amigo á quien habia hecho emponzoñar (1).

Caracalla estaba enfermo por sus escesos; su alma sufria tanto como su cuerpo; representábansele sus crímenes, y creíase perseguido por las sombras de su padre y de su hermano (2). Consultó á Esculapio, á

(1) Quumque esset raro capillo, et crinem quæreret ut imponeret ignibus, deridiculo erat omnibus: cæterum quos habuit capillos tamen totondit. (Herodian., lib. IV, pág. 340 et 341).

(2) Fuit ægra corporis valetudine..... Sed mente imprimis insana quibusdam visis sæpenumero agitari a patre fratrequè gladios gestantibus, videbatur. (Dion., *Hist. rom.* lib. LXXVII, pág. 877).

Pater ei cum gladio astitit in somnis est: ut tu, inquit, fratrem tuum interfecisti, ita ego te interficiam. (Dion., *Hist.*, lib. LXXVIII, pág. 883).

Apolo, á Serapis, á Júpiter Olímpico, sin conseguir consuelo, porque los remordimientos no se curan.

Macrino, prefecto del pretorio, amenazado por Caracalla, le hizo asesinar (1). Se cree que la emperatriz, acusada de incesto con Caracalla su hijo, sucumbió á una muerte dolorosa, voluntaria ó involuntaria (2). No quedó ningun individuo de la familia de Severo, cuyos infortunios, á pesar de lo que dicen los historiadores, inspiraron poco interés á los hombres. En las razas antiguas admira tanto la caída, como la elevacion en las razas nuevas: los primeros cayendo, salen de su situacion natural, mientras los segundos entran en ella.

Caracalla tuvo templos y sacerdotes, porque Macrino pidió altares para aquel á quien habia asesinado. Los romanos, libres de los tiranos, los convertian en dioses; así gozaban los déspotas de dos inmortalidades, la del ódio público, y la de la ley religiosa que consagraba este ódio.

Macrino cubria con un exterior grave y con apariencias de denuedo un carácter frívolo y tímido; deseaba el imperio, lo obtuvo, y hallóse embarazado. Poseía, no el ingenio del mal, sino el instinto; impotente para secundar este mal, cuando habia cometido un crimen no sabia ya qué hacerse, lo cual acontece cuando la ambicion traspasa la capacidad, ó cuando una fortuna estraordinaria se encierra en un espíritu limitado y en una alma pequeña, en vez de estenderse con facilidad en un ingenio perfecto y en un corazón grande. Despues de catorce meses de reinado, el ejér-

(1) *Macrinus Antoninum occidit. (Hist. Aug., pág. 88).*

(2) *Julia cognita filii cæde ita affecta est ut se percuteret, at mortem sibi consciscere conaretur.... Inedia consumpta moritur. Accelevavit ei mortem cancer, quem cum jam multo tempore in mamma habuisset quiescentem percussio pectore irritabit. (Dion., lib. LXXVIII, pág. 886).*

cito quitó el imperio á Macrino tan fácilmente como se lo habia dado.

Julia, muger de Séptimo Severo, é hija de Basiano, tenia una hermana, Julia Mæsa, que se casó con Julio Avito, y tuvo dos hijas: Scemis y la célebre Mamea. Mamea dió á luz á Alejandro Severo, y Scemis fué madre de Eliogábalo, mas conocido con el nombre alterado de Eliogábalo. Scemis se habia casado con Vario Marcelo; mas no se sabe si tuvo comercio secreto con Caracalla, y si Eliogábalo fué el fruto de semejante comercio.

Despues de la muerte de Caracalla, Mæsa, hermana de la emperatriz Julia, se retiró á Emeso con sus dos hijas Scemis y Mamea, ambas viudas, y que tenian un hijo cada una: Eliogábalo tenia trece años, y Alejandro nueve. Mæsa logró que diesen á Eliogábalo el cargo de gran sacerdote del Sol. Con sus hábitos sacerdotales era de una extraordinaria belleza, y comparábanle á las mas perfectas estatuas de Baco: vióle una legion que quedó encantada, y por las intrigas de Mæsa le proclamó emperador. Júzguese del caracter del ejército: eligió á Eliogábalo porque era hermoso, y porque le creyó hijo de Caracalla y de Scemis; es decir, bastardo de un mónstruo y de una muger adúltera.

Macrino despachó contra la legion un cuerpo de tropas que mandaba Ulpio Juliano, el cual abandonado de sus tropas pereció asesinado. Un soldado le cortó la cabeza, la envolvió, hizo un paquete que selló con el timbre de Juliano, y la presentó á Macrino como la cabeza de Eliogábalo; Macrino desplegó el sangriento paquete, y reconoció que aquella cabeza pedía la suya. Despues de haber perdido una batalla contra su rival, que desplegó sumo valor, huyó, y fué detenido y asesinado. Su hijo, á quien envió al rey de los partos, esperimentó la misma suerte.

Reinó, pues, Eliogábalo, porque era necesario que todas las pasiones y todos los vicios pasasen por encima del trono, para que los hombres consintiesen en colocar en él á la religion que condenaba todos los vicios y todas las pasiones.

Roma vió llegar á un jóven sirio, sacerdote del Sol, con los párpados pintados, las mejillas coloradas de carmin, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, ropa de seda á lo fenicio, y rodeado de eunucos, de cortesanos, de bufones, de cantores, de enanos y enanas bailando y marchando hácia atrás delante de una piedra triangular: y este jóven sirio vino á reinar en los hogares del viejo Horacio, á encender el fuego casto de Vesta, á abrazar el escudo sagrado de Numa, y á tocar los venerables emblemas de la santidad romana (1).

(1) Fuit autem Heliogabali, vel Jovis, vel Solis sacerdos, atque Antonini sibi nomen asciberat Vultum præterea eodem quo Venus pingitur, schemate figurabat.... Heliogabalum in Palatino monte, juxta ædes imperatorias, consecravit eique templum fecit.... et Vestæ ignem et palladium, et ancilia, et omnia Romanis veneranda in illud transfert. (*Hist. Aug.* lib. CII)

In penum Vestæ, quod solæ virgines solique pontifices adeunt, irrupit, et pollutus ipse omni contagione morum, cum iis qui se polluerant. (*Ib.* pág. 103). Minorum genus aderat. (*Ib.*)

At vero Antoninus, e Syria profectus.... cultum patrii numinis celebrare supervacuis saltationibus, vestitum usurpans luxuriosum, purpura intextum atque auro, monilibusque et armillis redimitus, coronas sustinens ad thiaræ modum. (*Herodian.*, lib. V, pág. 376 et 377).

Amphoras plurimas ante aras profundeabat. ... chorosque circum aras agitabat, nullis non organis consonantibus, unaque mulieribus phœnisissis cursitantibus in orbem, cymbalaque inter manus habentibus aut tympana, omni circumstante senatu et equestre ordine. (*Herodian.*, lib. V, pág. 181).

En medio de tantos reinados execrables distingue-se el de Eliogábalo, por no sé qué de original. Cuantos prodigios ha creado la imaginación de los árabes en fiestas, en pompa, en riqueza, no parece sino una tradición confusa del reinado del sacerdote del Sol: anotaremos estos detalles en el artículo de las costumbres de los romanos. El vicio que gobernó mas particularmente el mundo en el tiempo de Eliogábalo, fué la impudicia, porque elegía los agentes del poder por las cualidades que mas propios los hacian para los excesos (1); y despreciando las distinciones sociales y las ventajas del ingenio, colocaba la soberanía política en la potencia que mas participa del instinto del bruto.

Sucedió que habiendo tomado varios maridos, dióse por dueño tan pronto un cochero del circo, como el hijo de un cocinero (2). Mandaba que le saludasen con el título de *señora* y de *emperatriz*; vestíase de muger, y entreteníase en labores de lana. Hombre y muger, prostituta y prostituida, no hubiera adquirido mas pureza aun cuando se hubiera consagrado al culto de Cibeles, como habia imaginado (3). Concedió asiento á su madre en el senado cerca de los cónsules, y creó otro senado de mugeres que deliberaban sobre las preferencias, los honores de la corte, y la forma de los vestidos.

Eliogábalo no estaba sin embargo desprovisto de valor. Perseguíale el pensamiento de una vida bre-

(1) At honores reliquos promovit commendatos sibi pudibulum enormitate membrorum. (*Hist. Aug.*, pág. 474).

(2) Nupsit et coit ut et pronubum haberet, clamaretque *concede, magire*, et eo quidem tempore quo Zoticus ægrotabat. (*Hist. Aug.* pág. 472; Div., lib. LXXIX. Herodian., lib. V).

(3) Jactavit autem caput inter præcisos phanaticos et genitalia sibi devinxit.

ve, y habia preparado para matarse en un caso, cordones de seda, un puñal de oro, veneno encerrado en vasos de cristal y de pórfido, y un patio interior empedrado de piedras preciosas, sobre las cuales pensaba precipitarse desde lo alto de una torre. Faltáronle tales recursos; vivió en sitios infames, y fué muerto en las letrinas (1) con su madre. Cortáronle la cabeza, y su cadáver arrastrado hasta un albañal, no pudo entrar en la abertura demasiado estrecha (2), cuyo acaso valió á Eliogábalo los honores del Tiber, de donde le dieron el sobrenombre de *Tiberino*, equívoco que significa el *ahogado en el Tiber*, ó el *pequeño Tiber*, jugando de este modo los romanos con su infamia. Cuando el despotismo desciende tan bajo, que su degradacion le quita la fuerza, los esclavos respiran un momento: en los tiempos de oprobio el desprecio ocupa algunas veces el lugar de la libertad. No olvidemos para ser justos, que Eliogábalo era un niño que solo contaba veinte y dos años cuando perdió la vida, y habia ya reinado tres años, nueve meses y cuatro dias: pervirtiéronle su madre, su siglo, y la naturaleza del gobierno de que vino á ser cabeza.

Las mismas mugeres cuya ambicion habia jugado en los reinados de Caracalla, de Macrino y de Eliogábalo, contribuyeron á la caída del último príncipe, y trabajaron en la inauguracion de su sucesor. Sémis habia persuadido á su hijo á que crease Augusto á su primo Alejandro. Eliogábalo, envidioso de la virtud de Alejandro, intentó primero corromperle, y no pudiendo conseguirlo, quiso asesinarlo; y Mamea para salvarlo le condujo al campo de los pretorianos. Verifi-

(1) *Atque in latrina ad quam confugerat, occisus. (Hist. Aug., pág. 478).*

(2) *Dion., lib. LXXIX; Herod., lib. V, Hist., Aug., página 478).*

cóse la reconciliación, que duró poco, y asesinado Eliogábalo, su primo recibió la púrpura.

Al pasar por el sólio cada emperador dejaba en él alguna prenda para la destrucción del imperio: permaneció el lujo que Eliogábalo había introducido en los muebles, en los vestidos y en la mesa. Desde la fecha de este reinado tomaron incremento la profusión de la seda y del oro, y las liberalidades á las legiones. El príncipe sirio había mandado acuñar algunas monedas de oro dobles y cuádruples de las viejas, y otras que contenían diez, cincuenta y cien veces su valor: distribuía estas monedas á los soldados á ejemplo de sus predecesores, y como contaba el número y no el peso de las monedas, centuplicaba algunas veces el precio del regalo; y para mudar las murallas de una ciudad, basta variar las fortunas.

No existiendo ya el emperador Eliogábalo, enviaron á Siria al dios Eliogábalo, introducido en Roma con su gran sacerdote. Un decreto prohibió para siempre la entrada de las mugeres en el senado. Los ensayos del déspota de Asia no envilecieron menos las antiguas instituciones: Júpiter Capitolino había cedido su puesto al Sol, y una muger se había sentado en los *senatus-consultos*. La religión es tan necesaria á la duración de los estados, que aun cuando es falsa, arrastra tras sí al desplomarse el edificio político. La sociedad antigua pereció con el politeísmo, mas en su seno habíase elevado otro culto, pronto á reemplazar al primero y á ser el fundamento de una sociedad nueva.

Alejandro Severo, príncipe económico y de buen juicio, consagró á las reformas casi todo su reinado. La administración se perfecciona en los gobiernos antiguos á medida que las costumbres se deterioran: pasa la civilización del alma al cuerpo. Por desgracia Alejandro no pudo destruir el mal que el tiempo

habia producido: las legiones sobornadas y codiciosas solo podian reformarse con el hierro de los bárbaros. En el año cuarto del reinado de este príncipe se fija la época de una revolucion en Oriente.

Despues que pasó Alejandro el Grande, y que los romanos, sin cubrirlas, se derramaron por sus huellas, formóse la monarquía de los partos. Artabán, última rama de la dinastia de los Arsácidas, ocupaba todavía el trono cuando Alejandro Severo se puso á la cabeza del mundo romano. Artabán habia sido ingrato con un vasallo suyo, que no tuvo bastante generosidad para perdonar la ingratitud: sublevóse contra su señor, y sentóse en su silla (1). Llamábase Artagerges, hijo adulterino de la muger de un curtidor y de un soldado, y pretendió descender de los soberanos de Babilonia: ninguno contraria la nobleza del vencedor, y fué lo que quiso ser. Proclamado heredero y vengador de Dario, mudó á su nacion el nombre de partos en el de persas, y estableció un imperio funesto á Roma, el cual destruyó los sarracenos despues de cuatrocientos veinte y cinco años de duracion.

No contento con haber libertado á su patria, Artagerges pidió á los romanos las provincias que ocupaban en Oriente, cual si intentara que la gloria le legitimase. No sabemos si Alejandro Severo venció á Artagerges, lo cierto es que volvió á Roma con los honores del triunfo (2), y de alli pasó á las Galias. Los movimientos de los godos y de los persas en los dos extremos del imperio, habian obligado á los romanos á encaminar sus principales fuerzas al Danubio y al

(1) Dion., lib. LXXX; Herod., lib. VII.

(2) *Hist. Aug.*, pág. 133, Herodian., lib. VI. M. de Saint-Martin en sus notas á la *Historia del bajo imperio*, de Lebeau, ha dado nuevas luces sobre la historia confusa de los reyes de los persas y de Armenia.

Eufrates, y á retirar cinco de las ocho legiones que guardaban las riberas del Rhin.

La invasion de los cristianos seguia paralelamente la de los bárbaros. Mamea, madre de Alejandro, profesaba quizás la nueva religion; al menos inspiró á su hijo sumo respeto á esta religion. Adoraba en una capilla doméstica la imágen de Jesucristo entre las de Apolonio de Thiana, Abraham y Orfeo (1). A ejemplo de la comunidad cristiana, que publicaba los nombres de los sacerdotes y de los obispos antes de ordenarlos, promulgaba los nombres de los gobernadores de las provincias (2), para que el pueblo pudiese vituperar ó aprobar la eleccion imperial. Tomaba por regla de su conducta esta máxima: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí:» y habia mandado que se grabase encima de palacio, y en las paredes de los edificios públicos. Cuando el verdugo casti-

(1) Primum ut si facultas esset, id est si non cum uxore cubisset, matutinis horis in larario suo, in quo et divos principes, sed optimos, electos, et animos sanctiores, in quibus Apollonium, et quantum scriptor suorum temporum dicit, Christum, Abrahamum et Orpheum: et hujusmodi cæteros habebat. (Lamprid., in *Vit. Alex. Severi*, pág. 328).

(2) Denique cum inter militares aliquid ageretur, multorum dicebat et nomina.—De promovendis etiam sibi annotabat, et perlegebat cuncta pittacia, et sic faciebat, diebus etiam pariter annotatis: et quis et qualis esset, et quo insinuante promotus. (Lamprid., *Hist. Aug.* pág. 320).

Ubi aliquos voluisset rectores provinciis dare, vel propósitos facere, vel procuratores, id est rationales ordinare, nomina eorum proponebat, hortans populum, ut si quis quid haberet criminis, probaret manifestis rebus: si non probasset, subiret pœnam capitis: dicebatque *grave esse, cum id christiani et judæi facerent in prædicandis sacerdotibus qui ordinandi sunt non fieri in provinciarum rectoribus, quibus et fortunæ hominum committerentur et capita.* (Lamprid., *Hist. Aug.*, pág. 345).

gaba al culpable, repetiale la sentencia favorita de Alejandro (1): así una sola palabra del Evangelio formaba un príncipe justo en medio de tantos príncipes inicuos.

Mas los jurisconsultos colocados en los consejos y destinos del estado; Sabino, Ulpiano, Paulo, Modestino, eran enemigos de los discípulos de la cruz; su culto parecía á tales magistrados, amantes y custodios de lo pasado, una novedad destructora de las antiguas leyes (2) y de los viejos altares. Ulpiano habia formado el sétimo libro del tratado sobre el *deber de un cónsul*, los edictos que declaraban los delitos dignos de castigo, y las penas en que incurrian los cristianos.

Ulpiano, prefecto del pretorio, ahorcado á manos de sus soldados, habia sido discípulo de Papiniano. Vienen en seguida Paulo y Modestino, estinguéndose en el último la llama de aquella jurisprudencia, cuyos oráculos recogieron Teodosio el jóven y Justiniano. A mas, si las leyes sábias testifican el talento de un pueblo, tambien acusan sus costumbres, porque el remedio revela el mal. En el principio los romanos carecian de leyes escritas; y en tiempo de sus tres últimos reyes recogiéronse como unas cuarenta decisiones con el nombre de código Papiniano (3). Las

(1) Clamabatque sæpius quod a quibusdam sive judæis, sive christianis audierat et tenebat; idque per præconem, cum aliquem emendaret, dici jubebat: *quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris*; quam sententiam usque adeo dilexit, ut et in palatio et in publicis operibus, præscribi juberet. (Lamprid., *Hist. Aug.*, pág. 330).

(2) At enim puniendi sunt qui destruunt religiones..... (Lat., *Div. Inst.*, lib. V. pág. 417).

(3) Este es el monumento mas antiguo de la jurisprudencia romana. En el reinado de Tarquino el Soberbio, Sexto Papirio reunió en un solo volúmen las leyes de los monarcas;

Doce tablas que componian al todo ciento y cincuenta textos, háyanse ó no copiado de la Grecia y explicado

qui leges regias in unum contulit, dice Pomponio con motivo de la segunda ley del Digesto. Estas leyes reales estaban escritas en la antigua lengua latina ó lengua oscua, conservada en la inscripcion de la columna de Duilio, en la tabla de Scipion, hijo de Barbato, y en el senado-consulta para la abolicion de las bacanales. Las vocales *a, e, i, o, u*, tomaban una *d* al fin de la palabra, principalmente cuando esta palabra se hallaba en ablativo. La *e* y la *i* se usaban muchas veces juntas, ó una por la otra. La *o* reemplazaba á la *e*; la *u* se escribía *ou*, ó simplemente *o*, ó tambien *uo*, ó finalmente *oi*. La *d* se pronunciaba *du*, y se escribía *du*. La consonante *g* no existía, y reemplazábala la *c*; *foiciont* ó *fouciount* ó *foicioint* por *fugiunt*, muestra estas trasformaciones. La consonante *m* se suprimía frecuentemente cuando se hallaba al fin de la palabra, ó tomaba una vocal; *urbe* por *urbem*, *tama* por *tam*. La *r* se mudaba en *s*, ó mejor; no se empleaba sino al fin y al principio de las palabras, diciendo siempre *roma* y no *soma*; pero en medio de las palabras la *r*, á la que se daba el sobrenombre de *canina* para espresar su rudeza, se pronunciaba y se escribía *s*: *asa* por *ara*: la *x, y, z*, eran consonantes desconocidas en la lengua oscua. Las consonantes no se doblaban. A ejemplo de José Escaligero, Antonio Terrasson en su historia de la jurisprudencia romana, ha restituido quince textos del derecho Papiriano. Ved aquí el ejemplo del primero:

Jou papeisianom.

Mensa. Deicatam. Asai. veice. peastase. jous. estod. utei. endo. Templod. Jounonci. Poploniai. Aucousta. mensa est.

Leed:

Jus papirianum.

Mensam dedicatam aræ vicem pæstare jus esto, ut in templo Junonis Populoniæ augusta mensa est.

por el desterrado Hermodoro (1), bastaron á la república mientras conservó la virtud. Siguieron despues bajo el mismo dominio de la república el derecho Flaviano y el derecho Eliano. Con Augusto tuvo principio bajo el imperio la ley *régia*, que se ha negado, y sucesivamente se unieron las diversas constituciones de los emperadores, hasta los códigos Gregoriano y Hermogeniano. Corrompidos entonces los romanos, no les bastaban tantos *senatus-consultos*, *plebiscitos*, *edictos de los principes*, *edictos de los pretores*, *decisiones de de los jurisconsultos* y del *derecho consuetudinario*. Al paso que envejecia la familia, multiplicaba los casos de jurisprudencia; sutilizábase el espíritu de los tribunales á medida que se encadenaban las relaciones de las cosas y de los individuos. Dos mil volúmenes compilados por Triboniano forman el cuerpo del *derecho romano* con el nombre de *Código*, de *Digesto ó Pandectas* y de *Institutos*, sin hablar del *derecho griego-romano*, ó de la Paráfrasis de Teofilo y de los

(1) Los antiguos glosadores del derecho romano cuentan con seriedad que los griegos, antes de dar parte de sus leyes á los diputados romanos enviaron á Roma un filósofo para saber lo que era Roma. Habiendo llegado el filósofo á la ciudad desconocida, entró en relaciones con un loco, que haciéndole señas con los dedos, le indicó la Trinidad. El filósofo dió cuenta de su mision á los griegos, y los griegos juzgaron que los romanos eran dignos de obtener las leyes que fueron como el fundamento de las Doce tablas. *Quemdam stultum ad disputandum cum græco possuerunt, ut si perderet, tantum derisio esset. Græcus sapiens natu disputare cæpit, et elevabit unum digitum, unum Deum significans. Stultus credens quod vellet eum uno oculo excæcare, elevabit duos, et cum eis elevabit etiam pollicem, sicut naturaliter evenit, quasi cæcare cum vellet utroque. Græcus autem credidit quod Trinitatem ostenderet.*

siete volúmenes en folio de los *Basilicos*, obra de los emperadores Basilio, Leon el filósofo, y Constantino Porfirogeneto: sólida mole que ha sobrevivido á Roma, pero que no pudo apuntalarla con bastante fuerza para impedir su destruccion. La sociedad vive mas por las murallas que por las leyes, y las naciones que se salvan con su inocencia, perecen muchas veces con su sabiduría.

Durante los reinados de Severo, de Caracalla, de Macrino, de Eliogábalo y de Alejandro, el papa Zeferino sucedió á Victor mártir, Calixto á Zeferino, Urbano á Calisto, y Pontiano á Urbano. Minucio Felix escribió su diálogo en defensa del cristianismo. Paseábase una mañana Minucio por la orilla del mar en Ostia, en compañía de Octavio y Cecilio, que seguia el paganismo: los tres interlocutores miraban á los niños que se divertian en deslizar piedras llanas por la superficie de las aguas, y sentóse Minucio entre los dos amigos. Cecilio, que habia saludado el ídolo de Serapis, preguntó por qué los cristianos se ocultaban, por qué no tenian ni templos, ni altares, ni imágenes. ¿Cuál es su Dios? ¿De dónde proviene? ¿Dónde está ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna nacion libre conoce, tan impotente que yace con sus adoradores cautivo de los romanos? Los romanos sin ese Dios gobiernan y gozan el imperio del mundo. Los cristianos no usais de perfumes, ni os coronais de flores: estais pálidos y trémulos; no resucitareis como pensais, y no vivis aguardando esa resurreccion imaginaria.

Octavio respondió que el mundo es el templo de Dios, y que una vida pura y las buenas obras son el verdadero holocausto. Refutó la objecion sacada de la grandeza romana, y volvió en ventaja suya el argumento de la pobreza dirigido á los discípulos del Evangelio, y Cecilio se convirtió. Pocos diálogos de

Platon ofrecen una escena tan bella y tan nobles discursos (1).

Orígenes, hijo de padre mártir, abrió en Alejandría su escuela cristiana: enseñaba toda clase de ciencias; y Mamea, madre del emperador, quiso verle: los paganos y los filósofos asistian á su enseñanza, le dedicaban las obras, y le alababan en sus escritos. Había aprendido el hebreo: estudiaba aun la Escritura en la version de los Setenta, y en las tres versiones griegas de Aquila, de Teodosio y de Simmaco. Compuso un gran número de obras, que siete estenógrafos se ocupaban en escribir de continuo cuando las dictaba (2), y sabemos su falta y su condenacion. Poseyó sumo ingenio y elocuencia, y le persiguió la desgracia de Abelardo, sin deberla á una pasion humana; no fué débil, sino por la ciencia y la virtud. En Orígenes se verificó la trasformacion del filósofo pagano en el filósofo cristiano: había en su método suma claridad, y en sus palabras un encanto indecible. Otros escritores eclesiásticos se dieron á conocer entonces, particularmente Hipólito, mártir, y quizás obispo de Ostia: inventó para encontrar el dia de Pascua un cielo de diez y seis años, que ha llegado hasta nosotros (3).

Hemos visto á Alejandro que partia á las Galias, donde únicamente habían quedado tres legiones. Habíase introducido en ellas el desórden, y el emperador se esforzó en restablecer la disciplina; habíanse sublevado á instigacion de Maximino. El hijo de Mamea reinaba ya trece años, y prometia larga vida: esto era demasiado, porque las liberalidades que los elevados á la púrpura prodigaban al soldado al tiempo

(1) Minut., *in Octav.*

(2) Euseb., lib. VI, cap. XXI XXIII et seq.

(3) *Hier. Script.*

de su eleccion, era para ellos una nueva causa de ruina. El imperio era una hacienda, que el príncipe arrendaba mediante la suma convenida; pero con la cláusula tácita en virtud de la cual se obligaba á pe-
recer pronto.

Asesinos escitados por Maximino dieron muerte á Alejandro y á su madre en el burgo de Secila, cerca de Mayencia.

El imperio perdió los vestigios del órden con que habia sobrevivido hasta aqui: guerras civiles, invasion general de los bárbaros, territorio desmembrado, provincias saqueadas, mas de cincuenta príncipes elevados y precipitados, tal es el espectáculo que se presenta á la vista por espacio de medio siglo, hasta el reinado de Diocleciano, en que el mundo se hundió en otros infortunios. Un estado que encierra en su seno el gérmen de su destruccion, marcha todavía si alguno no lo detiene, mas al menor choque se rompe: la sabiduría consiste en dejarle marchar sin tocarle.

Maximino sucedió á Alejandro.

Ya tenemos al primer bárbaro en el sólio, y de la misma estirpe que produjo al primer vencedor de Roma. Habia nacido en Tracia, su padre se llamaba Micca, y era godo; y el nombre de su madre era Ababa, y descendía de los alanos. Pastor primeramente, fué despues soldado en tiempo de Séptimo Severo, centurion en el de Caracalla, tribuno en el de Eliogábalo, cuyo destino estuvo á punto de renunciar por pudor (1), y finalmente, comandante de las nuevas tropas levantadas por Alejandro: este ambicioso bárbaro sacrificó á su bienhechor.

(1) Tum ille ubi vidit infamem principem sic exorsum, a militia discessit.... Fuit igitur Maximinus, sub homine impurissimo, tantum honore tribunatus, sed numquam illum salutavit.... ut de eo in senatu verba faceret Severus Ale-

Tenia su estatura ocho pies y medio de alta: arrastraba él solo un carro cargado, rompía de una puñada los dientes ó la pierna de un caballo, reducía á polvo las piedras con los dedos, hendía los árboles, echaba á rodar por el suelo diez y seis, veinte y treinta luchadores sin tomar aliento, corría con la rapidez de un caballo á galope, llenaba varias copas con sus sudores, comía cuarenta libras de carne, y bebía veinte y cuatro azumbres de vino al día (4). Era grosero, sin instruccion, apenas sabia hablar la lengua latina, despreciaba á los hombres; mostrábase duro, altanero, feroz, astuto, pero casto y amante de la justicia; tampoco carecía de valor, aunque no perteneciese como Alarico al número de los soldados cuya espada es

xander talia: *Maximinus, patres conscripti, tribunus, cui ego latum clavum addidi, ad me confugit qui sub impura illa bellua militare non potuit.* (*Hist. Aug.* página 370).

(4) *Erat præterea (ut refert Codrus) magnitudine tanta, ut octo pedes digito videretur egressus: pollice ita vasto, ut uxoris dextrocherio uteretur pro annulo. Jam illa prope in aure mihi sunt possita, quod hamaxas manibus attraheret, rhedam onustam solus moveret: equo si pugnum dedisset, dentes solveret: si calcem, crura frangeret: lapides topheios friaret, arbores teneriores scinderet; alii denique cum Crotoniatem milonem, alii Herculem, Antæum alii vocarum.... Cum militibus ipse luctam exercebat, quinos, senos, et septenos ad terram prosternens.... Sexdecim lixas uno sudore devicit.... Volens Severus explorare quantus in currendo esset, equum admisit multis circuitionibus, et cum neque Maximinus accurrendo per multa spatia desisset, ait ei.... Bibisse illum sæpe in die vini capitoliuam amphoram constat: comedisse et quadraginta libras carnis; ut autem Codrus dicit, etiam sexaginta... Sudores sæpe suos excipiebat, et in calices vel in vasculum mittebat: ita ut duos vel tres sextarios sui sudoris ostenderet.* (*Hist. Aug.* págs. 368, 369, 372).

bastante larga para hacer una herida que quede impresa en el género humano. Descúbrese aquí una nueva raza de hombres, dotada de las prendas que faltaban á la antigua progenie. Dios tomaba de la mano al alistado en sus milicias, para enseñarlo á la tierra, y anunciar la trasmision de los imperios. Solo habian mediado trece años desde el reinado de Eliogábalo hasta el de Maximino, y el uno era el fin y el otro el principio de un mundo.

Así una misma generacion de romanos tuvo por dueños en menos de la cuarta parte de un siglo á un africano, á un asirio y á un godo, y pronto veremos el imperio en poder de un árabe. Entre estos diversos aventureros, candidatos del despotismo que afluan en Roma, ninguno vino de Grecia; aquella tierra de la independencia se negaba á producir tiranos. En vano los godos destruyeron sus obras clásicas; la devastacion y la esclavitud no lograron privarla de su genio ni de su nombre. Derrocábanse sus monumentos, y hacíanse mas sagradas sus ruinas; dispersábanse las ruinas, y bajo de ellas aparecian las tumbas de los hombres grandes; destrozábanse los sepulcros, y manaba una memoria inmortal. ¡Patria comun de las celebridades! País donde nunca faltaron los habitantes, porque donde quiera que nació un estrangero ilustre, allí nació un hijo adoptivo de la Grecia, aguardando la resurreccion de esos indígenas de la libertad y de la gloria, que debian un dia volver á poblar los campos de Platea y de Maraton.

Los romanos libres de su sorpresa se sublevaron; no pudieron soportar la idea de que los gobernase un godo hecho *ciudadano* en virtud del decreto general de Caracalla: cual si conviniese á los esclavos mostrar alguna fuerza.

Estallaron varias conspiraciones, y fueron castigadas: Maximino pretendia reformar el imperio del

mismo modo que habia restablecido la disciplina de las legiones, con los suplicios. Por la menor falta sentenciaba á ser arrojados á las fieras, clavados en la cruz, cosidos dentro de las osamentas de los animales recientemente muertos, á los principales ciudadanos. Detestaba al senado y á los patricios, los mas viles y los mas insolentes de los hombres; tenia la debilidad de avergonzarse de su nacimiento en presencia de los nobles, que olvidaban con demasiada vileza su origen para tener el derecho de acordarse del suyo. Los amigos que le habian socorrido cuando era pobre, perecieron asesinados; no pudo perdonarles sus recuerdos (1), y no debia haber sacrificado á los testigos de su miseria, sino á los de su fortuna. Sirvió de tanto horror á los senadores, que hicieron rogativas en público para que los dioses le impidiesen entrar en Roma.

Habíale llamado Hércules, Aquiles, Ajax, Milon el crotoniata, y diéronle los nombres de Cíclope, Falaris, Busiris, Esciron, Tifon y Giges; porque el pueblo con la corrupcion habia recaído en las fábulas como se vuelve á la infancia en la decrepitud.

Maximino batió á los sármatas y á los germanos; escribia al senado: «No sabremos deciros lo que hemos hecho, padres conscriptos; mas hemos incendiado las villas de los germanos, arrebatádoles sus ganados, recogido los prisioneros, y esterminado á los que nos resistian.» Y en otra ocasion: «He terminado mas guerras que capitán alguno de la antigüedad, trasladado al imperio romano inmensos despojos, y hecho tanto cautivos, que apenas podrian contenerlos las tierras de la república (2).»

(1) *Hist. Aug.*, pág. 444; Herodian., lib. VII, pág. 237.

(2) Herodian., lib. VII, *Hist. Aug.*

Mas el Africa se sublevaba, y proclamaba augustos á los dos Gordianos, padre é hijo.

El viejo Gordiano, procónsul de Africa, descendia de los Gracos por su madre, de Trajano por su padre, de lo mas ilustre que brilló en Roma libre y esclava. Su padre, su abuelo, su bisabuelo, y él propio, habian sido cónsules: no era posible contar sus riquezas, citábanse sus juegos, sus palacios, sus baños, sus pórticos: felicidades sobradas para morir, aunque es verdad que subió al imperio á pesar suyo.

Quitaron la vida en Thysdro de Africa á un recaudador del fisco, y los autores del asesinato, para librarse de la venganza de Maximino, vistieron á Gordiano el viejo con las insignias del mando. Rechazólas, se echó en tierra llorando; mas su resistencia fué inútil, porque le condenaron á la púrpura. Saludaron Augusto á Gordiano el jóven, que amigo de las letras deploraba los infortunios de su patria entre las mugeres y las musas.

El senado confirmó la eleccion de ambos Gordianos, y declaró á Maximino enemigo de la república. El emperador cuando recibió la noticia se hirió la cabeza contra las paredes, despedazó su vestido, tomó la espada, intentó arrancar los ojos á su hijo; bebió, y lo olvidó todo. Al dia siguiente reunió sus tropas y les dijo: «Compañeros, los africanos han faltado á sus juramentos como acostumbran. Han elegido por señor á un anciano, á quien mas conviene el sepulcro que el imperio. El muy virtuoso senado, que en otro tiempo asesinó á Rómulo y á César, me ha declarado enemigo de la patria, mientras que combatia y triunfaba en su provecho. Marchemos contra el senado y los africanos: vuestros son todos sus bienes (1).»

Cuando Maximino pronunciaba este discurso no

(1) Herodian., lib. VII, *Hist. Aug.*

tenia ya nada que temer de los Gordianos (1). Capeliano, gobernador de Numidia, permaneciendo en fidelidad de Maximiano, ganó una pelea en que murió el jóven Gordiano. Gordiano el viejo se ahogó con el cinturón para no sobrevivir á su hijo, y para salir libremente de las grandezas en que había entrado contra su voluntad.

El senado designó dos nuevos emperadores, Maximiano Papiano, bravo soldado, y Claudio Balbino, orador y poeta: los eligió entre los veinte comisarios que había encargados de la defensa de Italia. Un tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano, y sobrino ó hijo del jóven, de edad de trece años, fué al propio tiempo proclamado César. Dos mensajeros corrieron por todas partes ordenando á los habitantes de los campos que destruyesen los trigos, trasportasen los ganados, se retirasen á las ciudades, y cerrasen las puertas á Maximiano.

Sin embargo, un accidente habia producido en Roma la guerra civil, y hubo asaltos, combates é incendios. La presencia del niño Gordiano apagó el tumulto, porque ambos partidos se calmaron á la vista de la púrpura ornada con la inocencia y la juventud (2).

El emperador no habia comunicado su ardimiento á los soldados, y su rigor en mantener la disciplina le habia quitado el amor de las legiones. Puso sitio á Aquilea, y los habitantes se defendieron, llegando las mugeres al extremo de cortarse los cabellos para hacer las cuerdas que se necesitaban para las máquinas de guerra. En memoria de este sacrificio edificaron un templo á Venus la Calva (3). La fortuna abandonó

(1) El viejo Gordiano habia reinado treinta y seis dias.

(2) Herodian., lib. VII, *Hist. Aug.*

(3) Tanta fide Aquillienses contra Maximinum pro sena-

á Maximino, y fue asesinado juntamente con su hijo.

El correo que trajo á Roma el mensaje del ejército, encontró al pueblo en el teatro, porque era seguro hallarle siempre en aquel sitio. Aquel pueblo atormentado con la grandeza y la miseria, y que se alimentaba con las fiestas y las proscripciones, adivinó la noticia antes de haberla oído. Gritó todo á un tiempo: «Maximino ha muerto.» Pusieron fin á los juegos y corrieron á los templos á tributar gracias á los dioses: tradición y mofa de los hombres grandes y de los altos hechos de la libertad republicana. La cabeza del Augusto y la del César fueron enviadas al senado. El hijo del gigante Maximino se habia instruido en las letras: sus gustos, sus maneras, su adorno eran elegantes y escogidos, y muchas mugeres le habian amado. En vez de la armadura de hierro que usaba su padre, llevaba una coraza de oro, un escudo del propio metal, la lanza dorada y el casco esmaltado con piedras preciosas (1). Aun despues de muerto, su rostro magullado, cubierto de sangre y de polvo, conservaba rasgos admirables. En otro tiempo se habian

tu fuerunt, ut funes de capillis mulierum facerent, cum deessent nervi ad sagittas emittendas: quod aliquando Romæ dicitur factum. Unde in honorem matronarum, templum Veneri Calvæ senatus dicavit. (*Hist. Aug.*, pág. 398).

Lactancio cuenta lo mismo de las mugeres romanas.

Urbe a Gallis occupata, obsessi in Capitolio Romani cum ex mulierum capillist tormenta fecissent, ædem Veneri Calvæ consecrarunt. (*Lact., Div. Inst.*, pág. 88, in 4.^o).

(1) Usus est autem idem adolescens (Maximin. Junior) et aurea lorica exemplo Ptolomæorum; usus est argentea, usus et clypeo gemmato inaurato, et hasta inaurata. Fecit et spathas argenteas, fecit etiam aureas.... fecit et galeas gemmatas, fecit et bucculas. Quædam parens sua libros homericos omnes purpureos dedit, aureis litteris escriptos. (*Hist. Aug.* pág. 306).

aplicado al jóven César los versos en que Virgilio compara la belleza del hijo de Evandro á la estrella de la mañana, cuando sale húmeda aun del seno del Océano (1). Su suerte enterneci6 por un momento al populacho, que quem6 en el campo de Marte con mil ultrages la encantadora cabeza sobre que acababa de llorar. Asi finaron ambos godos, soberanos en Roma antes que Alarico; mas por la púrpura y no por la espada.

Debemos fijar en el reinado de Maximino el principio de la sucesion de los emperadores militares, nacidos de las circunstancias, que semi-bárbaros sostuvieron el imperio contra los esfuerzos de los bárbaros. Tambien en esta época estall6 la rivalidad del senado y del ejército por la eleccion de príncipe; nueva causa de destruccion que se ańadi6 á las muchas que fermentaban en el estado.

El senado por otra parte tan abyecto, habia hasta entonces conservado por sus tradiciones de gloria, por su nombre, por la riqueza de sus miembros, y por las dignidades de que estaban revestidos, una especie de poder inesplicable: al senado daban cuenta los emperadores de sus victorias, y el senado gobernaba en los interregnos. Los años se contaban por

(1) Usus est magistro græco litteratore Fabilio, cujus epigramata multa extant, maxime in imaginibus illius pueri, qui versus græcos fecit ex illis latinis Virgilio, cum ipsum puerum describeret:

Qualis ubi Oceani perfusus Lucifer unda
Extulit os sacrum cælo, tenebrasque resolvit;
Talis erat juvenis primo sub nomine clarus (*).

(Hist. Aug., pag. 392).

(*) En este pasage del libro octavo de la Encida de Virgilio hay un verso cortado y otro interpolado.

el consulado: la religion y la historia se enlazaban con la existencia senatoria. Leiase en todas partes: S. P. Q. R., aun cuando no habia ya ni senado ni pueblo. Roma hablaba aun de libertad como los reyes modernos, que escriben en el encabezamiento de sus titulos las soberanias que han perdido.

Hasta el reinado de Maximino habia existido, si no inteligencia, al menos acuerdo forzado entre el senado y las legiones; mas habiendo los senadores durante las turbulencias de este reinado elegido ellos solos tres emperadores, quedaron tan orgullosos con aquella autoridad, que no pudieron dejar de manifestar su deseo de conservarla. Conociéronlo las legiones, y no se dejaron dominar. Los emperadores proclamados en las provincias por los ejércitos, acostumbráronse á considerar al senado como á un enemigo de su poder, y cuyo sufragio no les era necesario; y alejáronse de Roma, donde no residieron ya sino rara vez y á pesar suyo. La ciudad eterna quedó poco á poco aislada en medio del imperio; y mientras se batian en torno suyo, sentóse á la sombra de su nombre esperando su última ruina.

Maximino persiguió la religion. En tales persecuciones mencionanse por primera vez de un modo positivo las basilicas cristianas; sin embargo, háblase de un sitio consagrado al culto de Cristo en el reinado de Alejandro Severo.

Algunos autores han creido que la persecucion habia tenido por principal objeto en Oriente convertir á Orígenes: el pueblo y los filósofos hubieran mirado como un gran triunfo la apostasia del defensor de la iglesia (1), que por el ascendiente de su ingenio hubiese producido una multitud de conversiones.

Otros escritores creen que la persecucion nació

(1) Oros., lib. VII, cap. XIX.

con motivo del soldado en favor del cual escribió Tertuliano el libro de la *Corona*. He dicho varias veces que en la elección de un emperador era costumbre hacer donativos á los soldados, los cuales, para recibirlos, se coronaban de laurel. En el advenimiento de Maximino adelantóse un legionario con la corona en la mano; preguntóle el tribuno por qué no la llevaba en la cabeza como sus compañeros. «No puedo, respondió, porque soy cristiano.»

Tertuliano aprueba la conducta del legionario (1), pareciéndole que el coronarse de laureles era propio de la idolatría.

Al lado de las elecciones que hacia la espada, continuaban las pacíficas elecciones de otros soberanos que reinaban por el báculo pastoral. Habiendo muerto el papa Urbano, sucedióle Ponciano que, desterrado en la isla de Cerdeña, abdicó. Antero que se sentó en su lugar vivió solamente un mes, y proclamaron obispo de Roma á Fabiano.

En medio de las guerras civiles y extranjeras brillaban las ciencias en los sabios entendimientos de los cristianos. Teodoro ó Gregorio de Pons, llamado el Taumaturgo, presentábase en el orbe: Africano escribía su historia universal, que comenzando en la creación del mundo, llegaba al año 224 de nuestra era (2). Tratábase allí la historia de una manera nueva entonces: un cristiano obscuro decía al imperio brillante de los Césares que era moderno; que sus hechos y sus fábulas no contaban sino un día de existencia, comparados con la antigüedad del pueblo de Dios y de la religion de Moisés, y que en esta escala debía medirse en adelante la vida de las naciones. La crónica de

(1) Tertul., *de Cor.*

(2) Euseb., lib. VI; *Hist.*, cap. XXXII; Phot., *Bibl.*, cod. XXXIV.

Africano no se encuentra ya sino en la de Eusebio.

Orígenes publicó la obra que le había costado veinte años de trabajo (1): era una edición de la Escritura con muchas columnas, y que tomó el nombre de *Hexaplo*, *Octaplo* y *Tetraplo*, según el número de ellas. En los Hexaplos la primera columna contenía el texto hebreo en letras hebraicas, la segunda el mismo texto en letras griegas, la tercera versión griega de Aquila, la cuarta la de Simmaco, la quinta la de los Setenta, y la sexta el texto hebreo de Teodocion.

Los Octaplos tenían dos columnas más, compuestas de dos versiones griegas, la una encontrada en Jericó por Orígenes mismo, y la otra en Nicópolis de Epiro. No se empleó en tan inmenso trabajo el idioma de los señores del mundo. Varias traducciones latinas hechas sobre la versión de los Setenta, bastaban á las necesidades de la iglesia de Roma y de las demás iglesias del Occidente. Obstinábanse los griegos en considerar la lengua de Cicerón como una lengua bárbara.

Multiplicábanse los concilios, ó bien por las necesidades de la comunidad cristiana, ó bien para arreglar la disciplina y las costumbres, ó bien para hacer resistencia á la heregía. Cipriano, jóven aun, levantaba su voz en Cartago; este era el hombre cuya florida elocuencia había de inspirar la de Fenelon, como la palabra de Tertuliano había de animar la palabra de Bossuet.

Todo era agitacion entre los bárbaros: unos se reunían en las fronteras; otros se introducían en el imperio, ó como vencedores, ó como prisioneros, ó como auxiliares: los cristianos crecían igualmente en nú-

(1) Eus., lib. VI; *Hist.*, cap. XVI; Epiph., *de Mens.*, n. 48, 49.

mero, y estendian sus conquistas entre los conquistadores.

Máximo y Balbino subieron al trono imperial despues de la muerte de Maximino: rodeaba al primero un cuerpo de germanos que le eran adictos, como los suizos y los guardias escoceses á nuestros reyes. Los pretorianos tuvieron celos, porque no aprobaban una eleccion debida únicamente al senado. Corrieron á las armas cuando la ciudad se hallaba entregada á los juegos capitolinos: los emperadores arrancados de su palacio, fueron degollados con los últrages en otro tiempo prodigados á Vitelio: habia en los archivos del estado antecedentes para toda clase de asesinatos y de vicios. Máximo, hijo de un cerrajero ó de un carretero, era un hombre bravo, diestro en la guerra, moderado, y tan sério que le daban el sobrenombre de *triste*. Balbino pertenecia á una familia que pasaba por noble sin ser antigua, y era dulce y afable: decian del primero que concedia lo que era justo, y del segundo que se estendia á mas. Habian ya nombrado César al tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano: los pretorianos le saludaron con el titulo de Augusto, y el senado y el pueblo le reconocieron.

El reinado de este principe fué corto: tuvo por suegro á su maestro de retórica, llamado Mysitheo, que le arrebató de las manos de los eunucos (1); y Gordiano convirtió á Mysitheo en prefecto del pretorio y en ministro. Mysitheo habia sido un hombre oscuro antes de tomar las riendas del estado; condicion necesaria para llegar á empuñarlas cuando se nace con talento, porque en la carrera política no se sube al poder con una reputación formada.

No fué considerable la guerra en el reinado de Gordiano III; mas nos recuerda nombres grandes: S. -

(1) *Hist. Aug.* p. 161.

por, hijo de Artagerges, atacó al imperio en Oriente, y aparecieron los francos en las Galias. Aureliano, despues emperador, mandaba entonces una legión, y batió á los francos cerca de Mayencia, matando á setecientos, y haciendo trescientos prisioneros. Reputóse esta victoria de tanta importancia, que los soldados improvisaron dos malos versos que se han conservado hasta nosotros:

Mille francos, mille sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille persas quærimus (1).

Asi el nombre de nuestros padres se encuentra por la vez primera en una cancion soldadesca, que espresa á la vez su valor y el pavor de los romanos.

Preparóse Gordiano III para rechazar á Sapor, y antes de salir de Roma abrió el templo de Jano; y es la vez postrera que se trata de semejante ceremonia en la historia. Presumimos que no volvió á cerrarse el templo, y que fué como un presagio del destino del imperio. Gordiano, habiendo pasado por la Mesia y por la Tracia, destrozó á los godos: pero fué menos venturoso con los alanos. Consiguió algunas ventajas sobre Sapor, y debió el triunfo á Mysitheo, á quien honró el senado con el nombre de tutor de la república: Gordiano tuvo la grandeza de convenir en ello al dar cuenta de sus victorias al senado (2): volver la gloria al que nos la dió, es hacernos dignos de ella.

La caduca Roma no sufría á un gran ciudadano sino con violencia; y si por acaso producía alguno, á semejanza de una madre estenuada, no tenia ya fuerzas para alimentarlo. Murió Mysitheo envenenado quizás por Filippo, que le sucedió en el cargo de prefecto

(1) Vopisc., *in vit. Aurelian: Hist. Aug.*

(2) *Hist. Aug. Aurel. Vict.*

del pretorio. Desde aquel momento la fortuna dió la espalda á Gordiano; porque existen espíritus creados para aparecer juntos, y que son su complemento mútuo. Las sociedades en su infancia fácilmente reparan la pérdida de un hombre hábil; mas cuando tocan su término, si llegan á faltar los ciudadanos de mérito que les restan, todo perece.

El nuevo prefecto del pretorio era árabe, é hijo de un gefe de salteadores. Filippo asociado desde luego á Gordiano, acabó por inmolarlo. Gordiano se humilló á solicitar sucesivamente la particion igual del poder, el rango de César, el cargo de prefecto del pretorio, el título de duque ó gobernador de provincia, y finalmente la vida: el asesino lo rehusó todo, excepto unos pobres funerales. El último descendiente de los Gracos contaba apenas veintey tres años: la humildetumba del jóven emperador de los romanos levantóse lejos del Tiber, donde confluyen el Chaboras y el Eufrates, á alguna distancia de las ruinas de aquella Babilonia, que vió llorar á Israel cerca de los sepulcros de los famosos reyes.

Filipo proclamado Augusto, y su hijo César, concluyeron la paz con Sapor, y vinieron á Roma. Juzgad del estado á que habia llegado Roma: no se sabe si debe colocarse en la época del advenimiento de Filippo la existencia de dos emperadores llamado el uno Marco, filósofo de oficio, y el otro Severo Hostiliano. No conocemos sino los nombres de ambos señores del mundo, y aua ignoramos si reinaron.

Desde este tiempo denominanse *tiranos*, para distinguirlos de los *emperadores*, á los pretendientes al imperio que, elegidos por las legiones, no eran reconocidos por el senado. No existia, sin embargo, entre tales hombres igualmente opresores, sino la diferencia de fortuna, y dábase á la victoria el título que se negaba á la desgracia.

Quedan todavía dudas sobre la verdad de un hecho grave: ¿Filipo era cristiano? Las pruebas son débiles, y tendremos en adelante hartos principes de la fé malvados, sin reivindicar á éste, pero la marcha de la historia prescribe que anotemos la coincidencia de la elevacion al imperio de un godo Maximino, y quizás de un cristiano en Filipo.

Filipo celebró los juegos seculares en 24 de abril del año 248: Horacio los habia cantado en el reinado de Augusto; juegos misteriosos celebrados durante tres noches al esplendor de las antorchas en las riberas del Tiber (1), y que ninguno veía dos veces en su vida, porque se verificaban al cumplirse un período de mil años para la antigua Roma, y fueron interrumpidos. Mas de otros mil años trascurrieron hasta que un principe de la nueva Roma los restableció con el nombre de *Jubileo* el año 1300 de la era vulgar. Bonifacio VIII ofició con los ornamentos imperiales, y doscientos mil peregrinos se hallaron reunidos en la fiesta. Clemente VI, Urbano VI y Paulo II fijaron sucesivamente la vuelta del jubileo, el primero á cincuenta, el segundo á treinta y tres, y el tercero á veinte y cinco años: Clemente en consideracion á la brevedad de la vida; Urbano en memoria del tiempo que Jesucristo pasó en la tierra, y Pablo para la mas pronta remision de los pecados. Los esclavos y los extranjeros no asistian á los juegos seculares de Roma idólatra; Roma cristiana llamaba al jubileo á los desgraciados y á los viajeros.

Filipo hizo la guerra á los carpianos, pueblos situados en los montes Carpatos, vecinos á los godos: habian los últimos recibido desde el reinado de Alejandro Severo un tributo de los romanos, y habiendo pretendido igual favor los carpianos, fueron vencidos.

(1) Zosim., lib. II.

De repente se levantan dos nuevos emperadores, Saturnino en Siria y Marino en Mesia. Decio, cuyo nombre recuerda la primera invasion grande de los bárbaros, habia nacido de padres oscuros: encumbrado al consulado ó por sus talentos ó por las revoluciones, que elevan indistintamente el mérito y la medianía, el vicio y la virtud, Decio se encontró encargado de castigar á los partidarios de Marino, que le obligaron á ocupar su lugar, á marchar contra Filipo, y á presentarle batalla. Los crímenes habian caído bajo el dominio del derecho comun, y las guerras civiles formaban el temperamento del estado. Filipo fué vencido y muerto en Verona (4), y su hijo degollado en Roma.

De este jóven se cuenta que jamás habia reído desde los cinco años: no subió al trono, y perdió los juegos y alegrías de la infancia: si se hubiese quedado en la tienda del árabe, no las hubiese perdido. En esta época un príncipe jamás perecia solo, sus hijos eran juntamente sacrificados. Esta leccion repetida no servia de escarmiento. Se hallaban mil ambiciosos, no se hallaba un padre.

Este era el cuadro de los hombres y de las cosas al advenimiento de Decio: todo apresuraba la disolucion del estado.

Los bárbaros no habian visto nada delante de ellos sino el cristianismo que los esperaba para hacerlos capaces de fundar una sociedad, bendiciendo su espada.

(4) Zosim., lib. I; Zonard, lib. XII.

DISCURSO PRIMERO.

SEGUNDA PARTE.

DESDE DECIO HASTA CONSTANTINO.

Con el reinado de Decio principia la verdadera historia de los bárbaros. Se darán á conocer mejor; tomarán otro movimiento los negocios; van á mezclar las razas multiplicar las desdichas, llenar los destinos del viejo mundo, y á comenzar los del nuevo mundo. A las correrías rápidas, á las incursiones pasajeras que los caledonios hacian en la Gran Bretaña, los germanos y los francos en las Galias, los cuados y los marcomanos sobre el Danubio, los persas y los sarracenos en Oriente, y los moros en Africa, se seguirán formidables invasiones: aparecerán los godos; los otros bárbaros acampados en las fronteras los empujarán y seguirán. Ya parece que las pisadas y gritos de esta multitud hacen temblar el Capitolio.

Los godos, quizás de la vieja estirpe de los suevos, y separados de ella por Cotualdo; los godos hi-

jos de los conquistadores de la Escandinavia, de donde tal vez habian arrojado á los cimbrios, dilataron su dominio sobre una parte de los otros bárbaros, los bastarnos, los venedos, los sazigos, los roxolanos, los eslavos ó vándalos ó esclavones, los antos y los alanos, originarios del Cáucaso (1). Odino su

(1) Para esta historia embrollada de los bárbaros, consultad á Bayer, á Gatterer, á Adelung, á Schloezer, á Reineggs, á Malte-Brun, etc. Los citados sábios siguen sistemas contradictorios; el uno no ve en Germania sino los suevos y los no suevos; el otro quiere que los eslavos sean los vándalos; éste convierte los eslavos en venedos, y reconoce eslavos mistos y eslavos propiamente dichos. Los suevos originan los alamanes ó alemanes actuales, etc., etc. En medio de todo esto es tambien preciso colocar el sistema por la division de las lenguas, la raza caucasiana, y qué sé yo. He presentado aqui al lector, y en la *esposicion* de este discurso, lo que me ha parecido menos oscuro. Creo que he sido el primero que ha recogido los nombres y el número de las hordas de la América Septentrional (*Viage en América*), no obstante la aridez y la confusion de las tradiciones de estos salvages; y es menos difícil formarse una idea aproximativa, que derramar la claridad por la historia de los pueblos germánicos. Los romanos, que ignoraban las lenguas de aquellos pueblos, lo han confundido todo; y cuando los referidos pueblos se han civilizado, como se hallaban ya lejos de su origen, no han encontrado sino algunos cantares y tradiciones orales, mezcladas con fábulas y con el cristianismo. Desgraciadamente se ha perdido la grande historia de los godos de Cassiodoro, y solo nos resta el compendio de Jornandés: Grocio nos ha dado una edicion de los escritores godos. Agathias, y principalmente Procopio, ofrecen uno de los grandes manantiales de la historia gótica. Jornandés habla de varias crónicas de los godos, en verso, citadas por Ablavio y tenemos en la traduccion de los cuatro Evangelios, por Ulfilas, el monumento mas antiguo de la lengua teutónica, es del siglo IV. Ulfilas se habia visto obligado á inventar letras desconocidas para espresar ciertos sentidos de la lengua de los godos. El juramento de Cárlos en aleman,

primer legislador, fué tambien su dios de la guerra, á menos que no supongamos dos Odinos: colocándole en el cielo, remontaron la ley al nivel de la religion. Odino tenia un templo en Upsal, donde cada nueve años le inmolaban dos hombres y dos animales de cada especie, si es que en aquellos remotos tiempos (1) existian Odino, Upsal y su templo, ó si es verdad que hayan en algun tiempo existido.

En el siglo de los Antoninos, en el momento en que el imperio romano tocaba la cúspide de su poder, los godos dieron el primer paso, y se establecieron en la embocadura del Vistula. Las colonias de los vándalos, que eran ó salidas de su seno ó esclavos alistados en sus filas, se derramaron por lo largo de las riberas del Oder, de las costas de Mecklemburgo y de la Pomerania. Los godos, divididos en ostrogodos y visogodos, godos occidentales y godos orientales, se subdividieron á mas en bandas ó tribus con los nombres de herulos, gepidos, burgondos ó burguiñones, y lombardos (2). Si se cree que los últimos no eran de

que se halla en Nithard (842), es posterior mas de cuatrocientos ochenta años á la traduccion de Ulfilas, y mas de cinco siglos al canto teutónico que celebra la victoria de Luis, hijo de Luis el Balbuciente, sobre los normandos en 881. La crónica de Mario que comienza en el año 453, y concluye en el año 581, contiene noticias sobre los godos y los burguiñones. Existe una genealogia de los reyes godos, publicada de un manuscrito del monasterio de Moissac.

(1) Adan de Brema. *Saxo gram.* Los *Eddas*, los *Sagas*; *Hist. de Suecia, etc., etc.*

(2) Hacen descender los burgondos ó burguiñones de los vándalos, esclavos ó venedos, vencidos por los godos. Eran enemigos de los alemanes. (Ammiano Marcelino, lib. XXVIII; Plinio, *Hist. Nat.* IV). Una tradicion los supone descendientes de los soldados romanos que guardaban hácia las riberas del Elba las fortalezas de Druso. (Orosio, lib. VII). Pablo

origen gótico, será preciso admitir al menos que se habian convertido en godos por la conquista, y que destacados despues de la confederacion gótica, cuando se rompió esta, fundaron la monarquía de los burgondos y de los lombardos.

Los godos levantaron el campo, dieron un segundo paso, y asomaron la cabeza en los confines de la Dácia, llegando luego al Ponto-Euxino. El rey que gobernaba entonces su monarquía hereditaria se llamaba Amala, y pretendia descender de los Ansos (1) ó semi-dioses de la estirpe goda.

Trajano, subyugando á los dacios mas allá del Danubio, sujetó sin saberlo el imperio vecino de sus destructores; porque los godos no fueron conocidos con su nombre verdadero hasta el reinado de Caracalla, y cuando Roma lo hubo aprendido, jamás se olvidó de ello.

Orgullosos con sus conquistas, y engrosados con las hordas que se les habian incorporado, los godos, como un torrente hinchado por otros torrentes, precipitáronse contra el imperio en la época de la caída de Filipo, y de la elevacion de aquel que le sucedió.

Guiados por el rey Cniva, inundaron la Dácia, pasaron el Danubio, obligaron á Marcianópolis á comprar su rescate, retiráronse, volvieron, sitiaron á Nicópolis, tomaron por asalto á Filippópolis, degollaron á cien

Warnefrido (el diácono) coloca el origen de los godos y de los lombardos en la Escandinavia. Entre los reinados de Augusto y de Trajano, hállanse los lombardos establecidos sobre el Elba y el Oder. (Veleio Paterculo, II).

(1) Proceres suos non puros homines; sed semi deos, id. est Anses vocavere.— Horum ergo, ut suis fabulis ferunt, primus fuit Gaapt, qui genuit Halmal, Halmal vero genuit Augis, Augis genuit eum qui dictus est Amala á quo et origo Amalorum decurrit. (Jornand., *de Reb. Getic.* página 607).

mil habitantes, é hicieron una multitud de prisioneros ilustres (1). Caminando entretuviéronse en dar un señor al mundo, y salvages medio desnudos, otorgaron la púrpura a Prisco, hermano de Filipo, que la habia solicitado. Décio corrió con su hijo a oponerse á sus estragos, y vendido por Galo, que intentó tambien recibir el imperio de la mano de los bárbaros, metióse en un pantano, donde pereció con su hijo y con sus tropas (2).

Décio, principe por otra parte notable, que vió el principio de la gran invasion de los bárbaros, habiase armado del mismo modo contra los cristianos; impotente para rechazar á los unos y á los otros, no pudo hacer frente á los dos pueblos á quienes Dios habia entregado el imperio. Esta persecucion produjo caidas, que San Cipriano atribuye á la relajacion de las costumbres de los fieles (3). En el anfiteatro de Cartago el pueblo gritaba: «Entregad a Cipriano á los leones;» y el elocuente obispo se retiró (4), y á Dionisio de Alejandria salváronle sus discípulos ocultándole. Gregorio el Taumaturgo invitó á sus neófitos á ponerse en seguridad, y se precavió de los peligros en una colina desierta. Han quedado consignadas en los fastos de la religion las ejecuciones del sacerdote Pionio en Esmirna, de Máximo en Asia, y de Pedro en Lansaco. El papa Fabiano confesó con alma y cuerpo el 20 de enero de 230; y contando desde su martirio vienen exactos los años del pontificado romano, como la era de Cristo se fija en la cruz. Alejandro, obispo de Jerusalem, y Babilas, obispo de Antioquia, que habia

(1) Ammien. Marcel., XXXI, cap. V.

(2) Aurel, Victor., cap. XXIX; Joründ., cap. XVIII; Zosime, lib. I; Zonare, lib. XII; *Hist. Aug.* pág. 223.

(3) Epist. 11.

(4) Epist. 10, 20, 59, 60.

obligado al emperador Filipo y á su madre á hacer penitencia la noche de Pascua, perecieron en las mazmorras: el uno, anciano, sufría segunda vez la prueba, y el otro quiso ser enterrado con sus hierros (1). Resistió Orígenes cruelmente atormentado.

Un joven de la Baja Tebaida, llamado Pablo, huyendo de la persecucion halló una gruta á la que hacia sombra una palmera, y donde manaba una fuente que daba nacimiento á cierto arroyo. Pablo se encerró en aquella gruta, y vivió en ella noventa años, logrando la gloria de vivir solitario, y siendo el primer ermitaño del cristianismo (2).

Diversos obispos fundaron iglesias en las Galias: Dionisio en Paris, Graciano en Tours, Estremoino en Clermont de Auvernia, Trofimo en Arlés, Paulo en Narbona, y Marcial en Limoges.

Después del martirio de Fabiano tres obispos proclamaron papa á Novaciano, primer antipapa y gefe del primer cisma. El clero habia elegido por su parte á Cornelio, dotado de suma firmeza, y estuvo vacante la silla pontificia por espacio de diez y seis meses. Contábanse entonces en Roma cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, cincuenta y dos exorcistas, lectores y porteros, quinientas viudas y otros pobres sustenta-

(1) vinculis... cum quibus suum corpus sepeliri mandavit. (*Martyrol.*, 21 Jan.)

(2) Prudentissimus adolescens ad montium deserta fugiens tandem reperit saxeam montem. Ad cujus radicem haud proculerat grandis spelunca quæ lapide claudebatur: quo remoto avidius explorans, animadvertit intus grande vestibulum, quod, aperto desuper cælo, patulis diffusa ramis vetus palma contexerat, fontem lucidissimum ostendens: cujus rivum tantummodo foras erumpentem statim modico foramine eadem quæ genuerat aquas, terra sorbebat. (*Hieron., in Vita Pauli eremitæ*, pág. 338. Basileæ).

dos por la iglesia (1). Diez y seis obispos concurren a ordenar a Cornelio, confirmado por el pueblo; obsérvese la diferencia de ambos imperios: los soldados de Júpiter hacían tiranos, y los soldados de Cristo formaban santos.

Galo, proclamado Augusto con Hostiliano, hijo segundo de Décio, se obligó a pagar a los godos un tributo anual: a este precio ofrecieron respetar las tierras romanas; y como se cumplen únicamente las condiciones que se reciben y no las que se imponen, los godos quebrantaron la palabra. Declaróse una peste horrorosa. Galo mandó quitar la vida a Hostiliano, hijo de Décio, y lo reemplazó con su propio hijo. Continuó la persecución, y sucumbieron a sus rigores dos papas, Cornelio y Lucio I.

Emiliano batió a los godos en Mesia, y vistióse la púrpura: Galo marchó en su seguimiento. Las tropas de Galo se sublevaron, y le despojaron de la vida juntamente con su hijo, pasándose a las águilas de Emiliano. Valerio conducía en auxilio de Galo las legiones de la Galia, que al saber la muerte del emperador proclamaron a Valerio: Emiliano pereció a su vez en manos de sus soldados (2). Valeriano dividió el poder con su hijo Galieno: un tirano habíase levantado en el reinado de Décio, y otro en el de Galo.

Diestro en los empleos militares y civiles, diputado de los dos primeros Gordianos en el senado, Valeriano había figurado en todos los negocios de su tiempo. Confiriéronle la censura por aclamación, cuando los

(1) In qua tamen non ignorabat. (Novatus) presbyteros esse quadraginta sex, diaconos septem, acolithos quadraginta duos, exorcistas et lectores una cum ostiariis quinquaginta duos, viduas et alios morbo atque egestate afflictos mille et quingentos. (Eus., *Hist.*, lib. VI, cap. XXXV, página 178).

(2) Zonar., lib. XII; Eutrop., lib. IX cap. VI.

dos Décios restablecieron esta magistratura reunida á la dignidad imperial. «La vida de Valeriano, dicen que es una censura perpétua: retrata las costumbres de la venerable antigüedad.» Sin embargo, Valeriano no era mas que un talento limitado que no llegaba de mucho á la sublimidad de su fortuna.

Galienc, á quien su padre habia nombrado Augusto, se dirigió á mandar las Galias: padre é hijo corrian por todas partes á oponerse á los bárbaros, auxiliados por los diestros capitanes Posthumo, Claudio, Aureliano y Probo, que se formaban en la escuela de las armas por los crímenes y por la necesidad. Los germanos que venian quizás de la línea de los francos, invadieron la Galia hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, saquearon parte de España, y aparecieron en las riberas de la Mauritania admirados de aquella nueva raza de hombres (4). Los combatió y rechazó Posthumo á las órdenes de Galienc; mas los alemanes, otros de los germanos, en número de trescientos mil, avanzaron en Italia hasta los contornos de Roma. Galienc los obligó á retirarse. Los godos, los sármatas y los cuados encontraron á Valeriano en Iliria, quien los contuvo con el auxilio de Claudio, Aureliano y Probo.

La Escitia vomitaba á millares sus pueblos sobre el Asia Menor y sobre la Grecia: es probable que los escitas que inundaron entonces aquellos países, eran una columna de godos vencedores del reducido reino del Bósforo. Embarcáronse en el Ponto-Euxino en una especie de cabañas flotantes, entregándose á una mar tempestuosa y á tímidos marineros. Rechazados en Colcos volvieron á la carga, atacaron el templo de Diana y la ciudad de Oéta, que inmortalizaron la fábula y los poetas: se apoderaron de Pithionto, sorprendieron á Trebizonda, robaron la provincia del Ponto,

(4) Eutrop., lib. IX. cap. VI; Aurelius Victor.

y encadenando los romanos cautivos á los remos de sus bateles, regresaron triunfantes al páramo (1).

Otros godos ó escitas á quienes alentó su ejemplo, hicieron construir una flota á sus prisioneros, partieron de la embocadura del Tannais, y remaron á lo largo de la ribera occidental del Ponto-Euxino, mientras que un ejército marchaba por tierra de concierto con la flota. Pasaron el Bósforo, desembarcaron en Asia, saquearon á Calcedonia, entraron en Nicomedia, donde los llamaba el tirano Chyrsogonas, entraron á saco las ciudades de Lio y de Pousa, y retiráronse á la luz de las llamas con que incendiaron á Nicea y á Nicomedia (2).

Mientras se sucedían tales desastres, Valeriano había ido á Antioquia, y empleábase en otra guerra que le fué en extremo fatal. Sapor, invitado por Ciriadas, que aspiraba al imperio, había entrado en Mesopotamia, y fueron presa suya Nisibe, Carhas y Antioquia. Llegó Valeriano, rescató á Antioquia, quiso favorecer á Edessa, apremiada por los persas, perdió una batalla, y pidió la paz. Sapor le propuso una entrevista que aceptó, y quedó prisionero de un enemigo sin fé. La sencillez no es admirable sino cuando va unida á la grandeza; de otro modo es el paso ordinario de un espíritu limitado. Valeriano era un hombre sincero, de la misma manera que era un hombre nulo: sus virtudes llevaban el sello de su medianía.

Vengados quedaron en su persona el oprobio y el infortunio de tantos reyes humillados en el Capitolio. Encadenado y vestido de púrpura alargaba la cabeza, el cuello ó la espalda en forma de estribo á Sapor cuando montaba á caballo (3). Sapor creía equivoca-

(1) Zosim., lib. I; Greg. Thaum., *Epist.*, apud Masc.

(2) Zosim., lib. I.

(3) Rex persarum Sapores qui eum cœperat, si quando

damente hollar el poder; mas el imperio persa no se habia elevado, era el imperio romano el que se habia humillado.

Murió Valeriano: su piel henchida de paja, curtida y teñida de rojo, estuvo colgada por espacio de muchos siglos en las bóvedas del templo principal de la Persia (1). ¿Qué anunciaba la vista de este trofeo al mundo? nada. El mismo Galieno, considerando la desgracia como una abdicacion, contentóse con decir: «Ya sabia que mi padre era mortal (2).» Apoderóse de la otra mitad de la púrpura que habia dejado Va-

libuerit aut vehiculum ascendere aut equum, inclinare sibi romænum jubebat ac terga præbere, imposito pede super dorsum ejus. (Lactan. *De morte persecut.*, cap. V. página 60).

Valerianus scilicet in captivitatem ductus á Sapore, non gladio sed ludibrio, omnibus vitæ suæ diebus merita pro factis percepit, ita ut quotiescumque rex Sapore equum ascendere vellet, non manibus, sed incurvato dorso et in cervice ejus pede posito, equo membra lavaret. (Eutrop., in *Vita Pontii manuscripta*, apud Lact., pág. 60).

(1) Tandem a Sapore rege persarum jussus excoriari, saque conditus, in sempiternum tui infortunii trophæum ante omnium oculos statuisti. (Euseb., *Orat. Const.*, página 442).

Direpta est ei cutis, et eruta visceribus pellis, infecta rubro colore ut in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphi clarissimi poneretur. (Lact., *De Morte persecut.*, cap. V, pág. 59).

Aghatias da á entender que Valeriano fué desollado vivo; y Constantino escribiendo á Sapor II en favor de los cristianos, le habla del horrible trofeo que se veia todavia, segun dice, en su pais. (Euseb., *Vit. Const.*)

(2) Ubi de Valeriano patre comperit quod captus esset, id quod philosophorum optimus de filio amisso dixisse fertur: *Sciebam me genuisse mortalem, dixit ille, Sciebam patrem meum esse mortalem.* (Gall. in *Hist. Aug.*.)

leriano, del mismo modo que se roba la mortaja de un cadáver.

Existen muy hermosas medallas de Valeriano, que representan á una muger coronando al emperador con estas palabras: *Restitutoris Orientis*; la fortuna desmintió tan vil adulacion. Galieno no pensó ni en rescatar, ni en vengar á su padre; lo convirtió en una deidad (1), lo cual costaba menos.

El imperio presentó en aquella época un espectáculo horroroso, pero original; fué como una escena anticipada de la edad media. Jamás, desde los hermosos días de la república, habian brillado á la vez tantos hombres apreciables; hombres nacidos de los acontecimientos, que fuerzan al ingenio á tomar su natural dominio; hombres que no poseian las virtudes de Caton y de Bruto, pero que hijos de distinto siglo, eran hábiles y osados. Habiendo vuelto á entrar á pesar suyo en la tienda de campaña, los romanos del imperio habian adquirido la virilidad por el trato frecuente con las generaciones varoniles de los bárbaros.

Treinta, ó lo que es mas seguro, diez y nueve tiranos aparecieron durante los reinados de Valeriano y de Galieno: en Oriente, Ciriadas, Macrino, Balisto, Odenato y Zenobia: en Occidente, Posthumo, Lorkiano, Victoriano y su madre Victoria, Mário y Tétrico: en Iliria y en los confines del Danubio, Ingenno, Regiliano y Aureolo: en el Ponto, Saturnino: en Isauria, Trebeliano: en Tesalia, Pison: Valente en Grecia: en Egipto, Emiliano; y Celso en Africa. La mayor parte de los pretendientes que defendieron el imperio contra los enemigos esteriore, y que inten-

(1) *Patrem inultum reliquit. (Hist. Aug., pág. 466). Nec inter deos quidem, nisi coactus, retulit cum mortuum audisset. (Ibid., pág. 468).*

taron apropiárselo, hubieran sido príncipes dignos del imperio.

Macrino, anciano astuto, político y atrevido, estaba estropeado (1), y hacía que llevasen los ornamentos imperiales sus dos hijos, jóvenes y vigorosos, en vez de ponérselos él mismo (2).

Odenato, que repelió á Sapor y vengó á Valeriano, es mas conocido por su muger *Zenobia* y por el retórico Lonjino (3).

Balisto é Ingenno eran caudillos ilustres.

Dábase á Carfunio Pison el dictado de *hombre*.

Regiliano logró tanta fama, que el senado le decretó los honores del triunfo, no obstante su sublevacion contra Galieno (4).

Posthumo, que estendió su dominacion sobre las Galias, la España, y tal vez sobre la Gran Bretaña, poseia talento.

Su sucesor Victorino estaba dotado de ingenio; pero con la debilidad que con frecuencia lo acompaña, el amor de las mugeres (5).

Victoria, madre de Victorino, que se denominaba *augusta* y madre de los ejércitos, fué la *Zenobia* de las Galias. Esta decia hablando de la primera: «Hubiera querido partir el imperio con Victoria, que se me parece.» No hubo uno solo elevado al rango de *Augusto* por Victoria, incluso el armero *Mario*, que no fuese un partidario de carácter. «Amigos, dijo el último á sus compañeros de armas ahora sus vasallos, me darán en rostro con mi primer estado: ¡no quieran

(1) *Hist. Aug.*, pág. 116, *Triginta Tyrann.*

(2) *Zonar.*, pág. 296.

(3) *Hist. Aug.*, pág. 215.

(4) *Id.* pág. 494.

(5) *Id.*, pág. 437. *Cupiditas voluptatis mulierariæ sic perdidit.*

nunca los dioses me suman en la molicie el vino, las flores y las mugeres! Que me echen en cara mi oficio de armero, con tal que las naciones extranjeras aprendan en sus derrotas que sé manejar la espada. Lo digo, porque lo único que podrá criticarme Galieno, esa peste impúdica, es que he fabricado armas (1) »

Mario pereció á manos de un soldado, en otro tiempo oficial de su taller, quien le traspasó el cuerpo con la espada diciendo: «Tú la fabricaste (2).»

Muerto Mario, no se asustó Victoria; esta gala nombró todavía emperador á Tétrico, gobernador de la Aquitania, que se vistió la púrpura en Burdeos.

De estos diversos tiranos uno solo era senador, y únicamente Pison noble: descendia de Numa por sus padres, y sus enlaces le autorizaban para poder decorar sus lares con las imágenes de Craso y de Pompea. Los Calurnianos habianse librado de las proscripti-ones: vemos que fueron cónsules en el tiempo que medió desde Augusto hasta Alejandro Severo. Roma se cubria de nuevas plantas: cuando sus viejos troncos

(1) Scio, commilitones, posse mihi objici artem pristinam, cujus mihi omnes testes estis. Sed dicat quisque quod vult, utinam semper ferrum exerceam! non vino, non floribus, non mulierculis, non popinis, ut facit Gallienus, indignus patre suo et sui generis nobilitate depeream. Ars mihi objiciatur ferraria, dum me et exteræ gentes attrectasse suis cladibus recognoscant in Italia. Denique, ut omnis Allemania, omnisque Germania cum cæteris, quæ adjacent gentibus Romanum populum ferratam putent gentem, ut specialiter in nobis ferrum timeant. Vos tamen cogitetis velim, fecisse vos principem qui numquam quidquam sciverit tractare nisi ferrum. Quodd idcirco dico, quia scio mihi a luxuriosissima illa peste, nihil opponi posse nisi hoc quod gladiatorum armorumque artifex fuerim. (*Hist. Aug., Trig. Tyran.*, página 500).

(2) *Hic est gladius quem ipse fecisti.* (*Hist. Aug. Trig. Tyran.*, pág. 500).

echaba algunos renuevos, marchitábanse y no reverdecían.

Otros hombres de mérito, tales como Aureliano, Claudio y Probo, servían á Galieno aguardando el soberano poder: y su carácter mismo era, sino amable, al menos poco comun.

Orador y poeta (1), Galieno todo lo miraba con indiferencia, escepto el imperio. Participáronle que el Egipto se habia sublevado, y contestó: «Bien: pasaremos sin el lino (2).» Se han perdido la Galia y el Asia: «Renunciaremos á la espuma de nitro, y no usaremos adelante el vestido de Arras (3).» Pero cuidado con tocar los placeres de Galieno. Si el estruendo de la rebelion ó de una invasion demasiado cercana amenaza la paz, corre á las armas, desplega valor, evita el peligro, y vuelve á caer rápidamente en la pereza. Feroz para conservar su reposo, escribia á uno de sus oficiales despues de la revuelta de Ingenno en Iliria: «No perdoneis á los varones, cualquiera que sea su edad, niños ó ancianos. Quitad la vida á cuantos se hayan permitido una palabra, un pensamiento contra mí (4).» Condenaba á muerte á cuatro ó cinco mil sol-

(1) Fuit enim (quod negari non potest), oratione, pœmate atque omnibus artibus clarus. (*Hist. Aug.* pág. 469).

(2) Cum numtium est ei Ægyptum dissecuisse, dixisse fertur: *¿Quid sine lino Ægypto esse non possumus?*

(3) Cum autem vastatam Asiam. *¿Quid, inquit, sine aphronitris esse non possumus....?* Perdita Gallia arrisisset et dixisse perhibetur: *¿Non sine atrebatís sagis tuta respública est?* (*Hist. Aug.* pág. 464.).

(4) Gallienus Variano.

Non mihi satisfacies si tantum armatos occideris, quos et sors belli interimere potuisset. Perimendus est omnis sexus virilis, si et senes atque impuberes, sine reprehensione nostra occidi possent. Occidendus est quicumque male voluit: occidendus est quicumque male dixit contra me, contra

dados rebeldes, construyendo edificios pequeños con hojas de rosas, y modelos de fortalezas con frutas (1). Un mercader había vendido perlas de vidrio á la emperatriz por perlas verdaderas: Galieno lo condenó á ser arrojado a las fieras, y mandó que en vez de las bestias soltasen un capon (2).

A cada noticia desastrosa que llegaba reía-se Galieno, preguntaba cuales serian los festines y los juegos de la mañana siguiente y de aquel día (3). El mundo se desplomaba, y componia versos al matrimonio de sus sobrinos. «Id, amables jóvenes, arrullad como la paloma, abrazaos como la hiedra, vivid unidos como la perla á la concha (4).» También filosofaba, y daba á Plotino una ciudad arruinada de la Campania, para que estableciese en ella una republica

Valeriani filium, contra tot principum patrem et fratrem, Ingenuus factus est imperator. Lacera occide, concide: animum meum intelligere potes, mea mente irascere, quia hoc manu mea scripsi.» (Trebell. Poll., *Trig. Tyran.*, de *Ingeno*; *Hist. Aug.*, pág. 500).

(1) Terna millia et quaterna militum, singulis diebus occidit (pág. 476); cubicula de rosis fecit, de prunis castella composuit, uvas triennio servabit, hieme summa melones exhibuit; mustum quemadmodum toto anno haberetur docuit, etc., etc. (*Hist. Aug.*, pág. 473).

(2) Idem, cum quidam gemmas vitreas pro veris vendidisset ejus uxori, atque illa re prodita, vindicari vellet, surripi quasi ad leonem venditorem jussit, deinde e cavea caponem emitti; mirantibusque cunctis rem tan ridiculam, per curionem dici jussit: *Imposturam fecit ut passus est.* (*Hist. Aug.*, pág. 474).

(3) Sic de partibus mundi cum eas amitteret jocabatur (pág. 464). nec ad talia movebatur.... Sed ab iis qui circa eum erant requirebat; *¿Ecquid habemus in prandio? ¿ecquæ voluptates paratæ sunt? ¿et qualis cras erit scena? ¿quales circenses?* (*Hist. Aug.* pág. 487).

(4) Jocari se dicebat cum orbem terranum undique per-

según las leyes de Platon (1). Acostado en los banquetes, en medio de la sociedad que se desplomaba, y entre las mugeres (2), este Horacio imperial no amaba de la vida sino las delicias: todo se turbó en su reinado, escepto su persona (3): no conservaba la calma en torno suyo y para él sino hasta donde llegaba la longitud de su espada. Consideremos al estado presa de las diversas usurpaciones, los tiranos batiéndose entre sí, defendiéndose de las tropas del príncipe legítimo, rechazando á los bárbaros, ó llamándolos en su auxilio: Ingenno tenia un cuerpo de roxolanos á sus espensas, y Posthumus un cuerpo de francos. No se sabia ya donde estaba el imperio; reinaba la division entre los romanos y entre los bárbaros: las águilas romanas peleaban contra las águilas romanas, y las ban-

didisset (pág. 475). Hujus est illud opithalamium... cum ille manus sponsorum teneret, sapius ita dixisse fertur:

Ite, ait, jo pueri, pariter sudate medullis!

Omnibus iuter vos: non murmura vestra columbæ,

Brachia non hederæ, non vincant oscula conchæ.

(*Hist. Aug.*, pág. 470).

(1) Gallienus et uxor ejus Plotinum honorabant; hic igitur eorum benevolentia fretus oravit ut dirutam quamdam olim in Campaniam civitatem philosophis aptam instauraret, regionemque circumfusam cultæ civitati donaret concederetque; civitatem habitaturis Platonis legibus gubernari atque ipsam civitatem Platonopolim appellari.... Quod facile impetrasset nisi quidam imperatoris familiares invidia vel indignatione acriter obstitissent. (Plotini vita ejus operibus præfixa autore).

(2) Concubinæ in ejus triclinis sæpe accubuerunt. (Porphy., *Hist. Aug.*, pág. 476).

(3) Orbem terrarum triginta prope tyrannis vastari fecit; ita ut etiam mulieres melius eo imperarent. (*Hist. Aug.*, pág. 475).

deras de los godos contra las banderas de los godos. Cada provincia reconocia al tirano mas inmediato; porque en la imposibilidad de ser protegida por el derecho, sometíase al hacha. Con un pedazo de púrpura hacian por la mañana un emperador y por la tarde una víctima; el ornamento de un tronó ó de un sepulcro, Saturnino, obligado á aceptar el supremo poder, gritó. «Soldados, trocais un general dichoso en un emperador infeliz (1).»

Y entre tales acontecimientos veíanse los juegos públicos, los martirios, las sectas nacidas de los cristianos, las escuelas de los filósofos, que se ocupaban de los sistemās metafísicos en medio de los clamores barbáricos.

La peste continuando sus estragos arrebatava solamente en Roma cinco mil personas cada dia: siguieron la carestía, el hambre, los terremotos, los metéoros, los tinieblas sobrenaturales, el levantamiento de los esclavos en Cilicia, la rebelion de los isaurianos que renovaron la guerra de los antiguos piratas, el tumulto horroroso de Alejandria, en cuya inmensa ciudad cada edificio se convirtió en una fortaleza, cada calle en un campo de batalla; una parte de la poblacion pereció, y el Brachion quedó vacío. Y entre tantas calamidades todavía nos resta dejar sitio para colocar la grande invasion de los godos.

Sapor, habiendo vuelto á entrar en el Asia romana, tomó otra vez á Antioquía, se apoderó de Tarso en Cilicia y de Cesárea en Capadocia. Los godos se arrojaron sobre Italia; otros godos ó escitas salieron tercera vez del Ponto-Euxino, sitiaron á Tesalónica, saquearon la Grecia (2), saquearon á Corinto, Esparta

(1) *Commilitones, bonum duces perdidistis et malum principem fecistis. (Hist. Aug., Triginta Tyr., página 522).*

(2) Los autores varían sobre la época de esta inva-

y Argos, ciudades largo tiempo olvidadas, que parecían en este siglo las fantasmas de otro tiempo y de otra gloria. En vano Atenas habia reedificado sus murallas derribadas por Sila: un godo quiso incendiar las bibliotecas, y otro godo se opuso. «Dejemos, dijo, á nuestros enemigos esos libros que les quitan el amor á las armas (1).» Libertó sin embargo á la patria de Temístocles Dexippo el historiador, llamado el segundo Tucídides (2), y el último de los griegos en aquellas edades medias y degeneradas. Atenas veía otra vez á los bárbaros: en el tiempo de los persas, sus hombres grandes la salvaron, y sus obras clásicas quitaron á los godos la idea de entregar al olvido su memoria.

Finalmente, los godos incendiaron el templo de Efeso, que siete veces habia salido de sus ruinas, y siempre mas bello (3); mas no volvió á levantarse ya. Un consejo eterno enviaba irreparables desastres: tratábase no de la conservacion de los monumentos, sino de la fundacion de una nueva sociedad. En todos los puntos donde el pensamiento habia elevado dioses, presentóse un destructor: en cada templo pagano se vió un hombre armado en las puertas, y la Providencia no detuvo la antorcha y la palanca sino cuando hubo cambiado la raza humana.

sion; unos la colocan en el reinado de Valeriano, otros en el de Galieno, estos en el de Claudio, y aquellos en el de Aureliano.

(1) Zonar., lib. XII.

(2) Habia escrito la *Historia de los tiempos desde Alejandro Severo hasta Claudio*, la *historia de las guerras de Escitia*, y cuatro libros de la *Historia de los sucesores de Alejandro*. Nos han quedado dos fragmentos de las guerras de Escitia en los *Estractos de las embajadas*. (Phot., *Biblioth.*, capítulo LXXXII, Vosii, de *Hist. græ.*, pág. 243).

(3) *Hist. Aug.*, pág. 478; Jornandés, cap. XX.

Sin embargo, como no habia sonado aun la hora final, hubo momentos de reposo. Odenato venció á Sapor y alivió al Asia. Posthumo contuvo á las naciones germánicas; y los demas enemigos fueron rechazados tan pronto por los tiranos como por los generales de los emperadores. Los tiranos mismos se destruyeron mutuamente, y cuando Claudio subió al poder, no encontró ya á quien combatir, sino á Tétrico en las Galias, y á Zenobia en Oriente. Habia esta declarado su independencian desde que Odenato fué asesinado en un convite.

Habiendo Aureolo vestido la púrpura en Italia, la fama de su usurpacion penetró hasta el fondo del palacio de Galieno, él se impacientó, y dejando sus delicias, sitió á Aureolo en Milan: una flecha disparada á traicion le privó de la vida, cuando apenas armado corria á caballo con la espada en la mano á rechazar una salida de los sitiados.

Marciano, que acababa de batir á los godos en Iliria, era el jefe principal de esta conspiracion.

Duró una innovacion de Galieno: habia prohibido á los senadores el servicio militar, ó bien porque la usurpacion de Pison le hubiese alarmado mas que las otras, ó bien porque el senado, repeliendo un partido de bárbaros que se habia adelantado hasta la vista de Roma, hubiese obrado con demasiada energía. Entonces se estableció la diferencia entre el hombre de toga y el hombre de espada. Los senadores formaron un cuerpo de magistratura, cuyos miembros, despreciados por el soldado, perdieron su influencia en el ejército. Primero murmuraron, pero despues su cobardia miró como un honor el derecho que habian obtenido de ocultarse. El edicto de Galieno acabó de hacer militar la constitucion del imperio, y preparó las grandes mudanzas de Diocleciano.

Reemplazó á Galieno Claudio II, designado por el

mismo emperador. Las grandezas no imponian ya respeto: los hombres todo lo habian juzgado, apreciado y conocido: los principes recibian la muerte como los demas ciudadanos, y sin embargo, todos aspiraban á la soberanía, y nunca se habian arrastrado y prosternado tanto á los pies del poder como en el momento en que ya no daban fé á su prestigio. El senado confirmó la eleccion de Claudio, y usó de las mayores violencias contra los parientes y los amigos de Galieno.

No creamos que las decisiones del senado fuesen el resultado de grandes razones maduramente examinadas; eran aquellas las aclamaciones de un rebaño de esclavos que se daban prisa á reconocer su servidumbre, como si en los interregnos temiesen gozar un momento de libertad. Reunidos tumultuariamente en el templo de Apolo, porque no pudieron permanecer largo tiempo juntos en el Capitolio, á causa de una fiesta de Cibeles, gritaron los senadores (1): «Augusto Claudio, los dioses te conservan para nuestro bien.» Repitieron sesenta veces la misma aclamacion. «Claudio Augusto, á tí y á tus semejantes habíamos deseado siempre (cuarenta veces). Claudio Augusto, la república te deseaba (cuarenta veces). Claudio Augusto, eres padre, hermano, amigo, escelente senador y emperador verdadero (ochenta veces). Claudio Augusto,

(1) Hæc in Claudium dicta sunt: Auguste Claudii, dñi te nobis præsent, (dictum sexagies): Claudii Auguste, principem aut qualis tu es semper optavimus (dictum quadragies): Claudii Auguste, te respública requirebat (dictum quadragies): Claudii Auguste, tu frater, tu pater, tu amicus, tu bonus senator, tu vere princeps (dictum octuagies): Claudii Auguste, tu nos ab Aureolo vindica, (dictum quinquies): Claudii Auguste, tu nos a Zenobia et a Victoria libera (dictum septies): Claudii Auguste, Tetricus nihil fecit (dictum septies). (*Hist. Aug. in vit. div. Claud.*, pág. 541).

libranos de Aureolo (cinco veces). Claudio Augusto, libranos de Zenobia y de Victoria (siete veces).»

¡Y eran estos los herederos de un senado de reyes! Claudio (4) esterminó en Macedonia un ejército de godos, y echó á fondo su flota compuesta de diez mil buques: entre los prisioneros se hallaban reyes y reinas. Los vencidos fueron incorporados en las legiones, ó condenados al cultivo de la tierra (2).

Habiendo triunfado Claudio, apellidado el Godo, murió: su hermano Quintilio (3) se vistió la púrpura en Italia, y se quitó la vida al cabo de diez y siete dias.

Sentóse en la silla del imperio Aureliano, otro sol-

(4) Delevimus trecenta viginti millia gothorum, duo milia navium mersimus: tecta sunt flumina scutis: spathis et lanceolis omnia littora operiuntur. Campi ossibus latent tecti, nullum iter purum est; ingens carrago desserta est. Tantum mulierum cœpimus ut binas et ternas mulieres victor sibi miles poscit adjungere. (*Ib.* pág. 545).

(2) Plerique capti reges; captæ diversarum gentium nobiles feminae impletæ barbaris servis senibusque cultoribus romanæ provinciæ! factus miles barbarus et colonus ex Gotho. Nec ulla fuit regio quæ Gothum servum triumphali quodam servitio non haberet. (*ibid.*).

Quotquot autem incolumes evasere vel in ordines romanos recepti sunt, vel terram colendam nacti totos agriculturæ se dediderunt. (Zosim. *Hist.* lib. I, pag. 14. Basileæ).

(3) Quintillius inde Claudii frater dictus est imperator, qui ubi per paucos menses vixisset... necessarij ejus auctores fuerunt ut mortem sibi conscisceret, ac multo meliiori vero sponte sua de imperio cederet. Quod fecisse perhibetur, a medico quodam vena secta continuoque fluxu sanguinis donec exaruisset. (Zosim., *ibid.*)

Quintillius frater ejusdem delatum sibi omnium judicio suscepit imperium... et septima decima die, quod se gravem et serium erga milites ostenderat... eo genere quo Galba, quo Pertinax interemptus est. (*Hist., Aug.*, pág. 211).

dado elevado por la fortuna, á quien habia recomendado Claudio. Su madre era sacerdotisa del Sol en un pueblo de Iliria, donde su padre era colono de un senador romano. Apasionado á las armas, siempre á caballo, vivo, ardiente, buscando querellas y aventuras, habia conseguido que sus compañeros le diesen el nombre de *Aureliano espada en mano*, para distinguirle de otro Aureliano (1). Este fué el primer romano que, como dije, trató con los francos.

Aureliano, ascendido á la dignidad de jefe soberano, encontró dos enemigos formidables, dos mugeres: Victoria la gala y Zenobia la palmiriana. Victoria murió cuando Aureliano pasó á las Galias, que no halló sino á la hechura de aquella, el tirano Tétrico, que hizo traicion á sus soldados y se rindió á Aureliano.

Zenobia habíase apoderado de Egipto: Aureliano marchó contra ella, la batió en Emesis, la sitió en Palmira, y la hizo prisionera cuando huía. Saqueó á Palmira, y condenó á muerte al filósofo Lonjino por el arrojado de sus consejos. Destruídos todos los tiranos, sometido el Egipto, pacificada la Galia, el emperador quiso entrar triunfante en Roma. Antes de marchar á Oriente habia libertado la Italia de una especie de alianza de los alemanes, de los marcomanos, de los yutóngos y de los vándalos.

Con motivo de las correrías de los bárbaros, Aureliano hizo levantar, ó por mejor decir, edificar las murallas de Roma. En otro tiempo las siete montañas que se levantan en una circunferencia de trece millas, habian sido fortificadas; pero Roma, estendiéndose por fuera con su poderio, unió á manera de inmensos y magníficos arrabales, varias ciudades á la ciudad

(1) *Manus ad ferrum*. (Hist. Aug., pág. 211).

vieja (1). Zosimo escribe (2) que en el tiempo de Aureliano habia caído el antiguo muro, y que el construido por este emperador no se acabó hasta el tiempo de Probo (3), y aun parece que todavía seguian los trabajos en el reinado de Diocleciano (4). Obsérvanse en el día mezclados á las construcciones subsiguientes varios restos de las obras de Aureliano. Las murallas de Roma han suministrado por sí solas una historia curiosa (5), en la que quedan como trazados por su recinto los infortunios de la ciudad eterna: Roma se ha fortificado, por decirlo así, con sus calamidades. Siglo y medio debía trascurrir aun antes que sufriese el yugo de los bárbaros, y ya Aureliano levantaba los inútiles bastiones que habian de saltar.

Aureliano en su triunfo, despues de una multitud de prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos, llevaba tras sí á Tétrico, senador romano, vestido con la púrpura imperial, y á Zenobia, reina de Palmira. Iba esta tan cargada de perlas, que apenas podia dar un paso; los grandes de su córte, cautivos como la reina, la aliviaban el peso de sus cadenas de oro. Ostentabase Aureliano sentado en un carro arrastrado por cuatro ciervos, distinta especie de despojos y de riqueza de un rey godo, cuyo carro venia á esperar á Alarico en el Capitolio (6).

Confirió Aureliano á Tétrico el gobierno de Lucania

(1) *Expatiantia tecta multos addere urbes.*

(2) Zosim., lib. I, pág. 665.

(3) *Id., ibid.*

(4) Boll., 20, Jan., pág. 278, *in act. S. Sebast.*, año. 287.

(5) Nibbi.

(6) *Aur. Vopisc., in Hist. Aug.*, pág. 220; *Trig. Tyran.* cap. XXIII et XXIX.

en cambio del imperio: Tétrico no tenía el genio de Victoria, y se contentó con ser dichoso.

En cuanto á Zenobia sabido es que segun las apariencias era judía de nacimiento; que Lonjino habia sido su maestro de literatura griega y de filosofía, y que habia compuesto para su uso una historia abreviada de Oriente. Inclinábase á los sentimientos de los hebreos por lo tocante á la naturaleza de Jesucristo. Acúsala de haber dado muerte al hijo que nació á Odenato de otra muger, y quizás al mismo Odenato: tuvo tres hijas y tres hijos, de los que el uno llamado Vaballato, fué rey de un canton desconocido de Asia (4). Sus tres hijas cautivas en su compañía, se casaron, y San Zenobio, obispo de Florencia en tiempo de San Ambrosio, descendia de la reina de Palmira. El valor de Zenobia se eclipsó con su fortuna, pues pidió la vida llorando: la linda discípula del magnánimo Lonjino no fué ya en Roma sino la delatora de algunos senadores iniciados en una conjuracion verdadera ó supuesta contra Aureliano. Habitaba una casa de campo en Tivoli, no lejos de los jardines de Adriano y del retiro de Horacio, dejando juntamente con un nombre célebre las ruínas que visitamos en el desierto.

Aureliano era naturalmente severo, y la prosperidad le hizo cruel. No queria que los soldados tomasen un solo pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben hacer verter la sangre de los cnemigos, y no las lágrimas de los ciudadanos (2). ¡Hermosos sentimientos y máximas nobles! Sostuvo una guerra singular en el seno mismo de Roma, la guerra de los monederos, que le mataron siete mil soldados en un combate en el monte Celio (3). Los castigos que im-

(1) El canton de Ucrines.

(2) *Hist. Aug.*, pág. 222.

(3) *Suid.*, pág. 494.

ponia el emperador eran horribles: meditaba una persecución general contra los cristianos (1), y cuando se dirigió á Oriente con el designio de hacer la guerra á los persas, fué muerto por los oficiales de su armada entre Heraclea y Bizancio (2).

El muado estuvo siete meses sin dueño; y el senado y el ejército remitieron el uno al otro el encargo de elegir emperador: rehusaba el uno usar de su derecho, y el otro de su fuerza (3). Los dos últimos soberanos habian de tal suerte fortalecido el estado, que no hubo disturbios; mas no por eso recobró Roma su libertad: ¿qué uso hubiera hecho de ella?

Finalmente, el senado proclamó emperador á Claudio Tácito, de edad de setenta y cinco años, y es tal la soberanía natural del ingenio, que no existia al presente un solo hombre que no prefiriese haber sido Tácito el historiador á Tácito el emperador. Parece que temia éste la infamia de que su abuelo habia cubierto á los tiranos, y vivió en la púrpura, cual si estuviese en su presencia, y con el miedo del pintor de Tiberio (4).

El emperador volvió al senado algunas de sus prerrogativas, y el senado en su corrompida decrepitud creyó que renacia la casta infancia de la república (5).

(1) Euseb., *Chron.*

(2) *Hist. Aug.*, 218.

(3) *Vopisc.*, *Hist. Aug.*, pág. 222.

(4) Debían colocarse anualmente por orden de Claudio Tácito diez copias de los Anales y de las Historias en las bibliotecas públicas: si esta orden se hubiera ejecutado, es probable que poseeríamos en el día enteras las obras clásicas que la mano del tiempo ha mutilado. Claudio Tácito era de la familia de Cornelio Tácito, pero no es cierto que descendiese en línea recta del historiador. (*Hist. Aug.*, *Vit. Tacit.*).

(5) *Id.*, *ibid.*

Cuando Tácito iba á colocarse á la cabeza del ejército en Tracia para repeler un ataque de los alanos contra quienes los romanos habian quebrantado la fé, murió de fatiga, ó fué muerto en Tarsia, ó en Tianes, ó en el Ponto, segun las diferentes versiones de los historiadores (4). Poco tiempo antes de su muerte habíase abierto la tumba de su padre, y habia visto la sombra de su madre: el sepulcro de nuestros padres se abre siempre para recibirnos; mas aqui hay algunos recuerdos confusos de la tumba de Agripina, porque el genio del historiador dominaba la imaginacion del emperador.

Floriano, hermano de Tácito, se declaró Augusto en Asia, y Probo en Oriente: y una guerra civil de dos ó tres meses terminó la lucha en favor del postero. La derrota de los francos, de los burguñones, de los vándalos, de los logiones ó ligos que se habian apoderado de las Galias, señaló el principio del reinado de Probo. Mató á cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, obligó á los pueblos vencidos á retirarse mas allá del Necker y del Elba, á pagar á los romanos un tributo anual en trigo, en vacas y en ovejas, y á tomar las armas en defensa del imperio contra las naciones mas remotas (2); y por último, levantó una muralla de doscientas millas de longitud, desde el Rhin hasta el Danubio (3). Probo concibió el plan

(1) Victor. *jun.*: Aurel. Victor.: Euseb., *Chron.*

(2) Prob. *Vit. Hist. Aug.*, pág. 238 et seq.; Zos., lib. I, Bucharii, *Hist. Belg.*, lib. II, cap. I; Hier., *Chron.*

(3) Limes inter Rhenum atque Danubium ab Hadriano imperatore ligneo muro munitus, a germanis sub Aurelio eversus, á Probo restauratus, et muro lapideo fuit firmatus. (Danielis Schopflini *Alsac.*, *Illust.* t. I, pág. 223).

regularizado de defender el imperio contra los bárbaros con los bárbaros mismos. Cuando la república reunía los pueblos á su dominio, comunicábales la virtud en cambio de la fuerza que de ellos recibía. ¿Qué podían los romanos del siglo de Probo con los bárbaros?

Unos cuantos francos auxiliares, á quienes Probo había desterrado á las riberas del Ponto-Euxino, se aburrieron, y apoderándose de algunas barcas pasaron el Bósforo, desolaron las costas de Grecia, de Asia y de Africa, tomaron y saquearon á Siracusa, entraron en el Océano, y después de haber costeadado las Españas y las Galias, desembarcaron en su patria en la embocadura del Rhin (4), dejando al mundo pasmado con su audacia, que anunciaba un numeroso pueblo.

Probo pasó á Egipto, derrotó en la Tebaida á los blemmios, salvages de Etiopia, de quienes casi nada se sabe; y de allí marchó contra los persas. Sentado en tierra sobre la yerba en la cima de una montaña de Armenia, comiendo garbanzos en un puchero, adornado con un sencillo vestido de lana teñida de púrpura, la cabeza cubierta con el sombrero porque estaba calvo, sin levantarse, sin interrumpir la comida Probo recibió á los embajadores admirados del gran monarca. Dijoles que era emperador y que si su amo rehusaba hacer justicia á los romanos, dejaria la Persia tan desnuda de árboles y de espigas, como su ca-

(4) *Itidem, cum Franci ad imperatorem accessissent et ab eo sedes obtinuissent, pars eorum quædam defectionem molitam magnamque navium copiam nacta, totam Græciam conturbavit. In Siciliam quoque delata, et urbem Syracusanam adorta, magnam in ea cædem edidit. Tandem cum et in Africam adpullisset, ac referta fuisset, adductis Cartagine copiis nihilominus domum redire nullum passa detrimentum potuit. (Zosim., lib. I, pág. 20, edit. Basileæ).*

beza lo estaba de cabellos, y se quitó el sombrero. «¿Teneis hambre? añadió este Popilio del imperio: comed conmigo, y sino retiraos (4).»

Probo dió tierras en Tracia á cien mil bastarnos, (nacion escita ó gótica) que se situó en ellas: habia dividido otras entre los gepidos, yutongos, vándalos y francos, quienes se sublevaron en diferentes intervalos.

En el reinado de Probo puede colocarse el fin de la primera invasion grande de los bárbaros, aunque sus movimientos se dejaron sentir, mandando Caro, Carino, Numeriano, y se prolongaron en tiempo de Diocleciano hasta la entronizacion de Constantino.

Libre Probo de las guerras estrañas sofocó las rebeliones de Saturnino, de Próculo y Bonosio. Con el establecimiento de una paz tan benéfica, afirmaba que pronto no necesitaria de ejércitos. Empleaba las tropas ociosas en plantar viñas en la Pannonia, Moesia y las Galias, y segun Vopisco, hasta en la Graa Breña; se cree que la Borgoña le es deudora de sus pri-

(4) Quo in habitu deprehensum a legatis Carinum alient. Purpurea vestis humi per herbam jacebat: cibus autem erat pridianum et ipsis elixis pulmentum, in hisque frustra quedam, et inveterata porcinarum carnum salsamenta. Eos ergo (Parthorum legatos) cum vidisset, neque surrexisse neque quidquam mutasse fertur, sed e vestigio vocatis, dixisse: se quidem illos scire ad sese venire, se enim Carinum esse, juvenique regi in eadem die renuntiarent jubere, ni saperet omnem ipsorum saltum, campumque omnem intra lunare spatium Carini capite fore nudiore, simulque dicentem detracto pileo caput ostendisse nihilo galea adjacente villosius: ac si quidem esurirent, ut manu una in ollam immitterent permissurum, sin minus, jubere se eadem hora recedere.

Synesii episcopi Cyrenes de regno ad Arcadium imperat, interprete Dionysio Petavio Jesu presbytero (pág. 18. Lute-tiæ, 4633).—Sabemos que Sinesio comete un error poniendo en boca de *Probo* lo que este atribuye á *Carino*.

meras riquezas. Probo, guerrero tan digno del cetro, no por eso dejó de recibir la muerte de mano de sus soldados, en un mirador de hierro desde donde vigilaba á las legiones empleadas en secar los pantanos de Sirmich su patria (1).

Caro, que sucedió á Probo, habia nacido en Narbona segun los dos Victores: decíase originario de Roma, y aun ni es seguro que hubiese visto la capital del mundo, de que era soberano. Despues de haber conseguido victorias de los persas, le hirió un rayo cerca de Ctesiphon que habia tomado (2): cuando la tierra fatigada cesaba de dar muerte á sus principes, encargábase el cielo de ello.

Los hijos de Caro, Carino y Numeriano, elevados al imperio celebraron en Roma los *juegos romanos* (3), que Calpurnio ó Calfurnio, poeta olvidado como estos juegos, cantó (4).

(1) Vict., *Ep. Eut.*

(2) Ctesiphontem usque pervenit... ut alii dicunt morbo ut plures fulmine interemptus est. Negari non potest eo tempore quo periit, tantum fuisse subito tonitrum ut multi terrore ipso exanimati esse dicantur: cum igitur ægrotaret atque in tentorio jaceret, ingenti exorta tempestate, inmani coruscatione, inmaniori ut diximus tonitru exanimatus est. Carus, *Hist. Aug.*, pág. 666.

(3) September habet dies 30.—27.—Ludi romaniani. *Ægidii Bucherii.*

(4) Venimus ad sedes, ubi pulla sordida veste,
Inter femineas spectabat turba cathedras.
Nam quæcumque patent subaperto libera cœlo
Aut eques aut nivei loca densavere tribuni.
....Stabam defixus....
Tum mihi senior.... Quid
Ad tantas miraris opes qui nescius auri
Sordida tecta, casas et sola mapalia nosti?
En ego.... et ista

Volviendo Numeriano de Persia sucumbió á los golpes de Apero, prefecto del pretorio, con cuya hija se había casado. Montesquieu observa que los prefectos del pretorio eran en aquella época, al lado de los emperadores, lo que los visires al lado de los sulta-

Factus in urbe senex, stupeo tamen....
 Balteus en gemmis, in illita porticus auro
 Certatim radiant. Nec non ubi finis arenæ,
 Proxima marmoreo peragit spectacula muro:
 Sternitur adjunctis ebur mirabile truncis,
 Et coit in retulam, tereli qua lubricus axis
 Impositos subita vertigine falleret ungues.
 Excuteretque feras, Auro quoque tota refulgent
 Retia, quæ tortis in arenam dentibus extant
 Dentibus æquatis...

.... Vidi genus omne ferarum

Hic niveos lepores, et non sine cornibus apros
 Monticoram....

Vidimus et lauros....

...Equoreos ego cum certantibus ursis

Spectavi vitulos....

¡Ah trepidi quaties.... arenæ

Vidimus in partes, ruptaque voragine terra

Emersisse feras: et eisdem sæpe latebris

Aurea cum croceo creverunt arbusta libro.

(Calpurnii, *égloga séptima*.)

Tomé asiento sobre los bancos, entre las sillas de las mujeres, desde donde el populacho, con los sucios vestidos de su miseria miraba los juegos, porque todo el recinto al aire libre se hallaba ocupado por los tribunos con togas blancas, ó por los caballeros.

.... Yo estaba admirado... Entonces un anciano:

¿Porque te pasmas de tantas riquezas? tú que no conoces el oro, y solo has habitado en una choza, cuando yo, que he envejecido en esta ciudad estoy deslumbrado.... El oro resplandecía en el pórtico, y la pedrería por todas partes. Al pie del muro de mármol que rodea la arena, había una rueda

nes (1). El príncipe había derramado tantas lágrimas en la muerte de su padre, que su vista se había debilitado, y llevábanle en una litera en medio de las lecciones. Apero que codiciaba la púrpura, habiase dado demasiada prisa; su maldad tomó la delantera á sus manejos, y el cadáver de Numeriano asesinado en la litera cerrada se corrompió antes que el asesino pudiese asegurarse del sufragio de los soldados: la corrupción que despedía reveló la presencia del crimen y la nada de las humanas glorias (2).

El ejército celebró un consejo en Calcedonia con el objeto de elegir jefe del estado, y fué nombrado (3) Diocleciano, que mandaba á los jefes militares del palacio. Bajando en el acto del tribunal, traspasó con su espada á Apero, y gritó: «He muerto al fatal ja-

formada de marfil con mucho artificio, que por su eje redondo y superficie brillante huía súbitamente bajo las uñas de las bestias feroces, é impedía que se acercasen. Redes doradas estaban enlazadas sobre la arena á dientes de elefante todos iguales.... Vi toda especie de animales, liebres blancas y jabalies armados de cuernos, una menticora (foca), toros, vacas marinas que peleaban con los osos.

¡Ah! cuantas veces se apoderó de mí el miedo al entreabrirse la arena, cuando salian bestias feroces de aquel abismo. Frecuentemente del brillante abismo salian arbustos con tallos azafranados.

(1) *Grandeza y decadencia de los romanos.*

(2) *Patre mortuo cum nimio fletu oculos dolere cœpisset.. dum lectica portaretur, factione Arrii Apri soceri sui, qui invadere conabatur imperium, occisus est. Sed cum per plurimus dies de imperatoris salute quæreretur a milite, concionareturque Aper idcirco illum videri non posse, quod oculos invalidos á vento et sole subtraheret, factore tamen cadaveris res esset prodita: omnes invaserunt Aprum, eumque ante signa et principia protraxere.* (Flav. Vopisc. *Numerianus, Hist. Aug.*, pág. 669).

(3) *Domesticus regens.* (*Car. Aug. Vit.*, pág. 250).

balli.» Una druida de Tongres le habia ofrecido el imperio cuando hubiese dado muerte a un jabali, en latin *aper* (1). El 17 de setiembre de 284, dia de esta eleccion, comienza la era famosa en la iglesia conocida con el nombre de era de *Diocleciano*, ó de los mártires (2).

Diocleciano dió dos batallas contra Carino, cuyas costumbres recordaban las de los príncipes desarreglados, predecesores de los emperadores militares. Triunfó Carino; mas sus soldados victoriosos le despojaron de la vida, instigados por un tribuno cuyo lecho nupcial habia deshonrado, y se sometieron á Diocleciano.

Muchas consideraciones se ofrecen, por lo que mira á los cristianos, en los reinados de los últimos emperadores Galo, Emiliano, Valeriano, Galieno, Claudio, Aureliano, Tácito, Probo, Caro y sus hijos.

Aunque todos los obispos tomaban el nombre de papas, estableciase la unidad de la iglesia: un tratado de San Cipriano la recomienda (3).

Galo y Valeriano renovaron las persecuciones, y á mas de la proscripcion general fulminaron otras particulares. Habiendo publicado los emperadores edictos contradictorios con motivo de la nueva religion, y no derogándose mutuamente tales edictos; sucedia que los encargados del poder, segun sus caractéres, sus principios y sus preocupaciones, empleaban la tolerancia ó la intolerancia de la ley (4).

(1) *Id.*, *ibid.*, pág. 252. Antes de la muerte de Apero habia costumbre de decir que daba siempre muerte á los jabalies pero que otro los comia: *utitur pulpamento*.

(2) Sirvió por mucho tiempo para el computo de la fiesta de Pascua, y la emplean todavia los coftos y los abisinios.

(3) De unitate Ecclesiæ catholicæ, vulgo de simplicitate prælatorum. (*Opera Cyp.*, 276).

(4) Pagan. 252, *Catalog. Bucher*.

Sucumbieron los papas Cornelio, Esteban y Sixto II; el último había trasladado los cuerpos de San Pedro y de San Pablo á las catacumbas que servían de templo y de sepulcro á los cristianos. Al hablar de las costumbres de los fieles, contaré varios hechos del martirio de San Lorenzo.

Cortaron la cabeza á Cipriano en Cartago, y trescientos cristianos, cuyos nombres se ignoran, igualaron en Útica la firmeza de Caton, siendo precipitados en un foso de cal viva (1). Teógenes, obispo, sufrió el martirio en Hippona, Fructuoso en Tarragona, Parturino en Tolosa y Dionisio en Lutecia (2), ilustrando por primera vez aquella poblacion desconocida: el cristianismo se arraigaba y florecia vigorosamente en el campo de los mártires, como un árbol en el cercado de los muertos. Gregorio el Taumaturgo antes de espirar preguntó si quedaban todavía algunos ídólatras en su ciudad episcopal, y respondiéronle que había diez y siete. «Dejo, pues, á mi sucesor otros tantos infieles como cristianos encontré en Neocesarea (3).»

Los bárbaros al entrar en el imperio habían venido á buscar misioneros, y los enviados de la misericordia de Dios salieron al encuentro á los enviados de su cólera para desarmarlos. Los obispos con la cadena al cuello curaban los enfermos y predicaban la santa palabra. Los señores ponían su confianza en aquellos esclavos médicos; creían que por ellos obtenían la victoria, y pedían el bautismo. Los prisioneros se trasformaban en pastores, y tenían principio las iglesias nómadas en medio de las hordas guerreras, que entraban en sus bosques como en sus tien-

(1) Prudent. Peristeph., 12.

(2) *Martyr.*, 14 Mag.

(3) Greg. Nyss., pág. 4006, D.

das. Estas diversas naciones se combatían unas á otras, formaban confederaciones que se disolvían ó recomponían conforme los triunfos ó los reveses: gentes feroces que sacudían todos los yugos, y que se sometían al freno de algunos sacerdotes cautivos.

De todos los cuerpos del estado era el ejército romano el que menos progresos hacía en el cristianismo. Los cristianos huían de alistarse, porque miraban los festines, la *medida* y la *marca* como señales del paganismo. Maximiliano llamado al servicio, decía al procónsul Dion en Tebasta de Numidia: «No recibiré la marca, porque ya he recibido la señal de Jesucristo (1).» Por otra parte, el legionario unido á sus águilas difícilmente renunciaba á la idolatría de la gloria.

Los heresiarcas y los filósofos continuaron su sucesión. Manes con su doctrina de los dos principios, Plotino y Porfiro, bellos espíritus, eran enemigos de Cristo.

Diocleciano asoció á Maximiano al poder supremo, y nombró dos césares, Galerio y Constancio: el Oriente y la Italia eran territorios que incumbían á los augustos; los césares tenían la custodia del Danubio y del Rin, mas allá de los cuales se extendían las provincias de Occidente. Las posesiones romanas se hallaban divididas en cuatro estados despóticos, lo que preparó la separación final de los dos imperios de Oriente y Occidente.

El ejército, obedeciendo á cuatro dueños, no tuvo bastante fuerza para crearlos, ni en ninguna de las cuatro divisiones territoriales había un tesoro suficiente para suministrar á cada usurpador los medios

(1) Milita et accipe signaculum.—Non accipio signaculum. Jam habeo signum Christi Dei mei. (*Acta sincera Ruinartii*, pág. 310).

de comprar la elección. Diocleciano disminuyó el número de los pretorianos, y les opuso dos nuevas cohortes, los jovianos y los herculanos.

Mas lo mismo que produjo la seguridad del príncipe, causó la ruina del estado: aquellas legiones que elegían á los emperadores, repelían al propio tiempo á los bárbaros, y eran una república militar que nombraba para su gobierno soberanos nacionales, y no quería á los extranjeros. Cuando Diocleciano hubo verificado estas mudanzas; cuando Constantino siguiendo la misma política hubo echado á los pretorianos; cuando en vez de dos prefectos del pretorio se nombraron cuatro; cuando hubo llamado las legiones que guardaban las fronteras para que guarneciesen la corte del imperio, espiró el reinado de las legiones, y tuvo nacimiento el poder doméstico. Los soldados y los eunucos (1) se dividieron el derecho de elección; y la libertad romana, que habia comenzado en el senado, pasado al foro y atravesado el ejército, fué á encerrarse aparte con los esclavos de la raza humana, carceleros de la libertad, que ni aun valor tenían para perpetuar en su familia la esclavitud hereditaria.

El senado participó de la humillación de las legiones: Roma no vió ya sino rara vez á sus emperadores, que residieron en Tréveris, en Milan, en Nicomedia,

(1) Adriano de Valois observa que entre los romanos una cosa eran *milites* y otra *exercitus*, y en apoyo de su observación cita el siguiente pasage de Idacio; *Apud Constantinopolim Marcianus a militibus et ab exercitu, instante etiam sorore Teodosia Pulcheria Regina, efficitur imperator*. El sabio historiador entiende por *exercitus* la corte y los oficiales del palacio, y tiene razon. Gregorio de Tours y otros autores usan la misma distincion; y la série de los hechos demuestra que la elección era noble, es decir, que se verificaba por el concurso de los oficiales del palacio y de los del ejército. (*Valesiana*, pág. 79).

y despues en Constantinopla. Diocleciano modeló su córte por la del gran rey, y se dió el sobrenombre de Júpiter: en vez de la corona de laurel ciñóse la diadema, y unió al manto de púrpura la ropa de oro y de seda. Nombráronse oficiales de palacio de distintas clases, y divididos en diversas *escuelas*: los eunucos estaban encargados de la guardia interior de los aposentos. El que entraba á la presencia de emperador se prosternaba y adoraba. Los sucesores de Diocleciano, y quizá él mismo, se hicieron llamar *nuestra eternidad*, y vivieron un día (1). Notemos sin embargo que los emperadores se abrogaron este tratamiento por una especie de derecho de herencia. Roma se apellidaba la ciudad eterna: el pueblo romano habia visto en la inmutabilidad del dios Termo el presagio de la duracion de su poder; y al usurpar los poderes políticos, los déspotas quisieron usurpar tambien el prestigio religioso. No obstante, la trasmision de la suertte de la especie al destino del individuo, no era sino una falsedad impía: las naciones que mudan de costumbres, de leyes, de nombre, de sangre, no mueren, es verdad; pero ¿qué cosa hay mas veloz y mas mortal que el hombre?

Seis años despues de haber asociado al imperio á Maximiano, Diocleciano se asoció igualmente á los dos césaes Galerio y Constancio. Hubo en las Galias con el nombre de *bagaudos* (2) una insurreccion de paisanos, muy semejante á las que estallaron en Francia en la edad media. Oeliano y Amando, gefes de estos paisanos, se vistieron la púrpura: sus medallas han llegado á nosotros (3), mas como una prueba históri-

(1) Aur. Vict., pág. 323; Eutrop., pág. 586; Greg. Naz., or. III, Ath., Apolog. cont. Arrian.; Ammian. Marcel., libro XV.

(2) Aur. Vict. pág. 524.

(3) Eutrop., pág. 585; Goltzii *mes. rei. antiq.*, pág. 12.

ca del poder de un príncipe, que como un monumento de la libertad: créese que Oeliano y Amando eran cristianos (1). Maximiano sometió estos hombres rústicos, cuyo nombre vuelve á aparecer en el siglo V. Salviano en esta última época purgó su sublevacion con sus padecimientos: la faccion de la miseria tiene hondas raíces.

Carausio en la Gran Bretaña, Aquileo en Egipto, fueron vencidos el uno por Constancio y el otro por Diocleciano despues de una usurpacion mas ó menos larga. Galerio, balide primero por los persas, los derrotó á su vez.

Diocleciano, gran administrador, y hombre fino y hábil (2), reparó y aumentó las fortificaciones de las

(1) *Vit. S. Babol. in And. du Ch. Hist. Fr. Scrip.*

(2) He trazado en los *Mártires* el retrato de Diocleciano, de Galerio y de Constantino con la fidelidad histórica mas escrupulosa: en vez de volverlos á pintar, séame permitido copiarlos.

«Diocleciano posee eminentes cualidades. Su espíritu es vasto, vigoroso, osado; pero su carácter, con harta frecuencia débil, no sostiene el peso de su ingenio, y del uno y del otro de estos manantiales nacen sus acciones grandes ó pequeñas. Así es que se observan en su vida los hechos mas opuestos: tan pronto es un príncipe lleno de firmeza, de luces y de arrojo, que arrostra la muerte, que conoce la dignidad de su rango, y que fuerza á Galerio á seguir á pie el carro imperial como el último de los soldados: tan pronto es un hombre tímido que tiembla delante del mismo Galerio, que vacila irresoluto entre mil proyectos, que se abandona á las supersticiones mas detestables, y que no se sustrae á los horrores del sepulcro, sino haciéndose dar los títulos impíos de Dios y de Eternidad. Arreglado en sus costumbres, sufrido en sus empresas, sin placeres y sin ilusiones, sin creer en las virtudes, ni esperar cosa alguna de la gratitud; veremos quizás á este gefe del imperio despojarse de la púrpura por desprecio de los hombres, y con el fin de manifestar á la tier-

fronteras, batió con el auxilio de sus asociados y de sus generales á los blemmios en Egipto, á los moros en Africa, á los francos, á los alemanes y á los sármatas en Europa, y sembró la division entre los godos, los vándalos, los gepidos y los burguñones, que se consumieron en guerras intestinas. Los bárbaros del Norte que habian caído prisioneros, fueron ó distribuidos como esclavos entre los habitantes de los territorios de Tréveris, de Langres, de Cambrai, de Beauvais y de Troyes, ó adoptados en clase de colonos, principalmente algunas tribus de sármatas, de bastarnos y de carpianos.

En el momento en que iba á triunfar el cristianismo, tuvo que sostener una persecucion general. Es-

ra que era tan fácil á Diocleciano descender del trono como subir á su asiento.

«Sea debilidad, necesidad ó cálculo, Diocleciano ha querido dividir su poder con Maximiano, Constancio y Galerio. Por efecto de una politica de que quizás se arrepentirá, ha tenido cuidado de que estos principes fuesen inferiores á él, y que sirviesen solo para que resaltase su mérito. Constancio solo le hacia sombra á causa de sus virtudes, y lo ha desterrado lejos de la córte, al fondo de las Galias, conservando á su lado á Galerio. No hablaré de Maximiano, Augusto, guerrero, bravo, pero príncipe ignorante y grosero, que no goza de influencia. Paso á Galerio.

«Este guarda de ganado, nacido en las cabañas de los dacios, ha alimentado desde su juventud bajo el cinto del pastor una ambicion desenfrenada. Tal es la desgracia de un estado en que las leyes no han fijado la sucesion al poder: todos los corazones se ven henchidos con los mas vastos deseos; ninguno existe que no pueda pretender el imperio, y como la ambicion no supone siempre el talento, por un hombre de ingenio que se encumbra, se ven veinte tiranos de mediano entendimiento que fatigan al mundo.

«Galerio parece llevar en su frente el sello, ó por mejor decir la mancha de sus vicios: es una especie de gigante,

timulado por Galerio, á quien escitaba su madre, adoradora de los dioses de las montañas, Diocleciano reunió un consejo de magistrados y de hombres de guerra; y este consejo opinó que debía perseguirse á los enemigos del culto público. El emperador envió á consultar á Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad: la pitonisa se quejaba de ser muda, y los arúspices declararon que los justos de que hablaba Apolo eran los cristianos. Resolvióse la persecucion; y fijóse en la época de las fiestas de los Terminales, último dia del año romano (4), dia que se reputaba venturoso, y que debía poner fin á la religion de Cristo. Diocleciano y Galerio se hallaban en Nicomedia.

cuya voz horroriza y cuya mirada espanta. Los pálidos descendientes de los romanos creen vengarse del terror que los inspira este César, dándole el sobrenombre de Armentario. A manera de un hombre trabajado por el hambre la mitad de su vida, Galerio pasa los dias en la mesa, y prolonga en las tinieblas de la noche sus viles y crapulosas orgías. En medio de las saturnales de la grandeza, esfuerzase en encubrir la primera desnudez con la insolencia de su lujo; y cuanto mas se envuelve entre los pliegues de la ropa de César tanto mas se descubre el sayal del pastor.

«Ademas de la sed insaciable de poder, y del espíritu de crueldad y de violencia, Galerio preséntase en la corte con otra disposicion muy propia para turbar el imperio; esto es, su ciego furor contra los cristianos. La madre de este César, aldeana grosera y supersticiosa, ofrecia frecuentemente en su hogar sacrificios á las divinidades de las montañas. Indignada de que los discípulos del Evangelio no secundasen su idolatría, habia inspirado á su hijo el aborrecimiento que sentia contra los fieles. Galerio ha inducido ya al débil y bárbaro Maximiano á perseguir la iglesia; mas todavía no ha podido vencer la sabia moderacion del emperador.»

(1) 23 febrero 301.

El ataque comenzó por la demolición de la basilica edificada en aquella ciudad sobre una colina rodeada de espaciosos edificios (1). Buscaron con afán al idolo; mas no lograron encontrarlo. El decreto de esterminio prevenia en resúmen, que se destruyesen las iglesias, y entregasen á las llamas los libros santos; que se privase á los cristianos de los honores y dignidades, y que se les condenase al suplicio sin distincion de órden ni de rango; que pudiesen ser perseguidos delante de los tribunales, y que ellos no pudiesen demandar á persona alguna, aun quando fuese en reclamacion de robo, reparacion de injurias ó de adulterio; y que los libertos volviesen á ser esclavos (2).

Siempre se cometen grandes iniquidades de la sociedad, o por el efecto retroactivo de las leyes ó por su denegacion: el quebrantamiento de la justicia es el punto en que el hombre se encuentra mas distante de Dios. Un edicto particular proscribia á los obispos, ordenando que fuesen cargados de hierros, y que se les obligase á abjurar.

La persecucion que primero fué local, se estendió despues á todas las provincias del imperio. Fueron principalmente atormentados los individuos de la casa imperial: Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca su muger, acusadas de cristianismo, ofrecieron sacrificios á los dioses: Doroteo, el primero de los eunucos, Gorgonio, Pedro, Judas, Migdonio y Mardonio padecieron el martirio. Aplicaron sal y vinagre á las heridas de Pedro, y tendiéndole sobre unas parrillas asaron sus carnes como las viandas de un festin (3). Arrojaron en las piras confundidos mugeres, niños y

(1) Euseb., lib. VII, cap. II.

(2) Id., ibid.

(3) Lact., *de Morte pers. martyr.* 26 Dec.

ancianos; y precipitaron al fondo del mar, otras víctimas amontonadas en los barcos (1).

La baja adulacion se halló dispuesta como siem-

(1) Véase el cuadro de esta persecucion, que copio tambien de los *Mártires*, y que no es mas que un compendio exacto de la estensa relacion de Eusebio y de Lactancio. (Euseb., cap. VI, VII, VIII, IX, X, et XI: Lact., lib. IV).

«La persecucion se estiende en un momento desde las orillas del Tiber, hasta los extremos del imperio. En todas partes se percibe el derrumbamiento de los templos por la mano del soldado; los magistrados derramados por los templos y por los tribunales; fuerzan á la muchedumbre á ofrecer sacrificios, y el que se niega á adorar á los dioses es juzgado y entregado á los verdugos, mientras que las cárceles rebosan de víctimas, y los caminos se ven cubiertos de rebaños de hombres mutilados, que envian á morir al fondo de las minas ó en los trabajos públicos. Los azotes, el potro, los garfios, la cruz y las bestias feroces despedazan á los niños y á sus madres: aqui cuelgan de los pilares por los pies mugeres desnudas, y las dejan espirar en este suplicio vergonzoso y cruel: alli atan los miembros del mártir á dos árboles atraídos con violencia, y al volver los árboles á su posicion natural, se llevan consigo los pedazos de la víctima. Cada provincia tiene suplicio particular: el fuego lento en Mesopotamia; la rueda en el Ponto, el hacha en Arabia, y el plomo fundido en la Capadocia. Muchas veces en medio de los tormentos, apagan la sed del confesor salpicando el rostro con agua, por miedo de que el ardor de la fiebre acelere su muerte. En otras ocasiones, cansados de quemar separadamente á los fieles, los precipitan juntos en las hogueras, y reducidos á polvo sus huesos, arrójanlos al viento con sus cenizas.

«Las ciudades se hallan sometidas á los jueces militares sin conocimientos y sin letras, que no saben sino dar la muerte. Los comisarios hacen las pesquisas mas rigurosas sobre los bienes y las propiedades de los vasallos: midense las tierras, cuéntanse las viñas y los árboles y llevan un registro de los ganados. Los ciudadanos del imperio están obligados á inscribirse en el libro del censo, convertido en libro de proscrip-

pre á hacer la apología del crimen, y dos filósofos (1) escribieron á la luz de las hogueras contra los cristianos perseguidos.

A esta época pertenece el martirio de la legion Tebana, sacrificada por orden de Maximiano. Nantes, en la Armórica, quedó consagrada con la sangre de dos hermanos, Donaciano y Rogaciano (2).

Arnobio y Lactancio defendieron el cristianismo, y el postrero nos ha pintado la muerte de los perseguidores y la estincion de su raza (3): tales eran Licinio, Galerio, y Candidiano su hijo; Maximiano con el suyo, de edad de ocho años, su hija que rayaba en los siete, su muger ahogada en el Oronto donde habia hecho

ciones. Por temor de que roben la mas mínima parte de su fortuna á la codicia del emperador, fuerzan con la violencia del suplicio á los niños á declarar contra sus padres, á los esclavos contra sus señores, y á las mugeres contra sus maridos. Frecuentemente los verdugos obligan á estos desgraciados á acusarse á sí mismos, y á atribuirse riquezas que no poseen. Ni la caducidad ni las enfermedades sirven de excusa para dispensarse de obedecer las órdenes del ejecutor, y hácese comparecer al dolor mismo y á las dolencias: con el fin de envolver á todo el mundo en las leyes tiránicas, aumentan años á la infancia, y los disminuyen á la vejez; la muerte de un hombre no quita nada al tesoro de Galerio y el emperador divide la presa con el sepulcro: este hombre, rayado del número de los humanos, no es borrado del libro del censo, y continúa pagando por haber tenido la desgracia de vivir. Los pobres á quienes no se podia exigir cosa alguna, parecian estar por sí solos al abrigo de las violencias por su propia miseria, mas no se hallan al abrigo de la irónica piedad del tirano: Galerio los manda hacinar en los barcos, y precipitarlos en seguida en el fondo del mar para curarlos de sus dolencias.» (*Mártires*, lib. XVIII).

(1) Pagi, ann. 302, núm. 43; Epiphani., *hæres.* 68.

(2) *Act. sinc.*, pág. 295.

(3) *De Morte persecul.*

ahogar á los cristianos; Diocleciano, Valeria y Prisca fugitivos, disfrazados con vestidos miserables, fueron reconocidos, arrestados y decapitados en Tesalónica, y arrojados despues sus cadáveres al mar. Semejantes victimas de la tiranía de Licinio, no fueron acusadas sino de pertenecer á la estirpe maldita.

Diocleciano y Maximiano celebraron en Italia sus triunfos, el uno de los egipcios y el otro de los pueblos del Norte, y este fué el último triunfo auténtico que vió Roma. El emperador se apeó del carro de la victoria para subir en Nicomedia al tribunal de su abdicacion. La escena pasó en una llanura inundada con la muchedumbre de los grandes, del pueblo y de los soldados: Diocleciano declaró que deseando descansar, cedia el imperio á Galerio. Al propio tiempo indicó al César que debía reemplazar á Galerio, encumbrado á la dignidad de Augusto; era este Daza ó Daza Maximino, hijo de la hermana de Galerio. En seguida cubrió la espalda de pastor (1) con el manto de púrpura; y Diocleciano convertido en Diocles, tomó el camino (2) de Salona su patria.

Al deponer su autoridad brillaban las lágrimas en los ojos de aquel hombre extraordinario; y habia llorado igualmente cuando Galerio en un dialogo secreto le declaró que queria ser el señor, y que si Diocleciano no se ausentaba, sabria obligarle á ello. Otros han escrito que Diocleciano renunció su trono por menosprecio de las grandezas humanas (3). O bien abandonase el príncipe su imperio de grado ó por fuerza, ó bien con valor, ó bien con debilidad, su re-

(1) Eutrop., pág. 56, Viet., *Epit.*

(2) *Rhedæ impositus*, dice el texto.

(3) Eutrop., lib. IX, cap. XVIII; Aurel. Viet. *Lumen Panegyri*, vet. VII, 45.

tiro en Salona dió á su vida un carácter filosófico, que al presente forma su principal fama.

Diocleciano habitaba en las orillas del mar una casa de campo (1), que Constantino el Grande dice que era sencilla (2), y que Constantino Porfirogeneto (3) reputó magnífica. Maximiano Hércules se despojó de la autoridad soberana en Milan en favor de Constancio Cloro, y nombró César á Valerio Severo, favorito oscuro de Galerio, el mismo día que Diocleciano cumplía su sacrificio en Nicomedia. Habiendo Maximiano recobrado la púrpura, con el tiempo invitó á Diocleciano á que siguiese su ejemplo. Diocleciano respondió: «Si vieses las hermosas coles que he plantado no me hablarías del imperio (4).» Palabras que desmintieron sus disgustos.

Durante los nueve años que Diocleciano vivió en Salona, su muger y su hija perecieron miserablemente, y no las pudo salvar: entonces conoció la impotencia de un príncipe, al que no resta mas autoridad que la del llanto. Amenazado por Constantino y por Licinio, y quizás tambien por el senado (5), resolvió acortar sus dias; no sabemos con certidumbre el género de muerte que escogió; se ha hablado del veneno, de la abstinencia y de la melancolia (6). El emperador sin imperio no dormía ya ni comía: suspiraba, gemía, y San Gerónimo manifiesta que antes de espirar vomitó su lengua roida por los gusanos (7).

(1) Quizás Spalatro.

(2) *Ad cætum sanct.*, cap. XXV, Euseb.

(3) *De Adminis. imp. ad Rom. fl.*, pág. 72, 85 et 86.

(4) *Vict., Ep.*, p. 223; Eutrop. pág. 387.

(5) *Lac., de Mort. pers.*

(6) *Id. ibid.*; Euseb., lib. VIII, cap. XVIII, *Vict. Epit.*

(7) *Nos autem dicemus, omnes persecutores qui affixerunt Ecclesiam Domini; ut taceamus de futuris cruciatibus, etiam in præscanti seculo recepisse quæ fecerint. Legamus*

La filosofía fué tan inútil á Diocleciano para saber morir, como la religión á Cárlos V: ambos tuvieron remordimientos por haber renunciado el mando: el primero en su lecho y sobre la tierra donde se revolcaba en medio de sus lágrimas (1); el segundo en el fondo de su féretro, donde se colocó para asistir á la representacion de sus funerales (2).

Diocleciano multiplicó los impuestos, y cubrió el

ecclesiasticas historias: quid Valerianus, quid Decius, quid Diocletianus, etc., passi sint, et tunc rebus probabimus etiam juxta litteram prophetiae veritatem esse completam: quod computruerint carnes eorum, et oculi contabuerint, et lingua in pedem et saniem dissoluta sit (*Commentarior. D. Hieron., in Zachar., lib. III, cap. XIV, pág. 370-h. Romæ in ædibus populi romani 1571*).

(1) Lact., *de Morts. pers.*

(2) He resolved to celebrate his own obsequies before his death. He ordered his tomb to be erected in the chapel of the monastery. His domestiks marched thither in funeral procession, with black tapers in their hands; he himself followed his shroud, he was laid in his coffin with much solemnity. The service for the dead was chanted, and Charles joined in the prayers which were offered up for the rest of his soul, mingling his tears those which his attendant shed, as if they had been celebrating a real funeral. The ceremony closed with sprinkling holy water on the coffin in the usual form, and at the assistants retiring, the doors of the chapel were shut. Then Charles arose out of the coffin (*Roberstson's, Hist. of Chart. V., vol. the third, pág. 317, 4750*).

Sibi adhuc viventi suprema officia representari suoque ipse funeri interesse voluit atratus. Itaque monachis immixtus mortuale sacrum canentibus, æternam sibi met requiem tamquam deposito inter sedes beatas apprecatus sui majori circumstantium luctu quam cantu: et genibus nixus summo rerum conditore animam suam humili precatone commendavit: inde inter gementium famulorum manus in cellam relatus. (*Marianæ, Hist. Hisp. continuatio ab Emmanuele Mariana, lib. V, pág. 216, tom IV.*)

imperio de monumentos gravosos, que muchas veces mandaba destruir y comenzar bajo un nuevo plan. La Providencia ha querido que una sala de las *Termas* del perseguidor de los cristianos, se haya convertido en Roma en iglesia de *Nuestra Señora de los Angeles*. El claustro que en otro tiempo era cementerio del edificio, es en el día un espacio demasiado grande para la muerte: una hondura practicada al pie de tres ó cuatro columnas basta para tumbas de los cartujos, que se disminuyen, que tambien perecen, y que en su abdicacion del mundo no echan menos cosa alguna de la tierra.

Despues de la abdicacion de Diocleciano, los hechos son los siguientes:

Constancio gobernaba las Galias, España y la Gran Bretaña: era dulce, justo, tolerante con los cristianos, y tan pobre, que tenia que pedir prestada la plata cuando daba un festin (1). Suidas le llama *Constancio el Pobre* (2), sobrenombre el mas hermoso que han tenido jamas los monarcas absolutos.

Tuvo de Helena, hija de un mesonero, su muger legitima, ó su concubina, a Constantino el Grande; y de Teodora, hija de la esposa de Maximiano Hércules, tres hijas y tres varones. Obligaronle á repudiar á Helena, por haber nacido en una clase tan infima.

Constantino tenia entonces diez y ocho años, y envuelto en la humillacion de su madre, se alistó en las banderas de Diocleciano, y empuñó las armas en Egipto y en la Persia. Galerio envidioso del favor de

(1) Eut., 587. Adeo autem cultus modici, ut feriat diebus, si cum amicis numerosioribus esset epulandum, privatorum ei argento ostiatim petito triclinia sternerentur. (Eutrop., *Rer. romanor.*, lib. II, pág. 136. Basileæ, anno 1532).

(2) Pauper ita vocabatur Constantius. (Suidæ *Lexicon*, tom. II, Genovæ, 1690).

que gozaba el hijo de Constancio con los soldados, intentó deshacerse de él, estimulándole á batirse primero con un sármata, y despues con un leon (1). Habiendo Constantino salido victorioso de ambas esperiencias, se salvó con la fuga de los lazos de Galerio; y para que no le persiguiese, mandó cortar en cada parada de postas las piernas á los caballos de que se servia (2). Reunióse á su padre en Bolonia, en el momento en que aquel, vencedor de Carausio, se embarcaba con rumbo á la Gran Bretaña. Constancio murió en Yorck; y las legiones haciendo el último ensayo de su poder, proclamaron sin esperar la eleccion de palacio á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre. Galerio no concedió á Constantino sino el título de César, confiriendo á Valerio la dignidad de Augusto.

Galerio mandó formar un nuevo padron de las propiedades, con el fin de establecer una carga general sobre las tierras y sobre las personas, sometiendo á su pago la Italia: sublevóse Roma, é invistió con la púrpura á Maxencio, yerno de Galerio, é hijo de Maximiano Hércules. El viejo emperador que habia abdicado salió de su retiro y se unió á su hijo. Severo, refugiado en Roma, que entregó por capitulacion á Maximiano Hércules, fué condenado á muerte, y se hizo abrir las venas.

Maximiano formó alianza con Constantino, le otorgó la mano de Fausta su hija, y le nombró Augusto. Galerio cayó sobre la Italia al frente de un ejército; y habiendó llegado á Narni, y vistose obligado á retroceder, elevó á Licinio, su antiguo compañero de armas, al rango de que la muerte habia precipitado á

(1) Photii Bib., cap. LXII, *In Praxáy.*; Zonar., *Ann. Vitæ Diocl.*

(2) Zosim., lib. II, y los dos Victores.

Severo. Daña Maximiano, el César que gobernaba el Egipto y la Siria, estimulado por la envidia, se decoró tambien con la dignidad de Augusto. Seis emperadores, cosa nunca vista, y que tampoco se vió despues, reinaron á un mismo tiempo: Constantino, Maxencio y Maximiano en Occidente, Licinio, Maximino y Galerio en Oriente.

Nació la discordia entre Maximiano Hércules y Maxencio su hijo: Maximiano se retiró á Iliria y despues á las Galias, al lado de Constantino su yerno. Conspiró contra él, y con la falsa noticia de la muerte de aquel príncipe, se apoderó de un tesoro depositado en la ciudad de Arlés. Constantino, ocupado en las riberas del Rhin en rechazar á un cuerpo de francos, volvió, sitió á su suegro en Marsella, lo prendió, y condenó á muerte á un anciano, cuya ambicion le habia hecho volver á la infancia (1).

Galerio murió en Sardica de una enfermedad asquerosa (2), que los cristianos atribuyeron á la venganza celeste, porque Galerio habia sido el verdadero autor de la persecucion. Maximino Daña y Licinio se dividieron sus estados, y Licinio hizo alianza con Constantino, Maximino con Maxencio. Constantino, vencedor de los francos y de los alemanes, entregó su príncipe á las fieras en el anfiteatro de Tréveris (3).

Maxencio, opresor de Africa y de Italia, inventó el don gratuito (4) que los reyes y los señores feudales exigieron despues por las victorias, los nacimientos, los matrimonios, y por la admision de su hijo

(1) Existen distintas relaciones contradictorias de su muerte.

(2) Lact., *de Morte pers.*; Eus.; cap. XVI, Aurel. Vict., *Epit.*

(3) *Paneg. Orat. int. vet. paneg.*

(4) Aurel. Vict., pág. 526.

en el orden de la caballería: entre los romanos era el consulado que se concedía al príncipe. Maxencio inmoló á los senadores y deshonoró á sus esposas: Sofronia, cristiana, y muger del prefecto de Roma, se dió de puñaladas para escapar de sus manos (1).

Maxencio intentó invadir la Galia. Constantino, decidido á prevenir á su enemigo, vió en los aires el lábaro, y comenzó á instruirse en la fé. Maxencio habia restablecido á los pretorianos, y su ejército se componía de ciento setenta mil infantes, y de diez y ocho mil caballos. Constantino no temió atacar á Maxencio con cuarenta mil soldados veteranos. Pasó los Alpes Cottianos por una senda indestructible, que sin embargo no existía en tiempo de Anibal; se apoderó de Susa por asalto; derrotó un cuerpo de caballería pesada en los contornos de Turin, otro en Bresa; obligó á Verona á capitular, y amarró á la guarnición cautiva con cadenas fraguadas con las espadas de los vencidos (2). Constantino marchó á Roma, y ganó la batalla en que Maxencio perdió el imperio y la vida.

Esta batalla es del número de aquellas que, siendo la espresion material de la lucha de las opiniones, producen, no un simple hecho de armas, sino una revolucion verdadera. Dos cultos y dos mundos se encontraron en el puente Milvio: dos religiones se vieron la una en presencia de la otra con las armas en la mano, en las riberas del Tiber y á la vista del Capitolio. Maxencio interrogaba los libros sibilinos, sacrificaba leones, hacía abrir el vientre de las mugeres preñadas,

(1) Ruffin., *Hist. eccle.*, pág. 445.

(2) Tu divino monitus instinctu, de gladiis eorum gemina manibus aptari claustra iussisti, ut servarent deditos gladii sui, quos non defenderent repugnantes. (*Incerti panegyricus Const. Augusto*, cap. II, pág. 498, tom. II. *Trajecti ad Rhenum*, 4787).

para examinar en el seno á los niños arrancados de las entrañas maternas: suponía que de los corazones que aun no habian palpitado no podía recelarse impostura alguna. Constantino en su campo contentábase con decir que llegaba por el impulso de la Divinidad y por la magnitud de su ingenio (1), cuyas palabras se grabaron en su arco de triunfo. Los antiguos dioses del Janículo ordenaron en torno de sus altares las legiones que habian enviado á conquistar el universo, y enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El lábaro dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó en la montaña; porque el tiempo y el género humano habian adelantado un paso.

Trascurridos seis meses desde que Constantino logró la victoria, Maximino Daia intentó apoderarse de la parte del imperio que gobernaba Licinio, y vencido cerca de Heraclea, fué á morir á Nicomedia. De los seis emperadores solo quedaban Constantino y Licinio.

Indispusiéronse ambos. La primera guerra civil, seguida de otra segunda, produjo las batallas de Cibalis, Mardia, Andrinópolis y Crisópolis, donde Constantino fué dichoso. Habiendo caído Licinio en manos del vencedor, fué desterrado á Tesalónica. Algun tiempo despues pidiéronle la cabeza, bajo pretesto de una conspiracion urdida por él en su destierro: semejante invencion de crimen, tantas veces reproducida en la historia manifiesta cuán estéril es en sus invenciones la tiranía.

Constantino, viéndose en posesion del mundo, resolvió al fin de su vida dar una segunda capital á sus estados: levantóse Constantinopla en el terreno de Bizancio, en nombre de Jesucristo, como se habia levantado Roma sobre las cabañas de Evandro en nom-

(1) *Instinctu divinitatis, mentis magnitudine.*

bre de Júpiter (1). El fundador del imperio cristiano declaró que edificaba la nueva ciudad de orden de Dios (2): contó que dormido en la muralla de Bizancio había visto durante el sueño una mujer abrumada por los años y las enfermedades trocarse en una doncella, en la que resplandecían la salud y las gracias, y que parecía revestida con los ornamentos imperiales (3). Constantino, interpretando el ensueño, obedeció el aviso del cielo, y armado con la lanza guió por sí mismo á los obreros que trazaban el recinto de la ciudad. Advirtiéronle que el espacio que habían recorrido ya era inmenso: «Sigo, respondió, al guía invisible que marcha delante de mí, y no me pararé hasta que él haga alto (4).»

Los despojos de la Grecia y del Asia embellecieron la ciudad naciente; trasladaron á ella los ídolos de los dioses muertos, y las estatuas de los hombres grandes que no mueren como los dioses. La antigua metrópoli pagó principalmente tributo á su jóven rival, por lo que dijo San Gerónimo, que Constantinopla se había adornado con la desnudez de las demás ciudades (5). Las familias senatorias y equestres pasa-

(1) Cum muros, arcemque procul, et rara demorum.
Tecla viden, quæ nunc romana potentia cælo
Æquavit. (Virg.)

(2) *Cod. Theod.*, lib. V.

(3) Sozomen., pág. 444; *conq. de Const.* lib. I.

(4) Philostorg., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. IX.

(5) *Constantinopolis dedicatur pene omnium urbium nuditate* Chron., pág. 181. *Nuditas*, que no pertenece al buen latín, no pudo emplearse aquí sino en el sentido de la Biblia. Los principales objetos del arte trasportados á Constantinopla, fueron las tres serpientes que sostenían en Delfos la Tripode de oro consagrada en memoria de la derrota de Gerges, el Pan igualmente consagrado por todas las ciudades de Grecia, y las Musas de Helicon. La estatua de Rea fué

ron de las riberas del Tiber á las del Bósforo, para ocupar allí palacios semejantes á los que abandonaban. Constantino levantó la iglesia de los Apóstoles, que á los veinte años de su dedicacion amenazaba ruina, y Constancio edificó á Santa Sofia, mas célebre por su nombre que por su belleza. Egipto se encargó de alimentar á la nueva Roma á espensas de la antigua.

Los historiadores repiten algunos juicios sin examen: leemos muchas veces que Constantino aceleró la caida del poder de los Césares destruyendo la unidad de su silla; y por el contrario, la fundacion de Constantinopla prolongó hasta los siglos modernos la existencia romana. Roma, conservándose única metrópoli, no hubiera sido mejor defendida: el imperio se hubiera hundido con ella cuando sucumbió á la espada de Alarico, si la nueva capital no hubiera servido de segunda cabeza al imperio; cabeza que no abatió hasta mil años despues de la primera (1) la espada de Mahometo II.

Lo que fué propicio á la duracion del poder temporal, tal como lo estableció Constantino, fué contrario al poder espiritual, cuyo protector se declaró. Permaneciendo en Occidente bajo la influencia de la gravedad latina y del buen sentido de las razas germanicas, los emperadores no hubiesen caido en las sutilezas del espíritu griego; menos heregias hubiesen ensangrentado al mundo y á la iglesia. Constantinopla nació cristiana; no renunció, como Roma, un culto antiguo, pero desfiguró el altar que Constantino le habia dado.

elevada en el monte de Dindemo; pero por una barbarie digna de aquel siglo, cambiaron la situacion de las manos de la diosa para darle una actitud suplicante, y separáronla de los leones que la acompañaban.

(1) Mil cuarenta y siete años.

ESTUDIO SEGUNDO
ó
SEGUNDO DISCURSO

SOBRE LA CAIDA
DEL IMPERIO ROMANO,
EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS
DEL CRISTIANISMO,
Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.

PRIMERA PARTE.

DESDE CONSTANTINO HASTA VALENTINIANO Y VALENTE.

Al comenzar este segundo estudio entra el lector conmigo en la unidad del sugeto. No me encuentro en la obligacion de separar los tres hechos de las naciones paganas, cristianas y bárbaras: estas últimas, ó permaneciendo ya en el pueblo romano, ó preparando por la parte exterior una invasion decisiva, se han in-

clinado ya á las costumbres y nueva religion del imperio.

Por otra parte, el cristianismo se sienta sobre la púrpura, y su causa no es ya la de una secta reducida á las masas populares; su historia es ahora la historia del estado. Pues aunque la mayoría de las poblaciones sometidas á la dominacion de Roma siguió y se mantuvo en el paganismo, el poder y la ley se hicieron cristianos.

Descúbranse nuevos intereses, y salen á la pública luz personajes de una especie hasta ahora desconocida. Desde el reinado de Neron hasta el de Constantino, los disentimientos religiosos habian tenido entre los fieles el carácter de disputas domésticas, despreciadas ó contenidas por la autoridad; mas luego que el hijo de Santa Helena levantó el estandarte de la cruz, los cismas se trocaron en querellas públicas, y cuando espiraron las persecuciones del paganismo, tuvieron principio las de las heregías. Apenas Constantino habia empuñado las riendas del gobierno, cuando Arrio sembró la division por la iglesia.

Con Arrio presentaronse en el palenque los excelentes obispos educados en las escuelas de Antioquia, de Alejandría y de Atenas: Alejandro, Atanasio, Gregorio, Basilio y Crisóstomo, los cuales, renovando la filosofía, la elocuencia y las letras, libertaron el entendimiento humano de las antiguas trabas, y le sacaron del camino de la rutina por el que tanto tiempo habia marchado bajo el dominio de los primitivos ingenios y de la religion caída. Los padres de la iglesia latina, San Paulino, San Hilario, San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustin, obraron en Occidente la misma renovacion.

Los discursos y las acciones de estos sacerdotes llamaban la principal atencion del gobierno, desperdando los generales y los ministros un interés y una

nombreada de segundo orden. Los concilios reemplazaron á los consejos, ó por mejor decir, fueron los verdaderos consejos del soberano que se apasionó á las verdades ó á los errores que muchas veces no comprendía. El mundo pagano procuraba luchar con sus rancias fabulas, y los sistemas desacreditados de los sabios contra un siglo que se lo llevaba arrastrando.

El cristianismo habia sufrido las persecuciones del paganismo; y cambiada ahora la situacion, el cristianismo proscibirá á su vez al paganismo. Pero examinemos la diferencia de los principios y de los hombres.

Los paganos, como los cristianos, no defendieron obstinadamente su culto, ni corrieron al martirio: ¿por qué? Porque el politeismo era á un mismo tiempo la idea falsa y la idea anticuada, que desaparecia á la vista de la idea verdadera y nueva de la unidad de Dios. La antigua sociedad no encontró, pues, en su defensa la energía con que contó la nueva para dirigirle sus tiros.

Hasta entonces el impulso de un culto corporal habia producido los movimientos del mundo civilizado, las pasiones politicas ó guerreras, en fin, las reclamaciones de la libertad y las usurpaciones del poder: un nuevo orden de hechos se desarrolla, y armanse los hombres en defensa de las verdades ó de los errores del solo entendimiento. Estas sutilezas metafisicas, que siempre permanecerán oscuras, y que tanta sangre costaron, no por eso dejan de suministrar la prueba del progreso inmenso de la especie humana. Cuanto mas se aleja el hombre del hombre material para concentrarse en el hombre inteligente, tanto mas se aproxima al blanco de su existencia; y si no perdiese algunas veces el valor fisico y la virtud moral al desarrollar su naturaleza divina, llegaria con menos lentitud á la perfeccion á que es llamado.

Con Constantino se formó la *iglesia* propiamente dicha. Entonces vió la luz la monarquía religiosa, que tendiendo á concentrarse en un solo gefe, tuvo sus leyes particulares y generales, sus concilios ecuménicos y provinciales, su gerarquía, sus dignidades, sus dos grandes divisiones del clero regular y secular, sus propiedades regidas en virtud de un derecho distinto del derecho comun; mientras que honrados por los príncipes y amados por los pueblos los obispos, y elevados a los mas altos empleos políticos, reemplazaban igualmente á los magistrados inferiores en las funciones municipales y administrativas, intervenian por medio de los sacramentos en los principales actos de la vida civil, y eran los legisladores y los guias de las naciones.

Notemos dos cosas poco observadas que nos esplicarán la manera con que el cristianismo logró dominar la sociedad entera, pueblos y reyes.

La *iglesia* se constituyó en monarquía electiva y representativa, y la *comunidad cristiana* en la república: todo era obediencia y distincion de clases en la una, aunque el gefe supremo se eligiese siempre entre los individuos del pueblo; y todo era libertad é igualdad en la otra. Originábase de aqui la doble influencia del clero, que por una parte convenia á los grandes por sus doctrinas de poder y de subordinacion, y por otra satisfacía al vulgo por sus principios de independencia y de nivelamiento evangélico: de aqui dimanaba tambien su language contradictorio sin dejar de ser sincero; porque el sacerdote que era cerca de los soberanos el tribuno de la república cristiana, recordábalos los derechos iguales de los hijos de Adán, y la preferencia que el Redentor de todos concedía á los pobres y á los desventurados sobre los ricos y los felices; y porque este mismo sacerdote era para con el pueblo el mandatario de la monarquía de

la iglesia, predicando la sumision, y mandando dar al César lo que es del César.

Jamás se altera la sociedad religiosa sin que cambie la sociedad política: ya he dicho como la eleccion de los emperadores pasó de los campos al palacio. Las revueltas se encontraron en el hogar imperial: rara vez las insurrecciones y la ambicion militar encendieron ya las guerras civiles, sino que nacieron estas de la division de la familia reinante, como sucede en los imperios despóticos de Oriente.

En el reinado de Constantino apareció con el establecimiento de la iglesia esa especie de aristocracia, al modo moderno, que no reemplazó jamás en el imperio al patriciado á que Roma debió su primera libertad. Constantino multiplicó, si es que no los inventó, los títulos de nobilísimo, clarísimo, de ilustre, de duque, de conde, en el sentido honorífico de las dos últimas palabras. Tales títulos con los de *baron* y de *marqués*, de origen puramente bárbaro, han pasado á la nobleza de nuestros tiempos. Así en la época de que hablamos, preparóse una transfusion de elementos; y al primer altar de Constantinopla, altar que fué cristiano, unióse el primer eslabon de la cadena de la nueva sociedad. Si las creaciones políticas de Constantino no fueron el efecto inmediato del cristianismo, fueron el efecto intermedio. Todos los objetos propeaden á nivelarse en la ciudad: no es posible progresar sobre un punto dejando atras los otros, porque las ideas de la sociedad han de ser analógicas, ó se disuelve la sociedad.

Las instituciones, pues, de la antigua patria morian con el viejo culto. El paganismo desde la desaparicion de la edad religiosa y de la edad heroica, rara vez se habia mezclado en la política: santificaba ciertos actos de la vida del ciudadano, protegía los sepulcros, presidia á la declaracion del juramento, consul-

taba al cielo por lo que toca al éxito de una empresa, honraba al emperador mientras vivía, le ofrecía libaciones, le inmolaba víctimas, coronaba sus estatuas, y después de muerto, le admitía en la categoría de los dioses: á esto se limitaba poco mas ó menos la acción del paganismo. Los adivinos, astrólogos y magos, que habian venido de Oriente, añadieron algunas bellezas á las mentiras de los oráculos regulares.

Mas con el ministro cristiano se introdujo aquel poder nacional que los brahmanes de la India, los magos de Persia, los druidas de las Galias, los sacerdotes caldeos, judíos, egipcios, que servían una religion mas ó menos alegórica y mística, habian en otro tiempo ejercido. El santuario resistió las ideas del poder en razon de la mayor ó menor inmaterialidad del dios, y de su mayor aproximacion á la verdad religiosa. La idolatría nunca hubiera servido para producir la especie de aristocracia de que se rodeó Constantino; y así es que cuando Juliano intentó volver al politeísmo, desdeñó los títulos y el nuevo régimen de la corte. Después del reinado de este príncipe, sólo se descubre la aristocracia recientemente inventada, que logró sostenerse, porque se estableció el orden eclesiástico de que emanaba: los restos de la antigua aristocracia desaparecieron, porque los recuerdos no sobrepujan á las costumbres, y vamos á dar la prueba.

Constantino habia formado en su segunda Roma un patriciado á imitacion del cuerpo famoso que inmortalizaron tantos grandes ciudadanos. Aquella resucitada nobleza adquirió tan poca consideracion, que casi nos causaria rubor el componer parte de ella; en vano se propuso sostener con pensiones (1) su pobre-

(1) ...Nec a stultitia ulla re honor iste videretur.... Ac tunc quidem et latifundiorum et pecuniarum auctoramento illecti, munera hæc escam quamdam esse putabant, qua ad

za, y disfrazar su aparicion del dia anterior con el lenguaje, hábitos, usos y costumbres del tiempo pasado: los privilegios no son nuestros ascendientes, ni es posible al hombre disminuir ni acrecer los dias que cuenta. Los senadores de Constantino quedaron aplastados bajo el nombre antiguo y brillante de *Patres conscripti* con que se ultrajaba su reciente oscuridad.

Abrazando al cristianismo, y fundando la iglesia, fijando los bárbaros en el imperio, estableciendo una nobleza titulada y gerárquica, Constantino engendró verdaderamente la edad media (1), cuyo nacimiento han fijado, como dejo insinuado, cinco siglos demasiado tarde.

Este príncipe no subió al Capitolio despues de su victoria sobre Maxencio, y pareció repudiar juntamente con los dioses la gloria de la ciudad eterna. Publicó un edicto favorable á los cristianos, y mas tarde un segundo decreto para los confesores y mártires: concedió inmunidades y rentas á las iglesias, y privilegios á los sacerdotes: no hizo á los papas la donacion inventada en el siglo VIII por Isidoro; pero les cedió el palacio de Letran, palacio de la emperatriz Fausta, y levantó el edificio conocido con el nombre de basilica de Constantino (2).

illic figendum domicilium attrahebantur. (Themistii, *Orat.* III, p. 48. Parisiis, 1634).

(1) Debe entenderse esta espresion en el sentido general: la edad media propiamente dicha comenzó en Roberto, hijo de Hugo Capeto, y terminó en Luis XI.

(2) Créese que Constantino construyó tambien en Roma otras seis iglesias: San Pedro en el Vaticano, San Pablo fuera de las murallas, la Santa Cruz de Jerusalem, Santa Inés, San Lorenzo fuera de las murallas, San Marcelino y San Pedro mártires. Dominios en Italia, Africa y en Grecia componian á la iglesia de Letran una renta de trece mil novecientos treinta y cuatro sueldos de oro: otras iglesias de Ostia, Alba, Cá-

Prohibióse el suplicio de la cruz (4), y se hizo consuetudinaria la vacacion del domingo (2), y quizás tambien la santificacion del sábado ó del viernes (3). Condenó la idolatría, dejando á los idolátras la libertad del culto; á pesar de que diversos templos fueron despojados y otros demolidos (4). Helena derrocó en

pua y Nápoles poseían una renta de diez y seis mil setecientos diez y siete sueldos de oro, y tambien gozaban otras utilidades en Egipto y en Oriente, que consistian en aromas. La iglesia de San Pedro era propietaria de casas y de tierras en Antioquia, en Tharso, en Tiro, en Alejandría y en Ciro, en la provincia del Eufrates. Estas tierras suministraban el nardo, el bálsamo, el estoraque, la canela y el azafran, para las lámparas y los incensarios. Componíanse tales dotaciones de los bienes inmuebles confiscados á los mártires de quienes no se hallaban herederos, de la renta de los templos destruidos, y de los juegos abolidos. Anastasio el bibliotecario, de cuyas compilaciones sacamos estos detalles, da un catálogo de los vasos de oro y de plata empleados en el servicio de aquellas iglesias. Le copiaremos:

«Hic fecit in urbe Roma ecclesiam in prædio qui cognominabatur Equitius. Patenam argenteam pensantem libras viginti, ex domo Aug. Constantini. Donavit autem scyphos argenteos duos, qui pensaverunt singuli libras denas; calicem aureum pensantem libras duas; calices ministeriales quinque pensantes singuli libras binas; amas argenteas binas pensantes singulæ libras denas; patenam argenteam; chrismatam auro clusum pensantem libras quinque; phara coronata decem pensantia singula libras octonas; phara ærea viginti pensantia singula libras denas; canthara cerostrata duodecim ærea pensantia libras tricenas. (Anast., *Bibliothec. de Vit. pontificum roman.*, pág., 13.)

(1) Aurel. Vict., pág. 526.

(2) *Cod. Just.*, lib. III, de Fer.

(3) Euseb., *Vit. Const.*, lib. IV, cap. XVIII; Sozom., lib. I, cap. XVIII.

(4) En particular los templos de Afaco en el monte Libano de Heliópolis en Fenicia, y los templos de Esculapio y de Apolo en Sicilia.

Jerusalén el simulacro de Venus, descubrió el Santo Sepulcro y la verdadera cruz, edificó la iglesia de la Resurrección, la de la Ascensión en el monte de los Olivos, y la del Pesebre en Betlem. Eutropia, madre de la emperatriz Fausta, reemplazó con un oratorio cristiano el altar de los Números de la encina de Mambré. Constantina, Mayuma, escala ó puerto de Gaza, y otras ciudades ó pueblos, abrazaron la religión de Cristo (1). ¿No parece que entremos en el mundo moderno, al reconocer los sitios y los nombres con que se hallan familiarizados nuestros ojos y nuestra memoria?

Las leyes de Constantino restituyeron la libertad á los que yacían contra su derecho en la esclavitud (2), permitiendo la manumisión en las iglesias delante del pueblo con el solo testimonio de un obispo (3); los clérigos mismos tenían el poder de dar libertad á sus esclavos por testamento ó por concesión verbal, lo que hubiera bastado, sin los desórdenes de los tiempos, para manumitir de un golpe una parte considerable de la especie humana. Otras leyes prohíben las concubinas á los casados (4), ordenan la salubridad de las cárceles, vedan los calabozos (5), exceptúan de la confiscación de los bienes la parte dada á las mugeres y á los hijos antes del delito de los maridos y de los padres, y proscriben los actos infames y los combates de los gladiadores (6). Estos diversos reglamentos no sur-

(1) Socrat., lib. I, cap. XVII; Sozom., lib. II, cap. I, IV; Eus., *Vit. Const.* lib. IV, cap. XXXVII.

(2) *Cod. Theod.*, tom. I, pág. 447.

(3) *Cod. Just.*, tom. XIII, lib. I, *Cod. Theod.*, tomo I, p. 354; Sozom. lib. I, cap. IX.

(4) *Cod. Just.*, tom. XXVI, pág. 464.

(5) *Cod. Theod.*, tom. III, pág. 33.

(6) *Cod. Theod.*, tom. V, pág. 397; Euseb. *Vit. Const.*, lib. IV, cap. XXV; Socr., lib. I, cap. XVIII.

tieron en el acto un pleno efecto; pero marcan los primeros instantes del establecimiento legal del cristianismo por la condenacion de la idolatria, de la esclavitud, de la prostitucion y del asesinato.

Constantino se ocupó tambien en las heregias: anatematizó en Arlés la de los donatistas nacida en Occidente: en Oriente la de Arrio exigió la convocacion del primer concilio ecuménico. Las cuestiones teológicas interesan poco al presente (1); pero el concilio de Nicea es un acontecimiento importante en la historia de la especie humana. Túvose entonces la primera idea, y se vió el primer ejemplo de una sociedad que existia en diversos climas, á pesar de las leyes locales y privadas, independiente de los príncipes y de las sociedades bajo los cuales y en las cuales residia: pueblo que formaba parte de otros pueblos, y que no obstante vivia aislado en medio de ellos, y que enviaba diputados de todos los extremos del universo á tratar de los negocios que concernian á su vida moral y á sus relaciones con Dios. ¡Cuántos derechos tácitamente reconocidos por este quebrantamiento de los sellos del poder sobre la voluntad y sobre el pensamiento!

Por la vez primera, tambien desde el tiempo de Moisés, emancipador del hombre en medio de las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestacion divina de Sinaí: como en torno del campo de los hebreos, veíanse de pie los ídolos alrededor del concilio de Nicea, cuando los intérpretes de la nueva ley proclamaron la suprema verdad del mundo: la existencia y la unidad de Dios. Desvaneciéronse las fábulas de los sacerdotes que habian ocultado el principio vivo, y los misterios con que los filósofos lo habian envuelto: la cruz de Cristo rasgó el

(1) Volveré á hablar al tratar de las heregias.

velo del santuario, y el hombre vió á Dios cara á cara. Entonces se compuso el simbolo que los cristianos repiten por espacio de quince siglos en toda la superficie del globo; simbolo que esplicaba aquel de que los apóstoles y sus discípulos se servian como de señal para reconocerse: si se comparan, se ven los progresos del tiempo en la introduccion de la alta metafisica religiosa en la sencillez de la fé.

«Creemos en un solo Dios, padre todopoderoso, criador de todas las casas visibles é invisibles, y en nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado por el Padre; es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre que ha criado todas las cosas en el cielo y en la tierra..... Creemos en el Espíritu Santo (1).»

El concilio de Nicea obró inmensas mudanzas: proclamó la unidad de Dios, y fijó las ideas probables de la doctrina de Platon. Constantino en una arenga á los padres del concilio, declara y aprueba los principios proclamados por aquel filósofo: un primer Dios, origen supremo de un segundo: dos esencias iguales en perfecciones; mas la una debe su existencia á la otra, y la segunda ejecuta las órdenes de la primera. Las dos esencias son una sola: la una es la razon de la otra; y siendo esta razon Dios, es tambien Hijo de Dios (2).

¿Y quiénes eran los miembros de esta convencion universal reunida para reconocer al monarca eterno y á su eterna ciudad? Los héroes del mártirio, los doctos ingenios, ó los hombres todavía mas sábios por la ignorancia del corazon y la sencillez de la virtud. Spiridion, obispo de Trimitonto, guardaba el ganado y

(1) Fleury, *Hist. Eccles.*, lib. II, pág. 122.

(2) *Const. Mag., in Orat. sanctor. cwt.*, cap. IX.

poseía el don de los milagros (1): Jacobo, obispo de Nisibe, vivía en las altas montañas, pasaba el invierno en una caverna, se alimentaba con los frutos selváticos, vestía una túnica de piel de cabra, y pronosticaba lo futuro (2). Entre los trescientos diez y ocho obispos acompañados de sacerdotes, diáconos y acólitos, descollaban los veteranos mutilados en la última persecucion: Pafnucio de la alta Tebaida, discípulo de San Antonio, tenía el ojo derecho reventado, y cortado el jarrete de la pierna izquierda (3); Pablo de Neocesárea, las dos manos quemadas (4): Leoncio de Cesárea, Tomás de Cizico, Marino de Troya, Eutico de Esmirna, procuraron ocultar sus heridas, renunciando la gloria de haberlas recibido. Todos estos soldados de un mismo é inmenso ejército, nunca se habian visto; y habian combatido sin conocerse, en la accion general, bajo todos los puntos del cielo y por la misma fé.

Entre los heresiarcas se distinguian Eusebio de Nicomedia, Teogni de Nicea, Mario de Calcedonia, y el mismo Arrio, llamado á dar cuenta de su doctrina

(1) *Hic pastor ovium, etiam in episcopatu positus permansit. Quadam vero nocte cum ad caulas fures venissent; et manus improbas quo aditum educendis ovibus facerent extendissent, invisibilibus quibusdam vinculis restricti, usque ad lucum velut traditi tortoribus permanserunt.* (Ruff., lib. I, cap. V).

(2) *Jacobus enim episcopus Antiochiæ Mygdoniæ, quam Syri vulgo et Assyri Nisibim apellant, plurima fecit miracula.* (Theodor. lib. I, cap. III, pág. 24).

(3) *Paphnutius homo Dei, episcopus et Ægypti partibus confessor, ex illis quos Maximianus dexteris oculis effossis et sinistro poplite succiso, per metalla damnaverat.* (Ruff., lib. I, cap. IV).

(4) *Paulus vero, episcopus Neocæsaræ, ambabus manibus fuerat debilitatus, candente ferro eis admoto.* (Theodo., lib. I, cap. VII, pág. 25).

delante de Atanasio, que entonces era un simple diácono agregado á Alejandro, obispo de Alejandría.

Los filósofos paganos concurrieron á este grande asalto de la inteligencia. Acabamos de ver que Constantino en su arenga manifestó sus ideas sobre la doctrina de Platon. Un anciano lego, ignorante y confesor, atacó á un soberbio filósofo, y le esplicó el cristianismo en breves palabras: «Filósofo, en nombre de Jesucristo, escucha: solo hay un Dios que todo lo ha criado por medio de su Verbo, y fortalecido con su espíritu. El Verbo es el Hijo de Dios que se ha compadecido de nuestra vida material, ha nacido de una muger, visitado á los hombres, y muerto por ellos. Vendrá á juzgarnos segun nuestras obras (1).»

Constantino abrió en persona el concilio en 19 de junio del año 325. Vestia la púrpura engalanada de piedras preciosas, y se presentó sin guardias, y únicamente acompañado de algunos cristianos: no se sentó en el trono de oro, que habia en el fondo de la espaciosa sala, hasta haber ordenado á los padres, que se habian levantado al verle entrar, que ocupasen sus sillas. Pronunció una arenga en latin, su lengua natural y la del imperio, aunque hablaba el griego. El concilio condenó la doctrina de Arrio, no obstante una viva oposicion; promulgó veinte cánones de disciplina, y puso fin á sus sesiones el 25 de agosto del propio año 325.

(1) *Dialectici quibusdam sermonum prolusionibus... sese exercebant... Laicus quidam, ex confessorum numero, recto ac simplici præditus sensu, cum dialecticis congregitur, hisque illos verbis compellavit.—Christus et apostoli non artem nobis dialecticam, nec inanem versutiam tradiderunt, sed apertam ac simplicem sententiam, quæ fide bonisque actibus custoditur. Quæ cum dixisset, omnes qui aderant, admiratione percussi, ei assenserunt. (Socrat., *Hist. eccles.* lib. I, cap. VIII, pág. 10).*

Trasladémonos en alas de la imaginación al antiguo mundo, para formarnos una idea de las sensaciones que experimentaria, cuando entre el estruendo de los himnos obscenos, pueriles ó absurdos, á Venus, á Baco, á Mercurio, á Cibele, escuchó voces graves que cantaban al pie de un altar nuevo: «¡Oh Dios, te alabamos! ¡Oh Señor, confesamos tu existencia! ¡Oh Padre Eterno, toda la tierra te venera!» Las paces latinas, compuestas por los soldados, no eran menos explícitas que el himno de San Ambrosio y de San Agustín (1).

El espíritu humano sacudió las mantillas en que estaba envuelto; y la alta civilización, la civilización intelectual que salió del concilio de Nicea, no decayó ya, ni brilló con menor esplendor. El simple catecismo de nuestros niños encierra una filosofía más sabia y más sublime que la de Platón. La unidad de Dios es una creencia popular; y de esta sola verdad reconocida, data una revolución radical en la legislación europea, largo tiempo violada por el politeísmo, que ponía una mentira por fundamento del edificio social.

Sin embargo, tanta es la dificultad de contenerse en las regiones de la pura inteligencia, mientras que el politeísmo y la religión corporal tendían á salir de las naciones, entraban en ellas por dos caminos: los filósofos, para hacerse accesibles al vulgo, inventaban

(1) *Te solum agnoscimus Deum, te regem profitemur: te adiutorem invocamus. Tui numeris est quod victorias retulimus, quod hostes superavimus: tibi ob præterita jam bona gratias agimus, et futura a te speramus. Tibi omnes supplicamus, utque imperatorem nostrum Constantinum, una cum piissimis ejus liberis incolumen et victorem diutissime nobis serves, rogamus.*

Hoc die solis a militaribus numeris fieri, et hæc verba interpretandum ab iis proferri præcepit. (Euseb. Pamph., de Vit. Const., lib. IV, pág. 443).

los *genios*, y los cristianos, para envolver en signos sensibles el alto espiritualismo, *honraban* los santos y las *reliquias*.

Se ha conservado el catálogo de los preladados portadores de los decretos del concilio á las diversas iglesias (1). Los germanos y los godos profesaban la fé. Frumencio la habia sembrado en Etiopia, una muger esclava habiala enseñado á los iberianos, y los mercaderes de Osroene á la Persia. Tiridates, rey de Armenia, profesó el cristianismo antes que los emperadores romanos.

Por lo demas, Constantino intervino demasiado en las querellas religiosas á que le arrastraron varias mugeres de su familia, y las importunidades de los obispos de ambos partidos. Despues de haber desterrado á Arrio, le llamó, y espulsó á Atanasio, que habia reemplazado á Alejandro en la silla de Alejandria. Arrio espiró súbitamente en Constantinopla vomitando las entrañas cuando Eusebio de Nicomedia se esforzaba en conducirle triunfante (4). El anciano obispo Alejandro habia pedido á Dios su propia muerte ó la del heresiarca, segun fuese mas útil á la manifestacion de la verdad (3).

(1) Hosius episcopus Cordulæ sanctis Dei Ecclesiis quæ Romæ sunt, et in Italia et Hispania tota et in reliquis ulterius nationibus usque ad Oceanum commorantibus, per eos qui cum ipso erant, romanos presbyteros Vitonem et Vincetium. (*Gelasii Cyziceni, act. Conc., Nicæn. lib. III, página 807, in Concil. gen. Eccl. cath., tom. I, Romæ, 1608*).

(2) Eusebianis satellitum instar eum stipantibus per mediam civitatem magnifice incedebat. (*Socrat., Hist. ecless. lib. I, cap. XXXVIII, pág. 63*).

(3) Cum orasset Alexander ac rogasset Dominum, ut aut ipsum auferret... Votum sancti impletum est... nam Arius... crepuit. (*Epiphan., episcop. Constantiæ, opus contra octoginta hæres, lib. II, pág. 321. Parissii, 1564*).

Constantino derrotó sucesivamente á los sármatas y los godos, y recibió las diputaciones de los blemios, de los indios, de los etlopes y de los persas. Declaróse auxiliar de los sármatas en una guerra que aquellos tuvieron que sostener contra los godos, y despues contrajo nueva alianza con los últimos, que se obligaron á suministrarle cuarenta mil soldados llamados *fœderati*, aliados (1). Los sármatas habian armado á sus esclavos, y repelidos por estos mismos esclavos, pidieron y lograron tierras en el imperio (2).

Sapor II, sentado entonces en el trono de Persia, tenia un nombre fatal á los emperadores romanos. Su padre, Hormisdas II, dejó al morir preñada á su esposa: los magos declararon que daría á luz un hijo; pusieron la tiara sobre el vientre de la reina, y el monarca en embrion, Sapor, fué coronado en las entrañas de su madre (3). Constantino eseribió á este príncipe una carta en favor de los cristianos, recordándole la catástrofe de Valeriano, castigado por ha-

Petitio Alexandri erat hujusmodi: ut si quidem recta esset Arii sententia, ipse diem disceptioni præstitutum nusquam videret, sin vera esset fides quam ipse profiteretur, ut Arius impietatis pœnas lucret. (Socr., lib. I, cap. XXXVII, pág. 64).

(1) Nam et dum famosissimam et Romæ æmulam in suo nomine conderet civitatem. Gothorum interfuit operatio, qui, fœdere inito cum imperatore. XL suorum millia illi in solatia contra gentes varias obtulere; quorum et numerus, et millia usque ad præsens in republica nominantur, id est fœderati. (Amm., pág. 476, Aur. V., pág. 527; Jorn., *de reb. get.* página 640, cap. 224).

(2) Euseb., *Vit. Const.*, pág. 529; Amm., pág. 476; Jorn., pág. 644).

(3) Qui, cum responderent masculam prolem parituram, nihil ultra morati sunt, sed, cidari utero imposita, embryum regem pronuntiarunt. (*Agathiæ scholat.*, lib. IV, pág. 135. Parisiis, 1670).

berlos perseguido. Sapor debió acordarse de la carta cuando Juliano marchó contra sus huestes: el monarca de los persas tenía un hermano mayor desterrado, á quien encontraremos en Roma.

Constantino, feliz como monarca, no se escapó de la desdicha como hombre. Las calamidades que desolaron la familia del primer Augusto pagano, parecieron reproducirse en la familia del primer Augusto cristiano.

De Minervina, su primera muger, tuvo Constantino á Crispo, príncipe en quien brillaban el valor y la belleza, educado por Lactancio. O bien sea que el hijo de Minervina inspirase una pasión á Fausta, su madrastra, ó bien sea que Fausta tuviese celos por sus propios hijos de las grandes cualidades de Crispo, le acusó delante de su marido (1), y renovó la trágica aventura de Fedra. Constantino mandó quitar la vida á su hijo, como también al jóven Licinio su sobrino, de edad de once años: cortaron la cabeza á Crispo en Pola de Istria (2). Enterado luego por su madre Helena de la inocencia de Crispo, y de las costumbres depravadas de Fausta, ordenó Constantino la muerte de esta muger, que fué ahogada en un baño de agua caliente (3). Los cristianos y los gentiles formaron encontrados juicios sobre sus acciones: San Crisóstomo deduce que no debemos desear el poder, ni buscar

(1) Crispum filium Cæsaris ornatum título quod in suspicionem venisset quasi cum Fausta noverca consuesceret, nulla rationis juris naturalis habita sustulit. (Zosim., *Hist.*, lib. II, pág. 31, Basileæ).

(2) Hier., *Chr. Eutr.*, pág. 588; Amm., lib. XVI, página 29.

(3) Nam cum balneum accendi supra modum jussisset eique Faustam inlussisset, mortuam inde extraxit. (Zosim., *Hist.*, lib. II, pág. 31, Basileæ).

mas felicidad que la de la virtud y del cielo (1): el filósofo Sopatro, consultado por Constantino, segun Zosimo, declaró que la religion de los griegos no tenia espiaciones para semejantes crímenes (2); y sin embargo, la idolatría habia encontrado dioses indulgentes por Neron y Tiberio.

¿Es cierto que Constantino se arrepintió, que pasó cuarenta dias llorandó, que levantó á Crispo una estatua de plata con cabeza de oro, y con esta inscripcion: «A mi hijo desventurado, pero inocente? (3)» La autoridad en que se apoya el hecho es sospechosa. Dios no pedia á Constantino una estatua de Crispo; exigióle el resto de su familia.

Constantino no recibió el bautismo sino algunos momentos antes de su muerte en Aquiron, cerca de Nicomedia: habia manifestado deseos de bautizarse en las aguas del Jordán como Cristo; pero le faltó el tiempo. Despojado del ropage de púrpura para dejar los reinos de la tierra, y revestidos de la ropa blanca para solicitar las grandezas del cielo, el primer emperador cristiano espiró en mitad del dia de Pascua de Pentecostés. Trescientos treinta y siete años habian trascurrido desde que la religion cristiana habia nacido entre los pastores en un pesebre, y Constantino la dejaba encumbrada sobre el sólio del mundo, de que no necesitaba.

(1) Alter vero qui nunc rerum potitur, nonne ex quo diadema gestat, perpetuo versatur in laboribus, molestis, calamitatibus?... At non hujusmodi cælorum regnum. (San Joann. Chrysostom., *ad Phelip.*, *homel.* XV, pág. 349, tomo XI).

(2) Ad flamines accedens, admissorum lustrationes poscebat: illis respondentibus non esse traditum lustrationis modum qui tam fæda piacula posset eluere. (Zosim., *Hist.*, lib. II, pág. 31. Basileæ).

(3) Tandem permotus pœnitentia integros quadraginta

Constantino habia tenido tres hermanos de padre por parte de Teodora, nuera de Maximiano Hércules, á saber: Dalmacio, Julio Constancio y Annibaliano.

Dalmacio murió, y dejó un hijo de su nombre elevado á César, y otro hijo, Claudio Annibaliano, nombrado rey del Ponto y de la Armenia.

Julio Constancio tuvo de Gala, su primera muger á Galo; y de Basilina, su segunda muger, á Juliano. Ignoramos la posteridad de Annibaliano, ó por mejor decir, no sabemos cosa alguna con exactitud.

Los hermanos, sobrinos y principales oficiales de Constantino, fueron asesinados despues de su muerte, á escepcion de los dos hijos de Julio Constantino. No se han esplicado claramente las causas de esta conspiración espontánea del ejército y del palacio, que no habia presagiado nadie; y es en derecho muy sospechosa la autenticidad del escrito póstumo de Constantino, en el que declaraba á sus tres hijos, que le habian envenenado sus dos hermanos. ¿Inmoló Constancio al furor de su ambicion á sus dos tíos, á siete de sus primos, al patricio Optato y al prefecto Ablavio? Mas quedaban á Constancio dos hermanos, que no estaban entonces en su poder. Juliano, San Atanasio, San Gerónimo, Zosimo, Sócrates, autoridades tan contrarias se reunen sin embargo para infamar su memoria (1). Es probable que tales asesinatos fueron el fruto de diversas pasiones combinadas con

dies illum luxit, tanta animi ægritudine, ut nunquam lavaret corpus nec lecto recumbere: Practerea statuum ei posuit ex argento puro, et ex parte inauratam præter caput, quod ex puro auro confectum erat: inscriptis in fronte his versibus: *Filius meus injuria affectus*. Georg. Codin., *de Antiquitatib. Constantinopolitanis*, pág. 34. Parisiis, 1650).

(1) Julian., *ad Athen.*, *Ath. ad Solit.*, *Vit. Agent.* t. I, pág. 856; Hier., *Chr.*; Zos., *Hist.*, pág. 692; Socr., *Hist. Eccles.*, lib. III, cap. I, pág. 465.

la política del déspota, que enseña á buscar el reposo en el crimen. El paganismo, la heregía, la turbulencia militar, hallaron satisfacciones y venganzas en el estermínio de la familia imperial.

El imperio quedó dividido entre los tres hijos de Constantino: Constantino, Constancio y Constante. Constantino y Constante perecieron empuñando las armas el uno contra el otro: Constantino sucumbió cerca de Aquilea en la primer campaña (1): Constante, dueño único de Occidente, fué atacado por los francos; y Libanio nos ha dejado acerca de esta guerra varios detalles sobre las costumbres y el carácter de nuestros antepasados (2).

Magnencio, bárbaro de origen, y gefe de los jovianos y de los herculanos, saludado Augusto por sus amigos, obligó á Constante á emprender la fuga, y le mandó asesinar al pie de los Pirineos. Este príncipe no halló sino un solo hombre que quisiese unirse á su mala fortuna, el cual era un franco llamado Lanio-gaise (3), mas fiel á los reyes en su infortunio que en el colmo de su felicidad.

El único hijo de Constantino que quedó entonces fué Constancio, que despues de haber combatido flojamente contra los persas, despojado á Vetracion, usurpador de la púrpura en Iliria, y rehusado tratar con Magnencio, venció á éste en Murza (4), y le redujo al estremo de quitarse la vida.

Cometió una falta antes de obtener su triunfo, la

(1) Entr., Aur. Vit. *Epit.*

(2) Liban., *Orat.* III, pág. 438.

(3) Zos., lib. II, pág. 693; Vict. *Epit.*; Entr., *Hieron. chr.*; Idac., *Chr.* an. 350. Amm., lib. XV, cap. V; Lanio-gaiso.... solum adfuisse morituro Constanti supra retulimus.

(4) Quedaron cincuenta mil hombres en el campo de batalla, segun Victor, que añade que los romanos nunca se recobraron de esta pérdida.

cual manifiesta el grado de debilidad y de miseria en que habia caído ya el imperio: detenido Constancio en Oriente por asuntos graves, cuando supo la revuelta de las Galias, invitó á los alemanes á pasar el Rhin para que contuviesen las fuerzas de Magnencio. Obedecieron los alemanes, y ocuparon treinta leguas del país á lo largo del Rhin, desde el nacimiento del río hasta su embocadura, sin contar las tierras que robaban.

Los panegiristas afirman que Constancio, heredero de todos los estados de su padre, usó bien de su victoria; y los historiadores aseguran que no supo conllevar su fortuna. Mientras duraron estas discordias, vióse á los capitanes francos, y á los cuerpos francos, servir á diferentes partidos, á los obispos ir visitando los campos en calidad de embajadores, y en la batalla de Murza el emperador se retiró á un templo á orar; mejor hubiera hecho en combatir, porque aquel no era ya el mundo antiguo.

Fijase en el reinado de Constancio el dominio de los eunucos, hasta entonces abismados bajo el peso de los edictos. Aquellos hombres, excepto tres ó cuatro que estaban dotados de ingenio militar, blanco del menosprecio público, se refugiaron en las sentinas de palacio; demasiado degradados para encumbrarse á los negocios públicos, ahondáronse en las intrigas de la corte, é indemnizáronse por la virilidad de sus vicios de la impotencia de sus virtudes. Eusebio, eunuco, camarero y favorito de Constancio, en su triple estado de bajeza mandó pronunciar la sentencia de muerte contra Galo.

Galo y Juliano, sobrino de Constantino, y primo de Constancio, rayaban el primero en los doce años, y el segundo en los seis, cuando se verificó el asesinato de la familia imperial. Marco, obispo de Aretusa, habia salvado á Juliano, á quien ocultó en el santua-

rio de una iglesia (1): á Galo dejáronle por enfermo y próximo á morir; pues parecía que no merecía la pena de que le quitasen la vida.

Las sospechas y los peligros rodearon la infancia de ambos príncipes, quienes permanecieron seis años encerrados en la fortaleza de Marcellum, antiguo palacio de los reyes de Capadocia. Galo, honrado á los veinte y cinco años con el título de César por Constantino, se casó con la princesa Constantina, hija de Constantino el Grande, y viuda de Annibaliano, rey del Ponto y de la Armenia. Estableció su residencia en Antioquia, desde donde gobernó lo que entonces se llamaban las cinco diócesis de la prefectura oriental.

Galo, pasando de la soledad al poder, llevó consigo la inquietud y las disposiciones de la primera, en vez de la apacibilidad y de la moderación necesarias al ejercicio del segundo, y convirtióse en un tirano abyecto y cruel, entregado á los espías, y ejercitando por sí mismo el espionaje. Iba disfrazado á los sitios públicos, y su disfraz no estorbaba que le reconociesen, porque Antioquia estaba iluminada de noche con tanta cantidad de luces, que se veían los objetos como en el lleno del día (2), cuya circunstancia nos recuer-

(1) Naz., *Orat.*, III, pág. 90; Roll., 22; Mart., gr., página 46.

(2) *Ubi pernoctantium luminum claritudo dierum solet imitari fulgorem* (Amm., lib. XIV, cap. I). ¿De qué manera estaba iluminada Antioquia? El texto del historiador no lo explica Ammiano Marcelino, que describe minuciosamente las máquinas de guerra, no se creyó obligado á entrar en el detalle de una costumbre diaria. Como predomina la hinchazón del estilo, no debemos tomar á la letra la gran claridad de que hace aquí mención. San Gerónimo (Epístola XIV) habla de los fuegos que encendían en las plazas públicas, y á cuya luz se reunían y disputaban sobre los intereses del momento. *Dum audientiam et circulum lumina jam in plateis accensa solverent et inconditam disputationem nox interrumperet.*

da la policía de las ciudades modernas. La sed de sangre y de rapiñas atormentaba aun mas á Constantina, esposa de Galo, á la que acusaban de tomar en secreto el título de *Augusta* (1), con la intencion de dar públicamente el de Augusto á su marido.

Llamado á la corte de Milan despues del asesinato de los dos ministros que le habia enviado el emperador, Galo cometió la imprudencia de obedecer (2). La carta de llamamiento estaba llena de protestas, de amistad y de ofertas. Arrestaronle en Pettau, y conducido á Flona de Istria, y despojado del calzado de los Césares, fué interrogado por el eunuco Eusebio, quien le condenó a muerte: ejecutose cerca de Pola, donde veinte y ocho años antes habia sido decapitado Crispo (3). ¡Cuántas cabezas, horror de los pueblos, cortó el hacha del verdugo! (4)

Los isauros y los sarracenos desolaban el Asia (5): los francos y los demas germanos continuaban sus correrías trasrhinianas, y Roma se sublevaba por el vino en medio de sus desórdenes y de sus espectáculos (6). Como Constantino y Constancio eran apasionados en extremo á los bárbaros, y los habian promovido á los mas encumbrados cargos del estado, sucedió que Silvano, hijo de Bonito, gefe franco, mandaba la infantería romana en las Galias: era un hombre apacible y de suaves costumbres, aunque hijo de un padre bárbaro, *y sabia tambien sufrir*, como dice la historia al hablar de sus cualidades. Acusaronle de

(1) Philostorg., *Hist. Eccl.*, lib. III, cap. CCXXII.

(2) Constantino murió en el camino de Cena, poblacion de Bithinia.

(3) Amm., lib. XIV, cap. XI.

(4) *Quod capita, quæ horruere gentes, funesti carnifices absciderunt!*

(5) Amm., lib. XIV, pág. 3 et seq.

(6) Id., *ibid.*

haber aspirado á la púrpura, aunque habia permanecido fiel; y como la calumnia le convirtió en traidor, se sentó en el imperio como en un abrigo. Obligado á buscar asilo mas seguro á los veinte y ocho dias de su usurpacion, no tuvo tiempo para entrar en él, y privaronle de la existencia sus compañeros cuando intentaba refugiarse en una iglesia (1).

Entonces los francos, los alemanes y los sajones se precipitaron de nuevo sobre las Galias, devastaron el territorio por espacio de cuarenta leguas á lo largo del Rhin; y habiéndose apoderado de Colonia, la arruinaron (2). Los cuados y los sármatas saqueaban la Pannonia y la alta Mesia (3), y los generales de Sapor perturbaban la Mesopotamia y la Armenia: tal fué la época de la elevacion de Juliano.

Hasta la edad de quince años Juliano recibió su primera educacion de Eusebio, obispo de Nicomedia, que introducía en la córte la intriga arriana, y del eunuco Mardonio, persona grave, escita de nacion, grande admirador de Hesiodo y de Homero. El futuro apóstata se vió en seguida reunido á Galo en la fortaleza de Marcellum, y aprendió desde temprano á reprimirse, y pareció complacido con las verdades de la fé. Cuando Galo fué nombrado César, Juliano obtuvo el permiso de seguir sus estudios en Constantinopla, bajo la vigilancia de Herebolo, cristiano primero é infiel despues con su discípulo, y vuelto otra vez al cris-

(1) Id., lib. XV, cap. V; Aur., Vict. *Epit. Eutr.*; *Hier. chr.* Segun Ammiano se habia retirado ya á una capilla cristiana, y arrancáronlo de allí todo temblando para quitarle la vida. *Silvanum extractum cedicula, quo examinatus confugerat, ad conventiculum rituschristiani tendentem, densis gladiorum ictibus trucidarunt.*

(2) Zos., lib. III, pág. 702; Amm., lib. XV.

(3) Id., *ibid.*

ianismo, muerto Juliano (1): este príncipe visitó las escuelas de Jonia: Constancio mismo favorecía los ejercicios de su primo, con la esperanza de que los libros le harían olvidar el imperio; mas no tardó en alarmarle la superioridad del estudiante aun en las letras.

Después de la muerte de Galo, Juliano fué conducido á Milan, estrechamente guardado durante siete meses, y desterrado por fin á Atenas. Allí encontró juntamente con San Basilio y San Gregorio de Nacianzo una multitud de retóricos, que acabaron de atraerle á sus doctrinas, y tomó las trazas de filósofo. Universalmente instruido, su memoria igualaba su inteligencia; pensaba y escribía en griego, mas también se servía del latín (2). Habiendo desolado las Galias los francos y los alemanes, la emperatriz Eusebia decidió á Constancio á crear César á Juliano, para oponerle á los bárbaros. El discípulo de Platon recibió la carta que le llamaba al mando supremo como un decreto de muerte; alzó las manos hácia aquel templo, cuyas admirables ruinas parecen haberse conservado únicamente para atestiguar la belleza de la antigua libertad griega, á la libertad que ahora renace. Juliano subió á la ciudadela, abrazó las columnas del Partenon, las regó con sus lágrimas, é imploró la protección de la diosa. Alejóse en seguida de la inmortal ciudad, donde los declamadores y los sofistas hollaban las cenizas de Demóstenes y de Sócrates, mas donde todavía reinaba Minerva por medio del genio de Fidias y de Pericles.

Llegado á Milan escribió estas palabras á la emperatriz: «Ojala tengas hijos! Concédate Dios tal feli-

(1) Amm., lib. XV, cap. XII.

(2) Ep. IX, LVI. gr. III: Eutrop., lib. XV; Eunap., *Vit. Max.* or X; Socr., lib. III.

ciudad y otras muchas; pero en nombre del cielo te conjuro, déjame regresar á mis hogares (1).» Así llamaba Juliano á la Grecia. Escrito el billete no se atrevió á enviarlo, detenido, según dijo, por las amenazas de los dioses, porque el apóstata tomó la voz de la ambición por mandato del cielo.

Los oficiales de palacio se apoderaron del estudiante de Atenas, le despojaron del manto y de la barba de filósofo, y le vistieron el uniforme militar. El mismo nos ha pintado su torpeza en el nuevo atavío, su embarazo en la corte, y las zumbas de los eunucos (2). La última parte de la educación de Juliano había sido popular: asistía al curso de los retóricos en Constantinopla como los demás discípulos, y sumergiéndose en las costumbres públicas, adquirió conocimientos que faltan á la educación privada de los príncipes.

Constancio, el sexto día de noviembre del año de Jesucristo 335, habiendo reunido en Milan las legiones, proclamó César á Juliano. El huérfano, cubierto con la púrpura y en medio de los asesinos de su familia, repetía en voz baja un verso de Homero: «Fue arrebataado por la muerte oculta bajo la púrpura y su invencible destino.»

Después de haberse casado con Helena, hermana del emperador, Juliano partió á su gobierno de las Galias, al que se había añadido la Gran Bretaña, y quizás la España (3). Eusebio le dió libros por consejeros, y Constancio de entre sus criados, señores (4). Sujeto á una celosa tutela, no podía ni tomar por sí una resolución, ni intimar una orden, ni mudar un

(1) Ad Ath.

(2) Julian., ad Ath.

(3) Amm., lib. XX.; Zos., lib. III.

(4) Julian., ad Ath., or. III.

criado: todo estaba arreglado en su interior por los mandatos de Constancio, hasta los manjares de la mesa: no llegaba á sus manos una sola carta sin haber sido leída antes, y privábase de la compañía de sus amigos por temor de comprometerlos y de esponerse á sí mismo á su ruina. Apenas tenía á su disposición algunos soldados (1). Su único consuelo al entrar en el país saqueado y confiado á su inesperienza, fué encontrar una muger anciana y ciega, que le saludó con el nombre de restaurador de los templos (2).

Durante los cinco años que Juliano gobernó las Galias corrió de una ciudad á otra, de Autun á Auxerre, de Auxerre á Troyes, de Troyes á Colonia, de Colonia á Tréveris, de Tréveris á Lion: estuvo sitiado en la ciudad de Sens, pasó el Rhin cinco veces, ganó la batalla de Estrasburgo á los alemanes, hizo prisionero á Crodomairo, el mas poderoso de sus reyes, restableció las ciudades, castigó á los exactores, disminuyó los impuestos, y finalmente, lo que mas nos interesa por los lazos de la sangre, sometió á los camavos y á los franco-salinos: aquí comenzamos á vivir con los francos en medio de la futura Francia. Juliano habia escrito sus guerras de las Galias, su obra, que colocaban al lado de los *Comentarios de César*, se ha perdido desgraciadamente; hubiera arrojado una viva luz sobre la oscura historia de nuestros abuelos en el cuarto siglo.

Juliano pasó en Lutecia los dos inviernos de 358 y de 359. Amaba aquella poblacion, á la que daba el nombre de su *querida Lutecia* (3), y donde habia reu-

(1) Amm., lib. XVII, XX, XXI, XXII; Zos., lib. III; Liban., or. XII; Julian., ad Ath.

(2) Tunc anus quædam orba luminibus, cum percontando quinam esset ingressus, Julianum Cæsarem comperisset, exclamavit, hunc deorum templa reparaturum.

(3) *Caram Lutetiam.*

nido en cuanto se lo permitian sus empresas militares á los sábios y á los filósofos. Oribases el médico, de quien nos quedan algunos fragmentos, redactó allí su compendio de Galeno: este es el primer escrito publicado en una ciudad que habia de enriquecer las letras con tantas obras clásicas.

Complacémonos en buscar el origen de las grandes ciudades, como en remontarnos al origen de los rios caudalosos: no dejará de causarnos placer el leer el propio texto de Juliano.

«Hallábame un invierno en mi querida Lutecia (1), que así se llama en las Galias la ciudad de París, la cual ocupa una isla en medio de un rio, uniéndose á sus riberas por puentes de madera. Rara vez crece ó mengua el rio; tal como se ve en el estío permanece en el invierno, y bébese de buena gana el agua purísima, y que se rie á la vista (2). Como los habitantes de París viven en una isla, seriales difícil procurarse otra agua. La temperatura en invierno es poco rigurosa, á causa, según dicen las gentes del pais, del calor

(1) Julian *Op.*, pág. 540. D. Lipsiæ, 1696.

(2) Todo esto se conforma muy poco con lo que vemos al presente, escepto por lo que mira á la salubridad del agua: tambien en la época de que habla Juliano, las inundaciones del Sena eran muy frecuentes. Si Juliano hubiese nacido en Roma, ó visto alguna vez el Tiber, hubiérale parecido el Sena límpido en comparacion de aquel rio (*flavus Tiberinus*). Verdad es que en la Jonia, Juliano no habia visto mas que el Hermo (*turbidus Hermus*). En Atenas no habia encontrado sino dos arroyos; y el Eridano de la Lombardia no podia compararse con el Sena en cuanto á la claridad del agua. Pero en fin, Juliano habia habitado las márgenes del lago de Como, y habia visto los otros rios de la Galia y de la Capadocia: escribía el Misopogon en las riberas del Óronte: y pronto habian de descansar sus cenizas en las del Cidno: ¿cómo, pues, le parecia el Sena tan límpido? El Marne, como han creído, ¿corría mas allá de París?

del Océano, que no distaudo mas de novecientos estadios, envia á Lutecia un aire tibio: el agua del mar es en efecto menos fria que el agua dulce. Por esta razon, ó por otras que ignoro, sucede asi (1). El invierno es, pues, muy suave á los habitantes de aquella tierra: embellecen el suelo hermosas viñas: los parisienses poseen tambien el arte de conservar las higueras (2), envolviéndolas con paja de trigo como en un vestido, y empleando otros medios de que usan para poner los árboles al abrigo de la intemperie de las estaciones.

«Sucedió que el invierno que pasé en Lutecia desplegó una violencia desacostumbrada: el rio se veía helado, cual si tuviera un piso de mármol. ¿Habeis visto las piedras de Frigia? pues como aquellas eran por su blancura los pedazos de hielo, toscos, largos, empujándose los unos á los otros hasta que aglomerándose formaban un puente (3). Mas duro conmigo mismo, y mas rústico que nunca, no quise consentir que calentasen, segun la costumbre del pais, con hornillos el aposento en que dormia (4).»

(1) La observacion de los galo-romanos era exacta: los inviernos son mas húmedos, pero menos frios, en las orillas del mar, que tierra adentro.

(2) Vemos que el clima de Paris no ha cambiado. Hace mucho tiempo que se cultivan las viñas en Surena. Juliano no segloriaba de conocer el buen vino, porque preferia, segun aseguraba, las ninfas á Baco. En cuanto á las higueras, todavía las entierran y cubren de paja en Argenteuil.

(3) Juliano pinta muy bien lo mismo que hemos visto en estos últimos inviernos. Los pedazos de hielo que deja el Sena en sus riberas despues del deshielo, se parecen mucho á los pedazos de mármol.

(4) Estos hornillos eran en la apariencia estufas. Tambien se deduce del carbon que Juliano mandó encender en su cámara, que no calentaban los aposentos con leña, ó bien porque fuese rara en los contornos de Paris, ó porque se pre-

Juliano cuenta que permitió por fin que encendiesen en su cámara carbon, cuyo vapor estuvo á punto de ahogarle.

Habia en Lutecia termas, construidas por el modelo de las de Diocleciano en Roma: créese que Juliano y Valentiniano I habitaron allí, y Amiano habla de ello con suma frecuencia. Es probable que tales termas se hubiesen edificado antes de la llegada de Juliano á las Galias, quizás en tiempo de Constantino ó de Constancio Chloro. Otros han imaginado sin fundamento que Juliano ocupaba en la isla un palacio levantado en el terreno donde se construyó despues el alcázar de nuestros reyes. Aun se veían en Lutecia el campo de Marte y las plazas de los anfiteatros, que se hallarian al lado de la puerta de San Victor, como resulta de algunos títulos del siglo XIII (1), La flota encargada de guardar el Sena estaba estacionada cerca de París, y verosíblemente tenia por fondeadero el espacio que cubre en el día la nave gótica de Nuestra Señora (2).

Mientras que Juliano habitaba la reducida y naciente Lutecia, Constancio visitaba la grande y moribunda Roma, que este emperador de los romanos no habia visto todavía.

friese el uso de los hornillos. Los romanos, como podemos observar en los restos de sus casas que todavía se conservan, habian elevado el arte de calentar sus salones al mas alto grado de perfeccion.

(2) D. T. du Ples., *Nouv. Ann. de Paris*; Brenl. *Ant. de Paris*.

(1) *Præfectus classis Andericianorum Parisiis*. Notit. imper. Mezerai, cuyo texto y critica deben leerse con precauciones, conjetura que esta flota se mantenía en Andresy, cerca de la confluencia del Oise y del Sena, porque los marineros que habia en la flota se llaman en la noticia *Andericianos*. Júzguese de la fuerza de este argumento. (*Hist., de Fr. av. Clovis.*, lib. III). Sigo la opinion del abate Dubós.

Existiría sin duda en Roma algún anciano á quien en su infancia habria contado su abuelo la entrada del sacerdote de Siria Eliogabalo, saltando con la púrpura en medio de los eunucos y de las bailarinas, delante de una piedra triangular consagrada al Sol. Ahora venia con pompa triunfal por una victoria conseguida sobre los romanos (1) una especie de idolo cristiano, Constancio, rodeado á semejanza de aquel, de eunucos, pero en un alto carro brillante con las piedras preciosas, con los ojos fijos, sin moverse ni para escupir, ni para mocarse, ni para limpiarse la frente, y solo encogiendo algunas veces su corta estatura para pasar por debajo de elevadas puertas (2). En torno suyo flotaban á la punta de largas picas doradas eslandartes de púrpura, cortados en figura de dragones, cuyas deshiladas colas hacian silbar los vientos. Cercábanlo guardias soberbiamente armados, y caballeros cubiertos de hierro, que parecian no hombres, sino estátuas retocadas por la mano de Praxiteles (3). Al acercarse á Roma Constancio encontró á los patricios y al senado, que no tomó como Cineas por una asamblea de reyes, sino por el consejo del mundo (4); porque creyó al ver las oleadas de la mul-

(1) La derrota de Myyencia.

(2) *Corpus perhumile curvabat portas ingrediens celsas, et velut collo munito rectam aciem luminum tendens, nec dextra vultum, nec læva flectebat tamquam figmentum hominis: non cum rota concuteret nutans, nec spuens, aut os aut nasum tergens vel fricans, manumve agitans visus est nunquam.* (Amm., lib. XVI, cap. X.)

(3) *Limbis ferreis cincti, ut Praxitelis manu polita crederes simulacra, non viros.* (Amm. lib. XVI, cap. X.)

(4) *Non ut Cineas ille, Pyrrhi legatus, in unum coactam multitudinem regum, sed asylum mundi totius adesse existimabat.* (Amm., lib. XVI, cap. X.)

titud que el género humano había corrido á Roma (4).

Cuando hubo penetrado en los Rostros, pareció sorprendido con la memoria del antiguo poder del Foro (2). Desde allí el monarca oriental fué á apearse al antiquísimo palacio de Octavio, que carecia de mármoles y de columnas, y en el que el fundador del imperio, el amigo de Horacio, habitó cuarenta años ocupando el mismo aposento en invierno y en verano (3).

Amiano Marcelino, de quien he copiado los anteriores detalles, nos pinta en seguidas cosas dignas de atencion: una parte de los edificios de Roma que existian en su tiempo, y la admiracion que en Constancio despertó su vista. ¡Cuántos acontecimientos habian sobrevenido, y cuántos dias pasados para que el señor del imperio romano fuese un estrangero en la capital del imperio! ¡para que permaneciese mudo de pasmo en medio de las obras de tantos ingenios, de tantas fortunas, de tantos siglos, de tanta libertad y esclavitud, cual si fuese un viagero que encontrase ahora á Roma entera en un desierto! Mas estos monumentos de las costumbres vivas de un pueblo carecen de existencia, y sus insensibles masas no pueden maravillarse de la pequeñez de Constancio, á la manera que el emperador se aturdió con su grandeza.

(1) *Stupebat qua celeritate omne quod ubique est hominum genus confluerit Romam.* (Amm., lib. XVI, cap. X.)

(2) *Proinde Romam ingressus, imperii virtutumque omnium larem, cum venisset ad Rostra, perspectissimum priscae potentiae Forum obstupuit.* (Amm., lib. XVI, cap. X.)

(3) Amiano fué solamente *in palatium receptus*. Me atengo á la opinion de Gibbon, que pretende que este era el antiguo palacio de Augusto, del que Suetonio dice:

Ædibus modicis neque laxitate neque cultu conspicuis, ut in quibus porticus breves essent, albanarum columnarum, et sine marmore ullo, aut insigni pavimento conclavia, ac per annos amplius quadraginta eodem cubiculo hieme et æstate mansit. (C. Sueton. Tranq. *Octav.*, pág. 409, Antuerpiæ.)

El tiempo trabaja en dar á las cosas humanas el principio de existencia que no tienen: los hombres espiran, y nada son en sí; pero sus vidas colocadas de cabo á cabo, y sus sepulcros ordenados en fila, forman una cadena, cuya fuerza se aumenta en razon de su duracion, y de estas nada reunidas se compone la inmortalidad de los imperios. El nombre de Roma era el único poder que faltaba vencer á los bárbaros; y Roma, aunque habitada por una muchedumbre numerosa, no la defendian ya en realidad, sino los recuerdos de algunos muertos antiguos. Constancio visitó cuidadosamente aquella ciudad, con cuya autoridad se adornaba, y que hubiera querido enlazar á su púrpura. Arengó al senado y al pueblo: ¿qué hubiera respondido Mario si hubiese sacado la cabeza de la tumba?

Al recorrer las siete colinas cuajadas de monumentos en sus laderas y cumbres, se figuraba el emperador á cada paso que el objeto que acababa de mirar era inferior al que estaba mirando (1). El templo de Jove Tarpeyo, los baños iguales á los de las ciudades de las provincias, la mole del anfiteatro formada de piedras tiburtinas, y cuya altura fatigaba la vista, la bóveda del Panteon suspendida como el cielo, las columnas coronadas de estatuas de los emperadores, cuya subida se formaba por escalones, la plaza y templo de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeon, el Estadio, eran los adornos soberbios de la eterna ciudad (2).

(1) *Deinde intra septem montium culmina per acclivitates planitiemque posita urbis membra collustrans et suburbana, quidquid viderat primum, id eminere inter cuncta sperabat.* (Amm.)

(2) *Jovis Tarpei delubra, quantum terrenis divina præcellunt: lavacra in modum provinciarum extracta: amph-*

Mas en el foro de Trajano paróse Constancio confundido, paseando sus miradas por aquella gigantesca construccion, cuya inefable belleza declara el historiador no poder describir (1).

El gran rey, el monarca legitimo, el hermano mayor de aquel Sapor II tan funesto á Juliano y al imperio romano, Horsmidas se habia refugiado en este imperio, y acompañaba á Constancio en su visita de Roma. El emperador, volviéndose á su huésped, le dijo: «Si no puedo reproducir enteramente este foro, confio al menos que se podrá imitar el caballo de la estatua ecuestre del principe.—Puedes, dijo Horsmidas; mas antes manda edificar una caballeriza semejante para que tu caballo esté con desahogo como el que vemos (2).»

Habiendo interrogado á este mismo desterrado sobre lo que pensaba de Roma: «Lo que me complace, dijo, es que los hombres mueren aqui como en otras partes (3).»

Horsmidas siguió á Juliano en su expedicion contra los persas, y llamóle traidor un oficial de Sapor,

theatri molem solidatam lapidis tiburtini compage, ad cuius summitatem ægre visio humana conscendit: Pantheum velui regionem teretem speciosa celsitudine fornicatam; elatosque vertices qui scansili suggestu consurgunt, priorum principum imitamenta portantes, et urbis templum, forumque Pacis, et Pompei theatrum, et Odeum, et Stadium, aliaque inter hæc decora urbis æternæ. (Amm, lib. XVI, cap. X.)

(1) *Ut opinamur... nec relatu ineffabiles, nec rursus mortalibus appetendos. (Id. ibid.)*

(2) *Ante imperator stabulum tale condi iubeto, si valet; equus quem fabricare disponis, ita late succedat, ut iste quem videmus. (Id. ibid.)*

(3) *Id tantum sibi placuisse quod didicisset ibi quoque homines mori. (Id. ibid.)*

de aquel Sapor que ocupaba sin derecho el trono de su hermano. Horsmidas vió morir á Juliano, del mismo modo que habia visto pasar por el imperio á Constantino y á Constancio, y dejó un hijo, á quien Teodoro I encargó el mando de una tropa de godos en Egipto. El último sucesor del héroe macedonio que destruyó el antiguo imperio de Ciro, Perseo, destronado, murió ejerciendo el oficio de escribano entre los vencedores; y el heredero del nuevo imperio de los persas, restableció sobre las ruinas del de Alejandro, buscó un abrigo en los palacios vacilantes de los Césares. En vez de asistir á la historia de su propio país, Horsmidas fué un testigo de los partos, enviado para asistir al inventario de los monumentos romanos, puestos en pública almoneda de las naciones, y para certificar la verdad de la caída de Roma. Todavía no lo he dicho todo: Horsmidas, criado por los magos, era cristiano: así las cosas y los hombres se ven arrastrados por el encadenamiento de los eternos consejos (1).

Constancio declaró que la fama, que acostumbra á emplear la mentira, la malignidad y siempre los colores exagerados, se habia quedado muy inferior, á la verdad, en las alabanzas prodigadas á Roma (2). Intentó imprimir en ella las huellas de su paso; pero conociendo su propia impotencia, pidió prestado á la reina de las tumbas un adorno fúnebre para la reina moribunda del mundo: el obelisco del templo de He-

(1) He seguido principalmente á Zósimo en la historia de Horsmidas; pero Zonaro, Agathias y Albufaraje *ex arabico latine reddita historia*) difieren de Zósimo en muchos puntos.

(2) *Imperator de fama quærebatur ut invalida vel maligna, quod augens omnia semper in majus, erga hæc applicanda quæ Romæ sunt obsolescit.* (Amm., lib. XVI, capitulo X.)

liópolis, que Constantino habia proyectado trasladar á Constantinopla, fué enviado del Nilo al Tiber, y levantado en Roma en el gran circo: despues Sisto V decoró con él la plaza de San Juan de Letran. Todavía, al presente, podemos ver en pie este monumento de un Faraon, de un emperador y de un papa, que igualmente sucumbieron (1).

Constancio, á quien faltaban, segun Libanio, el corazon de un principe y la cabeza de un capitan, soberano que pasó su reinado en las tribulaciones de las discordias civiles, y en una guerra lenta contra Sapor, aumentó sus embarazos con las querellas eclesiasticas. Su córte era arriana, y en los concilios de Seleucia y de Rimini abrazó él mismo el partido de los arrianos. A solicitud de Constante, su hermano, habia llamado luego de su primer destierro á Atanasio, y le conservó en su silla despues de la deposicion pronunciada por el concilio arriano de Antioquia; mas abandonóle en el tercer concilio de Milan. Hubo allí obispos desterrados, intrusos, catolicos, arrianos, semi-

(1) Constancio habia querido trasportar á Constantinopla otro obelisco; Juliano tuvo el mismo proyecto, y escribió á los de Alejandria proponiéndoles en cambio del obelisco una estatua colosal acabada de fabricar, y que probablemente era la suya. Juliano añade que los solitarios vivian en la punta de aquel obelisco, y otros vivian en él en medio de la inmundicia, cometiendo infamias. Quiere, pues, dice, destruir á la vez la supersticion y el oprobio, y pretende que los habitantes de Alejandria tendrán sumo placer al reconocer de lejos, cuando llegue á Constantinopla, el presente con que embellecerán la ciudad natal del apóstata. Créese que este obelisco, trasladado á Constantinopla por Juliano ó por Valente, fué elevado por Teodosio en el hipódromo. La edicion alemana de que me sirvo no tiene el fin de la carta á los de Alejandria. Este fin, encontrado por Muratori, se halla en las *Anécdotas griegas* de la *Biblioteca griega* de Fabricio.

arrianos. Entonces se celebró el primer concilio de París ó de Lutecia (1), que se declaró católico, bajo la protección de Juliano, que meditaba en el mismo sitio el restablecimiento del paganismo. San Hilario de Poitiers, desterrado en Oriente, halló los mismos desórdenes al volver á su iglesia, y escribió así contra el emperador Constancio: «Saludais á los obispos con el beso con que fué vendido Jesucristo; bajais la cabeza para recibir su bendicion, y hollais con los pies su fé.» Luciferó de Caliari, mas osado aun, amenazó con la espada de Mathias y de Fineo al infiel Constancio. San Martin, que aparecía entonces en la escena, sirvió primero como soldado en las tropas del apóstata, y dió nacimiento al primer monasterio de las Galias, llamado Lugugiacum ó Ligugé, distante dos leguas de Poitiers. Pacomio, Hilarion y Macario habian sucedido á San Antonio y á San Pablo, y San Basilio meditaba ya la regla que debia gobernar en Oriente á un pueblo de solitarios.

La inquietud y la ligereza de Constancio arruinaban el imperio con la convocacion de los concilios, y las traslaciones de los obispos en los carruages y caballos de las postas imperiales (2). Sus profusiones aumentaban su codicia; pronunciaba sentencias injustas, y el tormento arrancaba á los reos mentiras, que trasformaba en verdades (3). En vez de emplear su autoridad en extinguir las disputas religiosas, inflamábalas con su manera de argumentar, y con los ensueños místicos de las mugeres y de los eunucos.

Los papas Julio y Liberio se habian declarado sucesivamente en Roma en favor de San Atanasio, aunque Liberio se mostró primero débil, y San Hilario

(1) Hier., *de Scriptor eccles.*; Ruff., *pro Orig.*; Hilarii, *Fragmenta a Pitaco. Ed.*

(2) Amm. Marcell., lib. XXI, cap. XVI.

(3) Id., *ibid.*

le anatematizó. Liberio perseguido se ocultó en los cementerios que rodean la ciudad, y habiéndole descubierto, le condujeron á Milan, donde el emperador procedió al interrogatorio. Defendió á Atanasio, y respondió á Constancio que le acusaba de sostener él solo á un impio: «Aun cuando fuese solo, no sucumbiría la fe (1).» Desterrado á Berea, en la Tracia, se negó á admitir la plata que el emperador, la emperatriz y el eunuco Eusebio le ofrecían. «Has dejado desiertas las iglesias del mundo, decia al postrero. ¡y me ofreces una limosna como á un criminal! (2)» Félix, archidiácono de la iglesia romana, fué el antipapa arriano.

Constancio permaneció en Roma en la época en que mas ardimiento manifestaban los partidos que sostenian á Félix y á Liberio. Las matronas romanas católicas se presentaron al emperador con la magnificencia acostumbrada de sus adornos, rogándole que volviese al rebaño el pastor ausente: consintió el emperador en llamar á Liberio con tal que gobernase la iglesia de acuerdo con Félix. Leyóse esta resolución en el circo al pueblo reunido, y las dos facciones paganas que se distinguian por sus colores dijeron zumbándose, que tendría cada una su pastor; mas la muchedumbre cristiana prorumpió en esta exclamación: ¡Un Dios! ¡Un Cristo! ¡Un obispo! (3) En otro tiempo

(1) Imperator Liberio dixit: ¡Quota pars est orbis terrarum, ut tu solus homini impio suffragari velis....? Liberius dixit: Etiam si solus sim, fidei causa non idcirco minuitur. (Parisii, 1683. Theodor., *Hist. eccl.*, lib. II, cap. XVI. pág. 94).

(2) Ecclesias orbis terrarum vacuas ac desertas fecisti, et mihi tamquam noxio eleemosynam adfers! (*Id.*, página 95).

(3) Unus Deus, unus Christus, unus episcopus. (*Id.*, página 96).

la misma plebe gritaba: ¡A las fieras los cristianos!

En medio de tanta confusion, Constancio vuelto á Oriente (1), y celoso de los triunfos de Juliano, intentó debilitarle pidiéndole la mayor parte de su ejército, bajo pretesto de continuar la guerra contra Sapor. Juliano dió prisa á sus tropas, ó fingió darla para que partiesen, y esta fué la primera escena grande y militar de que Paris fué testigo.

Sentado en un tribunal levantado en las puertas de Lutecia, Juliano invitó á los soldados á obedecer las órdenes del Augusto, y los soldados, guardando triste silencio, se retiraron á su campo. Juliano acarició á los oficiales, y les testificó el pesar que le causaba el separarse de sus compañeros de armas sin poderlos recompensar dignamente. A media noche las legiones se sublevaron, saliendo en tumulto del banquete dado por despedida, cercaron el palacio, y desenvainando las espadas á la luz de las antorchas, gritaron: ¡Juliano es Augusto! (2).

Habia mandado asegurar las puertas, y forzaron las los soldados al despuntar el día; apoderáronse del César, llevaronle á su tribunal, entre los gritos mil veces repetidos de «¡Juliano Augusto!» Juliano rogaba, conjuraba, amenazaba á sus violentos amigos, que á su vez le declararon que se trataba de la muerte ó del imperio, y cedió. Una aclamacion universal le saludó con el nombre de señor ó competidor del mundo. Levantaronle sobre un escudo (3) como á un

(1) No hablo del altar de la Victoria, que Constancio mandó quitar del senado, y que probablemente volvió á colocar Juliano; hablaré al tratar de Teodosio I.

(2) *Augustum Julianum horrendis clamoribus concrepabant.* (Amm. lib. XX, cap. IV).

(3) *Impositusque scuto pedestri.* (*Id. ibid.*) Libanio esclama: *¡O felix scutum, in quo solemnibus inaugurationis sacris peractus est, omni tibi tribunali convenientius!*

rey franco, y coronáronle á la manera de un déspota asiático: el collar militar de un hastato (1) le sirvió de diadema; porque rehusó ponerse, por ser de mal agüero, el collar femenino (2) ó el ornamento de un caballo que le presentaban los soldados.

Para que nada extraordinario faltase al advenimiento del restaurador de la idolatría, Juliano escribió al pueblo y al senado ateniense (*Ad S. P. Q. Ath.*) la relación de lo que había pasado en Lutecia. Envió cartas aclaratorias á Constancio, pidiéndole la confirmación del título de Augusto: para encontrar otro ejemplo de un emperador proclamado en París, necesario es saltar de Juliano á Napoleon. Después de inútiles negociaciones, Constancio desechó los ruegos de su rival, y le ordenó que dejase la púrpura tratándole de ingrato: «Acuérdate que te protegí cuando eras huérfano.—¡Huérfano! dijo Juliano respondiendo á Constancio: ¡el asesino de mi familia me echa en cara el haber sido huérfano!» (3).

Juliano reunió en Lutecia al pueblo y al ejército, les comunicó los mensajes que habían llegado de Oriente, y les preguntó si debía abdicar el título de Augusto. Levantóse extraordinaria gritería diciendo: «Sin Juliano Augusto, piérdese el poder para las provincias, el ejército y la república (4).»

El cuestor Leonas se encargó de llevar la respuesta pública á su amo, con una carta particular llena de la cólera y del desprecio de Juliano.

Decidido á marchar á Oriente, partió Juliano con

(1) Llamábase Mauro.

(2) El texto habla también particularmente de un adorno de la cabeza de su mujer: *Uxoris colli vel capitis*.

(3) Julian., *Orat. ad S. P. Q. Athen.*; Liban., *Orat. parent.*, Zonar., lib. XIII.

(4) *Auguste Juliane ut provincialis et miles, et reip. decrevit auctoritas*. (Amm., lib. XX, cap. XI).

tres mil soldados, seguido despues de otros treinta mil. Todo fué consternacion: Tauro, prefecto de Italia, huyó; é igualmente tomó la fuga Florente, prefecto de Iliria: solo Nebridio, prefecto del pretorio en Occidente, permaneció fiel á Constancio, perdiendo una mano de un tajo de espada, y Juliano rehusó estrechar la noble diestra que restaba á Nebridio (1).

El nuevo Augusto descendió por el Danubio, y costeano luego por sus riberas; y entregándose otras veces á su corriente, vino á parar á Sirmio, capital de la Iliria Occidental, que le recibió sin resistencia; se apoderó del paso de Suques, entrada de la Tracia, é hizo alto esperando á su ejército (2).

Entonces volvió los ojos á lo pasado y la espalda á lo futuro, y preparándose la triste gloria de haber sido el principe apóstata, abjuró públicamente el cristianismo: declaró que confiaba su vida y su causa á los dioses inmortales, mandó volver á abrir las puertas de los templos con grande estruendo, y secó el agua del bautismo con la ceremonia del tauroboto: una sola divinidad de las invocadas apareció un instante entre el humo de los sacrificios de Juliano, la Victoria.

Los soldados que le acompañaban, blandiendo las espadas por encima de sus cabezas, ó volviendo la punta del acero contra sus pechos, habian jurado morir por su causa, no obstante que muchos eran cristianos; mas Juliano los habia engañado. Antes de salir de las Galias habia entrado el dia de la Epifania en la iglesia de Viena y orado en ella. Ammiano Marcelino afirma que en aquel momento mismo profesaba en secreto el paganismo (3): ¿qué diria, pues, el perjuro en Viena al Dios de los cristianos?

(1) Amm., lib. XXI; Liban., *Orat. parent.*

(2) Mamert., *Paneg.*; Liban., *Orat.*

(3) *Adhærere cultui christiano fingeat a quo jampridem occulte desciverat.* (Lib. XX).

Constancio se preparaba á rechazar la invasion cuando murió en Mopsucrena de Cilicia, despues de haber sido bautizado por Euzoio de la comunion arriana. El senado de la nueva capital se puso de parte de la fortuna, y Juliano entró en su ciudad natal, que Constancio decia amar como á su hermana, y que Juliano adoraba como á madre (1). Constantinopla cristiana recibió la idolatria, así como Roma pagana habia recibido el Evangelio.

Una comision establecida en Calcedonia, juzgó á los ministros de Constancio; y Pablo, Apodemo y el eunuco Eusebio, fueron justamente castigados: otros sufrieron con injusticia la muerte y el destierro.

La córte esperimentó una reforma total, y fueron despedidos miles de cocineros y de barberos: uno de estos se presentó soberbiamente vestido para cortar los cabellos al sucesor de Constancio. «No he pedido un tesorero, dijo Juliano, sino un barbero (2).» Los *agentes*, que ascendian á mas de diez mil, quedaron reducidos á diez y siete; y abolidos los *curiosos* y otras especies de espías.

No obstante, es conveniente conocer con mas intimidad al hombre que ha tomado en la historia un punto á parte, oponiendo la fuerza de su genio y su poder á la trasformacion social de que salieron los pueblos modernos.

(1) Julian, epist. 58.

(2) *Ego non rationalem jussi, sed tensorsorem acciri.*

DISCURSO SEGUNDO.

—33—

SEGUNDA PARTE.

—100—

DESDE JULIANO HASTA TEODOSIO I.

Cuando Juliano fué enviado á Atenas por Constancio se encontraban allí San Basilio y San Gregorio Nacienceno. El último nos dejó un retrato del apóstata, en el cual resalta la enemistad del pintor. «Era de mediana estatura, cuello grueso y ancho de hombros, que removía y levantaba con frecuencia como la cabeza. Ni su pie era seguro, ni su marcha compasada. Eran sus ojos vivos, pero estraviados é inquietos: la mirada furiosa, la nariz desdeñosa é insolente, la boca grande, el labio inferior péndulo, la barba erizada y aguda: hacia ridiculos visages, y movía la cabeza sin objeto: reía á grandes carcajadas desmedidamente; se paraba hablando, y tomaba aliento; hacia cuestiones impertinentes, y daba respuestas confusas, que no tenían solidez ni método (1).»

(1) Esta traduccion no es enteramente exacta, y sobre

Ammiano Marcelino, que miraba á Juliano con buenos ojos, conserva sin embargo en el retrato de este príncipe algunas pinceladas del de Gregorio Nacianceno (4); y Juliano mismo en el Misopogon parece atestiguar la prodigiosa fidelidad del pincel cristiano.

«La naturaleza, á mi entender, no ha prodigado los atractivos á mi rostro; y yo, perezoso y estravagante, le añado mi larga barba en castigo de su aire

todo, no tiene la concision del original; pero reinan tanta sencillez, tanta naturalidad, tanta gravedad en el estilo de Fleury, que no he tenido la temeridad de alterarla. Fleury y Tillemont son dos hombres que no dejan campo á poner la mano en lo que ellos han tocado. El talento del último brilla por la fuerza del saber, de la conciencia y de la exactitud: hállase en presencia de los hechos y de los hombres, como un cristiano de los primeros siglos en presencia de la verdad: mas querría morir que inventar una mentira. Su estilo incorrecto, desaliñado y desnudo de ornamentos, va acompañado de un encanto admirable. Asi es que al pintar los últimos momentos de Juliano, dice en el lenguaje de los padres de la iglesia: «Murió en la desgracia de Dios y de los hombres.»

(4) *Mediocris erat staturæ, capillis tanquam pexisset mollibus, hirsuta barbain acutum desinente vestitus, venustate oculorum micantium flagrans, qui mentis ejus angustias indicabant, superciliis decoriset naso rectissimo, ore paulo majore, labro inferiore demisso, opima et incurva cervice, humeris vastis et latis, ab ipso capite usque unguium summitates lineamentorum recta compagine, unde viribus valebat et cursu.* (Amm. lib. XXV, cap. IV). Segun este retrato Juliano tenia los cabellos suaves, las cejas encantadoras, la nariz enteramente griega, y la belleza de sus brillantes ojos anunciaba que su alma se hallaba mal aposentada en la estrecha prision del cuerpo. Si se lee *argutias* en vez de *angustias* en el texto, hallaremos que tenia los ojos vivos, pero de un mirar *vago* y en *continuo movimiento*, que es lo que atribuye á Juliano San Gregorio Nacianceno.

desagradable. En esta barba dejo vagar los insectos (1) como las bestias en el bosque. No puedo comer ni beber á mi arbitrio, porque temo llevarme imprudentemente con la mano los pelos. Es para mí una felicidad el que no me cuido de dar ni de recibir besos.....

«Decís que pueden formarse cuerdas con mi barba; consiento con todo mi corazón en que arranqueis las hebras: guardaos solo de que su aspereza no estropee vuestras manos muelles y afeminadas.

«No creáis que vuestras burlas me desconuelan; al contrario, me complacen: porque en fin, si mi barba es como la de un chivo, puedo afeitándome, asemejarla á la de un lindo mozuelo, ó á la de una doncella, sobre quien la naturaleza ha derramado sus gracias y su hermosura. Pero vosotros, los que teneis una vida delicada y costumbres pueriles, vosotros queréis parecer jóvenes hasta en la vejez: no como yo en las mejillas, sino en vuestra frente arrugada se hace reconocer el hombre.

«No me basta mi desmedida barba; llevo la cabeza desaliñada; rara vez corto el cabello, rara vez las uñas, y tengo los dedos ennegrecidos con la pluma.

«¿Queréis saber mis imperfecciones ocultas? Mi pecho es horrible y velludo como el del león, rey de los animales. Nunca he querido afeitarlo: ¡tan toscas y despreciables son mis maneras! Nunca he aseado parte alguna de mi cuerpo; y os lo diría todo francamente, aun cuando tuviese una berruga como la de Cimon (2).»

(1) *Discurrentes in ea pediculos.*

(2) Spanheim tradujo el *Misopogon*: La Bletterie nos ha dado otra traducción con la de los *Césares* y de algunas cartas escogidas: el marqués d'Argens ha traducido con el nombre de *Defensa del paganismo*, los restos que San Cirilo

¿Y es el señor del mundo el que habla de sí mismo de este modo? Mas esta su brutal humillacion es el orgullo del poder.

Juliano poseia virtudes, talento y una grande ima-

de Alejandria nos ha conservado de la obra de Juliano contra los cristianos, y finalmente Mr. Tourlet ha publicado la version completa de las obras de aquel emperador. He utilizado los excelentes trabajos de mis antecesores, sin adoptar enteramente su traduccion. La del *Misopogon* de la Bletterie que Mr. Tourlet ha conservado y corregido es elegante, pero no dice todo lo que espresa el original. La Bletterie, hombre por otra parte de espiritu, de juicio, de instruccion y de talento, no se ha atrevido á la parte irónica, ni á verter los sarcasmos, porque le ha detenido la desvergüenza de las frases, no obstante que hubiera podido hacer desaparecer algunas. La Bletterie piensa que Juliano calumnia á su barba; tambien lo creo asi, y es probable que repetia las zumbas de los de Antioquia; ó que encareciendo por sí mismo aquellas zumbas, exageraba sus defectos, para caer desde mayor altura sobre los vicios contrarios de sus detractores. Vemos á Juliano bañarse en una casa de campo, y hacerse cortar los cabellos al llegar á Constantinopla, lo cual no anuncia un hombre tan indiferente al cuidado de su persona. San Agustín, cuya filosofia no era á la verdad la de Juliano, opina que el aseó es una media virtud.

Mr. Tourlet ha reunido muchos fragmentos de Juliano que no se encuentran en las ediciones antiguas de sus obras. Asi ha prestado un verdadero servicio á las letras; pero el gran descubrimiento que falta hacer es el de la *Historia de las guerras de Juliano en las Galias*. Perdióse esta obra, mientras que se han conservado discursos harto insignificantes; lo cual nace en parte del espiritu del siglo en que vivia Juliano; porque entonces daban mucha importancia á los escritos dogmáticos del Apóstata, para admirarlos ó combatirlos, y se cuidaban muy poco de lo que no pertenecia á las controversias religiosas. Asi es que Cirilo de Alejandria en sus diez libros *pro sancta christianorum religione adversus libros athei Juliani*, nos ha trasmitido gran parte de la obra de aquel emperador contra la religion cristiana.

ginacion: pocas veces un mismo hombre ha escrito y llevado una corona como Juliano. Detestaba los juegos, los teatros, los especáculos: era sóbrio, laborioso, intrépido, ilustrado, justo, administrador perfecto, y enemigo de la calumnia y de los delatores. Amaba la libertad y la igualdad, tanto como puede amarlas un príncipe, y desdeñaba el título de señor y de dueño. Perdonó en las Galias á un eunuco encargado de quitarle la vida.

Un dia enseñáronle un ciudadano que decian aspiraba al imperio, porque se habia mandado preparar en secreto una clamide de púrpura. Juliano encargó al oficioso amigo del príncipe legítimo presentase al usurpador un par de borcegues adornados de púrpura, para que no faltase cosa alguna al vestido imperial (1). La ley prohibia bajo pena de muerte fabricar para los particulares telas de púrpura; y un usurpador se veia reducido en los primeros momentos de su eleccion á quitar la púrpura de las banderas militares y de los simulacros de los dioses.

Maris, obispo arriano de Calcedonia, insultaba á Juliano, que ofrecia sacrificios en el templo de la Fortuna. Juliano le dijo: «Anciano, el galileo no te volverá la vista.» Maris era ciego. «Le doy gracias, respondió el obispo, porque así me ahorra el dolor de ver á un apóstata como tú (2).» El emperador sufrió con paciencia esta pesada réplica.

(1) *Jubet periculoso garritori pedum tegmina dari purpurea ad adversarium perferenda.* (Amm.)

(2) *Illum (Julianum) graviter objurgavit, impium et epozatam vocans et religionis expertem. At ille conviciis redens convicia cœcum eum appellavit: neque vero, inquit, Deus tuus galilæus te unquam sanaturus est. Gratias, inquit, Maris, ago Deo, qui me luminibus orbavit ne viderem vultum tuum qui in tantam prolapsus est impietatem.* (Socrat., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XII, pág. 450).

Delfidio, célebre abogado de Burdeos, pleiteaba delante de Juliano contra Numerio, acusado de concusión en el gobierno de la Galia Narbonense; y Numerio negaba los hechos. «¿Quién no será inocente gritó el abogado, si basta negar?—¿Y quién estará inocente, replicó Juliano, si basta ser acusado (1)?»

Otros abogados encomiaban á Juliano: «Regocijaríanme vuestros elogios, les dijo, si tuviéseis valor para censurarme (2).»

El pueblo de Antioquía denunció á un cierto Tassio por exactor y enemigo antiguo de Galo y de Juliano. «Conozco, dijo el emperador, que me ha ofendido, y por lo mismo debéis suspender vuestras persecuciones, hasta que me haya vengado de mi enemigo.» Y perdonó al acusado (3).

Vino un hombre á prosternarse á sus pies en el templo, rogándole á gritos que le perdonase la vida. «Es Teodoto, le dijeron, jefe del consejo de Hieraplea, que en otro tiempo pedía vuestra cabeza á Constancio.—Hace mucho tiempo que lo sabía, respondió el emperador. Vuelve en paz á tus hogares, Teodoto: tengo valor para disminuir el número de mis enemigos, y aumentar el de mis amigos (4).»

Cierta muger se quejaba contra un criado de la

(1) *¿Equis innocens esse poterit, si accusasse sufficiet?* (Amm.)

(2) *Gaudebam plane præ meque ferebam, si ab his laudarer quos et vituperasse posse adverterem, si quid factum sit secus aut dictum.* (Amm.)

(3) *Agnosco quem dicitis offendisse me justa de causa; et silere vos interim consentaneum est, dum mihi inimico potiori faciat satis.* (Amm.)

(4) *Abi securus ad lares, exutus omni metu, clementia principis, qui ut prudens definivit, inimicorum minuera numerum augereque amicorum sponte sua contendit ac libens.* (Amm.)

servidumbre militar despedido de palacio, y no se había atrevido á citarle mientras se mantuvo en el favor. Presentóse éste en la audiencia imperial con las insignias de su empleo, y la muger se creyó perdida, presumiendo que su adversario había vuelto á la gracia del príncipe: «Muger, dijo Juliano, sosten tu acusacion; el demandado no se ha puesto su cinto sino para caminar mas aprisa por el todo; sus insignias nada tienen que ver con tu derecho (1).»

La publicacion del *Misopogon* manifiesta la misma elevacion de carácter: dejando á un lado el orgullo cínico de esta obra, un hombre revestido del poder absoluto, rodeado de un ejército de bárbaros consagrados á sus órdenes, un príncipe que podia con una sola señal esterminar á sus insolentes detractores, y que se contenta con vengarse de un libelo con un folleto, es un ejemplo único en la historia de los pueblos y de los reyes. César en el *Anti-Caton* no tuvo que vengarse sino de la virtud, y no pudo vencerla, ni aun añadiendo las armas á la sátira.

Los *Césares* son todavía mas extraordinarios que el *Misopogon*. ¿Qué soberano ha juzgado jamás á sus predecesores con tanto rigor, con tanta superioridad? Julio César entra el primero en el banquete de los dioses; Sileno advierte á Júpiter que aquel convidado podria muy bien pensar en destronarle, y Júpiter advierte que la cabeza de César en nada se parece á la suya. Viene Augusto, cuyos colores del rostro cambian como los del camaleon: Tiberio, de aspecto fiero y terrible, y con la espalda cubierta de lepra: Calígula, mónstruo á quien precipitan en el acto en el Tártaro: Claudio, príncipe de escaso entendimiento, que no es

(1) *Prosequere, mulier, si quid te læsam existimas: hic enim sic cinctus est ut expeditius per lutum incedat: at parum nocere tuis partibus potest.* (Amm.)

nada sin Palas, sin Narciso y sin Mesalina: Nerón, con una corona de laurel en la cabeza, y una lira en la mano, á quien Apolo arroja en el Cocito: siguen despues hombres de todas clases, Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, que corre á apagar el fuego prendido en los templos (1); Tito, á quien envían á la Venus pública; Domiciano, á quien encadenan cerca del toro de Falaris; y Nerva, á cuya vista grita Sileno: «¡Y dejasteis, ó dioses, quince años á un mónstruo en el trono, y este anciano afable y justo no ha reinado mas de un año!» Júpiter tranquiliza á Sileno, anunciándole que seguirán á Nerva príncipes virtuosos.

Al presentarse Trajano, Sileno avisa á Jove que vele sobre aquel que sirve la bebida á los inmortales. ¿Qué es lo que busca Adriano? Su Antinoo. No existe en el Olimpo. Antonino, moderado en todas sus cosas, escepto en el amor, se entretenía en dividir en partes iguales un grano de comino. Contemplando á Marco Aurelio, dice Sileno que no tiene nada que comprenderle.

Sobreviene una contienda entre Alejandro y César, justadores de la gloria. César afirma que ha eclipsado á los hombres grandes de su tiempo y de todas las edades y de todos los paises. ¿Qué pretende Alejandro con su conquista de la Persia? ¿Qué puede oponerse á la batalla de Farsalia? ¿Quién era mas diestro capitán, Pompeyo ó Dario? ¿Donde estaban los mejores soldados? «Tú, Alejandro, degollaste á los ciudadanos de Tebas, incendiaste las ciudades de los desventurados griegos: yo César he conquistado las Galias, pasado el Rhin, atravesado el Océano, y saltado á la ribera de los bretones. Tú venciste diez mil griegos,

(1) Alusion al incendio del templo de Jerusalem y del Capitolio.

yo he derrotado á ciento cincuenta mil romanos.» Alejandro, entrando en furor, apostrofa á Júpiter; y le pregunta cuando acabará de alabarse aquel parlero romano. ¡Ha triunfado de Pompeyo! ¡De Pompeyo! Pobre hombre que se aprovechó de los triunfos de Lúculo, y á quien han dado el nombre de grande por lisonja; pero ¿podía comparársele á Mario, á los dos Escipiones, á Camilo? «¿Tú has batido á Pompeyo, César? ¡A Pompeyo, tan cuidadoso de su peinado, que no se atrevía á tocar la cabeza sino con la punta del dedo! No sometiste á los galos y á los germanos sino para encadenar tu patria; accion impía y detestable. No hables con tanto desden de los diez mil griegos á quienes me vi obligado á rendir. Vosotros ¡oh romanos! que apenas habeis podido apoderaros de la Grecia en su decadencia, vosotros que os habeis aniquilado por someter un estado reducido, casi ignorado en los gloriosos días de la Hellenia, ¿qué hubiera sido de vosotros si os hubiérais visto precisados á combatir á los griegos unidos y florecientes? ¡Os está bien hablar con menosprecio de mi conquista de Persia, á vosotros, famosos conquistadores, que despues de tres siglos de guerras habeis logrado con el sudor de vuestra frente enseñorearos de algunas ciudades situadas mas allá del Tigris! Menos de diez años bastaron á Alejandro para domar la Persia y las Indias.» La sátira continúa de esta manera desapiadada, alterna y exacta hasta Constantino, tratado con ultraje por el restaurador de la idolatría, entregado á la diosa de la molície, que lo abraza, lo viste con una ropa mugeril de distintos colores, y lo lleva por la mano á la lujuria. A su lado Constantino encuentra á su hijo Crispo, que gritaba incesantemente: «Corruptores de las mugeres, homicidas, sacrilegos, malvados, acercaos todos los que tengais necesidad de espacion: con una poca de agua quedareis puros. Si recaeis en

vuestras faltas, daos golpes en el pecho, sacudid la cabeza, y todo os será perdonado (1).

Descúbrese aqui triple calumnia y atroz aborrecimiento; y no reconocemos ya al soberano superior que condena á los malos príncipes, y al hombre grande que juzga á sus iguales.

Era Juliano aficionado á la música, y poeta ingenioso: poseemos dos epigramas suyos elegantes, el uno contra el ataud, y el otro en que hace una descripción del órgano, mas ó menos tal como lo conocemos en el dia (2). Son instructivas sus cartas, aun-

(1) Quisquis mulierum corruptor, quisquis homicida est, quisquis piaculo aut execrando scelere se obstrinxit, fidenter huc adito. Etenim simul atque hac aqua ablutus fuerit, illico ego eum purum reddam. Quod si iisdem rursus se flagitiis contaminarit, efficiam uti, tunso pectore et capite percusso, expietur. (*In Cæsar.*, pág. 336. B.)

(2) Existe manuscrito, dicen, un poema de Juliano sobre el sol, y algunas arengas no publicadas. Del gran número de cartas que salieron de la fecunda pluma de Juliano, no quedan mas que sesenta y cuatro. Vossio asegura que *los Césares* tenían en los manuscritos antiguos el título de *las Saturnales* y *el Banquete*; pero Suidas distingue *los Césares* de *las Saturnales*, y cita de la postrera obra cosas que no se encuentran en *los Césares*. Suidas indica tambien las obras de Juliano que se han perdido, la una sobre *las tres figuras*, y la otra sobre *el origen del mal contra los ignorantes*. Eunapo en sus vidas de los sofistas habla con frecuencia de Juliano; habia escrito la historia, y quizás hacia parte de su *Historia de los emperadores desde Alejandro Severo*. Créese que aquella se encuentra en parte en los dos libros de Zosimo, que se contentó con rötocar el trabajo de Eunapo: Calisto por relacion de Sócrates, habia puesto en verso la vida de Juliano. Presumíase en el siglo XVII, que la historia política de Eunapo estaba en las bibliotecas de Italia. El mundo literario debe al sábio Mr. Boissonade una edicion griega de Eunapo, de la que Mr. Cousin, juez competente, y cuyo voto tiene mas peso que el mio, habla asi: «Ninguno, en efec-

que su estilo no tiene naturalidad (1): presentaremos una en que hay muchas nereidas, y gracias, y ninfas, lugares comunes de la mitología, y que se asemeja á las epístolas adornadas de lirios y rosas, que el gran Federico escribía á los literatos la víspera del combate; pero el asunto es interesante, y agradables las descripciones: nos revela alguna cosa secreta de la vida y edad juvenil de Juliano.

La abuela materna de éste le habia dejado tierras

to, podia dar una edicion crítica de Eunapo mejor que monsieur Boissonade, que tanto mérito ha contraido en la filosofia neoplatónica, publicando una nueva edicion de la vida de Proclo por Marino, y el Comentario inédito de Proclo sobre el *Cratilo*. Y cual si sus propios recursos no le bastasen, su modestia ha procurado reunir todos los materiales amontonados por sus antecesores. El *Specimen* de Carpzow le ponía en posesion de las notas de Fabricio, y por medio de Schoefer, Erfurt, en cuyas manos habian caido los trabajos inéditos de Wagner, comunicólos á Mr. Boissonade con las notas de Reinesio. Para la vida de Libanio ha echado mano de las notas inéditas de Valois: y dos ejemplares de Eunapo que habian pertenecido á Walckenaer, le han suministrado algunas correcciones felices que habia anotado en el márgen Walckenaer, ó que habia recogido del ejemplar de Vossio, conservado en la biblioteca de Leyde, sin contar las conjeturas del ilustre obispo de Avranches, Huet, que contiene uno de los ejemplares de la biblioteca de Paris, y sin contar otros auxilios que sería largo enumerar, y que desaparecen ante la vasta coleccion de notas de toda especie con que Wyttembach ha enriquecido la obra de nuestro sábio compatriota: de suerte que los dos volúmenes de que se compone esta edicion de Eunapo, presentan los trabajos de los maestros de diferentes paises, y de siglos distintos, hábilmente empleados por un maestro del siglo presente.»

(1) Libanio pretende haber llegado á la perfeccion del estilo epistolar, y concede el segundo lugar á Juliano. Plinio el Joven ofrece el modelo de aquel espíritu elegante y castigado que imitaron Juliano y los griegos de su tiempo.

en Bithinia, y el emperador escribe á un amigo, cuyo nombre ignoramos, regalándoselas. ¿Quién es el rey de una provincia del imperio romano que no creyese ahora menoscabar su poder, desmembrar el dominio de su diadema, y comprometer la dignidad de su persona ofreciendo con tanta gracia la herencia de su abuela á un amigo?

«La casa no dista veinte estadios del mar; mas no aturden allí el mercader ni el marinero alborotador y pendenciero. No obstante, gózase allí de los presentes de las Nereidas, y cómese el pescado fresco y palpitante. Si trepas á un cerro poco distante de la casa, verás la Propontida, sus islas, y la ciudad que lleva el nombre ilustre de un emperador. No viviras allí en medio del alga, del musgo y de las demas plantas desagradables y desconocidas que arroja el mar á la playa, sino en medio de los sauces, del tomillo, y de las yerbas perfumadas. Recostado con un libro en la mano, después de una lectura reflexiva, podrás entregar al descanso tus fatigados ojos; el mar y los bates te ofrecerán un espectáculo encantador. En mi infancia deleitábame este sitio, porque reunia fuentes no dignas de desprecio, baños bastante propios, hortaliza y árboles. Cuando llegué á la edad de hombre, ansiaba ardientemente volver á ver tan delicioso sitio, y volví muchas veces en compañía de varios amigos. Consagréme á la agricultura para plantar en aquella tierra, como un monumento, una viña que da vino suave y lleno de fragancia. Hallarás en el cercado á Baco y á las Gracias; los racimos pendientes de la cepa, ó trasladados al lagar, exhalan el olor de las rosas; y encerrado el licor en el tonel, es ya un néctar, si hemos de dar crédito á Homero. Me preguntarás quizás, ¿por qué siendo el terreno tan propio para el cultivo de la vid, no he plantado más? En primer lugar no soy un agricultor muy diestro, y en segundo

Ingar las ninfas me templan la copa de Baco; no querria mas vino que el necesario para mi y para mis convidados, cuyo número ya sabes que no es muy grande. Acepta, pues, mi presente, ó querida cabeza (1). Carece de valor, es verdad; pero lo que pasa de un amigo á otro amigo, de la casa á la casa, es muy dulce, como lo dice el eminente poeta Pindaro (2).»

Los discursos de Juliano abundan en los defectos de que adolecia la literatura de su tiempo; mas el que dirige á los atenienses, libre en parte de tales lunares, manifiesta la gravedad con que hubiera podido escribir la historia de la guerra de las Galias y de la Germania. Sensible es que el apóstata haya en sus dos panegiricos elogiado tanto á Constancio, su perseguidor, y haya estado tan frio en el elogio de Eusebia, su bienhechora, y quizás algo mas (3).

Juliano, gran admirador del tiempo pasado, qui-

(1) *¡O carum caput!* Horacio trasladó este giro al latin, y Racine al francés.

(2) Epist. XLVI.

(3) Esta princesa, tan linda como humana, dice Juliano (*Paneg. Eus.*), es representada como amante de las letras, y llena de compasion á los desgraciados *in culmine tam celsio humana*. Veámosla protegiendo á Juliano, defendiéndolo contra sus enemigos, suministrándole libros, y tomando por él todos los cuidados que caben en el poder y en la ternura: despues la vemos dando una bebida á Helena para que abortase el fruto de sus entrañas. ¿Cómo Eusebia, que habia elevado á Juliano á la púrpura, y que por consecuencia, no parecia temer su ambicion, queria privarle de sucesores? Eusebia era estéril, y Helena, aunque no jóven, era fecunda. Estas contradicciones las explica solamente el desvario de una pasion. En semejante hipótesis Eusebia habia deseado colocar á Juliano en el trono del mundo; pero no habia podido sufrir que otra muger mas dichosa que ella fuese madre de los hijos de Juliano.

so que el vocabulario de que se servía se remontase á los días clásicos de la Grecia: reviste frecuentemente con la diccion antigua las ideas modernas; podemos formar concepto de este contraste por un ejemplo en sentido opuesto. El autor de las *Vidas de los hombres grandes* escribió en griego, en un idioma perfecto y aventajado, y ha sido traducido en francés en un idioma imperfecto y naciente, lo que ha originado un fenómeno extraordinario: el ingenio de Plutarco era natural, y su lengua no lo era ya: se ha presentado Amyot, y ha suministrado á Plutarco la lengua que faltaba á su ingenio. Mas Amyot no es tan feliz en sus *Morales*: el francés antiguo, que tan bien se habia prestado á las narraciones del biógrafo, no ha podido espresar las ideas complexas y las expresiones metafísicas del filósofo.

Grandes imperfecciones equilibraban las eminentes cualidades de Juliano: echaba á perder su carácter original, copiando á otros hombres grandes, y parecia no serle natural sino la continua imitacion. Habíase propuesto principalmente por modelos á Alejandro y á Marco Aurelio: su memoria dominaba sus acciones, porque su erudicion tomaba parte en la vida de Juliano. Cuando volvió á enviar á los obispos el tratado de Diodoro de Tarso en favor del cristianismo, con las tres palabras: *anagnón, egnón, categnón: lei, entendi, condené*; recordó con suma violencia el *veni, vidi, vici*, de César. Sus actos de clemencia eran poco meritorios, porque el desden tomaba en ellos mas parte que la generosidad. Ligerero, burlon, petulante, argumentador sin dignidad, de una locuacidad inagotable, hubiese degenerado en cruel si se hubiera dejado llevar de sus inclinaciones (1). En sus arrebatos involuntarios humillábase hasta el extremo de golpear con las

(1) Socr., lib. III, cap. XXI.

manos y con los pies á las gentes del pueblo que se presentaban en sus audiencias (1). Su castidad es sospechosa; y aunque Mamertino asegura que su lecho era mas casto que el de una vestal, es probable, sino cierto, que tuvo hijos naturales (2). El poder de una palabra es tan inmenso, que el nombre de apóstata dado á Julio basta para mancillar su memoria, aun al presente en que nos separan de este príncipe catorce siglos, y en que sucumben las instituciones que proscribía.

La antipatía de Juliano al culto de los cristianos se aumentó con el aborrecimiento que le inspiró el príncipe que asesinó á su padre, que entregó su hermano al verdugo, y amenazó por largo tiempo su vida. El ara antigua era entonces el ara perseguida, y Juliano se adhirió á ella del mismo modo que un carácter generoso abraza el partido de la patria, de la debilidad y del infortunio: quiso dar crédito á los absurdos que su razon condenaba, y empleó su ingenio como los filósofos de su época, en explicar por las alegorías el culto de aquellas divinidades, personificaciones de los objetos de la naturaleza, ó pasiones materializadas. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba su imaginación poética, alimentada con los sueños de la Grecia: al renacimiento de las letras en el siglo XVI, algunos escritores de Francia y de Italia, enamorados de tan bellas fábulas, convirtieron en verdaderos paganos, y abjuraron de su creencia entre las manos de Homero y de Virgilio. Juliano atribuía su existencia á su piedad con los dioses, que á él solo habian esceptuado de la justa sentencia pronunciada contra la impia casa de Constantino.

Su aversión al cristianismo subió de punto tam-

(1) Naz., pág. 424.

(2) Julian., epist. XI. *Educator meorum liberorum.*

bien con el espectáculo que ofrecia la sociedad cuando subió al imperio. La heregia de Arrio lo habia dividido todo y subdividido; no se oian sino anatemas lanzados y recibidos; los católicos mismos no se entendian ya; los obispos se disputaban las sillas, y el cisma añadia su desórden al desórden de la heregia. Juliano habia hecho la observacion de que los cristianos son mas crueles entre sí que las bestias con los hombres (1): (es un autor pagano el que lo afirma). Atanasio nota lo mismo de los arrianos (2). Tales querellas, estendidas por todas las ciudades, pueblos y cabañas, debilitaban el imperio en el exterior, paralizaban las ruedas del poder en el interior, y hacian la administracion peligrosa y difícil. Los jueces y los gobernadores ocupábanse esclusivamente en reprimir los delitos y las sediciones de los cristianos. El famoso Jorge, obispo arriano de Alejandria, perseguidor de los paganos y de los católicos, habia desolado el Egipto con sus rapiñas y sus crueldades. Diodoro, uno de sus adherentes, cortaba por su propia autoridad la cabellera de los niños, cabellera que la idolatria materna dejaba crecer en honor de alguna divinidad protectora. El pueblo cansado se sublevó, asesinó á Jorge, y robó su biblioteca, cuyos restos mandó Juliano que recogiese con cuidado el prefecto de Egipto. La locura de los galileos, dice el mismo príncipe en su carta á Artabio, lo ha perdido casi todo (3).

Juliano, que no hubiese podido reconocer la verdad cristiana entre hombres que no estaban acordes sobre el punto de la divinidad de Jesucristo, llegó á

(1) Nullas infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plerique christianorum expertus. (Amm., lib. XII, cap. V).

(2) Ariani Scythis ipsis crudeliores. (Ath., *Hist. Arian.*)

(3) Etenim Galilæorum amentia, propemodum omnia afflixit ac perdidit. (Julian., *epist.* VII).

creer tal vez que esterminaria todos los males, sofocando todas las sectas bajo el peso del antiguo culto: error propio de un juez preocupado, que toma los efectos por la causa; que solo ve los trastornos por el lado exterior, que solo percibe el movimiento de la superficie, y no la idea inmóvil que reposa en el fondo de estas turbulencias. Cumplida una revolucion, se habia obrado un cambio en la especie humana.

Sin embargo, la educacion de la infancia del gran enemigo de la cruz habia sido enteramente cristiana: habia disputado sobre devocion en Macelo con su hermano Galo; parece tambien que despues de haber sido *lector* en la iglesia de Nicomedia, se habia hecho cortar el cabello para hacerse fraile (1): intencion que se ha atribuido á la hipocresia, y que es mas justo considerar como el impulso de un alma exaltada. Juliano no podia ser ni cristiano ni filósofo á medias, porque la natuleza no le habia dejado sino la eleccion del fanatismo.

Sea lo que fuere, luego, que este príncipe se separó de Galo, abandonóse á la pasion del estudio que le habia inspirado Mardonio, su primer maestro, y visitó á Pergamo Edesio, cuya escuela daba sumo esplendor.

Edesio, gefe del neoplatonismo, cuyo fundador habia sido Plotino, y discípulo y sucesor de Jamblico, era un anciano cuyo entendimiento vigoroso se elevaba hasta el cielo, á medida que su cuerpo se inclinaba á la tierra. Juliano queria adquirir toda su ciencia; mas el anciano le dijo: «Amable pretendiente de la sabiduría, mi cuerpo es un edificio arruinado, próximo á desplomarse; preguntad á mis hijos (2).»

(1) *Ed ad cutem usque tonsus monasticam vitam simulavit.* (Socrat.)

(2) Dunap., *Vit. Jambl., Vit. Max.*

Los hijos de Edesio eran sus discípulos Máximo, Prisco, Eusebio y Crisanto: Juliano se dirigió primero á los dos últimos. Eusebio no daba crédito á la teurgia, y hablaba á Juliano contra los fabricantes de prodigios: contóle que Máximo habia hecho sonreír en su presencia, por medio de un grano de incienso purificado y de un himno cantado en voz baja, á la estatua de la diosa del templo de Hecate, y que las antorchas se habian encendido por sí mismas (1). Arrebataado Juliano en el acto por la curiosidad, no quiso escuchar ya los ratiocinios de Eusebio, y se dió prisa á buscar á Máximo en Efeso.

Máximo, de una edad que rayaba en la vejez, llevaba una larga barba blanca; su elocuencia era atractiva, y el sonido de la voz guardaba tanta armonía con la espresion de sus miradas, que no era posible resistir á su prestigio (2). Apremiado por Juliano mandó llamar á Crisanto, y ambos le instruyeron. Máximo condujo al ilustre jóven á un subterráneo del templo, y despues de la evocacion oyóse un grande estruendo, y aparecieron varios espectros de fuego. Juliano, horrorizado, hizo involuntariamente y por costumbre la señal de la cruz, y las sombras se desvanecieron. Juliano no pudo entonces dejar de admirar el poder del signo de los cristianos, y el filósofo le dijo con voz severa: «¿Creéis haber puesto miedo á los dioses? Se han retirado porque no quieren tener relaciones con los profanos como vos (3).»

Ignoramos lo restante de aquella iniciacion; pero aseguran que Máximo predijo el imperio á Juliano, si juraba abolir el cristianismo y restablecer el antiguo culto.

(1) *Id.*, *ibid.*

(2) Eunap., *ibid.*, Liban., *Paneg.* 175.

(3) Theodor., lib. III, cap. III; Greg. Naz., or. III, página 74.

Ademas, por espesas que fuesen las nubes en que el neoplatonismo envolvía sus doctrinas, sabemos que admitía potencias subordinadas, con las que se comerciaba por medio de la ciencia de la cabala. Como los filósofos no podían justificar los estravios y locuras del politeísmo, tomado en el sentido absoluto, componían un sistema de alegorías, en las que encerraban las verdades de la física, de la moral y de la teología. Admitían un Dios principio, cuyos atributos eran las divinidades inferiores. Los astros, la tierra, el mar, los reinos, las ciudades, las casas, lo mismo que las virtudes y las artes, tenían sus genios: los que al propio tiempo se ruborizaban y gloriaban de las antiguas supersticiones, recargaban así la imaginación inventando para justificarlas un sistema que fuese digno de ellas.

Subsistía en el fondo la antigua doctrina platónica, llenando el intervalo incomensurable que separa al hombre de Dios, los seres que eran mas ó menos sublimes á medida que se hallaban mas próximos á Dios ó al hombre; y nuestra alma, segun los grados de su virtud, remontábase por la dilatada cadena de héroes, de genios y de dioses, é iba á abismarme en el seno del Ser supremo, hermosura, verdad, soberano bien, y ciencia perfecta.

Mas atraído por los misterios que harto de secretos, Juliano fué á buscar al fondo de la Grecia un anciano sacerdote de Eleusis, que tenía fama de no ignorar cosa alguna. Si damos fé á Eunapo, única autoridad de esta narración, Juliano en el acto de su rompimiento con Constancio, llamó al referido sacerdote á las Galias, y le participó su proyecto, que no había revelado mas que á Oribases, su médico, y á Evemero, su bibliotecario.

Juliano era versado en la teurgía y en ambas adivinaciones: su creencia se componía de una mezcla de

neoplatonismo y de los recuerdos de su primera educacion cristiana, envuelto el todo en el helenismo y en la mitología homérica. El neoplatonismo unia á la doctrina de Platon las ideas tomadas de las escuelas pitagórica, estóica y peripatética. En virtud de la ley de la metempsicosis. Juliano pensaba haber heredado el alma de Alejandro: supersticion natural propia del valor, del ingenio y de la gloria.

Libanio compara la verdad, entrando en el espíritu de Juliano, purificada del cristianismo, á la estatua de los dioses vuelta á colocar en el templo en otro tiempo profanado. Segun el mismo Libanio, las divinidades amigas velaban al discípulo imperial, tocando suavemente sus manos y sus cabellos (1); distinguia la voz de Júpiter de la de Minerva, y no se engañaba en la figura de Hércules y de Apolo: platónico en el espíritu, estóico en el carácter, cínico en algunas costumbres exteriores, Juliano oraba y ayunaba en honor de Isis, de Pan y de Hecate, del mismo modo que los padres del desierto, sus contemporáneos, ayunaban y oraban en los días de vigilia y de abstinencia. Si en aquella época la filosofía afectaba la austeridad, y pretendia obrar prodigios, es porque se veia obligada á oponer alguna cosa á las virtudes y á las maravillas de los discípulos del cristianismo.

En efecto, poco tiempo despues del reinado de Juliano, levantóse una persecucion contra los hombres acusados de mágia, y esta mágia no era mas que la reaccion y el contrapunto de los milagros. El cristianismo habia forzado al helenismo á la imitacion para conservar su poderío. La ceremonia del tauroholo ó del criobolo, que se atribuia en su principio á la mas remota antigüedad, se habia convertido en una simple parodia del bautismo. Al borde de un foso cubierto

(1) Liban. *Paneg.*

con una piedra horadada, el sacrificador degollaba un toro ó un becerro; la sangre de la víctima caía por los agujeros sobre el prosélito, colocado en el fondo del foso, y las manchas de aquel pecador quedaban lavadas, al menos por veinte años. Los filósofos eran los *solitarios* de la religion de Júpiter, y como los ermitaños del cristianismo, atribuíanse un poder sobrenatural. Plotino evocaba con la ayuda de un egipcio á su propio demonio; cuando murió salió un dragon de debajo de un lecho y atravesó una pared. Jamblico se elevaba por el aire, y su cuerpo parecia resplandeciente; con el sonido de una palabra, hizo un dia que saliesen los genios del Amor, Eros y Anteros, del fondo de un baño. Edesio obligaba á los dioses á descender del Olimpo, y recibia los oráculos en versos hexámetros (1). Acabamos de ver las truhanerías de Máximo y de Crisanto; pues Simón el Mago, Apolonio de Tianca, habian tenido las mismas pretensiones á la virtud teúrgica. Habia opuesto Celsó, á los portentos del Redentor, los prestigios de Esculapio, de Apolo, de Aristes y de Abaris. Los filósofos afectaban tal aire de semejanza con los ascetas, que Juliano enfadado contra los cínicos, los compara con los frailes galileos (2); bien pronto veremos á este príncipe ensayar el reglamento de la policia de los templos, segun la disciplina de las iglesias. En una palabra, los idólatras reformados habian colocado una trinidad al frente de sus dioses: el pagatismo, vencido enteramente, se veía, por decirlo asi, obligado á hacerse cristiano.

Sin embargo, en esta trasfesion de la sangre social, en el cumplimiento de la mas grande revolucion de la inteligencia, debemos tambien notar, para ser

(1) Eunap., *Vit. Soph.*: Bróker., *Hist. philosoph.*; Julian., apud S. Cyril., lib. VI.

(2) Julian contra imperitos canes., or. VI.

justos y sinceros, la parte que el cristianismo podia haber admitido de la filosofia y del paganismo.

¿El cristianismo recibió de la filosofia los dogmas de la Trinidad, del Logos ó del Verbo?

Tuve ya ocasion de tratar en otra parte tal cuestion: observé (1) que los egipcios pudieron muy bien haber conocido la Trinidad, como lo probaba la inscripcion griega del grande obelisco del circo mayor de Roma: cité un oráculo de Serapis, referido por Heraclidas del Ponto y Porfirio (2), cuyo oráculo espresa limpiamente el dogma de la Trinidad (3).

(1) *Génio del Cristianismo*, tomo I, cap. III.

(2) Porfirio pertenece al neoplatonismo posterior á la predicacion del Evangelio, y por consiguiente en esta parte su testimonio es sospechoso.

(3) El bello descubrimiento de la lectura de los geroglificos ha echado nuevas luces sobre el sistema religioso de los egipcios. Debo á Mr. Carlos Le Normant, que ha seguido á Mr. Champollion á Egipto, la nota que á continuacion copio. El autor al tratar de la triade egipcia, dice algunas palabras sobre el taurobolo. (*Véase el prólogo de estos Estudios históricos.*)

«La triade egipcia, enteramente semejante á la triade hindova, descansa en una creencia panteística: los dos principios fundamentales (Ammon-Ra y Mouth, la gran madre, en la forma mas elevada), representan el espíritu y la materia: no son correlativos, porque dicen que Ammon es el *marido de su madre* (*), lo que quiere decir que el espíritu es una emanacion de la materia preexistente del caos. En el *Ritual funerario* (**), pieza capital y resúmen de la teologia egipcia. Ammon dice á Mouth: *Yo soy el espíritu y tú eres la materia*: mas adelante en las preces dirigidas á Mouth, bajo la forma secundaria de Neith, se leen estas palabras: *Ammon es el espíritu divino, y tú eres el gran cuerpo*, Neith, que

(*) Sobre el templo de Chons en Karnak, llamado el *gran templo del Sud* en la gran obra de Egipto.

(**) Tercera parte, seccion III, traduccion comunicada por monsieur Champollion.

Los magos tenían una especie de Trinidad en su Metris, Oromases y Arimanes, ó Mitra, Oromases y Arimanes. Platon parecia indicar la Trinidad en el Ti-

reside en Sais. De su union proviene *Chons*, la mas alta manifestacion del espíritu, la tercera persona de la triade teba-na. *Chons* es tambien el mismo que el *Logos* de la India, de la Persia, de Platon, y de San Juan, que en Tebas, en el templo que le dedicaron se llama *Chons Toth*, es decir *palabra*. Esta triple unidad de Dios se encuentra tambien en todas las degradaciones del teismo egipcio, hasta la triple manifestacion corporal de Dios en las personas de Osiris, Isis y Horro. Despues viene un personaje complementario, un resumen de las formas múltiples de la divinidad, *Ammon-Horo* ó *Horo-Ammon*, que reúne los dos eslabones opuestos de esta cadena inmensa, y encierra la unidad panteística del mundo concentrado en las tres personas del espíritu, de la materia y del verbo: Ammon-Horo es el *Pan* de los griegos.

«La trinidad cristiana se funda en la existencia de un Dios preexistente á la materia, que ha sacado al mundo de la nada: este Dios se manifiesta incesantemente en su hijo: el espíritu es el intermediario de semejante manifestacion, que en la triplicidad constituye la unidad de Dios. Vemos, pues, que para establecer la relacion de esta trinidad con la triade egipcia, seria necesario suponer en la postrera la abstraccion del principio femenino, y la division del espíritu en principio generador, y en espíritu propiamente dicho. La diferencia fundamental de las dos doctrinas tiene por base la opinion diferente que los panteistas y los cristianos profesan sobre el origen del mal: el optimismo panteístico mas exaltado no destruye la inherencia del mal á la materia eterna, y por consiguiente la necesidad del mal. Neftis, hermana de Isis, parte su lecho con Osiris y Tifon.

«Los primeros apologistas han atribuido al deseo de contrabalancear la influencia de las ceremonias cristianas, el uso frecuente de los sacrificios taurobólicos, contando desde la última mitad del siglo segundo de nuestra era. Mas es probable que tales sacrificios tenían distinto origen que la imitacion de los ritos del bautismo, y que la idea de la rehabilita-

meo, el Epinomes, y en una carta á Dionisio el jóven, y anuncia el Verbo del modo mas claro. Segun

cion de que se deriva la ceremonia bautismal. La purificacion espiatoria por la sangre, es universal en los cultos de Oriente; encuéntranse sus huellas hasta en el Levítico: *Et sanguinem qui erat in altari aspersit super Aaron et vestimenta ejus, et super filius illius, ac vestes eorum* (VIII, 30). Todos los testimonios antiguos se conforman en unir al culto frigio de Cibeles los taurobolos. Este culto, aunque introducido en Roma 207 años antes de J. C., no fué por mucho tiempo sino tolerado, y no tuvo publicidad sino en el reinado de Antonino. Mr. de Boze (*) ha anotado exactamente las causas de la veneracion supersticiosa de aquel emperador á los misterios de Cibeles; y ha manifestado al propio tiempo que Faustina, la madre, era la primera emperatriz que habia tomado en las medallas el nombre de *madre de los dioses*. El taurobolomas antiguo que encontramos confirmado por una inscripcion, se refiere al año 160 de Jesucristo, y se celebró por la conservacion de los dias de Antonino y de su familia (**); la mayor parte de los monumentos de este género tienson, como el anterior, un color politico. Que las ideas de regeneracion divulgadas por el cristianismo en todo el mundo, hayan contribuido á extinguir el uso de los sacrificios taurobólicos, es difícil negarlo; pero los apologistas mismos demostraban la diferencia de principio, y por consiguiente de origen, que existia entre el bautismo y el taurobolo: la sangre del toro, decia Firmico, (***) no rescata, mancha. Efectivamente, la idea de la rehabilitacion purificadora y la idea de la espacion sangrienta, pertenecen á dos sistemas opuestos, de los que el segundo ha quedado abolido por el sacrificio de la gran víctima del cristianismo. Si fuese permitido señalar un origen mas antiguo que los misterios de Cibeles al sacrificio taurobólico, encontraríamos las huellas en el mitho persa de Mithra, y en la inmolacion del toro, que es el símbolo principal; porque se sabe que la religion de la madre de los dioses no es en gran parte sino una emanacion de las doctrinas persas.»

(*) Tom. II de las Memorias de la Acad. de Inscrip.

(**) Memoria ya citada.

(***) Citado por Mr. de Boze.

su doctrina, el Verbo divino ha ordenado el universo y le ha hecho visible (1): Platon habia tomado el dogma de la Trinidad de Timeo de Locros, que lo habia aprendido en la escuela de Italia. Los pitagóricos confesaban la escelencia del ternario: el *Tres* no es producido y produce las otras fracciones, por lo que tenia en la escuela pitagórica la calificacion de número sin *madre*. Los estóicos profesaban la misma teología, como lo atestigua Tertuliano citando á Zenon y á Cleanto (2).

En las Indias y en el Tibet, propiamente dicho, los libros sagrados mencionan el Verbo y la Trinidad. En fin, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religion de los salvages de Otaiti (3).

Los principales padres de la iglesia, salidos casi todos de la escuela platónica, han confesado que su primer maestro se habia aproximado algunas veces á la doctrina pura; asi se encuentra en Orígenes, en Tertuliano, en San Justino, en Atanasio (4) y en San Agustin. El último cuenta, que habiendo leído los tratados de los platónicos, descubrió en ellos las verdades de la fé relativas al Verbo de Dios, tales como se anuncian en el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Observa que habiendo oido hablar del cristianismo, muchos platónicos convinieron en que el Mesías era el Hombre Dios, y en que la Verdad perenne, la inmortal Sabiduría se habia encarnado (5). Platon habia declarado, que si el Justo venia á la

(1) Plat., tom. II, pág. 986, in Epimonid.

(2) Tertull., *Apologet.*

(3) *Genio del cristianismo*, tom I, lib. I, cap. III.

(4) San Justín., *Apolog.*; Origen. contr. Cels.; Tertull., *Apolog.*; Athan., *de Incarn verbi Dei*, pág. 83.

(5) Aug., *Confess.*, lib. VII; id.; *epist.* 448.

tierra, sería desconocido y crucificado. Habíase esparcido desde la Persia hasta el fondo de Occidente una tradición confusa de las encarnaciones del dios indio.

Constantino, en la arenga que he citado, señaló á Platon como el primer filósofo que atrajo los hombres á la contemplacion de las cosas divinas (1).

Muy natural es que un hombre, del genio de Platon, se acercase á la verdad revelada por la fuerza de su penetracion: las verdades de la inteligencia, como todas las otras verdades, nos son mas ó menos accesibles, segun la mayor ó menor superioridad de nuestro entendimiento. Mas la filosofia de Platon se halla envuelta en tanta oscuridad, en tantas contradicciones y errores, que es difícil deducir de ella el sistema cristiano. Despues Aristóbulo, Josefo, San Justino, Orígenes y Eusebio de Cesarea (2), anunciaron y probaron que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebreos, y que en ellos habia bebido esta parte de su filosofia, que tan poco se asemeja á la que le pertenece como propia, ó por mejor decir, á Pitágoras; los ejemplares de las ideas y de la armonía de las esferas.

Pero ninguna induccion razonable puede sacarse

(1) Constant. mag. in *Orat Sanctor coel.*, cap. IX.

(2) Aristobul, *apud Euseb.*, lib. XIII; *Præp. Evang.*, cap. XII; Joseph., lib. II, *contra Appion.*; S. Just., *Apolog.*; Orig. lib. XII, *cont. Cels.*; Eus., lib. XI, *Præp. Evang. in Proæmio*. La version de los Setenta es posterior al viage de Platon á Egipto; pero han probado Aristóbulo (*apud Euseb.*, lib. XIII, *Præp. Evang.*, cap. XII), y Demetrio (*in epist. an Plorem, Eg. Reg. apud Joseph. Arist. et Euseb.*) que una parte considerable de los libros hebreos se habia traducido al griego mucho tiempo antes de la version completa de los Setenta. (*Ved la Defensa de los SS. Padres, acusados de platonismo*, lib. IV, pág. 648 y siguientes). Baltus en este punto tiene razon contra Leclerc.

de las doctrinas que han corrido después del advenimiento de Cristo: el neoplatonismo, en vez de haber dado á los cristianos la Trinidad, se la hubiera antes arrebatado, y Plotino y Porfiro recompusieron su sistema confuso del ternario, por el sistema positivo y claro de la nueva religion. Entonces apareció el dogma trinitario de los paganos mas correctamente anunciado, los tres dioses, los tres entendimientos, los tres reyes reunidos en la unidad demiúrgica. Los filósofos admiraban mucho las primeras palabras del Evangelio, segun San Juan: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios*; decian que era necesario escribirlas en letras de oro en la fachada de los templos (1); y San Basilio (2) asegura que habian llegado á apoderarse de tales palabras, y á insertarlas en sus obras como si les perteneciesen. Eusebio de Cesarea, Teodoreto y San Cirilo de Alejandría acusaron y convencieron á Amelio, discípulo de Plotino, de ser un plagiario del Evangelio de San Juan, de este apóstol á quien Amelio llama desdenosamente bárbaro (3). Teodoreto compara los neoplatónicos imitadores de los fieles, y en particular á Porfiro, á las monas y á la corneja de Esopo (4).

Unicamente puedo indicaros, en los presentes *Estudios*, los asuntos que exigen un estenso desarrollo. Convendria examinar si antes del cristianismo revelado existió ó no un cristianismo oscuro, universal, esparcido por todas las religiones y por todos los siste-

(1) *Solebamus audire aureis litteris conscribendum et... in locis eminentissimis proponendum esse dicebat.* (Aug. de *Civit. Dei*, lib. X, cap. XXIX).

(2) Basil., *Hom.* 46, *in verba illa: in principio erat Verbum.*

(3) Euseb. *Præp. Evang.*, lib. XI, cap. XIX; Theodor., *Sermo XI ad Græc.*; Cyrill. Alex. lib. VIII; *in Julian.*

(4) Theodor., *Serm.* VII, *ad Græc.*

mas filosóficos de la tierra; si se halla ó no por do quiera una idea confusa de la Trinidad, del Verbo, de la Encarnacion, de la Redencion, de la caída primitiva del hombre; si el cristianismo hizo salir del fondo del santuario las doctrinas misteriosas, que no se trasmitian sino por la iniciacion; si llevando consigo su propia lumbre, no recogió todas las luces que podian unirse á su creencia; y si fué ó no una especie de ecletismo superior, una eleccion exquisita de las verdades mas puras.

Hace mucho tiempo que se ha inquirido el grado de influencia que la filosofia pudo ejercer sobre la doctrina de los padres de la iglesia: por una parte se ha sostenido que trasformaron el cristianismo moral de los apóstoles, en el cristianismo metafísico del concilio de Nicea, y por otra se ha combatido semejante proposicion (1).

Los que querian defender á los padres acusados de platonismo, hubieran podido valerse de la autoridad misma de Juliano, que pretende probar la falsedad del sistema de los cristianos, oponiéndoles el del gefe de la academia: y en un pasage, cuyo estilo abunda en bellezas y en pensamientos elevados, compara la creacion contada por Moisés, á la creacion tal como la supone Platon. El dios de Moisés, dice, no ha creado, ó por mejor decir, no ha *coordinado*, sino la naturaleza material, el mundo de los cuerpos; no habia ninguna potencia que engendrarse la naturaleza espiritual, el *mundo animado*: mientras que el dios de Platon da á luz en el acto los seres inteligentes, las

(1) Los lectores que tengan curiosidad de conocer á fondo esta controversia, deben leer *la Defensa de los santos Padres acusados de platonismo*, por Baltus, 4 vol. en 4.º, Paris, 1711; Moshem, *de turbata per Platonicos Eccles.*, apud Gudworth, System. intell., tom. II, Lugd. Batav., 1783.

potencias, los ángeles, los genios, los cuales crean en seguida por delegacion del Dios supremo, las formas ó la naturaleza visible que los representan, los cielos, el sol y las esferas, que son los vestidos ó las imágenes de las potencias, de los ángeles y de los genios.

Uno de los misterios que se han fijado con mas tardanza, es el principio esencial del alma. Dudan los padres, y presentan pareceres diversos: en los siglos IX, X y XI estaba patente y abierto el campo de la discusion á los escritores eclesiásticos sobre este particular.

Todo esto en nada ofende á la cuestion fundamental; aun cuando fuese posible probar que se conocieron mas ó menos las doctrinas del cristianismo antes de su era, no por eso perderia el menor rayo de su esplendor con semejante esperiencia. Lo he dicho ya: los entendimientos vigorosos pudieron descubrir las verdades madres antes de que el género humano hubiese adquirido las mismas verdades por medio de la revelacion directa. En vez de destruir la fé, este seria un nuevo y prodigioso argumento en su favor, porque entonces quedaria demostrado que es conforme á la religion natural de los genios mas elevados.

Estas son las relaciones que existian entre el sistema filosófico y el cristianismo. En cuanto al paganismo, la religion cristiana tomó ciertas fórmulas aplicables á todas las religiones, ciertos ritos, ciertas preces, cierta pompa que solo necesitaban mudar de objeto para ser verdaderamente santas: el incienso, las flores, los vasos de oro y de plata, las lámparas, las coronas, las luces, el lino, la seda, los cantos, las procesiones, las épocas de ciertas fiestas, pasaron de los altares vencidos al altar triunfante. El paganismo intentó robar al cristianismo sus dogmas y su moral; el cristianismo quitó al paganismo sus ornamentos: el primero era incapaz de conservar lo que habia roba-

do, y el segundo santificaba lo que habia tomado.

La apostasia del sobrino de Constancio, ocultada desde luego cuidadosamente á la muchedumbre, llegó á noticia de un reducido número de filósofos y de sacerdotes que esperaban la rehabilitacion de los días antiguos, y que como hombres estraños al mundo en que viven, sueñan entre nosotros lo imposible de lo pasado. Sin embargo, no pudo guardarse tanto el secreto de la mudanza de Juliano, que no traspirase en parte fuera del palacio. Ha llegado á nosotros una carta de Galo del año 351 ó 352, en la que el César hace mencion de las noticias que corrian en Antioquia. «Pretenden, escribe á Juliano que se hallaba entonces en Jonia, que habeis abandonado la religion de nuestros *mayores* y abrazado el helenismo; mas no he tardado en desengañarme. Oecio me ha dicho que estais, por el contrario, lleno de celo levantando oratorios, y que os complacen las tumbas de los mártires.» Galo llama al cristianismo la religion de sus *mayores*, y San Gregorio Naciunceno le da el nombre de *religion antigua*. ¡Cuán mudado estaba el mundo romano! ¡Y cuán rápida habia sido la conquista del Evangelio!

Pero si el cristianismo habia hecho tantos progresos exteriores, no era ménos admirable el desarrollo de su poder interior. Ya podia reconocerse su carácter universal, no solamente en el sentido de su diffusion por los pueblos, sino tambien en el sentido de su armonia con las diversas facultades del hombre: ved al cristianismo esplicando en el mas hermoso lenguaje las ideas mas sublimes, no obstante que lo predicaron entendimientos obtusos, artesanos groseros sin educacion y sin letras. ¿Cómo Pedro el pescador habia podido producir á Gregorio el poeta, á Basilio el filósofo y á Juan *boca de oro*, el orador? Porque Jesus el Cristo estaba detrás de Pedro el apóstol, y porque

el Verbo increado contenia la virtud de la palabra humana: Hijo de Dios, manantial de todas las luces y de todos los bienes, distribuialos á sus oradores en proporcion de las necesidades sucesivas de la sociedad, dando á propósito la sencillez ó la elocuencia, la fuerza de las costumbres ó la claridad del entendimiento. De esa cruz tan tosca: de ese leño que primero no ofreció á la adoracion del universo sino un patíbulo y un sentenciado, emanaron gradualmente las perfecciones de la esencia divina.

Juliano, ascendido al imperio, publicó un edicto de tolerancia universal. Los obispos y los sacerdotes, á cualquiera comunión que perteneciesen, ora fuesen arrianos, donatistas, novacianos, eunomianos, macedonios ó católicos, fueron igualmente protegidos por el que los miraba á todos con desprecio, y esperaba debilitarlos dividiéndolos. Sin embargo, debemos observar que llamó á los obispos desterrados á sus hogares y no á sus sillas: reunia á los gefes de las sectas, y cuando se airaban les gritaba: «Escuchadme: los francos y los alemanes me han prestado atención (1).» En sus cartas recomienda la moderacion con los cristianos, y solo haciendo gestos conserva la imparcialidad filosófica: su ódio se distingue al través de su afectada tolerancia, y le arranca palabras ponzoñosas.

Juliano exceptuó de su amnistía á Atanasio por una preferencia merecida. «Seria peligroso, dice el apóstata en su carta á los habitantes de Alejandria, dejar á la cabeza del pueblo un intrigante; no un hombre, sino un aborto sin valor, que se estima tanto mas, cuanto mayores son los peligros que acumula sobre

(1) *Audite me, quem Alamanni audierunt et Franci.*
(Amm.)

su cabeza (1).» Y en una carta á Ecdicio, prefecto de Egipto, añade Juliano: «Los dioses son menospreciados: echad de ahí al malvado Atanasio; ha osado en mi reinado conferir el bautismo á unas mugeres griegas de ilustre nacimiento (2).»

Eunapo no nos deja duda sobre la sinceridad religiosa de Juliano; y bástanos por otra parte leer los fragmentos que nos quedan de las obras de este emperador, tan original en clase de hombre, como extraordinario en clase de príncipe, para convencernos de que era pagano de buena fe. Había adquirido en las iniciaciones y en las sociedades secretas cierto grado de entusiasmo, que llegaba al extremo de interpretar los sueños y de creer en las apariciones.

Al salir y ponerse el sol, sacrificaba á Apolo una víctima, porque era su divinidad favorita: teniendo fe en la trinidad platónica, tenía el sol por *Logos*, hijo del Padre soberano, Verbo inflamador, que comunica la vida al universo. Por la noche veneraba Juliano á la luna y á las estrellas, á las cuales se unen las almas de los héroes. En las fiestas de solemnidad ansiaba desempeñar el papel de sacrificador y arúspice.

«No deja de ser un hermoso espectáculo ver al emperador de los romanos hendir la leña, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas con los carrillos hinchados, provocando la risa de los mismos cuyos elogios desea escitar.» En las fiestas de Venus marchaba entre dos tropas de gentes prostituidas de uno y otro sexo, afectando la gravedad en medio de las carcajadas de risa de la disolución, levantando los

(1) *Quod si ne ille quidem vir est, sed contemptus homuncio.* (Julian., epist. VI).

(2) *Quis ausus est in meo regno fœminas Græcorum illustres ad baptismum impellere.* (Julian., epist. VI).

hombros, llevando delante su puntiaguda barba, y alargando sus menudos pasos para imitar la marcha de un gigante. San Crisóstomo (1) duda que la posteridad dé crédito á su narracion, y conjura para que atestigüen la verdad de sus palabras á los ancianos que le escuchaban, y que podian haber sido testigos de tales indignidades.

El emperador hacia todas estas cosas como soberano pontifice, dignidad que iba unida entre los romanos á la soberanía política: agotaba el estado con los gastos de un culto que no era posible restablecer: ofrecia en holocausto aves raras, y algunas veces veíanse acumulados junto al ara de un solo altar cien toros en un mismo dia. Los pueblos decian que si volvia vencedor de los persas, destruiria la raza de los toros. Pareciase en esto, segun la observacion de Ammiano Marcelino, al César Marco, á quien los toros blancos habian escrito este billete: «Los toros blancos al César Marco, salud: Hemos concluido si triunfais (4).»

Juliano prodigaba magníficos presentes á los santuarios célebres de Dodona, Delfos, y Delos; y cuando llegó á Antioquia, su primer cuidado fué ofrecer sacrificios en la cima del monte Casio. Supo con santo regocijo que el gobernador de Egipto habia encontrado el buey Apis: mandó limpiar en Dafne la fuente Castalia; pero al visitar aquel sitio célebre por su belleza, tuvo un gran motivo de dolor, porque el bosque de laureles y de cipreses se habia convertido en un cementerio cristiano, donde Galo habia depositado el

(1) Crisóstomo hablaba así en Antioquia Ammiano mismo dice casi lo propio, lib. XXII, cap. XIV).

(2) El texto de esta chanza se halla en griego en Ammiano. (Véase la nota de los sábios editores, Am.; en fol. Luda Bat. v. 4693). Se ha aplicado este epigrama á Marco Aurelio.

cuerpo de San Babilas. «Figurábame de antemano, dijo Juliano, una pompa magnífica, soñaba víctimas, libaciones, perfumes y coros de hermosos niños, cuya alma fuese tan pura como blanco su vestido. Entro en el templo, y no encuentro ni incienso, ni tortas, ni víctimas.... Me dirijo al sacerdote, y le preguntó qué sacrificará la ciudad á los dioses en esta solemne fiesta.—Aquí hay un ansar que he traído de mi casa, me responde (1).»

Reparáronse los templos destruidos por el tiempo ó por los cristianos: Juliano fué el Lutero pagano de su siglo que emprendió la reforma de la idolatría, tomando por modelo la disciplina de los cristianos. Lleno de admiración por la fraternidad evangélica, deseaba que los paganos se uniesen así desde el uno al otro extremo de la tierra; queria que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los sacerdotes de la cruz; que fuesen, como estos, irreprehensibles, y que á su semejanza predicasen la piedad, la caridad y la hospitalidad. Ordenó preces graves y regulares en horas fijas, cantadas por dos coros en los templos, y finalmente proponíase fundar monasterios de hombres y de mugeres, y hospitales. «¿No debemos avergonzarnos de que los galileos, de que esos impíos, despues de haber alimentado á sus pobres, alimenten tambien á los nuestros á quienes dejamos en una absoluta desnudez? (2)» San Gregorio Nacienceno observaba que aquellos imitadores de los cristianos no podían apoyarse en el ejemplo de sus dioses, y que habia contradicción entre su moral y su fe.

(1) *Misopogon.*

(2) *Sed quid est causæ cur in hisce, perinde ac si nihil amplius opus esset conquiescamus, ac non potius convertamus oculos ad ea, quibus impia christianorum religio creverit, id est, ad benignitatem in peregrinos, ad curam ad illis in*

El mismo celo que manifestaba Juliano por el paganismo, teníalo por la filosofía, y amaba á un retórico con la misma ternura con que quería á un augur. Después de su rompimiento con Constancio, habíase lisonjeado de que Máximo correría á las Galias. Regresaba de su última expedición al otro lado del Rin, y en todas partes preguntaba al pasar si había llegado un filósofo: descubrió de lejos á un cínico, y tomándole por Máximo, se dejó llevar de la alegría; mas era otro filósofo amigo de Juliano (4). ¿No pensamos verá un emperador humillando su púrpura delante de un anacoreta, ó á un caballero cruzado besando la manga de Pedro el ermitaño?

Pero Juliano no fué mas venturoso con los filósofos que con los sacerdotes, porque se corrompieron en su corte. Máximo y otros sofistas adquirieron fortunas escandalosas, y desmintieron con sus costumbres la rigidez de sus doctrinas. Crisanto, Libanio y Aristómenes se conservaron únicamente en una laudable reserva. Juliano había tenido á San Basilio por compañero de estudios en Atenas, y procuró atraerle á su lado; mas el filósofo cristiano desechó, desde su soledad, la amistad del filósofo pagano en el trono.

«Luego, dice San Crisóstomo (toscamente traducido por Tillemont), luego que Juliano publicó su edic-

mortuis sepeliendis positam, et ad sanctimoniam vite quam simulant. ... Nam turpe profecto est, cum nemo ex Judeis mendicet, et impii Galilæi non suos modo, sed nostros quoque alant, ut nostri auxilio, quod a nobis ferri ipsi debeat, destituti videantur. (Julian., epist. XLIX).

(1) Este detalle se encuentra en una carta al filósofo Máximo: Juliano nos pinta en ella á Besançon, como á París en el *Misopogon*.

Ad Gallos revertens, circumspiciebam, et per contabar de omnibus qui illinc venirent, num quis philosophus, num quis scholasticus, aut pallio penulave indutus, eo appulisset. Cum

to restableciendo la idolatría, vimos correr de todas las partes del mundo á los magos, á los encantadores, á los adivinos, á los augures y á cuantos trafican con la impostura y la ilusion; de suerte que el palacio entero estaba lleno de hombres sin honor y errabundos. Los que hacia tanto tiempo se veian reducidos á la última miseria; los que por sus hechicerías y maleficios se habian consumido en las cárceles y en las minas; los que arrastraban apenas una vida miserable en los empleos mas humildes y vergonzosos, todos estos, encumbrados á sacerdotes y á pontífices, hallábanse repentinamente colmados de honores. El emperador no haciendo caso de los generales y de los magistrados, y desdeñándose hasta de hablarles, llevaba consigo por la ciudad á los jóvenes perdidos en los desórdenes, y á las cortesanas que acababan de salir de los lugares infames de su prostitucion. El caballo del emperador y sus guardias seguianle á lo lejos, mientras que esta tropa infame rodeaba su persona, y se presentaba en la primera fila de honor, en medio de las plazas públicas, diciendo y haciendo cuanto puede esperarse de gente de su jaez.»

La apostasia condujo á Juliano al fanatismo, y el fanatismo á la persecucion; porque cuando el hombre

autem Vesontionem. (Besanzon) appropinquarem est autem oppidulum nunc refectum, magnum tamen olim, et magnificis templis ornatum, manibus firmisissimis, et loci natura munitum, propterea quod cingitur Dubi (Doubs): estque, ut in mari, rupes excelsa, propemodum ipsa avibus inaccessa, nisi qua flumen ambiens tanquam littora quedam habet projecta; cum, inquam, prope abessem ab hac urbe, vir quidam cynicus cum pera et baculo mihi occurrit. Eum ego cum eminus aspexissem, te ipsum esse putavi: cum accessit propius, a te omnino illum venire suspicatus sum. Est autem mihi quidem ille amicus, multum tamen infra expectationem meam. (Julian., epist. XXXVIII.)

ha cometido una falta que supone irreparable, el orgullo le hace buscar un abrigo en la falta misma. Juliano intentó dos cosas difíciles: inflamar el celo de los idólatras con un culto que había perdido el prestigio, y provocar las caídas entre los cristianos. Estimulador de la avaricia y de la debilidad, ofrecía el oro y los honores á la apostasia, y estrellóse contra la fe fervorosa y la fe tibia. El mismo se queja de no encontrar á casi ninguna persona dispuesta á ofrecer sacrificios; confiesa que su discurso helénico al senado cristiano de Berea, elogiado en la forma, no obtuvo suceso alguno en el fondo, y reprende á los habitantes de Alejandria que hayan abandonado los dioses de Alejandro por un Verbo, que ni ellos ni sus padres habían visto nunca (1). Crisanto usó de moderación con los cristianos adivinando que su culto no tardaría en triunfar. El mundo antiguo y el mundo nuevo desecharon á Juliano; el uno, en su decrepitud, hubiera en vano procurado enderezarse como un jóven, y el otro adolescente vigoroso, no pudo desmedrarse como un viejo.

La mision del César apóstol con los soldados, tuvo la suerte que debia esperarse en los campos: ordenó á los oficiales que dejaran la fe ó la espada, y Valentiniano depositó la postrera, que le dejó la diestra libre para tomar la corona. En cuanto á las legiones, las de Occidente, compuestas de galos y de germanos, acomodáronse perfectamente con el vino, las hecatombes y los bueyes gordos (2); dejóse á las legiones de

(1) Hunc vero quem neque vos, neque patres vestri viderent, Jesum Deum esse verbum creditis oportere. (Julian. ep. LI).

(2) Petulantes ante omnes et Celtæ..... Angebantur ceremoniarum ritus inmodice cum impensarum amplitudine ante hac inusitata et gravi. (Amm.)

Oriente el lábaro, pero después de borrar el monograma del Cristo, y ocultóse la idolatría entre una confusión cobarde y diestra de los emblemas de la guerra y de la dignidad real.

El emperador resolvió construir el templo de Jerusalén, con el objeto de dejar burlada una profecía en que se apoyaban los cristianos; y saliendo del seno de la tierra globos de fuego, dispersaron a los obreros. Abandonóse la empresa (4), que era poco digna de un espíritu filosófico. Último testigo del cumplimiento de la palabra del Señor, yo he visto á Jerusalén: *Non relinquetur lapis super lapidem.*

Finalmente, Juliano prohibió á los fieles enseñar las bellas letras, como si por los niños penetrase el Evangelio en el corazón de los padres. «¡Dejad que se acerquen á mí los párvulos!—O no espliqueis, decía el emperador en su edicto, a los escritores pro-

(4) El texto de Ammiano Marcelino que voy á citar ha embarazado mucho á Gibbon, y antes de él á Voltaire: un milagro afirmado por un pagano, es en efecto una cosa admirable, y ha sido preciso recurrir á la física. «Juliano, dice juiciosamente el abate de La Bletterie, y los filósofos de su corte pusieron sin duda en obra cuantos conocimientos físicos habían adquirido para despojar á la Divinidad de un prodigio tan brillante. La naturaleza sirvió á la religion tan á propósito, que se la podría acusar al menos de colusion.» Mr. Guizot en su excelente edición francesa de la obra de Gibbon, indica igualmente algunas leyes físicas, por las que puede explicarse hasta cierto punto la aparición de los fuegos que dispersaron á los obreros de Juliano. Mr. Tourlet, por un cálculo cronológico, opina que el fenómeno sucedido en Jerusalén, es el mismo terremoto que amenazó á Constantinopla, y devastó á Nicea y Nicomedia durante el tercer consulado de Juliano en 362. Me juzgo demasiado ignorante para disputar sobre hechos, y no tengo suficiente autoridad para interpretarlos ó combatiólos: los refiero como los hallo. Sozomeno, Rufino, Sócrates, Teodorocto, Filostorgio, San Gregorio de Nacianzo,

fanos si condenais su doctrina, ó si los explicais, aprobad sus sentimientos. Creéis que Homero, Hesiodo y sus iguales profesan el error: explicad, pues, á Mateo y á Lucas en las iglesias de los galileos (4).»

Los maestros cristianos, privados de las cátedras de elocuencia y de bellas letras, recurrieron á un medio ingenioso para probar que no eran unos zafios que se viesen obligados á permanecer en la barbarie de su origen, como decia Juliano. Compusieron (y la costumbre continuó) sobre los temas de moral y de teología, y sobre asuntos sacados de la historia santa, himnos, idilios y elegías, odas, tragedias y aun comedias. Nos han quedado muchos de aquellos poemas,

San Crisóstomo y San Ambrosio confirman la narracion de Ammiano Marcelino; y Juliano mismo confiesa que habia querido reconstruir el templo. *Templum illud tanto intervallo a ruinis excitare voluerim*. Al poner los cimientos del nuevo templo, acabaron de destruir los fundamentos del antiguo, y confirmáronse los oráculos de Daniel y de Jesucristo, por el hecho mismo que se emprendia para convencerlos de impos-tura. Por relacion de Filostorgio lib. VII, cap. IV). un obrero, trabajando en los fundamentos del templo, encontró debajo de una bóveda, y encima de una columna rodeada de agua, el Evangelio de San Juan. El texto de Ammiano es muy positivo. «*Ambitosum quondam apud Hierosolymam templum, quod post multa et interneciva certamina, obsidente Vespasiano posteaque Tito, ægre est expugnatum, instaurare sump-tibus cogitabat immodicis: negotiumque maturandum Alypio dederat Antiochensi, qui olim Britannias curaverat pro præ-fectis. Cum itaque rei idem fortiter instaret Alypius, juvaret-que provinciæ rector metuendi globi flammaram prope fun-damenta crebris assultibus erumpentes, fecere locum, exus-tis aliquoties operantibus, inaccessum; hocque modo ele-mento destinatius repellente, cessavit inceptum.* (Amm. lib. XXIII, cap. I).

(1) Sin in Deos sanctissimos putant ab illis auctoribus peccatum esse, eunt in Galileorum ecclesias, ibique Mat-thæum et Lucam interpretentur. (Julian., epist. XLII).

que abren nuevos caminos al talento, aplican la poesía á las dificultades de la alta metafísica, y acomodan la lengua de las musas á las formas de las ideas, del mismo modo que se había plegado en todos tiempos á las de las imágenes (1).

Este golpe fué sin embargo muy duro para los cristianos; los grandes ingenios que combatian entonces por la fé, hubieran preferido sufrir una persecucion sangrienta: no pueden guardar silencio, hablan sin cesar de esta iniquidad, y como el siglo en medio de los bárbaros armados era filosófico y literario, ni aun los paganos aplaudieron la órdea de Juliano; y Ammiano la trató de injusta (2).

Las controversias religiosas ó políticas principian ordinariamente por los escritos, y terminan por las armas; no sucedió así durante la revolucion, que ofreció el primero y el único ejemplo de una mudanza completa en la religion nacional de un gran pueblo civilizado. Asesinaron desde luego á los cristianos en

(1) San Gregorio de Naciauzo por sí solo compuso mas de treinta mil versos. Tres de sus poemas versan sobre la virginidad, muchos sobre *su vida* y sobre los *infortunios que sufrió*: otros son una acusacion de las costumbres del clero, y del lujo de las mugeres, y tambien los hay que hacen el elogio de los frailes. Los poemas titulados *de las calamidades de mi alma, de la grandeza y de la miseria del hombre, los secretos de San Gregorio*, son admirables por la elevacion del asunto y la belleza del estilo: tambien se encuentran muchos versos sobre el respeto debido á los sepulcros. Los dos Apolinarios, padre é hijo, se distinguen en su combate poético contra el edicto de Juliano. El primero puso en versos heróicos la historia santa hasta el reinado de Saul, tomando por modelos de sus comedias, de sus tragedias y de sus odas piadosas á Menandro, Eurípides y Pindaro: el segundo explicó en sus diálogos al modo de Platon, los evangelios y la doctrina de los apóstoles.

(2) Lib. XXII, cap. X.

diez batallas ordenadas las diez persecuciones generales, y los cristianos entregaron su cabeza sin intentar defenderse por la fuerza; pero reconocieron desde el principio la necesidad de escribir, para demostrar su inocencia y asegurar su fé. Al cristianismo se debe la libertad del pensamiento escrito, que tan cara costó á los que la conquistaron; pues desdeñáronse primero los hombres de responder á ella de otro modo, que con los garfios de hierro y las uñas de los leones. Cuando el Evangelio hubo ganado las voluntades de la muchedumbre, el politeísmo, forzado á renunciar la guerra de la espada, aceptó la de la pluma: y la idolatría se refugió en los dos extremos opuestos de la sociedad, en los ignorantes y los literatos. Los filósofos, los retóricos, los poetas y los gramáticos sostuvieron vigorosamente el paganismo con los hombres rústicos: los primeros por el orgullo de la ciencia, y los segundos por la privación de todo saber. Desde el siglo III de la era cristiana, hasta la abolición completa de la idolatría, no abrimos un libro de filosofía, de religión, de ciencias, de elocuencia ó poesía, en que no se trasluzca el combate de ambas religiones. En el reinado de Juliano encontramos á Libanio, Edesio, Prisco, Maximo y Sopatro, oradores y sofistas: Andrónico y Delfidas, poetas: Ammiano, Marcelino y Aurelio Victor, historiadores: Mamertino, panegirista: Orígenes, médico: y al mismo Juliano, orador, poeta é historiador: combatiendo todos contra Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, el de Nisa y el de Nacianzo, Diodoro de Tarso, oradores, filósofos, poetas é historiadores: Césarío, médico y hermano de Gregorio el Nacianceno, y Proheresio, retórico, que prefirió abandonar su cátedra de Atenas á ser exceptuado del edicto que prohibía á los cristianos el enseñar.

Las persecuciones que meditaba Juliano las puso

en ensayo con una especie de apología ó defensa del paganismo: sincerando á sus dioses y condenando al que habia abandonado, pretendia justificar indirectamente su delito de apostasia. Entre las infinitas ocupaciones que debia dedicar al imperio, halló tiempo para dictar la obra de la cual San Cirilo nos conservó una parte en la refutacion que escribió de ella.

Juliano se remonta al tiempo de Moisés; compara su sistema de la creacion del mundo á la de Platon, y da la preferencia á éste.

Dios, despues de haber hecho al hombre, dijo: «No es conveniente que el hombre viva solo;» y crió á la muger que perdió al hombre.

¿Qué pensaremos de la serpiente que habló? ¿En qué lengua hablaba? ¿Y cómo en su vista nos burlaremos de las fábulas populares de la Grecia?

Dios prohibió á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; vedóles que tocasen el árbol de la vida, temiendo que lograsen vivir siempre: blasfemia es esta contra Dios, ó alegoría. ¿Entonces por qué desechamos los cuentos mitológicos de los filósofos?

Dios escogió por pueblo suyo á los hebreos: ¿y cómo un Dios justo abandonó á todas las demas naciones? Entre los griegos el Dios criador es el rey y el padre comun de los hombres.

Juliano observa que existen pocas naciones en Occidente que sean capaces del estudio de la filosofía y de la geometria: mucho han cambiado los tiempos.

Quereis que creamos en la torre de Babel, y no quereis dar fé á los gigantes de Homero, que hacinaron tres montañas una sobre otra para escalar el cielo.

El Decálogo no contiene sino preceptos vulgares: el Dios de los hebreos es un Dios celoso que no sufre otro; y vosotros ¡oh galileos! le dais un pretendido hijo, que nunca le conoció.

¿Quién es ese Dios siempre irritado, que queriendo castigar á algunos hombres culpables, hace perecer á cien mil inocentes? (4) Comparad el legislador de los hebreos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y de Babilonia.

¿Quién es Jesus, sobornador de los mas viles judíos, á quien no hemos conocido hasta despues de trescientos años: Jesus, que nada hizo en el trascurso de su vida, sino curar á varios cojos y á otros endemoniados? Esculapio es otro salvador de la humanidad.

La inspiracion divina enviada por los dioses, cuenta un solo tiempo, y los oráculos famosos cesan en medio de la revolucion de las edades.

Los galileos no han aprendido de los hebreos sino su furor y su aborrecimiento contra los hombres: han renunciado al culto de un solo Dios para adorar hombres miserables: y como la sanguiuela han chupado la sangre mala de los judíos, dejándoles la mas pura.

Jesus y Pablo no pudieron preveer las quimeras que formarian un dia los galileos, ni adivinar el grado de poder á que lograrían encumbrarse andando el tiempo. Pablo y Jesus no tenían mas pretension que engañar á algunos criados y siervos rudos.

¿Pueden citarse en el reinado de Tiberio y de Claudio cristianos distinguidos por su cuna ó por sus merecimientos?

El agua del bautismo no quita la lepra ni la enfermedad del cutis, ni cura la gota ni la disenteria; pero horra el adulterio, la rapiña, y limpia el alma de todos los vicios.

Si el Verbo es Dios, viniendo de Dios, ¿cómo María, muger mortal, ha dado á luz un Dios?

(4) No deja de ser curioso el encontrar en los argumentos de Juliano todos los argumentos de Voltaire.

Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos, osaron decir que Jesus fué un Dios; mas cuando en Grecia é Italia un gran número de personas le hubieron reconocido por tal, y comenzaron á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces Juan declaró que el Verbo se habia hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesus ni á Cristo. Debemos considerar á Juan como origen de todos los males.

Siguen despues algunas consideraciones sobre el sacrificio de Abraham.

Muchas cosas deben admirarnos en esta obra truncada de Juliano. Confiéanse en ella los milagros de Jesucristo; reconócese los homenajes rendidos á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y testificase el silencio de los oráculos, añadiendo que San Juan es el *manantial de todos los males*. Lo cual significa que anunció la doctrina del Verbo, y que no existe medio de sostener que esta doctrina establecida por el discípulo muy amado, se tomó dos siglos mas tarde de la escuela de Alejandria: por lo demas, el ataque es débil. Juliano cierra los ojos para no ver los rasgos sublimes de los libros de Moisés, ni lo inefable del Evangelio, y sus racionios realzan aun la gloria que pretende rebajar. ¿Cómo combinaremos el que en el reinado de Claudio y de Tiberio, en el nacimiento mismo de la era cristiana, contase apenas el cristianismo por neófitos á algunos criados y esclavos, y que casi en seguida viese el apóstol Juan la Grecia y la Italia cubiertas de cristianos, y honrando los sepulcros de Pedro y de Pablo? Juliano no conoce que suministra con esta relacion nueva fuerza al milagro del establecimiento del cristianismo. La causa humana de la propagacion admirable de la fé, es que la primera de todas las verdades, la verdad que da á luz todas las otras, la verdad de la unidad de Dios, habia venido á

destronar á la primera de todas las mentiras, á la mentira que engendra los mayores errores, á la mentira de la pluralidad de los dioses. Una vez divulgada semejante verdad por la muchedumbre, despues de una ausencia de muchos miles de años, obró sobre los espíritus con su esencial y nativa energía.

Juliano, siendo perseguidor de nueva especie, afectó sustituir al nombre de cristiano el de galileo, que habian empleado ya Epicteto y algunos heresiarcas. Uniendo la burla á la injusticia, despojaba de sus propiedades á los discipulos del Evangelio, diciendo: «Su admirable ley les ordena renunciar los bienes de la tierra para llegar al reino de los cielos; y deseando facilitarles graciosamente el viage, mandamos que se les alivie del peso de todos sus bienes.» Cuando los cristianos osaban quejarse, respondia: «La vocacion de un cristiano es sufrir.»

Habianse destruido muchos edificios paganos en el reinado de Constancio, y otros habianse convertido en iglesias: Juliano obligó al clero á devolver los unos y á reedificar los otros, y siendo atacados los intereses adquiridos, produjeron desórdenes. Marco, obispo de Aretusa, á la cabeza de su grey habia derrocado un templo; y como era pobre, y no podia restituir el valor, prendieron al prelado en virtud de la ley romana, que entrega á los acreedores la persona del deudor insolvente. Despues de haberlo azotado con varas y arrancado la barba, frotaron el cuerpo desnudo con miel, y colgando al anciano de una red, espusieronle á los rayos de un sol ardiente á la picadura de las moscas. Marco habia libertado á Juliano en su niñez de los furores de Constancio, como Zacarías habia sustraído á Joas de las manos de Atalia; y vióse tratado del mismo modo que Zacarías por el príncipe ingrato con el gran sacerdote, é infiel á Dios que lo habia salvado.

Decidido á volver al templo y al bosque de Dafne su antigua pompa, mandó Juliano quitar las reliquias de San Babilas del cementerio cristiano: atumultuóse el pueblo, y prendió fuego al templo de Apolo. El emperador irritado ordenó á su tío Juliano, conde de Oriente, y apóstata como el sobrino, que cerrase la catedral de Antioquía y confiscase sus rentas. El conde puso entredicho en las otras iglesias, profanó los vasos sagrados, y condenó á muerte á San Teodoreto. Gaza, Ascalon, Cesárea, Heliópolis, y la mayor parte de las ciudades de Siria levantáronse contra los cristianos, no por ardimiento religioso, sino por avaricia, aborrecimiento y envidia. Despues de haber desenterrado á los muertos, asesinaron á los vivos, y arrastraron por las calles los cuerpos despedazados: los cocineros horadaban las victimas con los asadores, las mugeres con sus ruecas; y las entrañas de los sacerdotes y de las reclusas fueron devoradas por los canibales, ó arrojadas á los cerdos mezcladas con cebada. Varios adoradores de Jesucristo perecieron degollados sobre los altares de los dioses (1). Mas es muy difícil de creer, no obstante el testimonio de dos santos y de dos hombres ilustres (2), que el fondo del Oronto, los pozos, las cuevas, los fosos y los estanques se viesen cegados, segun ellos dicen, por los cuerpos de los mártires decapitados durante la noche, ó por los de los recién nacidos y de las vírgenes á quienes el emperador inmolaba en sus operaciones mágicas. Habíase acusado á los primeros cristianos de sacrificar niños, y la calumnia se enviaba por rechazo á Juliano.

Teodoreto cuenta que dirigiéndose Juliano á Persia, donde tenia culto público Diana, encerróse en su

(1) Sozomen., lib. V; Theodoret., lib. IX; Greg. Naz., or. IX.

(2) Chrysost., *cont. gent.*; Greg. Naz., *ib.*; Theodor., *ib.*

templo con sus confidentes mas íntimos, y cuando salió mandó sellar las puertas, colocó en ellas una guardia, y prohibió que nadie penetrase en el interior del edificio hasta su vuelta, que nunca se verificó. Volvieron, pues, á abrir el templo, ¿y qué encontraron? una muger colgada de los cabellos, con las manos desplegadas y el vientre abierto. Juliano escudriñando el porvenir en el seno de la víctima, habia llamado á la muerte que le aguardó alli con su guadaña (1).

El sincero fanatismo de este príncipe, y la familiaridad de los romanos con el asesinato autorizado por el antiguo derecho paternal, el derecho de la esclavitud, el poder de la espada y el del juez soberano en el gefe absoluto del imperio, hacen verosímil la narracion de Teodoreto. Ammiano, admirador de Juliano, le acusa de haber sido mas fanático que religioso. Augusto y Claudio habian vedado los sacrificios humanos; pero en la legislacion del despotismo, lo que se prohibe al pueblo se consiente al tirano: el príncipe que crea el crimen, que hace la ley y la aplica, es superior al uno y á la otra.

Juliano meditaba contra los cristianos un plan de persecucion digno de un sofista; y habia resuelto ejecutarlo á su vuelta de la guerra de los persas, porque necesitaba un triunfo para cubrir la injusticia con la gloria. Consistia en la exclusion de los galileos de todos los destinos, en la prohibicion de los tribunales, en la necesidad de ofrecer incienso á los idolos para conservar el derecho de litigar y de comprar el pan (2); tal era el designio que el ódio filosófico, la envidia literaria y el amor propio mortificado, habian inspirado al apóstota. Es un rango característico de la histo-

(1) Theod. lib. III, cap. XXI.

(2) Theodoret., lib. III, cap. XXIII; Sozom., lib. IV; Greg. Naz. or. III.

ria del pueblo que nos ocupa, la privacion de la justicia ordenada siempre como la pena mas terrible que puede imponerse á un ciudadano. La sociedad en esta nacion de maestros estaba penetrada de la ley é incorporada á ella : los fastos del imperio eran una coleccion estensa de jurisprudencia, y el mundo romano un gran tribunal.

Juliano reinó veinte meses y diez y siete ó veinte y tres dias despues de la muerte de Constancio. Orgullosos con sus triunfos contra los francos, engreido con los embajadores que recibia de los pueblos mas remotos, como los de Trapobana, no quiso admitir la paz que le ofrecia Sapor. Este rey de los reyes, que se habia adornado con la tiara hasta en la noche del seno maternal; este hermano del sol y de la luna (1), perseguia con encarnizamiento á los cristianos, tal vez por animosidad contra su hermano mayor, cuyo trono habia usurpado, Horsmidas el desterrado y el cristiano; y se ha computado que el número de las victimas inmoladas en los estados de Sapor llegó á noventa mil.

El que pretendia esterminar á los cristianos con la ley, y el que los entregaba al filo de la espada, iban á chocar: la Providencia divina armó al apóstata contra el perseguidor. Estaba tan persuadido Juliano del triunfo, que despreció la alianza de los sarracenos: trató orgullosamente á Arsace, soberano de Armenia, cuya existencia reclamaba: Arsace profesaba el cristianismo. En Antioquia se desplegaba el azote del hambre, aumentada por una medida falsa en los trigos, y la reunion de una crecida armada aumentaba este castigo. Alguna cosa particular parecia impeler á Juliano; y en una tarea militar de tan alta consideracion no se descubria su acreditado talento. Habiase

(1) Frater solis et lunæ.

desdeñado de atacar á los godos, porque lisonjeábale la idea de conquistar la Persia como Alejandro, y solo consiguió la gloria de morir en ella como Sócrates: esclavo siempre de la memoria, sus mas nobles acciones no parecian mas que imitaciones elevadas. Enlazaba á esta esperada conquista grandes proyectos sobre el imperio, y principalmente contra la cruz: el hombre en sus designios no cuenta la hora que no ha de ver.

Juliano entró en el pais enemigo, y cual si temiese que su filosofía hiciese sospechoso su arrojo; esponíase á los peligros sin miramiento. Dejóse engañar por los desertores, incendió su flota en el Tigre, y dudó del camino que debia tomar, porque queria ver la llanura de Arbeles: no tardaron en faltarle los víveres; hostigado por la caballería persa, vióse obligado á emprender la retirada. Próximo á sucumbir con su ejército, entregábase al estudio y á la contemplacion en las horas mas silenciosas de la noche. Hallándose en una de estas horas solitarias leyendo ó escribiendo en su tienda, apareciósele el genio del imperio á quien habia visto ya en Lutecia, antes de que le saludasen Augusto: estaba pálido, desfigurado, y se alejó tristemente cubriendo con un velo su cabeza y el cuerno de la abundancia (1). Juliano se levantó, dióse prisa á ofrecer una libacion á los dioses: descubrió una estrella que atravesó el cielo y se desvaneció (2), y el pío adorador del Olimpo creyó reconocer en aquel metéoro el astro amenazador del dios Marte.

(1) Vidit squalidus, ut confessus est proximis, speciem illam genii publici, quam cum ad augustum surgeret culmen conspexit in Galliis, velata cum capite cornucopia per auloca tristius discedentem. (Amm., lib. XXV, cap. II).

(2) Flagrantissimam facem cadenti similem visam, æris parte sulcata evanuisse existimavit: horroreque perfusus est, ne ita aperte minax Martis apparuerit sidus. (Id. *ibid.*)

Al día siguiente, cuando peleaba sin coraza á la cabeza de sus soldados, le rozó el brazo una jabalina, horadándole el costado derecho, y penetrando en la parte inferior del hígado; cayó del caballo, desfalleció, y cuando tornó á abrir los ojos juzgó, no obstante los cuidados del hábil Oribases, que su herida era de muerte.

Un general herido en el campo de batalla espira bajo de las banderas, noble lecho que el honor concede con frecuencia á sus fieles amigos. Aquí se presenta un espectáculo sin ejemplo: Juliano tendido sobre una estera cubierta con una piel, su lecho ordinario, aparece rodeado de soldados y de sofistas; su muerte es la muerte de un héroe; sus palabras las de un sábio. «Amigos, dijo, llegó el tiempo de dejar la vida: deudor de buena fé, devuelvo alegremente á la naturaleza lo que me pide. Todas las máximas de los filósofos me han enseñado que el alma es de una sustancia mas feliz que el cuerpo. Sé tambien que los inmortales envian con frecuencia la muerte á los que los reverencian como la mayor recompensa. Los dolores insultan á los cobardes, y ceden á los valerosos. Confio haber conservado sin mancha el poder que recibí del cielo, y que fluye por emanacion, y doy gracias al Dios Eterno que se me lleva del mundo en medio de una carrera gloriosa. El que desea la muerte antes de que suene su hora, ó el que la teme cuando ha sonado, los dos carecen de valor.

«Fáltame el aliento para hablar. Me abstengo de nombrar emperador, por el miedo de equivocarme al mas digno, ó de esponerme al que juzgase mas capaz, si no se aprobaba mi eleccion: como hijo tierno y como hombre de bien, deseo que la republica encuentre despues de mi muerte un gefe integro (1).»

(1) Amm., lib. XXV, cap. III.

Habiendo hablado así con una voz tranquila, dispuso de sus bienes de familia en favor de sus amigos íntimos, y preguntó por Anatolio, maestro de ceremonias. El prefecto Salustio respondió que Anatolio era feliz (1). Juliano adivinó que había sido muerto, y lloró la muerte de un amigo el que miraba con indiferencia la suya. Los que le rodeaban derramaban lágrimas, y Juliano los reprendió diciendo que no convenía llorar por una alma próxima á reunirse en el cielo con los astros. Guardaron silencio, y continuó discurrendo sobre la excelencia del alma con los filósofos Máximo y Prisco. Volvióse á abrir su herida, pidió agua fría, y espiró sin esfuerzos en mitad de la noche (2). No contaba mas que treinta y tres años, y había sido veinte cristiano (3).

Si es verdad, como han querido persuadir, y como su carácter hace sospechar, que Juliano, calculando los sucesos de su vida había preparado de antemano su discurso de muerte, jamás se ha presentado con tanta perfeccion un gran papel, y el actor igualaba al personage que fingia. Las dos religiones compitieron en inventar prodigios en las versiones opuestas de los últimos momentos del emperador. Teodoreto y Sozomeno el compilador de las actas del martirio de San Teodoreto, sacerdote de Antioquia, dicen que herido Juliano, recibió la sangre en sus manos, y arrojándola contra el cielo, gritó: «Has vencido, galileo (4).»

(1) *Beatum fuisse.... intellexit occisum.* (Amm. lib. XXV, cap. III).

(2) *Medio noctis horrore vita facilius est absolutus.* (Amm., lib. XXV, cap. III).

(3) Julian., epist. LI. La Bletterie no le da mas que treinta y uno, y se engaña con el historiador Sócrates,

(4) *Aiunt illum; vulnere accepto, statim haustum manu sua sanguinem in cælum jecisse, hæc dicentem: Vicisti, Galilæe!* (Sozom., lib. III, cap. XXV, pág. 447).

Otros pretenden que queria precipitarse en el rio, con el objeto de desaparecer como Rómulo, y de ser reputado como un Dios. Léese en las actas de Teodoro, que no fueron los persas, sino los ángeles en figura de persas los que pelearon contra Juliano (1).

El modo como pereció fué tambien objeto de controversia: los romanos aseguraban que la jabalina habia sido lanzada por un persa, y los persas que por un romano. Libanio se adelanta á decir en una de sus obras, que el emperador fué muerto á traicion como Aquiles (2); y en otro pasage parece acusar al gefe de los cristianos, que segun Gibbon debia ser San Atanasio (3). La vida de San Basilio y la crónica de Alejandría contienen la historia de una vision de este santo, de la que resulta que Mercurio, mártir de Capadocia, habia herido á Juliano por órden de Jesucristo (4). Didimo, ciego célebre, y Juliano Sabbas, famo-

(1) Et cum omnia se obtinuisse putasset, subito ei irruit multitudo exercitus angelorum. (Passion. S. Theodor. presbítero.)

(2) Dolo enim mortuus est sicut Achilles. (Lib. pró tem-
plis, pág. 24. Genevæ, 1634).

(3) Gibbon sigue la opinion de la Bletterie: el último observa que segun una frase de Libanio, se habia sospechado de San Basilio y de San Gregorio de Nacianzo, pero que esta frase designaba mejor á San Atanasio. Diez y seis años despues de la muerte de Juliano, Libanio no temió renovar una acusacion que carecia de pruebas en un discurso dirigido al emperador Teodosio. Sozimo (lib. VI, cap. II), hace honor á algunos cristianos, de quienes se sospechaba en la muerte de Juliano, y compara aquellos héroes desconocidos á los generosos griegos que se sacrificaban en otro tiempo por su patria. Libanio no está de acuerdo consigo mismo, y dice positivamente en otro discurso (orat. II, pág. 258), que Juliano habia sido muerto por un Aquemenides, un persa.

(4) Per nocturnam speciem, Basilius, Cesaræ episcopus,

so solitario, tuvieron revelaciones de la misma naturaleza. Didimo vió en sueños á unos guerreros montados en caballos blancos corriendo por el aire, y gritando: «Decid á Didimo que en este día, y en este mismo instante, ha sido muerto Juliano (1)» Sabbas oyó una voz que decía: «El jabali selvático que destruía la viña del Señor ha caído muerto (2).» Preguntando Libanio á un cristiano de Antioquia: «¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?—Un féretro, respondió el cristiano (3).»

La mayor parte de tales hechos están contestados, y son muy contestables; pero se trataba menos en aquella época de la crítica histórica, que de la pintura del movimiento de los espíritus.

Consternáronse los paganos al saber el fin prematuro del restaurador de la idolatría. «Acuérdome, dice San Gerónimo, que siendo aun niño y estudiando gramática, en los momentos en que las ciudades humeaban con el fuego de los sacrificios, divulgóse súbitamente la noticia de la muerte de Juliano. Un filó-

vidit cœlos apertos et Christum Salvatorem in solio pro tribunali sedentem magnoque clamore vocantem: Mercuri, abi, occide Julianum imperatorem, illum hostem christianorum. Sanctus ergo Mercurius stans coram Domino, lorica ferream indutus, accepto a Domino mandato evanuit: rursus visus ad stare ad tribunal Domini exclamavit: Julianus imperator expiravit uti imperasti, Domine. (Chronicon Alexandrinum, pág. 693-694).

(1) Equos candidos per ærem discurrentes sibi videre visus est, virosque ipsis insidentes, ita clamantes audire: Nuntiate Didymo, hodie Julianum hac ipsa hora peremptum esse (Sozom., *Histor. ecclless.*, lib. VI, cap. II, pág. 543).

(2) Suem agrestem vastatorem vineæ Domini.... mortuum jacere. (Theodor., lib. III, cap. XIX, pág. 637, *Lutetiæ Parisiorum*, 1642).

(3) Isto fabri filius arcam ei ligneam parat ad tumulum (Soz., *Hist. ecclless.*; Jul., c. II, pág. 549). La historia de

sofo gritó: «¡Dicen los cristianos que su Dios es sufrido, y estalla tan velozmente su cólera!» (1).

Gregorio Nacianceno principia y termina sus invectivas contra Juliano por una especie de himno en que respira una alegría tan feroz como elocuente:

«Pueblos, escuchad; prestadme atencion cuantos habitais el universo: lanzo desde este sitio, como desde la cúspide de una montaña, un grito inmenso. Escuchad, naciones: escuchad, vosotros los que vivís al presente y los que existireis mañana. Angeles, potencias, virtudes, escuchad: la destruccion del tirano es obra vuestra. El dragon, el apóstata, el grande y temible ingenio, el enemigo del género humano que esparcia por todas partes el terror, que vomitaba blasfemias contra el cielo, aquel que tenia el corazon mas manchado que impura la boca, ha caido. ¡Cielos y tierra, prestad oido al estrépito de la caida del perseguidor!

«Venid tambien, fuertes atletas, defensores de la verdad, que servisteis de espectáculo á Dios y á los hombres, acercaos los que fuisteis despojados de vuestros bienes; corred los que injustamente espulsados de vuestra patria terrena habeis sido arrancados de los brazos de vuestras esposas, de vuestros hijos; en fin, convoco á estos regocijos á cuantos confiesan un solo Dios, Soberano señor de todas las cosas. Dios es el que ha pronunciado un juicio tan brillante, tan

San Mercurio que originó la creacion del caballero Mercurio, suministró el asunto de un drama de la edad media.

(1) Dum adhuc essem puer, et in grammaticæ ludo exercer, omnesque urbes victimarum sanguine polluerentur, ac subito in ipso persecutionis ardore Juliani nuntiatum esset interitus, eleganter unus de ethnicis: quomodo, inquit, christiani dicunt Deum suum esse patientem.... nihil iracundius, nihil hoc furore presentius. (S. Hieron., *Comment.*, lib. II, cap. III, in Habacuc. pág. 243-244).

pronta venganza; el Señor es el que ha herido la cabeza del impío. En los santos trasportes que me animan no existen palabras que correspondan á la grandeza del beneficio. Un día veremos como el suplicio de Juliano condenado, es superior á cuantos tormentos puede figurarse el entendimiento humano ¡Oh hombre, que te llamabas el mas prudente y el mas sábio de los hombres, escucha la oracion fúnebre que Gregorio y Basilio pronunciaban sobre tu tumba! ¡Oh tú, que nos habias impedido el uso de la palabra, cómo has caído en el silencio eterno!» (1)

Si Antioquía se regocijó con festines y con danzas; si la victoria de la cruz fué no solamente celebrada en las iglesias, sino tambien en los teatros; si resonaron los gritos de «¿dónde están los oráculos, insensato Máximo?» (2) en Carres apedrearón (3) el correo portador del funesto mensaje, y varias ciudades colocaron la imágen de Juliano entre las estátuas de los dioses, y le tributaron supremo honor (4).

Libanio intentó traspasarse con la espada (5), y

(1) Greg. Naz., *Or. cont. Julian.* Este bello movimiento, *Venid tambien, generoso atleta*, lo imitó Bossuet en el admirable apóstrofe que termina la oracion fúnebre del gran Condé.

(2) Nec in ecclesiis solum ac martyriis, cuncti tripudiabant, sed in ipsis etiam theatris victoriam crucis prædicabant.... Omnes siquidem juncti simul clamabant. ¿Ubinam sunt vaticinia tua, Maxime stulte? (Theodor., lib. III, capítulo XXVIII. pág. 147-148).

(3) Et Carrheni tantum percepere dolorem morte Juliani nuntiata, ut eum qui nuntium hunc adtulerat, lapidibus obruerent. (Zosim., lib. III, pág. 59, Basileæ).

(4) Pleraque urbes, illum deorum figuris representarunt, atque ut divos honorant. (Lib., *Orat.*, X, tom. I, página 330. Lutetiæ, 1637).

(5) In ense oculos conjeci, quasi vita acerbior omni jugulatione mihi futura esset. (Lib. *Vit.*, pág. 45).

solo se acomodó á vivir para trabajar en la apología de un príncipe, de quien Gregorio Nacianceno debía escribir la sátira: sobre una tumba está mejor la alabanza que la crítica. Los estímulos del fanatismo son tales, que un santo, un padre de la iglesia, un hombre superior por sus talentos, no ha temido afirmar que Juliano había emponzoñado á Constancio.

El cuerpo de Juliano, trasladado á Tarso, fué enterrado enfrente del monumento de Maximino Daia: el camino que conduce á los desfiladeros del monte Tauro, separaba los sepulcros de los dos últimos perseguidores de los cristianos (1).

Los funerales se ejecutaron según el rito del paganismo: los bufones cantaban tónos fúnebres: un personaje representaba la muerte, y los farsantes se complacían en medio de sus danzas y de sus lamentos, burlándose de la derrota y de la apostasia del enemigo de los teatros (2).

El cristiano Gregorio de Nacianzo compadece á la ciudad de Tarso, condenada á guardar el polvo del adorador de los demonios: polvo que se agitaba, y que la tierra rechazó (3).

(1) Porro cadaver Juliani, cum Mercuriales, et qui cum illo erant in Ciliciam deportassent, non consulto, sed casu quodam e regione sepulchri in quo Maximi ossa erant condita deposuerunt, via publica dumtaxat loculos eorum a se invicem separante (Philostorg., *Hist. ecclesiast.*, lib. VIII, página 514. Parisiis, 1673).

(2) Mimi in histriones eum ducebant probris a scena petitis, ac ludibriis incessabant, eique fidei abjuratiōnem et cladem vitæque fines exprobrantes. (S. Greg., *Theologi. oratio V*, tom. I. pag. 159. Lutetiæ, 1778).

(3) Ut mihi quispiam narravit nec ad sepulcrum assumptum, sed a terra que ipsius causa turbata fuerat excussum, æstuque vehemēti projectum. (*Id*, orat. XXI, página 408).

El filósofo Libanio anhelaba saludar los despojos mortales de Juliano cerca de los del divino Platón, en los jardines de la Academia (1).

El soldado Ammiano Marcelino deseaba que las cenizas de su general fuesen bañadas no por el Cidno, sino por el Tiber, que atraviesa la ciudad eterna, y circuye los monumentos de los antiguos Césares (2). Sin embargo, la tumba de Juliano en las riberas del Cidno, tan célebre por la frescura de sus ondas, se convirtió en una especie de templo, y una mano amiga grabó en ella este epitafio: *Aquí descansa Juliano, muerto mas allá del Tigris. Emperador excelente y valeroso guerrero* (3). El politeísmo veíase reducido á su turno á las reliquias, y á llorar en los templos desiertos.

Juliano, desdeñando el fausto de la corte de Constancio, y recibiendo de un ejército sublevado el título de Augusto, habia devuelto momentáneamente el derecho de eleccion á los soldados solos; reuniéronse despues de su muerte ansiosos de darse un gefe, y ofrecieron la púrpura al prefecto Salustio, que no quiso admitir la oferta. Hemos podido observar ya que comenzaban los magnates á rehusar con harta frecuencia la autoridad suprema: hasta el reinado de Com-

(1) *Atque eum quidem Tarsi in Cilicia recepit suburbanum: at potiori jure in Academia, proximo Platonis sepulchro, fuisset tumulatus.* (Liban., *Orat. Parental.*, cap. CLVI, pág. 377).

(2) *Cujus suprema et cineres, si quis tunc justo consuleret, non Cydnus videre deberet, quamvis gratissimus amnis et liquidus: sed ad perpetuandam gloriam recte factorum præterlabere Tiberis, intersecans urbem æternam, divorumque veterum monumenta præstringens.* (Amm., lib. XXV, cap. X).

(3) Amm., lib. XXV, cap. X, pág. 340, n. z. Ved también la *Vida de Juliano* por la Bletterie, *al fin*.

modo, el imperio era la posesion de todos los placeres en el descanso; pero desde aquel reinado, el César no fué ya sino un soldado, que corria con las armas en la mano desde el Rhin al Eufrates, y desde el Nilo al Danubio, combatiendo ó repeliendo al enemigo doméstico ó extraño. El poder, dejando de ser un placer, pasó á ser una carga: la medianía se hallaba siempre pronta á colocarla sobre sus hombres, y el mérito á sacudirla.

En defecto de Salustio, las legiones eligieron emperador á Joviano, primiciero de las guardias, cuyo nombre habian pronunciado por acaso. Era cristiano y católico como Valentiniano, y habia preferido á semejanza suya la fé á la espada; pero Juliano, que no le temia, consintió en dejarle la una y la otra. Joviano habia sido el encargado de conducir á Constantinopla el cuerpo de Constancio muerto en Mopsucrena: sentado en el carro fúnebre habia participado de los honores imperiales tributados á las cenizas de su señor: auguraron su grandeza futura, y los adivinos hubieran podido leer igualmente el presagio de su segundo y próximo viage en el mismo carro.

Joviano firmó la paz para veinte y nueve ó treinta años, y concluyó un tratado vergonzoso con Sapor: cedió á los persas cinco provincias situadas mas allá del Tigris (1), la colonia romana de Singara y la ciudad de Nisibe, no obstante sus lágrimas, y no obstante su último sitio con tanta elocuencia pintado por Juliano en uno de sus dos panegiricos de Constancio. Obligados á entregar á Sapor las murallas que con indecible arrojo habian defendido en contra suya con Santiago su obispo, los nisibianos, desterrados de sus hogares, despojados de sus bienes, ofrecieron todavia al autor de su destierro la corona de oro que acostumbraba pre-

(1) Por razon de los persas.

sentar cada ciudad á los nuevos emperadores: ejemplo admirable de una fidelidad que no se creía esceptuada de sus deberes por la ingratitud (1).

Joviano volvió la paz á la iglesia, y llamó á San Atanasio.

Así se desvanecieron los proyectos de Juliano, que arrostró la empresa de abatir la cruz, y fué el último emperador pagano.

El helenismo volvió á caer con todo el peso de la edad en el polvo, de donde le habia levantado apenas una mano mal guiada. Los filósofos se afeitaron, se desnudaron su ropa, y contentáronse con enseñar sus doctrinas en silencio, ó con lamentarse de las generaciones que sacudían su yugo; y era tanto el temor de ser tomados por filósofos, que los ciudadanos que llevaban franja en el manto se la quitaron.

Juliano habia corrido á la conquista de los persas, con el objeto de volver á domar á los cristianos; y esta guerra, que debia derrocar el trono del gran rey, produjo el primer desmembramiento del imperio de los Césares.

Forzoso ha sido traer á la memoria los detalles de esta última prueba de la iglesia, porque forma época y se distingue de las otras: nace de una civilización mas adelantada, y muestra cierto aire de familia juntamente con la impiedad literaria é irónica, que derrama un talento original del siglo XVIII. Pero la impiedad del emperador, que podia ordenar el suplicio, no dejó á los cristianos sino coronas; y la impiedad del poeta, que carecia del poder de la espada, les legó la guillotina.

La persecución de Juliano no tuvo su origen en el paganismo popular, sino en el paganismo filosófico que habia quedado aislado en el campo de batalla, te-

(1) Amm., lib. XXV.

niendo á su cabeza un cínicó con manto de púrpura, que llevaba el mundo viejo en su cabeza y el imperio en sus alforjas. Mas en la liza donde ambos partidos trabajaban para atraerse á los campeones, los hombres de talento pasaron sucesivamente con su genio y sus virtudes al lado del cristianismo, como los soldados que desertan con armas y bagage al enemigo; mientras que el opuesto campo no recibia un solo refuerzo.

Constantino era un príncipe inferior á Juliano, y sin embargo, ha enlazado su nombre á una de las revoluciones mas memorables del órden social; y es por que dejando aparte la fuerza sobrenatural que pudo obrar en el establecimiento de la religion cristiana, se puso al frente de las ideas de su tiempo, marchó en el sentido en que marchaba la especie humana, y engrandeciése con las costumbres que crecian y que le estimulaban.

Juliano, por el contrario, se vió atropellado por las generaciones que pretendia detener, las cuales le derribaron al suelo á pesar de su fuerza, y pasaron por encima de su pecho. Y aun cuando hubiese vivido, hubiera enardecido, no contenido el movimiento: el desnudo calvario por donde el entendimiento humano iba á buscar la verdad de Dios, debia dominar todos los tiempos. Los afanes inútiles que empleó una vasta inteligencia, un monarca absoluto, un formidable guerrero para restablecer el culto antiguo, prueban que es tan imposible resucitar los siglos como los muertos. Ciento cincuenta años antes habia imaginado Plinio el jóven que se podia estirpar el cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano, acontecimiento único en la historia antigua (1), no carece de ejemplo en la historia moderna: cuantas veces los que

(1) Leonidas en Esparta, en mas reducido teatro, se engañó y se perdió como Juliano.

navegan agua arriba han intentado hacer retroceder la corriente del tiempo, otras tantas sumergidos al punto no han logrado mas que acelerar su naufragio.

Joviano sacó del desierto á los soldados desnudos que iban mendigando su pan. El legionario que habia conservado un pedazo de su lanza ó de su escudo, ó que llevaba colgando á la espalda uno de sus borceguies, alababa su valor: así, dice Libanio, hubiese acontecido á los persianos, si Juliano no hubiese acabado sus dias. El fin de la retirada del ejército fué el término de la vida de Joviano: su esposa, que le salia al encuentro para partir con él la púrpura, encontró sus funerales. Los empleados civiles y militares, los eunucos y las tropas señalaron la diadema á Salustio, que la renunció por segunda vez. Recayó la eleccion, despues de haberse propuesto muchos candidatos, en Valentiniano, confesor de la fé en el imperio de Juliano; carecia de letras, pero estaba dotado de natural elocuencia. Treinta dias despues de su elevacion, se asoció al imperio su hermano Valente; nombre fatal, que recuerda la última y definitiva invasion bárbara.

Entonces tuvo lugar para siempre la division del imperio oriental y occidental. Valentiniano estableció su córte en Milan, Valente en Constantinopla. Abandonaron los dos hermanos el castillo de Mediana, en donde habian verificado el repartimiento del mundo romano; pasaron en seguida á Sirmio; se abrazaron, se separaron, y no volvieron á verse (1).

(1) Amm., lib. XXVI; Philostorg., pág. 114. Theodosio I solo fué dueño un momento de todo el imperio para dividirlo entre sus dos hijos.

ESTUDIO TERCERO
ó
TERCER DISCURSO

SOBRE LA CAIDA

DEL IMPERIO ROMANO,

EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS

DEL CRISTIANISMO,

Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.

PRIMERA PARTE.

DESDE VALENTINIANO I Y VALENTE HASTA GRACIANO Y
TEODOSIO I.

Para evitar la confusion de materias, es preferible sin duda conocer separadamente los asuntos de Oriente y Occidente, sin perder jamás de vista su conexion, y lo que tienen de comun los sucesos, las costumbres y las leyes del mundo romano.

El Occidente vuelto á poder de Valentiniano com-

prendia la Iliria, la Italia, las Galias, la Gran Bretaña, la España y Africa: el Oriente, donde imperaba Valente, abrazaba el Asia, Egipto, Tracia y Grecia.

Valentiniano tenía su ordinaria residencia en Milan, Valente en Constantinopla; pero cada uno de los dos emperadores se trasladaba al lugar en donde su presencia era necesaria.

En Occidente, Valentiniano tuvo que combatir contra los alemanes que se arrojaron sobre la Galia, y fortificó de nuevo la línea del Rhin. Aparecen los burguñones salidos de los vándalos que habitaban las riberas del Elba: daban á su rey el nombre genérico de Hendinos, y á su gran sacerdote el de Sinisto (1). Los burguñones, enemigos de los alemanes, aliáronse con Valentiniano, y se comprometieron á suministrarle un ejército de ochenta mil hombres.

Los sajones y los francos volvieron á presentarse en las costas de la Galia y de la Gran Bretaña, y los pictos y los scots desolaron esta última provincia. Teodosio, general de Valentiniano, los rechazó hasta el fondo de la Caledonia.

Los pueblos de la Getulia, de la Numidia y de la Mauritania, asolaron el Africa; Teodosio partió á repelerlos, y á castigar la avaricia de Romanus, comandante militar de la provincia, y logró desempeñar la primera parte de su misión.

Valente y Valentiniano persiguieron con todo el rigor de las leyes romanas á sus súbditos acusados de magia; y las víctimas fueron numerosas en Roma y en Antioquia. Máximo, tan famoso en el reinado de Juliano, y otros filósofos sucumbieron; Jamblico se

(1) Apud hos generali nomine rex appellatur Hendinos.... Sacerdos omnium maximus vocatur Sinistus (Amm. Marcell., lib. XXVIII, cap. V, pág. 539; 1671).

emponzoñó, y Libanio se libró la acusacion con mucha pena (1).

Valente era tirano por debilidad, Valentiniano por cólera. Dos osas, cuyo nombre declara la historia, *Inofensiva* y *Lentejuela dorada*, tenían su habitacion cerca del retrete de Valentiniano, y alimentabalas con carne humana. Logró en premio de su mérito *Inofensiva* el volver á sus bosques (2).

El emperador de Occidente aseaba sus grandes cualidades con su temperamento cruel, y condenaba al fuego por las menores faltas. Milan tuvo sus victimas, que recibieron, por la injusticia de la sentencia el nombre de *Inocentes*: sufrían la pena de muerte los deudores insolventes; y si un reo recusaba un juez, era enviado á su tribunal (3).

Admiramos la arbitrariedad de los suplicios que manchan los anales de Roma: habíase abandonado al capricho de los magistrados y de los particulares el género de penas que debían aplicarse, porque las leyes criminales de los romanos eran muy inferiores á sus leyes civiles. No fijamos bastante la atencion en las mejoras evidentes introducidas en las leyes por la masedumbre de Cristo. Como estamos acostumbrados á leer hechos atroces, cuando vemos á los hom-

(1) Primus ex nobilibus philosophis interfectus est Maximus, et post illum oriundus ex Phrygia Hilarius qui ambiguum quoddam oraculum clarius fuisset interpretatus. Secundum hunc Simonides, et patricius Lydus et Andronicus e Caria. (Zosim., *Hist.* lib. IV, pág. 65, Basileæ.)

(2) Micam auream et innocentiam: cultu ita curabat enixo, ut earum caveas prope cubiculum suum locaret.... Innocentiam denique, post multas quas ejus laniatu cadaverum viderat sepulturas, ut bene meritam in sylvas abire dimisit. (Amm. Marcell., lib. XXIX, cap. III.)

(3) Amm. Marcell., lib. XXVII, cap. VII; lib. XXIX. capitulo III: lib. XXX, cap. VIII.

bres despedazados con garfios, espuestos desnudos y frotados con miel á la picadura de las moscas, atormentados á semejanza de los prisioneros de guerra de los iroqueses por orden de un juez ó por la venganza de un simple acreedor; no inquirimos por qué se cometian tales atrocidades en las naciones civilizadas del mundo antiguo, y por qué se cometen en las naciones civilizadas del mundo moderno. El progreso siempre lento de la sociedad no alcanza á explicar semejante mudanza; necesario es reconocer una causa mas pronta, mas eficaz, mas general, y esta causa es el espíritu del cristianismo.

La sangre de los emperadores paganos descúbrese en las crueldades de Valentiniano; y el caracter de los emperadores cristianos en las leyes que mandan que los médicos asistan á los pobres, y que prohiben la esposicion de los niños (1). ¡Honor á la benignidad evangélica, á la que se debe la abolicion de una costumbre que autorizaban las legislaciones mas famosas de la antigüedad!

Entre las leyes de Valente y de Valentiniano debe notarse tambien el establecimiento de las escuelas, modelos de nuestras universidades: la educacion pública espiró con la libertad pública, y los colegios modernos tuvieron su origen remoto en los siglos de la decadencia y de la esclavitud del imperio romano.

Valentiniano dió á las ciudades defensores officiosos (2), especie de magistrados elegidos por el pueblo (3): de donde provino que las iglesias convertidas en una especie de municipios, tuvieron á su turno defensores que se trasformaron en campeones en la edad media. La libertad política habiase trocado en privile-

(1) *Cod. Theod.*; tom. III, lib. VIII, pág. 34.

(2) *Cod. Theod.*, tom. IX, lib. I, pág. 494.

(3) *Cod. Just.*, tom. IV, lib. I et II, pág. 466.

gios de vecindad: vemos por todas partes á los emperadores dirigiendo cartas y rescriptos á los *concejos* de las diversas provincias de Europa, de Africa y de Asia.

Siguiendo la série de las instituciones con el código en la mano, observamos con una admiracion que raya en agradecimiento, que el trabajo de los príncipes cristianos tiende principalmente á endulzar las sentencias criminales y á reformar las costumbres; los hijos de los ajusticiados recobran los bienes paternos: los reglamentos mejoran la suerte de los pobres y de los esclavos, multiplican los casos de libertad, y castíganse los vicios abominables cantados por los poetas y protegidos por los magistrados. En una palabra, en la coleccion de las leyes romanas, debe buscarse la verdadera historia del cristianismo, con mas razon que en los fastos del imperio.

Valentiniano concedió el libre ejercicio del culto á sus súbditos, y no tomó partido en las cuestiones religiosas (1): creyóse tanto mas autorizado á ejercer la tolerancia, cuanto mas independientemente se habia mostrado cristiano, mientras reinó Juliano. Sin embargo, prohibió á los paganos los sacrificios, y las asambleas á los maniqueos y donatistas. Puso tambien limites al acrecentamiento de las riquezas de la iglesia y á la multiplicacion de las órdenes monásticas: vedó al clero admitir en la clericatura á los propietarios del pueblo y á los decuriones de las ciudades á menos que unos y otros no abandonasen sus bienes á la municipalidad de que eran miembros, ó á sus parientes (2). Tambien se prohibió igualmente al clero el aceptar legados testamentarios. Ya el poder y la fortuna habian producido la corrupcion, y Dámaso

(1) Bav., ann. 371; Symm., lib. X, epist. 54.

(2) *Cod. Theod.*, tom. I., lib. LIX, pág. 405.

disputó la silla de Roma á Ursino, viniendo á las manos (4): halláronse por la mañana ciento y treinta y siete muertos en la basilica de Sicinio, al presente Santa María la Mayor.

Valentiniano habia tenido de su primera muger Severa un hijo llamado Graciano, que elevó en Amiens, el 24 de agosto del año 367, al rango de Augusto, sin crearle primero César, segun la costumbre. Se ha inquirido la causa de semejante innovacion, y es evidente: su padre poseia dos imperios, y Graciano, de edad de ocho años, no era ya un César ó un general nombrado para defender una parte del estado, sino un heredero que habia de suceder en su soberanía á Valentiniano.

Este emperador repudió á Severa, y se casó con Justina, siciliana de origen, la que debia haberse casado luego, segun Zosimo, con el tirano Magnencio. Justina era arriana; mas no declaró su heregía hasta despues de la muerte de Valentiniano. Dió al emperador un hijo que se llamó Valentiniano II; y tres hijas, Justa, Grata y Gala, que fué la segunda esposa de Teodosio el Grande.

Los cuados y los sármatas, ofendidos de la traicion de los romanos, que despues de haber traído á su rey Gabino á una entrevista, lo habian asesinado, desolaban la Iliria: Valentiniano corrió al frente de las ruerzas de la Galia, y murió súbitamente en Berjection (2) de un acceso de cólera, en una audiencia que daba á los diputados de los cuados suplicantes.

(4) *Damasius et Ursinus, supra humanum modum ad rapiendam episcopatus sedem ardentis, scissis studiis asperissime conflictabantur, adusque mortis vulnerumque discrimina adjumentis utriusque processis... Uno die centum triginta-septem reperta cadavera peremptorum.* (Amm. Marcell., lib. XXVII, cap. III, pág. 481, Parisiis, 1677).

(2) 17 de noviembre 375.

Mallobaud ó Mellobaud, gefe de una tribu de francos, habia obtenido un mando en el reinado de Valentiniano, y se habia distinguido por sus proezas militares; y á la muerte del emperador tomó á su cargo con Equicio, conde de Iliria, el hacer prevalecer los derechos de Valentiniano, hijo de Justina, sobre los derechos de Graciano, hijo de Severa. Proclamaron en efecto emperador á Valentiniano II; pero su hermano Graciano, ya Augusto, en vez de ofenderse reconoció la eleccion. Tocó en parte, á Valentiniano la Italia, la Iliria y el Africa: Graciano guardó para sí las Galias, la España y la Inglaterra, ó quizás no se verificó una verdadera particion. Lo que hay de cierto, es, que Graciano gobernó solo el Occidente hasta su muerte, porque Valentiniano era todavia niño, y no habia salido de la tutela de su madre.

Valente no aprobaba estos arreglos pacíficos entre sus sobrinos; mas los movimientos de los godos contuvieron su intervencion en los negocios de menor importancia.

Puesto en posesion del imperio de Oriente por Valentiniano I, Valente habia sufrido grandes pruebas en los primeros dias de su reinado. Procopio, que mandaba el ejército de Mesopotamia, se vistió la púrpura en la misma Constantiuopla por la autoridad de dos cohortes galas; y queriendo legitimar su usurpacion, casóse con Faustina, viuda del emperador Constancio, la cual tenia una hija de edad de cinco años, en la que miraban las legiones el último vástago de la raza de Constantino. La revuelta encendida por Procopio duró poco, abandonáronle sus soldados á la voz de los capitanes fieles, y arrastraron á Procopio vendido al campo del emperador de Oriente, donde fué decapitado.

Valente sostuvo débilmente contra Sapor á los reyes de Armenia y de Iberia. Señálanse en esta guer-

ra las aventuras de Para, rey de Armenia, monarca fugitivo como tantos otros, protegido primero por los romanos, y degollado en seguida por ellos en un banquete.

Los godos, que habian permanecido fieles á la familia de Constantino, habianse declarado contra Valente en favor de Procopio, marido de la viuda de Constancio. Valente consiguió varias ventajas sobre estos bárbaros, y la paz fué el resultado de tales triunfos, hasta que seis años despues los hunos precipitaron á los godos contra el imperio. Valente profesaba la religion arriana, y persiguió á los católicos, á quienes daba el nombre de atanasianos, cuyo jefe era San Basilio, despues de la muerte de San Atanasio. A este hombre grande, solitario y compasivo, se debe la fundacion del primero de los monumentos levantados á las miserias humanas; monumentos que son la gloria eterna del cristianismo. Los monges, casi todos católicos, habianse acrecentado por el espíritu y las desgracias de su tiempo. Valente los mando quitar á mano armada, violentándolos á alistarse en las legiones, y asesinando á los que resistian.

Llegamos al famoso acontecimiento que aceleró la caída del antiguo mundo.

Despues de sus escursiones marítimas, los godos, que se habian conservado en paz con los romanos, habianse multiplicado en los bosques, y habian sujetado en torno suyo á las demas poblaciones bárbaras. Hermanrico, rey de los ostrogodos y de la noble estirpe de Amalís, hizose conquistador á la edad de ochenta años; y á los ciento y diez aun iba á los combates, y era el único contemporáneo de su gloria (1). Conquistó á los herulos y á los venedos, y su poder se estendia en los bosques y sobre las cohortes de los bos-

(1) Jor., cap. XXII.

ques, desde el Ponto Euxino hasta el Báltico, por detrás de las tribus sajonas, alemanas, francas, burguñonesas y lombardas mas inmediatas á las riberas del Rhin: el Danubio separaba el imperio selvático de los godos, del imperio civilizado de los romanos. Los visogodos, reunidos á los ostrogodos, les habian cedido la preeminencia: sus gefes, entre los cuales se distinguian Atanarico, Fritigerno y Alavivo, habian renunciado el nombre de reyes para descender ó subir á la dignidad de jueces (1).

Tales aparecieron las naciones godas en las fronteras del imperio de Oriente, cuando de repente se divulgó la fama entrepitosa de que una raza desconocida habia atravesado el lago Meotides. Un terremoto que sacudió casi todo el suelo romano, y que hizo estremecer la corona secular de la cabeza de Hermanrico, anunció la presencia de los hunos. Estos eran la última nacion grande destinada á la destruccion de Roma: otras naciones habian suspendido su paso para esperar á los hunos: venian de lejos. A su llegada se habló ya de los lombardos, última ola de este océano.

Un nuevo sistema histórico origina los hunos de los pueblos ouralo-finos. En este sistema fundado sobre una crítica mas perfecta, y sobre un conocimiento mas exacto de los pueblos y de las lenguas del Asia y de la Europa Septentrional, se sigue, sin embargo, con menos facilidad la marcha y los progresos de los soldados futuros de Atila.

En el antiguo sistema que Gibbon adoptó, es mas fácil no perder el hilo. Desechando de la primitiva monarquía de los hunos la parte confusa y romántica, dejando á un lado lo que hicieron ó pudieron hacer los hunos en el norte de la muralla de la China, su derrota por el emperador Voulé, de la dinastía de los

(1) *Jor., cap. XXII.*

hunos, encuéntrase que en tiempo de la mision de Cristo, dos divisiones de hunos se adelantaron en Occidente, la una hácia el Oxo y la otra hácia el Volga: ésta se fijó en la ribera oriental del mar Cáspio, y fué conocida con el nombre de hunos blancos, que tuvieron muchas batallas con los persas.

La otra division de los hunos penetró dificilmente por el Volga, y conservó sus costumbres, aumentando las fuerzas con las alianzas voluntarias, con la reunion de los pueblos conquistados, y con el uso de los combates: esta division subyugó á los alanos, y la mayor parte de los vencidos entró en las filas de los vencedores, mientras que una colonia independiente de los primeros fué á confundirse con la raza germánica, y á asociarse á la guerra que sostenia contra el imperio (4).

Los hunos parecieron formidables á los bárbaros mismos: y cuando hubieron pasado la laguna Meotides, halláronse en presencia de los tributarios del poder de Hermanrico. Las dos monarquías de los hunos y de los godos, compuesta la una de salvages á caballo, y la otra de salvages á pie; es decir, las dos razas escita y tártara, se encontraron. Los godos se hallaban divididos: Hermanrico habia mandado descuartizar á la muger de un gefe roxolano que se habia separado de su servicio (2). Los hermanos de la víctima vengáronla, traspasando á puñaladas á Hermanrico, inútilmente cubierto con la coraza de un siglo, y á quien

(1) Deguignes: Gibbon, Jornandés, Ammian Marcellin, etc.

(2) Dum enim quamdam mulierem Sanielh nomine pro marito fraudulento discessu, rex furore commotus, equis ferocibus illigatam, incitatisque cursibus per diversa divelli præcepisset: fratres ejus Sarus et Ammius, germanæ obitum vindicantes, Ermanarici latus ferre petierunt (Jornand., *de Reb. geticis*, cap. XIV, pág. 70-71, Lugduni batavorum.)

ciento diez años habían dejado aun sangre en el corazón: cayó á los golpes del acero. Balamiro, rey de los hunos, se aprovechó de este acontecimiento: atacó á los ostrogodos, á quienes abandonaron los visogodos; y Hermanrico, impaciente con el dolor que le causaba la herida, y atormentado aun mas con la ruina de su imperio, puso fin á unos dias que la muerte había olvidado (1). Withimer, encargado despues de él del gobierno, dió una batalla á los hunos y á los alanos, en que fué muerto (2). Safrax y Alateo salvaron al jóven Witerico, rey de los ostrogodos, y condujeron los restos independientes de sus compatriotas á las riberas del Niester.

Entre tanto los visogodos, separados de los ostrogodos, habianse retirado á las tierras de los gepidos sus aliados, y hasta en ellas los persiguieron los hunos. Un cuerpo de caballería tártara vadeó el Niester por la noche á la claridad de la luna: Atanarico, juez de los visogodos, que defendía las orillas del rio, logró ganar las alturas con su ejército, é intentó fortificarse allí; mas los visogodos se precipitaron sobre el Danubio, y enviaron embajadores á Valente, conjurándole á que les concediese la Mesia inferior por asilo, y ofreciendo abrazar la religion cristiana. «Valente, dice Jornandés, envió los obispos heresiarcas á los visogodos, é hizo de estos suplicantes sectarios de Arrio en vez de discipulos de Jesucristo. Los visogodos comunicaron el veneno á los gepidos sus huéspedes, y á los ostrogodos sus hermanos; derramáronse por la Dacia,

(1) Inter hæc Ermanaricus tam vulneris dolorem, quam etiam incursiones hunnorum non ferens, grandævus et plenus dierum; centesimo decimo anno vitæ suæ defunctus est. (Jorn., cap. XXIV).

(2) Ann. Marcell., lib. XXXI, cap. III.

la Tracia y la Mesia superior, y todos los godos se hicieron arrianos (1).»

El historiador se equivoca: no eran todavía cristianos todos los godos en el año 376, pero habían recibido ya las semillas de la fe. En el concilio de Nicea dieron á Teofilo el título de obispo de los godos (2), quienes tenían un santuario católico en Constantinopla. Por el año 325, Andio, gefe de un cisma, fué deserrado por Constantino á Escitia; penetró éste entre los godos, predicóles el Evangelio, y estableció en su país las vírgenes, los ascetas y los monasterios (3). Los mismos godos habían ejercitado en extremo la crueldad en la persecucion arriana de 372; y este pueblo fugitivo diputó á Constantinopla en 376 al célebre obispo Ulfilas (4).

Fritigerno y Alavivo mandaban á los visogodos que tendian las manos á Valente; y Atanarico, seguido de algunos compañeros, no quiso presentarse en las tierras del imperio en calidad de perjuro ó de suplicante, y retiróse á los bosques de Transilvania.

Valente, santurron sectario, creíase un profundo político, y consintió en la demanda de los visogodos, felicitándose porque se acantonaban en las fronteras

(1) Et ut fides uberius illis haberetur promittunt, se, si doctores linguæ suæ donnaverit, fieri christianos.... Sic quoque Vesegothæ a Valente imperatore ariani potius quam christiani effecti. De cætero, tam Ostrogothis quam Gepidibus parentibus suis, per affectionis gratiam evangelizantes, hujus perfidiæ culturam edocentes, omnem ubique linguæ hujus nationem ad culturam hujus sectæ invitavere. Ipsi quoque (ut dictum est) Danubium transmeantes Daciam, ripensem Mæsiam, Thraciasque permissu principis insedere. (Jorn. cap. XXV).

(2) Socr., lib. II, cap. XVI.

(3) Sulp. Sev., lib. XVI, núm. 42; Epiph., *Hær.* LXX, núm. 9, 14.

(4) Sozom., lib. VI, cap. XXXVII.

de sus estados unos guerreros que prometian defenderle y hacerse arrianos. Quiso que acampasen todos, aun aquellos á quienes podia atacar una enfermedad mortal (1); pero puso dos condiciones al beneficio: que los godos entregasen sus hijos y sus armas; sus hijos en rehenes, y sus armas como vencidos ¡Y Valente pretendia que aquellos brazos desarmados se levantasen á proteger su cabeza! Los visogodos se sometieron.

El Danubio se habia aumentado con las lluvias. Reunieron un sinnúmero de barcos, de balsas, de troncos de árboles abandonados, y vióse por permission de Dios á los romanos ocupados de noche y de dia en trasladar al imperio á los destructores del imperio. Dos comisarios nombrados con este fin, intentaron contar los bárbaros cuando pasaban de la una á la otra ribera del Danubio; pero tuvieron que desistir de la cuenta (2). Ammiano Marcelino, citando dos versos de Virgilio, dice que hubiera sido mas fácil contar las arenas que el viento de Mediodía levanta en las playas de la Libia. Un cálculo menos poético fija la emigracion de los visogodos en un millon de individuos.

Separaron de sus padres á los hijos varones de las familias mas distinguidas, y distribuyéronlos por di-

(1) Et navabatur opera diligens, ne qui romanam rem eversurus derelinqueretur vel quassatus morbo letali. (Amm. Marcell. lib. XXXI, cap. IV).

(2) Proinde permissu imperatoris, transeundi Danubium copiam colendique adepti Thraciæ partes, transfretabantur in dies et noctes, navibus ratibusque et cavatis arborum alveis agminatim impositi.... Ita turbido instantium studio orbis romani pernicios ducebatur. Illud sane neque obscurum est neque incertum, infaustos trasvehendi barbaram plebem ministros numerum ejus comprehendere calculo sæpe tentantes, conquivisse frustratos. (*Id., ib.*)

ferentes provincias, cuyos habitantes quedaron admirados de los brillantes adornos y marcial belleza de aquellos jóvenes desterrados.

En cuanto á las armas no las entregaron; los visogodos llevaban consigo los tributos que habian recibido en otro tiempo, y las antiguas riquezas que habian robado á los romanos: creyóseles opulentos porque venian cargados de despojos; y para conservar el hierro estimularon la avaricia de los oficiales de Valente con tapices y telas preciosas, y con esclavos y ganados. A los que prefirieron otro lucro prostituyeron sus hijas (4), vendiendo el honor para comprar el imperio, seguros que con la espada no tardarian en conducir á las hijas de los Césares al lecho de los godos.

Los ostrogodos, guiados por Safrax y Alateo que habian salvado á Witerico, presentáronse á su vez en la ribera septentrional del Danubio, y solicitaron inútilmente el favor obtenido por sus compatriotas, porque el miedo comenzaba á reinar entre los romanos.

Los visogodos adelantáronse en las Tracias: los romanos se habian encargado de alimentarlos, y no los sustentaron: suministráronles carne corrompida de perros y de otros animales muertos de enfermedades: un pan costaba un esclavo, y un cordero seis libras de plata. Despues de haber enagenado sus esclavos, no les quedó ya que vender sino sus hijos (2). Asi convirtieron, porque al fin Roma debia perecer, un millon de aliados en un millon de oprimidos: el

(1) Zosim.

(2) Coeperunt duces (avaritia compellente) non solum ovium, boumque carnes, verum etiam canum, et immundorum animalium, morticina eis pro magno contradere: adeo, ut quodlibet mancipium in unum panem aut decem libras in unam carnem mercarentur. (Jorn., cap. XXVI).

reconocimiento acaba donde principia la injusticia.

Los ostrogodos, dejando los ruegos, pasaron el Danubio, y ostentáronse enemigos é independientes en el territorio romano. Fritigerno, gefe de los visogodos, formó secreta alianza con los nuevos emigrados, y se esforzó en reunir á los godos en un mismo interés.

Máximo y Lupicino, generales de Valente, tenían entonces el mando de las Tracias, y eran por su avaricia y su debilidad el móvil primero de todos los infortunios. Estalló la discordia en Marcianópolis, capital de la baja Mesia, situada á setenta millas del Danubio: Lupicino habia invitado á los gefes de los godos á un banquete, con el designio de hacerlos asesinar: la guardia de aquellos gefes, que se habia quedado en las puertas de la ciudad, trabó una querella con los soldados romanos, y sus clamores penetraron en la sala del festin. Fritigerno y sus amigos desenvainaron las espadas, abriéronse paso por medio de la muchedumbre, y salieron de la ciudad, teniendo la fortuna de escapar de las manos de sus enemigos (1). «Este dia, dice Jornandés, quitó el hambre á los godos y la seguridad á los romanos: los primeros no se consideraron ya como errabundos y estrangeros, sino como ciudadanos y señores del imperio (2).»

Lupicino, confiando en la disciplina de las legiones y en la superioridad de sus armas, atacó á los godos, quienes desplegando sus banderas hicieron oír el lamentable sonido de aquel cuerno, célebre en la narracion de sus combates, y á cuyo bronco es-

(1) Amm. Marcell., lib. XXXI; Jorn., cap. XXVI.

(2) Illa namque dies Gothorum famem, Romanorumque securitatem ademit: caperuntque Gothi jam non ut adveniret et peregrini, sed ut cives et domini possessoribus imperare. (Jorn., cap. XXVI).

truendo debía desplomarse el Capitolio (1): los romanos quedaron vencidos.

Antes de la emigración general de aquellos pueblos, una tropa de godos había entrado al servicio de Valente, bajo el mando de Suerido y de Colias; y atacada por los amotinados habitantes de Andrinópolis, los rechazó, y se unió al gran cuerpo de sus compatriotas. Fritigerno pasó el Hemo, y puso cerco á Andrinópolis sin lograr tomarla. Los obreros empleados en las minas de Rodope se sublevaron, refugiándose al seno de los bárbaros, y sirvieronles después de guías en los reductos más secretos de los romanos. Los godos libertaron á sus hijos cautivos (2), que les contaron lo que habían padecido por la lascivia y crueldad de sus señores: parte de los hunos y de los alanos se alió con los godos.

Entonces pensó Valente en remediar los males que había originado: retiró las legiones de Armenia, y pidió socorros al emperador Graciano que acababa de suceder á Valentiniano su padre, y que envió en auxilio de Valente á Richomer, conde de domésticos, con legiones galas. Un primer ejército romano, bajo las órdenes de Trajano y Profuturo, se acercó á los visogodos acampados en la embocadura meridional del Danubio, á sesenta millas al Norte de Tomo, destierro de un poeta: Fritigerno encendió hogueras para llamar á sus tropas derramadas por la llanura. Ligáronse los visogodos con un juramente terrible, y entona-

(1) *Rauca cornua. (Claudian., in Ruf.)* Auditisque triste sonantibus. (Amm. Marcell., lib. XXXI).

(2) *Eo maxime adjumento præter genuinam erecti fiduciam, quod confluebat ad eos in dies ex eadem gente multitudo, dudum a mercatoribus venumdati, adjectis plurimis quos primo transgressu necati inedia, vino exili vel panis frustis mutavere vilissimis. (Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. VI).*

ron cánticos á la gloria de sus abuelos; respondiéron-les los romanos con el *barritus*, grito militar que comenzando casi en voz baja, y siempre creciendo, concluía con una esplosion formidable (1). La batalla de los Sáuces, que tomó su nombre de los pacíficos árboles bajo los cuales se dió, duró el día entero, y la victoria permaneció indecisa. Los visogodos volvieron á entrar en su campo; y los romanos no osaron renovar el combate, determinando encerrar á los bárbaros en el ángulo de tierra que forman el Danubio, el mar Negro y el monte Hemo. Los ostrogodos y el partido de los hunos y de los alanos, con el que Friligerño habia formado alianza, le libertaron.

Valente, suspendiendo la guerra contra los frailes, partió por fin de Antioquia con un segundo ejército. Habiendo llegado á Constantinopla, maltrató al general Trajano, amigo de San Basilio. Al cabo de algunos días salió de la capital de Oriente, arrojado por el desprecio popular y por los clamores de la muchedumbre que le daba prisa para que marchase contra otros enemigos (2).

El monge Isaac salió inmediatamente por donde pasaba el emperador, y poniéndose en su presencia le dijo gritando: «¿Dónde vas? Has hecho la guerra á Dios, y ya no te asiste. Desiste de tu impiedad, ó no volveréis ni tú ni tu ejército.» El emperador contestó: «Ponedle en la cárcel. Falso profeta, volveré y mandaré que te quiten la vida.» Isaac respondió: «Mándame dar la muerte si hablo mentira.» El fraile cristia-

(1) Et Romani quidem voci undique martia concinentes, a minore solita ad majorem protolli, quam gentilitate appellunt barritum, vires validas erigebant. (Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. VII).

(2) Venit Constantinopolim, ubi moratus paucissimos dies, seditione popularium pulsatus, etc. (Amm., lib. XXXI, página 639, Parisiis, 1677).

no (1) reemplazaba al filósofo cínico, diferenciándose solo en las costumbres.

Los godos, después de haber saqueado segunda vez la Tracia y pasado el Hemo, inundaban los contornos de Andrinópolis. Frigerido, general de Graciano, había batido á varios aliados de los godos, entre otros á los taifalos, bárbaros licenciosos, cuyos prisioneros fueron trasladados á las tierras abandonadas de Parma y de Módena (2). Sebastian, general de la infantería de Valente, habíase dedicado á restablecer la disciplina en un cuerpo particular, cuyo cuerpo había logrado ventajas sobre un número superior de enemigos. Embriagado con tales triunfos, preparóse Valente para vencer á los godos, y establecióse en un campo fortificado bajo las murallas de Andrinópolis.

Richomer, desde el Occidente, corrió á anunciar á Valente que su sobrino, vencedor de los álemanes, se adelantaba en su defensa.

Al propio tiempo un obispo enviado por Fritigerino, político tan intrigante como diestro caudillo, se presentó con humildes palabras y sumisiones. Protestó públicamente de la fidelidad de los godos que, según él decía, tan solo solicitaban apacentar sus gana-

(1) Quo pergis, imperator, qui Deo bellum intulisti, nec eum habes adiutorem? Desine ergo bellum inferre ei... Nam neque reverteris, et exercitum præterea amittes....

Ad hæc imperator, ira percitus:

Revertar, inquit, teque interficiam, et falsi vaticinii pœnas a te exigam.

Tum ille minas nentiquam reformidans interfiçe, inquit, si in verbis meis mendacium fuerit deprehensum. (Theodor., *Episcop.*, Cyr. *Eclless.*, *hist.*, lib. IV, pag. 495. Parisius, 4673).

(2) Cum... trucidasset omnes, ad unum... vivos omnes circa Mutinam Regiumque et Parmam, italica oppida, rura culturos exterminavit. (Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. IX).

dos en la desierta Tracia; pero en cartas secretas Fritigerno estimulaba al emperador á emprender la marcha (1), asegurándole que el solo terror que inspiraba su nombre obligaría á los godos á someterse. Valente celoso de la fama de Graciano, no quiso esperar al jóven príncipe que podia arrebatárle ó partir con él el honor de la victoria, y levanto el campo el 9 de agosto del año 378, dejando en Andrinópolis el tesoro militar y los adornos imperiales.

A ochomillas de esta ciudad descubrieron, formando un círculo, los carros de los bárbaros. Los romanos tomaron tristemente sus disposiciones militares entre los lúgubres clamores de los godos (2): los godos, admirados también del estruendo de las armas y del eco de los escudos que golpeaban los legionarios, enviaron á proponer la paz, porque no había llegado aun su caballería mandada por Alateo y Safrax. Valente se obstinó en no dar oídos sino á negociadores de elevada esfera; el soldado romano se fatigó con el calor del día, acrecentado con un vasto incendio, porque había prendido fuego á las yerbas y á la leña seca de los campos (3). Fritigerno pidió á su turno un hombre de distincion para tratar de un acomodamiento, y habiéndose ofrecido Richomer, partió con consentimiento de Valente, cuyo corazón comenzaba á desmayar. Apenas se había acercado al campamento enemigo, cuando los saeteros y los escutarios empeñaron el combate. La caballería de los godos volvía

(1) Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. XII.

(2) *Atque ut mos est, ululante barbara plebe, ferum et triste, Romani duces aciem struxero.* (Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. XII).

(3) *Miles fervore calefactus aestivo, siccis faucibus commarcèret relucente amplitudine camporum incendiis, quos lignis nutritantisque aridis subditis, ut hoc fieret, idem hostes urbant.* (Id., *ibid.*)

entonces reforzada con un cuerpo de alanos; y sin dejar tiempo á Richomer para llenar su mision, precipitóse contra las tropas imperiales.

Encontráronse los dos ejércitos con un choque igual al de las proas de dos navíos, dice Ammiano (1). El ala izquierda de las legiones llegó hasta los carros; pero abandonada por su caballería, quedó abrumada bajo la multitud de bárbaros que cayeron sobre ella como una enorme masa de tierra (2). Detuviéronse los soldados romanos; y apiñados los unos sobre los otros, faltóles tiempo para tirar de la espada: nunca se vieron sus cabezas amenazadas de un peligro mas inminente, bajo aquel cielo en que acababa de estinguirse la luz del día (3).

Entre tanta confusion, horrorizado Valente, saltó por encima de los montones de muertos, y se refugió entre las filas de los lanceros y maciarios que se defendian aun. Los generales Trajano y Victor buscaron en vano la reserva formada de soldados bátavos, porque los caminos se hallaban obstruidos con los cadáveres de los caballos y de los hombres. Una flecha quitó la vida al emperador al cerrar la noche, aunque otros dicen que lo llevaron herido con varios eunucos á la casa de un paisano, y que habiendo llegado los godos, y hallado asegurada la puerta, prendiéronle fuego (4), ignorando lo que encerraba. Valente pereció entre las llamas. «Fué quemado con régia pompa,

(1) Deinde collisæ in modum rostrorum navium acies. (Id. cap. XIII).

(2) Sicut ruina aggeris magni oppresum atque dejectum est. (Id., ibid.)

(3) Diremit hæc numquam pensabilia damna (quæ magno rebus stetero romanis) nullo splendore lunari nox fulgens. (Id., ibid.)

(4) Unde quidam de candidatis per fenestram lapsus, caputque a Barbaris, prodidit factum, et eos mœrore afflixit,

dice Jornandés, por los que le habian pedido la verdadera fé, y á quienes habia engañado dándoles el fuego del infierno en vez del fuego de la caridad (4).»

Los dos generales Trajano y Sebastian; Valeriano, mayordomo mayor; Equicio, maestro de ceremonias; Potencio, tribuno de Promos; otros treinta y cinco tribunos, y las dos terceras partes del ejército romano, quedaron en el campo. Segun el autor ya citado, la historia no presenta otra batalla en que haya sido tan horrorosa la carnicería, si esceptuamos la de Cannas (2).

Los godos dieron el asalto á Andrinópolis sin lograr su rendicion; y habiendo descendido hasta Constantinopla, admiraron los edificios, encaramándose mas altos que las murallas que defendian la ciudad: su destino era ver á Constantinopla y tomar á Roma: entre ambos limites, el mundo civilizado era la liza abierta para sus correrías. Horrorizados con la accion de un sarraceno (3), retrocedieron hácia el Hemo, y derramáronse por un pais fértil hasta el pie de los Alpes Julianos. Los lugares por donde habia pasado aquella muchedumbre, no presentaban mas que el aspecto de una playa desierta y desolada, cuando se ha retirado el flujo que ha atraído las tempestades y los bateles.

Libanio compuso la oracion fúnebre de Valente y de su ejército. «Las lluvias del cielo han borrado la sangre de nuestros soldados: pero quedan sus huesos

magna gloria defraudatos quod romanæ rei rectorem non cepere superstitem. (Id., ibid.)

(4) Cum regali pompa crematus est, haud secus quam Dei prorsus judicio, ut ab ipsis igne combureretur, quos ipse veram fidem petentes in perfidiam declinasset et ignem charitatis ad gehennæ ignem detorsisset. (Jorn., cap. XXVI.)

(2) Amm Marcell., *Ib.*

(3) Hablaré en otra parte.

blanqueados, testigos mas duraderos de su arrojo. El emperador cayó á la cabeza de los romanos. No impu-temos la victoria á los bárbaros; la cólera de los dioses es la única causa de nuestros infortunios.» Libanio tenia en la memoria á Juliano.

Ammiano, que termina su obra en la muerte de Valente, procura tranquilizar á los romanos sobre el triunfo de los godos: recuerda las diferentes invasiones de los barbaros desde la de los cimbrós, con el objeto de probar que nunca han llevado á cabo sus planes: esta digresion del historiador manifiesta, mucho mejor que podia yo decirlo, el terror de los pueblos y sus presentimientos sobre lo venidero.

Refiere el mismo Ammiano (estas son casi las últimas líneas de este soldado griego de la ciudad de Antioquia, que escribia en latin sus memorias en Roma), que el duque Juliano, comandante de la otra parte del Tauro, ordenó por medio de cartas secretas asesinar, fijando dia y hora, á los godos repartidos por las provincias asiáticas. Empleando este prudente artificio, se libró el Oriente sin estrépito y sin combate de un grande peligro (1). La leccion venia de Mitrídates, fué tan inútil al Ponto como al imperio romano. Mejor vengó Graciano á Valente vistiendo la púrpura á Teodosio.

(1) Quo consilio prudenti sine strepitu vel mora completo, orientales provincia: discriminibus ereptæ sunt magnis. (Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. XVI).

DISCURSO TERCERO.

SEGUNDA PARTE.

La familia de Teodosio era española como la de Trajano y Adriano. Teodosio no solicitó el poder, ni tuvo mas intriga que su fama, ni mas protectores que la necesidad. Desterrado, é hijo de un padre excelente general, decapitado en Cartago (1), ambicionaba solamente la paz y la mediania; alcanzó guerras y riquezas: nombróle colega suyo un emperador que no habia cumplido los diez y nueve años.

En el reinado de Teodosio, sucesor de Valente en Oriente, los godos se dividieron y se sometieron. Los visogodos se establecieron en la Tracia, los ostrogodos en la Frigia y en la Lidia, é introducidos en el imperio no salieron ya. El partido de Fravitta, pagano de religion, queria permanecer fiel á los romanos; y el partido de Priulfó ó de Eriulfó defendia que no habia obligacion de guardar fé á los señores cobardes y pérfidos. La enemistad de ambos gefes estalló en un banquete á que Teodosio los habia convidado. Fravit-

(1) Orosio, pág. 219.

ta siguió á Priulfo, que se habia levantado de la mesa, y le atravesó el cuerpo con la espada (1).

Graciano gobernaba el Occidente, mientras que su hermano Valentiniano II, niño aun, residia en Italia. El poeta Ausonio, que profesaba el helenismo, habia tenido parte en la educacion de Graciano (2), y San Ambrosio habia compuesto para este príncipe, á quien llamaba *cristianísimo* (3), una instruccion sobre la Trinidad. Graciano se negó á tomar la ropa pontifical de los idolos (4); publicó y despues recordó un edicto de tolerancia (5), y exceptuó á las mugeres cristianas de subir al teatro (6). El cristianismo era un derecho futuro á la libertad, y un privilegio actual de virtud.

Graciano, prefiriendo la caza á los demas gustos, distinguia con su amistad á los alanos de su guardia, que eran buenos cazadores, y los otros bárbaros que estaban en su servicio concibieron profundos celos. Mellobaud, rey de los francos, el mismo Mellobaud, que habia pretendido que fuese reconocido Valentiniano II para reinar en nombre de un niño, habia logrado á fuerza de astucia ser el favorito de Graciano. Entonces Máximo, soldado ambicioso, permitió que le proclamasen Augusto en la Gran Bretaña: cayó sobre las Galias, acompañado de treinta mil soldados; y seguido de un pueblo numeroso que se fijó en parte en la Armórica. Graciano, que residia en París, tomó la fuga, y detenido por el gobernador del Lyonesado, fué

(1) Eunapo, pág. 24, c. d.; Zos., pág. 775 y 777.

(2) Ausonio, pág. 405.

(3) Christianissimo. (Ambr., *de fide*, tom. IV, pág. 410).

(4) Zos., lib. IV, pág. 774, d.

(5) Ley de 47 de octubre de 378, datada en Constantinopla: ley de 3 de agosto 379, datada en Milan. (*Cod. Theod.*)

(6) *Cod. Theod.* XV, tit. VII, lib. IV, pág. 365.

puesto en manos de Andragatio, general de la caballería de Máximo, y sufrió la muerte. Mellobaud participó de la suerte de su amo, á quien quizás había vendido (1). El emperador de Oriente toleró la usurpacion de Máximo.

Teodosio publicó un edicto famoso en favor de la religión católica, el cual ordena seguir la religión enseñada por San Pedro á los romanos: creer en la Divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, autorizando á los que profesasen esa doctrina para que se llamasen católicos (2).

Sin embargo, el arrianismo triunfaba en las riberas mismas del Bósforo: Roma y Alejandría abandonaban, despues de cuarenta años, la comunión de los obispos y de los principes de Constantinopla, y las disputas sobre religion ocupaban á la ciudad entera. «Pedid á un hombre el cambio de una moneda de plata, y os enseñará en qué se diferencia el Hijo del Padre: preguntad á otro cuanto vale el pan, y os responderá que el Hijo es inferior al Padre: informaos si está pronto el baño, y os dirán que el Hijo ha sido criado de la nada (3).»

San Gregorio Nacianceno intentó fundar en Constantinopla una iglesia católica; persiguiéronle, y la discordia se apoderó de sus ovejas.

Teodosio, despues de haber recibido el bautismo y publicado su edicto, ordenó á Demofilo, obispo arriano, que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofia y las demas iglesias á los sacerdo-

(1) Socr., lib. V; Zos., lib. VII; Pacat., *Panegy. ad Theod.*

(2) Ley de 28 de febrero 380, datada en Tesalónica. (*Cod. Theod.*, XVI, tit. I, lib. II, pág. 4 y 5).

(3) Jortin., *Observaciones sobre la historia eclesiástica*, tom. IV, pág. 71. (5 vol. en 8.^o, 1673): Gibbon.

tes de la fé ortodoxa. Gregorio¹ fué instalado en la catedral episcopal por Teodosio en persona, rodeado de sus guardias. Mas los santuarios se veian vacios, y la poblacion arriana lanzaba gritos (1). Esta resistencia produjo la proscripcion del arrianismo en todo el Oriente: y un sinodo convocado en Constantinopla el año 382 confirmó el dogma de la consustanciabilidad. La intervencion del poder politico no sirvió de obstáculo á San Gregorio, cansado ya, para renunciar su silla y marchar á morir al destierro (2).

Máximo, usurpador de las Galias, ortodoxo como Teodosio, fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. Prisciliano, obispo de Avila en España, fundador de la secta de su nombre, fué castigado con la pena capital en Tréveris con dos sacerdotes y dos diáconos (3); el poeta Latroniano, y Euchrocia, viuda del orador Delfidio, sufrieron la misma suerte. Acusaban á los priscilianos de magia, de embriaguez y de impiedad. San Ambrosio y San Martin de Tours condenaron semejantes crueldades.

Ya he dicho que la emperatriz Justina, muger segunda de Valentiniano I, y madre de Valentiniano II, era arriana. Quiso abrir en Milan una iglesia de su confesion; Ambrosio se opuso, y siguiéronse turbulencias; mas el santo, que las habia escitado con su celo, las calmó con su autoridad. Sin embargo, condenado al destierro, negóse á obedecer, y el pueblo tomó su defensa. La libertad individual comenzaba á renacer, protegida por la verdadera religion. Contábase San Agustin entre los discipulos de San Ambrosio.

(1) Greg. Naz., *de Vita sua*, pág. 24.

(2) *Ibid.*

(3) Sulp. Sev., lib. II; Oros., lib. VII, cap. XXXIV.

Máximo, que había quitado á Graciano las Galias, la Gran Bretaña y las Españas, intentó despojar á Valentiniano de las provincias de Italia: engañó á la corte de Milan, no obstante la prevision de San Ambrosio, y pasó los Alpes antes que Justina recelase sus proyectos, de suerte que esta solo tuvo tiempo para salvarse con su hijo. La poblacion de Milan era católica, y renunció fácilmente á la fidelidad jurada á una princesa y á un niño arrianos. San Ambrosio se negó á toda comunicacion con Máximo (4).

Justina, llegada á Tesalónica, imploró el auxilio de Teodosio, quien, ofreció socorrerla, haciéndola observar que el cielo le imponia el castigo que merecia su heregía (2). Valentiniano tenia una hermana llamada Gala, la cual confirmó en el corazon de Teodosio la resolucion que le inspiraba la gratitud á la familia de Graciano I. Teodosio se casó con Gala, y marchó á la cabeza de un ejército de romanos, de hunos, de alanos y de godos, contra un ejército de romanos, de germanos, de moros y de galos. Máximo, vencido en las riberas del Sava, no mostró arrojo ni talento: refugióse á Aquilea, y cayó prisionero, siendo despojado de los ornamentos imperiales y conducido al campo de Teodosio, donde perdió la cabeza pocos instantes despues de la corona (3).

Habia ocurrido la sedicion de Antioquia un año antes de la victoria de Teodosio: Libanio y San Crisóstomo nos han conservado su doble relacion. Teodosio no obstante de haber pronunciado una sentencia terrible, se conmovió y perdonó: tres años despues

(4) Zos. lib. IV, pág. 767: Teodor., lib. V, cap. XIV, pág. 724.

(2) Theodor., lib. V, cap. XV, pág. 724.

(3) Pacat., *Panegyri. ad Theod.*, pág. 280. *Inter veteres Panegyricos duodecimus.*

no manifestó la misma indulgencia con Tesalónica. En Antioquia habían destruido las estatuas del emperador, de su padre Teodosio, de su primera muger Placila, de sus dos hijos Arcadio y Honorio; y en Tesalónica el pueblo había asesinado á Boterico, comandante de la guarnicion, por haber encarcelado á un infame cochero del circo, enamorado de las gracias de una esclava jóven de Boterico. Teodosio dió la órden de esterminar el pueblo, cuya órden revocó cuando se habia ejecutado. La muchedumbre convocada á los juegos del circo, fué acometida por las tropas ocultas en los edificios del contorno. Un comerciante habia asistido con sus dos hijos al espectáculo, y rodeado de asesinos ofréceles su vida y su fortuna en rescate de sus dos hijos. los soldados responden que tienen obligacion de presentar cierto número de cabezas; pero consienten en perdonar una de ambas víctimas, é instan al comerciante para que designe cual quiere salvar. Mientras que el padre mira llorando á sus dos hijos y vacila, los impacientes bárbaros ahorran á su ternura el horror de la eleccion, y degüellan á ambos niños (1).

Tuvo noticia San Ambrosio en Milan de la matanza de Tesalónica, y retirándose á la campiña, se negó

(1) Mercator quidam, pro duobus filiis qui comprehensi fuerant semetipsum offerens, rogabat ut ipse quidem neceretur, filii vero abirent incolumes: et pro hujus beneficii mercede quidquid habebat auri, militibus pollicebatur. Illi calamitatem hominis miserati, pro altero ex filiis quem vellet, supplicationem ejus admiserunt. Utrumque vero dimittere haud quaquam sibi tutum fore dixerum, eo quod numerus deficeret. Verum pater cum ambos aspiceret flens et gemens, neutrum ex duobus eximere valuit. Sed dubius ancepsque animi quoad interficerentur permansit, utriusque amore ex æquo flagrans. (Sozomeni, *Hist. eccl.*, lib. VII, pág. 747, Parisiis, 1678).

á residir en la corte. Escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio, si asistiérais á él. Lo que me vedaría la sangre de un solo hombre derramada, ¿podré hacerlo con la carnicería de un sinnúmero de inocentes?» (1).

Esta carta no refrenó á Teodosio: quiso entrar en la iglesia, y encontró en el pórtico un hombre que le detuvo: era Ambrosio. «Has imitado á David en su crimen, imítalo en la penitencia (2).»

Pasaron ocho meses sin que el emperador obtuviese el permiso de penetrar en el lugar santo, «¡El templo de Dios, repelia, está abierto á los esclavos y á los mendigos, y me cierran sus puertas!» Ambrosio permanecía inexorable, y respondía á Rufino que le apremiaba: «Si Teodosio quiere cambiar su poder en tiranía, le entregaré con gozo mi vida (3).» Finalmente, conmovido con el arrepentimiento del emperador, le concedió la expiación pública; pero en pago del favor obtuvo una ley suspensiva de las ejecuciones de muerte por espacio de treinta días, contados desde aquel en que se pronunciase la sentencia. ¡Bella y admirable ley, que daba tiempo para que se amortiguase la cólera y naciese la piedad! ¡Sublime lección provechosa á la humanidad y la justicia! Si hubieran mediado treinta días entre la sentencia de Teodosio y su cumplimiento, hubiérase salvado el pueblo de Tesalónica (4).

(1) Offerre non audeo sacrificium, si volueris assistere: an quod in unius innocentis sanguine non licet, in multorum licet? (Ambr., epist. LI, núm. 11).

(2) Secutus est errantem, sequere corrigentem. (Paul., in *Vita Ambrosii*, in tom. I, Operum, pág. 62).

(3) Quod si imperium mutarit in tyrannidem, cædem quidem lubens exipiam. (Theod. lib. V, cap. XVIII).

(4) Ambr. *de ob. Theod.*, cap. XXXIV; Aug. *de Civit. Dei*, lib. V, cap. XXVI. Hay en el código de Teodosio (lib.

Despojándose de las insignias del poder supremo el emperador, hizo penitencia en medio de la catedral de Milan: prosternado en tierra imploró las mercedes del cielo con llantos y súplicas (1). San Ambrosio, prestándole el auxilio de sus lágrimas, parecía haber pecado y delinquido en su compañía (2). Semejante ejemplo siempre famoso, enseñaba al pueblo que los crímenes hacen descender al último rango los hombres mas elevados; que la ciudad de Dios no reconoce grandes ni pequeños, y que la religion todo lo nivela, y restablece la igualdad entre los hombres. Este es uno de los hechos completos, raros en la historia, en que las tres verdades religiosa, filosófica y política habian obrado de concierto. ¡A que inmensa distancia se quedaba el paganismo! La accion de San Ambrosio es una accion fecunda, que encierra ya las acciones análogas de un mundo futuro: es la revelacion de un poder engendrado en la descomposicion de todos los otros.

Teodosio restableció á Valentiniano III en la posesion del imperio de Occidente, y regresó á Constantinopla. Justina acabó sus dias.

XIII, de poen) una ley semejante, que tiene el nombre de Graciano, datada en el consulado de Antonio y de Syagrio, 18 de agosto 382. No puede ser sino la dada por Teodosio en 390: á petición de San Ambrosio: en la apariencia no se habia ejecutado la ley de Graciano.

(1) In templum ingressus, non stans, Dominum precatus est, nec genibus flexis, sep pronus humique abjectus, versus illum Davidis recitavit. «Adhesit pavimento anima mea, vivifica me secundum verbum tuum.» (Theod., lib. V, *Hist.*, cap. XIV).

(2) Si quidem quotiescumque illi aliquis ad percipiendam poenitentiam lapsus suos confessus esset, ita flebat ut illum flere compelleret; videbatur enim sibi cum jacente jacere. (Paul., in *Vita Ambrosii*, pág. 65).

Arbogastes, elevado á los grandes cargos de la milicia, se apoderó de la casa del príncipe: ya hemos podido observar con motivo de Mellobaudes, que los francos se introdujeron en todos los negocios del palacio y del estado. Retenido casi prisionero en Viena de las Galias por su orgulloso súbdito, Valentiniano manifestó su situación á San Ambrosio y á Teodosio; mas no tuvo la paciencia de esperar. Llamó á Arbogastes, le recibió sentado en el trono, y entregó la órden que le destituía de sus empleos. «Tú no me has dado el poder, y no puedes quitármelo;» dijo el franco tirando el papel al suelo (1). Valentiniano tomó la espada de uno de sus guardias para traspasarse ó para herir á Arbogastes (2). Desarmáronle, y algunos días despues le encontraron ahogado en su cama (3).

Arbogastes desdeñó la púrpura, y vistió con ella á un romano que en otro tiempo habia sido su secretario y que se llamaba Eugenio, profesor de retórica latina, y empleado despues de palacio (4). Teodosio se preparó por espacio de dos años enteros para vengar á Valentiniano, y envió á consultar á Juan, solitario de la Tebaida, que le prometió la victoria (5); Estilicon reunió las legiones con Timasio: los bárbaros auxilia-

(1) *Nec imperium mihi dedisti, ait, nec auferre poteris, discerptoque libello, et in terram abjecto, discedebat.* (Zos., pág. 83, Basileæ).

(2) *Gladio ducem confodere voluit, et sibi ipsi manus inferre Valentinianus finxit.* (Philost., lib. XI, c. I, pág. 444 et 445).

(3) *Imperatori dormienti gulam fregerunt.* (Socr., lib. V, cap. XXV, pág. 294; Soz., lib. VII, cap. XXII, pág. 739).

(4) *Grammaticus quidam, qui, cum litteras latinas docuisset, tandem in palatio militavit, et magister scriniorum imperatoris factus est.*—Este es el *scrinii magister* de la chancillería. (Soc., lib. V, pág. 240).

(5) *Ruf., pág. 494; Theodor., pág. 738.*

res se reunieron al ejército: Alarico, el destructor de Roma, se hallaba entre los reclutas de Teodosio, y figuraban ahora en la escena la mayor parte de los personajes que habían de ver la caída de la eterna ciudad.

El soldado franco Arbogastes esperó en los confines de Italia con su emperador Eugenio, al soldado godo Alarico, que venía con su emperador Teodosio. Ocurrió el primer encuentro al pie de las murallas de Aquilea, y perecieron diez mil godos con Bacurio, general de los iberos. Teodosio pasó la noche fortificado en las montañas, y al amanecer vió que le habían cortado la retirada: recurrió entonces á un expediente empleado frecuentemente con los bárbaros, poco cuidadosos de la causa y de los señores por quienes vertían su sangre; es decir, entabló negociaciones con Arbitrion, jefe de las tropas que le cerraban el camino. Concluyeron un tratado que escribieron apresuradamente á falta de papel y de tinta en las tablas (1) imperiales.

Teodosio guió luego á sus nuevos aliados al ataque del campo de Eugenio: caminaba delante de los batallones, y haciendo la señal de la cruz, gritó: «¿Dónde está el Dios de Teodosio? (2)» Levantóse una borrasca, que sembró el terror entre los galos: Eugenio vendido, fué hecho prisionero, atado, agarrotado, conducido á la presencia de Teodosio, y muerto prosternado á sus plantas.

Arbogastes anduvo errante dos días entre las ro-

(1) Tum vere imperator, cum chartam et atramentum quæsitum non reperisset, acceptis tabulis quas quidam ex astantibus forte gerebat, honoratæ et convenientis ipsis militiæ proscripsit gradum. Soz., pág. 742, a, b, c.

(2) Ubi est Theodossii Deus? (Ambr., *In obitu Theodosii imp. Serm.*, tom. V, pág. 417).

cas, y se hirió el corazón con el machete, porque la vida y la muerte de un franco únicamente á él pertenecian. San Ambrosio no habia querido reconocer á Eugenio, y tuvo el placer de abrazar vencedor á su ilustre penitente. El obispo de Milan (1), Rufino (2), Orosio (3) y San Agustin, que parecen autorizados por el mismo Claudiano (4), dicen: *que los apóstoles Juan y Felipe combatieron á la cabeza de los cristianos en un torbellino*. Teodosio habia llorado tanto la víspera de la batalla para conseguir la asistencia del cielo, que colgaron de un árbol para secarlos sus vestidos empapados en lágrimas (5): trofeo de humildad, que fué el trofeo de la victoria. Juan, solitario de la Tebaida, supo este triunfo en la hora misma en que lo consiguió Teodosio (6). En Constantinopla un endemoniado, levantándose por el aire en el momento del combate, gritó apostrofando el tronco decapitado de San Juan Bautista: «Por tí he quedado vencido; tú arruinas mi ejército (7).» Aquí se ven los tiempos como son.

(1) Ambr., *De Spiritu Santo*, 36, pág. 692.

(2) *Fractò adversariorum animo, seu potius divinitus expulso*. Ruf., lib. II, cap. XXXIII, pág. 192.

(3) Oros., pág. 220, b.

(4) *A Theodosii partibus in adversarios vehemens ventus ibat*. Unde pœta: (Claudianus):

O nimium dilecte deo, cum fundit ab antris
Eolus armatas hyemes cui militat æther
Et conjurati veniunt ad clasica venti.

Aug. *de Civ. Dei*, lib. IV, cap. XXVI.

(5) Oros., lib. VII, cap. XXXV, pág. 220.

(6) Ruf., *de Vitis patrum*, cap. I, pág. 457.

(7) *A dæmone in sublimem raptum Joanni Baptistæ conviciatum esse eumque quasi capite truncatum probris appetiisse, ita vociferando: «Tu me vincis, et exercitu meo insidiaris.»* Soz., pág. 743.

Mandó Teodosio derribar las estatuas de Júpiter, colocadas en la pendiente de los Alpes: los rayos eran de oro, y los soldados decían que descaban ser heridos por aquellos rayos: entonces el emperador les entregó el dios tonante (1).

No se habrán escapado á vuestra penetracion las numerosas reminiscencia de otro órden de cosas que hormiguean en esta narracion. Las ficciones del helénismo permanecian en el fondo de los espíritus convertidos al Evangelio; acusábanse y defendíanse de aquellos recuerdos como del crimen de mágia, pero estaban poseidos de ellos. Los poemas de Homero y de Virgilio eran como unos templos defendidos por un demonio poderoso: los obispos, los sacerdotes, los solitarios no los osaban quemar; mas robaban á estos maravillosos edificios cuanto podian convertir en un santo uso. La mitología, reina destronada que dominaba todavia por sus encantos, se apoderó no solo de la literatura cristiana, sino tambien de la historia: imaginaron que las naciones escandinavas y germánicas descendian de los griegos y de los troyanos, y que la Iliada y la Eneida eran las primeras crónicas de los francos. Los bárbaros del Norte se reconocieron hijos de Homero, del mismo modo que los árabes quieren ser hijos de Abraham. ¡Poder prodigioso del ingenio, que da por padre de la verdad al padre de las fábulas!

Vemos en el reinado de Teodosio á los destructores del imperio establecidos en el imperio; á los hunos y á los godos al servicio de los principes mismos á quienes iban á esterminar; á los francos, oficiales de palacio, haciendo y deshaciendo emperadores;

(1) *Eorumque fulmina quod aurea fuissent..... se ab illis fulminari velle dicentibus, hilariter benigniterque donavit.*
Aug. de Cit. Dei, lib. V, cap. XXVI, pág. 110.

á los caledonios, á los moros, á los sarracenos, á los persas, á los iberos, acantonados en las provincias, porque la ocupacion militar del mundo romano precedió cincuenta años á la particion del mismo mundo. Los hombres que defendian aun el trono de los Césares, crugiendo bajo los pasos de tantos enemigos, no venian tampoco de la línea de Sila y de Mario: Estilicon era de la sangre de los vándalos, y Ecio de la sangre de los godos. El imperio latino-romano no era ya sino el imperio romano-bárbaro: parecíase á un campo inmenso que habian tomado los ejércitos estrangeros, y que pasaba por una especie de patria comun y transitoria. No faltaban para acabar la conquista sino algunas derrotas, la mezcla momentánea de las razas, y en seguida su separacion.

La invasion moral se habia conservado á la altura de la invasion fisica ó material: los cristianos habian creado los emperadores como los bárbaros, y habian sometido á los mismos bárbaros. «Vemos, dice San Jerónimo, fluir á Jerusalem sin cesar rebaños de religiosos que llegan de las Indias, de Persia y de Etiopia. Los armenios deponen el carcaj, y los hunos comienzan á cantar salmos. El ardor de la fé penetra hasta en las frias regiones de la Escitia; y el ejército de los godos, en que flotan al aire las cabelleras rubias y doradas, lleva consigo tiendas que trasforma en iglesias (1).»

La ruina del paganismo data de los reinados de Teodosio y de Graciano, que combatieron á un mismo tiempo la idolatría y heregia.

Apoderóse Graciano de los bienes que pertenecian al colegio de sacerdotes y congregacion de vestales; hizo que se quitase en Roma el altar de la Victoria del lugar en donde se reunian los senadores. Cons-

1) Hierón., epist. VII, pág. 54.

tancio lo habia ya derribado, y Juliano restablecido. Dió comision el senado á Simmaco para que solicitase el restablecimiento del altar, y la restitution de los bienes enagenados. El prefecto de Roma defendió la causa del mundo pagano, el obispo de Milan la del mundo cristiano. Preciso es citar el conocido pasage del discurso de Simmaco.

Roma, cargada de años, se dirige á los emperadores Teodosio, Valentiniano II y Arcadio. «Escelentísimos príncipes, padres de la patria, respetad la vejez á que he llegado por mi piedad: dejadme conservar la religion de mis antepasados, que no me arrepiento de haber seguido. Viva yo conforme á mis costumbres, puesto que soy libre. Mi culto ha dominado el mundo, é impuéstole mis leyes: mis sacrificios alejaron á Anibal de mis murallas y á los galos del Capitolio. ¿No he vivido tanto sino para verme insultado al cabo de mi larga carrera? Examinaré las instituciones que se me quieren imponer; pero la reforma que se hace en la vejez es tardia é injuriosa (1).»

Simmaco pregunta donde se jurarán las leyes de los príncipes si se destruye el altar de la Victoria (2): sostiene que la confiscacion de los bienes y rentas de los templos es inicua en el hecho, y aumenta muy poco el tesoro del estado. Los infortunios de los em-

(1) Romam hunc putemus assistere, atque his vobiscum agere sermonibus: optimi principes, patres patriæ, reverimini annos meos, in quos me pius ritus adduxit. Utar ceremoniis avitis, neque enim me pœnitet. Vivam more mea quia libera sum. Hic cultus in leges meas orbem redegit. Hæc sacra Annibalem a mœnibus, a Capitolio Senonas repulerunt. At hoc ergo servata sum, ut longæva reprehendar? Videro quale sid quod instituendum putattur. Sera tamen et contumeliosa est emendatio senectutis. (Symm. lib. X, epist. LIV, pág. 287, etc. et Ambr., tom. II, pág. 828).

(2) Ubi in leges vestras et verba jurabimus? (*Id. ibid.*)

peradores, el hambre que ha desolado á Roma, provienen del abandono de la antigua religion: el sacrilegio ha causado la esterilidad del año (1).

San Ambrosio responde á Simmaco: Roma, expresándose por el órgano de un sacerdote cristiano, declara: «Que sus falsos dioses no han sido la causa de sus victorias, puesto que sus enemigos vencidos adoraban á los mismos dioses: el valor de las legiones lo ha hecho todo. Los emperadores que se entregaron á la idolatría, no se vieron libres de las calamidades inseparables de la naturaleza humana: si Graciano, que seguía el Evangelio, ha experimentado infortunios, ¿fué por ventura mas dichoso Juliano, el apóstata? La religion de Cristo es el único manantial de salud y de verdad. Los paganos se compadecen de sus sacerdotes, que nunca han estado hartos de nuestra sangre. ¡Quieren la libertad de su culto los que en el reinado de Juliano nos prohibieron hasta la enseñanza y la palabra! ¿Os juzgais aniquilados por la privacion de vuestros bienes y de vuestros privilegios? Pues en la miseria, en los malos tratos, en los suplicios tenemos los discípulos de Cristo nuestro acrecentamiento, nuestras riquezas y nuestro poder. Todo lo que Roma puede presentar en favor de la castidad, redúcese á siete vestales, cuya pudicicia de tiempo determinado recompensa con hermosos velos, coronas, ropas de púrpura, con la pompa de las literas, con la multitud de los esclavos, y con inmensas rentas (2). Numerosas

(1) Sacrilegio annus exaruit. (*Id. ibid.*)

(2) Quot tamen illis virgines præmia promissa fecerunt, vix septem vestales capiuntur puellæ. En totus numerus, quem infulæ vittati capitis, purpuratorum vestium murices pompa lectica ministrorum circumfusa comitatu, privilegia maxima, lucra ingentia, præscripta denique pudicitia tempora cogerunt. Non est virginitas, quæ pretio emitur non virtutis studio possidetur. Ambr. lib. II, *contr. relat. Symm*

virgenes evangélicas, de una vida retirada, humilde y austera, consumen sus días en las vigiliás, los ayunos y la pobreza. Nuestras iglesias poseen rentas, gritan. ¿Por qué vuestros templos no han hecho de su opulencia el uso que hacen nuestras iglesias de sus riquezas? ¿Dónde están los cautivos que han rescatado vuestros templos, los pobres que han alimentado, y los desterrados á quienes han socorrido? ¡Sacrificadores! han sido consagrados á la utilidad pública los tesoros que solo servian para vuestro lujo, ¡y á esto llamais calamidad!» (1)

Diez y ocho ó veinte años despues de San Ambrosio, Prudencio se creyó obligado á refutar de nuevo á Simmaco: repite poco mas ó menos en los dos cantos de su poema lo que habia dicho el obispo de Milan; pero emplea un argumento que parece tomado de nuestro siglo, y que oponen al presente á los amadores exclusivos de lo pasado. Simmaco suspiraba por las instituciones de los antiguos; y Prudencio responde, que si debemos preferir la manera de vivir de los primeros tiempos, es necesario renunciar entonces á todas las cosas que sucesivamente se han inventado para el bien estar del hombre; desechar los progresos de las artes y de las ciencias, y retroceder á la barbarie (2). En cuanto á las vestales, Prudencio niega su castidad y su dicha: el poeta se explica en estos términos: «El pudor cautivo es conducido al altar estéril. El deleite no se estingue en las desventuradas porque lo desprecien, sino porque lo apartan con vio-

(1) No he podido traducir literalmente el texto difuso y prolijo de las dos cartas de San Ambrosio: me he contentado con dar la sustancia, y presentar los argumentos.

(2) Placet damnare gradatim

Quicquid posterius sucesor repperit usus.

Prud., cont. Symm., lib. II, V, 280 et seq.

lencia del cuerpo que está intacto; pero su imaginación no se conserva igualmente virgen. La vestal no encuentra el reposo en el lecho: una herida invisible hace que suspire esta doncella innúbil por el himeneo (1).»

Prudencio satiriza luego el permiso concedido á las vestales, de casarse despues de cuarenta años de virginidad. «La vieja veterana, desertando del fuego y de los trabajos divinos á que consagró su juventud, se desposa y traslada sus arrugas honrosas al tálamo nupcial, y aprende á entibiar en el frio lecho un nuevo himeneo (2).»

Si las defensas de Simmaco y de San Ambrosio fuesen meras ampliaciones de dos abogados lidiando en el foro, la historia no se detendria en su exámen; mas era un proceso real, y el mas importante que se habia presentado en el tribunal de los hombres: no se trataba de nada menos que de la caída de una religion y de una sociedad, y del establecimiento de otra sociedad y de otra religion. Perdióse la causa pagana en el tribunal de los emperadores, porque lo estaba ya en el tribunal de los pueblos.

Teodosio, en una reunion del senado, propuso esta cuestion: «¿Qué Dios deben adorar los romanos, á

- (1) Captivus pudor ingratis addicitur aris.
Nec comtemplat petit miseris, sed adempta voluptas
Corporis intacti, non mens intacta tenetur.
Nec requies datur ulla toris quibus innuba cœcum
Vulnus et amissas suspirat fœmina tædas.

Id., ibid.

- (2) Nubit anus veterana, sacro perfuncta labore.
Desertisque focus quibus est famulata juvenus.
Transfert emerita ad fulcra jugalia rugas,
Discit et in gelido nova nupta tepescere lecto.

Id., ibid., V, 1084-1084.

Cristo ó á Júpiter? (1)» La mayoría del senado condenó á Júpiter. Los padres lo sentían quizás; pero los hijos prefirieron el Dios de Ambrosio al dios de Simmaco. La prosperidad del imperio no dimanaba de aquellos simulacros, en los que las costumbres puras no descubrirían ya una divinidad inocente: el altar de la Victoria no había tenido poder sino cuando se había encontrado cerca del altar de la Virtud.

Prudencio nos ha dejado la noticia de la conversión de Roma:

«Hubiérais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría, á aquel senado de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad mas resplandeciente que la toga romana, y al desnudarse las insignias del pontificado pagano. El senado entero, á escepcion de algunos miembros que permanecieron en la roca Tarpeya, se precipitó á los templos puros de los nazarenos; y la tribu de Evandro, y los descendientes de Eneas, corrieron á las fuentes sagradas de los apóstoles. El primero que presentó su cabeza fué el noble Anicio.....; así lo cuenta la augusta Roma. El heredero del nombre y de la estirpe divina de los Olibros, quitó de su palacio, adornado de trofeos, los fastos de su familia, las haces de Bruto, para deponerlas en las puertas del templo del glorioso mártir, para humillar delante de Jesus la segur de Ausonia. La fé viva y pronta de los Paulos y de los Bassos, los ha atraído súbitamente á Cristo. ¿Nombraré á los Gracos tan populares? ¿Diré los cónsules que rompiendo las imágenes de los dioses se consagraron con sus lic-

(1) *Orationem habuit qua eos hortabatur ut missum facerent errorem (sic enim appellabat), quem actenus secuti fuissent et christianorum fidem amplecterentur.* Zozim., *Hist.*, lib. IV, Basileæ.

tores á la obediencia y al servicio del Crucificado todopoderoso? Podria contar mas de seiscientas familias de antigua estirpe alistadas en sus banderas. Fijad los ojos en esta comarca; apenas encontrareis algunos espíritus perdidos en los ensueños paganos, aficionados á su absurdo culto, gloriándose de permanecer en las tinieblas, de cerrar los ojos al esplendor del día (1).»

¿No creerá alguno al leer estos versos de Prudencio, que Roma existia en los principios del siglo V, con sus grandes familias y sus grandes recuerdos? Escribia en 403. Siete años despues, Alarico removia y barria aquel antiguo polvo de los Gracos y de los Brutos, con que se cubria el orgullo de algunos nobles degenerados.

Teodosio estendió la proscripcion del paganismo á las diversas provincias del imperio. Nombróse una

- (1) Exultare patres videas, pulcherrima mundi
Lumina conciliumque senum gestire Catonum;
Candidiore toga niveum pietatis amictum
Sumere et exuvias deponere pontifica les.
Jamque ruit, pauci, Tarpeia in rupe relictis,
Ad sincera virum penetralia nazareorum
Atque ad apostolicos Evandria curia fontes,
Anniadum soboles...
Fertur enim ante alios generosus Anitius urbis
Illustrasse caput: sic se roma inclita jactat.
Quim et Olybriaci generisque et numinis hæres,
Adjectis fastis palmata insignis ab aula.
Martyris ante fores, Bruti submittere fasces
Ambit et ausoniam Christo inclinare securim.
Non Paulinorum, non Bassorum dubitavit,
Prompta fides dare se Christo...
Jam quid plebicolas percurram carmine Gracchos,
Jure potestatis fultos, et in arce senatus
¿Præcipuos simulachra Deum jussisse revelli?
¿Cumque suis pariter lictoribus omnipotenti

comision para abolir los privilegios de los sacerdotes, prohibir los sacrificios, destruir los instrumentos de la idolatría, y cerrar los templos; y el dominio de los mismos templos se confiscó en provechó del emperador, de la iglesia católica y del ejército. «Prohibimos, dice el último edicto de Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera á la última clase, inmolar victima alguna inocente en honor de un idolo inanimado. Vedamos los sacrificios de la adivinacion por las entrañas de las víctimas.»

Arcadio y Honorio, hijos de Teodosio y sus sucesores repitieron estos edictos; puédense ver todas estas leyes en el código (4); pero como eran mas bien conminatorias que espresas, raramente se ponian en práctica; algunas veces eran suspendidas ó renovadas segun la necesidad y fluctuacion de la política. El sumo pontifice Inocencio, con la ocasion del primer sitio de Roma por Alarico en 408, toleró los sacrificios *con tal que se hiciesen secretamente*. Los príncipes, obrando en sentido contrario á sus edictos, conservaban á los paganos en los altos cargos del estado, y concedian titulos á los pontifices de los idolos. Ninguna ley prohibia á los gentiles escribir contra los

Suppliciter Christo se consecrasse regendos?
Sexcentos numerare domos de sanguine prisco
Nobilium lice, ad Christi lignacula versas.

Respice ad illustrem, lux, est ubi publica, cellam;
Vix pauca invenies gentilibus obsita nugis
Ingenia, obstrictos ægre retinentia cultus,
Et quibus exactas placeat servare tenebras
Splendentemque die medio non cernere solem,

(Aurel. Prudentius, vir consularis, contra Symmachum, prefectum urbis, *Corpus poetarum.*, tom. IV, pág. 785, v. 428-464).

(4) Al titulo: *De paganis sacrificiis et templis*.

cristianos y su religion; ninguna ley obligaba al pagano á abrazar el cristianismo, bajo pena de ser castigado en su persona ó en sus bienes. Aun hay mas: varios edictos de aquella época (y he citado ya algunos) se oponen á las adquisiciones del clero por via de testamento ó de donacion; derogan las inmunidades concedidas; órdenan este nuevo género de propiedades de mano muerta, introducido juntamente con la iglesia; prohiben á los frailes la entrada en las ciudades, y fijan la suerte de las religiosas. Aunque el poder político fuese cristiano, inquietabale ya la lucha; temia verse dominado, y no teniendo que temer del paganismo, comenzaba á ponerse en defensa contra los enemigos del otro culto. Las costumbres rompieron tan débil muro, y el celo se estendió mas lejos que la ley.

Por todas partes derribaron los templos, pérdida por siempre deplorable para las artes; mas el monumento material sucumbió, como en todas las ocasiones, bajo la fuerza intelectual de la idea que era ya el convencimiento de los hombres.

San Martin, obispo de Tours, seguido de una tropa de frailes, destruyó en las Galias los santuarios, los ídolos y los árboles consagrados. El obispo Marcelo emprendió la destruccion de los edificios paganos en la diócesis de Apamea, capital de la segunda Siria. El templo cuadrangular de Júpiter presentaba en sus cuatro caras quince columnas de diez y seis pies de circunferencia: resistió, y fué preciso el fuego para lograr su destruccion. Mas tarde, en Cartago, los cristianos, menos fanáticos, salvaron el templo llamado Celeste, convirtiéndole en iglesia, del mismo modo que despues Bonifacio III salvó el Panteon en Roma.

La ruina del templo de Serapis en Alejandría hizose célebre: estaba levantado aquel templo en que se depositaba el Nilómetro, sobre un cerro artificial, al que se subia por cien gradas: sostenianlo multitud

de bóvedas iluminadas por lámparas, y había muchos patios cuadrados y cercados de edificios destinados á la biblioteca, al colegio de los discípulos, y al aposentamiento de los servidores y guardias. Cuatro órdenes de galerías con sus pórticos y sus estatuas, presentaban dilatados paseos: riquísimas columnas adornaban el templo propiamente dicho, que era todo de mármol: tres láminas de cobre, de plata y de oro cubrían las paredes. La estatua colosal de Serapis, con la cabeza cubierta de misteriosas medidas, tocaba con sus dos brazos ambos lados del sitio en que se hallaba, y en un día determinado los rayos del sol venían á alumbrar los lábios del dios (1).

Los paganos no consintieron tan fácilmente en abandonar semejante edificio, y sostuvieron un verdadero sitio, estimulados á la defensa por el filósofo Olimpio (2), hombre de admirable belleza y de una elocuencia divina. Estaba lleno de Dios, y tenía inspiraciones de profeta (3). Dos gramáticos, Hellade y Amnone, combatían bajo sus órdenes: el primero había sido pontífice de Júpiter, y el segundo de un mono (4). Teofilo, arzobispo de Alejandría, armado con los edictos de Teodosio, y apoyado por el prefecto de Egipto, consiguió la victoria. Hellade se vanagloriaba de haber muerto nueve cristianos por su

(1) Ruf., lib. XXII, pág. 192: Socr., pág. 276, lib. VII, cap. XX; *Espositio totius mundi*, Geogr. minor, tom. III, pág. 8.

(2) Ad postremum grassantes in sanguine civium ducem sceleris et audaciæ suæ deligunt Olympium quemdam; nomine et habitu philosophum, quo antesignano arcem defendent et tyrannidem tenerent. Ruf., lib. XX-XXII.

(3) Olympus autem adeo plenus erat Deo ut etc. (Suidas in voce).

(4) Helladius quidem Jovis, Ammonius vero simiæ sacerdos esse dicebatur. Socr., lib. V. cap. XVI, pág. 275.

mano (1); y Olimpio se escapó despues de haber oido una voz que cantaba *alleluia* en mitad de la noche, y en medio del silencio del templo (2). Saquearon y demoliieron el edificio. «Vimos, dijo Orosio, no obstante su celo apostólico, los estantes vacíos y sin libros; devastaciones que dejan memoria de los hombres y del tiempo (3).» La estatua de Serapis, herida primero en la megilla por la segur de un soldado, y despues echada de arriba á bajo y rota, fué quemada pieza por pieza en las calles y en el anfiteatro. Un nido de ratones (4) se escapó de la cabeza del dios, con grande zumba de los espectadores.

Los demas monumentos paganos de Alejandria fueron igualmente destruidos, y las estatuas de bronce fundidas (5). Teodosio habia mandado distribuir el valor en limosnas, y Teofilo se enriqueció juntamente con los suyos (6).

Igualaron con la tierra el templo de Canope, es-

(1) Helladius vero apud quosdam gloriatus est quod novem homines sua manu in conflictu interemisset. (*Id.*, *ibid.*)

(2) Olympius vero, sicut á quibusdam accepi, nocte intempesta quæ illum diem præcesserat, quemdam in Serapio *alleluia* canentem audivit. Soz., pág. 588, c. d.

(3) Nos vidivimus armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea a nostris hominibus, nostris temporibus memorant. Oros. lib.; XV, pág. 421.

(4) Ubi caput truncatum est, murium agmen ex interinis eripuit. Theodor., *Hist. eccless.*, lib. V, pág. 229, Parisiis, 1673.

(5) Ac templa quidem disturbata sunt. Statuæ vero in lebetes et alios alexandriæ ecclesiæ usus conflatæ. Socr. página 275.

(6) Cultus numinis et Serapidis delubrum Alexandriæ disturbata, dissipataque fuere... Imperante tunc Theodosio pretor: præfecto, piaculari homine et Eurymedonte quopiam templi qui dona vix manus hostiliter injecerunt. Eunap., pág. 83, Aantuerpiæ, 1568.

cuela famosa de letras sacerdotales, donde se veía un ídolo simbólico, cuya cabeza descansaba en las pier-nas: poco tiempo antes Antonino el filósofo había en-señado en ella con esplendor la teurgia, y vaticinado la caída del paganismo: Sosipatra, su madre, tenía fa-ma de célebre maga. Las religiosas y los frailes toma-ron en el templo de Canope el lugar que habían ocu-pado los dioses y los sacerdotes egipcios (1).

Así pereció también en los confines de la Persia un templo inmenso que servía de fortaleza á una ciudad. «Habiéndose hecho cristiano Serapio, dice San Geró-nimo, lloró el dios Marmas, encerrado en su templo de Gaza: temblaba esperando que fuesen á derri-barle (2).»

La sangre cristiana que derramaron las manos fi-losóficas de Hellade, quedó vengada en extremo algu-nos años despues con la de Hipacia (3). Era hija de Theon el geómetra, de un ingenio superior al de su padre, y había nacido, criándose y educado en Alejandria. Ins-truida en la astronomía mas de lo que convenia á su sexo, frecuentaba las escuelas, y enseñaba la doctrina de Aristóteles y de Platon: llamábanla la *Filósofa*. Los magistrados le tributaban honores, y veíase todos los días á su puerta una multitud de gentes á pie y á ca-ballo que se apresuraban á verla y á oirla (4). Habiase casado, y sin embargo, permanecía virgen: acontecia entonces con mucha frecuencia, el que dos esposos viviesen libres en el lazo conyugal (5), y que unidos sus

(1) Monacos Canopi quoque collocarunt. Eunap., pá-gina 35.

(2) Hier., epist. VII, pág. 54, d.

(3) La ruina del templo de Serapio ocurrió en el año 391, y la muerte de Hipacia en el año 415.

(4) Suidas.

(5) Isidori philosophi conjux, sed ita ut conjugii usu abs-tineret. Fabric., *Bibl. gr.*, lib, V, cap. XXII.

sentimientos, sus gustos, su destino, su fortuna, estuviesen separados sus cuerpos. La admiracion que inspiraba Hipacia no excluía otro sentimiento mas tierno: moriase de amor por ella un discípulo suyo, y la jóven platónica empleó la música en la curacion de la enfermedad, volviendo por medio de la armonia la paz al alma que habia turbado (1). Cirilo, obispo de Alejandria, concibió celos de la gloria de Hipacia (2). El populacho cristiano á cuya cabeza marchaba un lector llamado Pedro (3), se precipitó sobre la hija de Theon cuando entraba un dia en la casa paterna: los malvados la arrastraron á la iglesia Cesaria, la pusieron enteramente desnuda, y la sajaron con conchas cortantes, quemando en seguida en la plaza Cinaron (4) los miembros de aquella celestial criatura, que vivia en la sociedad de los astros á quienes igualaba en belleza, y cuyas mas sublimes influencias habia experimentado.

El combate de las ideas antiguas y de las ideas nuevas en esta época, presenta un espectáculo que derrama nuevas luces sobre las escenas que presenciamos (5). No era ya como en tiempo de Juliano un movimiento retrógrado; era, al contrario, una carrera sobre la pendiente del siglo; pero las antiguas costum-

(1) Hypathiam ope musicæ illum a morbo isto liberasse.

(2) Suidas, pág. 533.

(3) Quorum dux erat Petrus quidam lector. Socrat., *Hist. eccless.*, lib. VIII, cap. XV, Parisiis, 1678.

(4) Eamque e sella detractam ad ecclesiam quæ Cæsareum cognominatur, rapiunt: et vestibus exutam testis interemerunt. Cumque membratim eam discerpissent, membra in locum quem Cinaronem vocant, comportata incendio consumpsuerunt. Socrat., *Hist. eccl.*, lib. VII, cap. XV, página 352.

(5) Ya no asistimos á este espectáculo, se ha terminado. Corrijo el 15 de agosto de 1850 estas pruebas compuestas

bres y recuerdos, los viejos hábitos y las viejas preocupaciones, disputaban palmo á palmo el terreno, porque al abandonar el culto de los antepasados, creían hacer traición á los hogares, á las tumbas, al honor y á la patria. La violencia ejercida en oposicion con el espíritu de la ley, hacia el conflicto mas porfiado, y acusaban á los cristianos de olvidar en la fortuna los preceptos de caridad que recomendaban en la desgracia.

Los hombres de guerra y los hombres de estado, los senadores y los ministros, los sacerdotes cristianos y los sacerdotes paganos, los historiadores, los oradores, los panegiristas, los filósofos y los poetas, corrían al ataque ó á la defensa de los antiguos y modernos altares.

Teodosio es un emperador violento y débil entregado á los placeres de la mesa, segun Zosimo (1); y es un santo que reina en el cielo con Jesucristo al juicio de San Ambrosio (2).

A la voz y al golpe de las manos mismas de los frailes y de los obispos, derrúmban en los templos: caen al sonido de los cánticos de victoria de Prudencio, y el anciano Libanio reanima su piedad filosófica para enternecer á Teodosio en favor de los mismos templos.

«Aquel, dice al emperador, aquel (Constantino) que cuando era yo un niño aun, abatió á sus plantas al príncipe que le habia ultrajado (Maxencio), creyendo que le convenia adoptar otro Dios, utilizó los tesoros y las rentas de los templos para reedificar á Constan-

antes del 27 de julio. Insensatos que os habeis colocado á la cabeza del estado, ¿por qué no os aprovechais de esta rápida y terrible leccion?

(1) Zos., lib. IV.

(2) Ambr., tom. V, *Sermo de diversis*, pág. 122, f.

tinopla; mas no hizo mudanza alguna en el culto solemne: si las casas de los dioses fueron pobres, las ceremonias se conservaron con lujo y riqueza. Su hijo Constancio se entregó al perverso consejo de mandar que cesasen los sacrificios, y el primo de este príncipe (Juliano), ornado de todas las virtudes, los restableció. Después de su muerte subsistió por algun tiempo la costumbre de los sacrificios, y aboliéronla, es verdad, los dos hermanos (Valentiniano y Valente) á causa de algunos innovadores; pero se conservó el uso de quemar perfumes. Vos mismo habeis tolerado semejantes costumbres, de suerte, que por una parte debemos daros gracias por lo que nos habeis otorgado, y por otra quejarnos de lo que nos quitais. Habeis permitido que el fuego sagrado no faltase en los altares, y que humease con el incienso y los demas aromas.

«Y sin embargo, destrúyense nuestros templos: los unos trabajan para llevar á cabo la obra con la leña, la piedra y el hierro; los otros emplean sus manos y sus pies: ¡presa es esta de Misiena! (Proverbio griego que significa conquista fácil). Hunden los techos, minan las murallas, roban las estatuas y derrocan los altares. Los sacerdotes solo pueden escoger entre dos partidos: callar ó morir. De una primera expedicion corren á otra segunda y tercera, y no se cansan de levantar trofeos injuriosos á vuestras leyes.

«Es todavía peor en las ciudades y los campos. Allí se citan los enemigos de los templos, se reunen y cuentan sus hazañas; el que no es muy criminal, se queda avergonzado. Van como torrentes estendidos por la comarca atacando la casa de los dioses. Privada la campiña de dioses y templos, se arruina, se destruye, se muere: los templos ¡oh emperadores! son la vida de los campos, los primeros edificios que uno ha

visto, los primeros monumentos que han llegado á nosotros al través de la edad; y al templo confia el labrador su muger, sus hijos, sus bueyes y sus cosechas.

«Ved aqui la conducta de los cristianos: protestan que no hacen la guerra sino á los templos; pero esta guerra es en provecho de los tales opresores: arrebatan á los desgraciados los frutos de la tierra, y parten con los despojos, cual si los hubiesen conquistado y no robado.

«Esto no les basta: atacan tambien las posesiones privadas, porque al decir de estos ladrones, *están consagradas á los dioses*. Bajo tan frívolo pretexto muchos propietarios se ven privados de los bienes que poseian heredados de sus abuelos, mientras que sus despojadores, propalando que *honran la divinidad con sus ayunos*, se engordan á espensas de las victimas. Si vamos á quejarnos al *pastor* (titulo que afectan dar al hombre que ciertamente no está dotado de mansedumbre), despide de su presencia á los reclamantes, cual si debieran tenerse por felices en no haber padecido mas.

«Pretenden que hemos violado la ley que prohíbe los sacrificios: nosotros lo negamos, y responden que si no se han verificado sacrificios, hemos degollado bueyes en medio de los festines y de los regocijos: es verdad; pero no habia altar para recibir la sangre, ni se ha quemado parte alguna de la victima, ni se han ofrecido tortas ni hecho libaciones. Pues bien: si cierto número de personas se han reunido en una casa de campo á comer un ternero ó un cordero; si tendidas en la yerba se han alimentado con la carne del mismo ternero ó carnero, despues de haberlo hervido ó asado, no sé que leyes se han infringido; porqué ¡oh divino emperador! vos no habeis prohibido las reuniones domésticas. Ni tampoco por haber cantado un himno en honor de los dioses y haberlos invocado, se ha que-

brantado vuestro edicto; á menos que no queráis transformar en crimen la inocencia de semejantes festines.

«Nuestros perseguidores piensan que con la violencia nos atraen á la práctica de su religion; engañanse: los que parecen haber variado de culto, han permanecido tales como eran antes. Asisten á las asambleas con los cristianos: pero cuando muestran en el rostro que oran, no oran, ó dirigen las preces á sus antiguos dioses. . . .

«En materia de religion fiadlo todo al convencimiento y nada á la fuerza. ¿No tienen los cristianos una ley concebida en estos términos: *Practical la mansedumbre, y procurad conseguirlo todo con ella: mirad con horror á la necesidad y á la violencia?* ¿Por que os precipitais, pues, contra nuestros templos con tanto furor? ¿Asi traspasais vuestras leyes? . . .

« . . . Mas supuesto que los cristianos alegan el ejemplo del primero que despojó los templos (Constantino), hablaré á mi turno. No mentaré los sacrificios, porque no los tocó; pero ¿quién fué mas rigurosamente castigado que el robador de los tesoros sagrados? Aun en vida vengó á los dioses en sí mismo, en su propia familia, y despues de muerto, degolláronse sus hijos.

«Los cristianos se creen tambien autorizados con el ejemplo de su hijo el principe Constancio, quien demolió los templos, empleando en ello tanto trabajo cuanto hubiera necesitado para construirlos: ¡tan difícil era separar aquellas piedras juntas y enlazadas sobre fuertes cimientos! Distribuia los edificios á los favoritos que le rodeaban, del mismo modo que hubiera podido darles un caballo, un esclavo, un perro ó una alhaja. Y tales presentes fueron funestos al que los prodigaba y á los que los aceptaban. . . .

«Sus favoritos, unos murieron en la desgracia, sin

hijos, sin testamento; otros dejaron herederos: ¡pero mas hubiera valido no haberlos tenido! Vemos al presente á sus hijos habitando en medio de las columnas arrancadas de los templos: vémoslos cubiertos de infamia, y haciéndose una guerra cruel (1).»

Esta cita, demasiado instructiva para extraerla, ofrece un cuadro casi completo del siglo IV: usos é influencia de los templos en las campiñas: fin de los mismos templos: principio de la propiedad del clero cristiano, por la confiscacion de la propiedad del clero pagano: avaricia y fanatismo de los nuevos convertidos que se autorizan con las leyes, desnaturalizándolas para cometer rapiñas y turbar el interior de las familias; y del mismo modo que Lactancio ha contado la muerte funesta de los perseguidores del cristianismo, Libanio refiere los desastres sucedidos á los perseguidores de la idolatría. Mas sea lo que fuere, Dios que castiga la injusticia particular del individuo, permite tambien que se cumplan las revoluciones generales calculadas sobre las necesidades de la especie.

Los frailes fueron los principales obreros en la demolicion de los templos; así prodigánselos igualmente ultrages y elogios.

Sozomeno asegura que los padres del desierto practicaban una filosofía divina.

«Los religiosos, dice San Agustin, no cesan de amar á los hombres, aunque hayan cesado de verlos, hablando con Dios y contemplando su hermosura (2).»

San Crisóstomo, con motivo de la sedicion de Antioquía, compara la conducta de los filósofos y de los frailes. «¿Dónde están ahora, grita, los que usaban baston, manto y barba larga; aquellos infames cínicos inferiores á los perros á quienes imitaban? Han aban-

(1) Liban., *Pro temp'is*.

(2) Aug., *Lib. retractatio*, cap. XXI.

donado la desgracia, y han ido á ocultarse á las cavernas. Los verdaderos filósofos (los frailes de los contornos de Antioquía) han corrido á la plaza pública: los habitantes de la ciudad se han dirigido al desierto, y los habitantes del desierto han venido á la ciudad. El anacoreta ha recibido la religion de los apóstoles, é imita su virtud y su valor. ¡Qué vanidad tienen los paganos! ¡Qué débil es su filosofía! Conócese en sus obras que no es sino fábula, comedia, farsa y ficción (1).»

«¿Quiénes son los destructores de nuestros templos? dice á su turno Libanio. Hombres vestidos con ropas negras, que comen mas que los elefantes, que piden al pueblo vino para los cantos, y ocultan su embriaguez bajo la palidez artificial de sus megillas (2).»

«Hay una raza llamada *frailes*, dice á su semejanza Eunapo: estos frailes que parecen hombres en la forma, y cerdos por la vida que llevan, hacen y consienten cosas abominables. . . . Cualquiera que se viste una ropa negra, y presenta al público una figura rara, adquiere el derecho de ejercer una autoridad tiránica (3).»

«En medio del mar (habla el poeta Rutilio) levántase la isla de Capraria, manchada por los hombres que huyen de la luz. Hánse dado ellos mismos el nombre de *monges*, porque aspiran á vivir sin testigos: temen los favores de la fortuna, porque no tendrían valor para afrontar sus desdenes, y hacense desgraciados

(1) Chrisost., *Hom.* 17, pág. 196, c.

(2) Liban., *Pro templis*.

(3) Monacos sic dictos, homines quidem specie, sed vitam turpem porcorum more exigentes, qui in propatulo infinita atque infanda scelera committebant. . . Nam ea tempestate quivis atram vestrem indutus, qui que in publico sordido habitu spectari non abnuebat, is tyranicam obtinebat auctoritatem. Eunap., *in Vita Aedesii*, pág. 84, Antuerpie, 1568.

por el miedo de serlo. ¡Raza estúpida de seso desordenado! Atérranse con la idea del mal, y no pueden sufrir la presencia del bien. Su suerte se reduce á encerrar sus pesares en una estrecha celda, y henchir su triste corazón con un humor atrabiliario (1).»

Después de haber pasado Capraria, isla situada entre la costa de Etruria y la de Córcega, Rutilio descubre otra isla, la Gorgona. «Allí se ha sepultado entre las rocas un ciudadano romano. Poseído este joven por las furias, noble de origen, con un pingüe patrimonio, y no menos dichoso en su consorcio, huye la sociedad de los hombres y de los dioses. El crédulo desterrado se oculta en el fondo de una vergonzosa caverna; figúrase que el cielo se complace con las mortificadoras miserias, y trátase con mas rigor que le tratarían los dioses irritados. Decidme os ruego, ¿no posee esa secta venenos peores que las bebidas de Circe? Entonces se trasformaban los cuerpos, y al presente se trasforman las almas (2).»

(1) Processu pelagi jam se Capraria tollit.

Squalet lucifugis insula plena viris.

Ipsi se monachos grajo cognomine dicunt,

Quod soli nullo vivere teste volunt.

Munera fortunæ metuunt, dum damna verentur;

Quisquam sponte miser ne miser esse queat.

Quænam perversi rabies tam stulta cerebri,

Dum mala formides, nec bona posse patil

Sive suas repetunt fato ergastula pœnas,

Tristia seu viscera felle tument:

Sic nimis bilis morbum adsignavit Homerus

Bellerophonteis sollicitudinibus:

Nam juveni offenso, sævi post tela doloris,

Dicitur humanum displicuisse genus.

Rutilii, *Itinerarium*, lib. I, pág. 405.

(2) Adversus scopulos damni monumenta recentis,

Perditus hic vivo funere civis erat.

El clero cristiano esponía á la risa de la muchedumbre las truhanerías de los sacerdotes del paganismo. Empleaban el imán para hacer prodigios, para poner pendiente en el aire un carro de bronce tirado por cuatro caballos (1), ó para hacer subir un sol de bronce á la bóveda de un templo (2). Encerrábanse dentro de las estátuas huecas arrimadas á las paredes, y espresaban los oráculos.

Fleury ha copiado en la *Historia eclesiástica* una anécdota (3), contada con menos pudor por Rufino (4).

Noster enim nuper juvenis, majoribus amplis,
 Nec censu inferior, conjugiove minor,
 Impulsos furiis homines divosque reliquit,
 Et turpem latebram credulus exul agit.
 Infelix putat, illuvie cœlestia passi,
 Seque premit læsis sævior ipse deis.
 Non rōge deterior Circæis secta venenis?
 Tunc mutabantur corpora, nunc animi.
 Rutilii, *Itinerarium*, lib. I, V. 517-526.

San Agustín habla con estimación de estos frailes de la isla de Capraria tan criticados por Rutilio. Cuenta que Mascerelo bajó á aquella isla, y que se llevó consigo dos religiosos, Eustato y Andrés, á cuyas oraciones debió en Africa su victoria sobre Jibbon, su hermano. Epist. 84, pág. 442.

(1) Prosperii, lib. III, cáp. XXXVIII, pág. 450.

(2) Ruff, pág. 138.

(3) Tom. IV, lib. XIX, pág. 628.

(4) Sacerdos erat apud eos Saturni, Tyrannus nomine. Hic quasi ex responso numinis, adorantibus in templo nobilibus quibusque et primariis viris, quorum sibi matronæ ad libidinem placuissent, dicebat Saturnum præcepisse ut uxor sua pernoctaret in templo. Tum is qui audierat, gaudens quod uxor sua dignatione numinis vocaretur, exornatam comptius insuper et donariis onustam, ne vacua scilicet reppudiaretur, conjugem mittebat ad templum. In conspectu omnium conclusa intrinsecus matrona, Tyrannus, clausis januis et traditis clavibus discedebat. Deinde, facto silentio, per

«Un sacerdote de Saturno, llamada Tirano, abusó así de muchas mugeres de los principales habitantes de la ciudad: decia al marido que Saturno había ordenado que su muger fuese á pasar la noche en el templo. El marido, encantado con el honor que el dios le dispensaba, enviaba á su muger ataviada con los mas bellos adornos, y cargada de ofrendas. Cerrabanla en el templo delante de todos: Tirano entregaba las llaves de las puertas, y se retiraba; pero á media noche venia por los subterráneos y entraba en el ídolo. El templo estaba iluminado, y la esposa atenta á sus preces no veia á nadie; y oyendo de repente una voz que salia del ídolo, llenábase de temor mezclado de alegría. Cuando Tirano en nombre de Saturno le habia dicho lo que juzgaba á propósito para pasmarla mas, ó prepararla para que satisficiese sus apetitos, apagaba de repente las luces, tirando unos lienzos dispuestos con este fin. Descendia despues, y ponía el colmo á sus gustos á favor de las tinieblas. Despues de haber engañado así á muchas mugeres por espacio de largo

occultos et subterraneos aditus, intra ipsum Saturni simulacrum patulis erepebat cavernis. Erat autem simulacrum illud a tergo excisum, et parieti diligenter annexum. Ardentibusque intra ædem luminibus intentæ, supplicantiq; mulieri vocem subito per simulacrum oris concavi proferebat, ita ut pavore et gaudio infelix mulier trepidaret, quod dignam se tanti numinis putaret allequia. Posteaquam vero quæ libitum fuerat vel ad consternationem majore, vel ad libidinis incitamentum, deseruisset numen impurum, arte quadam linteolis obductis, repente lumina extinguebantur universa. Tum descendens obstupefactæ et consternatæ mulierculæ adultærii fucum profanis commentationibus inferebat. Hoc cum per omnes miserorum matronas multo jam tempore gererentur, accidit quendam pudicæ mentis fæminam horruisse fucus, et attentius designantem cognovisse vocem Tyranni, ac domum regressam viro de fraude sceleris indicasse. Ruff., *Hist. eccl.*, lib. II, pág. 245.

tiempo, una, mas prudente que las anteriores, se horrorizó de aquella accion; y escuchando mas atentamente, reconoció la voz de Tirano, regresó á su casa, y descubrió el fraude á su marido. Acusó éste á Tirano, que fué puesto en tormento, y quedó convencido del crimen por su propia confesion, que cubrió de infamia á muchas familias de Alejandria, descubriendo tantos adulterios, y sembrando dudas sobre el nacimiento de tantos hijos. Tales crímenes divulgados contribuyeron mucho á la destruccion de los ídolos y de los templos.»

Habia ocurrido en Roma en el reinado de Tiberio (1) un caso muy semejante, que recordaba tambien el de aquel jóven que, representando el papel del rio Escamandro, abusó de la sencillez de una doncella (2); sacaban á la vista, para vergüenza de la idolatria, las muñecas enchidas de paja, los simulacros ridiculos, obscenos ó monstruosos, los instrumentos de mágia, y hasta las cabezas cortadas de los niños, cuyos labios habian dorado (3); divinidades encontradas en los santuarios mas secretos de los templos derribados.

Los paganos se sostenian firmes y devolvian desprecio por desprecio, insultando el culto de los martires. «En vez de los dioses del pensamiento, los frailes obligan á los hombres á adorar esclavos de la peor especie; recogen y salan los huesos y las cabezas de los malhechores condenados á muerte por sus crímenes; trasladanlos aqui y alli; enseñanlos como divinidades; se arrodillan delante de semejantes reliquias, y se prosternan delante de las tumbas, cubiertas de inmundicia y de polvo. Llaman martires, ministros, intercesores para con el cielo, á los esclavos que infieles en otro tiempo, han sido azotados con varas, y llevan en

(1) Joseph., *Ant.*, lib. VIII, cap. IV.

(2) Lucian.

(3) Ruf., pág. 188.

sus cuerpos el merecido sello de su infamia: ved aquí á los nuevos dioses de la tierra (1).»

En medio de estos exaltados combatientes, los hombres mas justos y mas moderados de uno y otro partido, reconocian lo que podia y debia alabarse y criticarse en los discipulos de ambas religiones. Ammiano Marcelino, hablando del papa Dámaso, observa que los cristianos tenian poderosas razones para disputarse aunque fuese á mano armada, la silla episcopal de Roma. «Los candidatos preferidos, enriquecense con los presentes de las mugeres; véense paseados en carros, y vestidos con ornamentos magníficos; y la suntuosidad de sus festines, sobrepuja la pompa de las mesas imperiales. Los obispos de Roma, que asi hacen ostentacion de sus vicios, serian mas venerados si se pareciesen á los obispos de provincia, sóbrios, sencillos, modestos, con la vista fija en la tierra, granjeándose la estimacion y respeto de los verdaderos adoradores del Dios eterno (2).»

«Hazme obispo de Roma, decia el prefecto Pretex-
to á Dámaso, y me hago cristiano (3).»

(1) Eunap. *in Vita Aedes*.

(2) Neque ego abnuo ostentationem rerum considerans urbanarum, hujus rei cupidus ob impetrandum quod appetunt omni contentione laterum jurgari debere: cum id adepti, futuri sint ita securi, ut ditentur oblationibus matronarum procedantque vehiculis insidentes, circumspecte vestiti, epulas currentes profusas, adeo ut eorum convivia regales superant mensas. Qui esse poterant beati revera, si magnitudine urbis despecta quam viliis, ad imitationem austitutum quorundam provincialium viverent: quos tenuitas edendi potandique parcissime, vilitas etiam indumentorum, et supercilia humum spectantia, perpetuo numini verisque ejus cultoribus et puros commendant et verecundos. Amm. Marcell., lib. XXVII, cap. IV.

(3) Facite me Romanæ urbis episcopum, et ero protinus christianus. (Hieron., tom. II, pág. 465).

San Gerónimo, muchas veces razonable, á fuerza de ser apasionado, escribe: «¡Que vergüenza tan grande para nosotros! Los sacerdotes de los falsos dioses, los truhanes, las personas mas infames pueden ser legatarios: solos los sacerdotes y los frailes no pueden serlo; prohibeselo una ley, y una ley que no han hecho los emperadores enemigos de la religion, sino los principes cristianos. Y aun no me quejo de los que han publicado la ley, sino de que nosotros la hayamos merecido; inspiróla una sábia prevision, mas no es bastante poderosa contra la avaricia, porque se burlan de la prohibicion con fraudulentos fideicomisos (1).»

El mismo padre dice en otra parte: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver mas libremente á las mugeres. Cuidan principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucha propiedad y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro; las sortijas brillan en sus dedos; andan con la punta del pie; de suerte que mas os parecerán jóvenes recién casados que clérigos. Otros hay cuya ocupacion única es saber los nombres y la residencia de las mugeres de calidad, y de conocer sus inclinaciones; y podria nombrar á uno que es maestro en la materia. Levántase al salir el sol, despues de haber preparado el órden de sus visitas, busca los caminos mas cortos, y el viejo importuno entra hasta en las alcobas donde duermen. Si desea una almohada, una servilleta ó algun mueble de su gusto, lo alaba, admira la propiedad, lo toca, se queja de no tener otro igual, y lo arranca en vez de obtenerlo (2).»

(1) Copio la elegante imitacion de Mr. Villemain. (*Mel. hist. et liter.*)

(2) Fleury *Hist. eccles.*, tom. IV, lib. XVIII, pág. 493. Moliere ha imitado varias pinceladas de este cuadro en el *Hipócrita*.

Gregorio Nacienceno habla de los carros dorados, de los hermosos caballos, de la comitiva numerosa de los preladados; y pintanos á la muchedumbre «desviándose delante de ellos como delante de las bestias feroces (1).»

Repetíanse en todas partes semejantes disputas, atravesaban los mares, se continuaban por medio de cartas desde la gruta de Betlem á Hipona, de Antioquia á Constantinopla, de Constantinopla á Roma. Todos los espíritus se conmovían en todas las clases, mientras se aproximaba la catástrofe; pero por un efecto natural los que seguían la causa perdida para llegar al poder, solo encontraban su ruina.

Focio nos ha conservado un fragmento de Damascio, en el que aquel filósofo va refiriendo los personajes que emprendieron inútilmente resucitar el culto de los helenos. Nombra á Juliano el primero: Lucio, capitán de los guardias de Constantinopla, intentó quitar la vida á Teodosio para volver á levantar la idolatría; pero no pudo desenvainar la espada, horrorizado con las terribles miradas de una muger, que estaba detrás del emperador y que lo ceñía con sus brazos. Marso é Illo perdieron la vida en una empresa de la misma naturaleza: Ammiano, después de haber conspirado, se refugió al lado de un obispo: Severiano urdió una nueva trama; pero vendióle Americo, que descubrió el complot á Zenon, emperador de Oriente (2).

Eugenio, vencedor de Arbogastes, colocó la imagen de Hércules en sus banderas, volvió á los templos sus rentas, y mandó restablecer en Roma el altar de la Victoria. En esta misma Roma, que tanto dolor mostraba de renunciar al dios Marte, habíase divul-

(1) Greg. Naz., *Orat.* 32, pág. 526.

(2) *Vid. et Voss., de Histor. gr.*, lib. II, cap. XXI.

gado un oráculo: los versos griegos anunciaban que el cristianismo duraría trescientos setenta y cinco años: Jesús no tenía culpa de su culto; mas Pedro, versado en las artes mágicas, había establecido para este número fijo de años la religión de Jesucristo (1). Y contando desde la resurrección, el período fijado espiraba en el consulado de Honorio y de Eutiquiano, el año 398 de la era cristiana. Los paganos llenos de alegría aguardaban la abolición completa é inmediata de la ley evangélica, y en el mismo año los templos de Africa fueron destruidos ó cerrados por orden de Honorio (2).

Nació otra esperanza: Radagaso, pagano y bárbaro, asolaba la Italia y amenazaba a Roma. «¿Cómo, decían los piadosos idólatras, hemos de poder resistir á un hombre que ofrece por la tarde y por la mañana agradables víctimas á los dioses que nosotros abandonamos?» (3) Y Radagaso quedó vencido, mientras que Alarico, bárbaro también, pero cristiano, entró en Roma. Eucher, hijo de Estilicon, era el objeto de los votos secretos: profesaba el paganismo.

El mismo Atalo, juguete de los godos, tuvo partidarios: había distribuido los principales oficios del estado entre los politeístas, y Zosimo observa que la fa-

(1) Cum enim viderent, nec tot tantisque persecutionibus eam potuisse consumi, sed his potius mira incrementa sumpsisse, excogitaverunt nescio quos versus graves, tamquam consulenti cuidam divino oraculo effusos, ubi Christum quidem ab hujus tamquam sacrilegii crimine faciunt innocentem. Petrum autem maleficiis fecisse subjungunt, ut coleretur Christi nomen per trecentos sexaginta quinque annos; deinde completo memorato numero annorum sine mora sumeret finem. (*De Civit. Dei.*, lib. XVIII, cap. LIII).

(2) *Id. ibid.*

(3) *De Civit. Dei.* lib. V, cap. XXIII, pág. 63.

milia cristiana de los Anicos se alligia solo con el bien público (1). La pasión no podía ir más lejos.

En fin, Antemio, uno de los últimos fantasmas del emperador creado por Richomer, hizo palpar por última vez el corazón de los viejos helenistas: inclinábase á los ídolos, y había ofrecido á Severo, enteramente entregado al culto antiguo, restituir á la ciudad eterna su primer esplendor, y devolver á las aras los dioses autores de su gloria. El sumo pontífice Hilario echó por tierra este plan, obligando á Antemio á dar palabra de separar de su lado á cierto Filoteo (2), de la secta de los macedonianos, que colocaba á Antemio entre el paganismo y la heregía: Alarico y Genérico se habían apoderado de Roma, y Odoacro, rey de Italia, estaba muy cerca de reemplazar al emperador de Occidente.

Sepultóse el paganismo en las catacumbas de donde había salido el cristianismo: hoy día se encuentran entre las capillas y sepulcros de los primeros cristianos los santuarios y simulacros de los últimos ídolos (3). No solamente los restos de la religión griega se conservaron secretamente, sino que ella dominó públicamente alguna parte del nuevo culto: en la corte de Roma se lamentaba de esto San Bonifacio en el siglo VIII (4).

(1) Zozim., lib. V, pág. 827.

(2) Phot., cap. CCXLII, pag. 4040.

(3) D'Ágin-court, *Monumento de la edad media en Roma*.

(4) Bonif., *Epist. ad Serran et D. Mart.*, *Thes. Anecd.*

DISCURSO TERCERO.

TERCERA PARTE.

El combate moral é intelectual se terminó de la misma manera que la lucha política. Después del saqueo de Roma, la idolatría achacó á los fieles todas las públicas calamidades, acusacion que habia reproducido muchas veces, y que renovaba en su última hora. Los cristianos débiles levantaban su voz juntamente con los paganos, y decian: «Pedro, Pablo, y Lorenzo, están enterrados en Roma, y Roma es saqueada (1).» Para refutar este argumento ya rebatido, compuso San Agustín la grande obra de la *Ciudad de Dios*. Elevando la belleza, verdad y santidad del cristianismo, tiene por objeto probar que los romanos debieron su pérdida á la corrupcion de sus costumbres y falsedad de su religion: los persigue con la historia en la mano.

«Decís proverbialmente: No llueve, y los cristianos son la causa. ¿Olvidais acaso las plagas que han desolado el imperio antes que se sometiese á la fé?

(1) Aug., *Serm.*, pág. 4200.

Confiais en vuestros dioses: ¿cuándo os han protegido? Los bárbaros, respetando el nombre de Jesucristo, perdonaron á cuantos se habian refugiado en las iglesias de Roma: las guerras de los paganos no ofrecen un solo ejemplo de esta naturaleza; nunca los templos salvaron á ninguno. En tiempo de Mario, el pontífice Mucio Scévola fué muerto al pie del altar de Vesta, asilo juzgado inviolable, y su sangre casi apagó el fuego sagrado. Roma idólatra ha padecido mas con sus discordias civiles, que Roma cristiana con el hierro de los godos: Sila hizo morir mas senadores que cuantos ha despojado Alarico.

«La Providencia fundó los reinos de la tierra: la grandeza pasada del imperio no debe atribuirse con mas fundamento al poder de los dioses impotentes, que á la influencia quimérica de los astros. La teología natural de los filósofos no puede oponerse á su vez á la teología divina de los cristianos, porque se ha engañado muchas veces. La escuela itálica que fundó Pitágoras, la escuela jónica que Tales instituyó, han caído en errores capitales. Tales, aplicado al estudio de la física, tuvo por discípulo á Anaximandro, que instruyó á Anaximeno, que fué maestro de Anaxágoras, y Anaxágoras de Sócrates, que aplicó la filosofía á las costumbres. Platon vino despues de Sócrates, y se aproximó en gran manera á las verdades de la fé.

«Mas ¿cómo es que los cristianos que pretenden no adorar mas que un solo Dios levantan templos á los mártires? El hecho no es exacto: nuestro respeto á los sepulcros de los confesores, es un homenaje tributado á los hombres que atestiguaron la verdad hasta la muerte; pero nunca se han oido pronunciar á un sacerdote estas palabras celebrando los oficios en el altar de Dios sobre las cenizas de un mártir: Pedro, Pablo, ó Cipriano, os ofrezco este sacrificio.

«Los paganos se glorian de los prodigios obrados

por su religion: Tarquino cortó una piedra con una navaja: una serpiente de Epidauró siguió á Esculapio hasta Roma: una vestal arrastró una galera con su cintura: otra sacó agua en una criba: ¿pueden tales maravillas compararse con los milagros que cuenta la Escritura? El Jordan suspendiendo su curso, deja pasar á los hebreos: las murallas de Jericó caen delante del Arca santa. ¡Ah! no nos aficionemos á la ciudad de la tierra: volvamos nuestros pasos á la ciudad del cielo, que tiene su origen antes de la creacion del mundo visible.

«Los ángeles son los primeros habitantes de esta ciudad divina: vienen del cielo y de la luz, porque en el principio Dios hizo el cielo, y dijo: *Que la luz sea*. Dios no crió sino un solo hombre, y todos estábamos en aquel hombre. Dióle una alma dotada de inteligencia y de razon, ó bien hubiese antes esta alma, ó bien la comunicase soplando contra la cara del hombre, cuyo cuerpo no era sino barro. Dió al hombre una muger para reproducirse; pero como toda la raza humana debía venir del hombre, formó á Eva de los huesos, de la carne y de la sangre de Adán.

«El hombre, á quien el Señor habia dicho: El dia que comerás del fruto prohibido morirás, comió del fruto prohibido y murió. La muerte es el castigo impuesto al pecado; mas si el pecado se borra con el bautismo, ¿por qué el hombre muere al presente? Muere, para que no sean destruidas la fé, la esperanza y la virtud.

«Dos amores han edificado las dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, ha levantado la ciudad terrestre; y el amor de Dios hasta el menosprecio de sí mismo, ha construido la ciudad celeste. Cain, ciudadano de la ciudad terrestre, construyó una ciudad; Abel no construyó ninguna, porque era ciudadano de la ciudad celeste, y extranjero en la

tierra. Las dos ciudades pueden unirse por el matrimonio de los hijos de los santos con las hijas de los hombres á causa de su hermosura, porque la hermosura es un bien que emana de Dios.

«Las dos ciudades se mueven juntas: la ciudad terrestre, desde el tiempo de Abraham, ha producido los dos grandes imperios de los asirios y de los romanos: la ciudad celeste llega, por el mismo Abraham, desde David á Jesucristo. Han venido cartas de aquella ciudad santa de que al presente estamos desterrados, y estas cartas son las Escrituras. El rey de la ciudad celeste ha descendido en persona á la tierra para enseñarnos el camino y servirnos de conductor.

«El bien soberano es la vida eterna, y no pertenece al mundo actual: el mal soberano es la muerte eterna, ó la separacion de la compañía de Dios. La posesion de las felicidades temporales es una bienaventuranza falsa, una gran enfermedad. El justo vive de la fé

«Cuando las dos ciudades habrán llegado á sus fines en medio de Cristo, habrá suplicios eternos para los pecadores. La pena de muerte en la ley humana no consiste solo en una minuta empleada para la ejecucion del criminal, sino en el acto que le priva de la existencia: el Juez eterno escluye al culpable de la eternidad viva, como el juez escluye al culpable del tiempo existente. El Eterno no puede pronunciar sino juicios eternos.

«Por la misma causa la ventura de los justos no tendra término. El alma, sin embargo, no perderá la memoria de los males pasados: si no se acordase de su primitiva miseria, sino conociese tambien la miseria indestructible de los que hubiesen perecido, ¿cómo cantaria sin fin las misericordias de Dios, como nos lo enseña el Salmista? En la ciudad divina se cumplirán aquellas palabras: *Permaneced tranquilo*

reconoced que soy Dios; es decir, que allí se gozará del sábado, de aquel día largo y sin noche, y en el que descansaremos en Dios.»

Brilla en esta obra del Platon cristiano la melancolía mas profunda: descúbrese una alma tierna, inquieta, echando ménos quizás las ilusiones, y cuyos vagos sentimientos son producidos por un espíritu abstracto y una imaginación mística. El que jóven aun habia confesado con tanto candor que habia pedido la pureza *pero no demasiadamente pronto* (1), *que habia deseado* (2) *amar*: el que habia dicho: «Cuando me hayais conocido tal como soy, rogad por mi (3).» el padre de Adeodato derrama por las páginas escritas en su vejez ese disgusto de la tierra, ventura de los santos y herencia de los desgraciados. El espectáculo de las calamidades públicas contribuía sin duda á entristecer el genio de Agustin: no eran un tiempo al propósito para escribir, los años que separan á Alarico de Genserico, segundo destructor de Roma y de Cartago, y que mediaron entre el saqueo de la ciudad eterna por los godos, y el de Hipona por los vándalos.

Volusiano, de una familia poderosa de Cartago, habia escrito á San Agustin que un amigo suyo manifestaba deseos de encontrar un cristiano capaz de resolver ciertas dificultades relativas al nuevo culto. San Agustin en su respuesta afable y política, le incluye una especie de compendio de la *Ciudad de Dios*.

El mismo padre mantiene correspondencia con la poblacion pagana de Madaura: «¡Despertaos, pueblos de Madaura, amigos míos, parientes míos, hermanos míos...! (4). ¡Conviértaos el verdadero Dios a la fé,

(1) *Confess.*, lib. VIII, cap. VII, núm. 17.

(2) *Id.*, *idid.*, lib. III y IV.

(3) *Id.*, *Epist.* 234, núm. 6.

(4) *Expergiscimini aliquando, fratres mei, et parentes mei madaurenses.* (*Epist.* 232).

librándoos de las vanidades de este siglo!» Un obispo, un controvertista ardiente, San Agustín, llama á los idólatras *parientes y hermanos* suyos.

Algunos años antes habia tenido tambien activa correspondencia por cartas con Máximo, gramático de la misma ciudad de Madaura, y Máximo le habia pedido que dejando aparte su elocuencia, y los sutiles argumentos de Chrisippo, le explicase cual era el Dios de los cristianos. «Ahora, varon escelente (1), que has abandonado mi comunión, esta carta será arrojada al fuego, ó destruida de otra manera. Si sucede así, perecerá un pedazo de papel, pero no mi doctrina... ¡Quieran los dioses conservarte! ¡Los dioses en quienes los pueblos de la tierra adoran de mil modos diferentes en una armonía discorde al Padre comun de los dioses y de los hombres!» (2). Ved aqui al pagano que implora á su turno las bendiciones del cielo sobre la cabeza del cristiano.

Longino escribe estas palabras á San Agustín: «Señor y honrado padre: en cuanto á Cristo, en quien crees, y al espíritu de Dios, por quien esperas ir al seno del verdadero, del soberano, del bienaventurado autor de todas las cosas, no me atrevo á espresar lo que pienso: difícil es al hombre definir lo que no entiende; mas tú eres digno del respeto que profeso á tus virtudes.» (3).

San Agustín responde: «Aprecio tu circunspeccion en no negar ni afirmar cosa alguna tocante á Cris-

(1) Vir eximie.

(2) Dii te servent, per quos et eorum atque cunctorum mortalium communem patrem, universi mortales, quos terra sustinet, mille modis concordia discordia veneramur et colimus. *Ap.*, Agustín, ep. 46 al 43, tom. II.

(3) Ut autem me cultorem tuarum virtutum dignatus est. Agustín., ep. 233, núm. 3.

to: es una reserva laudable en un pagano.» (1).

El ilustre obispo de Hippona espiró á los sesenta y seis años, en su ciudad episcopal sitiada, en el pleno ejercicio de los deberes de un pastor valeroso y caritativo. «Murió, dice el elegante autor que nunca os cansareis de ver citado, murió con los ojos clavados en la ciudad celeste, cuya maravillosa historia habia escrito (2).»

Mas antes de estas cartas de Agustin, encuéntrase un monumento mas extraordinario de la tolerancia religiosa entre los entendimientos superiores: las cartas de San Basilio á Libanio, y de Libanio á San Basilio. El sofista pagano habia sido maestro del doctor cristiano en Constantinopla. « Cuando regresasteis á vuestro pais, escribe Libanio á Basilio, me decia á mí mismo: ¿qué hace ahora Basilio? ¿aboga en el foro? ¿enseña la elocuencia? He sabido que has seguido mejor camino: que no te has ocupado sino en agradar á Dios, y he envidiado tu dicha (3).»

Basilio envia jóvenes capadocios á la escuela de Libanio, sin temor de infestarlos con el veneno de la idolatría. «Bastará, le dice, que antes de la edad de la experiencia se cuenten estos jóvenes en el número de vuestros discípulos (4).»—«Basilio es mi amigo, esclama Libanio en otra carta; Basilio es mi vencedor, y siéntome arrebatado de alegría.» (5).—«Tengo vuestra arenga, dice Basilio, y la he admirado: ¡oh

(1) Proinde quod de Christo nihil tibi negandum vel affirmandum putasti, hoc in pagani animo temperamentum non invitus acceperim. (Epist. 235).

(2) Traducción de Mr. Villemain, *Mel. hist. et lit.*

(3) Ep. 336.—Edit. Bened.

(4) Ep. 337.

(5) Ep. 338.

musas! ¡oh Atenas! ¡cuántas cosas enseñais á vuestros discípulos! (1).»

¿Es este el enemigo de Juliano, el amigo de Gregorio Nacianceno, el fundador de la vida cenobítica? ¿es aquel el ardiente sectario de Juliano, el violento adversario de los frailes, el orador que defendía los templos? ¿son tales hombres los que tienen semejante comercio de cartas?

Sinesio, de la colonia de los lacedemonios fundada en Africa, en la Cirenaica, descendía de Euristenes, primer rey de Esparta, de la estirpe dórica: era filósofo, y como San Agustín en su juventud, dividía el tiempo entre la lectura y la caza. El pueblo de Ptolemaida, en Libia, lo pidió por obispo. Sinesio declaró que no se reconocía con la pureza de costumbres necesaria para tan santo estado: que Dios le habia dado una esposa que no quería abandonar, ni visitarla furtivamente como un adúltero, y que deseaba tener muchos hijos bellos y virtuosos. Añadió: «No creeré jamás que el alma haya sido creada despues del cuerpo: nunca diré que el mundo ha de ser destruido en todo ó en parte: la resurreccion me parece una cosa muy misteriosa, y no me sujeto á las opiniones del vulgo (2).» No obstante su esposa y sus opiniones, nombráronle obispo. Cuando se hubo ordenado, no acertó en siete meses á resolverse á vivir en medio de su rebaño; pensaba que su cargo era incompatible con su filosofia, y quería espatriarse y pasar á Grecia (3). Dejáronle su filosofia, y permaneció Ptolemaida.

Sinesio habia sido discípulo de Hipacia en Alejandria, y las cartas que le escribía tenían este sobres-

- (1) Ep. 353.
 (2) *Syn.*, Ep. 57.—105.
 (3) Ep. 95.—*ad Olymp.*

crito: *A lo filósofa: á la filósofa Hipacia* (1). En una de ellas (y era ya obispo) la llama su madre, su hermana, su manceba (2): dícele que tiene una alma muy divina (3), y felicita á Herculiano por haberle hecho conocer aquella muger extraordinaria que revelaba los misterios de la verdadera filosofía (4). Estas pacíficas relaciones manteníanse en un rincón del mundo el año 410 de Roma, el año mismo en que Alarico entró en la ciudad eterna. Cinco años antes los macetas y otros pueblos bárbaros habían sitiado á Cirena (5). La mano de Dios mostrábase desnuda, y bajo su peso abismábanse los siglos, los imperios, y los monumentos, y los hombres seguían el curso ordinario de su destino: en aquel tiempo abundaba la vida, porque también abundaba la muerte.

Hasta los poetas gemían en ambos cultos de no poder cantar en la misma fuente y sobre la misma montaña. Ausonio, de la religion de Homero, escribe á Paulino, de la religion de Cristo: «¡Musas, divinidades de la Grecia, escuchad mis ruegos, restituid el poeta á las musas del Lacio!» El poeta de la cruz responde: «¿Por qué llamas en mi auxilio á unas musas que he repudiado? Un Dios mas grande subyuga mi alma... Nada te arrancará de mi memoria... Mi alma no puede olvidarte, porque no puede morir... (6)»

Echase de ver por esto, que el tiempo habia gastado la violencia de los partidos; pasado el momento de la accion, los hombres superiores no tardan en entenderse; entre estos hombres existe una paz natural,

(1) Ep. 15, pág. 172; ep. 10, pág. 170.

(2) Ep. 16, pág. 173.

(3) Ep. 10, pág. 170.

(4) Ep. 136, pág. 272.

(5) Ep. 265.—269.

(6) Villemain, *Mel. hist. et litt.*, pág. 449.

que pudiera llamarse la paz de los talentos semejante á aquella paz de Dios, que una religion comun estableció entre los intrépidos y esforzados. Al fin del cuarto siglo y en los dos siguientes, la tendencia que los filósofos de las dos religiones tienen á unirse es enteramente visible, desaparece el odio, solo el sentimiento queda. Las disputas existen solamente entre los cristianos de diversas sectas.

Sin embargo, algunos caractéres rígidos, instruidos rústicamente en la enseñanza apostólica, desaprobaban tanta blandura; condenaban á los oradores y á los poetas, y menospreciaban la delicadeza del lenguaje. San Gerónimo confiesa con lágrimas su inclinacion á los autores profanos, y expia de antemano con el ayuno, las vigalias y la oracion, la lectura que va á emprender de Ciceron y de Platon. Rufino acusa á Gerónimo de un crimen enorme: de haber ocupado á varios religiosos del monte de los Olivos en copiar los diálogos de Ciceron, y de haber en su cueva de Bethleem explicado á Virgilio á los niños cristianos.

Los filósofos, despues del reinado de Juliano, no se distinguian de la muchedumbre en el vestido y en las costumbres; pero la profesion de las doctrinas, y la sucesion de los maestros, prolongáronse mas allá del reinado del apóstata. En los siglos V y VI, los paganos ocupaban todavia las cátedras públicas en Atenas (4): Siranio fué el predecesor de Proclo, que trasmitió el doctorado á Marino convertido del judaismo samaritano al helenismo. Proclo era autor de un doble comentario de Homero y de Hesiodo, de dos libros de teurgía, de cuatro libros sobre la república de Platon, de diez libros sobre los oráculos, de

(4) Yoncio presenta el catálogo de la sucesion de los filósofos atenienses. Páginas 301 y 302. *De scriptoribus hist. philosophicæ.*

otros muchos tratados, y de diez y ocho argumentos contra los cristianos, refutados por Filopono (4). Marino nos ha dejado la biografía de su maestro: entonces un santo escribía la vida de otro santo, un filósofo la vida de otro filósofo; así se dividían la gloria del cielo y la gloria de la tierra.

Marino atribuye á Proclo una virtud sobrenatural de beneficencia: cuenta en prueba la curacion milagrosa de la jóven Asclepigenia, hija de Arquíadas y de Plutarca. Observa que la casa de Proclo tocaba al templo de Esculapio; porque Atenas, dice, era aun bastante venturosa en conservar entero el templo del *Salvador*. Platon era pobre (habla siempre Marino): no poseía mas que un jardin en el recinto de la Academia, y una renta que equivalía al valor de tres piezas de oro; pero en tiempo de Proclo la renta de la Academia ascendía á mas de mil (2).

Marino nos señala tambien la época cierta de la pérdida de la famosa estatua de Fidias, la Minerva del Partenon: habiéndose librado de los saqueos de los godos, no pudo escaparse de los saqueos de los cristianos. «Minerva, dice, manifestó el mucho afecto que profesaba á Proclo cuando la estatua de esta diosa, que hasta entonces habia permanecido en el Partenon, fué robada por los que *tocan las cosas que no debian ser tocadas*. Cuando Minerva, pues, fué echada de su templo, una muger de perfecta hermosura se apareció en sueños á Proclo, y le mandó adornar sus hogares, diciendo: «Minerva, quiere habitar y dormir contigo (3).»

(4) Suidas. *Lex.*, voce *Procli*; Fabric., *de Procli script.*, edit. pág. 80.

(2) Phot. *cod.* 242, pág. 1054. Damasc., *in Vita Isidor.*

(3) Marin., *in Vit. Procli.*, cap. XXX, pág. 62. Debemos á Mr. Boissonade una excelente edicion de la vida de Proclo

Marino pone la muerte de Proclo en el año 424, contando de la muerte de Juliano (4), que era una época acomodada al pesar y reconocimiento filosófico. Los cristianos contaban también de la época de los mártires.

Mas tarde todavía, hacia el año 350, encontramos á Damascio el estóico único en amistad con Simplicio y Euliano. La aventura de estos últimos filósofos del mundo romano, no debe pasarse en silencio.

Damascio de Siria, Simplicio de Cilicia, Eulanio de Frigia, Ermas y Diógenes de Fenicia, é Isidoro de Gaza, exasperados con el triunfo de la cruz, resolvieron espatriarse, é ir á vivir entre los persas. Llegados á la comarca de los magos, vieron que el rey no era filósofo, que los nobles estaban llenos de orgullo, y que el pueblo, astuto y ladrón, no valia mas que el pueblo romano. Escandalizóles sobre todo el espectáculo de la poligamia, impotente también para precaver el adulterio; y arrepentidos desearon volver á entrar en su país. Chosroës, que negociaba entonces un tratado con la corte de Constantinopla, hizo insertar generosamente una cláusula en favor de tales huéspedes; y no los molestaron á su regreso, gozando

por Marino, y del comentario inédito de Proclo sobre el *Cratilas*.

Ignoro si al hablar de la historia de las artes se ha fijado jamás la atención en este pasage. Habíase me escapado en mi memoria sobre la historia de Esparta y de Atenas, y en la introducción al *Itinerario de Paris á Jerusalem*. Mr. Quatremere de Quincy no lo cita en su *Jupiter Olimpico*: habia dos estatuas de Júpiter en Atenas de la mano de Fidias: la de la *ciudadela*, que era de bronce, y descubriase el penacho de su casco desde el cabo Sunio; y la del *Pharthenon*, que era de oro y de marfil. Marino habla evidentemente de la postrera.

(4) Marin., *in Vit. Procli*, cap. XXXVI, pág. 73.

pacíficamente en sus hogares de la libertad de conciencia (1).

En esta agonía de una sociedad espirante, la semejanza de lenguaje, de ideas y de costumbres, era casi completa entre los hombres superiores de ambas religiones: los mismos principios de moral: las mismas expresiones de *salud*, de *gracia* divina; las mismas invocaciones al Dios único, eterno, al Dios *Salvador*. Cuando leemos á Sinesio y á Marino, á Fulgencio y á Damascio, y á los demás escritores religiosos y morales de aquella época, costaría sumo trabajo resolver la creencia á que pertenecen, si los unos no se apoyasen en la autoridad homérica, y los otros en la autoridad bíblica.

Boecio en el Occidente y Simplicio en el Oriente terminaron esta serie de bellos ingenios, que se habían colocado entre el cielo y la tierra: vieron que se apoderaba la soledad de las escuelas en que se había alimentado el cristianismo y de las que desterró al autorio; y cerraron con honor las puertas del Liceo y de la Academia de los sábios. Justiniano suprimió las escuelas de Atenas cuarenta y cuatro años antes de la muerte de Ploelo (2). Boecio, cristiano y perseguido, era filósofo: Simplicio, filósofo y feliz, tenía el carácter de un cristiano. «¡Oh Señor! (dice en la súplica que termina su comentario del Enechiridion de Epicteto) ¡oh Señor, padre, autor y guía de nuestra razón, concédenos no olvidar nunca la dignidad con que adornas nuestra naturaleza! ¡Haz que obremos como seres libres; que purificados de las pasiones desordenadas sepamos si se sublevan, combatirlas y gobernarlas; que nuestro juicio, guiado por la luz de la verdad,

(1) Agathias, lib. II, pág. 69 y sig. Suidas. Brucker; *Hist. crit. de la philosop.*, tom. II, pág. 431.

(2) Joan., Matt., tom. II, pág. 487. Alemanz., pág. 406.

nos incline á las cosas verdaderamente buenas! Yo te suplico ¡oh Salvador mio! que disipes las tinieblas que cubren los ojos de nuestras almas, para que podamos, como dice Homero, distinguir al hombre y á Dios.»

Boecio, encerrado en un calabozo en Ticino (Pavía), se quejaba de la mudanza de su fortuna y de los infortunios de su vejez, y rodéante las musas enlutadas. De repente aparécesele una muger magestuosa, cuyas miradas son penetrantes y brillante el color: es jóven, y sin embargo, se conoce que su nacimiento ha precedido al de los hombres del siglo, tan pronto no parece exceder la estatura común, y tan pronto su frente toca las nubes, y se oculta á las miradas de los mortales. Su ropage es de una tela de materia incorruptible, y suaviza ligeramente el esplendor de esta ropa una especie de tinta semejante á la que comunica el tiempo á los cuadros antiguos. La matrona ostenta un libro en la mano derecha y un cetro en la izquierda. Al punto que descubrió á las musas dictando versos al dolor de Boecio, despidió á aquellas cortesanas, que en vez de cerrar las heridas, las tenían abiertas con un veneno sutil. Despues se sentó en el lecho del preso, y le dirigió estas palabras: «¿Eres tú el que he alimentado yo con mi leche y educado con tan tierno afan? ¿Tú cuyo espíritu y corazon habia fortalecido, tú te habrás dejado vencer por la adversidad? ¿Me conoces? ¡Guardas silencio!» La Divinidad enjuga con los pliegues de su ropage las lágrimas que manan de los ojos de Boecio, y al punto reconoce á la madre fecunda de las virtudes, á su celeste amiga, á la Filosofía, que da las últimas lecciones á su discípulo, repitiéndole que el soberano bien solo se encuentra en Dios; y á semejanza de Simplicio, la Filosofía, ó por mejor decir Boecio, esclama: «¡Ser infinito! ¡fuente de todos los bienes! ¡Dios Salvador! ¡Elevad nuestras al-

mas hasta la altura en que habitais! ¡derramad sobre nosotros esa luz que puede dar solo á nuestros ojos la fuerza para contemplaros!»

¿Habría cosa mas bella, y al mismo tiempo mas semejante, que estas finales palabras de Simplicio y de Boecio? El cristianismo era filos3fico en este tiempo; retrograd3: se hizo monacal por la ignorancia y por los males que plagaban el mundo: eso es precisamente lo que constituy3 su fuerza. El tiempo de la barbárie fecund3 el g3rmen de la sociedad moderna, y su incubacion fu3 en3rgicamente prodigiosa. El cristianismo, filos3fico demasiado pronto   la seguida de una antigua civilizaci3n, se hubiese agotado: era necesario que atravesase siglos de tinieblas, que él mismo fuese el autor de la nueva civilizaci3n, para que llegase á su edad filos3fica *natural*: edad que toca al presente.

Entre Platon y San Agustin, entre S3crates y Boecio, medi3 uno de los mas grandes per3odos del esp3ritu humano. Los maestros de la sabiduria pagana entregaron al retirarse el punzon y las tablillas   los maestros de la sabiduria evang3lica. El principio de la filosof3a no pereci3, porque los principios no se destruyen, porque la filosof3a es   la vez la lengua del entendimiento, y la alta region en que habita el alma separada de su cubierta. La teolog3a se sent3 en los bancos que la filosof3a abandonaba, y la continu3. Los sistemas de Arist3teles y de Platon, la forma y la idea dividieron siempre las inteligencias hasta el tiempo en que las obras de Estagirita, presentadas en Europa por los  rabes, renovaron la doctrina de los peripat3ticos, y produjeron la escolástica. La rama chupona del cristianismo, la hereg3a, que no ces3 de agotar el árbol, reprodujo por su parte el fruto filos3fico, á cuyo g3rmen deb3a su nacimiento.

Leyendo la relacion de las espoliaciones de los

templos en el reinado de Teodosio, habreis creído que concurríais á la destruccion de las iglesias, perpetrada en nuestros dias. Mas la ruina de nuestras iglesias no ha ocasionado la caida de la religion de Jesucristo, mientras que la religion de Júpiter, arruinada entonces, desapareció con sus templos. La verdad no está unida á una piedra; subsiste independientemente del altar; y el error no puede existir si no sepultado en las tinieblas de un santuario. El cristianismo, en tiempo de Teodosio y de sus hijos, hallábase próximo á reemplazar al paganismo: el cristianismo no tiene heredero en nuestro siglo. ¿Qué podria darnos la filosofia humana que se presentaria para ser la sucesora de la fe, del mismo modo que intentó ocupar el lugar de la idolatria? ¿La teurgia? ¿Quién la admitiria? Y esta teurgia, ¿qué ocultaria bajo su velo sino las mismas verdades de esencia divina que la enseñanza pública de la iglesia ha puesto al alcance de todos? Los misterios de las iniciaciones revelábanse á la multitud en el simbolo que repite ahora el hijo del pueblo.

Si imaginásemos establecer una cosa distinta de las verdades recibidas de la fe, el panteísmo por ejemplo, ¿lo conseguiríamos? El cristianismo es la síntesis de la idea religiosa, y ha reunido sus rayos; y el politeísmo es el análisis de la misma idea, y dispersa los elementos. ¿Tendrá cada uno en sus hogares una pequeña fracción de la verdad divina que convertirá en un Dios para su consumo particular? ¿Resucitarán los penates, los ídolos, los genios? ¿Volverá otra vez la idolatria por este camino á falsificar la sociedad? ¿Habrá tantos altares como familias? ¿tantos sacerdotes como ceremonias? ¿tantos ritos como imaginaciones existan para inventarlos? ¿La pluralidad de las religiones privadas reemplazará á la unidad de la religion pública? ¿Producirá el mismo efecto sobre el

hombre? ¡Qué caos será el movimiento y el ejercicio de tantos cultos infinitos y diversos! Revivirían las extravagancias y los desórdenes del entendimiento y de las costumbres que desacreditaron las sectas filosóficas y las heregias, y renacerían todas las aberraciones sobre la naturaleza de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Es eterno? ¿Ha sido creada la materia? ¿Existe Dios aparte y cerca de ella? ¿Es el manantial de donde nacen y donde vuelven á entrar las inteligencias? ¿La misma materia existe? ¿El universo existe en nosotros ó fuera de nosotros? ¿El espíritu es efecto ó causa? ¿Llegaremos á suponer en un nuevo sistema, que Dios no es aun perfecto, que se forma cada dia por la reunion de las almas desprendidas de los cuerpos, de suerte que no sea ya Dios quien haya formado al hombre, sino que sean los hombres los criadores de Dios? ¿Y cómo revestireis de una forma sagrada que reemplace la forma cristiana, estas alegorías, estas mitologías, estos ensueños, estos vapores de los entendimientos defectuosos, nebulosos y vagos que buscan la religion y que no la quieren? El misticismo, el electismo, ó la eleccion de las verdades en cada sistema, ¿pueden convertirse en culto? ¿Y estas verdades son evidentes? ¿Y todos los entendimientos se conforman con las mismas abstracciones metafísicas?

En fin, cualquier sistema filosófico que se cimentase en las ruinas del cristianismo, no tendria por vehiculo popular el medio que en otro tiempo se encontró: la predicacion de la moral universal. El Evangelio desenvolvió los grandes principios de libertad y de igualdad, que descubiertos por algunos ingenios privilegiados, ocultabanse á las naciones, combatidos por las leyes. Al presente la obra está concluida: la filosofia puede proponer reformas; pero no tiene nada nuevo que enseñar. ¿Cómo, pues, sin el recurso del establecimiento de una moral, determinareis los hom-

bres á que cambien los misterios cristianos por otros misterios tan difíciles de comprender?

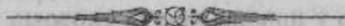
Siendo imposible todo esto, no descubrimos á espaldas del cristianismo mas que la sociedad material: sociedad bien ordenada, bien arreglada, hasta cierto punto exenta de crímenes; pero tambien limitada, anñada y circunscrita á los sentidos caltos y á los embotados. Cuando en la sociedad material se elevasen los descubrimientos físicos y las invenciones de las máquinas hasta los milagros, esto solo produciria el género de perfeccion de que es susceptible la misma máquina. El hombre privado de sus facultades divinas es pobre y triste: pierde la mas rica mitad de su ser, y concentrado á su cuerpo, al que no puede rejuvenecer ni dar vida, se degrada en la escala de la inteligencia. Nos convertiríamos por falta de religion, en una especie de indios ó de chinos. La China y la India, la una por el materialismo y la otra por una filosofia petrificada, son verdaderas naciones mómias: sentadas hace miles de siglos, han perdido el uso del movimiento y la facultad de progresar, semejantes á los ídolos mudos y encogidos, á esas esfinges recostadas y silenciosas que guardan todavia el desierto en la Tebaida.

Religiosamente hablando, debemos concluir de estas investigaciones imparciales, que no existe nada que su-tituya al cristianismo.

Mas si el cristianismo cae como todas las instituciones que el hombre ha tocado, comunicándolas la debilidad de su naturaleza; si el tiempo de esta religion se cumple, ¿qué hemos de hacer? El mal no tiene remedio: asi lo pienso. El cristianismo intelectual, filosófico y moral, tiene sus raices en el cielo, y no puede perecer: en cuanto á sus relaciones con la tierra, solo aguarda un grande ingenio para renovarse. Conócese al presente la posibilidad de la fusion de

las diversas sectas en la unidad católica; pero la primera condicion para llegar á la recomposicion de la unidad, es la emancipacion completa de los cultos. Mientras que la religion católica sea una religion pagada, dependiente de la autoridad política y de la forma variable de los gobiernos; mientras que continúe viéndose atada en sus movimientos, enstrabada en sus reuniones particulares y generales, contaminada en sus cátedras y escuelas por la plata del fisco; en una palabra, mientras no vuelva al pie y á la libertad de la cruz, languidecerá degenerada.

No se hubiese podido concebir perfectamente el cuadro de la caida del politeismo y de la destruccion de las escuelas filosóficas si se hubiese desplegado con lentitud en el orden cronológico de la narracion: el triunfo total de la religion del Crucificado en el imperio de Teodosio, indicaba el lugar en donde debia colocarse esta pintura. Continuemos los hechos políticos y militares.



ESTUDIO CUARTO

ó

CUARTO DISCURSO

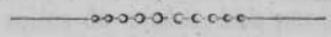
SOBRE LA CAIDA

DEL IMPERIO ROMANO,

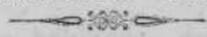
EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS

DEL CRISTIANISMO,

Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.



PRIMERA PARTE.



**DESDE ARCADIO Y HONORIO HASTA TEODOSIO II Y VALEN-
TINIANO III.**

Teodosio no sobrevivió tres meses á la victoria que alcanzó sobre Eugenio: falleció en la ciudad de Milan, y su cadáver fué trasportado á Constantinopla. Los dos hijos que dejó fueron Arcadio y Honorio. Habia sido Arcadio declarado Augusto por su padre el año quinto del reinado de éste. La misma dignidad

recibió Honorio después del fallecimiento de Valentiniano II, y cuando Teodosio se disponía para marchar contra Eugenio. Heredó Arcadio el imperio de Oriente, y Honorio el de Occidente: Arcadio se sepultó en el palacio de Constantinopla, Honorio en los muros de Ravena. Arcadio era pequeño, mal formado, feo, negro y estúpido: tenía los ojos medio cerrados como las serpientes (1). Honorio era desidioso y ligero (2). Rufino se empeñó en engañar y envilecer á los dos emperadores. Estilicon se encargó de hacerles traición, y de defenderlos: Arcadio sufría el yugo de los eunucos y de su esposa, y Honorio criaba una gallina llamada *Roma*, mientras la ciudad de Rómulo era tomada por Alarico.

Rufino fué ministro de Arcadio, y Estilicon de Honorio: originario el primero de Eause, en las Galias, había conseguido en el reinado de Teodosio, que le favoreció demasiado, los cargos de mayordomo mayor de palacio, de cónsul y de prefecto del pretorio. Tratáronle de ambicioso, de pérfido, de cruel, y principalmente de avaro, Claudio, Suidas, Zosimo, Orosio, San Gerónimo y Simmaco (3), quiea alabando a todo el mundo a nadie alaba, como se ha visto.

Reconocido Rufino por prefecto de Oriente, y aspirando en secreto al imperio, pretendía casar una hija que tenía con Arcadio. Eutropio el eunuco dió en tierra con este proyecto, y Arcadio elevó al talamo imperial á Eudoxia, célebre por sus cuestiones con San Juan Crisóstomo: era hija de Bauton, valeroso

(1) Philost., *Hist. eccles.*, lib. XI, cap. III.; Procop., *de Bel. Persic.*, lib. I, cap. II.

(2) Procop., *de Bel. Vandal.*, lib. I, cap. II; Phot., c. LXXX.

(3) *In Ruf.* Suid., pág. 690; Zosim., lib. V; Oros., página 221; Hier., epist. 3; Symm., lib. VI, epist. 45.

gefe de los francos, y entonces conde y general romano.

Gobernaba el Occidente Estilicon en el reinado de Honorio; era un famoso capitán, de origen vándalo (1). Estaba casado con Sirena, sobrina de Teodosio, y esta alianza llenaba de orgullo el corazón del semi-bárbaro (2). Pretendía que su tío Teodosio le había confiado la tutela de sus dos hijos, y sufría con impaciencia la autoridad que gozaba Rufino en Oriente.

Este último, engañado en sus proyectos con el matrimonio de Eudoxia, y temiendo las maquinaciones de Estilicon, que levantaba ejércitos, ensañó los bárbaros contra el imperio, incitó á los hunos á precipitarse sobre el Asia, y entregó la Europa á los godos (3). Alarico marchaba al frente de los últimos.

Habia visto la luz Alarico en la isla de Peucé, situada en la embocadura del Danubio, en el seno mismo de la barbárie: Claudiano llamó poéticamente al Danubio el dios paternal de Alarico. Era éste uno de los cinco ó seis hombres milenarios ó fásticos, y no pertenecía á la familia de los Amalaricos, la primera entre los godos, sino á la segunda, la familia de los Balthos. Su arrojo habíale grangeado entre sus compatriotas el sobrenombre de *Baltho*, que significa el osado ó el valiente.

Jóven aun Alarico habia pasado el Danubio en 376 con los visogodos, cuando estos huían delante de los hunos. Habíase encontrado en los combates que precedieron y causaron la derrota y la muerte de Valente (4). Negoció la paz con Teodosio, y siguióle en calidad de aliado en su expedición contra Eugenio.

(1) Oros., lib. VII, cap. XXXVII.

(2) Hier., ep. 21.

(3) Hier., ep. 3, 30, 20, pág. 783.

(4) Claud., *de Sext. Hon. consul.*, pág. 417; *id. de Bell. Get.* pág. 170; Symm., lib. II; Jornand., cap. XIV, pág. 29.

Rufino quiso desterrar, para vengar su querrela doméstica, al hombre á quien Dios habia destinado para vengar la querrela del mundo. Para que el godo no encontrase obstáculo alguno, destacó el favorito de Arcadio dos traidores, Antioco y Geroncio, el uno al paso de las Termópilas y el otro al del istmo de Corinto (1): estos dos porteros de la Grecia debian franquear sus puertas á los bárbaros.

Pretestando, pues, Alarico cierto descontento de la corte de Arcadio, saqueó todo el pais, desde el mar Adriático hasta el Ponto Euxino. Los godos llevaban en su compañía algunas tropas de hunos, que en el invierno anterior habian pasado el Danubio por encima del hielo. Los bárbaros saquearon hasta cerca de las murallas de Constantinopla, de donde salió Rufino en traje godo á parlamentar con ellos (2).

Estilicon, bajo el pretexto de socorrer al Oriente, púsose en marcha con el ejército que Teodosio habia empleado contra Eugenio.

Entonces recibió una orden de Arcadio reclamando á Estilicon el ejército de Teodosio, y prohibiéndole pasar adelante: Estilicon obedeció, entregando el mando á Gainas, capitán godo que servia á sus órdenes, y á quien encargó en secreto matar á Rufino: empresa en que no dejó de ayudarle el eunuco Eutropio (3).

Lisonjébase Rufino de ser proclamado emperador por los soldados que le proporcionaban otra púrpura; corrió con Arcadio á su encuentro, y Gainas mandó que le cercasen, y al mismo tiempo asesinasen á los pies de Arcadio. Llevaron su cabeza separada del cuerpo á Constantinopla en la punta de una pica, y

(1) Zos., pág. 782.

(2) Claud., *in Ruf.* pág. 22.

(3) Zos., pág. 785; Philost. lib. II, cap. III.

paseáronla por las calles; su mano derecha cortada acompañaba á la cabeza, y presentábanla de puerta en puerta (1). Un guijarro metido en la boca del muerto la sostenía abierta, y sus labios entreabiertos también parecían pedir la limosna que aguardaba la mano (2): sátira popular horrorosamente enérgica contra la exacción y el poder. Ninguna utilidad reportó la mudanza del ministerio: Eutropio ocupó el lugar de Rufino.

Alarico y sus godos, no teniendo ya nada que robar ni que combatir, pasaron el desfiladero de las Termópilas, defendido solo por la tumba de Leonidas. Los pastores enseñaron á los persas el camino del monte; las *Ropas negras* (que en boca de Eunapo significa los frailes) lo descubrieron á los godos (3). ¡Qué prodigiosa mudanza de tiempo! ¡Qué revolución entre los hombres!

(1) Data a Gaine tessera simul universi Rufinum circumdatum gladiis feriunt. Et hic quidem ei dexteram adimebat, ille manum alteram prodebat. Alius a cervice revulso capite recedebat consuetos victoriae Pænas accinens..... et manum ejus ubique per urbem circumgestarent et ab occurrentibus peterent insatiabili pecuniam darent. (Zos., *Hist.*, l. v, pág. 89).

Rufinus quidem etiam imperatorium nomen ad se ipsum trahere omni arte studebat..... Milites, in loco qui Tribunal dicitur, ad ipsos imperatoris pedes gladiis contrucidarunt..... Eo ipso die quo ii qui militum delectum agebant, purpuram ipsi circumdaturi erant. (Philostorg., *Hist. eccl.*, lib. IX, página. 528).

(2) Porro milites cum Rufino caput amputassent, lapidum ori ejus inmiserunt: hastæque infixum circumferentes quaqua versus discurrere cœperunt. Dextram quoque ejusdem præcisam gestantes, per singulis officinas urbis circumtulerrunt, hæc addec addentes: Date stipem insatiabili. Magnamque auri vim hujusmodi postulatione collegerunt. (*Id. ibid.*)

(3) Eunap., cap. VI, pág. 93, in *Vita Philosoph.*

Protegieron á Tebas las murallas (1): esta ciudad recordaba los nombres de Edipo, de Epaminondas y de Alejandro. Alarico dejó libre á Atenas, que no era ya sino una universidad, menos famosa por su filosofía que por su miel (2). Aceptó un convite, y hañóse en la ciudad de Pericles y de Aspasia, para demostrar que no era enemigo de la civilizacion (3); pero entregó la Atica á las llamas. Aun se descubre en este tiempo á Atenas, que se parece, como se parecía en la época de los godos, á la piel vacia y sangrienta de una víctima, cuya carne habia sido ofrecida en holocausto (4). Afirmaban que Minerva habia removido su lanza: que la sombra de Aquiles habia horrorizado á Alarico (5). Los espíritus debilitados por las fabulas valen muy poco en los contratiempos de los imperios: la Grecia conservada y como embalsamada con sus ficciones, oponia puerilmente los ensueños del tiempo pasado á las terribles verdades del presente.

Alarico siguió su camino hacia el Peloponeso: Cères pereció en Eleusis con sus misterios; muchos filósofos murieron de dolor ó al filo de las espadas de los bárbaros, entre otros Protero, Hilario y Prisco, tan amado de Juliano (6). Corinto, Argos y Esparta, vie-

(1) Zos., pág. 783.

(2) Athenæ vero quondam civitas fuit, sapientum domicilium, nunc eam melliores celebrant: quibus pars illud sapientum plutarcheorum adjice, qui non orationum suarum fama juvenes in theatris congregant, sed mellis ex Hymeto amphoris. (Synes., epist. 135, *ad fratrem*, pág. 272).

(3) Zos., pág. 784.

(4) Nihil enim jam Athenæ splendidum habent: præter celeberrima locorum nomina. Ac velut ex hostia consumpta sola pellis superest animalis, quod olim aliquando fuerat indicium. (Synes., *ad fratrem*, ep. 135, pág. 272).

(5) Zos., pág. 784.

(6) Eunap. cap. VI, pág. 95-94.

ron hollada su gloria: entonces desapareció quizás aquel Júpiter Olímpico que no tenía de inmortal sino la estatua. Por desgracia era de oro y de marfil; si hubiera sido de mármol, quedaríanos alguna esperanza de volverle á encontrar bajo los zarzales de la Elide, á no ser que esta obra [de Fidias, pulverizada se hubiese convertido en piedra calcinada de una choza ó de una torre.

Estilicon desembarcó con un ejército en las costas de Grecia, sitió á Alarico en el monte Foloe, y le dejó en seguida escapar (1). Habiendo salido Alarico del Peloponeso, fué declarado por una mudanza súbita de fortuna señor de la Iliria oriental, á nombre del emperador Arcadio. Sostenía este príncipe que Honorio no había tenido derecho de auxiliarse, porque la Grecia era el móvil del imperio de Oriente (2): Arcadio no quería perder ninguno de sus legítimos estados. Creyó captarse la voluntad de Alarico invistiéndole con el mando de una provincia, y solo consiguió hacerle mas formidable. La justicia eterna castiga la vileza: Alarico acababa de degollar á los hijos, y concedióle el señorío de sus padres: no se consigue reinar por semejantes medios.

Los godos proclamaron rey, bajo el nombre de rey de los visogodos, á Alarico; é invadieron la Italia en el primer año de este mismo siglo V, célebre por la destruccion del imperio de Occidente y por la fundacion del reino de los bárbaros. Estilicon reunió un ejército; retiróse Alarico, y Honorio entró victorioso en Roma. No hablo de este ridículo triunfo sino para traer á la memoria al verdadero vencedor; era este un monge, cuyo nombre estaba destinado á la inmortalidad. Habiendo salido Telémaco espresamente de su soledad de Oriente para Roma, sin mas autoridad que

(1) Zos., pág. 784.

(2) Claud., *de Bell. Get.*

la de su hábito, para llevar á cabo lo que las leyes de Constantino no habian podido conseguir, arrojóse en el anfiteatro en medio de los gladiadores, y esforczóse en separarlos con sus pacíficas manos. Los espectadores, embriagados con el espíritu de asesinato, sacrificáronle (1); verdadero mártir de la humanidad, rescató con su sangre la sangre que se derramaba en este espectáculo de muerte. Desde aquel día quedaron abolidos de todo punto los combates de los gladiadores.

Estilicon, con cuyas dos hijas casó sucesivamente Honorio, habia tratado con los francos en las orillas del Rin. Marcomino y Sunnon, hermanos, reinaban en aquellos pueblos: el uno lo desterraron á Toscana, y al otro le quitaron la vida sus compatriotas. Pretenden que Marcomino fué padre de Faramondas (2).

San Ambrosio habia espirado en el año 397, y Estilicon miró su muerte como la ruina de Italia (3).

Sublevóse Guidon en Africa, y quedó derrotado por su hermano Marcezelo. «La incertidumbre de las cosas de este siglo es muy asombrosa, escribia por este tiempo San Agustin; vemos con tanta frecuencia destronados á los príncipes de la tierra, que los que fundan en ellos sus esperanzas, solo encuentran su

(1) Telemachus, monasticæ vitæ deditus. Hic ab Orientis partibus profectus, ejusque rei causa Romam ingressus... Ipse quoque in amphitheatrum venit. Et in arenam descendens, gladiatores qui inter se pugnabant compescere conabatur. Sed cruentæ cædis spectatores cum ægre ferentes, et dæmonis qui eo sanguine oblectabatur furorem animis suis concipientes, pacis autorem lapidibus obruerunt (Theod., *episc.*; Cyri, *eccl. Hist.*, lib. V, cap. XXVI, pág 234. Parisiis, 1673).

(2) Adrian; Val., *rer. Fr.*, lib. III.

(3) Ambr., *Vit. P.*, cap. XLV.

perdicion (1).» Marcezeló fué arrojado á un río inmediato á Milán por órden del celoso Estilicon.

La Inglaterra fué assolada por los scots y pictos. Saliendo Alarico de Italia, volvió á entrar á últimos del año 402. No se pueden conocer las causas de estos movimientos diversos, por lo confuso de la historia de esta época. Mútuamente se acusan los partidos: unas veces es representado Alarico como un adalid sin fé, burlándose de los juramentos que hace á su vez á los dos emperadores Arcadio y Honorio: otras veces es juzgado Estilicon como sospechoso de querer poner la corona en la cabeza de Eucher, su hijo, y como sublevador de los bárbaros. Pero esta fiebre doble era el efecto de la descomposicion del cuerpo social en su enfermedad de muerte. La segunda irrupcion de Alarico llenó de pavor la Italia: Roma reparó las murallas de Aureliano; y Honorio, pronto á la fuga, temblaba en los pantanos de Ravena. Estilicon atacó á los godos en Polencia, cerca de los confines de la Liguria, y logró una victoria á caro precio comprada (2). Los godos habian rehusado al principio el combate por motivo de la celebridad de las fiestas de Pascua (403). La esposa y los hijos de Alarico cayeron prisioneros en poder de Estilicon; y Alarico, para rescatarlos consintió en abandonar sus conquistas. Te-

(1) Deus noster refugium et virtus; sunt quædam refugia quo quisque cum fugerit magis infirmatur quam confirmetur. Confugis, verbi gratia, ad aliquem in seculo magnum... Tanta hujus seculi incerta sunt et ita potentum ruinæ quotidianæ crebrescunt, ut cum ed tale refugium perveneris, plus tibi timere incipias. (Aug., *Enarrationes in Psalmos*, 45, V. 2, pág. 299, cap. IV.)

(2) Claud., *de Bell. Get.*, pág. 173; Prud., *in Sym.*, lib. II; Orosio, lib. VII, cap. XXXVII; Jorn., pág. 635. Polencia es todavía un pueblecillo del Piamonte sobre el Tarnaro.

nia Dios en medio del imperio romano dos ejércitos de godos, armados de los rayos de su justicia: al frente del uno marchaba un godo cristiano, Alarico; y el jefe del otro era un godo pagano, Radagaso ó Rodogaso, según la escritura griega. Componíase el ejército de éste de toda la raza goda de la otra parte del Danubio y del Rhin, y conducia a las batallas doscientos mil soldados.

Precipitóse Radagaso á su vez sobre la Italia (405), semejante á una alta oleada que reemplaza á otra que se ha estrellado ya. Estilicon reunió los alanos, los hunos y otros godos, mandados por Saro. Penetraron los enemigos hasta Florencia, y San Ambrosio se apareció á un cristiano, cuyo huésped habia sido en otro tiempo en esta ciudad, y ofrecióle que no tardarian en quedar libres. Obligó Estilicon al día siguiente á la multitud de los bárbaros, por la fuerza ó por el hambre, á fugarse ó á entregarse. Radagaso cayó prisionero, y fué cargado de cadenas y sentenciado á muerte; sus compañeros cerrados como un ganado fueron vendidos á razon de un escudo por cabeza. Murieron casi todos á un tiempo; lo que se habria empleado en comprarlos, gastóse en darles sepultura.

Un año despues de la derrota de Radagaso (406), invadieron las Galias los alanos, los vándalos y los suevos; escitados siempre, como suponen, por Estilicon, que destruia á los bárbaros con sus batallas y sublevábalos con sus intrigas. Los borgoñeses y los francos siguieron á los alanos, á los vándalos y á los suevos á las Galias, en 407, y no salieron ya de allí.

Las legiones de la Gran Bretaña eligieron por emperador en este mismo año á Marco, á quien asesinaron, y en su lugar á un soldado llamado Constantino. Pasó éste al continente, destruyó cuanto encontró á

su paso, y establecióse en Arlés. Reconocióle, ó al menos toleróle, Honorio, que promulgaba pacíficamente leyes bastante justas para los vasallos que ya no tenía: proscribió á los priscilianistas y á los donatistas.

Constante, hijo de este Constantino, emperador de Arlés, primero monje y despues César y Augusto, apoderóse de España. Abrió las puertas á los barbaros, privando de la custodia de los Pirineos á los leales y valerosos paisanos encargados de defenderlos (1).

Se desposó Honorio con Termancia en 408: esta era hija segunda de Estilicon. Alarico trató con Estilicon por medio de diputados, y consiguió la cualidad de general de los ejércitos de Honorio en la Iliria occidental. Ecio, que quedó en rehenes en poder de Alarico, regresó despues de tres años.

Alarico, no satisfecho todavía, adelantóse hácia Italia: exigió cuatro mil libras de oro, y Estilicon hizo que se le concedieran.

Principiaba Honorio á desconfiar de Estilicon, que era tio y suegro suyo al mismo tiempo, y á quien acusaba de pretender la púrpura para su hijo Eucher, abiertamente adicto al paganismo.

Un campamento reunido en Pavia y fortificado en secreto por Olimpo, favorito de Honorio, dió la señal de la revolucion. Supo Estilicon este acontecimiento en Bolonia, y adivinando la causa retiróse á Ravena. Llegaron dos órdenes de Honorio, la una mandando arrestar, y la otra quitar la vida al salvador del imperio, declarado enemigo público: cortáronle la cabeza en 23 de agosto de 408, y Roma fué la que le condenó al cadalso. Heraclio despojó de la vida á Estilicon con su propia mano, y fué nombrado conde de Africa: por la virtud de la estraccion, la sangre de un gran-

(1) Orosio, pág. 223.

de hombre ennoblecia á su verdugo. Eucher, que amaba los templos, y que buscó abrigo en una iglesia de Roma, fué asesinado; y la misma suerte sufrió Termancia, esposa de Honorio. Olimpo heredó el favor que habia gozado Estilicon.

Durante estas turbaciones de Occidente, habia gobernado en Oriente Arcadio, subyugado á su vez por Rufino y por Eutropio; el uno indigno favorito que se creia odiado por su fortuna, y éralo por su persona; el otro vergonzoso eunuco, que de esclavo de un palafrenero habia llegado á ser cónsul, ávido publicano, que todo lo arrebatava, hasta las mugeres, y que lo vendia por costumbre, acordándose de que tambien su persona habia sido vendida (1). Ya he referido la muerte de Rufino.

Eutropio, para ocultar su vileza, inventó leyes que se conservan en el codigo como un monumento del humano oprobio (2): aplican sus leyes el crimen de lesa magestad á los que conspiran contra las personas consagradas al emperador, castigan el pensamiento, y recaen hasta en los hijos de los culpables de lesos favoritos. Tales leyes, que tampoco pusieron á su autor á cubierto de las conspiraciones, hicieron temblar á los esclavos, y ninguna impresion causaron en los godos. Tribigildo, gefe de una colonia de ostrogodos, establecida por Teodosio en la Frigia, sublevóse por instigacion de Gainas, godo asesino de Rufino. Tribigildo, oprimido mientras fué amigo, recibió respetuosos homenajes cuando se convirtió en enemigo: conocieron que habia permanecido fiel, cuando dejó de serlo. El eunuco reinante, acusado de tales desórdenes, pagólos con su caida: habíase atrevido á insultar á la emperatriz Eudoxia. San Crisóstomo, que debia la

(1) Claud., *in Eutrop eun*, lib. I, pág. 94 y sig.

(2) *Cod. Th.*, ley de 4 de setiembre 397.

silla episcopal de Constantinopla á Eutropio, tuvo el valor de defender á su bienhechor; y si no pudo librarle de la cuchilla de la ley, arrebatóle al menos de manos de un pueblo furioso. Pintóle demasiado vil para que le quitasen la vida, y reclamó en su favor la inviolabilidad del menosprecio. Eutropio, todo temblando, con la cabeza cubierta de polvo, habíase refugiado en la iglesia á la cual él mismo había quitado el derecho de asilo. «Abrióle la iglesia su seno, dice Crisóstomo; admitióle al pie del altar; cubrióle con las mismas cortinas que cubrían el lugar sagrado, y no consintió que lo sacasen del santuario, cuyas columnas abrazaba (1).»

Eutropio fué desterrado á la isla de Chipre, conducido á Pantico y decapitado. Este hombre, que había poseído tanto terreno que era imposible medirlo, logró apenas el poco que le bastaba para cubrir su cuerpo (2).

San Juan Crisóstomo salvó la vida á Aureliano y á Saturnino, á quienes Gainas acusaba de ser los autores de las turbulencias de Oriente: Gainas, frustrados sus proyectos de venganza, conspiró á las claras. Los godos á cuya frente marchaba, y con cuyo auxilio quería sorprender á Constantinopla, fueron asesinados; y después de haber sido derrotado él propio por Fravitas, halló la muerte entre los hunos á la otra parte del Danubio, en la antigua patria de los godos.

Eudoxia, proclamada Augusta, mandó que venearasen sus imágenes; y una estatua de plata levantada

(1) Homilia IV, pág 60.

(2) *Ac tantum telluris posedit quantum nec facile nominare qui nunc exigua conditur homo, et quantum ei non nemo miseratione motius imperties* (Christ., t. IV, p. 484. a. d.)

á esta muger ambiciosa, cerca de la iglesia de Santa Sofía, enardeció el celo de San Crisóstomo, siendo la principal causa del destierro de tan grande prelado. Salió de Constantinopla el 20 de junio de 404; y Eudoxia espiró el 6 de octubre: un aborto *puso término á su vida, á su reinado, á su fiereza, á su arrojo y á sus crímenes* (1).

Arcadio murió el 1.º de mayo del año 408, algunos meses antes del trágico fin de Estilicon: dejó un hijo único, Teodosio II, cuyo tutor fué Anthemio, prefecto de Oriente. Los hunos y los esquieros invadieron la Tracia.

Pulqueria, hermana mayor de Teodosio, fué desde la edad de quince años la maestra de su hermano. Convirtiósese el palacio en un monasterio: levantábase Teodosio al amanecer con sus hermanas á cantar en dos coros las alabanzas de Dios. Jamás quiso este príncipe vengar las injurias: raramente permitió que se castigase de muerte ningun criminal. Acostumbraba á decir: «Fácil cosa es quitar la vida á un hombre, pero solo Dios puede darle la vida.» Pedia el pueblo cierto dia que saliese un atleta para combatir con las fieras: Teodosio, que estaba presente, respondió: «¿Ignoráis que acudimos solo á los espectáculos que nada tienen de cruel y de inhumano?» (2).

Habia inventado este príncipe benigno, una lámpara perpétua, para que sus domésticos no tuviesen que levantarse por las noches á encenderla de nuevo (3).

(1) Tillemont, *Hist. des Emp.*, tom. V, pág. 472.

(2) *Populus vociferari cœpit: cum fera bestia audax quidam bestiarius pugnet!*

Quibus ille ita respondit:

Nescitis nos cum humanitate et clementia spectaculis interesse solitos! (Socr., pág. 362.)

(3) Soz., *Prolegom.*, pág. 396.

Instruido (1), amante de las artes hasta el extremo de ocuparse en pintar y sacar modelos de escultura con sus propias manos, escribía con tanta perfección, que le daban el sobrenombre de *calígrafo*. Por lo demás, su alma carecía de sublimidad, era cobarde, huía de la guerra, y compraba la paz con los barbaros, y principalmente con Atila. Firmaba todos los papeles que le presentaban sin leerlos; tanta era su aversión á los negocios (2). De este modo rubricó el acta de la esclavitud de la emperatriz (3); siendo Pulqueria la que procuró corregirle con tan inocente lección. San Agustín observa que el emperador hubiera sido un santo en la soledad (4).

Teodosio vivía entregado á los eunucos, que estragaban la virilidad del príncipe; y Antioco, gran camarlengo de palacio, estaba al frente de todos los asuntos. Teodosio se mezclaba demasiado en los negocios eclesiásticos: favoreció la heregía de Eutiches, y apoyó las violencias de Dioscoro.

Debo llamar vuestra atención sobre algunas leyes características del tiempo de Teodosio: leyes contra

(1) Semper lectitandis libris occupatus. (*Constantini Manassis compendium.*, pág. 55.)

(2) Si quis ei chartam offerret, rubris et in ea litteris nomen imperatorium subscribebat, non inspectis prius eis quæ essent in ea præscriptis. (*Id.*, *ibid.*)

(3) Quamobrem divinis exornata dotibus Pulcheria fratrem ab hoc vitio revocare studens, singulari diligentia imperatorem monebat. Litteras fingit, in quibus perscriptum foret, imperatorem Pulcheriæ sorori conjugem suam veluti mancipium donasse. Hanc chartam fratri offert, rogat hanc scripturam litteris imperatoriis munire ac subsignare velit. Imperator precibus sororis annuit, mox calamum prohibet manu, et exaratis purpurei colores litteris, chartam confirmat. (*Id.*, *ibid.*)

(4) *Epist.*

los heresiarcas de todas clases; maniqueos, pepuzenios, frigios, priscilianistas, arrianos, macedonios, tunonios, novacianos, sebastianos; leyes para los profesores de letras en Constantinopla. Señalan estas diez profesores latinos para las humanidades, diez griegos, tres latinos para la retórica, cinco griegos llamados sofistas, uno para los secretos de la filosofía y dos para el derecho. El senado elegía á los profesores públicos, que sufrían un exámen. Encuéntranse leyes prohibiendo enseñar (449) á los bárbaros á construir bageles, y que pronunciaban la pena de muerte contra los delincuentes; leyes que conceden á cada uno el derecho de fortificar sus tierras y sus propiedades (1). Este es el único derecho de la edad media.

En 421 dió su mano Teodosio á Eudocia, hija de Heráclido, filósofo de Atenas, ó de Leoncio, sofista: llamábase Athenayde antes de recibir el bautismo. Atenas, que no había suministrado tirano alguno al imperio romano, dióle por reina una musa: Eudocia era poetisa, y puso en verso cinco libros de Moisés, Josué, los Jueces, y el de la égloga delicada de Ruth.

Es necesario no confundir á Eudocia con Eudoxia, nombre de su suegra, y nombre también de la hija que tuvo de Teodosio, y que se casó con Valentiniano III en 437.

Volvamos á los acontecimientos de Italia.

Viéndose Honorio privado del auxilio de Estilicon, hubiera podido confiar el mando de las tropas romanas á Saro el godo, hombre aguerrido; pero rechazóle porque era pagano. Alarico proponía la paz con condiciones moderadas; y no habiendo sido admitidas, corrió á realizar el sitio de Roma (2). Serena, viuda de Estilicon, hallabase en esta ciudad, y creyéndola el

(1) *Cod. Th.*

(2) An. 408.

senado de inteligencia con Alarico, la mandó ahogar por consejo de Placidia, hermana de Honorio.

Alarico cerró el Tiber; y el hambre y la peste desolaron á los sitiados (1). Consintió Alarico levantar el cerco mediante una suma inmensa (2). Despojaron las estatuas de las riquezas con que estaban ornadas, entre ellas las de la Fortaleza y de la Virtud (3).

Honorio, encerrado en Ravena, no ratificaba el tratado concluido. El senado envióle por diputados á Attalo, administrador del tesoro, Cecilio y Maximo; pero nada consiguieron del emperador, dominado por Olimpo.

Alarico acercóse á Roma, y batió á Valente que iba á socorrerla.

Olimpo, caído en desgracia, restablecido despues al mando, y caído segunda vez, vino á parar en que le cortasen las orejas y le matasen á palos. A Olimpo sucedió Jove: habia conocido á Alarico en Epiro, y era pagano y versado en las letras griegas y latinas. La necesidad de los tiempos habia producido una tolerancia momentánea; una ley de Honorio del año 409 concedió la libertad de religion á los paganos y á los hereges.

(1) *Portas undique concluderat, et occupato Tiberi flumine, subministrationem commeatus e porta impediabat. Famen pestis comitabatur: (Zos., Hist., lib. V, p. 405. Basileæ.)*

(2) *Omne aurum quod in urbe foret et argentum. (Id., p. 406.)*

(3) *Non ornamenta dumtaxat sua simulachris ademerunt, verum etiam nonnulla ex auro et argento facta conflagrunt: quorum erat in numero Fortitudinis quoque simulachrum quam Romani Virtutem vocant.*

Quod sane corrupto quidquid fortitudinis atque virtutis apud Romanos superabat extinctum fuit. (Zos., Hist., libro V, pág. 407, Basileæ.)

Alarico sitió de nuevo la ciudad eterna: queriendo el diestro y desdeñoso bárbaro cortar las dificultades que hallaba con el emperador, mudó el jefe del imperio, y obligó á los romanos á proclamar Augusto á Attalo, que era prefecto de Roma. Attalo era del agrado de los godos, porque habia sido bautizado por su obispo.

Attalo nombró á Alarico general de sus ejércitos: este asistió una noche á palacio, y pronunció un discurso pomposo delante del senado.

Dirigióse en seguida contra Honorio, su digno rival. Honorio envió diputados á Attalo, y ofrecióle la mitad del imperio de Occidente. Attalo propuso á Honorio conservarle la vida y desterrarle á una isla. Jove hizo traicion á un mismo tiempo á Honorio y á Attalo. Alarico, que bloqueaba á Ravena, y que principiaba á disgustarse de Attalo, sometióle, sin embargo, todas las ciudades de Italia, á escepcion de Bolonia (1). Estas estrañas escenas pasaron en el año 409.

Jeroncio se sublevó en España contra Constantino el usurpador, que reinaba en Arlés, y trasladó la púrpura á Maximo.

La Inglaterra, á la que Roma no defendió ya, recobró su libertad. En las Galias las provincias armóricas constituyéronse en repúblicas federativas (2). Los alanos, los vándalos y los suevos, entraron en España en 28 de setiembre del año 409. Los vándalos tenían por rey á Gonderico, y los suevos á Ermarico. Repartiéronse por suerte las provincias iberianas: Galicia cupo á los suevos y á los vándalos de Gonderico; la Lusitania y la provincia de Cartagena, fueron adjudicadas á los alanos; la Bética cayó en poder de estos vándalos, de quienes tomó el nombre de *Vandalia*. Al-

(1) Zosim., pág. 329 et seq.

(2) *Id.*, *ibid.*

gunos pueblos de Galicia guardaron su independencia en las montañas (1).

En el año 410 Alarico degradó á Attalo á causa de las negociaciones entabladas con Honorio; despojóle públicamente en las puertas de Rimini de los vestidos imperiales (2). Attalo y su hijo Ampelo permanecieron en los carramatos de su dueño. Alarico custodiaba también en sus bageles á Placidia, hermana de Honorio, semi-reina y semi-esclava. Procuró concluir la paz con el hermano de esta princesa á quien envió el manto de Attalo. Honorio vaciló; Alarico reprendió á su emperador por medio de sus criados, y volviendo la púrpura á Attalo, marchó á Roma. Sonó la hora fatal el día 24 de agosto del año 410 de Jesucristo.

Roma fué tomada por la fuerza ó por la traicion: los godos, enarbolando sus estandartes en lo alto del Capitolio, anunciaron al mundo la mudanza de las razas (3).

Duespues de seis dias de saqueo, salieron los godos de Roma como horrorizados: se internaron en la Italia Meridional; Alarico murió, y sucediòle su cuñado Ataulfo.

En los años 411 y 412 no hubo ya cónsules, porque tampoco habia ya mundo romano, al menos no se encuentran sus fastos en estos dos años. Levantóse sin embargo un general de estirpe latina. Constancio era de Naisse, patria de Constantino; habíase dado á conocer en tiempo de Teodosio, y obtenia el título de conde cuando Honorio pensó en emplearle. Si no co-

(1) Aug., ep. 422: Pros., Chr., Zos., pág. 814; Idat., Chr.; p. 40.

(2) Zos., pág. 830.

(3) Los detalles se hallarán en el artículo de las *Costumbres de los bárbaros*.

nociésemos el orgullo humano, no podríamos comprender cómo Honorio prefería perdonar á los bárbaros que le arrebataban la diadema, á un vil competidor que se la disputaba: Constancio recibió orden de ir á atacar á Constantino, tirano de las Galias.

Geroncio, que habia proclamado Augusto á Máximo en España, tenia sitiado á Constantino en Arlés: su ejército le abandonó tan luego como se presentó Constancio. Máximo cayó con Geroncio, y vivió entre los bárbaros en la miseria.

Libre Constantino de Geroncio, entregóse él y su hijo Juliano en manos del general Honorio: antes de rendirse habíase hecho ordenar sacerdote por Heros, obispo de Arlés (1); precaucion que no le salvó, pues fué enviado con su hijo á Italia, y decapitado á doce leguas de Ravena.

Edobico ó Edobino, gefe franco y general de Constantino, habia intentado auxiliarle. Constancio y Ulfilas, capitan godo que mandaba la caballería, desafiaron á Edobico en las orillas del Ródano. Edobico se refugió en casa de Ecdice, señor galo á quien en otro tiempo habia prestado importantes servicios (2). Ecdice cortó la cabeza á su huésped, y presentóla á Constancio (3). «El imperio, dijo Constancio al recibir el presente, da gracias á Ulfilas por la accion de Ecdi-

(1) Post hanc victoriam.... Constantinus cognita Edonici cæde, purpuram et reliqua imperii insignia deposuit.

Cumque ad ecclesiam venisset, illic presbyter ordinatus est. (Soz. cap. XV, lib. IX, pág. 816, d.)

(2) Profugit ad Ecdicium qui multis olim beneficiis ab Edobico affectus, amicus illi esse putabatur. (Soz., lib. IX, cap. XV, pág. 816, d.)

(3) Verum Ecdicium caput Edobici amputatum ad Honorium duces detulit. (*Id.*, *ibid.*)

ce (1). » Y Constancio arrojó de su campo para liberarse de la cólera del cielo á este traidor á la amistad y al infortunio (2).

Jovino vistió la púrpura en Maguncia en el año 412.

Los godos, despues de haber evacuado la Italia, habian descendido á la Provenza. Ataúlfo hizo alianza con Jovino, quien habia proclamado Augusto á Sebastian, su hermano: malquistóse muy pronto con ellos, y los esterminó (3). Los generales de Honorio habianse reunido á los godos en esta expedicion.

Sublevóse Heraclio en Africa el año 413: desembarcó en Italia, y habiendo sido rechazado, fugóse á Cartago, y murió desconocido en el templo de Mnesina.

Caracterizaba á Honorio una cualidad muy estraña, la de no conformarse con arreglo alguno: á todo oponia su ignominiosa cobardía como una virtud. Ofrecianle la paz, cuando no poseia medio alguno de defenderse, y altercaba sobre las condiciones, las eludia y acababa por rehusarlas. Su paciencia causaba la impaciencia de los bárbaros; causábanse de derrotarle sin poder conseguir que se reconociera vencido. ¡Admirable ilusion de la grandeza romana, que aun imponia respeto despues de la ocupacion de Roma!

Ardientemente deseaba Ataúlfo casarse con Placidia, siempre prisionera, y la pidió muchas veces á su hermano, que siempre lo rehusó. Mientras mediaban

(1) Constantius vero caput quidem accepi jussit, dicens rempublicam gratias agere Ulfilæ ob facinus Ecdici. (*Id. ib.*)

(2) Sed cum Ecdicius apud eum manere vellet, abscedere eum jussit, nec sibi, nec exercitui commodam fore ratus consuetudinem hujus viri, qui tam male hospites suos exciperet (*Id., ibid.*)

(3) Oros., pág. 224. *Idat., Chr.*

estas negociaciones cien veces interrumpidas y renovadas, apoderóse de Narbona el sucesor de Alarico, y tal vez de Tolosa: se estrelló delante de Marsella, y fué rechazado y herido por el conde Bonifacio: Burdeos le franqueó sus puertas.

Los francos incendiaron á Tréveris en el año 442. Los burgondos ó borgoñeses (1) estableciéronse definitivamente en la parte de las Galias que tomó su nombre.

Después de la negativa de Honorio, Ataulfo resolvió celebrar sus bodas con aquella que hubiera podido convertir en su manceba por el derecho de la victoria. Habíase quizás verificado el matrimonio en Forli (2), en Italia; solemnizóse en Narbona en el mes de enero del año 444. Ataulfo estaba vestido á la romana, y cedía el primer asiento á la ilustre desposada: esta aparecía sentada en un lecho adornado con toda la pompa de una emperatriz. Cincuenta lindos mancebos cubiertos con trages de seda, y componiendo ellos propios parte de la ofrenda, colocaron á los pies de Placidia cincuenta azafates llenos de oro y cincuenta llenos de pedrería (3). Attalo, que de emperador habia venido á parar en no sé qué cosa en la comitiva de los godos, entonó el primer epitalamio (4). Así un godo que habia venido de la Escitia, daba su ma-

(1) También hay borugondos, que no debemos confundir con los burgondos ó borgoñeses.

(2) Jornand., cap. XXXI.

(3) Inter alia nuptiarum dona, donatur Adulphus etiam quinquaginta formosis pueris, serica veste indutis, ferentibus singulis utraque manu ingentes discos binos, quorum alter auri plenus, alter lapillis pretiosis, vel pretii inestimabilis, quæ ex romanæ urbis direptione Gothi deprædati fuerant. (Idat., *Chron.*, an 444. Véase también á Olympo, *apud Photium.*)

(4) Idat., *Chron.*, an 444; Olym., *ap. Phot.*

no en Narbona á Placidia su esclava, hija de Teodosio y hermana de Honorio, y llevábale en dote los despojos de Roma; y en estas bodas danzaba y cantaba otro romano, á quien los bárbaros habian convertido en histrión, del mismo modo que le nombraron emperador y embajador cerca de un aspirante al imperio, y del mismo modo que les plugo quitarle de nuevo la púrpura.

Pongamos fin á los sucesos de Attalo. Despues del matrimonio de Placidia, este señor del mundo que carecia de tierras, de plata, de soldados, nombró intendente de sus dominios al poeta Paulino, hijo menor del poeta Ausonio (1). Attalo, abandonado por los bárbaros, despues de haber seguido á los godos á España, hizose á la vela para no sé qué punto; prendiéronle en medio del mar, y le condujeron encadenado á Ravena. Luego que se supo en Constantinopla la noticia de esta aprehension, resonaron por todas partes las acciones de gracias (2), y celebráronse regocijos públicos. Honorio, en una especie de triunfo, hizo marchar en el año 447 al formidable vencido por Roma delante de su carro, y le obligó en seguida á subir á la segunda grada de su sòlio, para que la ciudad de Rómulo, deshonrada por Alarico, contemplase y admirase la ilustre victoria del gran César de Ravena. Tenia el prisionero cortada la mano derecha, ó todos los dedos, ó solamente un dedo (3); no era de temer el que esta empuñase la espada, sino el que rubricase órdenes; porque en la apariencia existia aun alguna cosa superior á Attalo para que le obedeciesen. Acabó sus días en la isla de Lipari, que en otro tiempo habia propuesto á Honorio; y como estaba poseido del anhe-

(1) Paulin., *Pœnit. Euchar.*, poema., pág. 287.

(2) *Chron. Alex.*, pág. 708.

(3) Oros., pág. 224; Philost., l. XII, cap. V; Zos., lib. VI.

lo de vivir, es probable que fuese dichoso. Habíase visto otro Attalo, jefe de otro imperio: este era un mártir de Lion, á quien hicieron dar la vuelta por el anfiteatro con un cartel en el pecho que decia: *Attalo cristiano*.

Honorio habia concluido la paz con Ataulfo su cuñado: habíase éste obligado á evacuar las Galias y á pasar á España. Placidia dió á luz un hijo, que se llamó Teodosio, y que murió á poco tiempo. Ataulfo, retirado á la otra parte de los Pirineos, fué muerto en Barcelona de una puñalada que le dió uno de sus domésticos (445). Los seis hijos que habia tenido de su primera muger, fueron asesinados despues de su padre.

Los visogodos colocaron en el trono á Sigérico, hermano de Sáro; y al sétimo dia de elegido despojaronle de la vida. Sucedióle Walia, que trató con Honorio, y le envió á Placidia hecha esclava por un rescate de seiscientas mil medidas de trigo (4).

Constancio, general de los ejércitos de Occidente, se casó con la viuda de Ataulfo contra la voluntad de ésta, de quien tuvo una hija, Justa Grata Honoria, y un hijo, Valentiniano III.

El año que precedió al eclipse de 448, dió principio al reinado de Faramundo (2).

Walia esterminó en el año 448 á los silingos y á los alanos en España. Los godos volvieron á las Galias, donde Honorio les cedió la segunda Aquitania, el terreno que hay desde Tolosa hasta el Océano (3).

El reinado de los visogodos amoldábase, segun la forma cristiana, bajo del dominio de los obispos ar-

(1) Pros., *Chron.*; Phot. Zos., lib. IX. cap. IX: Philost., lib. XII. cap. IV, pág. 534; Oros., pág. 224.

(2) Valerü, *Re. Franc.*, lib. III, pág. 448.

(3) *Id.*, *ibid.*, pág. 445.

rianos (1). Teodorico empuñó el cetro despues de Wallia; quien dejó una hija casada con un suevo, de quien tuvo á Ricimer (2), destinado para llevar á cima la ruina del imperio de Occidente. Una constitucion de Honorio y de Teodosio, dirigida á Agrícola, prefecto de las Galias en el año 418, le ordena congregar los estados generales de las tres provincias de Aquitania y de las cuatro provincias de la Narbona. Los emperadores resolvieron que conformándose con un uso ya antiguo, se reunirían los estados todos los años en la ciudad de Arlés, desde los idus de agosto hasta los idus de setiembre (de 15 de agosto á 13 de setiembre). Esta constitucion es un hecho histórico de la mayor importancia, que anuncia el paso á una nueva especie de libertad.

Constancio, padre de Honoria y de Valentiniano III, fué proclamado Augusto, y murió.

Honorio obligó á su hermana Placidia, á quien amaba quizás demasiado (3), á retirarse á Constantinopla con su hija Honoria y con su hijo Valentiniano. Despues de un reinado de veinte y ocho años que no tiene otro igual por las revueltas que asolaron la tierra, sino los treinta años primeros de este siglo en que escribo, Honorio espiró en Ravena doce años y medio despues del saqueo de Roma, uniendo su nombre poco célebre al rastro de las hazañas del grande Alarico.

En esta época existieron algunos historiadores y tambien poetas. Regularmente aparecen en el principio y fin de las sociedades: nacen con las imágenes; necesitan cuadros de inocencia ó de desgracias; cantan junto á la cuna ó á la huesa, y se levantan ó caen las

(1) Sid. Ap., carm. II, pág. 300.

(2) Dom. Bouq., *Re. Gal. et Franc. script.*; Sid. Ap.

(3) Phot., cap. LXXX, pág. 197, voce *Olymp.*

ciudades al eco de su lira. Nos queda parte de las obras de Olimpiodoro, de Frigerido, de Claudiano, de Rutilio y de Macrobio.

Honorio publicó (en 414) una ley que permitia á todo individuo matar leones en Africa, cosa prohibida en otro tiempo. «Es preciso (dice el rescripto de Honorio) que el interés de nuestros pueblos sea preferido á nuestros placeres.»

DISCURSO CUARTO.



SEGUNDA PARTE.



DESDE TEODOSIO II Y VALENTINIANO III, HASTA MARCIANO, AVITO, LEON I, MAYORIANO, ANTHEMIO, OLIBRIO, GLICERIO, NEPOS, ZENON Y AUGUSTULO.

El emperado de Occidente Valentiniano III se encontraba con su madre Placidia en Constantinopla cuando falleció Honorio. Juan, primer secretario, aprovechándose de la vacante del trono, se hizo proclamar Augusto en la ciudad de Roma, y para sostener su usurpacion, solicitó la alianza de los hunos. Teodosio apoyó los derechos de su primo. Pasó Ardarurio á Italia con un cuerpo de tropas, y Juan, á quien los suyos abandonaron, fué hecho prisionero: paseáronle cabalgando en un asno en medio del populacho de Aquilea, y despues de haberle cortado una mano (1), separaron de sus hombros la cabeza. Este príncipe efímero decretó la libertad perpétua de los esclavos (2): las grandes ideas sociales pasan rápida-

(1) Pilst., pág. 538; Procop., *de Beld. Vand.*, lib. I, cap. III.

(2) *Cod. Theod.*, tom. III, pág 938.

mente por la cabeza de algunos hombres mucho tiempo antes que puedan ejecutarse: así el sol ensaya levantarse en la noche.

Seis años tenia Valentiniano cuando le proclamaron Augusto bajo la tutela de su madre. Pasó al imperio de Oriente la Iliria Occidental; y declaróse por un edicto que en lo futuro las leyes de ambos imperios cesarian de ser comunes.

Dos varones gozaban en esta época de una merecida reputacion: llamaban á Ecio y Bonifacio los últimos romanos del imperio, como habían dado á Bruto el nombre del último romano de la república. Desgraciadamente no estaban inflamados como Bruto por el amor de la libertad de la patria; esta noble pasion no existia ya. Bruto aspiraba al restablecimiento de la antigua libertad, exenta de la tirania doméstica. ¿Qué hubieran podido soñar Ecio y Bonifacio? El restablecimiento del antiguo despotismo, libre del yugo extranjero. No podia este resultado comunicarles la fuerza de una virtud pública; combatian, pues, con sus prendas individuales en favor de intereses privados, y que se derivaban de un otro orden de cosas. Impulsaba sus acciones un sentimiento de honor militar; pero la independendencia de su pais, caso de haberla reconquistado, hubiera sido un accidente de su gloria.

La derrota de Atila ha inmortalizado á Ecio, la defensa de Marsella contra Ataulfo, y la reconquista del Africa de poder de los partidarios del usurpador Juan, han dado renombre á Bonifacio, consiguiendo mas celebridad por haber entregado el Africa á los bárbaros, que por haberla libertado de los romanos. Una de las pruebas de la ilustracion de Bonifacio es su amistad con San Agustin. Placidia lo debia todo á este insigne guerrero; habiale sido fiel en el tiempo de sus desgracias. Ecio, por el contrario, habia favo-

recido la revolucion de Juan, y negociado el tratado por el que debian pasar sesenta mil hunos de las orillas del Danubio á las fronteras itálicas.

Ecio era hijo de Gaudencio, gefe de la caballeria romana y conde de Africa. Educado en la guardia del emperador, entregáronle en rehenes á Alarico en el año 403, y despues á los hunos, cuya confianza se grangeó. Ecio poseia las cualidades de un hombre de cabeza y de corazon; distingúale un rasgo particular de las gentes de su clase: carecia de ambicion, y sin embargo, no podia tolerar rival alguno en el favor y en la gloria. Estos celos y esta debilidad hicieronle falso con Bonifacio, aunque amaba la rectitud: incitó á Placidia á quitar á Bonifacio el gobierno de Africa, y avisó á Bonifacio que Placidia le llamaba con el objeto de darle la muerte (1). Bonifacio tomó las armas para defender su vida, que creia injustamente amenazada; Ecio pintó el armamento como una sublevacion que habia previsto. Puesto Bonifacio en tal extremo, recurrió á los vándalos, estendidos por las provincias meridionales de España.

Acababa de morir Gonderico, rey de estos barbaros; su hermano bastardo Geaseric, ó hablando con mas exactitud, Gizerico, habia ocupado su lugar. A ruegos de Bonifacio hizose a la vela con su ejército, y desembarcó en Africa en el mes de mayo de 420. Tres siglos despues el resentimiento y la traicion de otro guerrero, llamaron de Africa contra España á los vengadores de otra querrela doméstica; los moros se embarcaron donde los vándalos habian abordado; atravesaron en sentido contrario ese estrecho, cuyas tormentas no bastaron á defender las playas de una y otra parte contra las humanas pasiones.

Los trastornos que causaba en Africa el cisma de

(1) Procop., *de Vell. Vand.*, lib. I, cap. III, pág. 483.

los donatistas, facilitaron la conquista á Genserico: este príncipe era arriano, y todos aquellos á quienes oprimia la iglesia ortodoxa, miraron al estrangero como á un libertador (1). Los vándalos, ayudados de los agarenos, presentáronse bien pronto en las puertas de Hippona, donde murió San Agustín.

Bonifacio y Placidia habianse dirigido mútuas esplicaciones, y habia quedado puesta en claro la bellaquería de Ecio. Arrepentido Bonifacio procuró repeler al enemigo: se repara el mal que otro ha causado, y pocas veces el que hemos producido nosotros mismos. Vencido aquel en dos combates, vióse precisado á abandonar el Africa, no obstante haberle socorrido Aspar, general de Teodosio (2): recibióle Placidia generosamente, y elevóle al rango de patricio, nombrándole general en gefe de los ejércitos de Occidente. Ecio, que triunfaba en las Galias, corre á Italia con una multitud de bárbaros. Los dos generales, cual si fueran dos emperadores, concluyeron sus diferencias en una batalla: Bonifacio consiguió la victoria (432); pero Ecio le hirió con una larga pica que se habia mandado construir de propósito (3). Sobrevivió Bonifacio tres meses á su herida; y por una magnanimidad que despertaban en él los infortunios de la patria, conjuró á su esposa, rica española y bien pronto viuda, á dar su mano á Ecio (4). Placidia declaró rebelde á Ecio, sitióle en las fortalezas donde procuró defenderse, y obligóle á refugiarse entre los hunos, á quienes debia batir en los campos Cataláunicos.

Genserico, despues de haber negociado un tratado

(1) Gibb., *Fall. of the Rom. Emp.*

(2) Procop., *de Bell. Vand.*, lib. I, cap. III.

(3) Idat., *Chron.*; Marcell., *Chron. Excerpt, ex Hist. Goth. Prisc.*

(4) Marcell., *Chron.*

de paz con Valentiniano III para tener tiempo de es-terminar á sus enemigos domésticos, acercóse á Car-tago, llamada la Roma africana, y entró en ella el 9 de octubre de 439. Habian trascurrido quinientos ochenta y cinco años desde que Escipion el jóven habia destruido la Cartago de Anibal.

En el año de la toma de la Cartago romana por un vándalo, hizo Eudosia la ateniense, muger de Teodosio II, su viage á Jerusalem. Sentada sobre un trono de oro pronunció en presencia del pueblo y del senado un panegirico de los antioquenos (1), en la ciudad que habia satirizado Juliano. Envio desde Jerusalem á su cuñada Pulqueria el retrato de la Virgen, obra segun dicen de San Lucas (2). La copia de esta imágen llegó de pintor en pintor hasta el pincel de Rafael: la religion, la paz y las artes progresaron insensiblemente al través de los siglos, de las revoluciones, de la guerra y la barbárie. Eudosia, acusada de una aficion demasiado viva á Paulino, volvió á Jerusalem, donde murió. Una manzana que Teodosio habia enviado á Eudosia, y que ésta regaló á Paulino, descubrió un misterio, de que supo aprovecharse la ambicion de Pulqueria (3).

Despues de haber delincado la invasion de los godos y de los diversos pueblos del Norte, réstame hablar de la de los hunos, que absorvió en un momento todas las demas.

Cuando los hunos pasaron la laguna Meotis, llevaban á su frente á Balamiro ó Balambero, y despues á Uldino y á Caraton (4). Los ascendientes de Atila ha-

(1) *Chron. Alex.*, pág. 732, *Le Sag., de Hist. eccl.*, pág. 227.

(2) *Nicephor.*, lib. XIV, cap. II, pág. 44, b, c.

(3) *Chron. Pascal seu Alexand.*, pág. 345-46.

(4) *Jornand.*, cap. XXIV-XLVIII: *Vales.. Re. Franc.*, lib. III, Phot., cap. LXXX.

bian reinado sobre los hunos, ó si se quiere habian sido sus gefes. Munduique ó Mundzucque su padre, era hermano de Octar y Rouas, ó Roas, ó Rugula, ó Rugilas, y gozaba de inmenso poder. Multiplicaron los hunos sus campos entre el Tanais y el Danubio(1): poseian la Panonia y una parte de la Dácia cuando murió Rouas (2); sus sucesores fueron sus dos sobrinos Atila y Bleda, que penetraron en la Iliria. Atila quitó la vida á Bleda, é hizose dueño de la monarquía de los hunos (3). Atacó á los persas en Asia y sujetó á tributo el Norte de la Europa: la Escitia y la Germania reconocian su autoridad; su imperio lindaba con tierras de los francos, y acercábase al de los escandinavos; los ostrogodos y los gepidos eran sus vasallos; una multitud de reyes, y seiscientos mil guerreros, marchaban á sus órdenes (4).

Pretenden ahora, apoyándose en la autoridad de los *Nibelungos*, poema aleman escrito á fines del siglo XII ó á principios del XIII, que el nombre original de Atila era *Etzel*; no me conformo con semejante opinion. Sea lo que fuere, no es probable que el nombre de Etzel sepulte en el olvido el de Atila (5).

Vencedor del mundobárbaro, Atila fijó sus miradas en el mundo civilizado. Temiendo Genserico que Teodosio II ayudase á Valentiniano III á recobrar el Africa, incitó á los hunos á que invadiesen con preferencia el imperio de Oriente (6). Debemos tener presente que los bárbaros eran astutos, sagaces, amigos de los tratados; lo bien que conocian los intereses de los di-

(1) Am. Marcel., lib. XXXI.

(2) Prisc., pág. 47; Pros. Tis., *Chron.*

(3) Prosp., Marcel.

(4) Prisc. pág. 64; Prosp., *Chron.*; Jornand.

(5) Véanse las *Ilustraciones* al fin de los Estudios.

(6) Prisc., pág. 40.

versos corazones; y con qué arte hacían negociaciones en Europa, en Africa, en Asia, y en medio de los acontecimientos mas diversos y mas complicados. Cierta querella sobre una feria en las orillas del Danubio, fué el pretexto de la guerra entre Atila (1) y Teodosio (Año 407 y 408).

La inundacion de los hunos cubrió la Europa en toda su estension, desde el Ponto Euxino hasta el golfo Adriático. Tres batallas perdidas por los romanos facilitaron el paso á Atila hasta las puertas de Constantinopla. Una paz ignominiosa puso fin á estos primeros estragos. Atila retirándose abrió una brecha en el imperio de Oriente: dióle Teodosio seis mil libras de oro, y obligóse á pagarle un tributo anual de la sexta parte, ó de dos sextas partes de esta suma (2).

Por consecuencia de tales acontecimientos el rey de los hunos había enviado á Constantinopla, en el año 449, una diputacion en la que iba Orestes, su secretario, que fué padre de Augustulo, último emperador romano. Tan prodigiosas guerras, tan estrañas mudanzas de fortuna, causábanos mas admiracion hace cincuenta años, de la que nos causan en nuestros días. Acostumbrados al espectáculo de ligeros combates, que no traspasaban los límites de algunas leguas, y que no cambiaban la faz de los imperios, considerá-bamos indestructible la estabilidad hereditaria de las familias reales. Pero cuando hemos presenciado grandes y súbitas invasiones; cuando hemos visto al tartaro, vecino de las murallas de la China, acampado en el Louvre y regresando despues á sus murallas; cuando hemos visto al soldado francés vivaqueando en los

(1) Prisc., pág. 33.

(2) Evag., *de Hist. eccles.* pág. 62; Marcel., *Chron.*, *Jorn., Rer. Goth.*, cap. XLIV; Prisc., pág. 44, Theoph., *Chron.*, pág. 88.

muros de Kremlin, ó á la sombra de las pirámides; cuando hemos visto á los reyes de antigua y de nueva estirpe, colocar por la noche en las maletas sus centros carcomidos ó cortados aquella mañana del árbol, estos juegos de la fortuna se nos han hecho familiares. No existe monarca alguno tan bien enlazado que no pueda perder en pocas horas la diadema real de sus dominios; no existe ningun pobre hombre, ó ganadero de yeguas, que no pueda encontrar una corona en el polvo de su estudio ó entre la paja de su troj.

El eunuco Crisafó, favorito de Teodosio, procuró seducir á Edecon, uno de los embajadores de Atila, y creyó que le habia persuadido á dar de puñaladas á su señor. Edecon, al regresar al campo de los hunos descubrió la conspiracion, y Atila envió á Orestes á Constantinopla con las pruebas y las quejas, pidiendo por satisfaccion la cabeza del culpable. Los patricios Anatolio y Nomus se encargaron, de apaciguar á Atila con presentes (1); acompañábalos Prisco, quien nos ha dejado la relacion de su encargo y de su viage. Este mismo Prisco habia visto en Roma á Meroveo, rey de los francos (2).

Entre tanto Teodosio murió en Constantinopla en 450 de una caída del caballo (3), á la edad de cincuenta años. La nombradía de este príncipe ha dimanado solamente del código que lleva su nombre; monumento compuesto de los restos de la legislacion antigua, semejante á las columnas que se levantan con el bronce recogido del campo de batalla; monumento de vida para los bárbaros, de muerte para

(1) Prisc., *de Leg.*, pág. 34 y sig.

(2) Id., *ibid.*, pág. 40.

(3) Theodor., pág. 55.

los romanos, colocado sobre los límites de ambos mundos.

De esta época son los historiadores eclesiásticos: al nombrarlos se puede reconocer la posición del espíritu humano; Sozomeno, Sócrates, Teodoreto, Filostorgio, Teodoro, autor de la historia *Tripartita*, Filipo de Side, Prisco y Juan el orador.

Pulqueria, mucho tiempo antes proclamada Augusta, colocó la corona de su hermano Teodosio en la cabeza de Marciano; y para cimentar mejor los derechos de este oscuro ciudadano, medio guerrero y medio escritor, se casó con él en 451, y permaneció virgen (1). Ni el senado, ni la corte, ni el ejército se opusieron á esta elección: ¡admirable mudanza de costumbres! Aquí principia un espíritu, desconocido de la antigüedad, y que anuncia la edad media en la que todo eran aventuras. Las mugeres disponían de los imperios: Placidia, hermana de Honorio y cautiva de un godo, ascendió al tálamo de este godo que aspiraba á la púrpura; Pulqueria, hermana de Teodosio II, llevó en dote á Marciano el Oriente; y Honoria, hermana de Valentiniano II, quiso dar el Occidente á Atila. Eudoxia, hija de Teodosio I y viuda de Valentiniano III, llamó á Genserico á Roma; y Eudoxia, hija de Valentiniano III, dió su mano á Hunerico, hijo de Genserico. Las mugeres, pues, unieron el mundo antiguo al mundo nuevo, y al formarse esta union de que hemos nacido nosotros, las dos sociedades se repartieron las ocupaciones de los sexos: la antigua tomó la rueca, y la moderna la espada.

Marciano era digno de la elección de Pulqueria: poseia aquel mérito que se encuentra solo en las clases inferiores en tiempo de la decadencia de las naciones. Ha sido ensalzado por San Leon el Grande (2),

(1) Evag., lib. I, cap. I.

(2) Leo., ep. 89, pág. 646; *Id.*, ep. 94, pág. 628.

diciendo que tenía un corazón superior al interés y al miedo. Apaciguó las turbaciones de la iglesia por medio del concilio de Calcedonia, y respondió á Atila que le exigía el tributo: «Tengo oro para mis amigos, y hierro para mis enemigos (1).» Cuando Aspar, general de Teodosio, atacó el Africa, acompañábase Marciano en calidad de secretario. Derrotado Aspar por los vándalos, hallóse Marciano en el número de los prisioneros de Genserico; y aguardando su suerte, acostóse en tierra, y se quedó dormido en la corte del rey. Abrasaba el calor: descendió un águila, y se colocó entre el rostro de Marciano y el sol, é hizole sombra con sus alas. Viólo Genserico, llenóse de admiración, y si hemos de dar crédito á esta ingeniosa fábula, devolvió la libertad al prisionero cuya grandeza adivino (2).

La fiera respuesta de Marciano á Atila hirió el orgullo del conquistador: titubeaba el tártaro entre dos presas; desde el fondo de su ciudad cercada de bosques y de yerbas en la Panonia, ignoraba qué brazo de los dos debía estender para apoderarse del imperio de Oriente á del imperio de Occidente, y si debía hacer desaparecer de la tierra á Roma ó á Constantinopla.

Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino por las Galias. Ecio había vuelto á la gracia de

(1) Prisc., pág. 39.

(2) Illi sub dium coacti circiter meridiem, cum a sole quippe æstivo languerent, sederant; inter quos Marcianus negligenter stratus ducebat somnum: quadam interim, ut perhibent, aquila supervolante, quæ passis alis ita se librabat, eumdemque in ære locum insistebatur umbra blandiretur uni Marciano. Rem Gizericus e superiori contemplatus ædium parte, atque ut erat sagacissimus vir ingenio, divinum ostentum interpretatus.... Deus illi destinasset imperium (Procop., de Bel. Vand., lib. I, pág. 485-486).

Placidia: ya sabemos que fué el huésped y el suplicante de los hunos.

El reino de los visogodos en las provincias meridionales de las Galias habiase cimentado con el reino de Teodorico, á quien algunos han reputado hijo de Alarico. Clodio, el primero de nuestros reyes, habia dilatado sus conquistas hasta el Somma; sorprendióle Ecio, y le rechazó (1); pero Clodio volvió á recobrar sus ventajas. Muerto éste; disputáronse sus dos hijos su patrimonio; el uno de ellos, quizás Meroveo, que aun muy jóven habia ido de embajador á Roma (2), imploró el socorro de Valentiniano, y su hermano mayor buscó la proteccion de Atila (3).

Honoría, hermana de Valentiniano, tratada con rigor por la córte de su hermano, habia sido amada de Eugenio, jóven romano empleado en su servidumbre (4). Manifestáronse las señales de su preñez, y la emperatriz Placidia hizo partir á Honoría á Constantinopla. Rodeada de las hermanas de Teodosio y de sus piadosas compañeras, no pudo Honoría paladear las virtudes despues de haber experimentado las pasiones: á imitacion de Placidia, su madre, era esposa de un compañero de Alarico, y resolvió arrojarse en los brazos de un bárbaro. Envió en secreto á uno de sus eunucos para que entregara su anillo al rey de los hunos; Atila era horrible; pero era el señor del mundo, y el rayo de Dios (5).

Autorizado con el anillo de Honoría reclamaba el gefe de los hunos el dote de su ilustre desposada; es

(1) Idat., *Ghron.*, pág. 19; Vales., *Re Franc.*, lib. III.

(2) Prisc., *Leg*, pág. 40.

(3) Sid., *Car.* VIII; Greg. Tur., lib. II.

(4) Marcel., *Chron.*

(5) Jornandés coloca mucho autes el envio de este anillo; pero confunde los tiempos.

decir, una porcion de los estados romanos: respondieronle que las hijas no heredaban el imperio. Atila, atraido por los intereses que ponía en movimiento, pretendia otra esposa. Teodorico habia casado su hija única con Hunerico, hijo de Genserico: Genserico, por una sospecha de envenenamiento, la volvió á enviar á su padre, despues de haberle cortado la nariz y las orejas. Los visogodos amenazaban á los vándalos con su venganza, y Genserico llamaba á Atila su aliado, para contener á Teodorico su enemigo (4).

Tres causas ó tres pretextos conducian á Atila á la Galia; la reclamacion del dote de Honoria, la intervencion reclamada en los negocios del reino de los francos, y la guerra contra los visogodos en virtud de la alianza que existia entre los hunos y los vándalos. Arbitro de las naciones, defensor de una princesa oprimida, el destructor del mundo, antecesor de la caballeria, dispúsose á pasar el Rhin en nombre del amor, de la justicia y de la humanidad.

Bosques enteros quedaron talados; el rio que separa las Galias de la Germania vióse cubierto de buques (2) cargados de un sinnúmero de soldados, á se-

(1) Hujus ergo mentem ad vastationem orbis paratam comperiens Gizericus, rex vandalarum, quem paulo ante memoravimus, multis muneribus ad Vesegotharum bella præcipitat, metuens ne Theodoricus, Vesegotharum rex filiam ulcisceretur injuriam, quæ Hunnericho, Gicerici filio juncta, prius quidem tanto conjugio læteretur: sed postea, ut erat ille et in sua pignora truculentus, ob suspicionem tantummodo veneni ab ea parati, eam amputatis naribus, spoliis decore naturali, patri suo ad Gallias remisera, ut turpe funus miseranda semper offerret, et crudelitas, qua etiam moverentur externi, vindictam patris efficacius impetraret. (Jornand., *de Reb. Get.*, cap. XXXVI).

(2) Cecidit cito secta bipenni

Hercynia in lintres, et Rhenum texuit alno.

(Sid. Ap., *carm. VII*, pág. 97).

mejanza de los barquichuelos que trasportan al presente por lo largo del Penea las abejas nómadas de las florestas de la Tesalia (1). San Agnan, obispo de Orleans; San Lupo, obispo de Troves; Santa Genoveva, ganadera de Nanterre, esforzábanse en conjurar la tempestad: vereis el efecto y el carácter de su intervencion cuando os hable de las costumbres de los cristianos.

Ecio no habia descuidado medio alguno para destruir á sus antiguos amigos: habianse reunido á sus tropas los visogodos, no sin vacilar, y habianse concluido muchas negociaciones entre Teodorico, Atila, y Valentiniano (2). Marchó Ecio delante de los hunos, á quienes vió detenidos y atrasados delante de las puertas de Orleans, porque su destino era salvar la Francia. Atila se retiró á las llanuras de Cataluña, llamadas tambien mauritanas, cuya latitud era de cien leguas, como dice Jornandés, y la longitud de sesenta y dos (3): siguiéronle á estas playas Ecio y Teodorico.

Pusiéronse los dos ejércitos en órden de batalla. Una colina que insensiblemente se elevaba, cercaba la llanura: los hunos y sus aliados se apoderaron de la derecha, y de la izquierda los romanos y sus amigos. Veíase reunida una parte considerable del género humano (4), como si hubiera querido Dios pasar revista á los ministros de sus venganzas, en el momento en que acababan de llenar su misiou: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, venidos de todos los

(1) Pouqueville, *Viage á Grecia*.

(2) Jornand., cap. XXXVI.

(3) C. leugas, ut Galli vocant, in longum tenentes, et LXX in latum. (*Id.*, *ibid.*)

(4) Fit ergo area innumerabilium populorum pars illa terrarum (*Id.*, *ibid.*)

estremos de la tierra, habianse colocado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Ecio. Con los romanos marchaban los visogodos, los leti, los armoricanos, los gauleses, los bretones, los sajones, los borgoñones, los sármatas, los alanos, los alemanes, los ripuarios y los francos, sujetos á Meroveo: con los hunos militaban francos y otros borgoñones, los rujianos, erulos, turingios, ostrogodos y gepidos. Atila habló así á sus tropas:

«Despreciad ese tropel de enemigos, á quienes no unea ni una misma lengua, ni unas mismas costumbres, y que se han unido por el miedo. Precipitad contra los alanos y los godos que componen toda la fuerza de los romanos: el cuerpo no puede tenerse en pie cuando están los huesos separados. ¡Mostrad valor! ¡Brille el acostumbrado arroj! Nada puede el acero contra los bravos, sino ha llegado la hora señalada por el destino. Esa despavorida multitud no podrá mirar rostro á rostro á los hunos. Si el éxito no me engaña, ved aquí los campos donde nos fueron prometidas tantas victorias. Yo daré el primer golpe al enemigo: si alguno se atreviese á pasar delante de Atila, caerá muerto (1).»

Esta batalla dada en 453 fué espantosa: no habia piedad, no habia cuartel para ninguno. El que durante su vida, dice el historiador de los godos, fué bastante dichoso para contemplar semejantes aconte-

(1) Adunatas despiciite dissonas gentes. Judicium pavoris est societate defendi. . . . Alanos invadite in Vesegothas incumbite. . . . Nec potest stare corpus, cui ossa subtraxerit. Consurgant animi, furor solitus intumescat. . . . Victurus nulla tela convenient, morituros et in ocio fata precipitant. . . . Non fallor eventum, hic campus est quem nobis tot prospera promiserant. Primus in hostes tela conjiciam. Si quis potuerit Attila pugnante ocium ferre, sepultus est. *Id., ibid.*

cimientos y dejó de verlos, privóse de un espectáculo prodigioso (1). Los ancianos que vivían en la infancia de Jornandés, acordábanse aun de que un riachuelo que se deslizaba por medio de aquellos campos heroicos, aumentóse súbitamente, no con las lluvias, sino con la sangre, y convirtiéndose en un torrente. Los heridos iban arrastrando á este arroyo á apagar su sed, y bebían la sangre con que ellos mismos lo habían formado (2). Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura: Teodorico logró la muerte y Atila quedó vencido. Atrincherado detrás de sus carros, durante la noche cantaba haciendo sonar sus armas, á la manera del león, que ruge y amenaza en la entrada de la caverna adonde le han hecho retroceder los cazadores (3).

Dividióse el ejército vencedor, sea por la impaciencia ordinaria de los bárbaros, sea por la política de Ecio, que temió no quedasen demasiado poderosos los visogodos cuando Atila se hubiese alejado. Como señalo al presente las huellas de todo lo que ya no existe, debo advertir que la victoria de las llanuras de Cataluña, es el último triunfo extraordinario conseguido

(1) Ubi talia gesta referuntur, ut nihil esset, quod in vita sua conspiciere potuisset egrégius, qui hujus miraculi privaretur aspectu. (*Id.*, cap. XL).

(2) Nam si senioribus credere fas est, rivulus memorat i campi humili ripa prolabens, peremptorum vulneribus sanguine multo proventus, non auctus imbribus, ut solebat, sed liquore concitatus insolito, torrens factus est cruoris augmento. Et quos illic coegit in aridam sitim vulnus inflictum, fluenta mixta clade traxerunt: ita constricti sorte miserabili sordebant, potantes sanguinem quem fudere sauciati. (*Id.*, *ib.*)

(3) Strepens armis tubis canebat, incussionemque minabatur: velut leo venabulis pressus, speluncæ aditus obambulans. (*Id.* *ibid.*)

por los antiguos señores del mundo. Roma, que se habia estendido poco á poco hasta los extremos de la tierra, volvía á entrar por grados en sus primeros límites; debía bien pronto perder el imperio y la existencia en los mismos valles de los sabinos donde habian tenido principio su existencia y su imperio; habia de quedar solamente de este gigante una cabeza enorme separada de un cuerpo inmenso.

Atila aguardaba que le atacasen; supo solo la retirada de los vencedores por el largo silencio de los campos (1), entregados á los ciento sesenta y dos mil mudos de la muerte. Libre contra toda esperanza de su ruina, y vuelto á su destino, tornó á pasar el Rhin. Mas poderoso que nunca entró al año siguiente en Italia, saqueó á Aquileya, y apoderóse de Milan. Valentiniano salió de su madriguera de Ravena para ocultarse en Roma, con la intencion de huir si se acercaba el peligro: inclinábale á la fuga el miedo, y la cobardía le detenía; siempre indigno del imperio, ora le abandonase ó le vendiese. Dos cónsules, Avieno y Trigesio, y el papa San Leon, entraron en negociaciones con Atila. Consintió el tártaro en retirarse, con la promesa de obtener lo que él llamaba siempre el dote de Honoria: movióle una razon mas poderosa, detúvole una mano que se manifestaba entonces por todas partes, á falta de la mano de los hombres. Explicaré esto en su lugar,

Arrojóse Atila segunda vez contra las Galias, donde le rechazó Torismondo, sucesor de Teodorico. El huno volvió á entrar todavía en su ciudad de los bosques, meditando nuevos estragos, y desapareció de

(1) Sed ubi hostium absentia sunt longa silentia consecuta, erigitur mens ad victoriam, gaudia præsumuntur, atque potentis regis animus in antiqua fata revertitur. (*Id.*, cap. XLI).

alli. El héroe de la barbarie murió, como el héroe de la civilización, en la embriaguez de la gloria y entre los excesos de un festín: quedóse dormido una noche en el seno de una muger, y no volvió á ver el sol; fué víctima de una hemorragia: reventó el conquistador por demasiada sangre, efecto de lo mucho que habia bebido, y del lascivo desenfreno á que se habia entregado. El mundo romano se juzgó libre, aunque no lo estaba de sus vicios; el castigo no habia bastado á corregirle.

La invasión de Atila en Italia dió nacimiento á Venecia. Sus habitantes se encerraron en los islotes vecinos al continente. Sus murallas eran un tegido de mimbres: alimentabanse con pescado, y no poseian mas riquezas que sus bateles y la sal que vendian en las costas. Casiodoro los compara á dos aves acuáticas, que tienen su nido en medio de las aguas (1). Ved aqui el origen de esa opulenta, de esa misteriosa, de esa voluptuosa Venecia, cuyos palacios vuelven á entrar en estos tiempos en el cielo de donde salieron.

Los romanos abandonaron á la Gran Bretaña, á pesar de sus lágrimas y de sus súplicas.

Cuando se hizo pedazos la espada de Atila, Valentiniano, sacando por la primera vez la suya, la envainó en el corazon del último romano: celoso de Ecio, quitó la vida á aquel que habia retardado por tan largo tiempo la caída del imperio (2). Valentiniano violó á la muger de Máximo, rico senador de la familia de los Anicios (3): Máximo conspiró; Valentiniano

(1) Aquatiliam aviam more domus est. (Var., l. XII, ep. 24).

Véase tambien *Verona ilustrada* de Maffei, y la *Historia de Venecia*, de Mr. Daru.

(2) Prosp., ldat., an. 454.

(3) Maximus quidam erat senator romanus. Uxore m ha-

último príncipe de la familia de Teodosio, fué asesinado en la mitad del día por dos bárbaros, Transtila y Optila, adictos á la memoria de Ecio (1). Eligieron á Máximo en lugar de Valentiniano, y su reinado, aunque de pocos días; parecióle demasiado largo. «¡Dichoso Damocles! exclamaba envidiando la oscuridad de su vida: tu reinado comienza y acaba en una misma comida (2).»

Habiendo quedado viudo Máximo, contrajo matrimonio contra su voluntad con Eudoxia, viuda de Valentiniano é hija de Teodosio II. Eudoxia buscaba un vengador, y no halló otro mas terrible que Genserico. Habíanse convertido los vándalos en piratas diestros y osados; habian devastado la Sicilia, apoderándose de Palermo, y arruinando las costas de la Lucania y de la Grecia. Genserico, incitado por Eudoxia (3), no rehusó la presa, y anclaron sus bageles en Ostia. Máximo queria escaparse, y detúvole el pueblo que le hizo pedazos. San Leon procuró salvar segunda vez su grey, y no pudo conseguir de Genserico que Atila le habia otorgado: la ciudad eterna fué entregada al saqueo por espacio de catorce días y catorce noches. Los bárbaros volvieron á embarcarse, y la armada de Genserico trasladó á Cartago las riquezas de Roma,

bebat singulari continentia et forma, commendatissimæ famæ præditæ... Huic nactæ concubitu, obsceni libidine ardens Valentinianus... vim attullit obluctanti. (Procop., *de Bell. Vand.*, lib. II, cap. IV, pág. 487).

(1) *Id.*, *ibid.*, *Evang.*, lib. II, cap. VII.

(2) Dicere solebat vir litteratus atque ob ingenii merita quæstorius Fulgentius, se ex ore ejus frequenter audisse, cum perosus pondus imperii veterem desideraret securitatem: Felicem te Damocles: qui non uno longius prandio regni necessitatem toleravisti. (Sid. App., ep. XIII, lib. II, página 466).

(3) Procop., *de Bell. Vand.*, pág. 488.

del mismo modo que la armada de Escipion habia traído a Roma las riquezas de Cartago. El autor de Dido parecia haber anunciado a Genserico en Anibal. Halláronse entre el botin los adornos robados al templo de Jerusalem: ¡qué mezclas de ruinas y de memorias! Llegaron todos los bageles con felicidad, exceptuando el que iba cargado con las estátuas de los dioses (1). Ninguna admiracion causaron estas nuevas calamidades: Alarico habia quitado la existencia a Roma, y Genserico no hizo sino despojar al cadáver.

Avito, de una familia poderosa de la Auvernia, suegro de Sidonio Apolinar, y general en jefe de los ejércitos romanos en las Galias, ocupó el lugar de Máximo. Recibió la púrpura de manos de Teodorico II, rey de los visogodos, que reinaba en Tolosa, era este Teodorico hermano de Torismondo, hijo de Teodorico I, muerto en los campos de Cataluña. Sometió los restos de los suevos en España; pero cuando daba muestras de pelear por la gloria del emperador, hechura suya, Avito, habia ya perdido el trono: degradó el senado romano, que parecia sacar de su propia degradacion este poder de envilecer. Fué el principal autor de su caída Ricimer ó Richimer, hijo de un suevo y de la hija del rey godo Wialia, como ya os he dicho. Este jefe de las tropas bárbaras en Italia, al sueldo de los romanos, dió una doble prueba de su poder nombrando al emperador depuesto en 16 de octubre de 457, obispo de Plasencia (2): la tonsura reemplazaba la corona de los reyes destronados. No se sabe con certidumbre el fin de Avito: un historiador dice sin embargo que despues de haberle quitado el imperio, le quitaron la vida (3).

(1) *Navibus Gizerici unam qua simulachra vehebantur perriisse ferunt.* (Procop., *de Bell. Vand.*, lib, II, pág. 489),

(2) *Vict. Tun.*

(3) *Idat., Chron.*

Ricimer revistió con la dignidad imperial á Mayoriano, antiguo compañero de Ecio. Mayoriano era uno de esos hombres que envía el cielo por un instante á la tierra cuando degeneran las estirpes: ajenos del mundo en que viven, detiéñense solo el tiempo necesario para impedir la estincion de la virtud (1). Mayoriano reanimó la gloria romana atacando á los francos y á los vándalos con las antiguas cohortes, sin gefe, de Atila y de Alarico. Quedan de este emperador muchas y muy laudables leyes. Ricimer le habia sentado en el trono juzgando que carecía de talento; cuando conoció su yerro, encendió la sedicion, y Mayoriano abdicó. Se cree que le envenenaron (2) en 7 de agosto de 464. El facedor y desfacedor de reyes en esta época de revoluciones, en que no se necesitaban para serlo ni talentos superiores, ni correr grandes peligros, puso la diadema en la cabeza de Livio Severo; y procuró en esta ocasion que el principe no fuese un grande hombre, y lo consiguió. Solo ha quedado de este Livio Severo el título imperial: la extrema oscuridad en los reyes produce los mismos resultados que una gloria extraordinaria: inmortaliza solo el nombre.

Dos hombres, conservando la memoria de Mayoriano, rehusaron reconocer al que era hechura de Ricimeró, quedo libre en la Dalmacia Marcelino con el honor de patricio de Occidente. Egidio, mandando en gefe en la Galia, conservó una poderosa independencia: los bretones imploraron su auxilio, y los francos por breve tiempo le tuvieron por gefe cuando expulsaron á Childerico.

(1) Sid. Ap., carm. V, pág. 312; Procop., *de Bell. Vand.*, lib. I, cap. VII.

(2) Segun otra version, Mayoriano fué depuesto por Ricimer, que le hizo matar cinco dias despues de su deposicion.

La Italia siguió espuesta á las invasiones de los bárbaros: todos los años, durante la primavera, el viejo Genserico encendia la tea. Trastornando el órden del destino, dice Sidonio, la tostada Africa derramaba sobre Roma los furoros del Cáucaso (1).

Leon I, llamado el Grande ó el Matarife, ó con mas frecuencia el Leon de Tracia, habia sido elegido emperador de Oriente despues de la muerte de Marciano, ocurrida á últimos de enero del año 457. Constantinopla, donde no habian entrado los bárbaros, gozaba sobre Roma la preeminencia, no la superioridad, que da la fortuna sobre la desgracia. El imperio de Occidente sobre su lecho de muerte pareciase á un guerrero, ó á un rey á quien toman la tienda ó el palacio cuando esta espirando, dejándole solo una sábana para envolverse con ella. Leon, que queria dar señores á Roma, le envió á Anthemio (468) en calidad de emperador, y á petición del senado. Ricimer envenenó á Livio Severo, y casóse con la hija de Anthemio. Celebráronse grandes regocijos; todo pareció consolidado sobre la destruccion.

Ya sabeis que Anthemio pensaba en restablecer el culto de los ídolos (2). Los dos imperios, y principalmente el de Oriente, levantaron un poderoso ejército contra los vándalos. Confiaron el mando á Basilio, que dejó incendiar su flota delante de Cartago, reducido á la necesidad de pasar plaza de traidor para conservar la reputacion de gran general. Libre de este peligro Genserico siguió sus agresiones, y tomó á Sicilia.

Teodorico II habia roto sus tratados con Roma,

(1) conversosque ordine fati
Torida caucaseos infert mihi Byrsa furoros.
(Sidon. Apoll.)

(2) Anteriormente.

cuando murió el emperador Mayoriano, y agregó Narbona á su reino. Eurico su hermano, que le asesinó, acabó la conquista de las Españas sobre los romanos y los suevos. Reconocieron estos su autoridad, y conservaron la Galicia. No fué menos dichoso Eurico en las Galias: estendió su dominio por una parte desde los Pirineos hasta el Roue, y por la otra hasta el Loira. Por aquel tiempo los borgoñones eran aliados de Roma, y se despedazaban entre sí, lo propio hacían los francos y los sajones.

Sin embargo, Ricimer se malquistó con Anthemio su suegro, y resolvióse á hacer todavía otra mudanza del señor tiutelar del Occidente. Llamó á la púrpura á Olibrio, que se habia casado con Placidia, hija de Valentiniano III, y resultó una guerra civil. Roma fué saqueada tercera vez, dice el papa Gelasio, y fueron hollados los miserables restos del imperio. Anthemio fué muerto el 11 de julio de 472. Olibrio murió, y Ricimer le precedió en la tumba, donde habia precipitado á cinco emperadores todos, hechos por su mano (1).

Gondivaró Gondivalde, sobrino de Ricimer, y elevado á la dignidad de patricio por Olibrio, iocitó á Glicerio á que se apoderase del mando: Gondivalde es quizás el célebre rey de los borgoñones. Proclamaron en Constantinopla á Julio Nepos emperador de Occidente. Sorprendió á su competidor Glicerio, y le hizo cortar el cabello, y ordenar obispo de Salona (2). Ju-

(1) Valois se apoya en un autor anónimo que está conforme, por lo respectivo á aquellos tiempos oscuros, con lo que se encuentra en los fastos consulares de Onuphro, en las actas de los concilios, en Cassiodoro, en Victor de Tuna, en la crónica de Alejandria, etc., etc. (Vales., *Re. Franc.*)

(2) Phot., cap. LXXVIII, pág. 373: Onuph. *Jorn. de Reg. ac Temp. suc.*, pág. 654.

lio Nepos cedió la Auvernia á Eurico, rey de los visogodos, juzgando que podria sacrificar sus amigos á sus enemigos. Subleváronse las tropas que Nepos tenia á su sueldo; huyó conservando en su retirada á Dalmacia un título que él solo reconocia: encontró en Salona á su rival en el imperio, á quien habia hecho obispo (1). Nepos no valia la pena de que se acordasen de él, y sin embargo le asesinaron (2). Habianse presentado en Italia los ostrogodos durante la aparicion de Glicerio.

Los otros barbaros que oprimian mas que defendian este desgraciado pais, tenian entonces por gefe á Orestes, aquel secretario de Atila, de que he hablado ya. Muerto el rey de los hunos, pasó al servicio de los emperadores de Occidente, que le nombraron patricio y general en gefe de los ejércitos: habia tenido un hijo de madre desconocida, á quizás de la hija del conde Rómulo, á quien Valentiniano envió de embajador á Atila: llamabase este hijo Rómulo Augusto, por sobrenombre Augustulo: ¡humillaos, y reconoced la nada de los imperios!

Orestes rehusó la púrpura que le ofrecian sus soldados, y cubrió con ella á su hijo (3). Los esciros, los alanos, los rugianos, los heruleos, los turcilingos, que eran los formidables defensores de los miseros romanos, estimulados por el ejemplo de sus compatriotas que residian en Africa, en las Españas, y en las Galias, requirieron á Orestes para que les entregase

(1) Quo comperto, Nepos fugit in Dalmatias, ibique defecit privatus regno, ubi jam Glycerius, dudum imperator, episcopatum salonitanum habebat. (Vales., *Re. Franc.*, pág. 227. Id. *in not.* Amm. Marcel).

(2) Onuph., pág. 477; Marc., *Chron* XVI.

(3) Augustulo a patre Oreste in Ravenna imperatore ordinato. (Jornaud., cap. XLV).

el tercio de las propiedades de Italia. Orestes creyó poder resistirles. Odoacro, hijo quizás de Edecon, antiguo compañero Orestes en su uision á Constantinopla, hallábase investido, despues de diversas aventuras, con una gran dignidad en las guardias de Italia; púsose á la cabeza de los sediciosos, sitió á Orestes en Pavía, tomó la plaza, le aprisionó y le quitó la vida (1). En 23 de agosto del año 476 proclamaron *rey de Italia* á Odoacro, arriano de religion; el imperio romano debia durado quinientos y siete años, menos algunos dias desde la batalla de Áccio; contábase mil doscientos veinte y nueve años desde la fundacion de Roma.

Cuando Augustulo, último sucesor de Augusto, perdió las insignias del poder, Simplicio, cuadragésimo séptimo pontífice contando desde San Pedro, ocupaba la cathedra del apóstol, cuyo imperio habia principiado en tiempo del heredero inmediato de Augusto: los sucesores de Simplicio reinan todavía aun despues de mil trescientos cincuenta y cuatro años en el palacio de los Césares.

Odoacro estableció su córte en Ravena. El senado romano renunció el derecho de elegir señor: satisfecho de ser esclavo á discrecion, declaró que el Capitolio abdicaba el dominio del mundo, y envió con una embajada solemne las insignias á Zenon que gobernaba el Oriente. Zenon (2) recibió en Constantinopla á los embajadores con el rostro severo: echó en cara al senado el asesinato de Anthemio y el destierro de Nepos. «Nepos vive todavía, dijo á los embajadores; hasta su muerte será vuestro verdadero señor.» Este título de tirano honorario estendido por Zenon á

(1) Ennodii Ticin., *Lit. Epiph.*, pág. 387.

(2) Malchno., *Excep. de Leg.*, pág. 93.

favor de Nepos, es el último de la legitimidad de los Césares.

Habiendo Odoacro encontrado en Ravena á Augustulo, le despojó de la púrpura (1). Nada dice la historia de él, sino que era hermoso (2).

El primer rey de Italia concedió al último emperador de Roma una pensión de 6,000 monedas de oro: mandóle trasladar á la antigua poblacion de Luculo (3), situada en el promontorio de Miseno, y convertida en fortaleza desde las guerras de los vándalos: habia pertenecido primero á Mario, y Luculo la compró (4).

De este modo la Providencia señalaba por prision al hijo del secretario de Atila, á un príncipe de la raza de los godos, revestido de la púrpura romana por los últimos barbaros que destruian el imperio de Occidente; la Providencia señalaba, digo, por prision á este príncipe, un edificio que encerró los despojos de los cimbras, primeros barbaros del Septentrion que amenazaron el Capitolio. Aquí pasó Augustulo su juventud y su vida desconocidas, sin pasar ansia por los sucesos que le tocaban tan de cerca, indiferente á las lecciones que le daban sus vicisitudes, ageno á los recuerdos que despertaba en los lugares de su destierro.

Atendiendo ahora á la inmutabilidad de los eter-

(1) Non multum post Odovacer, Turcilingorum rex, habens secum Scyros, Herulos diversarumque gentium auxilia-rios, Italiam occupavit, et, Oreste interfecto, Augustulum filiam ejus de regno pulsum. (Jornand., cap. XLDI).

(2) Pulcher erat. Anon. Vales.

(3) Deposuit (Odovacer) Augustulum de regno... Tamen donavit ei redditum sex millia solidos. (Anon. Val., pág. 706). In Lucullano campanie castello exsilio pœna damnavit. (Jornand., cap. XLVI)

(4) Plut in Mario et in Lucul.

nos consejos, y á la inestabilidad de las cosas humanas añadamos: que las reliquias de San Severino sucedieron á la persona de Augustulo en la morada que Mario decoró con sus victorias y proscipciones, y Luculo con sus festines y convites: se convirtió en iglesia (1). Odoacro, no siendo aun sino soldado oscuro y sin nombre, habia visitado á San Severino en el Nórico. El solitario contemplando á este bárbaro de elevada estatura, que se encorbaba para pasar por la puerta de su celda, le dijo: «Márchate á Italia: ahora te cubren viles pieles de bestias; tiempo vendrá en que hagas dádivas (2).»

Por fin, el Dios que con una mano humillaba al imperio romano, con la otra ensalzaba el imperio francés. Augustulo dejaba la diadema el año 476 de Cristo, y Clodoveo, coronado con sus largos cabellos, reinaba entre sus compañeros.

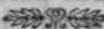
(1) Eugip., *in Vita. S. Severin.*

(2) Vade ad Italiam, vade vilissimis nunc pellibus coopertus; sed multis cito plurima largiturus. (Annon. Val., página 747).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

144	Discurso tercero.—Tercera parte.
	Estudio cuarto ó cuarto discurso sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo y la invasion de los bárbaros.—Primera parte.—Desde Arcadio y Honorio hasta Teodosio II y Valentiniano III.
188	Discurso cuarto.—Desde Teodosio II y Valentiniano hasta Marciano y Avito. Leon I. Majorano, Anthemio, Olibrio, Glicerio, Nepos, Zenon y Augustulo.

INDICE.



	PAGS.

Advertencia.	5
Prefacio.	9
Estudio primero, ó primer discurso, sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo y la invasion de los bárbaros.—Esposicion.	127
Discurso primero.—Primera parte.—Desde Julio César hasta Decio ó Decius.	148
Discurso primero.—Segunda parte.—Desde Decio hasta Constantino.	232
Estudio segundo ó segundo discurso sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo y la invasion de los bárbaros.—Primera parte.—Desde Constantino hasta Valentiniano y Valente.	284
Discurso segundo.—Segunda parte.—Desde Juliano hasta Teodosio I.	326
Estudio tercero ó tercer discurso sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo y la invasion de los bárbaros.—Primera parte.—Desde Valentiniano I y Valente, hasta Graciano y Teodosio I.	387
Discurso tercero.—Segunda parte.	408





OBRAS PUBLICADAS EN LA BIBLIOTECA POPULAR.

- Semana Santa**, en castellano, un tomo; 6 rs.
- Don Quijote**, segunda edicion, dos tomos; 24 rs. sin láminas y 30 con ellas.
- Historia de la revolucion de Inglaterra**, por Mr. Guizot, nueva edicion, un tomo que se vende a ochenta cuartos para los suscritores á la biblioteca, y 42 rs. para los que no lo sean.
- Obras de Moratin**, dos tomos; 22 rs.
- Sil Blas de Santillana**, dos tomos; 22 rs. sin láminas y 42 con cien grabados.
- El señor de Bembibre**, un tomo; 8 rs. sin láminas y 12 con ellas.
- La Maga de la Montaña**, un tomo; 7 rs.
- Manual de Historia Romana**, un tomo; 16 rs.
- Manual de Mitología**, un tomo; 11 rs. sin láminas y 17 con ellas.
- Obras festivas de Quevedo**, dos tomos; 24 rs.
- Los Misterios de Paris**, cuatro tomos; 40 rs.
- Historia de la Revolucion francesa**, por Thiers, seis tomos; 64 rs.
- Las aventuras de Nigel**, dos tomos; 14 rs.
- Manual de Historia Sagrada**, un tomo; 12 rs.
- El Judío Errante**, cuatro tomos; 44 rs. sin láminas y 62 con ellas.
- Obras de Jovellanos**, cinco tomos; 54 rs.
- Matilde ó memorias de una jóven**, tres tomos; 28 rs. sin láminas y 40 con ellas.
- Historia del Consulado y del Imperio**, continuacion de la Revolucion francesa por Thiers, nueve tomos; 400 rs.
- Nuestra señora de Paris**, dos tomos; 14 rs. sin láminas y 22 con ellas.
- Martin el Espósito**, por E. Sue, tres tomos; 26 rs.
- Las Mil y una noches**, trestomos; 30 rs. sin láminas y 46 con ellas.
- Los Mártires**, ó el triunfo de la religion cristiana por F. A. de Chateaubriand; nueva edicion en dos tomos con todas las notas del autor; 46 rs.
- España bajo el reinado de la casa de Borbon**, cuatro tomos; 44 rs.
- Historia Universal**, por César Cantu, se ha repartido el tomo treinta y siete.
- Historia constitucional de la Monarquía española**, dos tomos, 20 rs.
- Obras completas de Buffon**, Treinta y cinco tomos á 10 rs. tomo ó 320 rs. toda la obra. Con láminas y grabados, 30 rs. mas.
- El Genio del Cristianismo**, por F. A. de Chateaubriand. Nueva edicion. Dos tomos 24 rs.
- Estudios históricos**, por F. A. de Chateaubriand. Se ha repartido el tomo primero.
- Historia de los Estuardos**, un tomo; 8 rs.
- España desde el reinado de Felipe II**, hasta el advenimiento de los orbone s, un tomo; 44 rs.
- Napoleon**, por Alejandro Dumas un tomo; 8 rs.
- Historia de la civilizacion de Europa**, por Guizot, un tomo; 6 rs. y 12 mrs. para los suscritores, y 8 para los que no lo sean.
- Viages de Chateaubriand**, en América, Italia y Suiza, un tomo; 7 rs. para los suscritores y 10 para los que no lo sean.
- Memorias de Ultramar**, por el vizconde de Chateaubriand; se ha repartido el tomo tercero.

NOTA. Los precios señalados son los de venta en Madrid: en provincias tienen el aumento consiguiente por razon de portes y otros gastos, cuando se hacen las remesas por cuenta de la empresa.

SE GUNDA SET II
BI BLIO TE CA
NO PU LA R
E CONÓM ICA.
CU TEAU B IAN D.
H UBI OS EL STOBI

56

1 OM

D-1
2039